

Novela ganadora de los premios Nebula, BSFA,  
Ditmar, Gigamesh y John W. Campbell Memorial

# CRONO PAISAJE

GREGORY BENFORD

Lectulandia

En 1998 el planeta se hunde lentamente en una profunda crisis política, económica y ecológica. En Cambridge, John Renfrew intenta un experimento científico de inmenso alcance: utilizar taquiones para enviar un mensaje al pasado y advertir a los científicos de los años sesenta de los graves problemas que el futuro nos depara.

En 1962, al otro lado del Atlántico y del tiempo, en la Universidad de La Jolla, el joven profesor Gordon Bernstein capta unas extrañas interferencias en sus experimentos de resonancia nuclear. ¿Puede tratarse de un mensaje? ¿De quién? ¿Por qué?

Ambos hombres, separados por el tiempo y el océano, deberán luchar, cada uno por su lado, contra la incompreensión, contra los problemas materiales e, incluso, contra sus propios prejuicios. Pero ambos están jugando con el tiempo, dimensión enigmática, cuyo desarrollo es siempre una incógnita...

Benford, conocido científico y reputado escritor, es uno de los mejores autores de la moderna ciencia ficción. "Cronopaisaje" es su obra maestra, una gran novela que obtuvo el premo Nebula de 1980 y, también, el premio de la ciencia ficción británica, el premio Ditmar en Australia y el John W. Campbell Memorial. En libro ameno y sugerente que se ha convertido ya en un hito de gran importancia en la historia de la ciencia ficción.

**Lectulandia**

Gregory Benford

# **Cronopaisaje**

ePUB v1.0

elchamaco 30.08.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Timescape*  
Gregory Benford, 1980.  
Traducción: Domingo Santos  
Diseño/retoque portada: elchamaco

Editor original: elchamaco (v1.0)  
ePub base v2.0

## 1 - Primavera de 1988

Recuerda sonreír mucho, pensó John Renfrew malhumoradamente. Eso parecía gustarle a la gente. Nunca se preguntaban por qué estabas sonriendo, sin importar lo que se dijera. Era una especie de signo general de buena voluntad, supuso, uno de esos trucos que él nunca llegaría a dominar.

—Papi, mira...

—¡Maldita sea, fíjate en lo que haces! —gritó Renfrew—. Quita ese periódico de mi porridge, ¿quieres? Marjorie, ¿qué están haciendo los malditos perros en la cocina mientras desayunamos?

Tres figuras en animación suspendida lo miraron. Marjorie, volviéndose de la cocina con una espátula en la mano. Nicky, alzando una cuchara hacia una boca que formaba una O de sorpresa. Johnny, a su lado, tendiéndole un periódico escolar, su rostro empezando a ensombrecerse. Renfrew supo lo que estaba pasando por la cabeza de su mujer. John tiene que estar realmente preocupado. Nunca se irrita de ese modo.

Era cierto, nunca se irritaba así. Era otro lujo que no podía permitirse.

La fotografía cobró movimiento. Marjorie avanzó bruscamente, sacando con los pies a los protestantes perros por la puerta trasera. Nicky hundió la cabeza entre los hombros y se puso a estudiar su plato de cereales. Luego Marjorie condujo a Johnny a su sitio en la mesa. Renfrew inspiró profunda y ruidosamente y dio un mordisco a su tostada.

—No molestes a papá hoy, Johnny. Tiene una reunión muy importante esta mañana. Un sumiso asentimiento con la cabeza.

—Lo siento, papi.

Papi. Todos ellos le llamaban papi. No papá, como el padre de Renfrew había exigido que él le llamara. Ese era un nombre para padres con manos callosas, que trabajaban con casco.

Renfrew miró malhumoradamente en torno a la mesa. A veces se sentía fuera de lugar aquí, en su propia cocina. Y sin embargo aquél era su hijo, sentado allí con la chaqueta de la escuela Perse, hablando con su clara voz característica de la clase superior. Renfrew recordaba la confusa mezcla de desprecio y envidia que había sentido hacia tales chicos cuando tenía la edad de Johnny. A veces miraba casualmente a Johnny y el recuerdo de esos tiempos volvía a él. Entonces Renfrew esperaba encontrar aquella misma familiar indiferencia bien educada en el rostro de su hijo... y se emocionaba al descubrir, en vez de ella, admiración.

—Soy yo quien tiene que pedir perdón, muchacho. No tenía intención de gritarte así. Tu madre tiene razón, hoy estoy un poco preocupado. ¿Qué es eso que querías mostrarme, eh?

—Bueno, se trata de ese concurso para premiar al mejor artículo... —empezó tímidamente Johnny—, sobre cómo los chicos de la escuela pueden ayudar a limpiar el entorno y lo demás y ahorrar energía y todas esas cosas. Me gustaría que lo vieras antes de entregarlo.

Renfrew se mordió el labio.

—No tengo tiempo hoy, Johnny. ¿Cuándo tienes que entregarlo? Intentaré leerlo esta noche sí puedo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, papi. Lo dejaré aquí. Ya sé que estás haciendo un trabajo terriblemente importante. El profesor de inglés así lo dijo.

—Oh. ¿Lo hizo? ¿Qué es lo que dijo?

—Bueno, realmente... —El muchacho vaciló—. Dijo que fueron los científicos quienes nos metieron en ese tremendo lío, y que si hay alguien que puede llegar a sacarnos alguna vez de él, sólo son ellos.

—No es el primero en decir eso, Johnny. Eso es un truismo.

—¿Truismo? ¿Qué es un truismo, papi?

—Mi señorita de sociales dice precisamente lo contrario —intervino de pronto Nicky—. Dice que los científicos ya han causado bastantes problemas. Dice que Dios es el único que podría sacarnos de esto, y que probablemente no querrá hacerlo.

—Oh, Señor, otra profeta de la fatalidad. Bueno, supongo que es mejor que los primitivos y todas sus tonterías de la vuelta-a-la-edad-de-las-cavernas. Excepto que los profetas de la fatalidad se quedan por los alrededores y nos deprimen a todos.

—La señorita Crenshaw dice que los primitivos tampoco escaparán al juicio de Dios, por muy rápido que corran —dijo Nicky con acento definitivo.

—Marjorie, ¿qué es lo que está ocurriendo en esa escuela? No quiero que le llenen a Nicky la cabeza con esas ideas. La mujer parece más bien desequilibrada. Háblale de ello a la directora.

—Dudo que eso sirva de mucho —respondió Marjorie tranquilamente—. Hay muchos más «profetas de la fatalidad», como tú los llamas, por estos lugares en nuestros días de lo que puedes llegarte a imaginar.

—La señorita Crenshaw dice que lo que deberíamos hacer es simplemente rezar —prosiguió Nicky obstinadamente—. La señorita Crenshaw dice que se trata de un juicio. Y probablemente del fin del mundo.

—Bueno, todo eso son sólo tonterías, querido —dijo Marjorie—. ¿Qué conseguiríamos simplemente sentándonos y poniéndonos a rezar? Hay que enfrentarse a las cosas. Hablando de lo cual, muchachos, será mejor que empecéis a moveros o llegaréis tarde al colegio.

—La señorita Crenshaw dice: «Tened en cuenta los linos del campo» —murmuró Nicky mientras abandonaba la estancia.

—Bueno, yo no soy ningún maldito lirio del campo —dijo Renfrew, echando su

silla hacia atrás y levantándose—, así que será mejor que me vaya a mi trabajo un día más.

—¿Dejándome que yo me ocupe de todo? —sonrió Marjorie—. Es la única forma, ¿no? Aquí está tu almuerzo. Esta semana tampoco hay carne, pero conseguí un poco de queso en la granja y conseguí también unas cuantas zanahorias tempranas. Creo que este año tendremos algunas patatas. Te gustarían, ¿no? —Se puso de puntillas y le besó—. Espero que esa entrevista vaya bien.

—Gracias, amor. —Sintió de nuevo aquella vieja sensación familiar que estrujaba su corazón. Tenía que conseguir esa subvención. Había invertido enormes sumas de tiempo y cavilaciones en aquel proyecto. Tenía que lograr el equipo. Al menos, tenía que intentarlo.

Renfrew abandonó la casa y montó en su bicicleta. Se había desprendido ya de su caparazón de padre de familia, ahora sus pensamientos estaban dirigidos al laboratorio, a las instrucciones dianas a los técnicos, a la inminente entrevista con Peterson.

Empezó a pedalear, abandonando Grantchester y rodeando Cambridge. Había llovido durante la noche. Una ligera bruma colgaba baja por encima de los arados campos, suavizando la luz. Gotas de rocío salpicaban las nuevas hojas verdes de los árboles. La humedad brillaba en la alfombra de campánulas que cubrían los prados. La carretera seguía en aquel lugar el curso de un pequeño riachuelo flanqueado de alisos y ortigas. En la superficie del riachuelo podía ver las pequeñas olas formadas por los escarabajos de agua con sus patas parecidas a remos. Los ranúnculos florecían dorados a lo largo de las orillas, y enormes y blandas candelillas colgaban de los sauces. Era una fresca mañana de abril, el tipo de mañana que siempre le había gustado cuando era un muchacho en el Yorkshire, mientras observaba la bruma disiparse sobre los marjales al pálido sol matutino y las liebres salían huyendo al acercarse él. El camino que estaba recorriendo con la bicicleta se había hundido profundamente con los años, y su cabeza estaba casi al nivel de las raíces de los árboles a ambos lados. El olor a tierra mojada y a hierba empapada por la lluvia llegaba hasta él, mezclado con el ácido y penetrante olor del humo de carbón.

Un hombre y una mujer lo miraron indiferentemente cuando pedaleó junto a ellos.

Estaban apoyados con indolencia en una medio derrumbada valla de madera. Renfrew hizo una mueca. Cada vez llegaban más intrusos a aquella zona, pensando que Cambridge era una ciudad rica. A su derecha estaban las ruinas de una vieja granja. La semana pasada las bostezantes y negras ventanas habían sido cubiertas con papeles de periódicos, cartones y trapos. Era sorprendente que los intrusos hubieran tardado tanto en descubrir aquel lugar.

El último tramo de su trayecto, cortando camino a través de los suburbios de Cambridge, era el peor. Era difícil circular por las calles, con coches abandonados

aparcados por todas partes. Se había establecido un programa nacional para reciclarlos, pero todo lo que había visto Renfrew de aquel programa era un montón de charlas por la televisión. Se abrió camino por entre los coches, que parecían escarabajos sin ojos y sin patas, desprovistos de todas sus partes recuperables. Había estudiantes viviendo en algunos de ellos. Soñolientos rostros se volvieron tras los parabrisas para observarle mientras cruzaba por su lado.

Frente al Cavendish, aparcó su bicicleta junto a las demás y la ató. Observó que había un coche en el aparcamiento. ¿Era posible que aquel tipo, Peterson, hubiera llegado tan pronto? Ni siquiera eran las ocho y media. Subió apresuradamente las escaleras y cruzó la entrada y el vestíbulo.

Para Renfrew, el actual complejo de tres edificios era completamente anónimo. El Cavendish original, donde Rutherford había descubierto el núcleo atómico, era un viejo edificio de ladrillo en el centro de Cambridge, un museo. Desde la calle Madingley, a doscientos metros de distancia, aquel lugar podía ser tomado fácilmente por la sede central de una compañía de seguros o una fábrica o un complejo de oficinas. Cuando se había inaugurado a principios de los años setenta, el «nuevo Cav» era imaculado, pintado con colores armoniosos, con moqueta en la biblioteca y estanterías bien clasificadas. Ahora los corredores estaban pobremente iluminados y muchos laboratorios completamente vacíos, despojados de todo su equipo. Renfrew se dirigió directamente a su propio laboratorio, en el edificio Mott.

—Buenos días, doctor Renfrew.

—Oh, buenos días, Jason. ¿Ha llegado alguien?

—Bueno, George vino a poner en marcha las bombas cebadoras, pero...

—No, no, me refiero a un visitante. Estoy esperando a un tipo de Londres. Su nombre es Peterson.

—Oh, no. No ha venido nadie con ese nombre. ¿Desea que empiece, entonces?

—Sí, adelante. ¿Cómo va el equipo?

—Muy bien. El vacío está bajando. Actualmente estamos a diez micrones. Hemos recibido una nueva carga de nitrógeno líquido y hemos comprobado toda la electrónica. Parece como si uno de los amplificadores estuviera a punto de fallar. Estamos haciendo algunas calibraciones, y el equipo debería estar comprobado en una hora aproximadamente.

—De acuerdo. Mire, Jason, ese tipo Peterson ha sido enviado por el Consejo Mundial. Están estudiando aumentar nuestra subvención. Tenemos que presentarle un caramelo, mostrarle los aparatos limpios y pulidos dentro de unas pocas horas. Procure hacer que todo parezca reluciente y en orden, ¿quiere?

—Correcto. Haré que todo brille.

Renfrew descendió por la estrecha pasarela hasta el nivel del laboratorio y penetró ágilmente por entre la maraña de hilos y cables. La estancia era de cemento

desnudo, equipada con conexiones eléctricas pasadas de moda y cables de apariencia mucho más moderna recorriendo las distancias entre los aparatos. Renfrew saludó a todos los técnicos a medida que pasaba por su lado, hizo preguntas acerca del funcionamiento de los localizadores de iones, y dio sus instrucciones. Conocía perfectamente su equipo, había reunido penosamente sus piezas y lo había diseñado. El nitrógeno líquido palpitaba y burbujeaba en su matraz. Los elementos sometidos a tensión zumbaban allá donde se producía algún ligero desajuste de voltaje. Los rostros verdes de los osciloscopios danzaban y se agitaban con suaves curvas amarillas. Se sintió en casa.

Renfrew rara vez se daba cuenta de la austeridad de las paredes y de lo atestado de su laboratorio; para él era un confortable conjunto de elementos familiares trabajando al unísono. No podía comprender el aborrecimiento a las cosas mecánicas que ahora se había puesto tan de moda; sospechaba que se trataba de una cara de la moneda, la otra era la admiración. Pero ambas carecían de sentido. Uno podía experimentar las mismas emociones frente a un rascacielos, por ejemplo, y sin embargo el edificio no era más grande que un hombre... puesto que los hombres lo habían hecho, no a la inversa. El universo de artefactos era un universo humano. Mientras Renfrew avanzaba por entre las hileras de voluminoso equipo electrónico, a veces tenía la impresión de ser un pez nadando en las cálidas aguas de su propio océano, llevando consigo el elaborado esquema del experimento como un diagrama de múltiples capas en su mente, que comprobaba enfrentándolo a la nunca perfecta realidad ante él. Le gustaba ese modo de pensar, corrigiendo constantemente, y buscando ese fallo ignorado que podía destruir la totalidad del efecto que buscaba.

Había reunido la mayor parte de su aparato recogiendo los componentes entre los desechos de los restantes grupos de investigación del Cav. La investigación había sido siempre un lujo muy evidente, susceptible de ser interrumpido con enorme facilidad. Los últimos cinco años habían sido un desastre. Cuando un grupo había sido cerrado, Renfrew había recuperado todo lo que le había sido posible. Había empezado en el grupo de resonancia nuclear como especialista en producir haces de iones de alta energía. Éste había sido un elemento importante en el descubrimiento de una partícula subatómica completamente nueva, el taquión, sobre cuya existencia se había teorizado durante décadas. Renfrew se había trasladado a ese campo. Había mantenido su pequeño equipo a flote maniobrando hábilmente con los fondos de que disponía y utilizando el hecho de que los taquiones, lo más nuevo de entre lo nuevo, poseían un claro reclamo intelectual ante los fondos de que disponía todavía el Consejo Nacional para la Investigación. Pero el CNI había sido disuelto el año anterior.

Este año la investigación era una marioneta cuyos hilos eran manejados por el propio Consejo Mundial. Las naciones occidentales habían alineado sus

investigaciones en un gesto hacia la economía de medios. El Consejo Mundial era un animal político. Renfrew temía la impresión de que la política del Consejo iba encaminada a apoyar los esfuerzos más visibles y muy poco más. El programa del reactor a fusión seguía llevándose la parte del león, pese a que sus progresos eran casi nulos. Los mejores grupos del Cav, como la radioastronomía, habían sido disueltos el año pasado, cuando el Consejo decidió que la astronomía como conjunto era poco práctica y que sus trabajos debían ser suspendidos «hasta nueva orden». El momento en que esta orden sería dada de nuevo era un extremo que el Consejo eludía sin reparos. La idea general era que en el momento actual de profunda crisis las naciones occidentales tenían que prescindir de sus investigaciones de lujo en beneficio de una concentración hacia los ecoproblemas y los variados desastres que ocupaban constantemente los titulares de los periódicos. Pero uno tenía que navegar al viento que soprase, Renfrew lo sabía muy bien. Así que había encontrado una forma de conseguir que los taquiones tuvieran una finalidad «práctica», y esa maniobra había hecho que su grupo siguiera todavía a flote.

Renfrew terminó de calibrar algunos elementos electrónicos —últimamente no dejaban de desajustarse a cada momento— e hizo una pequeña pausa, escuchando el zumbido febril del laboratorio a su alrededor.

—Jason —llamó—. Voy a ir a tomar un café. Cuide que todo siga funcionando, ¿quiere?

Tomó su vieja chaqueta de pana de una percha y se desperezó, mostrando las medias lunas de sudor en su camisa bajo las axilas. En uno de sus movimientos observó a los dos hombres en la plataforma. Uno de los técnicos estaba señalando hacia Renfrew mientras hablaba, y cuando Renfrew bajó sus brazos el otro hombre empezó a descender por la estrecha pasarela hacia el laboratorio.

Renfrew tuvo un repentino recuerdo de sus días de estudiante en Oxford. Estaba caminando por un pasillo, y los ecos de sus pasos tenían esa cualidad que sólo el suelo de piedra puede dar. Era una hermosa mañana de octubre y estaba vibrando de ansiedad por empezar esa nueva vida que tanto había anhelado, la nieta de sus largos años de estudiante. Sabía que era inteligente; allá, entre sus iguales intelectuales, había hallado al fin su lugar. Había llegado en tren desde York la noche antes, y ahora deseaba salir al sol matutino y absorberlo completamente.

Eran dos, y venían paseando hacia él desde el otro lado del corredor. Llevaban su corta toga académica que les daba el aspecto de antiguos cortesanos, y avanzaban como si el edificio fuera suyo. Hablaban en voz alta mientras se aproximaban, y le miraron por encima del hombro como si fuera un irlandés. Cuando se cruzaron, uno de ellos dijo, pronunciando lentamente las palabras:

—Oh, Dios, otro de esos malditos patanes con una beca.

Eso había marcado el tono que presidió sus años en Oxford. Por supuesto, había

obtenido matrícula de honor en sus estudios, y había conseguido hacerse un nombre en el mundo de la física. Pero siempre había tenido la sensación de que, aunque estuvieran perdiendo su tiempo, aquellos dos muchachos estaban gozando de la vida mucho más de lo que nunca podría hacerlo él.

El recuerdo de todo aquello le golpeó de nuevo mientras observaba a Peterson caminar hacia él. A aquella distancia en el tiempo, ni siquiera podía recordar los rostros de aquellos dos estudiantes esnobs, y probablemente no había el menor parecido físico, pero aquel hombre exhibía la misma fácil y arrogante seguridad en sí mismo. También observó la forma en que vestía Peterson, y sintió el mismo desagrado que sentía siempre cuando detectaba la elegancia en las ropas de otro hombre. Peterson era alto y esbelto y de pelo oscuro. A aquella distancia, daba la impresión de un dandy joven y atlético. Caminaba suavemente, no como el jugador de rugby que había sido Renfrew en su juventud, sino como un jugador de tenis o de polo o quizás incluso un lanzador de jabalina. Visto de cerca, exhibía unos cuarenta y pocos años y era sin lugar a dudas un hombre acostumbrado a manejar el poder. Era agraciado de una forma un tanto severa. No había desprecio en su expresión, pero Renfrew pensó amargamente que lo más probable era que hubiera aprendido a ocultarlo en sus años adultos. Mantente firme John, se advirtió silenciosamente a sí mismo. Tú eres el experto, no él. Y sonrío.

—Buenos días, doctor Renfrew. —La suave voz era exactamente lo que había esperado.

—Buenos días, señor Peterson —murmuró, tendiendo su enorme y cuadrada mano—. Encantado de conocerle. —Maldita sea, ¿por qué había dicho esto? Casi había sonado como la voz de su padre: «Gusto de conocerte, chico». Se estaba volviendo paranoico. No había nada en el rostro de Peterson que indicara nada excepto dedicación a su trabajo.

—¿Es éste el experimento? —Peterson miró a su alrededor con una expresión remota.

—Sí. ¿Le gustaría que echáramos una mirada primero?

—Por favor.

Pasaron junto a algunos viejos armarios grises de fabricación inglesa y otro equipo más reciente alojado en compartimientos brillantemente coloreados de la Tektronics, Physics International, y otras firmas americanas. Aquellas resplandecientes unidades rojas y amarillas procedían de las pequeñas apropiaciones del Consejo. Renfrew condujo a Peterson a un complejo grupo alojado entre los polos de un enorme imán.

—Un montaje superconductor, por supuesto. Necesitamos la fuerza de un campo de gran intensidad para conseguir una línea recta y bien definida durante la transmisión.

Peterson estudió el amasijo de cables e indicadores. Módulos de elementos electrónicos se alineaban hilera tras hilera sobre sus cabezas. Señaló a uno de ellos en particular y preguntó cuál era su función.

—Oh, no pensé que deseara saber usted mucho del lado técnico del asunto —dijo Renfrew.

—Intentémoslo.

—Bien, ahí tenemos una gran muestra de antimoniuro de indio, véala... —Renfrew señaló a la masa encajada entre los polos del imán—. La bombardeamos con iones a alta energía. Cuando los iones golpean el indio, producen taquiones. Es una reacción ión-núcleo muy compleja, muy delicada. —Miró a Peterson—. Los taquiones son partículas que viajan más rápidas que la luz, ya sabe. Por el otro lado... —señaló más allá del imán, conduciendo a Peterson a un largo tanque cilíndrico azul que surgía a unos diez metros de distancia del imán— bombeamos los taquiones y los focalizamos en un rayo. Tienen una energía y un spin particulares, de modo que entran en resonancia únicamente con los núcleos del indio en un campo magnético fuerte.

—¿Y qué ocurre cuando golpean contra algo en el camino?

—Ése es precisamente el asunto —dijo secamente Renfrew—. Los taquiones tienen que golpear contra un núcleo precisamente con la energía y el spin correctos antes de que pierdan toda su energía en el proceso. Pasan directamente a través de la materia ordinaria. Es por eso por lo que podemos lanzarlos a lo largo de años luz sin temer que se dispersen en su camino.

Peterson no dijo nada. Frunció el ceño ante el equipo.

—Pero cuando uno de nuestros taquiones golpee un núcleo de indio precisamente en las condiciones adecuadas... una situación que no se produce naturalmente muy a menudo... será absorbido. Eso hace alterarse el spin del núcleo de indio, desviándolo del lugar hacia donde estuviera orientado. Piense en el núcleo de indio como en una pequeña flecha que fuera golpeada lateralmente. Si todas las pequeñas flechas estuvieran apuntando en una misma dirección antes de que llegaran los taquiones, se verían desordenadas. Eso sería detectable, y...

—Entiendo, entiendo —dijo Peterson desdeñosamente. Renfrew se preguntó si no se habría pasado con su ejemplo de las pequeñas flechas. Sería fatal que Peterson pensara que le estaba hablando como a un profano... lo cual por supuesto era—. Supongo que se trata del indio de alguna otra persona, ¿no?

Renfrew contuvo el aliento. Allí estaba la parte difícil.

—Sí. El de un experimento que se llevó a cabo en el año 1963 —dijo lentamente.

—Leí el informe preliminar —dijo Peterson fríamente—. Esos preliminares suelen ser a menudo engañosos, pero comprendí ése. El personal técnico me dijo que tenía sentido, pero no puedo creer algunas de las cosas que usted ha escrito. Este

asunto de alterar el pasado...

—Mire, pronto vendrá Markham... él sabrá explicárselo mucho mejor.

—Si puede.

—De acuerdo. Entienda, la razón de que nadie haya intentado nunca enviar mensajes al pasado es obvia, si uno piensa en ella. Podemos construir un transmisor, comprenda, pero no hay ningún receptor. Nadie en el pasado construyó jamás uno.

Peterson frunció el ceño.

—Bueno, naturalmente...

—Nosotros hemos construido uno, por supuesto —prosiguió Renfrew con entusiasmo—, para llevar a cabo nuestros experimentos preliminares. Pero la gente allá en 1963 no sabía nada acerca de taquiones. Así que el truco es interferir con algo que ellos estuvieran haciendo. Todo reside ahí.

—Hum.

—Estamos intentando concentrar salvas de taquiones y dirigirlas hacia ellos, de modo que...

—Un momento —dijo Peterson, alzando una mano—. ¿Dirigirlas para qué? ¿Y dónde está 1963?

—Bastante lejos, por lo que parece. Desde 1963, la Tierra ha seguido girando en torno al Sol, mientras que el mismo Sol ha seguido girando en torno al centro de la galaxia, y así sucesivamente. Sume todo esto, y descubrirá que 1963 está más bien lejos.

—¿Con relación a qué?

—Bueno, con relación al centro de la masa del grupo local de galaxias, por supuesto. Recuerde que el grupo local está también en movimiento con relación al conjunto de referencias proporcionado por las radiaciones de fondo de microondas, y...

—Mire, deje a un lado toda esa jerga; ¿quiere? ¿Está hablando usted de 1963 en algún lugar en el cielo?

—Exactamente. Enviamos un haz de taquiones para que golpeen ese lugar. Barremos el volumen de espacio ocupado por la Tierra en aquel momento en particular.

—Suenan imposibles. Renfrew midió sus palabras.

—Creo que no. El truco consiste en crear taquiones con una velocidad esencialmente infinita...

Peterson esbozó una cansada y tensa sonrisa.

—Ah... «esencialmente infinita». Una definición técnica más bien cómica.

—Quiero decir, con una velocidad tan enorme que es imposible medirla —precisó Renfrew—. Le pido disculpas por la terminología, si es eso lo que le molesta.

—Bueno, mire, simplemente estoy intentando comprender.

—Sí, sí, lo siento, puede que aquí me haya desbocado un poco. —Renfrew se recompuso visiblemente para un nuevo ataque—. Entienda, lo esencial aquí es conseguir esos taquiones de gran velocidad. Luego, si podemos alcanzar el punto preciso del espacio, podremos enviar un mensaje directamente hacia atrás en el tiempo.

—¿Esos haces de taquiones pueden cruzar directamente a través de una estrella?  
Renfrew frunció el ceño.

—Realmente, no lo sabemos. Existe una posibilidad de que otras reacciones, entre esos taquiones y otros núcleos además de los del indio, sean muy intensas. Todavía no tenemos datos acerca de esas otras interacciones. Si existen, entonces un planeta o una estrella cruzándose en el camino pueden ser un problema.

—¿Pero han intentado ustedes tests más simples? Leí en el informe...

—Sí, sí, y han sido muy positivos.

—Bien, pero sin embargo... —Peterson hizo un gesto hacia el amasijo del equipo—. Esto es realmente un experimento físico apasionante. Recomendable. Pero... —agitó la cabeza—, bueno, me siento sorprendido de que haya conseguido usted el dinero para seguir adelante con él.

El rostro de Renfrew se tensó.

—Realmente no ha sido tan difícil.

Peterson suspiró.

—Mire, doctor Renfrew. Seré franco con usted. He venido aquí para evaluar esto para el Consejo, porque algunos nombres más bien importantes han dicho que esto que está llevando usted a cabo puede ser importante. No creo poseer los conocimientos técnicos suficientes como para evaluarlo adecuadamente. Nadie en el Consejo los posee. Somos en nuestra mayoría ecólogos y biólogos y analistas.

—Tal vez tuvieran que ampliar ustedes sus bases.

—Oh, por supuesto. Nuestra idea en el pasado fue ir incorporando especialistas a medida que fuera necesario.

Ásperamente Renfrew contestó:

—Entonces contacten con Davies en el King's College de Londres. El está muy versado en esto, y...

—No tenemos tiempo para ello. Estamos tomando medidas de urgencia.

—¿Tan mal están las cosas? —dijo Renfrew lentamente.

Peterson hizo una pausa, como si hubiera dicho demasiado.

—Sí. Así parece.

—Puedo activar las cosas, si eso es lo que quieren —dijo Renfrew rápidamente.

—Es posible que tenga que hacerlo.

—Las cosas irían mejor si pudiéramos disponer de una nueva generación de equipo aquí dentro. —Renfrew abarcó todo el laboratorio con un gesto de la mano—.

Los americanos han desarrollado nuevos equipos electrónicos que podrían mejorar las cosas. Para estar realmente seguros de llegar a algo concreto, necesitamos a los americanos. La mayor parte de los circuitos que necesitamos están siendo desarrollados en sus laboratorios nacionales, Brookhaven y los demás.

Peterson asintió.

—Así lo informó usted. Es por eso por lo que deseo a Markham aquí hoy.

—¿Tiene él el peso necesario como para hacer que las cosas sigan adelante?

—Creo que sí. Se me ha dicho que está bien considerado, y es el americano en este asunto. Es por eso por lo que su Fundación Nacional para la Ciencia necesita cubrirse en caso de que...

—Oh, entiendo. Bien, Markham llegará aquí en cualquier momento. Venga a tomar un poco de café en mi oficina.

Peterson lo siguió hasta su atiborrado estudio. Renfrew despejó una silla de libros y papeles, yendo de un lado para otro con esa nerviosa actitud de la gente cuando se da cuenta de pronto, al entrar con un visitante, de que su oficina está hecha un desorden. Peterson se sentó, tirando ligeramente de sus pantalones a la altura de las rodillas y luego cruzando las piernas. Renfrew se empleó más de lo necesario para preparar el fuerte café, porque quería un poco de tiempo para pensar. Las cosas habían empezado mal; Renfrew se preguntó si los recuerdos de Oxford lo habían puesto automáticamente en contra de Peterson. Bien, no podía hacer nada al respecto; de todos modos, todo el mundo estaba excesivamente nervioso estos días. Quizá Markham pudiera suavizar un poco las cosas cuando llegara.

Marjorie cerró tras ella la puerta de la cocina y rodeó la casa, llevando un cubo de comida para los pollos. El césped detrás de la casa estaba dividido en cuatro senderos de ladrillo, con un reloj de sol en su intersección. Por la fuerza de la costumbre, siguió el sendero sin pisar la húmeda hierba. Más allá del césped había un pequeño jardín de rosas, su proyecto y su lugar preferidos. Mientras lo cruzaba, rompiendo con su cuerpo las telas de araña cubiertas de rocío, se detuvo aquí y allá para cortar una flor ya seca u oler un capullo. El año aún no estaba muy avanzado, pero ya habían florecido unas cuantas rosas. Le iba hablando a cada rosal mientras pasaba por su lado.

—Charlotte Armstrong, te estás portando muy bien. Mira todos esos capullos. Vas a estar absolutamente maravillosa este verano. Tiffany, ¿cómo te encuentras? He visto que tienes algo de pulgón verde. Tendré que pulverizarte. Buenos días, Reina Elizabeth, te ves muy sana, pero te estás metiendo demasiado en el camino. Hubiera debido podarte más de este lado.

En algún lugar a lo lejos pudo oír el sonido de alguien llamando a alguna casa. Se alternaba con el trinar de un herrerillo azul perchado en el seto. Con un sobresalto se dio cuenta de que la llamada procedía de su propia casa. No podía ser ni Heather ni Linda; hubieran dado la vuelta y hubieran acudido a la parte de atrás. Se volvió. Las gotas de rocío la salpicaron cayendo de las hojas cuando cruzó apresuradamente la rosaleta. Corrió por el césped y rodeó la casa, dejando el cubo en el suelo junto a la puerta de la cocina.

Una mujer andrajosamente vestida, con una jarra en la mano, se alejaba de la puerta delantera. Parecía como si hubiera dormido al raso toda la noche, su pelo estaba enredado y su rostro lleno de manchas. Era casi de la misma altura que Marjorie, pero delgada y de hombros caídos.

Marjorie vaciló. La mujer también. Se miraron la una a la otra a través del sendero de grava en forma de U. Luego Marjorie se adelantó.

—Buenos días. —Estuvo a punto de decir: «¿Puedo hacer algo por usted?», pero se contuvo, sin saber si deseaba hacer algo por aquella mujer o no.

—Buenos días, señora. ¿Me podría proporcionar usted un poco de leche? He acabado toda la que tenía y los chicos aún no han tomado su desayuno. —Sus modales eran los de alguien seguro de sí mismo y no demasiado cordiales.

Marjorie entrecerró los ojos.

—¿De dónde viene? —preguntó.

—Acabamos de mudarnos a la vieja granja al final de la carretera. Sólo un poco de leche, señora. —La mujer se acercó un poco a ella, tendiendo la jarra.

La vieja granja... pero si es una ruina, pensó Marjorie. Deben de ser ocupantes

ilegales... intrusos. Su intranquilidad aumentó.

—¿Por qué ha venido aquí? Las tiendas están abiertas a esta hora del día. Hay una granja siguiendo la carretera, donde podrá comprar usted leche.

—Vamos, señora, no me querrá hacer usted andar kilómetros mientras los pequeños están aguardando, ¿verdad? Se la devolveré. ¿No me cree?

No, pensó Marjorie. ¿Por qué no había acudido la mujer a alguien de su propia clase? Había algunas casitas del Consejo unos pocos metros más allá de sus tierras.

—Lo siento —dijo firmemente—, pero la tengo justa para mis hijos.

Se miraron la una a la otra por un momento. Luego la mujer se volvió hacia los arbustos.

—Aquí, Rog —llamó. Un hombre alto y flaco emergió de entre los rododendros, llevando a un niño pequeño de la mano. Con esfuerzo, Marjorie consiguió no exteriorizar su alarma. Permaneció rígida, la cabeza un poco echada hacia atrás, intentando controlar la situación. El hombre avanzó con un paso arrastrante hasta situarse al lado de la mujer. Las aletas de la nariz de Marjorie se agitaron ligeramente cuando captó un agrio olor a sudor y a humo. El hombre llevaba un surtido de ropas que debían proceder de los más variados lugares, una gorra de tela, un largo pañuelo universitario a rayas, guantes de lana con agujeros en todos los dedos, un par de alpargatas de color azul chillón con una de las suelas bostezante, unos pantalones que eran varios centímetros demasiado cortos y demasiados anchos, e, incongruentemente, un lujoso chaleco bordado bajo una vieja y polvorienta chaqueta de vinilo. Probablemente tenía la misma edad que Marjorie pero parecía al menos diez años más viejo. Su rostro era curtido, sus ojos hundidos, y llevaba una barba de varios días. Marjorie fue consciente del contraste que ofrecía con ellos, de pie allí, rolliza y bien alimentada, su corto pelo esponjoso tras un reciente lavado, su piel protegida por cremas y lociones, enfundada en lo que ella llamaba sus «viejas» ropas de jardinería, una suave falda azul de lana, un jersey hecho a mano y una chaquetilla de ante.

—No esperará que nos creamos que no tiene usted nada de leche en la casa, ¿verdad, señora? —gruñó el hombre.

—Yo no he dicho eso. —La voz de Marjorie era seca y rápida—. Tengo suficiente para mi propia familia, pero no más. Hay muchas otras casas por ahí donde pueden probar, pero les sugiero que vayan hasta el pueblo y compren un poco. Es sólo un kilómetro. Lamento no poder ayudarles.

—Un infierno lamenta usted. Simplemente no quiere ayudarnos. Orgullosa, como todos los tipos ricos. Desean quedárselo todo para ustedes. Mire lo que tienen... una casa enorme y lujosa, apostaría a que para ustedes solos. No sabe lo dura que es la vida para nosotros. Llevo cuatro años sin trabajo, ni un lugar donde vivir, mientras usted se lo pasa bien...

—Rog —advirtió la mujer. Tendió una mano para sujetarle por el brazo. Pero él se sacudió de la presa y avanzó un paso hacia Marjorie. Ella no retrocedió, mientras sentía la ira brotar en su interior. ¿Qué derecho tenían a venir hasta allí e insultarla, maldita sea, en su propio jardín?

—Ya le he dicho que tengo tan sólo suficiente para mi propia familia. Estos tiempos son duros para todo el mundo —dijo fríamente. Pero yo nunca me atrevería a mendigar, pensó. Esa gente no tiene moral ni amor propio.

El hombre se acercó más. Instintivamente ella retrocedió, manteniendo el espacio entre ambos.

—Tiempos duros para todo el mundo —dijo el hombre, imitando el acento de ella —. Qué pena, ¿verdad? Duros para todos los demás, pero usted tiene una hermosa casa y comida y quizá también un coche y una televisión. —Sus ojos estaban escrutando la casa, clavándose en el garaje, en la antena de la televisión en el techo, en las ventanas. Gracias a Dios las ventanas estaban cerradas y aseguradas por dentro, pensó, así como la puerta principal.

—Miren, no puedo ayudarles. ¿Harán el favor de irse? —Se dio la vuelta y echó a andar rodeando la casa. El hombre la siguió, manteniendo la distancia, con la mujer y el niño silenciosamente detrás.

—Sí, de acuerdo, límitese a dar media vuelta y a meterse en su gran casa. Pero no se librará tan fácilmente de nosotros. Llegará el día en que tendrá que echar a un lado esos aires tan altaneros y...

—Les agradeceré que...

—¡Ya basta, Rog!

—La gente como usted va a saber lo que es bueno. Vendrá la revolución, y entonces serán ustedes quienes mendigarán ayuda. ¿Y cree que la van a conseguir? ¡Ni lo sueñe!

Marjorie incrementó su paso hasta convertirlo casi en un trote, intentando librarse del hombre antes de alcanzar la puerta de la cocina. Estaba rebuscando la llave en su bolsillo cuando él se acercó a sus espaldas. Temerosa de que fuera a tocarla, se dio la vuelta bruscamente y se enfrentó a él.

—Márchese de aquí. Váyase. Deje de molestarme. Vaya a las autoridades. ¡Pero salga de mis tierras!

El hombre retrocedió un paso. Ella alzó el cubo de la comida de los pollos, no queriendo dejar nada fuera que él pudiera robar. La llave giró fácilmente, gracias a Dios, y cerró tras ella de un portazo justo en el momento en que él llegaba al umbral. Puso el pasador con un golpe brusco. Él gritó a través de la puerta:

—¡Maldita puta orgullosa! ¡Te importa un huevo que nos muramos de hambre!, ¿eh? Marjorie se puso a temblar violentamente, pero gritó en respuesta:

—¡Voy a llamar a la policía si no se marchan de aquí inmediatamente!

Recorrió toda la casa, comprobando las ventanas. No resultaba difícil violentarlas. Se sintió vulnerable, atrapada en su propio casa. Ahora su respiración era muy rápida y jadeante. Sintió náuseas. El hombre seguía gritando allá fuera, y su lenguaje era cada vez más y más obsceno.

El teléfono estaba en la mesa del vestíbulo. Lo tomó y lo llevó a su oído. Nada. Pulsó la barra del receptor varias veces. Nada. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Vaya momento para estropearse. Claro que esto ocurría a menudo. Pero no ahora, por favor, rogó. Agitó el teléfono. Silencio todavía. Estaba completamente incomunicada. ¿Y si el hombre decidía entrar por la fuerza en la casa? Su mente buscó armas potenciales, el atizador, los cuchillos de la cocina... Oh, Dios, no, mejor no empezar ninguna violencia, ellos eran dos y el hombre parecía un mal enemigo. No, saldría por detrás. A través de las puertas vidrieras de la sala de estar. Correría hasta el pueblo en busca de ayuda.

Ya no le oía gritar, pero temía mostrarse en la ventana para ver si aún seguía allí. Probó de nuevo el teléfono. Nada todavía. Lo volvió a colgar de golpe. Centró su atención en las puertas y ventanas, escuchando por si oía algún sonido de rotura. Luego volvieron a llamar a la puerta delantera. Se sintió aliviada al saber dónde estaba y que aún se hallaba fuera. Aguardó, aferrada al borde de la mesa del vestíbulo. Márchate, maldito seas, deseó. La llamada se repitió. Tras una pausa, se oyó ruido de pasos en la grava del camino. ¿Por fin se iba? Luego hubo una llamada en la puerta de la cocina. ¡Oh, Cristo! ¿Cómo podía librarse de él?

—¡Marjorie! ¡Hey, Marjorie!, ¿estás ahí? —llamó una voz. El alivio la inundó, haciendo brotar casi lágrimas de sus ojos. Se sentía demasiado flácida para moverse.

—¡Marjorie! ¿Dónde estás? —La voz se estaba alejando. Se irguió y avanzó hacia la puerta de la cocina, y la abrió. Su amiga Heather se dirigía al cuarto del jardín.

—Heather —gritó—. Estoy aquí. Heather se volvió y regresó junto a ella.

—¿Qué te ocurre? —dijo—. Tienes un aspecto horrible.

Marjorie salió fuera y miró a su alrededor.

—¿Se ha ido? —preguntó—. Había un hombre horrible aquí fuera.

—¿Un tipo andrajoso con una mujer y un niño? Estaban marchándose cuando yo llegué. ¿Qué ha ocurrido?

—Deseaba que le prestara un poco de leche. —De pronto se echó a reír, un poco histéricamente. Todo aquello sonaba tan vulgar—. Luego se irritó y empezó a gritar. Son intrusos. Se trasladaron la pasada noche a esa granja vacía que hay al final de la carretera, y la han ocupado. —Se dejó caer en una silla de la cocina—. Dios, me asusté tanto, Heather.

—Te creo. Pareces completamente alterada. No eres tú misma, Marjorie. Y eso no es propio de ti. Creía que eras capaz de enfrentarte a cualquier cosa, incluso a unos

fieros y peligrosos intrusos. —Había adoptado un tono ligeramente burlón, y Marjorie respondió a él.

—Bueno, soy capaz, por supuesto. Iba a probar de hundirle el cráneo con el atizador, y luego apuñalarle con el cuchillo de la cocina, si hubiera intentado entrar.

Estaba riendo, pero su risa no tenía nada de alegre. ¿Había pensado realmente en hacerlo?

### 3 - Otoño de 1962

Tenía que encontrar una forma de librarse de aquel maldito ruido en el experimento, pensó Gordon malhumorado, tomando su gastado maletín. El maldito asunto no funcionaba. Si no conseguía hallar la dificultad y corregirla, entonces todo el experimento iba a convertirse en puro viento.

La palmera lo detuvo, como siempre. Cada mañana, después de que Gordon Bernstein hubiera cerrado la amarilla puerta delantera del bungalow un poco demasiado fuerte, se daba la vuelta y miraba a la palmera, y se detenía. La pausa era un momento de reajuste. Estaba realmente allí, en California. No era un decorado; era la realidad. La silueta de la palmera lo confirmaba, extendiendo sus frondas de afiladas agujas en un cielo sin nubes, silenciosamente exótica. Aquella prosaica planta era mucho más impresionante que las extrañamente vacías autopistas o el constante clima benigno.

La mayor parte de las noches, Gordon permanecía sentado hasta tarde con Penny, leyendo y escuchando discos folk. Las cosas eran exactamente iguales a sus años en Columbia. Mantenía los mismos hábitos, y casi olvidaba que a media manzana de distancia estaba la playa de Wind'n Sea con su incesante oleaje. Cuando dejaba sus ventanas abiertas, el rumor de las olas se parecía al ruido del tráfico en la Segunda Avenida, un distante eco de las vidas de otra gente que siempre había conseguido evitar, allí en su apartamento. Por ello cada mañana representaba una pequeña impresión cuando se aventuraba fuera, haciendo tintinear nerviosamente las llaves de su coche, murmurando mentalmente para sí mismo, y la palmera lo devolvía otra vez a su nueva realidad.

Los fines de semana era más fácil recordar que se hallaba en California. Entonces se despertaba para descubrir el largo y rubio cabello de Penny esparcido por la almohada a su lado. Durante la semana ella tenía sus clases a primera hora de la mañana y se marchaba cuando él aún seguía durmiendo. Se movía tan ligera y silenciosamente que nunca lo despertaba. Cada mañana, era como si ella nunca hubiera estado allí. No dejaba nada tirado a su alrededor. Ni siquiera había una arruga en la cama allá donde había dormido.

Gordon deslizó las tintineantes llaves en su bolsillo y caminó a lo largo del seto espinoso en dirección a las amplias avenidas de La Jolla. Aquello también resultaba un poco extraño para él. Las calles estaban llenas de espacio suficiente como para aparcar su Chevy del 58 y quedaba aún cemento suficiente como para dejar dos amplios carriles centrales de circulación. Las calles eran tan grandes como los edificios; parecían definir el paisaje, como vastos terrenos de recreo para la especie dominante, el automóvil. Comparado con la Segunda Avenida, que era más bien como un pozo de ventilación entre enormes losas de ladrillos marrones, aquello era

un exceso extravagante. En Nueva York, Gordon siempre se preparaba cuando descendía los peldaños, sabiendo que cuando abriera la puerta delantera de cristal reforzado con alambre iba a encontrarse con docenas de personas ante su vista, moviéndose bruscamente de un lado para otro, un agitarse de vidas. Siempre podía contar con una presión así de carne a su alrededor. Aquí, nada. La calle Nautilus era una plana llanura blanca cociéndose al sol de la mañana, desprovista de gente. Subió a su Chevy, y el rugir del motor de arranque rompió el silencio, pareciendo conjurar en su espejo retrovisor un Chrysler largo y bajo que apareció a una manzana de distancia y pasó por su lado haciendo un ruido sibilante.

Camino al campus, condujo con una mano y buscó una emisora de radio con la otra, pasando de largo los discordantes bloques de sonido que por allí eran considerados como música pop. En realidad prefería la música folk, pero sentía un extraño afecto hacia algunas de las viejas canciones de Buddy Holly, y últimamente se había descubierto tarareando algunas de ellas en la ducha: Cada día estás un poco más cerca... Bien, ése será el día... Consiguió encontrar una canción de los Beach Boys y dejó el dial. El tenor susurraba acerca de arena y de sol y describía perfectamente el paisaje que estaba circulando a sus lados. Bajó por el bulevar La Jolla y observó los distantes y pequeños puntos que se agitaban junto a la línea ribeteada de blanco de las olas. Muchachos, que evidentemente no habían ido a la escuela pese a que las clases habían empezado hacía dos semanas.

Descendió la colina y se metió en la hilera de lentos coches, la mayor parte de ellos Lincolns y Cadillacs negros. Frenó, y observó que se estaban construyendo nuevos edificios en el monte Soledad. La tierra había sido arañada y removida para formar terrazas, y los camiones iban arriba y abajo por el revuelto suelo como insectos. Gordon sonrió ásperamente, sabiendo que aunque tuviera éxito en el experimento, y produjera un resultado brillante, y consiguiera una promoción, y en consecuencia obtuviera un mejor sueldo, seguiría sin poder permitirse ninguna de las casas de cedro y cristal que se alineaban en aquella colina. No a menos que aceptara un montón de trabajos consultivos adicionales y además ascendiera rápidamente en la universidad, quizás incluso encontrara un medio de actuar como decano a tiempo compartido para incrementar su cheque mensual. Pero eso era infernalmente difícil.

Hizo una mueca detrás de su densa barba negra, cambió de marcha mientras la canción de los Beach Boys se apagaba y el coche avanzó por entre el tráfico con un profundo y tranquilizador rugido en dirección a la Universidad de California en La Jolla.

Gordon tabaleó ausentemente sobre el vaso de Dewar lleno de nitrógeno líquido, intentando pensar cómo decir lo que deseaba, y se dio cuenta confusamente de que lo que ocurría era que no podía apreciar a Albert Cooper. El tipo parecía agradable, con su pelo color arena y su habla lenta que a veces hacía que se perdiera alguna de sus

palabras, y obviamente musculoso debido a sus deportes preferidos, la inmersión con escafandra autónoma y el tenis. Pero la taciturna calma de Cooper frenaba el empuje de Gordon, una y otra vez. Sus modales sonrientes y despreocupados parecían reflejar alguna distante o pensativa tolerancia hacia Gordon, y éste consideraba eso irritante.

—Mira, Al —dijo, apartándose rápidamente de la humeante boquilla del vaso de Dewar—. Llevas conmigo más de un año, ¿no?

—Exacto.

—Te llevabas muy bien con el profesor Lakin, cuando yo me uní al departamento; Lakin estaba demasiado atareado, de modo que viniste a mí. Y yo te acepté. —Gordon se balanceó sobre sus talones, hundiendo las manos en sus bolsillos traseros—. Porque Lakin dijo que eras bueno.

—Seguro.

—Y ahora llevas rompiéndote la cabeza sobre este experimento con antimoniuro de indio desde hace... ¿cuánto tiempo?... un año y medio fácilmente.

—Exacto —dijo Cooper, con una ligera ironía.

—Creo que ya es tiempo de dejarnos de tonterías. Cooper no reflejó ninguna reacción visible.

—Hummm. No... esto... no comprendo lo que quiere decir.

—He venido aquí esta mañana. Te he preguntado acerca del trabajo que te encargué. Me has dicho que has revisado todos los amplificadores, todos los componentes, y que todo funciona a la perfección.

—Oh, sí. Lo he hecho.

—Y el ruido sigue todavía aquí.

—Lo he comprobado. He verificado toda la secuencia.

—Eso es imposible.

Cooper suspiró elaboradamente.

—De modo que se ha enterado, ¿eh?

Gordon frunció el ceño.

—¿Enterado de qué?

—Sé que es usted muy estricto respecto a realizar todos los experimentos, de la A a la Z, sin ninguna pausa, doctor Bernstein. Lo sé muy bien. —Cooper se alzó de hombros como disculpándose—. Pero la noche pasada no pude terminarlo todo de una sola vez. Así que salí a tomar un poco de aire y unas cuantas cervezas con los chicos. Luego volví y lo terminé.

Gordon frunció el ceño.

—No hay nada malo en eso. Siempre puedes tomarte una pausa. Siempre que lo mantengas todo controlado, que no dejes que los preamplificadores o los osciloscopios pierdan su ajuste a cero.

—No. Todos seguían correctamente.

—Entonces... —Gordon abrió las manos, exasperado— te has confundido en alguna parte. No es de ir a beber unas cervezas de lo que me preocupa, es del experimento. Mira, la sabiduría convencional dice que se necesitan cuatro años como mínimo para llegar al final. ¿Deseas hacerlo en ese plazo de tiempo?

—Por supuesto.

—Entonces haz lo que digo y no te distraigas.

—Pero si no me he distraído.

—Tienes que haberlo hecho. Simplemente no has comprobado lo que tenías que comprobar. Yo puedo...

—El ruido sigue todavía aquí —dijo Cooper, con una seguridad que cortó a Gordon a media frase. Gordon se dio cuenta bruscamente de que estaba amilanando a aquel hombre, sólo tres años más joven que él, sin ninguna razón en absoluto, excepto su frustración.

—Mira, yo... —empezó Gordon, pero se dio cuenta de que la siguiente palabra se le pegaba a la garganta. Se sintió de pronto azarado—. De acuerdo, te creo —dijo, haciendo que su voz sonara viva y eficiente—. Veamos esas gráficas que tomaste.

Cooper había permanecido reclinado contra el macizo imán que envolvía el núcleo de su experimento. Se volvió y se abrió camino por entre los senderos de cables y guías de microondas. El experimento estaba todavía en curso. El frasco plateado, suspendido entre los polos del imán y casi oculto por los cables que penetraban en él, había formado una capa de hielo a su alrededor. Dentro de él el helio líquido burbujeaba y hervía a temperaturas apenas unos cuantos grados por encima del cero absoluto. El hielo era agua congelada de la humedad del aire en torno a la envoltura, y restallaba ocasionalmente cuando el equipo se expandía y se contraía para aligerar la tensión. El laboratorio brillantemente iluminado zumbaba con vida electrónica. Unos pocos metros más allá el calor de las bancadas sobre bancadas de detectores transistorizados formaban una cálida pared de aire. Desde el helio, sin embargo, Gordon podía sentir una suave brisa helada. Pese al frío, Cooper llevaba una vieja camisa y unos tejanos. Gordon prefería una camisa de manga larga con botones, de algodón de Oxford, con unos pantalones de pana que se cerraban por detrás y una chaqueta de Tweed. Aún no se había adaptado a la informalidad de los laboratorios de allí. Si eso significaba llegar hasta los extremos de Cooper, estaba seguro de que nunca lo haría.

—Tomé un montón de datos —dijo Cooper en tono conversacional, ignorando la tensión que había colgado en el aire hacía apenas unos momentos. Gordon avanzó por entre el conjunto de osciloscopios y consolas móviles hasta donde Cooper iba clasificando metódicamente los gráficos que se registraban automáticamente. El papel estaba milimetrado en un color rojo brillante, de modo que la quebrada línea verde de la señal destacaba enormemente, haciendo que la página casi pareciera en

tres dimensiones a causa del contraste—. ¿Ve? —Los gruesos dedos de Cooper rastrearon los picos y valles de color verde—. Aquí es donde debería estar la resonancia nuclear del indio. Gordon asintió.

—Un hermoso y ancho pico, eso es lo que deberíamos encontrar —dijo. Pero allí había tan sólo un caos de apretadas líneas verticales, trazadas a medida que la punta registradora oscilaba arriba y abajo sobre el papel, bajo la acción de impulsos aleatorios.

—Únicamente un lío —murmuró Cooper.

—Sí —admitió Gordon, dándose cuenta de que expelía el aire mientras decía eso y sus hombros se hundían.

—Sin embargo, obtuve ése —dijo Cooper, tendiéndole el rectángulo verde de otro registro. Mostraba un esquema mezclado. A la derecha había un claro pico, con sus lados lisos y sin perturbaciones. Pero la parte central e izquierda de la página era un amasijo de garabatos sin significado.

—Maldita sea —murmuró Gordon para sí mismo. En aquellos gráficos la frecuencia de las emisiones de la muestra de antimonio de indio se incrementaba de izquierda a derecha—. El ruido borra las altas frecuencias.

—No siempre.

—¿Eh?

—Aquí hay otra muestra. La tomé apenas unos minutos después de esa otra.

Gordon estudió el tercer gráfico. En éste había un pico razonablemente delimitado en el lado izquierdo, en las bajas frecuencias, y luego el ruido a la derecha.

—No lo comprendo.

—Le aseguro que yo tampoco.

—Antes siempre habíamos obtenido un ruido plano y constante.

—Aja. —Cooper le miró inexpresivamente. Gordon era el profesor allí; Cooper estaba pasándole el acertijo. Gordon le miró de soslayo, pensativo.

—Estamos obteniendo los picos, pero solamente parte del tiempo.

—Eso es lo que parece.

—Tiempo. Tiempo —murmuró Gordon, distante—. Hey, la punta necesita digamos treinta segundos para recorrer la hoja, ¿no?

—Bueno, podemos cambiar eso, si cree...

—No, no, escucha —dijo Gordon rápidamente—. Supón que el ruido no está siempre ahí. En este caso... —volvió a la hoja del sendo gráfico— hay alguna fuente de ruido en el momento en que la punta está registrando las bajas frecuencias. Aproximadamente diez segundos más tarde ha desaparecido. Aquí... —clavó un grueso dedo en el tercer gráfico— el lío aparece en el momento en que la punta alcanza las altas frecuencias. El ruido está regresando.

Cooper frunció el ceño.

—Pero... Creía que éste era un experimento de régimen constante. Quiero decir, nada cambia, ésa es la base de todo el asunto. Mantenemos la temperatura baja pero constante. Los osciloscopios y amplificadores y rectificadores son todos calentados y confirman el esquema. Ellos...

Gordon le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio.

—Eso no es nada que nosotros estemos haciendo. Hemos pasado semanas controlando los elementos electrónicos; no es que estén funcionando mal. No, es algo distinto, ésa es mi opinión.

—¿Pero qué?

—Algo exterior. Una interferencia.

—¿Cómo puede...?

—¿Y quién lo sabe? —dijo Gordon con una nueva energía. Empezó a pasear nerviosamente, uno de sus gestos característicos. Las suelas de sus zapatos chirriaban contra el suelo a cada una de sus vueltas—. Lo que está ocurriendo es que hay otra fuente de señales en el antimonio de indio. O en caso contrario el indio está captando una emisión de modulación temporal procedente de fuera del laboratorio.

—No comprendo.

—Infiernos, yo tampoco. Pero algo nos está embrollando la detección de la resonancia nuclear. Tenemos que rastrear lo que es.

Cooper miró con el rabillo del ojo las erráticas líneas, como si estuviera midiendo con su ojo mental las alteraciones que había que hacer para estudiar más a fondo el problema.

—¿Cómo?

—Si no podemos extirpar el ruido, estudiémoslo. Encontremos de donde procede.

¿Está ocurriendo en todas las muestras de antimonio de indio? ¿Se filtra desde algún otro laboratorio de aquí? ¿O se trata de algo nuevo? Eso es lo que hemos de buscar.

Cooper asintió lentamente. Gordon empezó a esbozar algunos diagramas de circuitos en la parte de atrás de una de las hojas, señalando los componentes con un lápiz. Ahora podía ver nuevas posibilidades. Un ajuste aquí, una nueva pieza de equipo allí. Podían conseguir algunos componentes de Lakin, y probablemente podrían convencer a Feher de que les dejara su analizador de espectro por un día o dos. El lápiz de Gordon hacía un débil sonido rasgueante por encima del resoplar de las bombas y el penetrante zumbido de los componentes electrónicos, pero él no oía nada. Las ideas parecían estar encadenándose a creciente velocidad en su mente y derramarse directamente en la página a través del lápiz, saltar al papel casi antes de que hubiera tenido tiempo de pensar en ellas, y tenía la sensación de hallarse tras la huella de algo concreto en aquel problema del ruido. Podía existir una nueva

estructura oculta tras los datos, como una gran pieza de caza tras una densa maleza. Iba a descubrirla; estaba seguro de ello.

## 4 - 1998

Gregory Markham pedaleó en su bicicleta más allá de los edificios llenos de olores de medicina veterinaria y se metió por el camino que conducía al laboratorio Cavendish. Le gustaba el suave azote del húmedo aire al girar las curvas, ir alternando su peso a uno y otro lado en un ritmo cuidadoso. Su meta era descubrir una curva mínima que lo depositara en la entrada del laboratorio, una geodésica para aquella curvatura local del espacio en particular. Un último esfuerzo de pedaleo, y desmontó a una respetable velocidad, trotando al lado de la máquina, utilizando la energía de la bicicleta para conducirla hasta una de las separaciones de cemento para bicicletas y encajar las ruedas en ella.

Tironeó de su chaqueta irlandesa marrón y subió los peldaños de dos en dos, una costumbre que le daba la apariencia de estar llegando siempre tarde a algo. Se subió con aire ausente las gafas sobre el puente de su nariz, donde habían dejado una marca rojiza, y se pasó los dedos por la barba. Era una barba bien recortada, siguiendo el trayecto convencional a lo largo de su enjuta mejilla desde las patillas hasta el bigote, pero parecía alborotarse cada hora o así, lo mismo que su cabello. Estaba jadeando más de lo habitual tras la carrera. O bien había ganado algo de peso la última semana, dedujo, o la simple erosión de la edad había llegado un poco más profundo. Tenía cincuenta y dos años, y se mantenía en unas moderadas buenas condiciones. La investigación médica había demostrado suficientemente que existía una correlación entre el ejercicio y la longevidad, de modo que él se atenía a ello.

Abrió la puerta de cristal y se encaminó hacia el laboratorio de Renfrew. Cada semana o así acudía a echar un juicioso vistazo al equipo y efectuar algunos asentimientos con la cabeza, pero la verdad es que aprendía muy poco en aquellas visitas. Su interés residía en la teoría que se hallaba detrás de aquel laberinto electrónico. Penetró cautelosamente en la ajetreada bola de sonido que era el laboratorio.

Pudo ver a Renfrew a través de la ventana de su oficina... rechoncho, desgredado como de costumbre, su camisa desabotonada, su pelo color rata cayendo revuelto sobre su frente. Estaba revolviendo papeles en su atestado escritorio. Markham no conocía al otro hombre que estaba con él. Supuso que se trataba de Peterson, y se sintió divertido por el contraste entre los dos. El oscuro cabello de Peterson estaba perfectamente peinado en su sitio, y su traje era tan caro y tan elegantemente cortado. Parecía suave y seguro de sí mismo, y, pensó Markham, debía de ser un tipo duro para tratar con él. La experiencia le había enseñado que era difícil salirse con bien de una confrontación con ese tipo de inglés frío y reservado.

Abrió la puerta de la oficina, permitiéndose una rutinaria llamada al mismo tiempo que entraba. Los dos hombres se volvieron hacia él. Renfrew pareció aliviado

y saltó en pie, derribando un libro de su escritorio.

—Ah, Markham, ya estás aquí —dijo sinceramente—. Este es el señor Peterson, del Consejo.

Peterson se levantó suavemente de su silla y extendió una mano.

—¿Cómo se encuentra, doctor Markham? Markham estrechó vigorosamente su mano.

—Encantado de conocerle. ¿Ha echado ya un vistazo al experimento de John?

—Sí, hace un momento. —Peterson parecía ligeramente aturdido por la velocidad con que Markham había entrado de lleno en el asunto—. ¿Qué opinión tiene la Fundación Nacional para la Ciencia respecto a esto, lo sabe usted?

—Por el momento, ninguna opinión. Aún no he presentado ningún informe. Hasta la semana pasada no me pidieron que actuara como enlace. ¿Nos sentamos?

Sin aguardar la respuesta, Markham cruzó la habitación, despejó la única otra silla que había, y se sentó, cruzando las piernas. Los otros dos hombres volvieron a sus asientos, un poco más ceremoniosamente.

—Es usted físico de plasma, ¿es eso correcto, doctor Markham?

—Sí. Actualmente estoy en vacaciones sabáticas. La mayor parte de mi trabajo se ha dedicado a los plasmas hasta estos últimos años. Escribí un artículo sobre la teoría de los taquiones hace mucho tiempo, antes de que fueran descubiertos y se pusieran de moda. Supongo que es por eso que la FNC me pidió que viniese.

—¿Leyó usted la copia de la propuesta que le envié? —preguntó Peterson.

—Sí, lo hice. Es buena —dijo Markham terminantemente—. La teoría es excelente. Llevo algún tiempo trabajando en las ideas que hay detrás del experimento de Renfrew.

—¿Cree que este experimento funcionará, entonces?

—Sabemos que la técnica funciona. Si lograremos realmente comunicarnos con el pasado... eso es algo que no sabemos.

—Y esa instalación de ahí... —Peterson agitó un brazo hacia el laboratorio— ¿puede hacer eso?

—Si tenemos mucha suerte, sí. Sabemos que se están llevando a cabo algunos experimentos similares sobre la resonancia nuclear en el Cavendish y en algunos otros lugares, en Estados Unidos y en la Unión Soviética, y que están en marcha desde los años cincuenta. En principio podrían captar señales coherentes inducidas por taquiones.

—¿Así que podemos enviarles telegramas?

—Sí, pero eso es todo. Es una forma altamente restringida de viaje temporal. Es el único medio en el que nadie haya conseguido pensar para enviar mensajes al pasado. No podemos transmitir objetos ni gente.

Peterson agitó la cabeza.

—Yo obtuve mi título en conflictos sociales y ordenadores. Incluso yo...

—¿En Cambridge? —interrumpió Markham.

—Sí, en el King's College. —Markham asintió para sí mismo, y Peterson vaciló. Le desagradaba que el americano lo hubiera situado obviamente en una categoría determinada. Él había hecho lo mismo, por supuesto, pero con una razón más genuina. Ligeramente irritado, tomó la iniciativa—. Mire, incluso yo sé que hay una paradoja implicada en algún lugar, aquí. Ese viejo asunto acerca de pegarle un tiro a tu abuelo, ¿no? Pero si él muere, usted no existiría. Alguien en el Consejo sacó eso a colación, ayer. Casi estuvimos a punto de rechazar todo el asunto a causa de eso.

Un buen punto. Yo cometí el mismo error en uno de mis artículos, allá por 1992. Parece evidente que existen paradojas y luego, si examinas las cosas desde el ángulo correcto, las paradojas desaparecen. Puedo explicarlo, pero tomará tiempo.

—No ahora, si no le importa. El asunto, si lo comprendo bien, es enviar esos telegramas y decirle a alguien allá en los años sesenta o así cuál es nuestra situación aquí.

—Bueno, algo así. Advertirles contra los hidrocarburos clorados, describirles los efectos sobre el fitoplancton. Controlando los efectos de algunos tipos de investigación podríamos disponer del margen que necesitamos ahora para...

—Dígame, ¿cree que este experimento puede ser de alguna ayuda real?

Renfrew se agitó impacientemente pero no dijo nada.

—Sin ponerme melodramático —dijo Markham lentamente—, creo que puede llegar a salvar millones de vidas. A la larga.

Hubo un momento de silencio. Peterson volvió a cruzar sus piernas y se quitó un invisible hilo de su rodilla.

—Es una cuestión de prioridades, entienda —dijo finalmente—. Tenemos que ver globalmente las cosas. El Consejo de Emergencia ha permanecido en sesión desde las nueve de esta mañana. Ha habido otra terrible mortandad en el norte de África debido a la sequía y a la falta de reservas alimenticias. Oirán hablar más de ello en los noticiarios a su debido tiempo, sin la menor duda. Mientras tanto, ésta y otras emergencias tienen que tener prioridad. El norte de África no es el único lugar con problemas. También se ha producido una gran propagación de diatomeas a lo largo de la costa sudamericana. Miles de personas están muriendo en ambos lugares. Y ustedes nos están pidiendo que pongamos dinero en un experimento aislado que puede o no puede funcionar... un experimento que es esencialmente la teoría de un solo hombre...

—Es más que eso —interrumpió rápidamente Markham—. La teoría de los taquiones no es nueva. Precisamente ahora hay un grupo en el Caltech, el grupo de la teoría gravitatoria, trabajando en el mismo problema desde otro ángulo. Están intentando ver cómo encajan los taquiones en las cuestiones cosmológicas... ya sabe,

la teoría del universo en expansión y todo eso.

Renfrew volvió a asentir con la cabeza.

—Sí, había un artículo en la *Physical Review* muy recientemente, acerca de enormes fluctuaciones de densidad.

—En Los Ángeles también tienen problemas —dijo Peterson, pensativo—. Principalmente el gran incendio, por supuesto. Si el viento cambia, puede ser desastroso. No sé qué efecto tendrán esas cosas en la gente del Caltech. Pero no podemos permitirnos esperar durante años.

Renfrew carraspeó.

—Pensé que la financiación de los experimentos científicos iba a tener prioridad absoluta. —Sonó ligeramente malhumorado. La respuesta de Peterson tuvo un asomo de condescendencia.

—Oh, se está refiriendo usted al discurso del rey por televisión el otro día. Sí, bueno, por supuesto, él no sabe nada de ciencia, ni siquiera es un político. Aunque es un tipo muy bienintencionado, por supuesto. Nuestro comité le aconsejó sin embargo que en el futuro se limitara a hablar de generalidades que no comprometieran a nada. Con un toque de humor. Es bueno en eso. Sea como fuera, el hecho básico es que andamos escasos de dinero, y que tenemos que elegir muy cuidadosamente. Todo lo que puedo prometer en este estadio es que presentaré un informe al Consejo. Les haré saber tan pronto como me sea posible su decisión acerca de garantizar su prioridad de emergencia. Personalmente, creo que es un proyecto demasiado a largo plazo. No sé si podemos permitirnos correr el riesgo.

—Lo que no podemos permitirnos es no correrlo —dijo Markham con repentina energía—. ¿De qué sirve tapar brechas aquí y allá, enterrar dinero en fondos de ayuda contra la sequía y las epidemias? Pueden ustedes colocar todos los parches que quieran, pero finalmente el globo estallará. A menos...

—¿A menos que trasteen ustedes con el pasado? ¿Están seguros de que los taquiones pueden alcanzar el pasado, en primer lugar?

—Lo hemos hecho —dijo Renfrew—. Hicimos algunos experimentos a pequeña escala. Funcionaron. Está en el informe.

—Entonces, ¿los taquiones son recibidos?

Renfrew asintió secamente.

—Podemos utilizarlos para calentar una muestra en el pasado, así que sabemos que son recibidos.

Peterson arqueó una ceja.

—¿Y si, después de medir este incremento de calor, deciden ustedes no enviar los taquiones después de todo?

—Esa opción no está realmente disponible en esos experimentos. Vea, los taquiones tienen que viajar un largo camino si han de llegar tan lejos en el tiempo.

—Un momento, por favor —murmuró Peterson—. ¿Qué tiene que ver el viajar más rápido que la luz con el viaje por el tiempo?

Markham se dirigió hacia una pizarra.

—Es algo que se deriva directamente de la relatividad restringida. Vea... —Y se lanzó a una descripción. Markham trazó diagramas espaciotemporales y le dijo a Peterson cómo entenderlos, haciendo hincapié en la elección de coordenadas oblicuas. Peterson mantuvo una expresión de profunda intensidad a través de todo aquello. Markham trazó líneas onduladas para representar a los taquiones partiendo de un determinado lugar, y mostró cómo, si eran reflejados en el interior del laboratorio, podían alcanzar otra porción del laboratorio en un tiempo anterior.

Peterson asintió lentamente.

—¿Así que su opinión acerca de los experimentos que han hecho es que no existe tiempo que reconsiderar? Ustedes disparan los taquiones, y éstos calientan esa muestra de indio que tienen ustedes, unos cuantos nanosegundos antes de que ustedes hayan apretado el gatillo.

Renfrew asintió.

—Lo esencial es que nosotros no deseamos tampoco crear una contradicción. Mire, si conectáramos el detector de calor al disparador de taquiones, la aparición del calor bloquearía la emisión de los taquiones.

—La paradoja del abuelo.

—Correcto —intervino Markham—. Hay algunos puntos sutiles implicados en hacer eso. Creemos que todo ello conduce a una especie de estado intermedio, en el cual es generado un poco de calor y son emitidos unos cuantos taquiones. Pero no estoy seguro.

—Entiendo —Peterson se debatió con aquellas ideas, frunciendo el ceño—. Me gustaría profundizar un poco más en todo eso algo más tarde, una vez haya leído todo el material técnico. En realidad, todo esto no depende de mi único y exclusivo juicio... —miró a los dos hombres a su lado, que le contemplaban a su vez intensamente—, como probablemente habrán supuesto ustedes. Sir Martin, del Consejo, y ese hombre, Davies, que mencionaron ustedes, me dieron su evaluación. Según ellos vale la pena seguir adelante.

Markham sonrió; Renfrew radió. Peterson alzó una mano.

—No vayan tan aprisa. En realidad he venido aquí para captar el aroma de las cosas, no para tomar una decisión definitiva. Tengo que presentar mi caso al Consejo. Ustedes desean equipo electrónico de los laboratorios americanos, y eso significa luchar con la FNC.

—¿Acaso están los americanos trabajando en la misma línea? —preguntó Renfrew.

—No lo creo. La actitud del Consejo es que deberíamos unir nuestros recursos.

Voy a urgir que se les destinen los fondos que necesitan, y los americanos colaborarán.

—¿Y los soviéticos? —preguntó Markham.

—Dicen que no están haciendo nada en esta línea. —Peterson resopló desdeñosamente—. Probablemente mienten de nuevo. No es ningún secreto que nosotros los ingleses tenemos un papel importante en el Consejo únicamente porque los soviéticos se mantienen en un plano de estricta discreción.

—¿Por qué razón? —preguntó inocentemente Renfrew.

—Imaginan que todos nuestros esfuerzos van a estallarnos en la cara —dijo Peterson—. Así que se limitan a contribuir en los gastos y probablemente estén guardando recursos para más tarde.

—Cínico —dijo Markham.

—Absolutamente —admitió Peterson—. Miren, tengo que regresar a Londres. Tengo un cierto número de otras proposiciones, la mayor parte asuntos convencionales, pero el Consejo desea un informe de cada una de ellas. Haré todo lo que pueda por ustedes. —Estrechó formalmente sus manos—. Doctor Markham, doctor Renfrew.

—Le acompañaré —dijo Markham rápidamente—. ¿John?

—Por supuesto. Aquí hay un dossier de nuestros artículos sobre los taquiones, puede que le interese. —Se lo tendió a Peterson—. Junto con algunas ideas acerca de cosas que pueden ser transmitidas, si tenemos éxito.

Los tres hombres abandonaron juntos el edificio e hicieron una pausa en el desierto aparcamiento. Peterson se dirigió hacia el coche que Renfrew había observado al llegar aquella mañana.

—Así que ése era su coche —exclamó Renfrew, involuntariamente—. No creí que hubiera podido llegar tan pronto esta mañana desde Londres.

Peterson alzó una ceja.

—Pasé la noche con un viejo amigo —dijo.

El resplandor de agradable recuerdo que cruzó por un momento sus ojos indicó claramente a Markham que el viejo amigo era una mujer. Renfrew no se dio cuenta de ello, atareado en ponerse sus pinzas para su bicicleta en los pantalones. Además, sospechaba Markham, aquél no era el tipo de pensamiento que pudiera ocurrírsele a Renfrew. Era un buen hombre, pero básicamente lento en comprender. En cambio Peterson, aunque con toda seguridad no era en absoluto un buen hombre, se mirara por donde se mirara, tampoco era en absoluto lento en comprender.

Marjorie estaba en su elemento. Los Renfrew no acostumbraban invitar a menudo a gente, pero cuando lo hacían, Marjorie siempre daba a John y a sus huéspedes la impresión de una apresurada actividad e incluso de desastres domésticos evitados en el último minuto. De hecho, Marjorie no era tan sólo una excelente cocinera, sino también una organizadora altamente eficiente. Cada paso de aquella cena había sido meticulosamente planificado por anticipado. Una subconsciente sensación de que no debía intimidar a sus huéspedes mostrándose como una perfecta anfitriona era la única causa por la que entraba y salía constantemente de la cocina, charlando sin cesar, y echándose hacia atrás el cabello como si todo aquello fuera un poco demasiado para ella.

Heather y James, como sus amigos más antiguos, fueron los que llegaron primero. Luego los Markham, unos correctos diez minutos después. Heather lucía sorprendentemente sofisticada con su traje negro largo. Con tacones altos, era igual de alta que James, que media tan sólo metro cincuenta y cinco y se sentía acomplejado por ello. Como de costumbre, él también iba impecablemente vestido.

Estaban bebiendo todos jerez, excepto Greg Markham, que se había decantado por una Guinness. Marjorie pensó que era un tanto extraño para inmediatamente antes de cenar, pero Markham parecía ser hombre de sólido apetito, así que probablemente era normal. Lo encontró un poco desconcertante. Cuando John se lo presentó, él se había mantenido un poco demasiado cerca de ella y le había formulado algunas preguntas bruscas y más bien poco convencionales.

Luego, cuando ella se había retirado un poco —tanto física como de las respuestas directas a sus preguntas—, él había parecido descartarla. Cuando más tarde ella le había ofrecido algunos carísimos frutos secos para picar, él había cogido un gran puñado mientras seguía hablando, sin apenas haberse dado cuenta de la presencia de ella a su lado.

Marjorie decidió no dejar que nada la turbara. Hacía ya más de una semana desde el horrible incidente con los intrusos y... barrió el pensamiento de su memoria. Centró resueltamente su atención en su brillante y espléndida fiesta y en la esposa de Markham, Jan. Jan era una mujer discreta, por supuesto... lo cual no era sorprendente, puesto que su esposo había estado dominando la conversación desde que habían llegado. Su técnica era hablar muy rápidamente, saltando de uno a otro temas a medida que se le ocurrían, en una especie de carrera de obstáculos verbal. Mucho de lo que decía era interesante, pero Marjorie no tenía tiempo de pensar en un tema y elaborar un comentario antes de que la conversación hubiera derivado en otra dirección. Jan sonreía ante aquellos saltos verbales, una sonrisa más bien juiciosa que Marjorie interpretaba como una significativa profundidad de carácter.

—Tiene usted un ligero acento inglés —sondeó Marjorie—. ¿Ya se le está pegando?

Aquello sirvió para aislarlas un poco del círculo de conversadores.

—Mi madre es inglesa. Lleva décadas viviendo en Berkeley, pero el acento permanece. Marjorie asintió receptivamente, y la llevó un poco más aparte de los demás. Descubrió que la madre de Jan vivía en la Arcología que se estaba construyendo en el Área de la Bahía. Podía permitírsele porque se ganaba la vida escribiendo novelas.

—¿Qué tipo de novelas escribe? —interrumpió Heather, uniéndose a ellas.

—Góticas. Novelas góticas. Escribe bajo el absurdo seudónimo de Cassandra Pye.

—Dios de los cielos —dijo Marjorie—. He leído un par de sus libros. Son muy buenos, para ese tipo de literatura. Oh, qué excitante es pensar que es usted su hija.

—Su madre es una vieja dama maravillosa —intervino Greg—. Bueno, no tan vieja, realmente. Tiene... ¿cuántos, Jan?... unos sesenta años, y probablemente nos sobrevivirá a todos nosotros. Con una salud de caballo, y un poco loca. Ocupa un cargo importante en el Movimiento Cultural de la Tercera Edad. Berkeley está lleno de gente así en estos días, y ella ha sabido encajar. Va por todas partes en su bicicleta, duerme con todo tipo de personas, es aficionada a todo tipo de tonterías místicas. Aceite de serpiente trascendental. Una mujer un poco loca, de hecho, ¿no es así, Jan?

Aquél era obviamente un chiste personal entre ellos. Jan se echó a reír de buen grado como respuesta.

—Eres un científico incorregible, Greg. Tú y mamá simplemente no vivís en el mismo universo. Piensa solamente en la impresión que recibirías si descubrieras después de tu muerte que mamá tenía razón en todo. Aunque reconozco que se está volviendo un tanto excéntrica últimamente.

—Como el mes pasado —añadió Greg—, cuando decidió entregar todas sus posesiones terrenales a los pobres de México.

—¿Para qué? —preguntó James.

—Para mostrar su apoyo a la causa Hispánica Regionalista —explicó Jan—. Se trata de la gente que desea hacer de México y de la parte occidental de Estados Unidos una región libre, de modo que la gente pueda desplazarse por ella según los dictados de la economía.

James frunció el ceño.

—¿No significa eso simplemente que los mexicanos se trasladarán en masa al norte? Jan se alzó de hombros.

—Probablemente. Pero la facción de habla hispanica en California es tan fuerte que quizás incluso lo consigan.

—Una extraña clase de estado del bienestar —dijo en voz baja Heather.

—Es más probable un estado del adiós muy buenas —apuntó Greg.

El coro de risas que señaló aquella observación casi sorprendió a Marjorie. Había como un toque de energía comprimida siendo liberada.

Un poco más tarde, Markham llevó a Renfrew a un lado y le preguntó acerca de los progresos en el experimento.

—Me temo que nos veamos muy limitados si no conseguimos un mejor tiempo de respuesta —dijo John.

—Aja, la electrónica americana —asintió Markham—. Mira, he estado haciendo los cálculos que discutimos... cómo enfocar los taquiones en 1963 con una buena fiabilidad y todo eso. Creo que funcionara bien. Los inconvenientes no son tan terribles como pensábamos.

—Excelente. Espero que tengamos alguna posibilidad de usar la técnica.

—También he estado metiendo un poco la nariz por todas partes. Conozco a sir Martin, el jefe de Peterson, de los días en que él estaba en el Instituto de Astronomía. Lo llamé por teléfono. Me prometió que muy pronto tendríamos noticias.

Renfrew se iluminó y, por un momento, perdió su aire de anfitrión ligeramente nervioso.

—¿Por qué no tomamos nuestros vasos y salimos afuera a la terraza? Hace una noche encantadora, más bien cálida, y aún no es completamente oscuro.

Marjorie abrió las puertas vidrieras y gradualmente consiguió conducir a sus huéspedes afuera, donde los Markham se maravillaron, como esperaba que lo hicieran, ante el jardín. La intensa fragancia de las madreselvas en el seto llegó hasta ellos. Los pies crujieron sobre la gravilla cuando cruzaron la terraza.

—California se está desarrollando bien, ¿verdad? —preguntó James, y Marjorie, escuchando a los demás que también estaban hablando, oyó fragmentos de la respuesta de Greg Markham.

—El gobernador mantiene el campus de Davis abierto... El resto de nosotros... Yo estoy cobrando actualmente la mitad de mi sueldo, y la única razón de haberlo conseguido es que el sindicato... las presiones... los profesores están aliados ahora con los empleados administrativos... los malditos estudiantes desean tomar cursos prácticos...

—Cuando volvió a mirar en su dirección, la conversación se había extinguido.

Greg se apartó del grupo y se dirigió hacia el extremo del patio, con rostro preocupado. Marjorie le siguió.

—No tenía idea de que las cosas hubieran llegado hasta ese extremo —dijo.

—Está ocurriendo en todas partes —respondió él con un tono llano y resignado.

—Bueno —dijo ella, poniendo un acento alegre y confiado en su voz—, aquí todos esperamos que las cosas se arreglen un poco y los laboratorios vuelvan a abrir. Los universitarios se sienten completamente optimistas acerca de...

—Si los deseos fueran caballos, hasta los mendigos irían montados —dijo él amargamente. Luego, dirigiéndole una mirada, pareció librarse un poco de su taciturno humor—. O, si los caballos fueran indomables, habría que mendigar para montarlos. —Sonrió—. Me gusta transmutar clichés, ¿sabe?

Esta manera de pensar, repentina e incisiva, era lo que Marjorie había llegado a asociar con una clase de científicos, los de tipo teórico. Eran difíciles de comprender, de acuerdo, pero mucho más interesantes que los experimentadores, como su John. Le devolvió la sonrisa.

—Seguramente su año aquí en Cambridge estará libre de preocupaciones presupuestarias, ¿no?

—Hum. Sí. Supongo que es mejor vivir aquí en el pasado de alguna otra persona que en el tuyo propio. Es un lugar encantador para olvidar el mundo de fuera. He gozado de los placeres de la clase teórica.

—¿En su torre de marfil? Ésta es una ciudad de espiras de sueño, como creo que dice el poema.

—Oxford es la ciudad de las espiras de sueño —la corrigió él—. Cambridge es más la de los sueños sudorosos.

—¿La ambición científica?

Él hizo una mueca.

—La regla empírica dice que no se efectúa mucho trabajo realmente importante pasados los cuarenta años. Lo cual es completamente falso, por supuesto. Hay montones de grandes descubrimientos efectuados en los últimos años de la vida. Pero en general, sí, uno tiene la impresión de que tus habilidades te van abandonando a medida que envejeces. Es como los compositores, supongo. La inspiración viene de todas partes cuando eres joven, y... y luego aparece más bien una sensación de consolidación, de las cosas afirmándose en su sitio, cuando te vas haciendo viejo.

—Esta cosa de comunicación a través del tiempo en la que usted y John están trabajando parece realmente excitante. Hay muchas posibilidades ahí.

A Greg se le iluminó la cara.

—Sí, es una gran oportunidad. Un campo nuevo y sólo yo para explorarlo. Si no hubiesen cerrado la mayor parte del departamento de matemática aplicada y física teórica, habría un montón de jóvenes brillantes encima nuestro.

Marjorie se alejó del resto de los reunidos, en dirección a las húmedas masas de vegetación que cercaban su jardín.

—Desde hace tiempo he estado deseando preguntarle a alguien que lo sepa —empezó con un toque de inseguridad— simplemente qué es esa cosa del taquión de John. Quiero decir, él me lo ha explicado, pero me temo que mi educación enfocada más bien a las artes me ha impedido entenderlo demasiado.

Greg unió sus manos tras su espalda en un gesto estudiado, alzó la vista hacia el

cielo. Marjorie observó otro repentino cambio en él; su expresión se hizo remota, como si estuviera examinando algún persistente enigma interior. Siguió mirando hacia arriba, como si no se diera cuenta del excesivo silencio que se había formado entre ellos. Allá arriba, vio Marjorie, un avión trazó un arco, la luz verde de la cola destellando, y notó una sensación curiosa e inquietante. El vapor despedido por sus chorros se abrió, un frío color plata en un cielo de pizarra.

—Creo que lo más difícil de comprender —dijo Greg, empezando a hablar como si estuviera dictando mentalmente un artículo— es por qué las partículas viajando más rápido que la luz tienen algo que ver con el tiempo.

—Sí, eso es. John siempre habla de eso, diciendo un montón de cosas incomprensibles acerca de receptores y focalizadores.

—La miopía de un hombre que tiene que conseguir que esa maldita cosa funcione realmente. Comprensible. Bien mirado, ¿recuerda usted lo que demostró Einstein hace un siglo... que la luz era una especie de límite de velocidad?

—Sí.

—Bien, la descripción automática y popular de la relatividad es... —aquí arqueó sus cejas, como para hacer visible su desdén acerca de la siguiente frase— que «todo es relativo». Una afirmación que no significa nada, por supuesto. Un resumen mejor es que no hay observadores privilegiados en el universo.

—¿Ni siquiera los físicos son privilegiados? Greg sonrió ante la pulla.

—Especialmente los físicos, puesto que nosotros sabemos de qué se trata. El asunto es que Einstein mostró que dos personas yendo la una al encuentro de la otra no pueden ponerse de acuerdo sobre dos acontecimientos que se produzcan al mismo tiempo. Ello es debido a que la luz necesita un tiempo finito para viajar desde los acontecimientos hasta las dos personas, y ese tiempo es distinto para cada una de ellas. Puedo demostrarle eso con algunas matemáticas sencillas...

—Oh, no hace falta, de veras —se echó a reír Marjorie.

—De acuerdo. Esto es una fiesta, después de todo. El asunto es que su esposo está yendo aquí detrás de un pez grande. Su experimento con los taquiones lleva las ideas de Einstein un paso más allá, en un cierto sentido. El descubrimiento de partículas viajando más rápidas que la luz significa que esos dos observadores que se están moviendo tampoco se pondrán de acuerdo acerca de cuál de los dos acontecimientos llegó primero. Es decir, el sentido del tiempo resulta también embrollado.

—Pero seguramente esto es tan sólo una dificultad de comunicación. Un problema con el haz de taquiones y todo eso.

—No, absolutamente falso. Es fundamental. Mire, la «barrera de la luz», como era llamada, nos mantenía en un universo que poseía un sentido desordenado de lo que es simultáneo. ¡Pero al menos podíamos decir en qué sentido fluía el tiempo! Ahora ni siquiera eso podemos hacer.

—¿Usando esas partículas? —dijo Marjorie dubitativamente.

—Sí. Raramente se producen de forma natural, creemos, de modo que no hemos visto antes sus efectos. Pero ahora...

—¿No sería más excitante construir una espacionave a taquiones? ¿Ir a las estrellas?

Él agitó fuertemente la cabeza.

—En absoluto. Todo lo que John puede crear son haces de partículas, no objetos sólidos. De todos modos, ¿cómo viajaría usted en una espacionave que se moviera más rápido que la luz? La idea en sí es un absurdo. No, el auténtico impacto aquí es la transmisión de señales, un campo completamente nuevo dentro de la física. Y yo... yo tengo la suerte de estar metido en ello.

Instintivamente, Marjorie adelantó su mano y palmeó el brazo del hombre, sintiendo una oleada de tranquila alegría ante aquella última frase. Era bueno ver a alguien totalmente comprometido con algo más allá de sí mismo, especialmente en esos días. John era igual que él, por supuesto, pero con John era algo distinto. Sus emociones estaban encapsuladas por una obsesión con la maquinaria y con alguna turbulencia interna, casi una desafiante irritación ante el universo por guardar sus secretos. Quizás ésa fuera la diferencia entre meramente pensar acerca de los experimentos, como nacía Greg, y tener realmente que ver con ellos. Podía ser difícil creer en serenas bellezas matemáticas cuando uno tenía las manos sucias.

James se les acercó.

—Greg, ¿tienes alguna información acerca del clima político de Washington? Estaba preguntándome...

Marjorie vio que el momento de comunicación entre ella y Greg se había roto, de modo que se apartó, observando la geometría de sus huéspedes. James y Greg discutían ya de política. Greg cambió inmediatamente de engranajes conversacionales. Rápidamente tomaron partido acerca de las incesantes huelgas, echando la mayor parte de la culpa sobre el Consejo de Sindicatos de Comercio. James preguntó cuándo iba a abrir de nuevo el gobierno americano el mercado de valores. John estaba flotando por ahí, sin objetivo fijo. Qué extraño, pensó Marjorie, que un hombre se sintiera tan incómodo en su propia casa. Se dio cuenta, por el fruncimiento de sus cejas, que estaba dudando acerca de si unirse o no a los dos hombres. No sabía nada del mercado de valores y casi lo despreciaba como si fuera una forma de juego. Suspiró y sintió piedad por él.

—John, ven y échame una mano, ¿quieres? Voy a poner el primer plato en la mesa.

Él se volvió, aliviado, y la siguió al interior de la casa. Ella echó un vistazo al paté moteado de gris y adornó los platos con rizos de zanahoria y lechuga del huerto. John la ayudó a preparar los moldes de mantequilla y las tostadas Melba hechas con

pan horneado en casa. Luego abrió algunas botellas de vino hecho en casa.

Marjorie se introdujo entre los retazos de conversación, conduciendo a sus invitados con gentiles invitaciones a la mesa. Se sentía casi como un perro ovejero, volviendo sobre sus pasos para insistir a aquellos que habían llegado a un punto interesante en su conversación y se habían retrasado en el jardín. Hubo murmurados comentarios de apreciación ante la mesa, adornada con flores del jardín y velas individuales hábilmente dispuestas dentro de las servilletas dobladas. Los organizó alrededor de la mesa, Jan cerca de James ya que parecían entenderse perfectamente, Greg se sentó junto a Heather; ella pareció un poco nerviosa ante ese detalle.

—Marjorie, eres una maravilla —declaró Heather—. Este paté es delicioso... y este pan es horneado en casa, ¿no? ¿Cómo te las arreglas, con el racionamiento de energía y todo lo demás?

—Dios, sí. Es terrible, ¿no? —exclamó Greg—. Quiero decir el racionamiento de energía —añadió rápidamente—. El paté es excelente. Buen pan, también. Pero tener electricidad únicamente cuatro horas al día... increíble. No comprendo como la gente puede vivir así.

Y la mesa se desencadenó en una serie de comentarios: «Es una medida experimental, hay que comprenderlo»... «¿Crees que durará?»... «Demasiadas desigualdades»... «Las fábricas siguen teniendo energía, por supuesto»... «Los horarios de trabajo se han visto alterados»... «Aquellos que están enfermos, los viejos excéntricos como nosotros»... «Los pobres no se preocupan por ello, ¿verdad?»... «Mientras puedan abrir una lata de judías y una cerveza»... «Los ricos que poseen todos los aparatos eléctricos que»... «Es por eso que va a ser fulminantemente cesado»... «Yo sencillamente lo hago todo a la vez, pongo la lavadora y paso el aspirador y»... «Entre las diez y las doce del mediodía y durante las horas nocturnas»... «El mes próximo será peor, cuando cambie de nuevo el horario»... «La Anglia Oriental está siguiendo el mismo esquema que los Midlans, de doce a dos y de ocho a diez»...

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que la Anglia Oriental vuelva de nuevo al esquema de seis a ocho? —intervino John—. Al menos es un buen horario para tener invitados.

—No hasta noviembre —respondió Marjorie—. El mes de la coronación.

—Oh, sí —murmuró Greg—. Danzando en la húmeda oscuridad.

—Bueno, puede que hagan una excepción —dijo Heather, algo amilanada por el sarcástico tono de Greg.

—¿Cómo?

—No cortando la energía. A fin de que la gente de todo el país pueda ver la ceremonia.

—Sí —dijo Marjorie—. Londres no necesitará siquiera un suplemento de energía

para ponerlo todo en marcha. Si pensamos en ello, una coronación es un acontecimiento completamente ecológico.

—Al decir «ecológico» quieres dar a entender «virtuoso», ¿no? —preguntó Greg.

—Bueeeeno —Marjorie dejó arrastrar la palabra mientras intentaba juzgar qué era exactamente lo que quería decir Greg—. Sé que es un mal empleo de la palabra, pero realmente, en la coronación, siempre se utilizan carrozas tiradas por caballos, y la abadía está iluminada con velas. Y no necesitarán calefacción, con todas aquellas personas con sus ropas recubiertas de pieles.

—Sí, me gustaría verlo —dijo Jan—. Todo tan lleno de colorido.

—Siempre preocupados por el interés público, los pares —afirmó James juiciosamente—. Han sido de una gran ayuda al gobierno. Acelerando la legislación y todo lo demás.

—Oh, sí —sonrió Greg—. Harán todo lo que sea por los trabajadores, excepto convertirse en uno de ellos.

A un coro de risitas de asentimiento, Heather añadió:

—Bueno, sí, todo el mundo prefiere hablar antes que trabajar. Los pares simplemente llenan el aire con sus discursos.

—Y por lo que he visto, viceversa —respondió Greg.

El rostro de James se puso rígido. Marjorie recordó de pronto que tenía un influyente familiar en la Cámara de los Lores. Se puso rápidamente en pie y murmuró algo acerca de ir a buscar el pollo. Mientras se iba, Markham inició una frase acerca del punto de vista americano sobre el partido de la oposición, y la tensa boca de James se distendió. Un extremo de la mesa se centró en los dardos políticos de Greg, y en el otro James preguntó:

—Aún resulta extraño decir «el rey», después de toda una vida diciendo «la reina», ¿no?

Marjorie regresó con un gran recipiente de pollo a la crema con verduras tiernas y arroz pilaff. Unos murmullos apreciativos dieron la bienvenida a la aromática vaharada cuando ella alzó la tapa. Mientras servía el pollo, la conversación se fragmentó, James y Greg hablando de las leyes laborales, los demás hablando de la inminente coronación. La reina Isabel había abdicado a favor de su hijo mayor en las últimas Navidades, y él había elegido ser coronado el día de su cincuenta aniversario, en noviembre.

John había ido a buscar más vino, esta vez un blanco también hecho en casa.

—Creo que es un terrible derroche de dinero —declaró Heather—. Hay tantas cosas mejores en las que podríamos gastar nuestro dinero antes que en una coronación. ¿Qué hay acerca del cáncer, por ejemplo? Las estadísticas son aterradoras. Uno de cada cuatro, ¿no es así? —Se calló de pronto.

Marjorie sabía la causa, y sin embargo le pareció carente de sentido eludirla. Se

inclinó hacia delante.

—¿Cómo está tu madre?

Heather no vaciló en seguir la conversación; Marjorie se dio cuenta de que necesitaba hablar de ello.

—Mamá sigue bien, teniendo en cuenta todos los aspectos. Quiero decir, se está deteriorando, por supuesto, pero realmente parece haberlo aceptado. Estaba terriblemente asustada de que tuvieran que drogarla al final, ya sabes.

—¿No va a ser así? —preguntó John.

—No, los doctores dicen que no. Ha salido un nuevo tipo de anestésico electrónico.

—Simplemente actúa sobre los centros superficiales del cerebro —añadió James—. Bloquea la percepción del dolor. Mucho menos arriesgado que los anestésicos químicos.

—Y menos adictivo también, supongo —dijo Greg.

Heather parpadeó.

—No había pensado en eso. ¿Puede uno volverse adicto?

—Quizá no, si simplemente eliminan el dolor —dijo Jan—. ¿Pero y si descubren una forma de estimular también los centros del placer?

—Ya la han descubierto —murmuró Greg.

—¿De veras? —dijo Marjorie—. ¿La están utilizando también?

—No se atreven. —James dijo aquello con aire definitivo.

—Bueno, en cualquier caso —prosiguió Heather—, todo eso ya no influye para nada en mamá. Los doctores no tienen ni idea de cómo detener el cáncer que tiene.

Antes de que el interés se centrara en los detalles del pronóstico, Marjorie se apresuró a hablar de otros temas.

Cuando sonó el teléfono, contestó John. Una voz chillona se identificó como Peterson.

—Deseaba hacérselo saber antes de marcharme esta noche —dijo—. Estoy en Londres; la reunión del Consejo Europeo acaba de terminar. Creo que he conseguido lo que necesitan ustedes, o al menos parte de ello.

—Espléndido —dijo John rápidamente—. Maravilloso.

—Digo «parte», porque no estoy seguro de que los americanos vayan a enviar todo lo que necesitan ustedes. Dicen que tienen en mente otros usos. Usos distintos a ese asunto de los taquiones, quiero decir.

—¿Podría conseguir yo una lista de lo que tienen?

—Estoy trabajando en ello. Escuche. Tengo que colgar. Solamente deseaba que usted lo supiera.

—De acuerdo. Estupendo. ¡Ah, y gracias!

La noticia cambió el ambiente de la velada. Heather y James no sabían nada del

experimento de John, de modo que hubo que explicar mucho antes de que pudieran comprender la importancia de la llamada telefónica. Renfrew y Markham se turnaron explicando la idea básica, evitando cuidadosamente la parte más complicada de las transformaciones de Lorentz y cómo los taquiones podían propagarse hacia atrás en el tiempo; para intentarlo hubieran necesitado una pizarra. Marjorie entró procedente de la cocina, secándose las manos en un delantal. Las voces de los hombres eran enérgicas, resonando en el pequeño comedor. La luz de las velas bañaba los rostros en torno a la mesa con un pálido resplandor amarillo. Las mujeres hablaban con crecientes inflexiones, preguntando.

—Parece extraño pensar en la gente del pasado de una como en algo real —dijo Marjorie distanciadamente. Las cabezas se volvieron hacia ella—. Es decir, imaginarla como personas vivas y susceptibles de ser cambiadas de alguna forma...

Los reunidos permanecieron en silencio por un momento. Varios de ellos fruncieron el ceño. La forma de Marjorie de plantear el problema los había pillado desequilibrados. A menudo aquella noche habían hablado de las cosas cambiando en el futuro. Imaginar el pasado tan vivo también, una cosa viva y maleable...

El momento pasó, y Marjorie volvió a la cocina. Regresó no con uno sino con tres postres. Cuando los depositó sobre la mesa, el plato fuerte —un merengue a base de frambuesas tempranas y crema batida— creó la oleada de ahs que había anticipado. Al cabo de un momento siguió con moldes de mousse de fresas y un gran bol de cristal con bizcocho borracho al jerez cuidadosamente decorado.

—Marjorie, eres realmente extraordinaria —protestó James.

John se sentó y radió orgullo silenciosamente mientras sus huéspedes cantaban alabanzas a su esposa. Incluso Jan se sirvió dos veces, aunque rechazó el bizcocho borracho.

—Creo —comentó Greg— que los dulces deben ser el sustituto inglés para el sexo. Después de los postres, los invitados se trasladaron cerca de la chimenea, mientras Greg y John retiraban los platos de postre. Marjorie sintió una cálida relajación por todo su cuerpo mientras preparaba el servicio de té. La habitación se había enfriado a medida que se acentuaba la oscuridad; añadió un pequeño y resplandeciente hornillo a vela para calentar las tazas. El fuego de la chimenea chisporroteó y arrojó una chispa naranja sobre la gastada moqueta.

—Sé que se supone que el café es malo para ustedes, pero debo decir que es lo que va mejor con los licores —observó Marjorie—. ¿Alguien quiere un poco? Tenemos Drambuie, Cointreau y Grand Marnier. No caseros.

Sintió una relajada sensación de la tarea bien terminada ahora que la comida había llegado a su final. Sus deberes terminaban tendiendo las tazas. Fuera empezaba a alzarse el viento. Las cortinas estaban abiertas y pudo ver las silueteadas ramas de los pinos agitarse al otro lado de las ventanas. La sala de estar era un oasis de luz, paz

y estabilidad.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Jan observó suavemente:

—¿Al pie del reloj de la iglesia a las tres menos diez? ¿Y queda todavía un poco de miel para el té?

Todos ellos exageraban, pensó Marjorie, especialmente la prensa. La historia estaba formada por una serie de crisis, después de todo, y hasta ahora todos ellos habían sobrevivido. John se preocupaba por todo aquello, se daba cuenta, pero realmente las cosas tampoco habían cambiado tanto.

## 6 - 25 de septiembre de 1962

Gordon Bernstein bajó su lápiz con una deliberada lentitud. Lo sujetó entre el índice y el pulgar y observó la punta temblar en el aire. Era un test infalible; cuando acercó la punta del lápiz al sobre de fórmica de la mesa, el temblor de su mano creó un rítmico tic-tic-tic. No importaba lo fuerte que tensara su mano para mantenerla inmóvil, el sonido continuaba. Mientras lo escuchaba, pareció crecer y hacerse más fuerte que el sordo latir de las bombas de drenaje a su alrededor.

Bruscamente, Gordon aplastó el lápiz contra la mesa, haciendo un agujero negro en su superficie, partiendo la punta y esparciendo pequeños fragmentos de madera y de pintura amarilla.

—Hey, esto...

Gordon alzó sobresaltado la cabeza. Albert Cooper estaba de pie junto a él. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Yo, esto, lo he verificado con el doctor Grundkind —dijo Cooper, apartando la vista del lápiz—. Todo su equipo ha sido desconectado.

—¿Lo comprobaste personalmente? —La voz de Gordon era sorda, excesivamente controlada.

—Sí, bueno, están empezando a cansarse de verme constantemente por ahí —dijo Cooper tímidamente—. Esta vez incluso desenchufaron todos sus aparatos de las tomas de corriente de la pared.

Gordon asintió en silencio.

—Bien, creo que ya no podemos hacer nada más.

—¿Qué quieres decir? —dijo Gordon suavemente.

—Mire, llevamos trabajando en esto desde hace... ¿cuánto?... cuatro días.

—¿Y?

—Hemos llegado a un callejón sin salida.

—¿Por qué?

—El grupo de baja temperatura de Grundkind era el último candidato de nuestra lista. Hemos hecho parar todo lo que había en el edificio.

—Correcto.

—Así que ese ruido... no puede venir de ellos.

—Aja.

—Y sabemos que no viene de fuera.

—La tela metálica que hemos instalado alrededor del aparato lo prueba —asintió Gordon, señalando con la cabeza a la jaula metálica que rodeaba ahora todo el conjunto del imán—. Debería detener todas las señales extraviadas.

—Sí. De modo que debe haber algo que va mal en nuestro equipo electrónico.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó Cooper, impaciente—. Infiernos, quizá la Hewlett-Packard esté a punto de jugarnos una mala pasada, ¿cómo podemos saberlo?

—Hemos comprobado los montajes nosotros mismos.

—Pero eso tiene que venir de ahí.

—No —dijo Gordon, con comprimida energía—. No, ha de haber algo más. —Alzó la mano y tomó un montón de gráficos—. Durante dos horas he estado tomando eso. Mira.

Cooper hojeó las hojas milimetradas en rojo.

—Bueno, parece un poco menos ruidoso. Quiero decir, el ruido está empezando a mostrar algunos picos regulares.

—He sintonizado al máximo la recepción. Ahora es más nítida.

—¿De veras? Sigue siendo un ruido —dijo Cooper irritadamente.

—No, no lo es.

—¿Eh? Claro que lo es.

—Mira esos picos que he señalado. Observa sus intervalos. Cooper esparció las hojas sobre la fórmica de la mesa. Al cabo de un momento dijo:

—Me estoy quemando los ojos en ello, pero... bien, parece como si simplemente hubiera dos intervalos distintos.

Gordon asintió con energía.

—Correcto. Eso es lo que observé. Lo que estamos viendo aquí es un montón de ruido de fondo, y que me condene si sé de dónde procede, con algo regular sobreimpreso.

—¿Cómo ha conseguido esos diagramas?

—Utilicé el correlacionador incorporado para eliminar el genuino ruido. Esta estructura, estos intervalos... probablemente han estado aquí todo el tiempo.

—Simplemente no lo hemos mirado lo suficientemente de cerca.

—«Sabíamos» que era ruido de fondo, así que ¿por qué estudiar el ruido de fondo? Es estúpido. —Gordon agitó la cabeza, sonriéndose amargamente a sí mismo.

La frente de Cooper se frunció mientras miraba a un punto inconcreto del espacio.

—No acabo de comprenderlo. ¿Qué tienen que ver esos impulsos con la resonancia nuclear?

—No lo sé. Quizá nada.

—Pero infiernos, eso es precisamente el experimento. Estoy midiendo los picos de la resonancia nuclear cuando invertimos los spins de los núcleos atómicos. Esos pulsos...

—No son resonancias. No del modo que nosotros entendemos una simple resonancia, al menos. Algo está golpeando esos spins nucleares, de acuerdo, pero... espera a ver.

Gordon fijó nuevamente la vista en los gráficos. Su mano izquierda retorció

ausentemente un botón de su arrugada camisa azul.

—No creo que esto sea ninguna clase de efecto dependiente de la frecuencia.

—Pero eso es lo que hemos estado buscando. La intensidad de la señal recibida, contra la frecuencia observada en ella.

—Sí, pero presupone que todo es estable.

—Bueno, así es.

—¿Quién sabe? Supongamos que el ruido llega a ráfagas.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¡Maldita sea! —Gordon dio un puñetazo sobre la mesa, enviando el roto lápiz al suelo—. ¡Intenta desarrollar la idea por una sola vez! ¿Por qué todos los estudiantes desean que se lo den todo masticado?

—Bueno, está bien. —Cooper frunció el entrecejo en una expresión preocupada. Gordon pudo darse cuenta de que el hombre estaba obviamente demasiado cansado como para pensar realmente en algo. Incidentalmente, él también lo estaba. Llevaban rompiéndose la cabeza sobre aquel pesadillesco problema desde hacía muchos días, durmiendo lo mínimo y saliendo a comer a grasientos tugurios de comidas rápidas. Infiernos, ya no sabía ni cuánto tiempo hacía que no había bajado a la playa a hacer jogging. Y Penny... Cristo, apenas la había visto desde hacía una eternidad. Ella le había dicho algo brusco e hiriente la pasada noche, justo antes de que él se quedara dormido, y él no se había dado cuenta de ello hasta que estuvo vestido, solo, esta mañana. Así que eso era algo que iba a tener que arreglar, cuando volviera a casa. Si alguna vez volvía a casa, añadió, porque no iba a dejar abandonado aquel rompecabezas hasta que...

—Hey, probemos esto —dijo Cooper, arrancando a Gordon de su meditaciones—. Supongamos que tenemos aquí una entrada a variación temporal, del tipo que dijo usted que era hace unos días... ya sabe, cuando empezamos a buscar fuentes de ruido procedentes del exterior. Nuestra punta transcriptor se mueve a una velocidad constante a través del papel, ¿no? —Gordon asintió—. Así que esos picos de aquí están espaciados aproximadamente un centímetro, y luego esos dos espaciados medio centímetro. Luego un intervalo de un centímetro, tres a medio centímetro, y así sucesivamente.

Gordon se dio cuenta de pronto de a dónde quería ir el otro, pero dejó a Cooper terminar.

—Ésa es la forma en que llega la señal, teniendo en cuenta el factor tiempo. No la frecuencia, sino el tiempo.

Gordon asintió. Era obvio, ahora que miraba los valles y picos que había formado la punta registradora.

—Algo nos llega a ráfagas, a todo lo ancho del espectro de frecuencias que estamos estudiando. —Frunció los labios—. Ráfagas con largos intervalos entre ellas,

luego otras con intervalos más cortos.

—Correcto —asintió Cooper entusiásticamente—. Eso es.

—Cortas, largas... Corto, largo, corto, corto. Como...

—Como un maldito código —terminó Cooper. Se pasó la mano por la boca y miró a los gráficos.

—¿Conoces el código Morse? —le preguntó suavemente Gordon—. Yo no.

—Bueno, sí. Lo sabía cuando chico, al menos.

—Entonces vamos a ordenar estas hojas, en el orden de llegada.

—Gordon se puso en pie con renovada energía. Tomó el otro lápiz del suelo y lo metió en la máquina sacapuntas y empezó a hacer girar la manivela. Hizo un ruido crudo y chirriante.

Cuando Isaac Lakin entraba en el laboratorio de resonancia nuclear, cualquiera, incluso un visitante casual, podía afirmar que era propiedad suya. Por supuesto, la Fundación Nacional para la Ciencia pagaba por lo esencial allí, excepto el material electrónico, excedente de la guerra, adquirido a la Marina, y la Universidad de California era la propietaria del inmenso imán cedido temporalmente, pero en cualquier otro sentido del término el laboratorio pertenecía a Isaac Lakin. Había establecido su reputación en el MIT a través de una década de intenso trabajo, una década de investigación punteada por los destellos de brillantes logros. De ahí había pasado a la General Electric y luego a los laboratorios Bell, y cada uno de esos pasos lo había llevado más arriba. Cuando la Universidad de California empezó a edificar un nuevo campus en torno al Instituto de Oceanografía Scrips, Lakin se convirtió en uno de sus primeros «hallazgos». Tenía contactos en Washington y podía conseguir un buen montón de dinero con ellos, dinero que se convertía en equipo y espacio para laboratorios y puestos para jóvenes investigadores. Gordon había sido uno de los primeros en cubrir esos puestos, pero desde el principio él y Lakin no habían congeniado. Cuando Lakin entraba en el laboratorio de Gordon, normalmente encontraba algo fuera de lugar, un montón de cables en los que tropezaba, un vaso de Dewar deficientemente asegurado, algo para agriar su humor.

Lakin hizo una inclinación de cabeza en dirección a Cooper y murmuró un hola a Gordon, mientras sus ojos rastreaban el laboratorio. Rápidamente, Gordon le hizo a Lakin un resumen de su proceso de eliminación. Lakin asintió, sonriendo débilmente, mientras Cooper le detallaba las semanas que había pasado comprobando y volviendo a comprobar todo el equipo. Mientras Cooper hablaba, Lakin iba de un lado para otro, comprobando un mando aquí, estudiando un circuito allá.

—Estos contactos están invertidos —declaró, señalando unos cables con pinzas de cocodrilo en sus terminales.

—No estamos utilizando esa unidad —respondió suavemente Gordon. Lakin estudió los circuitos de Cooper, hizo una observación acerca de ensamblarlos mejor, y

se trasladó a otro sitio. La voz de Cooper fue siguiéndole a través de todo el laboratorio. Para Cooper, describir un experimento era como desmontar un rifle, cada parte en su lugar y tan necesaria como cualquier otra. Era bueno y era concienzudo, pero carecía de la experiencia de ir al fondo del problema, de ofrecer sólo lo esencial. Bueno, pensó Gordon, era por eso por lo que Cooper era un estudiante, y Lakin un profesor.

Lakin accionó un conmutador, estudió el danzante rostro de un osciloscopio, y dijo:

—Hay algo fuera de alineación.

Cooper entró en acción inmediatamente. Encontró con rapidez el fallo, y lo corrigió en unos segundos. Lakin asintió aprobadoramente. Gordon sintió una curiosa constricción en su caja torácica, como si fuera él quien estuviera siendo sometido a prueba, no Cooper.

—Muy bien —dijo Lakin finalmente—, ¿los resultados?

Ahora era el turno de Gordon. Expuso primero sus ideas, luego siguió con la exposición de los datos. Concedió a Cooper el mérito de suponer que había un mensaje codificado en aquel ruido. Tomó una hoja de gráfico y se la mostró a Lakin, señalando los intervalos y cómo la distancia entre todos ellos era siempre cercana al centímetro y al medio centímetro, sin ningún otro intervalo. Lakin estudió las oscilantes líneas con sus ocasionales puntas afiladas, como torres surgiendo de un brumoso paisaje urbano. Impasible, dijo:

—Tonterías.

Gordon hizo una pausa.

—Eso pensé yo también, al principio. Luego iniciamos la decodificación, asignando a los intervalos de medio centímetro el valor de «cortos» y a los de un centímetro el de «largos», dentro del código Morse.

—Esto es absurdo. No existe ningún efecto físico que pueda producir datos como éstos. —Lakin miró a Cooper, claramente exasperado.

—Pero observe la traducción del Morse —dijo Gordon, escribiendo en la pizarra: ENZIMA INHIBE B. Lakin frunció el ceño ante las letras.

—¿Esto corresponde a una hoja de gráfico?

—Bueno, no. A tres hojas unidas.

—¿Dónde están las separaciones?

—ENZIM estaba en la primera, A INH en la segunda, IBE B en la tercera.

—Así que no hay ninguna palabra completa en ninguna.

—Bueno, son secuenciales. Las tomamos una después de la otra, con tan sólo la pausa suficiente para cambiar el papel.

—¿Cuánto tiempo?

—Oh... veinte segundos.

—Tiempo bastante como para que varias de sus «letras» hayan quedado sin detectar.

—Bueno, quizá. Pero la estructura...

—Aquí no hay ninguna estructura, solamente suposiciones.

Gordon frunció el ceño.

—Las posibilidades de obtener una serie de palabras a partir de un ruido al azar, dispuestas de esta forma...

—¿Y cómo espacia usted las palabras? —dijo Lakin—. Incluso en el código Morse hay un intervalo, para decirle a uno dónde termina una palabra y empieza la otra.

—Doctor Lakin, eso es exactamente lo que hemos descubierto. Hay intervalos de dos centímetros en los gráficos entre cada palabra. Eso corresponde a...

—Entiendo. —Lakin se lo estaba tomando estoicamente—. Muy convincente. ¿Hay otros... mensajes?

—Algunos —dijo Gordon—. No tienen demasiado sentido.

—Lo sospechaba.

—Oh, son palabras. «Esto» y «saturado»... ¿cuáles son las posibilidades de obtener una palabra de ocho letras como ésa, enmarcada con espacios de dos centímetros a cada lado?

—Hummm —dijo Lakin. Gordon siempre había tenido la sensación de que, en tales momentos, Lakin tenía alguna expresión en su idioma natal, el húngaro, pero que no podía traducirla al inglés—. Sigo creyendo que todo esto son... tonterías. No existe ningún efecto físico como éste. Interferencias desde el exterior, sí. Puedo creer en eso. Pero esto, este código Morse a lo James Bond... no.

Con lo cual Lakin agitó rápidamente la cabeza, como si borrara el asunto de su interior, y se pasó una mano por su escaso cabello.

—Creo que han malgastado su tiempo aquí.

—No creo que...

—Mi consejo es que se centren en su auténtico problema, es decir encontrar la fuente del ruido en sus aparatos electrónicos. No llego a comprender por qué aún no lo han conseguido. —Lakin se dio la vuelta, hizo una inclinación de cabeza hacia Cooper, y se fue.

Una hora después de la marcha de Lakin, una vez el equipo fue desconectado o dejado en situación de mantenimiento para la noche, los datos recogidos, los registros del laboratorio anotados y los detalles completados, Gordon le dijo adiós a Cooper y salió al largo corredor que conducía afuera. Se sintió sorprendido; las puertas de cristal reflejaban una creciente oscuridad, y Venus brillaba en el cielo. Gordon había supuesto que sería media tarde. El cristal opaco de todas las oficinas estaba oscuro; todo el mundo se había ido a casa, incluso Shelly, con quien había esperado charlar

un rato.

Bueno, mañana. Siempre habría tiempo mañana, pensó Gordon. Caminó rígidamente por el corredor, inclinándose ligeramente hacia el lado cuando su maletín golpeaba contra su rodilla. Los laboratorios estaban en el sótano del nuevo edificio de física. Debido a la inclinación de la colina donde había sido edificado, aquel extremo del edificio daba a pie de terreno. Más allá de las puertas de cristal al extremo del corredor se agazapaba la noche, un cuadrado negro. Gordon tuvo la impresión de que el corredor oscilaba ante él, y se dio cuenta de que estaba más cansado de lo que había creído. Realmente debería hacer ejercicio, mantenerse en forma.

Mientras miraba, Penny se recortó en el cuadrado de oscuridad y entró.

—Oh —dijo él, mirándola vagamente. Recordó que aquella mañana había murmurado la promesa de volver temprano a casa y hacer la cena—. Oh, maldita sea.

—Sí. Finalmente me cansé de esperar.

—Dios, lo siento; yo, simplemente... —Hizo un gesto torpe. El hecho desnudo era que lo había olvidado por completo, pero no parecía juicioso decirlo.

—Amor, te lo estás tomando demasiado en serio.—La voz de ella se suavizó mientras estudiaba su rostro.

—Sí, lo sé; yo... lo siento realmente; Dios mío, yo... —Pensó, acusándose a sí mismo: Ni siquiera puedo encontrar una excusa. Se la quedó mirando y se maravilló de su belleza, de su esbelta silueta, femenina y delicada, que lo hacía sentirse pesado y torpe. Tenía que explicarle sin más dilaciones lo que ocurría, cómo los problemas lo estaban absorbiendo cada vez más mientras trabajaba en ellos, no dejando sitio para otra cosa... ni siquiera para ella, en un cierto sentido. Sonaba duro, pero así era la realidad, y pensó en una forma de decírselo sin...

—A veces me pregunto cómo puedo querer a un tonto como tú —dijo ella agitando la cabeza, con una pequeña sonrisa floreciendo en su rostro.

—Bueno, lo siento, pero... déjame contarte la que he tenido hoy con Lakin.

—Sí, cuéntamelo. —Le tomó el maletín. Estaba en plena forma y aquel peso no le causó ninguna dificultad, echó a andar contoneando las caderas. Pese a su cansancio, Gordon se halló contemplando su movimiento. Su ajustada falda hacía que sus caderas se marcaran bajo la tela—. Vamos, lo que tú necesitas es comer algo—. Él empezó a contarle su historia. Ella fue asintiendo antes sus palabras mientras le conducía pasando al lado de la estación de nitrógeno líquido hacia el pequeño aparcamiento, donde las luces de guardia arrojaban sombras de las verjas de seguridad, formando como un enrejado extrañamente distorsionado sobre el cemento del suelo.

Penny arrancó el coche y la radio cobró vida, gritando estruendosamente: ¡Pepsi-Cola le da más! Treinta y cinco centilitros, eso es mucho... Gordon adelantó una mano y la apagó.

Penny sacó el coche del aparcamiento y lo dirigió hacia el bulevar. El frío aire nocturno agitaba sus cabellos. Los mechones eran marrón claro en su raíz, pero se iban aclarando hacia el rubio de las puntas, decolorados por el sol y el cloro de las piscinas. Un olor a mar llenaba la suave brisa.

—Llamó tu madre —dijo Penny prudentemente.

—¡Oh! ¿Le dijiste que ya la llamaría yo? —Gordon esperó que aquello cerrara el tema.

—Va a tomar pronto el avión para venir a vernos.

—¿Qué? Por el amor de Dios, ¿por qué?

—Dice que ya no le escribes nunca, y que de todos modos tiene ganas de conocer la costa Oeste. Está pensando mudarse aquí. —Penny mantuvo su voz tranquila e inexpresiva mientras conducía con rápidos y precisos movimientos.

—Oh, Cristo. —Gordon tuvo una repentina imagen mental de su madre, vestida toda de negro, caminando por la avenida Girard bajo la amarilla luz del sol, contemplando los escaparates de las tiendas, una cabeza entera más baja que cualquier otra persona que pasara por allí. Estaría tan fuera de lugar como una monja en una colonia nudista.

—Ella no sabía quién era yo.

—¿Eh? —La imagen de su madre frunciendo el ceño ante las muchachas escuetamente vestidas de la avenida Girard lo distrajo.

—Me preguntó si era la mujer de la limpieza.

—Oh.

—No le has dicho todavía que estamos viviendo juntos, ¿verdad?

Una pausa.

—Lo haré.

Penny sonrió sin humor.

—¿Por qué aún no lo has hecho?

Él miró por la ventanilla, que se había manchado de grasa de su piel cuando había reclinado la cabeza contra ella, y estudió el destellar como joyas de las luces. La Jolla, la joya. Estaban bajando por el serpenteante cañón que formaba la carretera, y el fresco y mentolado aroma de los eucaliptos inundaba el coche. Intentó situarse a sí mismo de vuelta a Manhattan y observó las cosas desde aquel ángulo, para anticipar lo que pensaría su madre de todo aquello, y descubrió que le resultaba imposible.

—¿Es debido a que no soy judía?

—Buen Dios, no.

—Pero si tú le hubieras dicho eso, hubiera venido corriendo aquí como un relámpago, ¿no?

Él asintió a regañadientes.

—Oh...

—¿Piensas decírselo antes de que llegue?

—Mira —dijo él con una repentina energía, dándose la vuelta en el bajo asiento para mirarla directamente—, no deseo decirle nada. No quiero que se mezcle en mi vida. En nuestra vida.

—Va a hacer preguntas, Gordon.

—Deja que las haga.

—¿No las vas a contestar?

—Mira, ella no se va a quedar en nuestro apartamento, no va a tener que saber que tú vives ahí también.

Penny abrió mucho los ojos.

—Oh, entiendo. Aún no ha llegado aquí, y ya estás pensando en que quizá yo debiera recoger todas mis cosas que están tiradas por ahí en el apartamento. Quizás incluso retirar mis cremas faciales y mis pastillas anticonceptivas del botiquín. Sólo unos cuantos toques sutiles.

Él se amilanó ante su tono decepcionado. No había pensado claramente en nada de aquello, pero sí, alguna idea parecida había estado flotando por su mente. El viejo juego: defiende lo que tengas que defender, pero oculta el resto. ¿Durante cuánto tiempo había seguido esa táctica con su madre? ¿Desde la muerte de papá? Cristo, ¿cuándo dejaría de ser un niño?

—Lo siento, yo...

—Oh, no seas idiota. Estaba bromeando.

Los dos sabían que no estaba bromeando, sino que todo aquello estaba colgando en algún lugar en ese espacio entre fantasía y realidad a punto de materializarse, y que si ella no hubiera dicho nada él mismo hubiera terminado finalmente sugiriéndolo. De la forma más inesperada, ella parecía estar viendo lo que pensaba la mente de él, lo que estaba elaborando con sus toscas herramientas, y saltaba siempre más allá del lugar que él había alcanzado en sus pensamientos, lo cual le hacía quererla aún más en esos momentos. El alzar la roca para mostrarle los gusanos que se retorcían bajo ella hacía las cosas mucho más fáciles para él; no había otra alternativa más que ser honesto.

—Buen Dios, te quiero —dijo, sonriendo bruscamente. La sonrisa de ella adoptó un aspecto amargo. Mantuvo sus ojos intensamente fijos en la carretera, bajo las brillantes luces.

—Ése es el problema de las parejas. Te juntas con un hombre y muy pronto,

cuando él dice que te quiere, oyes por debajo de sus palabras que te está dando las gracias. Está bien, aceptadas.

—Qué es eso, ¿la vieja sabiduría anglosajona protestante blanca?

—Sólo he hecho una observación.

—¿Cómo lo hacéis, vosotras las chicas de la costa Oeste, para ser tan listas tan rápido? —Se inclinó hacia delante, como si estuviera formulando la pregunta al paisaje californiano de fuera.

—Acostarnos con hombres desde jovencitas ayuda mucho —dijo ella, sonriendo.

Aquél era otro punto doloroso para él. Ella había sido la primera chica con la que se había acostado, y cuando se lo dijo ella no quiso creerle al principio. Cuando ella hizo un chiste acerca de dar lecciones a un profesor, él sintió que su barniz de refinamiento de la costa Este se hacía pedazos. Entonces empezó a sospechar que había estado utilizando aquel caparazón intelectual para protegerse del roce contra las irregularidades de la vida, y particularmente de los agujones de la sensualidad. Mientras observaba las casitas de estuco desfilas a ambos lados, Gordon pensó, un poco amargamente, que reconocer uno de sus defectos no significaba en absoluto que lo hubiese corregido. Seguía sintiendo una cierta intranquilidad ante el enfoque directo, sin reservas, que Penny hacía de todas las cosas. Quizás era por eso por lo que no podía pensar en ella y en su madre compartiendo un mismo mundo, y mucho menos compartiendo su apartamento, con las ropas de Penny en el armario como mudo testimonio.

Impulsivamente, adelantó una mano y conectó la radio. Una aguda voz cantó: Las chicas crecidas no lloran..., y la apagó de nuevo.

—Déjala —dijo Penny.

—No cantan más que tonterías.

—Llenan el aire —dijo ella significativamente.

Volvió a conectarla con una mueca. Sobre el estribillo de Las chicas crecidas, dijo:

—Hey, estamos a 25, ¿no? —Ella asintió—. Hoy es el combate Liston-Patterson. Espera un segundo. —Manejó el dial, y localizó a un locutor de voz entrecortada dando los pronósticos del combate—. Aquí está. No van a televisarlo. Mira, conduce hasta Pacific Beach. Vamos a comer fuera. Quiero oír esto. —Penny asintió en silencio, y Gordon sintió una extraña sensación de alivio. Sí, era bueno apartarte de tus propios problemas y escuchar como dos tipos se daban de puñetazos hasta hacerse papilla. Desde la edad de diez años había adquirido el hábito de su padre de seguir los combates de boxeo. Se sentaban los dos en los mullidos sillones de la sala de estar y escuchaban las excitadas voces que brotaban de la vieja Motorola instalada en el rincón. Los ojos de su padre iban de un lado para otro, vacíos, siguiendo los puñetazos y las fintas descritos por el locutor y que se estaban produciendo a miles de

kilómetros de distancia. Papá estaba ya muy gordo en aquella época, y cuando inconscientemente lanzaba un puñetazo imaginario en lo más ardiente del combate, adelantando su codo derecho, la grasa temblaba en todo su brazo. Gordon podía ver la carne agitarse incluso a través de la camisa blanca de su padre, y observaba para comprobar si la ceniza de su cigarro iba a caerse y a formar una mancha gris en la alfombra. Siempre ocurría, al menos una vez, y su madre acudía en lo más interesante de la pelea y cloqueaba acerca del desastre y volvía al cabo de un momento con la escobilla y la pala. Papá guiñaba un ojo cada vez que se producía algún buen puñetazo o que alguien pisaba la lona, y Gordon sonreía. Ahora lo recordaba como algo que ocurría siempre en verano, mientras el tráfico zumbaba entre la calle Doce y la Segunda Avenida, y su padre exhibía siempre medias lunas de sudor bajo sus sobacos cuando el combate había terminado. Entonces bebían coca-colas. Aquellos habían sido buenos tiempos.

Cuando entraron en el Limehouse, Gordon señaló hacia una mesa apartada y dijo:

—Hey, ahí están los Carroway. ¿En qué promedio nos coloca eso?

—Siete sobre doce —declaró Penny.

Los Carroway eran unos eminentes astrónomos, una pareja inglesa recientemente reclutada por el departamento de física de la facultad. Estaban trabajando en la vanguardia de la especialidad, investigando los recientes descubrimientos sobre las fuentes cuasi-estelares. Elizabeth era la observadora de la pareja, y pasaba una buena parte de su tiempo en Palomar, tomando placas del espacio profundo y buscando más puntos rojos de luz. El corrimiento hacia el rojo indicaba que la fuente estaba muy lejos y por lo tanto era increíblemente luminosa. Bernard, el teórico, pensaba que no era probable en absoluto que se trataran de galaxias distantes. Estaba trabajando en un modelo que consideraba que esas fuentes no eran más que fragmentos expelidos por nuestra propia galaxia, alejándose de nosotros a velocidades muy próximas a la de la luz, y por ello derivaban al rojo. Fuera como fuese, ninguno de los dos tenía tiempo de dedicarse a la cocina, y parecían preferir los mismos restaurantes que frecuentaban Gordon y Penny. Gordon había observado la correlación, y Penny era quien se encargaba de llevar la estadística.

—El efecto de resonancia parece mantenerse —dijo Gordon a Bernard mientras se acercaban.

Elizabeth se echó a reír, y presentó al tercer miembro de su grupo, un hombre robusto con una penetrante forma de mirar a la gente mientras hablaba. Bernard les pidió que se sentaran a su mesa, y muy pronto la conversación derivó a la astrofísica y a la controversia del corrimiento hacia el rojo. Mientras hablaban, encargaron los platos más exóticos que pudieron encontrar en el menú. El Limehouse era un restaurante chino de segunda categoría, pero era el único en la ciudad y todos los científicos tenían la firme creencia de que incluso un restaurante chino de segunda

categoría era preferible a un restaurante americano de primera categoría. Gordon estaba preguntándose fútilmente si aquello sería una consecuencia del internacionalismo de la ciencia, cuando de pronto se dio cuenta de que no había captado correctamente el nombre del otro hombre. Era John Boyle, el famoso astrofísico que tenía en su haber una larga lista de éxitos. Eran las sorpresas como aquella, la posibilidad de conocer a lo mejor de lo mejor de una comunidad científica, lo que hacía de La Jolla lo que era. Se sintió muy complacido cuando Penny hizo algunas observaciones divertidas y Boyle se echó a reír, mientras sus ojos la estudiaban. Ése era el tipo de cosas, conocer a gente importante, que impresionaban a su madre; por esa razón decidió instantáneamente no hablarle de ellas. Gordon escuchó atentamente el flujo y reflujo de la conversación, intentando detectar qué cualidad hacía que esos colegas sobresalieran por encima de los demás. Había evidentemente una agilidad mental, así como un despreocupado escepticismo acerca de la política y de la forma en que funcionaba el mundo. Aparte de esto, se parecían enormemente a todas las demás personas. Decidió intentar algo distinto.

—¿Que opináis de la victoria de Liston sobre Patterson?

Miradas inexpresivas.

—Lo derribó a los dos minutos del primer asalto.

—Lo siento, pero no sigo ese tipo de cosas —dijo Boyle—. Supongo que los espectadores se sintieron en cierto modo estafados, puesto que habían pagado su buen dinero por sus localidades.

—Cien dólares por una silla de pista —dijo Gordon.

—Casi un dólar por segundo —rió Bernard, y aquello les condujo a una estadística de tiempo por dólar en todos los acontecimientos humanos, clasificándolos por ello. Boyle intentó delimitar cuál era el más caro de todos, y Penny propuso el sexo: cinco minutos de placer y, si uno no era cuidadoso, un costoso niño que mantener toda la vida. Boyle parpadeó varias veces y dijo:

—¿Cinco minutos? Esto no es muy halagador para usted, Gordon.

En el rápido estallido de risas, nadie se dio cuenta de que los músculos de la mandíbula de Gordon se encajaban. Se sentía ligeramente sorprendido de que Boyle supusiera que dormían juntos, y que luego hiciera un chiste casual sobre ello. Era algo más que irritante. Pero la conversación derivó a otros temas, y la tensión se relajó rápidamente.

Llegó la comida, y Penny siguió proponiendo temas, ante el regocijo de Boyle. Gordon la admiró en silencio, maravillándose de que pudiera desenvolverse tan fácilmente en aguas tan profundas. Él, por su parte, encontraba mentalmente algo original que decir un minuto o dos después de que la conversación se hubiera trasladado a otro tema. Penny se dio cuenta de aquello y le tendió un cable, volviendo sobre el tema abandonado cada vez que se daba cuenta de que él tenía alguna

respuesta ingeniosa que decir. El Limehouse estaba lleno del ámbito de conversaciones y del aroma de las salsas.

Cuando Boyle sacó del bolsillo de su chaqueta un bloc de notas y anotó algo en él, Gordon describió como un físico en Princeses y Einstein, sentado cerca de él, le preguntó por qué. «Siempre que tengo una buena idea, me aseguro de no olvidarla —dijo el hombre—. Quizá debería intentarlo usted también... es práctico». Einstein agitó tristemente su cabeza y dijo: «Lo dudo. Sólo he tenido dos o tres ideas realmente buenas en mi vida».

Aquello provocó una carcajada general. Gordon miró radiante a Penny. Ella había tirado de él, y ahora estaba plenamente integrado en el círculo.

Tras la cena, los cinco hablaron de ir juntos al cine. Penny deseaba ir a ver *El año pasado en Mariembad*, y Boyle se inclinaba por *Lawrence de Arabia*, pretextando que, puesto que solamente veía una película al año, tenía que elegir la mejor. Votaron a favor de Lawrence, cuatro a uno. Cuando abandonaron el restaurante, Gordon abrazó a Penny en el aparcamiento, pensando, mientras se inclinaba para besarla, en el olor que ella desprendía en la cama.

—Te quiero —dijo.

—Aceptadas —respondió ella, sonriendo.

Más tarde, mientras permanecía tendido en la cama al lado de ella, tuvo la impresión de haberla moldeado a la luz que entraba por la ventana, de haberla transformado en una imagen que era nueva y distinta cada vez. La había moldeado con sus manos y con su lengua. Ella, a su vez, lo había guiado y lo había moldeado a él. Creyó poder captar en ella sus movimientos y sus vacilaciones, primero de esta forma y luego de esa otra, huellas pasadas de los amantes que había conocido antes. Extrañamente, pensó que aquello no le importaba, aunque tenía la impresión de que en alguna forma sí hubiera debido importarle. A través de ella le llegaban ecos de otros nombres. Pero todos habían desaparecido ya y ahora ella estaba allí, y eso parecía suficiente.

Jadeó ligeramente, recordándose a sí mismo que tenía que bajar a la playa y correr un poco más a menudo, y estudió el rostro de ella a la débil luz grisácea de la calle que penetraba en el dormitorio. Las líneas de su rostro eran relajadas, sin artificios, sus únicas curvas unos cuantos mechones húmedos de cabello pegados a su mejilla. Diplomada en literatura, digna hija de un inversionista de Oakland, lírica y práctica por turnos, con una óptica política que veía virtudes tanto en Kennedy como en Goldwater. A veces cínica, luego tímida, luego insensible, desconcertada por la ignorancia sensual de él, tranquilizadamente sorprendida por sus repentinos estallidos de dulce energía, y luego relajándose con una fluida gracia cuando él se derrumbaba, enrojecido y jadeante, a su lado.

En algún lugar, alguien estaba tocando una aguda canción, Peter, Paul y Mary,

Limonero.

—Maldita sea, has estado bien —dijo Penny—. En una escala del uno al diez, te concedería un once.

Él frunció el ceño, pensando, sopesando su nueva hipótesis.

—No, somos nosotros los que hemos estado bien. No puedes separar el espectáculo de los actores.

—Oh, eres tan analítico.

Él frunció el ceño. Sabía que con las conflictivas chicas allá en el este todo hubiera sido distinto. El sexo oral hubiera sido un asunto complejo, requiriendo mucha negociación previa y falsos inicios y palabras que no hubieran encajado con lo que había que hacer:

«¿Y si nosotros... bueno...?», y: «Si eso es lo que tú quieres...», todo ello conduciendo a un escabroso incidente, todo codos y posiciones incómodas, algo que, una vez asumido, uno teme cambiar por miedo a estropearlo todo. Con las vehementes chicas que había conocido, hubiera ocurrido todo aquello. Con Penny, no.

La miró, y luego a las inexpresivas paredes más allá. Una expresión desconcertada cruzó por su rostro. Sabía que aquél era el momento en que debía mostrarse educado y casual, pero no, parecía más importante ser sincero.

—No, no somos tú o yo —repitió—. Somos nosotros. Ella se echó a reír y le lanzó un puñetazo cariñoso.

## 8 - 14 de octubre de 1962

Gordon revisó el correo que había encontrado en su buzón. Publicidad de una nueva obra musical, *Parad el mundo que me apeo*, enviada por su madre. No era probable que pudiera asistir al estreno de la temporada en Broadway aquel año; la echó al cubo de la basura. Algo llamado los Ciudadanos Pro Una Literatura Decente le había enviado un opúsculo detallando los excesos de *Los aventureros* y del *Trópico de Capricornio* de Miller. Gordon leyó los fragmentos con interés. En el bosque de muslos entrelazados, naufragantes orgasmos y francos ejercicios gimnásticos, no pudo ver nada que pudiera corromper al cuerpo político. Pero el general Edwin Walker creía que sí, y Barry Goldwater hacía una brillante aparición como un sabio a través de una cuidadosamente elaborada advertencia acerca de la erosión de la voluntad pública a través del vicio privado. Todo ello mezclado con la habitual estúpida analogía entre Estados Unidos y la decadencia del Imperio romano. Gordon dejó escapar una risita y lo tiró también. Aquello era otra civilización completamente distinta, allí en el oeste. Ningún grupo censor hubiera solicitado jamás el apoyo del personal universitario en la costa Este; sabían que era inútil, un desperdicio de envíos postales. Quizás esos estúpidos de aquí pensarán que la analogía con el Imperio romano atraería a los universitarios. Gordon hojeó rápidamente el último ejemplar de la *Physical Review*, anotando los artículos que debería leer más tarde. Claudia Zinnes hablaba de cosas interesantes acerca de resonancias nucleares, con datos muy precisos; el viejo grupo de Columbia estaba haciendo honor a su reputación.

Gordon suspiró. Quizás hubiera debido quedarse en Columbia tras su doctorado, en vez de aceptar tan pronto el puesto de profesor ayudante. La Jolla era un lugar competitivo, lleno de energías, hambriento de fama y de «eminencia». Una revista local tenía una sección titulada «Una universidad en su camino a la grandeza», llena de bombo y platillos, con fotos de profesores inclinados sobre complicados instrumentos o rumiando sobre una ecuación. California en su camino a las estrellas, California siempre adelante, California cambia dólares por cerebros. Habían conseguido a Herb York, que había sido subsecretario del Departamento de Defensa, como primer canciller del campus. Y también habían venido Harold Urey, y los Mayer, y luego Keith Brueckner en teoría nuclear, un riachuelo de talentos que ahora se había convertido en un torrente. En tales aguas, un profesor ayudante tenía las mismas seguridades de empleo que un cebo al extremo de una caña.

Gordon recorrió los pasillos del tercer piso, contemplando los nombres en las puertas. Rosenbluth, el teórico de plasma que algunos consideraban que era el mejor del mundo. Matthias, el artista de las bajas temperaturas, el hombre que ostentaba el récord de superconductibilidad a las más altas temperaturas operativas. Kroll y Suhl y Piccioni y Feher, nombres que evocaban como mínimo una incisiva intuición, un

cálculo brillante, un notable experimento. Y allí, al final del corredor embaldosado e iluminado como todos los demás: Lakin.

—Ah, recibió usted mi nota —dijo Lakin cuando respondió a la llamada de Gordon—. Estupendo. Tenemos que tomar algunas decisiones.

—¿Oh? —dijo Gordon—. ¿Por qué? —Y se sentó al otro lado del escritorio de Lakin, junto a la ventana. Fuera, los bulldozers estaban arrancando algunos de los eucaliptos preparando la construcción del nuevo edificio de química, gruñendo mecánicamente.

—Mi subvención de la Fundación Nacional para la Ciencia está a punto de ser renovada —dijo Lakin significativamente.

Gordon observó que Lakin no decía «nuestra» subvención de la FNC, pese a que tanto él como Shelly y Gordon eran todos investigadores sujetos a los mismos fondos. Lakin era el hombre que autorizaba todos los cheques, el I. P. como lo llamaban siempre las secretarias: el Investigador Principal. Aquella era la diferencia.

—Pero la proposición de renovación no está prevista hasta Navidad —dijo Gordon—. ¿Debemos empezar a escribir tan pronto nuestros informes?

—No estoy hablando de escribir nuestros informes. Lo que me preocupa es: ¿acerca de qué vamos a escribir nuestros informes?

—Sus experimentos sobre spins localizados... —Lakin agitó la cabeza, con el ceño fruncido—. Están aún en un estadio exploratorio. No pueden utilizarse como informe base.

—Los resultados de Shelly...

—Sí, son prometedores. Un buen trabajo. Pero son convencionales, una simple proyección lineal de un trabajo anterior.

—Eso me deja a mí.

—Sí. Usted. —Lakin unió sus manos frente a él sobre el escritorio. El sobre del escritorio estaba ostensiblemente limpio, cada hoja de papel cuidadosamente alineada con las demás, los lápices ordenados paralelamente.

—Todavía no he conseguido nada claro.

—Le confié a usted el problema de la resonancia nuclear, junto con un excelente estudiante, Cooper, para acelerar las cosas. A estas alturas esperaba un conjunto completo de resultados.

—Sabe los problemas que hemos tenido con el ruido.

—Gordon, no le confié ese problema por accidente —dijo Lakin, sonriendo ligeramente. Su alta frente se frunció en una expresión de preocupada amistad—. Creí que sería un buen impulso para su carrera. Admito que no es precisamente el tipo de trabajo al que está usted acostumbrado. El problema de su tesis era más directo. Pero un resultado definido podría ser publicable en la Phys Rev Letters, y eso nos ayudaría mucho en nuestra subvención. Y a usted, en su posición en el

departamento.

Gordon miró por la ventana, a las grandes máquinas que devoraban el paisaje, y luego de vuelta a Lakin. La Physical Review Letters era la revista de física de más prestigio en aquellos momentos, el lugar donde eran publicados los resultados más importantes apenas unas semanas después de haberse producido, antes que esperar a ser publicados en la Physical Review o en otras revistas de física menos importantes, mes tras mes. El flujo de información obligaba a los científicos a reducir sus lecturas a unas pocas revistas, puesto que todas ellas se hacían más y más gruesas. Era como intentar beber en la boca de una manguera de incendios. Para ahorrar tiempo uno empezaba a confiar en los resúmenes de la Physical Review Letters, prometiéndose leer con más calma todas las demás revistas cuando se dispusiera de un poco más de tiempo.

—Estoy de acuerdo con todo eso —dijo Gordon suavemente—. Pero todavía no dispongo de ningún resultado publicable.

—Oh, sí lo tiene —murmuró calurosamente Lakin—. Ese efecto del ruido. Es de lo más interesante.

Gordon frunció el ceño.

—Hace unos pocos días decía usted que era simplemente un fallo técnico.

—Ese día me mostré un poco temperamental. No aprecié completamente sus dificultades. —Pasó sus largos dedos por sus ralos cabellos, echándolos hacia atrás y revelando un blanco cuero cabelludo que contrastaba fuertemente con su intenso bronceado—. El ruido que descubrió usted, Gordon, no es una simple alteración. Después de pensar un poco en ello, creo que tiene que tratarse de un nuevo efecto físico.

Gordon lo miró incrédulo.

—¿Qué tipo de efecto? —dijo lentamente.

—No lo sé. Evidentemente, algo está perturbando el proceso normal de resonancia nuclear. Sugiero que lo llamemos «resonancia espontánea», simplemente para disponer de un nombre de trabajo. —Sonrió—. Más tarde, si comprobamos que es algo tan importante como sospecho, el efecto puede recibir su propio nombre, Gordon... ¿quién sabe?

—¡Pero Isaac, no lo comprendemos! ¿Cómo podemos darle un nombre como ése? «Resonancia espontánea» significa que algo dentro del cristal está ocasionando que el spin magnético varíe hacia uno y otro lado.

—Sí, eso es lo que hace.

—¡Pero no sabemos lo que está ocurriendo!

—Es el único mecanismo posible —dijo Lakin fríamente.

—Quizá.

—Todavía no está usted seguro de esa teoría suya de las señales, ¿verdad? —dijo

Lakin sarcásticamente.

—Estamos estudiándolo. Precisamente ahora Cooper está tomando más datos.

—Eso son tonterías. Está malgastando usted el tiempo de ese estudiante.

—No a mi modo de ver.

—Me temo que su «modo de ver» no sea el único factor que intervenga en este caso —dijo Lakin, lanzándole una pétrea mirada.

—¿Qué significa eso?

—Posee usted poca experiencia en estos asuntos. Estamos trabajando a plazo fijo. La renovación de la subvención de la FNC es más importante que sus objeciones. No me gusta plantear el asunto tan brutalmente, pero...

—Sí, sí, usted mira por los intereses del grupo.

—No creo necesario que nadie termine las frases por mí.

Gordon parpadeó y miró por la ventana.

—Lo siento.

Hubo un silencio, roto tan sólo por el gruñir de los bulldozers, interrumpiendo la concentración de Gordon. Sus ojos se clavaron en un grupo de jacarandas que había más allá, y contempló como unas mandíbulas mecánicas se clavaban en una vieja cerca semipodrida y la arrancaban. Parecía como un corral, un antiguo elemento del viejo Oeste que estaba desapareciendo. Aunque por otra parte lo más probable era que se tratara de un remanente de los terrenos de la Marina que la universidad había adquirido, Camp Matthews, donde los soldados de infantería habían sido adiestrados para la guerra de Corea. Un centro de entrenamiento desaparecía, y otro ocupaba su lugar. Gordon se preguntó para luchar contra qué estaban siendo entrenados allí. ¿Contra los enigmas de la ciencia? ¿O contra las subvenciones?

—Gordon —empezó Lakin, su voz reducida a un tranquilo murmullo—. No creo que aprecie usted realmente el significado de este «problema de ruido» que tiene entre manos. Recuerde, no tiene que comprenderlo todo acerca de un nuevo efecto para descubrirlo. Goodyear descubrió accidentalmente cómo hacer caucho vulcanizado mezclando caucho con azufre en un horno caliente. Roentgen descubrió los rayos X mientras estaba realizando un experimento con descargas eléctricas en un medio gaseoso.

Gordon hizo una mueca.

—Eso no significa que todo lo que no comprendemos sea importante, sin embargo.

—Por supuesto que no. Pero crea en mi opinión en este caso. Este es exactamente el tipo de misterio que publicará la Phys Rev Letters. Y nos dará una buena imagen ante la FNC.

Gordon agitó la cabeza.

—Creo que se trata de una señal.

—Gordon, este año su puesto va a ser revisado también. Podemos promocionarlo a un grado superior al de profesor ayudante. Incluso podríamos promocionarlo a una titularidad.

—¿De veras? —Lakin no había mencionado que él también podía conseguir, burocráticamente hablando, una «nominación definitiva».

—Un buen artículo en la Phys Rev Letters tiene mucho peso.

—Oh, sí.

—Y si su experimento sigue sin producir nada concreto, me temo que no voy a disponer, lamentablemente, de muchos argumentos que presentar a su favor.

Gordon estudió a Lakin, sabiendo que no había nada más que decir. La suerte estaba echada. Lakin se reclinó en su sillón de ejecutivo, agitando la cabeza con controlada energía, observando el impacto de sus palabras. Su camisa de banlón comprimía un pecho atlético, sus pantalones de punto se ajustaban a unas piernas musculosas. Se había adaptado bien a California, extrayendo todo lo que podía de su clima y de su sol. Había sido un largo camino desde los atestados y oscuros laboratorios del MIT. Lakin era feliz allí, y deseaba gozar del lujo de vivir en una ciudad de ricos. Haría todo lo que fuera necesario por mantener su posición; deseaba quedarse allí.

—Pensaré en ello —dijo Gordon con voz inexpresiva. Al lado de Lakin, fuerte y musculoso, se sentía demasiado grueso, demasiado pálido, demasiado torpe—. Y seguiré reuniendo datos —terminó.

En el camino de vuelta del Campo Lindbergh, Gordon mantuvo la conversación en un seguro terreno neutral. Su madre no dejó de charlotear de los vecinos de la calle Doce cuyos nombres él ni siquiera recordaba, y mucho menos sus intrincados problemas familiares, sus matrimonios, sus nacimientos y muertes. Su madre suponía que captaría instantáneamente la importancia de la compra por parte de los Goldberg de una casa en Miami, al fin, y comprendería por qué su hijo Jeremy había preferido la Universidad de Nueva York antes que la Yeshiva. Todo aquello formaba parte de la enorme comedia de la vida. Cada episodio de aquel inacabable folletín tenía su significado. Algunos recibirían su merecido castigo. Otros, tras muchos sufrimientos, se harían acreedores de su recompensa final. En el caso de su madre, él representaba una recompensa, al menos en vida. Ella lanzó ohs y ahs a cada maravilla que cruzaban a la menguante luz del atardecer, mientras avanzaban por la carretera número 1 en dirección a La Jolla. Las palmeras que crecían libremente al borde de la carretera. La blanca arena de la Mission Bay, libre de gente y de basura. No era como Coney Island. Nada de aceras atiborradas de gente, nada de gritos y empujones. Una visión del océano desde monte Soledad, extendiéndose hasta el azul infinito, en vez de la visión gris que se terminaba en el revoltijo de Nueva Jersey. Ella se mostró impresionada ante todo, todo le recordaba lo que la gente decía de Israel. Su padre

había sido un sionista ferviente, que siempre había contribuido económicamente a la causa. Gordon estaba seguro de que ella seguía haciéndolo, aunque nunca le había pedido que él lo hiciera también; quizá sentía que él necesitaba todo su gelt <sup>[1]</sup> para mantener su imagen profesional. Bueno, era cierto. La Jolla era un lugar caro. Pero Gordon dudaba de que ahora sintiera la necesidad de contribuir a las tradicionales causas judías. Su traslado desde Nueva York había cortado sus conexiones con todos aquellos rituales de leyes alimentarias y verdades talmúdicas.

Penny le había dicho que él nunca le había parecido demasiado judío, pero él sabía que eso era debido simplemente a la ignorancia de ella. Penny había crecido en un ambiente protestante blanco anglosajón, donde no le habían enseñado ninguno de los pequeños indicios reveladores. Claro que la mayor parte de la gente en California era probablemente igual de indiferente acerca de esos asuntos, lo cual convenía perfectamente a Gordon. Nunca le había gustado que los desconocidos hicieran suposiciones sobre él antes incluso de estrecharle la mano. Liberarse del claustrofóbico ambiente judío de Nueva York era una de las razones principales que le habían impulsado a venir a La Jolla.

Estaban acercándose a casa, girando hacia la calle Nautilus, cuando su madre dijo, demasiado casualmente:

—Esa Penny, deberías hablarme un poco de ella antes de conocerla, Gordon.

—¿Qué quieres que te diga? Es una chica californiana.

—¿Y eso qué significa?

—Que juega al tenis, camina por las montañas, ha estado cinco veces en México pero nunca ha ido más lejos hacia el este que Las Vegas. También practica el surf. Ha intentado que yo lo practique también, pero antes quiero recuperar mi forma física. Estoy haciendo de nuevo mis ejercicios de las fuerzas aéreas canadienses.

—Eso suena estupendo —dijo ella, dudosa.

Gordon la inscribió en el Surfside Motel, a dos manzanas de su apartamento, y luego la condujo a éste. Entraron en una habitación llena del aroma de un estofado cubano que Penny había aprendido a cocinar cuando compartía su habitación con una chica latinoamericana. Salió de la cocina, quitándose un delantal y con un aspecto más de ama de casa de lo que Gordon recordaba haberle visto nunca. Así que Penny estaba poniendo todo lo posible de su parte, pese a sus objeciones. Su madre se mostró efusiva y entusiasta. Se precipitó a la cocina para ayudarla con la ensalada, inspeccionando la receta del estofado de Penny y moviendo todos los cacharros. Gordon se dedicó al ritual del vino, que apenas acababa de aprender. Hasta su llegada a California no conocía otra cosa más que la cepa Concord. Ahora tenía una pequeña bodega comprada en Krug y Martini en un armario, y podía comprender la jerga acerca de cuerpo y bouquet, aunque en realidad no estaba muy seguro de lo que significaban esos términos.

Su madre salió de la cocina, puso la mesa con una rápida y resonante eficiencia, y preguntó dónde estaba el cuarto de baño. Gordon se lo dijo. Cuando se volvió hacia Penny captó su mirada y su sonrisa. Le sonrió también. Dejemos que tus píldoras anticonceptivas sean el estandarte de la independencia.

La señora Bernstein estaba más tranquila cuando regresó. Caminaba balanceándose más de lo que Gordon recordaba, su invariable ropa negra agitándose al compás mientras cruzaba la habitación. Tenía una mirada distraída. La cena empezó y transcurrió con pocas noticias en la conversación. El primo Irv se había dedicado a la lencería en algún lugar en Massachusetts, el tío Herb estaba haciendo dinero a manos llenas como de costumbre, y su hermana —aquí su madre hizo una pausa, como si de repente recordara que aquél era un tema que no debía ser tocado— seguía yendo con aquel grupo de chalados en el Village. Gordon sonrió; su hermana, dos años mayor que él y mucho más atrevida, estaba viviendo por su cuenta. Hizo una observación acerca de su arte, y de cómo era necesario un cierto tiempo para imponerse en los medios artísticos, y su madre se volvió hacia Penny y dijo:

—Supongo que tú también estás interesada en las artes, ¿no?

—Oh, sí —dijo Penny—. Literatura europea.

—¿Y qué opinas del nuevo libro del señor Roth?

—Oh —dijo Penny, evidentemente buscando ganar tiempo—. Creo que aún no he terminado de leerlo.

—Deberías hacerlo. Te ayudaría a comprender mucho más a Gordon.

—¿Eh? —dijo Gordon—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, querida —dijo la señora Bernstein, con un tono bajo y afectuoso—, podría darte alguna idea acerca de... bueno... creo que el señor Roth es, supongo que estarás de acuerdo conmigo, Penny, un escritor muy profundo.

Gordon sonrió, preguntándose si podía permitirse una franca risa. Pero antes de que pudiera decir nada Penny murmuró:

—Considerando que Faulkner murió en julio, y Hemingway el año pasado, supongo que eso pone a Roth en algún lugar entre los cien mejores novelistas americanos, pero...

—Oh, pero ellos escribían sobre el pasado, Penny —insistió la señora Bernstein obstinadamente—. Su nuevo libro, *Liberándose*, está lleno de...

En aquel punto, Gordon se echó hacia atrás en su silla y dejó vagar su mente. Su madre volvía a incidir en su teoría acerca del resurgimiento y la preeminencia de la literatura judía, y Penny estaba respondiéndole con precisión, tal como había predicho. Las teorías de su madre se confundieron rápidamente en su mente con los hechos revelados. Sin embargo, en Penny tenía a una terca oponente, que no estaba dispuesta a transigir para obtener la paz. Podía sentir la tensión aumentando entre ellas. No había nada que él pudiera hacer para detenerlo. El problema no era en

absoluto la teoría literaria, se trataba de shiksa<sup>[2]</sup> contra amor materno. Observó el rostro de su madre ponerse tenso. Las arrugas de su rostro se hicieron más profundas. Podía intervenir, pero sabía lo que ocurriría entonces: su voz se haría más y más aguda sin que él se diera cuenta de ello, hasta que de pronto estaría hablando con la misma voz de un adolescente apenas salido de la Bar Mitzvah. Su madre siempre conseguía eso de él, desencadenar esa respuesta. Bien, esta vez iba a eludir esta trampa.

Las voces de las dos mujeres se hicieron más fuertes. Penny citó libros, autores; su madre los barrió con un gesto y un sonido despectivo, confiadamente persuadida de que unas cuantas clases en la escuela nocturna la autorizaban a tener opiniones indiscutibles.

Gordon terminó su comida, saboreó lentamente el vino, miró al techo, y finalmente intervino:

—Mamá, se te está haciendo tarde, con la diferencia horaria y todo eso.

La señora Bernstein hizo una pausa a media frase y le miró inexpresivamente, como si saliera de un trance.

—Simplemente estamos teniendo una pequeña discusión, querido, no necesitas ponerte tan nervioso. —Sonrió. Penny consiguió una pálida imitación de sonrisa. La señora Bernstein se llevó una mano a su peinado en forma de colmena, un castillo de pelo que resistía cualquier cambio. Penny se puso en pie y retiró los platos, haciendo más ruido del necesario. El opresivo silencio entre ellos se hizo mayor.

—Vamos, mamá. Será mejor que nos vayamos.

—Los platos. —Empezó a recoger los cubiertos.

—Penny se encargará.

—Oh, entonces...

Se levantó, se sacudió unas invisibles migas de pan de su lustroso traje negro, recogió su bolso. Descendió los peldaños exteriores a paso rápido, clump clump, más rápido al final, como si estuviera huyendo de una incierta batalla. Tomaron un atajo que Gordon conocía, sus pasos resonando a su alrededor. Las olas murmuraban en la playa, a una manzana de distancia. Dedos de bruma derivaban y se enroscaban bajo las luces de la calle.

—Bueno, ella es diferente, ¿no? —dijo la señora Bernstein.

—¿En qué?

—Bueno...

—No, realmente. ¿En qué? —Creía saberlo ya.

—Estáis... —hizo un signo, no confiando en las palabras: engarfió el dedo mayor por encima del índice, uniéndolos— así, ¿no?

—¿Es eso diferente?

—Allí donde nosotros vivimos sí lo es.

—Ya soy mayor.

—Hubieras podido decírmelo. Advertir a tu madre.

—Preferí que primero la conocieras.

—Tú, un científico.

Suspiró. Su bolso trazaba largos arcos mientras caminaban, que la inclinación de las luces de la calle transformaba en alargadas sombras. Gordon llegó a la conclusión de que ella se había resignado a lo inevitable.

Pero no:

—¿No has conocido a ninguna chica judía en California?

—Vamos, mamá.

—No estoy hablando de tomar clases de rumba o algo así. —Se detuvo en seco—. Esto es toda tu vida.

Él se alzó de hombros.

—Es la primera vez. Aprenderé.

—¿Aprenderás qué? ¿A ser algo distinto?

—¿No es demasiado obvio el que te muestres tan hostil hacia todas mis amigas? No se necesita demasiado análisis para comprender eso.

—Tu tío Herb diría...

—Al diablo el tío Herb. Filosofía de mangante.

—Qué lenguaje. Si le dijera que tú has dicho...

—Dile que tengo dinero en el banco. Comprenderá.

—Tu hermana, al menos tu hermana está cerca de casa.

—Sólo geográficamente.

—Tú no sabes.

—Está embadurnando lienzos con óleo para curar su psicosis. Eso. Su psi-co-sis.

—No.

—Es cierto.

—Estás viviendo con ella, ¿verdad?

—Por supuesto. Necesito practicar.

—Desde que murió tu padre...

—No empieces con eso. —Hizo un gesto cortante con la mano—. Escucha, has visto como son las cosas. Así es como seguirán siendo.

—Por el amor de tu padre, Dios dé descanso a su alma...

—No puedes... —estuvo a punto de añadir empujarme con un fantasma, y eso es lo que pensó, pero dijo— comprenderme ahora.

—¿Una madre no puede?

—Exacto, a veces no.

—Te lo digo, te lo suplico, no rompas el corazón de tu madre.

—Haré lo que crea mejor. Ella es lo que más me conviene.

—Ella es... una chica que hace eso, vivir contigo sin matrimonio...

—No estoy seguro de que yo lo desee tampoco.

—Y ella, ¿qué es lo que desea?

—Mira, ya lo descubriremos nosotros. Sé razonable, mamá.

—¿Tú me pides que sea razonable? ¿Que me calle y me quede tranquila y me muera y no diga nada? No puedo quedarme aquí y contemplar como os hacéis arrumacos.

—Entonces no mires. Tienes que aprender a conocerme, mamá.

—Tu padre hubiera... —pero no terminó la frase. A la fría luz de la calle, se envaró—. Déjala. —Su rostro estaba rígido.

—No.

—Entonces acompáñame a mi habitación.

Cuando regresó a su bungalow, Penny estaba leyendo el Time y comiendo almendras.

—¿Cómo ha ido? —sonrió amargamente por una comisura de la boca.

—No vas a ser elegida Miss Israel.

—Tampoco lo pretendía. Jesús, he visto estereotipos antes, pero...

—Aja. Todas esas tonterías tuyas acerca de Roth.

—No era eso exactamente lo que ella pretendía decir.

—No, no lo era —admitió él.

A la mañana siguiente su madre telefoneó desde el motel. Tenía intención de pasar el día paseando por la ciudad, viendo las cosas interesantes. Dijo que no deseaba robarle su tiempo en la universidad, así que iría sola. Gordon admitió que probablemente era lo mejor, puesto que tenía un día ajetreado ante él: una clase, un seminario, llevar al conferenciante del seminario a comer, dos reuniones del comité por la tarde, y una entrevista con Cooper.

Regresó al apartamento más tarde de lo habitual aquella tarde. Llamó al motel donde estaba su madre, pero no obtuvo respuesta, Penny llegó a casa y cenaron juntos. Ella estaba teniendo algunos problemas con el trabajo de su curso y necesitaba consultar algunos libros. A las nueve terminaron con los platos y Gordon desplegó parte de sus notas sobre la mesa del comedor para preparar sus próximas clases. Terminó cuando eran casi las once, y sólo entonces se acordó de su madre. Llamó al motel. Le dijeron que había dado órdenes de «no molesten», y que no deseaba que le pasaran ninguna llamada. Gordon pensó en ir hasta allí y llamar a su puerta. Pero estaba cansado, y decidió ir a verla a primera hora de la mañana siguiente.

Se despertó tarde. Se preparó un bol de cereales mientras revisaba sus notas para la clase de mecánica clásica, comprobando los pasos de los problemas que debería desarrollar. Estaba metiendo los papeles en su maletín cuando pensó en llamar al motel. De nuevo su madre ya había salido.

A media tarde su conciencia le estaba remordiendo. Regresó temprano a casa y lo primero que hizo fue dirigirse al motel. No hubo respuesta a su llamada. Fue a preguntar a recepción, y el empleado miró en la pequeña casilla del correo bajo el número de su habitación. El hombre extrajo un sobre blanco y se lo tendió a Gordon.

—¿Doctor Bernstein? Sí. Dejó esto para usted, señor. Pagó ya su cuenta.

Gordon abrió el sobre, sintiéndose aturdido. Dentro había una larga carta, repitiendo los temas de su última discusión con más detalle. No podía comprender cómo un hijo, tan devoto hasta entonces, podía herir a su madre de aquel modo. Se sentía mortificada. Aquello que él estaba haciendo era moralmente erróneo. Enredarse con una chica tan diferente, vivir así... un horrible error. Y hacer aquello por una chica como ella, ¡por una shtunk de chica! Su madre estaba llorando, su madre estaba llena de preocupación por él. Sabía que no podía hacerle cambiar fácilmente de opinión. De modo que iba a dejarle solo. Iba a dejar que recuperara por sí mismo su cordura. Ella estaría bien. Iba a ir a Los Ángeles a ver a su prima Hazel, Hazel que tenía tres espléndidos hijos y a la que no había visto en siete años. Desde Los Ángeles volaría de vuelta a Nueva York. Quizá dentro de algunos meses pudiera acudir a visitarle de nuevo. Mejor aún, quizás él decidiera ir a visitarla antes a ella. Ver a sus amigos en Columbia. Ir a ver a la gente de la vecindad, que se alegraría enormemente de verle, la gran personalidad de toda la manzana. Hasta entonces, no dejaría de escribirle y de esperar. Una madre siempre espera.

Gordon se metió la carta en el bolsillo y se dirigió a casa. Se la mostró a Penny, y hablaron un rato acerca de ello, y luego él decidió archivarla en la parte de atrás de su mente, enfrentarse a su madre mas tarde. Normalmente esas cosas se curaban por sí mismas, si se les daba un poco de tiempo.

## 9 - 1998

—Bien, ¿dónde demonios esta? —estalló Renfrew. Paseó arriba y abajo por su oficina, cinco pasos en una dirección, cinco pasos en la otra.

Gregory Markham permanecía sentado en silencio, observando a Renfrew. Había estado meditando durante media hora aquella mañana, y se sentía relajado y centrado. Miró más allá de Renfrew, al otro lado de las grandes ventanas del Cav que daban el máximo toque de lujo a su construcción. Los amplios campos más allá se extendían llanos y tranquilos, increíblemente verdes en la primera acometida del verano. Los ciclistas se deslizaban silenciosamente a lo largo de las pistas de la Cotón, con paquetes sujetos en sus partes traseras. El aire matutino era ya cálido y pesado. Una bruma azul rodeaba las distantes agujas de Cambridge y formaba un anillo en torno al amarillo sol aposentado sobre la ciudad. Aquél era el mejor momento del día, pensó Markham, cuando parecía que una extensión infinita de tiempo se abría ante ti, y que cualquier cosa podía realizarse en el mar de tranquilos minutos que se extendían por delante.

Renfrew seguía paseando arriba y abajo. Markham se agitó.

—¿A qué hora dijo que estaría aquí?

—A las diez, maldita sea. Salió hace horas. Tuve que llamar a su oficina con pretexto de cualquier cosa para preguntar si aún estaba allí. Me dijeron que se había marchado por la mañana, antes de la hora punta. Así que, ¿dónde está?

—Solamente son las diez y diez —señaló Markham conciliadoramente.

—Sí, pero infiernos, no puedo empezar hasta que él llegue. Tengo a todos los técnicos esperando. Estamos todos preparados. Está malgastando el tiempo de todo el mundo. A él no le importa este experimento, y nos está haciendo sufrir.

—Obtuviste la subvención, ¿no? Y ese equipo de Brookhaven.

—Una subvención limitada. Lo suficiente para seguir adelante, pero sólo lo justo. Nos están estrangulando. Tú sabes y yo sé que ésta puede ser la única oportunidad de sacarnos de este agujero. ¿Y ellos qué es lo que hacen? Me obligan a proseguir el experimento con una miseria y luego ese estúpido ni siquiera se preocupa en llegar a tiempo para presenciarlo.

—Es un administrador, no un científico. De acuerdo, su política de subvenciones es corta de miras. Pero mira, la FNC no enviará nada más excepto bajo presión. Probablemente lo están usando para otras cosas. No puedes esperar que Peterson haga milagros.

Renfrew dejó de pasear y se lo quedó mirando.

—Supongo que resulta evidente que no me cae bien en absoluto. Espero que el propio Peterson no se haya dado cuenta de ello, o podría ponerse en contra del experimento.

Markham se alzó de hombros.

—Estoy seguro de que lo sabe. Resulta claro para todo el mundo que vuestras personalidades son muy diferentes, y Peterson no es estúpido. Mira, puedo hablar con él, si quieres... lo haré, de hecho. En cuanto a ponerse en contra del experimento... tonterías. Debe estar acostumbrado a no caerle bien a la gente. No creo que le importe en absoluto. No, pienso que puedes contar con su apoyo. Pero solamente un apoyo parcial. Está intentando cubrir todas sus apuestas, y eso significa tener que repartir mucho su apoyo.

Renfrew se sentó en su silla giratoria.

—Lo siento si estoy un poco tenso esta mañana, Greg. —Se pasó unos gruesos dedos por su cabello—. Llevo varios días trabajando día y noche... mientras puedo utilizar la luz... y probablemente estoy cansado. Pero principalmente me siento frustrado. No dejamos de captar ese ruido, y embrolla todas las señales.

Una repentina agitación de actividad en el laboratorio llamó su atención. Los técnicos que hacía un minuto estaban charlando tranquilamente tenían ahora un aspecto absorto y preparado. Peterson estaba abriéndose camino a través del laboratorio. Llegó a la puerta de la oficina de Renfrew y saludó brevemente a los dos hombres con una ligera inclinación de cabeza.

—Lamento llegar tarde, doctor Renfrew —dijo, sin ofrecer ninguna explicación—. ¿Podemos empezar inmediatamente?

Mientras Peterson se volvía de nuevo hacia el laboratorio, Markham observó con una ligera sorpresa las manchas de barro en sus elegantes zapatos, como si hubiera estado caminando por un campo recién arado.

Eran las 10.47 de la mañana cuando Renfrew empezó a pulsar lentamente la palanca de señales. Markham y Peterson permanecían de pie tras él. Los técnicos comprobaban todas las demás mediciones del experimento y efectuaban los ajustes necesarios.

—¿Tan fácil es enviar un mensaje? —preguntó Peterson.

—Simple Morse —dijo Markham.

—Entiendo, para maximizar las probabilidades de que sea decodificado.

—¡Maldita sea! —Renfrew se puso bruscamente en pie—. El nivel de ruido se ha incrementado de nuevo.

Markham se inclinó hacia delante y observó la pantalla del osciloscopio. El trazado danzaba y saltaba, una línea marcando un rastro al azar.

—¿Cómo puede haber tanto ruido en una muestra enfriada de indio? —preguntó Markham.

—Cristo, no lo sé. Hemos tenido problemas durante todo el tiempo.

—No puede ser térmico.

—¿La transmisión es imposible con esto? —indicó Peterson.

—Por supuesto —dijo Renfrew, irritado—. Amplía la línea de resonancia de los taquiones y embrolla la señal.

—¿Entonces el experimento no puede funcionar?

—Infiernos, yo no he dicho eso. Es tan sólo un inconveniente. Estoy seguro de que podremos resolver el problema. Un técnico llamó desde la plataforma de arriba.

—¿Señor Peterson? Le llaman al teléfono, dicen que es urgente.

—Oh, de acuerdo. —Peterson se apresuró por la escalerilla metálica y desapareció. Renfrew conferenció con algunos técnicos, comprobó personalmente las lecturas, y se apresuró arriba y abajo durante varios minutos. Markham permaneció observando la señal del osciloscopio.

—¿Alguna idea de lo que puede ser? —preguntó Renfrew.

—Una fuga de calor, posiblemente. Quizá la muestra no esté bien aislada de los choques.

—¿Quieres decir de gente yendo de un lado para otro por la habitación, ese tipo de cosa?

Renfrew se alzó de hombros y siguió con su trabajo. Greg se frotó pensativamente el labio inferior con un dedo y estudió el amarillo espectro del ruido en la verde pantalla del osciloscopio. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Disponéis de algún correlacionador que podáis usar en esta instalación?

Renfrew se detuvo por un momento, pensando.

—No, aquí no. Nunca hemos necesitado uno.

—Me gustaría ver si podemos extraer alguna estructura de ese ruido.

—Bueno, supongo que podríamos conseguir uno. Aunque tomará un cierto tiempo conseguir algo que pueda irnos bien. Peterson apareció encima de ellos.

—Lo siento, tengo que ir a un teléfono de seguridad. Ha ocurrido algo.

Renfrew se volvió sin decir nada. Markham subió la escalerilla.

—Aun así creo que el experimento va a sufrir un cierto retraso.

—Oh, estupendo. No deseo volver a Londres sin haberlo visto. Pero tengo que hablar con algunas personas en una línea telefónica confidencial. Hay una en Cambridge. Probablemente me tomará una hora o así.

—¿Tan mal están las cosas?

—Parece que sí. Esa enorme floración de diatomeas en la costa sudamericana, del lado del Atlántico, parece estar extendiéndose fuera de control.

—¿Floración?

—Una expresión de biología. Significa que el fitoplancton ha entrado en combinación con los hidrocarburos clorados que hemos estado utilizando como fertilizantes. Pero hay algo más. Los técnicos están rompiéndose la cabeza para descubrir cómo este caso difiere de los anteriores, cuyos efectos en la cadena alimentaria del océano eran más pequeños.

—Entiendo. ¿Podemos hacer algo al respecto?

—No lo sé. Los americanos han realizado algunos experimentos controlados en el océano Índico, pero creo que los progresos son más bien lentos.

—Bien, no quiero retrasar sus llamadas telefónicas. Tengo algo sobre lo cual trabajar, una idea acerca del experimento de John. Dígame, ¿conoce usted el Whim?

—Sí, está en la calle Trinity. Cerca de Bowes & Bowes.

—Probablemente necesitaré una copa y algo de comida dentro de una hora o así. ¿Por qué no nos encontramos allí?

—Buena idea. Lo veré al mediodía.

El Whim estaba lleno de estudiantes. Ian Peterson se abrió camino por entre la multitud que se apiñaba junto a la puerta y se detuvo por un momento, intentando orientarse. Los estudiantes cerca de él se estaban pasando jarras de cerveza por encima de sus cabezas, y una de ellas lo salpicó. Peterson sacó un pañuelo y se limpió con un gesto de desagrado. Los estudiantes ni siquiera se dieron cuenta. Era el final del año académico y estaban de un humor más bien festivo. Unos cuantos estaban borrachos. Hablaban con voz fuerte en latín macarrónico, una parodia de alguna ceremonia oficial a la que acababan de asistir.

—¡Eduardus, dona, mihi plus beerus! —gritó uno.

—¿Beerus? ¿O Deus, quid dicit? ¡Ecce sanguinus barbarus! —declamó otro.

—¡Mea culpa, mea máxima culpa! —respondió el que había hablado primero, en burlona contrición—. ¿Pero cómo demonios se dice cerveza en maldito latín?

—¡Alum! —respondieron varias veces—. ¡Vinum barbaricum! ¡Imbibius hopius! —Hubo risotadas. Se sentían todos muy ingeniosos. Uno de ellos, hipando, se deslizó suavemente hasta el suelo y se quedó allí. El segundo orador extendió su brazo sobre él y entonó solemnemente:

—Requiescat in pace. Et lux perpetua y lo que venga a continuación.

Peterson se apartó de ellos. Sus ojos estaban empezando a acostumbrarse a la comparativa semipenumbra después de la brillante luz de Trinity. En la pared un cartel amarillento anunciaba que algunos platos del menú habían sido suprimidos... temporalmente, por supuesto. En el centro del local una enorme cocina de carbón crujía y silbaba. Un ajetreado cocinero la presidía, pasando cacharros de los ruegos pequeños a los más grandes y viceversa. Cada vez que retiraba un cacharro de uno de los fuegos, un resplandor de luz del interior de la cocina iluminaba momentáneamente sus manos y su sudoroso rostro, dándole el aspecto de un ajetreado demonio naranja. Los estudiantes sentados en las mesas alrededor de la cocina lo animaban con sus voces.

Peterson se abrió camino a través de la atestada sección del restaurante, cruzando azuladas volutas de humo de pipa que llenaban el aire. El acre aroma de la marihuana llegó a su olfato, mezclado con el olor del tabaco, del aceite de cocina, de la cerveza

y del sudor. Alguien pronunció su nombre. Miró a su alrededor hasta ver a Markham en un reservado a un lado.

—Es difícil encontrar a alguien aquí, ¿eh? —dijo Peterson mientras se sentaba.

—Iba a pedir. Hay un montón de ensaladas, ¿ha visto? Y platos llenos de asquerosos hidratos de carbono. No parece que haya mucha cosa que valga la pena comer en estos días.

Peterson estudió el menú.

—Creo que voy a pedir lengua, aunque es increíblemente cara. Cualquier tipo de carne se ha puesto imposible.

—Sí, es cierto. —Markham hizo una mueca—. No comprendo cómo puede usted comer lengua, sabiendo que procede de la boca de algún animal.

—¿Prefiere usted un huevo a cambio?

Markham se echó a reír.

—Supongo que todas las procedencias son iguales de malas. Pero creo que voy a echar la casa por la ventana y voy a pedir salchicha. Eso va a sentarle muy bien a mi presupuesto.

El camarero trajo una ale para Peterson y una stout Mackeson para Markham. Peterson dio un largo sorbo.

—¿Autorizan aquí la marihuana?

Markham miró a su alrededor y olisqueó el aire.

—¿Droga? Seguro. Todos los euforizantes suaves son legales aquí, ¿no?

—Lo son desde hace uno o dos años. Pero pensé que los convencionalismos sociales, si es que queda alguno, hacían que no se fumara en lugares públicos.

—Ésta es una ciudad universitaria. Supongo que los estudiantes la fumaban ya en público mucho antes de que fuera legalizada. De todos modos, si el gobierno desea distraer a la gente de las noticias, no tiene objeto el que exija que lo hagan sólo en casa —dijo Markham suavemente.

—Hummm —murmuró Peterson.

Markham detuvo su stout Mackeson a medio camino de su boca y se lo quedó mirando.

—Está usted evasivo. ¿He supuesto bien, entonces? ¿Tiene eso en mente el gobierno?

—Digamos que la cuestión ha sido planteada.

—Entonces, ¿qué es lo que el gobierno liberal piensa hacer acerca de esas drogas que incrementan la inteligencia humana?

—Desde que fui asignado al Consejo no he tenido muchos contactos con esos problemas.

—Se rumorea que los chinos están adelantados en este aspecto.

—¿Oh? Bien, eso puedo desmentirlo. El Consejo dispone de un informe de

Inteligencia hablando precisamente de esto el mes pasado.

—¿Realmente reciben informes de Inteligencia acerca de sus propios miembros?

—Los chinos son miembros formales, pero... Bueno, mire, los problemas de los últimos años han sido técnicos. Pekín tiene bastantes cosas entre manos sin necesidad de mezclarse en temas para los cuales no disponen de suficiente capacidad de investigación.

—Creí que se las estaban arreglando bastante bien. Peterson se alzó de hombros.

—Tan bien como puede hacerlo alguien con mil millones de almas de las que ocuparse. En estos tiempos los asuntos extranjeros les importan mucho menos. Están intentando partir a partes exactamente iguales un pastel que cada vez es más pequeño.

—Finalmente puro comunismo.

—No tan puro. El repartir partes iguales frena la inquietud provocada por la desigualdad. Están volviendo al cultivo en terrazas, aunque eso intensifique el tiempo de trabajo para aumentar la producción de alimentos. El opio de las masas en China son los alimentos. Siempre lo han sido. También están parando el uso de productos químicos para incrementar el rendimiento de la agricultura. Creo que tienen miedo de los efectos secundarios.

—¿Como la floración sudamericana?

—En la diana. —Peterson hizo una mueca—. ¿Quién hubiera podido prever...?

De la multitud brotó un repentino y estrepitoso grito. Una mujer se levantó de una mesa cercana, aferrándose la garganta. Estaba intentando decir algo. Otra mujer junto a ella preguntó:

—Elionor, ¿qué te ocurre? ¿Te has atragantado con algo?

La mujer jadeó, un sonido áspero. Se aferró a una silla. Varias cabezas se volvieron. Sus manos descendieron hasta su vientre, y su rostro se contrajo en un espasmo de dolor.

—Yo... duele tanto... —De pronto vomitó sobre la mesa. Se derrumbó hacia delante, mientras varias manos intentaban sujetarla. Un chorro de bilis se esparció sobre las bandejas de comida. Los que estaban más cerca, inmovilizados hasta aquel momento por la sorpresa, se apresuraron a apartarse frenéticamente, derribando sus sillas. Algunos vasos se estrellaron contra el suelo; la multitud creó un círculo a su alrededor.

—¡A... ayuda! —gritó la mujer. Una convulsión la sacudió. Intentó ponerse en pie y vomitó sobre sí misma. Se volvió hacia su compañera, que había retrocedido hasta la siguiente mesa. Se miró a sí misma, los ojos vidriosos, apretando las palmas de sus manos contra su vientre. Vacilante, se apartó de la mesa. De pronto se relajó y se derrumbó al suelo.

Peterson se había quedado inmovilizado por la impresión, al igual que Markham. Cuando la mujer cayó, saltó en pie y se lanzó hacia delante. La multitud murmuró y

no se movió. Se inclinó sobre la mujer. Su pañuelo estaba enrollado en torno a su cuello. Estaba retorcido y manchado de su propio vómito. Peterson se lo arrancó, utilizando ambas manos. El tejido se rasgó. La mujer jadeó. Peterson agitó el aire en torno a ella, creando un poco de corriente. Ella aspiró con avidez. Sus ojos aletearon. Alzó la vista hacia él.

—Duele... duele... tanto...

Peterson miró hacia la multitud que lo rodeaba.

—Llamen a un doctor, ¿quieren? ¡Infiernos, llamen a un doctor!

La ambulancia se había ido. El personal de Whim estaba atareado limpiándolo todo. La mayor parte de los clientes se había marchado, alejados por el olor. Peterson volvió de la ambulancia, a la que había ido para asegurarse de que los enfermeros habían recogido muestras de la comida de la mujer.

—¿Qué es lo que han dicho que era? —preguntó Markham.

—Ni idea. Les he entregado la salchicha que había estado comiendo. El médico dijo algo acerca de envenenamiento alimentario, pero ésos no eran síntomas de envenenamiento como los que yo haya oído hablar nunca.

—Todo lo que hemos estado oyendo acerca de impurezas...

—Quizá. —Peterson apartó la idea con un gesto de su mano—. Puede ser cualquier cosa, en estos días.

Markham sorbió meditativo su stout. Se les acercó un camarero, trayendo su comida.

—Lengua para usted, señor —le dijo a Peterson, colocando ante él una bandeja—. Y salchicha aquí.

Los dos hombres se quedaron mirando su comida.

—Creo... —empezó a decir lentamente Markham.

—Estoy de acuerdo —le siguió rápidamente Peterson—. Creo que pasaremos de esto. ¿Puede traerme una ensalada?

Él camarero se quedó mirando dubitativo las bandejas.

—Pero ustedes pidieron esto.

—Sí, lo hicimos. Pero seguramente no pretenderá usted que lo engullamos después de lo que ha ocurrido, ¿no? En un restaurante como éste.

—Bueno, yo, el director, él dice...

—Dígale al director que vigile los productos que emplea o por todos los infiernos que voy a hacer que le cierren el local. ¿Me comprende?

—Cristo, no hay razón para...

—Simplemente dígale esto. Y tráigale a mi amigo otra stout.

Cuando el camarero se hubo alejado, obviamente sin ningún deseo de enfrentarse ni con su director ni con Peterson, Markham murmuró:

—Espléndido. ¿Cómo sabía usted que yo preferiría otra stout?

—Intuición —dijo Peterson con desenvuelta camaradería.

Llevaban varias cervezas más cuando Peterson dijo:

—Mire, sir Martin es el tipo que se ocupa realmente de los asuntos técnicos en la delegación británica. Yo soy un no especialista, como lo llaman. Lo que quiero saber es cómo infiernos piensan eludir esa paradoja del abuelo. Ese tipo, Davies, me explicó lo suficiente acerca del descubrimiento de los taquiones, y yo acepté que pueden viajar a nuestro pasado, pero sigo sin ver cómo uno puede cambiar lógicamente el pasado.

Markham suspiró.

—Hasta que fueron descubiertos los taquiones, todo el mundo pensaba que la comunicación con el pasado era imposible. Lo más increíble es que la física de la comunicación a través del tiempo ha estado funcionando antes, casi por accidente, hasta tan atrás como los años 1940. Dos físicos llamados John Wheeler y Richard Feynmann elaboraron la descripción correcta de la naturaleza de la luz, y mostraron que se difundían dos ondas cuando uno intentaba crear una onda de radio.

—¿Dos?

—Exactamente. Una de ellas es la que recibimos en nuestros aparatos de radio. La otra viaja hacia atrás en el tiempo... la «onda avanzada», tal como la llamaron Wheeler y Feynmann.

—Pero nosotros no recibimos ningún mensaje antes de que haya sido emitido.

Markham asintió.

—Cierto... pero la onda avanzada está ahí, matemáticamente hablando. No hay otra alternativa. Las ecuaciones de la física son todas ellas temporalmente simétricas. Ése es uno de los enigmas de la física moderna. ¿Cómo es que percibimos el tiempo que pasa, y sin embargo todas las ecuaciones de la física dicen que el tiempo puede transcurrir en cualquier dirección, hacia delante o hacia atrás?

—¿Las ecuaciones están equivocadas, entonces?

—No, no lo están. Pueden predecir cualquier cosa que podamos medir... pero solamente si utilizamos la «onda retardada», como la llamaron Wheeler y Feynmann. Ésa es la que oye usted a través de su receptor de radio.

—Bueno, mire, seguramente hay una forma de variar la ecuación hasta que uno obtenga únicamente la parte retardada.

—No, no la hay. Si usted hace esto a las ecuaciones, no hay forma de conservar la onda retardada sin modificación. Tiene que tener la onda avanzada.

—De acuerdo, ¿dónde están esos programas de radio hacia atrás en el tiempo? Muéstreme cómo puedo sintonizar las noticias del próximo siglo.

—Wheeler y Feynmann demostraron que no pueden llegar hasta aquí.

—¿No pueden llegar hasta este año? ¿Quiero decir, hasta nuestro tiempo presente?

—Exacto. Veá, la onda avanzada puede interactuar con todo el universo... se mueve hacia atrás, hacia nuestro pasado, de tal modo que finalmente llega a golpear toda la materia que jamás haya existido. Lo importante es que la onda avanzada golpea toda esa materia antes de que la señal haya sido enviada.

—Sí, por supuesto. —Peterson reflexionó acerca del hecho de en este momento, para seguir adelante con la discusión, estaba reptando una «onda avanzada» que hacía apenas unos momentos había rechazado.

—De modo que la onda golpea toda esa materia, y los electrones en su interior son sacudidos con anticipación al momento en que esa onda de radio será enviada.

—¿El efecto precediendo a la causa?

—Exactamente. Parece contrario a la experiencia, ¿no?

—Absolutamente.

—Pero la vibración de esos electrones en todo el resto del universo debe ser tenida en cuenta. Ellos a su vez nos envían tanto ondas avanzadas como retardadas. Es como arrojar dos piedras a un estanque. Ambas crean ondas. Pero las dos ondas no se interrelacionan de una forma sencilla.

—¿De veras? ¿Por qué no?

—Se interfieren entre sí. Crean una red entrecruzada de picos y valles locales. Donde los picos y valles de los sistemas separados coinciden, se refuerzan los unos a los otros. Pero donde los picos de la primera piedra se encuentran con los valles de la segunda, se anulan. El agua no se mueve.

—Oh, de acuerdo, sí.

—Lo que Wheeler y Feynmann demostraron fue que el resto del universo, allá donde es golpeado por una onda avanzada, actúa como todo un conjunto de piedras arrojadas a ese estanque. La onda avanzada retrocede en el tiempo, crea todas esas otras ondas. Se interfieren entre sí, y el resultado es cero. Nada.

—Ah. Y al final la onda avanzada se anula a sí misma.

Bruscamente, un chorro de música brotó por los altavoces del Whim: Y el Demonio, bum, bum, bailo con Juana de Arco...

—¡Bajen eso, ¿quieren?! —gritó Peterson. La música disminuyó de volumen. Peterson se inclinó hacia delante.

—Muy bien. Me ha mostrado usted por qué no funciona la onda avanzada. La comunicación a través del tiempo es imposible.

Markham sonrió.

—Toda teoría tiene hipótesis ocultas. El problema con el modelo de Wheeler y Feynmann era que todos esos electrones danzantes en el pasado en el universo pueden no enviar de vuelta las ondas correctas. Para las señales de radio, lo hacen. Para los taquiones, no lo hacen. Wheeler y Feynmann no sabían nada acerca de los taquiones; no fueron imaginados hasta mediados los años sesenta. Los taquiones no

son absorbidos de la forma correcta. No interaccionan con la materia de la misma forma que las ondas de radio.

—¿Por qué no?

—Son tipos diferentes de partículas. Unos tipos llamados Feinberg y Sudarshan imaginaron los taquiones hace décadas, pero nadie pudo encontrarlos. Parecían tan improbables. Por una parte, poseen masa imaginaria.

—¿Masa imaginaria?

—Sí, pero no se lo tome demasiado en serio.

—Parece una dificultad seria.

—No realmente. La masa de esas partículas no es lo que nosotros llamamos un observable. Eso significa que no podemos parar un taquión, puesto que siempre viaja más rápido que la luz. De modo que, si no podemos detenerlo en nuestro laboratorio, no podemos medir su masa en estado estático. La única definición de masa es la que uno puede establecer a partir del tamaño y peso... cosas que uno no puede medir, si el objeto se halla en movimiento. Con los taquiones, todo lo que puedes medir es el momento... es decir, el impacto.

—¿Tiene usted alguna queja acerca de la comida, señor? Soy el director.

Peterson alzó la vista para descubrir a un hombre alto, vestido con un conservador traje gris, de pie junto a su mesa, las manos unidas a su espalda al estilo militar.

—Sí, la tengo. En primer lugar, preferiría no comerla, visto lo que le hizo a esa señora hace un momento.

—No sé lo que esa señora estaba comiendo, señor, pero creo que su...

—Bueno, entienda, yo sí lo sé. Era algo muy parecido a lo que había pedido mi amigo, y eso es suficiente como para que él se sienta... incómodo.

El director se contuvo ligeramente ante la forma de actuar de Peterson. Estaba sudando ligeramente, y su expresión era preocupada.

—No acabo de ver por qué una clase similar de comida debería...

—Yo en cambio puedo verlo claramente. Es una lástima que usted no pueda.

—Me temo que vamos a tener que cobrarle...

—¿Ha leído usted las recientes directrices del Ministerio del Interior respecto a los alimentos importados? Yo intervine en su redacción. —Peterson le concedió al hombre el beneficio de una mirada evaluativa—. Me atrevería a decir que probablemente buena parte de su comida importada procede de un proveedor local, ¿correcto?

—Bueno, por supuesto, pero...

—Entonces presumiblemente sabe usted que existe una rígida limitación al tiempo de almacenamiento de esos productos antes de su uso.

—Sí, estoy seguro... —empezó el director, pero luego dudó ante la expresión del rostro de Peterson—. Bueno, en realidad, no he leído mucho sobre esto últimamente,

porque...

—Creo que debería ser usted más cuidadoso en el futuro.

—No estoy seguro de que la señora hubiera comido siquiera ningún producto importado...

—Si yo fuera usted, lo comprobaría.

Bruscamente, el hombre perdió parte de su actitud militar. Peterson lo miró con todo su aplomo.

—Bueno, creo que podemos olvidar ese malentendido, señor, en vista de...

—Por supuesto —asintió Peterson, haciéndole un gesto de que se fuera. Se volvió nuevamente hacia Markham—. Pero sigue usted sin haber explicado esa historia del abuelo. Si los taquiones pueden transmitir un mensaje al pasado, ¿cómo evita usted las paradojas? —Peterson no mencionó que había estado discutiendo sobre aquello con Paul Davies en el King's, pero que no comprendió nada. No creía que ninguna de aquellas ideas tuviera ningún sentido.

Markham hizo una mueca.

—No es fácil de explicar. La clave fue sospechada hace algunas décadas, pero nadie la transformó en una teoría física concreta. Hay incluso una frase en el artículo original de Wheeler-Feynmann... «Lo único que se requiere es que la descripción sea lógicamente autoconsistente». Con eso querían dar a entender que nuestra sensación del fluir del tiempo, siempre yendo en una sola dirección, es un prejuicio. Pero las actuaciones de la física no comparten ese prejuicio nuestro... son temporalmente simétricas. El único estándar que podemos imponer a un experimento es pues que sea lógicamente consistente.

—Pero por supuesto es ilógico que uno siga viviendo después de haber matado a su abuelo. Antes de haber engendrado al padre de uno, quiero decir.

—El problema es que estamos acostumbrados a pensar en estas cosas como si en ellas hubiera implicada alguna especie de interruptor que únicamente tuviera dos posiciones. Quiero decir, que el abuelo de uno esté muerto, o no lo esté.

—Bueno, eso es algo evidente.

Markham negó con la cabeza.

—No del todo. ¿Y si resulta herido, pero se recupera? En ese caso, si sale del hospital a su debido tiempo, puede llegar a conocer a la abuela de uno. Todo depende de la puntería.

—No entiendo...

—Piense en enviar mensajes, antes que en dispararle a abuelos. Todo el mundo supone que el receptor, allá en el pasado, puede estar conectado a, digamos, un interruptor. Si una señal del futuro llega hasta él, el interruptor está programado para desconectar el transmisor... antes de que sea enviada la señal. Esa es la paradoja.

—Correcto. —Peterson se inclinó hacia delante, sintiéndose cautivado pese a sus

dudas. Había algo que le atraía en la forma en que los científicos resolvían los problemas como otras tantas experiencias intelectuales, creando un mundo nítido y seguro. Los resultados de los problemas sociales eran siempre más embrollados y menos satisfactorios. Quizás era por eso por lo que muy pocas veces se resolvían.

—El problema es que no existe ningún interruptor que tenga sólo dos posiciones, conectado y desconectado... con nada entre ellas.

—Oh, vamos. ¿Y el conmutador que pulso para encender la luz?

—De acuerdo, usted lo pulsa. Hay un tiempo en el cual ese conmutador se halla como colgando en algún lugar intermedio, ni en el conectado ni en el desconectado.

—Puedo accionarlo en un tiempo muy breve.

—Seguro, pero no puede reducir usted ese tiempo a cero. Y también hay un cierto impulso que tiene usted que aplicar a ese conmutador para hacerlo saltar de desconectado a conectado. De hecho, es posible accionar el conmutador sólo con la fuerza suficiente como para que recorra la mitad de su camino y se quede parado allí... Pruébalo. Es algo que tiene que haberle ocurrido alguna vez. El conmutador se queda a medio camino, suspendido entre sus dos posiciones.

—De acuerdo, admitido —dijo Peterson impacientemente—. ¿Pero cuál es la conexión con los taquiones? Quiero decir, ¿qué hay de nuevo en todo ello?

—Lo nuevo es pensar en todos esos hechos, enviar y recibir, como en una cadena, un lazo. Mire, enviamos hacia atrás una instrucción diciendo: «Cierre el transmisor». Piense en el interruptor recorriendo el camino hacia el «cerrado». Este acontecimiento es como una onda avanzando del pasado hacia el futuro. El transmisor está cambiando de «abierto» a «cerrado». Esa... bueno, llamémosla esa onda de información, avanza hacia delante en el tiempo. Y la señal original aún no ha sido emitida.

—Correcto. Es una paradoja.

Markham sonrió y alzó un dedo. Estaba disfrutando de aquello.

—¡Pero espere! Piense en todos esos tiempos formando como una especie de lazo. Causa y efecto no significan nada en ese lazo. Hay tan sólo acontecimientos. Ahora, mientras el interruptor se mueve hacia el «cerrado», la información se propaga hacia delante en el futuro. Piense en ello como en el transmisor haciéndose cada vez más y más débil a medida que el interruptor se acerca a la posición «cerrado». Y el haz de taquiones que ese transmisor está enviando se hace también más y más débil.

—¡Ah! —Peterson lo comprendió de pronto—. Del mismo modo, el receptor recibe a su vez una señal más y más débil del futuro. El interruptor no es accionado tan bruscamente debido a que la señal que va hacia atrás en el tiempo es también más débil. Así que no avanza tan rápidamente hacia la posición «cerrado».

—Eso es. Cuanto más se acerca a la posición «cerrado», más lentamente se

mueve. Hay una onda de información viajando hacia delante hacia el futuro, y, como un reflejo, el haz de taquiones yendo hacia atrás hacia el pasado.

—Entonces, ¿qué es lo que hace el experimento?

—Bien, digamos que el interruptor se acerca al «cerrado», y entonces el haz de taquiones se hace más débil. El interruptor no recorre realmente todo el camino hasta el «cerrado», como ese conmutador controlando las luces, sino que empieza a volver hacia el «abierto». Pero cuanto más se acerca al «abierto», más fuerte es la transmisión que llega al futuro.

—De modo que el haz de taquiones se hace también más fuerte —terminó Peterson por él—. El cual empuja de nuevo al interruptor de vuelta desde la posición «abierto» a la posición «cerrado». El interruptor queda en suspenso a mitad de camino.

Markham se inclinó hacia delante y vació su stout. Su bronceado, empalidecido por el invierno de Cambridge, se cuarteó en una retorcida sonrisa.

—Oscila ahí, en el medio.

—Y no hay ninguna paradoja.

—Bueno... —Markham se alzó imperceptiblemente de hombros—. No hay contradicciones lógicas, sí. Pero seguimos sin saber realmente qué significa ese estado intermedio, impreciso. Sin embargo, evita las paradojas. Uno puede aplicar a ello una buena parte del formalismo de la mecánica cuántica, pero no estoy seguro de los resultados que pueda dar un genuino experimento.

—¿Por qué no?

Markham volvió a alzarse de hombros.

—No se han realizado experimentos. Renfrew no ha tenido tiempo, o dinero, para efectuarlos.

Peterson ignoró la crítica implícita; ¿o era su imaginación? Lo que resultaba obvio era que los trabajos en estos campos se habían visto interrumpidos en los últimos años. Markham estaba simplemente estableciendo un hecho. Tenía que recordar que un científico se mostraba siempre inclinado a presentar las cosas tal cual eran, sin calcular el impacto que podían causar sus afirmaciones. Para cambiar de tema, Peterson preguntó:

—¿Ese encallamiento a medio camino no les impedirá enviar información a 1963?

—Mire, el punto crucial en este asunto es que nuestras distinciones entre causa y efecto son una ilusión. Este pequeño experimento que hemos estado discutiendo es un lazo causal... no tiene principio ni fin. Eso es lo que querían significar Wheeler y Feynmann exigiendo tan sólo que nuestra descripción fuera lógicamente consistente. La lógica es lo que domina la física, no el mito de causa y efecto. Imponer un orden a los acontecimientos es nuestro punto de vista. Un punto de vista pintorescamente

humano, supongo. A las leyes de la física no les importa. Ese es el nuevo concepto de tiempo que tenemos ahora... como un conjunto de acontecimientos completamente interrelacionados, unidos consistentemente entre sí. Creemos que estamos moviéndonos hacia delante en el tiempo, pero eso es tan sólo un prejuicio.

—Pero sabemos que las cosas ocurren ahora, no en el pasado ni en el futuro.

—¿Cuándo es «ahora»? Decir que «ahora» es «este instante» es dar vueltas en círculos. Cada instante es «ahora» en el momento en que «ocurre». La cuestión es, ¿cómo medir la velocidad de movimiento de un instante al siguiente? Y la respuesta es: no puede medirse. ¿Cuál es la velocidad del paso del tiempo?

—Bueno, es... —Peterson se interrumpió, pensando.

—¿Cómo puede pasar el tiempo? ¡La velocidad es un segundo de movimiento por segundo! No hay ningún sistema concebible de coordenadas en física por el cual podamos medir el tiempo que pasa. Así que no existe el paso del tiempo. El tiempo está inmóvil, en lo que al universo se refiere.

—Entonces... —Peterson alzó un índice para ocultar su confusión, frunciendo el ceño. El director apareció como surgido de ninguna parte.

—¿Sí, señor? —dijo el hombre, con una extremada educación.

—Oh, otra ronda.

—Sí, señor. —Se alejó rápidamente, a cumplir él mismo el encargo.

Peterson gozó con aquel pequeño juego. Conseguir una respuesta así con un despliegue tan mínimo de poder era algo viejo en él, pero seguía siendo satisfactorio.

—¿Pero usted sigue creyendo —dijo Peterson, volviéndose de nuevo a Markham — que el experimento de Renfrew tiene sentido? Todo eso de lazos y no ser capaces de accionar los interruptores...

—Naturalmente que funcionará. —Markham aceptó el oscuro vaso lleno de la densa stout.

El director depositó cuidadosamente la ale ante Peterson y empezó:

—Señor, desearía discul...

Peterson le hizo callar con un movimiento de su mano, impaciente por oír a Markham.

—Perfectamente, de acuerdo —dijo con rapidez.

Markham observó al director retirarse.

—Muy efectivo. ¿Enseñan eso en las mejores escuelas?

Peterson sonrió.

—Por supuesto. Primero las clases teóricas, luego ejercicios sobre el terreno en algunos restaurantes representativos. Lo esencial es el juego de muñeca.

Markham hizo un saludo con la stout. Tras el silencioso brindis, dijo:

—Oh, sí, Renfrew. Lo que Wheeler y Feynmann no observaron fue que si uno envía, un mensaje hacia atrás que no tiene nada que ver con cerrar el transmisor, no

hay ningún problema. Digamos que deseo hacer una apuesta en una carrera de caballos. He decidido que enviaré los resultados de la carrera hacia atrás en el tiempo a un amigo. Lo hago. En el pasado, mi amigo hace la apuesta y gana el dinero. Eso no cambia el resultado de la carrera. Después, mi amigo me entrega parte de sus ganancias. Esa recepción del dinero no me impedirá de ningún modo enviar la información... de hecho, puedo arreglar fácilmente las cosas de modo que no reciba el dinero hasta después de haber enviado el mensaje.

—Con lo cual no hay ninguna paradoja.

—Exacto. De modo que uno puede cambiar el pasado, pero solamente si no intenta crear una paradoja. Si lo intenta, el experimento se sitúa inmediatamente en ese estado intermedio.

Peterson frunció el ceño.

—¿Pero a qué se parecerá eso? Quiero decir, ¿a qué se parecerá el mundo si uno efectúa cambios en él?

—Nadie lo sabe —dijo Markham despreocupadamente—. Nadie lo ha intentado todavía.

—No han existido transmisores a taquiones hasta ahora.

—Y ninguna razón para intentar alcanzar el pasado tampoco.

—Déjeme decirlo francamente. ¿Cómo conseguirá Renfrew evitar el crear una paradoja? Si les ofrece la suficiente información, ellos resolverán el problema, y no habrá ya ninguna razón para que él envíe el mensaje.

—Ése es el truco. Evitar la paradoja, a fin de evitar bloquear el interruptor. De modo que Renfrew enviará una parte de la información vital... la suficiente como para iniciar las investigaciones, pero no la suficiente como para resolver completamente el problema.

—¿Pero qué ocurrirá con respecto a nosotros? ¿El mundo cambiará a nuestro alrededor?

Markham se mordisqueó el labio inferior.

—Creo que sí. Nos hallaremos en una situación distinta. El problema se verá reducido, los océanos no se hallarán tan gravemente afectados.

—¿Pero cuál es esta situación? Quiero decir, ¿nosotros sentados aquí? Sabemos que los océanos tienen problemas.

—¿Lo sabemos? ¿Cómo sabemos que éste no es el resultado del experimento que vamos a iniciar? Es decir, si Renfrew no hubiera existido y pensado en su idea, quizá nos halláramos mucho peor. El problema con los lazos causales es que nuestra noción del tiempo no los acepta. Pero piense de nuevo en nuestro interruptor bloqueado.

Peterson agitó la cabeza, como para aclararla.

—Es difícil pensar en ello.

—Es como intentar hacer nudos en el tiempo —admitió Markham—. Lo que le

he ofrecido aquí es una interpretación matemática. Sabemos que los taquiones son reales; lo que no sabemos es lo que implican.

Peterson miró a su alrededor al Whim, ahora casi desierto.

—Es extraño, pensar que todo esto puede ser una consecuencia de lo que aún no hemos hecho. Todo entrelazado junto, como los hilos de una alfombra. —Parpadeó, pensando en el pasado, cuando había acudido a comer allí—. Esa cocina de carbón... ¿cuánto tiempo hace que la tienen?

—Años, supongo. Parece como una especie de marca de la casa. Mantiene el lugar caliente en el invierno, y es más económica que el gas o la electricidad. Además, pueden cocinar a cualquier hora del día, no solamente en las horas en que se conecta la energía. Y proporciona a los clientes algo a lo que mirar mientras están aguardando lo que han pedido.

—Sí, el carbón es el combustible a largo plazo para la vieja Inglaterra —murmuró Peterson, aparentemente más para sí mismo que para Markham—. Resulta muy voluminoso, sin embargo.

—¿Cuándo estudió usted aquí?

—En los años setenta. No he vuelto muy a menudo después.

—¿Han cambiado mucho las cosas?

Peterson sonrió reminiscentemente.

—Me atrevería a decir que mis habitaciones no habrán cambiado demasiado. Una vista pintoresca del río, y todas mis ropas enmoheciendo por la humedad... —Apartó de sí su ensoñación—. Voy a tener que regresar pronto a Londres.

Se abrieron camino a codazos entre los estudiantes que ocupaban el bar, hacia la puerta, y salieron a la calle. El sol de junio era demasiado brillante tras el penumbroso interior del local. Se detuvieron por un momento, parpadeando, en la estrecha acera. Los peatones bajaban a la calzada para pasar por su lado, y los ciclistas los esquivaban haciendo sonar sus timbres. Giraron hacia la izquierda y caminaron en dirección al King's Parade. En la esquina opuesta a la iglesia, hicieron una pausa para mirar el escaparate de la librería Bowes & Bowes.

—¿Le importa si entro un momento? —preguntó Peterson—. Hay algo a lo que quiero echarle un vistazo.

—Por supuesto. Yo entraré también. Soy un animal de librería, nunca paso ante ninguna sin entrar.

La Bowes & Bowes estaba casi tan atestada como el Whim cuando habían entrado en él, pero las voces eran más bajas. Rodearon cuidadosamente los grupos de estudiantes con togas negras y las pirámides de libros exhibidos. Peterson se dirigió hacia una de las mesas más discretas hacia el final de la tienda.

—¿Ha visto usted esto? —preguntó, tomando un libro y tendiéndoselo a Markham.

—¿El libro de Holdren? No, aún no lo he leído, aunque he hablado con su autor. ¿Es bueno? —Markham observó el título, impreso en rojo sobre una portada negra: La geografía de la calamidad: geopolítica del retroceso humano, por John Holdren. En la esquina inferior derecha había una reproducción de un grabado medieval mostrando a un sonriente esqueleto con una guadaña. Lo hojeó, hizo una pausa, empezó a leer—. Mire esto —dijo, tendiéndole el libro a Peterson.

Peterson posó sus ojos en el cuadro y asintió.

PERIODO (LUGAR) >> MUERTES ATRIBUIBLES (ESTIMADAS)

1984-96 (Java, Malawi, Filipinas, Congo, India) >> 8.750.000

1986 (Colombia, Ecuador, Honduras) >> 2.300.000

1987 (República Dominicana) >> 1.600.000

1987-presente (Egipto, Pakistán) >> 3.700.000

1989-presente (Sudeste de Asia en general) >> 68.000.000

1990-presente >> 1.600.000

1991-presente >> 750.000

1991-presente >> 3.800.000

1993-presente >> 113.500.000

Markham silbó suavemente. —¿Son exactas estas cifras?

—Oh, sí. En todo caso subestimadas.

Peterson se dirigió hacia la puerta de atrás de la tienda. Una chica estaba perchada en un taburete alto, añadiendo una columna de cifras a un autocontador. Su largo cabello le caía hacia delante, ocultando su rostro. Peterson la estudió de reojo mientras fingía rebuscar entre los libros que tenía ante él. Unas hermosas piernas. Bien vestida, en ese estilo rizado campesino que él detestaba. Un pañuelo Liberty azul artísticamente anudado en torno a su cuello. Delgada, aunque no por muchos años más, probablemente. Aparentaba unos diecinueve años. Como si se diera cuenta de que la estaban mirando, dirigió la vista directamente hacia él. Él siguió mirándola. Sí, diecinueve años, muy hermosa, y plenamente consciente de ello también. Bajó del taburete y, sujetando defensivamente un fajo de papeles contra su pecho, se dirigió a él.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No lo sé —dijo él con una ligera sonrisa—. Quizás. En todo caso, se lo haré saber. Ella aceptó aquello como una insinuación directa y respondió con una rutina que probablemente, reflexionó Peterson, era infalible con los muchachos de allí. Se dio la vuelta y se alejó y, mirando por encima de su hombro, le dijo con voz ronca:

—Sí, hágamelo saber. —Le dirigió una larga mirada bajo sus aleteantes pestañas, luego sonrió descaradamente y se dirigió hacia la parte delantera de la tienda.

Se sintió divertido. Al principio, había creído realmente que ella se estaba

tomando en serio su rutina de coquetería, lo cual hubiera sido ridículo si ella no fuera tan hermosa. Pero su sonrisa demostraba que estaba representando. Peterson se sintió repentinamente de buen humor, y casi inmediatamente divisó el libro que había estado buscando.

Lo tomó y buscó a Markham. La chica estaba con otras dos compañeras, dándole la espalda. Las otras estaban riendo y mirándole. Evidentemente les habían dicho que estaba mirándolas, porque se volvió para echarle una ojeada. Realmente era muy hermosa. Tomó una repentina decisión. Markham estaba curioseando en el apartado de ciencia ficción.

—Todavía tengo un par de cosas que hacer —le dijo Peterson—. ¿Por qué no se adelanta y le dice a Renfrew que estaré allí dentro de media hora?

—Oh, de acuerdo —dijo Markham.

Peterson lo observó mientras se dirigía a la puerta, caminando atléticamente, y desaparecía en el callejón de la parte de atrás del edificio conocido como Las Escuelas.

Peterson buscó de nuevo a la chica. Estaba atendiendo a alguien, un estudiante. Observó mientras se dedicaba a otra rutina, inclinándose hacia delante más de lo necesario para redactar la nota, lo suficiente como para permitirle al estudiante mirar por el escote de su blusa. Luego se irguió y le tendió de la forma más natural del mundo su libro envuelto en una bolsa blanca de papel. El estudiante salió de la tienda, con una expresión desconcertada en su rostro. Peterson llamó la atención de la chica alzando el libro en su mano. Ella cerró de un golpe la caja registradora y acudió hacia él.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Ha hecho ya su elección?

—Creo que sí. Me llevaré este libro. Y quizá pueda ayudarme en algo más. Vive usted en Cambridge, ¿verdad?

—Sí ¿Usted no?

—No, soy de Londres. Formo parte del Consejo. —Se despreció inmediatamente a sí mismo. Era como dispararle a un conejo con un cañón. No era en absoluto artístico. De todos modos, había conseguido despertar toda su atención, así que lo mejor era sacar ventaja de ello—. Me preguntaba si podría recomendarme usted algún buen restaurante por los alrededores.

—Bueno, está el Blue Boar. Y hay uno francés en Grantchester que se supone que es bueno, Le Marquis. Y uno italiano nuevo, Il Pavone.

—¿Ha comido usted en alguno de ellos?

—Bueno, no... —Enrojeció ligeramente, y él se dio cuenta de que lamentaba mostrarse en inferioridad de condiciones. Se dio cuenta de que había mencionado los tres restaurantes más caros. Su propio favorito no había sido mencionado; era menos lujoso y menos caro, pero su comida era excelente.

—Si tuviera usted que elegir, ¿a cuál iría?

—Oh, a Le Marquis. Parece un lugar encantador.

—La próxima vez que venga de Londres, si no tiene usted ningún compromiso, me encantaría que accediera usted a comer allí conmigo. —Le dirigió una sonrisa íntima—. Es terriblemente aburrido viajar solo, comer solo.

—¿De veras? —exclamó ella—. Oh, quiero decir... —Luchó furiosamente por contener la excitación de su triunfo—. Sí, realmente me encantaría.

—Estupendo. Si dispusiera de su número de teléfono... —Ella vaciló, y Peterson supuso que no tenía teléfono—. O, si lo prefiere, puedo simplemente pasar por aquí un poco antes a recogerla.

—Oh, sí, eso será lo mejor —dijo ella, aferrándose a aquella solución.

—Está bien. Vendré a buscarla.

Caminaron juntos hasta la caja, donde pagó su libro. Cuando salió de Bowes & Bowes, dobló la esquina hacia la Market Square. A través del escaparate lateral de la librería pudo ver a la chica en consulta con sus dos compañeras. Bueno, había sido fácil, pensó.

«Buen Dios, ni siquiera sé cuál es su nombre».

Cruzó la plaza y caminó cruzando Petty Cury con su apresurada multitud de gente que iba de compras, hasta salir al lado opuesto del Christ's. A través de su abierta puerta era visible el verde cuadro de su césped y, tras él, los vividos colores de unos macizos herbáceos contra la gris pared del Pabellón del Director. En la puerta, el portero estaba sentado leyendo el periódico. Un grupo de estudiantes comprobaba, unas listas en el tablón de anuncios. Peterson siguió caminando y giró en el Hobson's Alley. Finalmente encontró el lugar que estaba buscando: Foster y Jagg, comerciantes de carbón.

John Renfrew pasó la mañana del sábado colocando una nueva estantería en la pared más larga de su cocina. Marjorie llevaba meses tras él para que lo hiciera. Sus ligeras insinuaciones acerca de que colocara las tiras de madera «cuando tuviera un poco de tiempo libre» se habían ido acrecentando lentamente hasta adquirir peso, convirtiendo el trabajo en una tarea inevitable libremente aceptada. Los mercados estaban abiertos tan sólo unos cuantos días a la semana —«para evitar las fluctuaciones en el aprovisionamiento», era la explicación habitual, dada por las noticias de la noche—, y con los cortes de energía, la refrigeración era imposible. Marjorie había empezado a poner las verduras en conserva, y estaba reuniendo una cantidad importante de frascos herméticos. Aguardaban por el momento en cajas de cartón las prometidas estanterías.

Renfrew reunió sistemáticamente sus herramientas, con el mismo cuidado que en el laboratorio. Su casa era vieja y ligeramente inclinada hacia un lado, como si estuviera dominada por algún invisible viento. Renfrew descubrió que su plomada, colocada en la parte superior de la pared, se desplazaba sus buenos ocho centímetros de ella al llegar a la parte inferior. El suelo estaba ondulado por una leve fatiga, como un colchón muy usado. Se apartó de las ladeadas paredes, cerró un ojo, y vio que las líneas de su casa se burlaban de los ángulos rectos. Invertías algo de dinero en un lugar, reflexionó, y todo lo que obtenías era un laberinto de jambas y vigas y cornisas, todo ello ligeramente fuera de sitio a causa del peso de la historia. Un ángulo fuera de lugar en aquel rincón, una diagonal falseada por aquel otro lado. Tuvo un repentino recuerdo de cuando era chico, mirando desde el embaldosado de piedra a su padre, que alzaba la vista hacia el enyesado del techo como preguntándose cuándo iba a caerse sobre sus cabezas.

Mientras estudiaba el problema, sus propios chicos iban de un lado para otro por la casa.

Sus pies resonaban en los arrimaderos de madera barnizada que enmarcaban las moquetas. Llegaron a la puerta delantera y salieron al exterior, jugando al escondite. Se dio cuenta de que para ellos debía exhibir la misma expresión preocupada de su padre, el rostro concentradamente fruncido.

Preparó sus herramientas y empezó a trabajar. El montón de planchas de madera en el porche trasero fue disminuyendo gradualmente a medida que iba cortándolas, formando el tramado necesario. Para encajarlas al techo tuvo que cortarlas oblicuamente con una sierra. La madera se astillaba bajo los dientes de la sierra, pero mantuvo la línea del corte. Johnny apareció, cansado de jugar al escondite con su hermana mayor. Renfrew lo puso a trabajar dándole las herramientas a medida que las necesitaba. A través de la ventana, una pequeña radio anunció que Argentina se

había unido al club nuclear.

—¿Qué es un club nuclear, papi? —preguntó Johnny, con los ojos muy abiertos.

—Gente que puede arrojar bombas —respondió.

Johnny jugaba pasándose una lima por la yema del dedo pulgar, frunciendo el ceño ante las finas líneas blancas que quedaban en la piel.

—¿Yo puedo unirte también?

Renfrew hizo una pausa, se humedeció los labios, miró hacia un cielo de un color azul profundo.

—Sólo los estúpidos se unen a él —dijo, y siguió con su trabajo.

La radio detalló el rechazo de Brasil a una serie de acuerdos comerciales preferenciales que hubieran establecido una Gran Zona Americana con Estados Unidos. Había informes acerca de que los americanos habían votado a favor de un trato preferencial en las importaciones como parte de su programa de ayuda al problema de la floración en el Atlántico sur.

—¿Una floración, papi? ¿Cómo puede haber en el océano algo parecido a una flor?

—Se trata de otro tipo de floración —dijo Renfrew ásperamente. Tomó unas cuantas maderas bajo el brazo, y las llevó al interior.

Estaba lijando los ásperos bordes cuando Marjorie entró procedente del jardín para su inspección. Se había llevado consigo la radio accionada a pilas.

—¿Por qué la estantería sale más de abajo que de arriba? —preguntó a modo de saludo. Últimamente se llevaba la radio consigo a todas partes, observó Renfrew, como si no pudiera soportar estar a solas sin oír ningún ruido.

—La estantería está a plomo. Son las paredes las que están inclinadas.

—Da una impresión extraña. ¿Estás seguro...?

—Compruébalo tú misma. —Le tendió su nivel de carpintero. Ella lo colocó sobre unos de los bordes de la madera aún por lijar. La burbuja de aire se inmovilizó exactamente entre las dos líneas señaladas—. ¿Ves? Exactamente a nivel.

—Bueno, supongo que sí —concedió Marjorie, reluciente.

—No te preocupes, tus frascos no van a caerse. —Colocó varios de los frascos en uno de los estantes. Aquel acto ritual completaba el trabajo. El cuadriculado de madera destacaba en la cocina, pino funcional contra viejos paneles de roble. Johnny palpó tentativamente las hojas de madera, como si se maravillara de haber participado en aquella construcción.

—Creo que voy a dar una vuelta por el laboratorio —dijo Renfrew, recogiendo la sierra y el escoplo.

—Espera, todavía tienes que cumplir con tus deberes de padre. Tienes que llevar a Johnny a la caza del mercurio.

—Oh, infiernos. Lo había olvidado. Mira, creí que...

—Que ibas a pasarte la tarde haciendo bricolaje —terminó Marjorie por él, con un ligero tono de reproche—. Me temo que no.

—Bueno, mira, sólo voy a pasar un momento por allí a recoger unas notas, algo relativo al trabajo de Markham.

—Entonces mejor ve con Johnny. De todos modos, ¿no puedes dejar el laboratorio ni siquiera por un fin de semana? Creí que lo habías dejado todo arreglado ayer.

—Elaboramos un mensaje con Peterson. Acerca de los problemas oceánicos, en su mayor parte. Dejamos a un lado todo lo referido a la fermentación en masa de la caña de azúcar para la obtención de combustible.

—¿Qué hay de malo en ello? Quemar alcohol es más limpio que quemar ese horrible petróleo que nos están vendiendo ahora. Renfrew se lavó las manos en la fregadera.

—Cierto. El problema estriba en que los brasileños cortaron buena parte de su jungla para crear campos de caña de azúcar. Eso disminuye el número de plantas que pueden absorber anhídrido carbónico del aire. Piensa un poco en ello, y descubrirás que eso explica las variaciones del clima mundial, el efecto de invernadero, las lluvias y todo lo demás.

—¿El Consejo decidió eso?

—No, no, los equipos investigadores de todo el mundo fueron quienes lo hicieron. El Consejo simplemente decide la política a seguir para enfrentarse a todos esos problemas. El mandato de las Naciones Unidas, poderes extraordinarios, y todo eso.

—Tu señor Peterson debe ser un hombre muy influyente.

Renfrew se alzó de hombros.

—Dicen que es pura suerte que el Reino Unido haga oír su voz. La única razón de ello es que seguimos manteniendo equipos de investigación trabajando en los problemas más visibles. De otro modo, tendríamos un asiento más apropiado al lado de Nigeria o de la Unión Vietnamita o de alguna otra nulidad.

—Lo que tú estás haciendo es algo..., «visible», ¿no?

Renfrew dejó escapar una risita.

—No, es más bien malditamente transparente. Peterson ha desviado alguna ayuda en mi dirección, pero lo está haciendo como una especie de travesura personal, me atrevería a apostar.

—Es muy considerado por su parte.

—¿Considerado? —Renfrew se secó las manos, pensativo—. Está interesado intelectualmente, eso puedo decirlo, aunque no es el tipo de intelectual de los que a mí me gustan. Digamos que se trata de una especie de acuerdo. Él se está divirtiendo un poco con ello, y yo recibo dinero a cambio.

—Pero tiene que pensar que vas a tener éxito.

—¿Tiene? Quizá. No estoy seguro de creerlo yo mismo.

Marjorie pareció desconcertada.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Es un magnífico experimento de física. No sé si podemos alterar el pasado. Nadie lo sabe. La física es un caos al respecto. Si no hubieran cerrado por completo los fondos para la investigación, estoy seguro de que habría montones de personas trabajando en el problema. Yo, aquí, he tenido la suerte de poder llevar a cabo los experimentos definitivos. Ésa es la razón. La ciencia, amor.

Marjorie frunció el ceño ante aquello, pero no dijo nada. Renfrew contempló su obra. Ella empezó a alinear rápidamente tarros en los estantes. Cada uno de ellos estaba sellado por una anilla de caucho y una abrazadera de metal. Dentro nadaban vagas formas vegetales. Renfrew encontró aquella visión muy apetitosa.

Bruscamente Marjorie se dio la vuelta de su trabajo, el rostro crispado por la preocupación, y dijo:

—Tú le estás engañando, ¿verdad?

—No, amor. Estoy... ¿cuál es la frase?... manteniendo en alto sus esperanzas.

—Él espera...

—Mira, Peterson está interesado en el problema. Yo no soy responsable por adivinar sus auténticos motivos. Cristo, la próxima vez lo querrás tener en el diván hablándonos de su infancia.

—No lo he conocido nunca —dijo ella rígidamente.

—Exactamente, esta conversación no tiene ningún sentido.

—Pero estamos hablando precisamente de ti. Tú...

—Alto. Lo que tú no te das cuenta, mi pequeña Mary, es que nadie sabe realmente nada acerca de esos experimentos. Todavía no puedes acusarme de alimentar falsas esperanzas en nadie. Y en cuanto a eso, Peterson parecía más preocupado que yo con la interferencia que estamos recibiendo, así que quizá lo haya calificado mal.

—¿Alguien está interfiriendo?

—No, no, algo está interfiriendo. Un montón de ruido no deseado. Lo filtraremos, sin embargo. Había planeado trabajar en ello esta tarde.

—La caza del mercurio —dijo Marjorie firmemente.

Conectó la radio, que aulló una cuña publicitaria: ¡Su amor es di-ne-ro, en el nuevo plan de trabajo compartido! Es cierto: una pareja compartiendo un trabajo puede ayudar a...

Renfrew la cortó.

—Por favor, vete un rato fuera de la casa —dijo significativamente.

Pedaleó hacia el Cav con Johnny. Pasaron junto a las granjas ocupadas por los

intrusos y Renfrew hizo una mueca. Había ido a algunas de ellas, intentando encontrar a la pareja que había asustado a Marjorie. Le habían lanzado una hosca mirada y le habían dicho que se largara sin más contemplaciones. El alguacil tampoco había sido de mucha ayuda.

Mientras pasaban junto a las desmoronadas paredes de una granja, Renfrew captó el acre olor de humo de carbón. Alguien allí dentro estaba quemando material de baja calidad prohibido por la ley, pero no había ni la más ligera voluta azul para llamar la atención del alguacil. Aquello era típico. Se gastaban un buen dinero para suprimir la emisión visible, y luego recuperaban rápidamente el costo comprando combustibles barato: Renfrew había oído a gente, por otra parte respetable, alardeando de hacer precisamente esto, como niños dedicándose a algún delicioso vicio que sus padres les habían prohibido. Eran el mismo tipo de personas que arrojaban también sus botellas y latas en grandes montones en los bosques, en vez de preocuparse de que fueran recicladas. A veces pensaba que la única gente que obedecía las reglas era la clase media, cada vez menos numerosa.

En el Cav, Johnny vagabundeó por los oscuros corredores mientras Renfrew reunía algunas notas. Johnny insistió en ir luego hasta el Instituto de Astronomía al otro lado de la calle Madingley. El muchacho había jugado muy a menudo allí, y ahora que estaba cerrado apenas iba. Había enormes agujeros en la Madingley, allá donde los tanques habían tenido que acudir para sofocar los disturbios del 96. Renfrew se metió en uno de ellos y se manchó de barro toda la pernera. Pedalearon junto al largo y bajo edificio administrativo del instituto, con sus ventanales demasiado grandes, el tipo de edificio americano antiguamente popular, en la época de la riqueza petrolífera. Siguieron hasta el edificio principal, una construcción de arenisca color tostado del siglo XIX, con su anticuado domo astronómico en la parte superior de las plantas que albergaban la biblioteca, las oficinas, y los miradores de observación astronómica. Se deslizaron junto al pequeño domo del telescopio de noventa milímetros y luego más allá del cobertizo de reparaciones, donde las ventanas habían sido invadidas por las hierbas. Sus neumáticos escupieron piedrecitas mientras pedaleaban subiendo el largo sendero. Los batientes de color blanco brillante de las ventanas enmarcaban un negro interior. Renfrew daba la vuelta al sendero circular para descender por la suave pendiente hasta Madingley cuando las enormes puertas delanteras se abrieron de golpe. Un hombre de corta estatura miró al exterior. Llevaba un traje formal, con chaleco y corbata de ordenanza, bien anudada. Tendría unos sesenta años, y los estudió a través de unas gafas bifocales.

—Usted no es el alguacil —dijo el hombre, con viva sorpresa.

Renfrew, pensando que aquello resultaba obvio, se detuvo pero no dijo nada.

—¡Señor Frost! —gritó Johnny—. ¿No me recuerda? Frost frunció el ceño, luego su rostro se iluminó.

—Johnny, sí, hace años que no te veía. Venías a nuestras noches de observación tan regularmente como las estrellas.

—Hasta que ustedes dejaron de celebrarlas —acusó el muchacho.

—El instituto cerró —dijo Frost como disculpándose, doblándose por la cintura para situar su rostro al nivel del de Johnny—. No había dinero.

—Usted sigue aquí.

—Sí, es cierto. Pero nos han cortado la electricidad, y no se puede dejar entrar al público a un lugar donde uno puede caerse en la oscuridad.

—Incidentalmente, soy John Renfrew... el padre de Johnny —intervino Renfrew.

—Sí. Creí que era usted el alguacil. Le mandé aviso esta mañana —dijo Frost, señalando hacia la ventana cercana. El batiente estaba roto—. Entraron simplemente de una patada.

—¿Se llevaron algo?

—Un montón de cosas. Intenté conseguir que cambiaran los batientes, cuando pusimos alambre espinoso en el corredor de dentro. Les dije que la biblioteca era una invitación al alcance de cualquiera. ¿Pero iban a hacerme caso a mí, un simple ordenanza? No, por supuesto que no.

—¿Se han llevado el telescopio? —preguntó Johnny.

—No, carece casi por completo de valor. Arramplaron con los libros.

—¿Entonces podré seguir mirando por el telescopio?

—¿Qué libros? —Renfrew no podía llegar a imaginar qué referencias científicas podían tener valor ahora.

—Los ejemplares de colección, por supuesto —dijo Frost, con el orgullo propio de un celador—. Se llevaron una segunda edición de Kepler, una segunda de Copérnico, el original del atlas astrométrico del siglo XVI... en realidad todo. Eran especialistas, eso es lo que eran. Despreciaron los tomos más nuevos. También sabían distinguir las quintas ediciones de las terceras, sin tener que sacarlas de sus fundas protectoras. No es nada fácil, cuando uno trabaja apresuradamente y con una linterna de bolsillo.

Renfrew se sintió impresionado, principalmente porque era la primera vez que oía a alguien utilizar la palabra «tomos» en una conversación.

—¿Por qué iban con prisas?

—Porque sabían que yo iba a volver. Acababa de salir para mi paseo del atardecer, hasta el cementerio de víctimas de la guerra y vuelta.

—¿Vive usted aquí?

—Cuando el instituto cerró no tenía ningún lugar a donde ir —Frost se irguió con dignidad—. Somos varios. Antiguos astrónomos principalmente, rechazados por sus colegas. Viven abajo en el otro edificio... es más caliente en invierno. Estos ladrillos conservan el frío. Se lo diré, hubo un tiempo en el que las universidades se

preocupaban por sus antiguos miembros. Cuando Boyle fundó el instituto, teníamos de todo. Ahora todo ha ido a parar a la basura, junto con el pasado, lo que importa es esta crisis, y...

—Mire, ahí viene el alguacil —señaló Renfrew, observando la distante figura en bicicleta, para cortar el chorro de lamentos académicos. Había oído tantas veces aquellas mismas palabras en los últimos años que habían dejado de causarle ningún efecto, excepto aburrimiento. La llegada del contable, jadeante y cansado, permitió a Frost sacar el único volumen que los ladrones no se habían llevado con ellos, una antigua edición de Kepler. Renfrew estudió por un momento el libro mientras Frost se dirigía hacia el alguacil, exigiendo una alarma general para atrapar a los ladrones, en la carretera si era posible. Las páginas eran secas y quebradizas, y crujían a medida que Renfrew las pasaba. Su prolongado contacto con los nuevos métodos de confeccionar libros le habían hecho olvidar cómo una línea de imprenta podía dejar la huella de su impresión al otro lado de la página, como si la prensa de la historia estuviera detrás de cada palabra. Las gruesas letras eran anchas, y la tinta de un negro profundo. Los amplios márgenes, los preciosos grabados celestes, el peso del volumen en sus manos, todo aquello parecía hablarle de un tiempo en el cual la confección de un libro era un hito en un supuesto camino hacia el porvenir, una presión hacia el futuro.

La multitud de padres tenía un aire festivo, hablando y riendo. Unos cuantos pateaban un balón de fútbol sobre el empedrado gris. Era una excursión, y también una forma de reunir algo de dinero para el renqueante ayuntamiento de Cambridge. Un funcionario había leído de tales búsquedas en las ciudades americanas, y el mes pasado Londres había iniciado una de ellas.

Descendieron a las cloacas, con brillantes linternas eléctricas horadando la oscuridad. Debajo de los laboratorios científicos y los emplazamientos industriales, los pasadizos de piedra eran lo suficientemente grandes como para que un hombre pudiera caminar de pie. Renfrew apretaba la mascarilla de aire contra su rostro, sonriéndole a Johnny a través de la transparente copa moldeada. Las lluvias primaverales habían limpiado el lugar; olía soportablemente. Sus compañeros cazadores se esparcieron ante él, zumbando excitadamente.

El mercurio era ahora un metal raro que valía mil nuevas libras el kilo. En los tiempos de alegre desperdicio a mitad del siglo, el mercurio comercial había sido arrojado despreocupadamente por canales y desagües. Era más barato por aquel entonces tirar el mercurio usado y comprarlo nuevo. Siendo como era el más pesado de los metales, se había ido depositando en los lugares más bajos del sistema de alcantarillado y acumulándose allí. Incluso la recuperación de un solo litro justificaba el esfuerzo.

Muy pronto se abrieron camino por conducciones más estrechas, apartándose de

los demás. Sus linternas despertaban chispeantes reflejos en la alterada piel del agua atrapada en charcos.

—Hey, por aquí, papi —llamó Johnny. La acústica de los túneles daba a cada palabra un punto de resonancia. Renfrew se volvió y de pronto resbaló. Cayó en medio de la espuma de un charco, maldiciendo. Johnny se inclinó. El cono de luz de la linterna captó una quebrada línea de deslustrado mercurio. La bota de Renfrew había tropezado con la intersección de dos tuberías mal unidas. El mercurio brillaba como si estuviera vivo bajo la capa de agua. Lanzaba un cálido y tiznado reflejo, una delgada serpiente atrapada que valía un centenar de guineas.

—¡Un hallazgo! ¡Un hallazgo! —canturreó Johnny. Sorbieron el metal al interior de botellas a presión. Haber descubierto el luminoso metal levantó sus ánimos; Renfrew se echó a reír con impetuoso buen humor. Siguieron caminando, descubriendo cavernas inexploradas y oscuros secretos en los subterráneos, barriendo las curvadas paredes con rayos amarillentos. Johnny descubrió un nicho allá en lo alto, una oquedad en la pared amueblada con un mohoso colchón.

—El hogar de algún vagabundo, supongo —murmuró Renfrew. Encontraron cabos de velas y raídos libros de bolsillo.

—Eh, éste es de 1968, —dijo Johnny. Renfrew tuvo la impresión de que era pornográfico; lo arrojó boca abajo sobre el colchón.

—Deberíamos volver —dijo.

Usando el mapa que les habían dado, encontraron una escalerilla de hierro. Johnny salió el primero, parpadeando a la luz del sol de última hora de la tarde. Hicieron la cola como todos los demás para entregar la plateada sustancia que habían encontrado al Acompañador de la Caza. Siguiendo las teorías al uso, observó Renfrew, los grupos sociales eran ahora acompañados, no conducidos. Renfrew, un poco apartado, observó a Johnny charlar y avanzar arrastrando los pies y seguir todos los rituales de aproximación con otros dos chicos de la cola. Johnny estaba dejando atrás ya la edad en la que los padres influyen profundamente en él. Pronto iba a entrar en el mundo de la competición, con sus reglas inmutables: impresionar a los compañeros; desdeñar a las chicas; establecer su rol a medio camino entre los dominantes y los dominados; fingir una algo grosera pero necesariamente vaga familiaridad con el sexo y el funcionamiento de esos misteriosos órganos, raras veces vistos pero profundamente sentidos. Pronto debería enfrentarse a los devoradores problemas de la adolescencia... cómo desenvolverse con una chica y franquear las llamas que conducen a la edad adulta, evitando las trampas que la sociedad tiende por el camino. O quizá su más bien cínico punto de vista estuviera ya pasado de moda en la actualidad. Quizá la oleada de libertad sexual que había barrido a las generaciones anteriores hubiera hecho las cosas mucho más fáciles. De algún modo, sin embargo, Renfrew sospechaba que no era así. Peor aún, no podía pensar en nada directo que él

podiera esperar hacer sobre el asunto. Quizá confiar que la intuición del propio muchacho fuera el mejor camino. Porque, ¿qué guía podía ofrecerle a Johnny?

«Mira, hijo, recuerda una cosa... no hagas caso de ningún consejo». Podía ver los ojos de Johnny abrirse mucho, y al muchacho replicar: «Pero eso es una tontería, papá. Si hago caso de su consejo, tengo que hacer precisamente lo contrario de lo que tú me digas». Renfrew sonrió. Las paradojas brotaban por todas partes.

Una pequeña banda de estudiantes hizo mucho ruido ante el anuncio del resultado de la caza, varios kilos en total. Los muchachos lanzaron vítores. Un hombre cerca de ellos murmuró:

—Vivimos del pasado.

—Completamente cierto —añadió Renfrew secamente.

Tenía la sensación de que estaban recuperando los conocimientos y las materias del pasado, sin hacer absolutamente nada nuevo. Como el propio país, pensó.

Pedaleando de vuelta a casa en la bicicleta, John quiso pararse y ver el Bluebell Country Club, un nombre insuperablemente adecuado para un edificio de piedra del siglo XVIII cerca del Cam. En él, una cierta señorita Bell había instalado un hotel para gatos, para propietarios que estaban fuera. En una ocasión Marjorie había adoptado a un desagradable gato que Renfrew había alojado finalmente allí de forma permanente, pues no tenía corazón para simplemente arrojarlo al Cam. Las habitaciones de la señorita Bell olían a orina de gato y estaban permanentemente húmedas.

—No tenemos tiempo —le gritó Renfrew a Johnny como respuesta a su pregunta, y pedalearon más allá de la ciudadela de los gatos. A partir de ahí, Johnny pedaleó más lentamente que antes, con rostro inexpresivo. Renfrew lamentó haber sido demasiado brusco. Se dio cuenta de que aquello era algo que cada vez le ocurría con más frecuencia últimamente. Tal vez en parte su ausencia de casa, siempre trabajando en el laboratorio, lo hiciera mucho más sensible a la proximidad de Marjorie y de los chicos. O quizás había un momento en la vida de uno en el que te dabas cuenta de forma imprecisa de que te ibas volviendo cada vez más como tus propios padres, y que tus relaciones no eran totalmente originales. Los genes y el entorno tenían su propio ímpetu.

Renfrew divisó una curiosa nube amarilla ensanchándose sobre el horizonte, y recordó las tardes de verano que él y Johnny habían pasado contemplando a los escultores de nubes trabajar sobre Londres.

—¡Mira ahí! —exclamó, señalando. Johnny dirigió una mirada a la nube amarilla—. Los ángeles se están preparando para hacer pipí —explicó Renfrew—, como solía decir mi padre.

Impulsados por ese fragmento de historia familiar, ambos sonrieron.

Se detuvieron en una panadería en el King's Parade, la Fitzbillies. Johnny se

convirtió en un hambriento escolar inglés cumpliendo valientemente con su deber. Renfrew consiguió obtener dos panes, no más. Una puerta más abajo la pizarra de un agente de prensa proclamaba, escrita con tiza, la terrible noticia de que el suplemento literario del Times había sido eliminado, una noticia que Renfrew consideró tan sólo algo menos interesante que la producción de plátanos en Borneo. Los titulares no daban ningún indicio acerca de si la supresión había sido debida a dificultades financieras o —lo cual le parecía mucho más probable a Renfrew— a la casi total ausencia de libros interesantes.

Johnny entró en tromba en la casa, provocando en respuesta el llanto de su hermana. Renfrew le siguió, sintiéndose un poco cansado por la bicicleta, y extrañamente deprimido. Se sentó en la sala de estar por un momento, intentando por una vez no pensar absolutamente en nada, y fracasando. Media habitación le parecía absolutamente no familiar. Antiguos pisapapeles de cristal, sospechosamente deslucidos, candelabros, rizadas pantallas estampadas con flores, una reproducción de un Gauguin, un cerdo de porcelana china extravagantemente listado en la chimenea, un bajorrelieve con cobre de una dama medieval, un cenicero beige de porcelana china representando un gato con una inscripción poética escrita con florida letra a todo su alrededor. Apenas un centímetro cuadrado que fuera realmente hermoso. Estaba registrando todo aquello cuando le llegó la persistente vocecilla de lo inevitable radio de Marjorie, hablando ahora de Nicaragua. Los americanos estaban intentando obtener de nuevo la aprobación del heterogéneo racimo de gobiernos vecinos para abrir un nuevo canal. Competir con el de Panamá parecía algo extremadamente fácil, teniendo en cuenta que estaba embotellado más de seis meses al año. Renfrew recordaba una entrevista de la BBC acerca precisamente de este tema, en la cual el imbécil de Argentina o de algún otro país parecido había atacado al embajador americano acerca del porqué los americanos eran llamados americanos y los del sur de Estado Unidos no. La lógica fue desarrollándose gradualmente hasta incluir la suposición de que, puesto que los estadounidenses se habían apropiado del nombre de americanos, también podían apropiarse de cualquier nuevo canal. El embajador, poco habituado a las entrevistas por televisión, había respondido con una explicación racional. Hizo notar que ninguna nación sudamericana incluía la palabra «América» en su nombre, y que por lo tanto no podían reclamar nada al respecto. La trivialidad de su punto de vista, frente a la avalancha de energía psíquica del argentino, puso al embajador en lo más profundo de la apreciación general cuando los espectadores empezaron a telefonear dando sus opiniones sobre el tema. Ante lo cual el embajador permaneció en silencio ante la cámara, apenas sonriendo o haciendo muecas, o apretando los puños sobre la mesa ante él. ¿Cómo podía esperar tener algún impacto entre los media?

Se dirigió a la cocina, para encontrar a Marjorie arreglando de nuevo los frascos

de conserva, por lo que parecía ser la tercera vez.

—¿Sabes?, de alguna manera, no parece estar derecha —le dijo, con una distraída irritación. Él se sentó en la mesa de la cocina y se sirvió un poco de café, que, como era de esperar, sabía más bien a pelo de perro. Siempre tenía el mismo sabor últimamente.

—Estoy seguro de que lo está —murmuró. Pero luego la estudió mientras ella disponía los cilindros de pálido ámbar, y por supuesto los estantes parecían un poco torcidos. Los había fijado partiendo de una exacta línea radial que se extendía directamente hasta el centro del planeta, geométricamente impecable y absolutamente racional, pero eso ya no importaba. Su casa se había movido y deformado a medida que habían ido pasando los años. La ciencia se estaba convirtiendo en algo frustrante en estos días. Aquella cocina era la auténtica referencia local, la invariable galileana. Sí. Observando a su esposa cambiar y mezclar los tarros, rigideces prusianas erguidas sobre maderas de pino, vio que ahora eran las estanterías las que estaban inclinadas; las paredes estaban bien.

Peterson se despertó y miró por la ventanilla. El piloto había trazado un círculo para acercarse a San Diego desde el lado del océano. Desde aquella altura era visible la mayor parte de la línea de la costa al norte de Los Ángeles. La ciudad estaba envuelta en su permanente neblina; excepto aquello, el día era claro y brillante. El sol producía destellos en las ventanas de los altos bloques de oficinas. Peterson miró vagamente al mar. Pequeñas líneas de fruncidas olas reptaban imperceptiblemente hacia la orilla. Aquí y allá, mientras el avión descendía, pudo ver las curvas de espuma blanca contra el azul, enormemente distintas del océano que había sobrevolado el día anterior.

Había tomado un vuelo comercial. Desde el aire, la floración de diatomeas del Atlántico había sido horriblemente visible. Ahora se extendía en un diámetro de más de un centenar de kilómetros. Floración era una buena palabra para describir aquello, pensó amargamente. Le había dado la impresión de una flor gigantesca, una camelia escarlata floreciendo a todo lo largo de las playas del Brasil. Los otros pasajeros se habían mostrado excitados por la visión, yendo de una a otra ventanilla para ver mejor, haciendo agitadas preguntas. Era interesante, observó, cómo el rojo, el color de la sangre, despertaba siempre la idea de peligro en la mente humana. Había sido pavoroso mirar abajo y ver aquel quieto océano herido, orlado de espuma rosada.

Su mente se había distanciado de la realidad de allá abajo, convirtiéndola en una surrealista obra de arte. Añadiéndole jaguares púrpura y árboles amarillos, era un Jess Alien. Y peces naranja en el aire Por encima...

¿Cómo era aquel poema de Bottomley? La segunda estrofa, algo acerca de obligar a los pájaros a volar demasiado alto... donde arrastran vuestros innaturales vapores; seguramente las rocas vivientes morirán cuando los pájaros no mantengan la distancia correcta. Versos vulgares del siglo XIX. Cómo se aferraba uno a los jirones de civilización.

Había habido disturbios en Río. La reacción política había sido la habitual, grupos marxistas y descontentos locales impresionados por la floración.

Un helicóptero que estaba aguardándole lo había trasladado desde el aeropuerto a una reunión secreta en un enorme yate anclado mar adentro al norte de la ciudad. El presidente brasileño estaba allí, con todo su gabinete. McKerrow de Washington, y Jean Claude Rollet, un colega de Peterson en el Consejo. Habían conferenciado desde las diez de la mañana hasta última hora de la tarde almorzando allí mismo. Había que tomar medidas para contener la floración, si era posible. Lo crucial era invertir el proceso; se estaban llevando a cabo experimentos en el océano Índico y en tanques controlados al sur de California.

Se había votado el envío de provisiones de emergencia a Brasil, como

compensación por la interrupción de la pesca. El presidente brasileño iba a tener que jugar con el significado de aquello para evitar un pánico general. Todos unidos, una frágil defensa contra el peso del enfermo mar a su alrededor, y así. Cuando se dispersaron, Rollet había ido a informar directamente al Consejo.

Peterson había tenido que moverse rápido para evitar el verse abrumado por la burocracia, las interferencias, los otros trabajos colaterales. Lubricar una crisis como aquélla requería un buen juego de piernas. Estaban las naciones individuales a las que calmar, los intereses propios de Inglaterra que tener en cuenta (aunque esta no era su tarea oficial más importante), y por supuesto los inevitables representantes de los medios de comunicación que no dejaban de meter la nariz por todas partes. Peterson había argumentado con éxito que alguien tenía que mantener un ojo oficial atento a los experimentos de California. Uno no sólo tenía que trabajar en la buena dirección, sino que sobre todo tenía que ser visto haciéndolo. Esto le dio el tiempo que necesitaba. Su auténtico propósito era comprobar los resultados de un pequeño experimento que él mismo había imaginado.

Inmediatamente después de que tocaran el suelo la música enlatada volvió a inundar el avión y los pasajeros empezaron a recoger sus equipajes de mano para salir. Peterson consideraba que ésta era la peor parte de los vuelos comerciales, y lamento de nuevo no haber hecho presión a sir Martin para conseguir disponer de su propio jet ejecutivo en este viaje. Eran caros, antieconómicos, etc., etc., pero condenadamente mejores que ir en esas carretas de ganado con alas. La argumentación estándar, que el transporte privado le permite a uno descansar y ahorrar así valiosas energías ejecutivas, no le había ayudado en una época de restricción de presupuestos.

Abandonó el avión el primero, por la puerta delantera, como estaba previsto. Había una guardia de seguridad agradablemente amplia, con botas de cuero y cascos. Ahora ya estaba acostumbrado a la abierta exhibición de pistolas automáticas.

En el coche había un oficial de protocolo que no dejaba de hablar inconscientemente, pero Peterson se aisló pronto de él y gozó del paisaje. El coche de seguridad tras ellos iba demasiado cerca, observó. No parecía haber signos del reciente «descontento». Unos pocos bloques de edificios incendiados, por supuesto, y un paso inferior por debajo de la autopista en la carretera 405 lleno de agujeros de ráfagas de gran calibre, pero no evidencias de tensión residual. Las calles estaban despejadas y la autopista virtualmente desierta. Desde que los campos petrolíferos mexicanos se habían agotado mucho antes de las notoriamente optimistas previsiones, California había dejado de ser un paraíso de los adoradores del automóvil. Eso, más la presión política de los mexicanos para que se cumplieran las pomposas promesas de desarrollo económico, se había mezclado con el resto del caldo político que estaba hirviendo allí y había conducido a la «inquietud».

Las habituales ceremonias se desarrollaron en un tiempo mínimo. El Instituto Scrips de Oceanografía ofrecía un aspecto curtido por la intemperie pero sólido, baldosas azules y olor a sal y todo eso. El personal estaba ya acostumbrado a ver a altos dignatarios yendo constantemente de un lado para otro. Los chicos de la televisión obtuvieron el metraje que necesitaban —sólo que ahora ya no se llamaba así, se recordó Peterson; el enigmático término «dexers» se había materializado en su lugar—, y se habían marchado. Peterson sonrió, estrechó manos, charló aquí y allá. El paquete con el dossier que Markham había pedido del Caltech apareció, y Peterson se lo guardó en su maletín. Markham necesitaba con urgencia aquel material, dijo que estaba relacionado con el asunto de los taquiones, y Peterson había aceptado utilizar su influencia para sacárselo a los americanos. El trabajo aún no era publicable, una argucia habitual para evitar tener que dar datos al respecto, pero pese a todo habían corrido algunos rumores.

La mañana transcurrió tal como estaba planeada. Una exposición general hecha por un oceanógrafo, diapositivas y esquemas ante una audiencia de veinte personas. Luego, una repetición más franca y mucho más pesimista, ante una audiencia de cinco. Luego Alex Kiefer, el responsable del asunto, en privado.

—¿No desea quitarse la chaqueta? Hoy hace bastante calor. De hecho, es un día estupendo.

Kiefer hablaba rápida, casi nerviosamente, parpadeando al mismo tiempo. Libre de multitudes ahora, parecía poseer un exceso de energía. Caminaba como con prisa, inclinándose hacia delante sobre la punta de sus pies y mirando constantemente a su alrededor, saludando bruscamente a las pocas personas con las que se cruzaban. Condujo a Peterson hasta su oficina.

—Entre, entre —añadió frotándose las manos—. Tome asiento. Déme su chaqueta.

¿No? Sí, la vista es preciosa, ¿verdad? Preciosa.

Aquello último era en respuesta a un comentario que, de hecho, Peterson no había efectuado, aunque automáticamente había cruzado la habitación dirigiéndose hacia las amplias ventanas del rincón, atraído por la resplandeciente extensión del Pacífico allá abajo.

—Sí —dijo ahora, haciendo la esperada observación—. Es una vista magnífica. ¿No le distrae?

La amplia playa de arena fina se extendía hacia La Jolla y luego se curvaba hacia fuera, rota por rocas y caletas, hasta un promontorio rodeado por palmeras. Fuera en el océano, hileras de practicantes de surf en sus trajes de goma mantenían el equilibrio sobre sus tablas como grandes pájaros marinos negros.

Kiefer se echó a reír.

—Cuando descubro que no puedo concentrarme, simplemente me pongo mi traje

de goma y salgo a nadar un poco. Aclara la mente. Intento nadar un poco cada día. De hecho, ni siquiera es necesario el traje de goma estos días. El agua está bastante caliente. Pero esos jóvenes de ahí afuera consideran que está fría. —Señalo hacia los que practicaban el surf, la mayoría de los cuales se hallaba ahora de rodillas preparándose para una ola de buen tamaño—. En los viejos tiempos sí solía estar realmente fría. Antes de que instalaran esas centrales nucleares de muchos megavatios en San Onofre, ya sabe. Bueno, estoy seguro de que lo sabe. Este tipo de cosas entra dentro de su campo, ¿no? Sea como fuera, ha hecho aumentar ligeramente la temperatura del agua, a todo lo largo de esta sección de costa. Interesante. Al parecer esto ha estimulado la vida acuática. Estamos estudiando cuidadosamente los efectos, por supuesto. De hecho, éste es uno de nuestros estudios principales. Si la temperatura aumenta más, puede alterar algunos ciclos, pero por todo lo que sabemos, ha alcanzado ya su máximo. No ha habido ningún incremento en los últimos años.

Los movimientos y la forma de hablar de Kiefer se hicieron menos bruscos cuando empezó a referirse a su trabajo. Peterson calculó que debía estar rozando la cincuentena. Había arrugas alrededor de sus ojos, y su recio pelo griseaba en sus sienes, pero su aspecto era delgado y estaba en buena forma física. Poseía el aire de un asceta, pero su oficina lo traicionaba. Peterson había notado ya, con esa mezcla de envidia y desdén que a menudo sentía en América, las ostentaciones de Kiefer: el mullido pelo de la gruesa moqueta color verde oliva, la suntuosidad del sobre de madera de palisandro de su escritorio, los helechos colgantes rezumando humedad, los cuadros japoneses en las paredes, las revistas de lujo en la mesilla de café con el sobre de cerámica, y por supuesto las enormes ventanas de cristal de color con su vista sobre el Pacífico. Tuvo una momentánea visión del atestado cuchitril que era el despacho de Renfrew en Cambridge. Aparte la vista, sin embargo, Kiefer no exhibía ningún orgullo por lo que le rodeaba, ni siquiera parecía ser consciente de ello. Se sentaron, no junto a su escritorio sino en confortables sillones al lado de la mesita de café. Peterson calculó que ya había habido suficiente maniobra de intimidar-al-visitante, y que ahora era necesario un gesto de indiferencia.

—¿Le importa si fumo? —preguntó, sacando un cigarro y un encendedor de oro.

—Oh... yo... no, por supuesto. —Kiefer pareció momentáneamente turbado—. Sí, sí, puede fumar. —Se levantó y entreabrió ligeramente la gran ventana, luego se dirigió a su escritorio y habló por el intercomunicador—: ¿Carrie? ¿Nos traerá un cenicero, por favor?

—Lo siento —dijo Peterson—. Tengo la impresión de haber violado un tabú. Pensé que fumar era algo que estaba permitido en las oficinas privadas.

—Oh, lo está, lo está —le aseguró Kiefer—. Puede hacerlo tranquilamente. Se trata tan sólo de que yo no fumo, e intento desanimar a los demás a hacerlo. —

Dirigió a Peterson una repentina sonrisa, torcida y desarmante—. Espero que vea usted pronto la luz. De todos modos, le quedaría agradecido si se situara a contraviento con respecto a mí, si me permite expresarlo de este modo. —Peterson juzgó que lo elaborado de la sintaxis de su frase correspondía al habitual intento americano de hablar un inglés que un británico pudiera aceptar como correcto, un efecto que quedaba anulado en cualquier caso por todo lo dicho anteriormente.

La puerta se abrió y la secretaria de Kiefer entró con un cenicero, que depositó delante de Peterson. Peterson le dio las gracias tabulando abstraídamente sus características físicas y concediéndole un buen 8 sobre 10. Se dio cuenta con un cierto placer de que tan sólo su estatus de miembro del Consejo había hecho que Kiefer le permitiera quebrantar la norma de no fumar en su oficina. Kiefer se inclinó sobre el borde de su sillón, mirándole fijamente.

—Bien... dígame cómo encontró usted la situación en Sudamérica. —Se frotó ansiosamente las manos.

Peterson exhaló una larga bocanada de humo.

—Mala. No desesperada todavía, pero muy seria. Brasil se ha convertido en los últimos años en un país dependiente de la pesca gracias a su política corta de miras de tala-y-quema de hace una o dos décadas... y esta floración afecta seriamente a la pesca.

Kiefer se inclinó aún más hacia delante, tan ansioso de detalles como cualquier charlatana ama de casa, y a partir de aquel momento Peterson se puso en automático. Reveló lo que tenía que revelar, y extrajo de Kiefer unos cuantos detalles técnicos que valía la pena recordar. Sabía más biología que física, así que hizo un mejor trabajo que con Renfrew y Markham. Kiefer se centró en la situación financiera —escasez de subvenciones, por supuesto; uno nunca oía otra cosa—, y Peterson lo guió de nuevo a asuntos más prácticos.

—Creemos que toda la cadena alimentaria puede estar amenazada —dijo Kiefer—. El fitoplancton está sucumbiendo a los hidrocarburos clorados... el tipo utilizado en fertilizantes. —Kiefer hojeó los informes—. Específicamente la manodrina.

—¿La manodrina?

—La manodrina es un hidrocarburo clorado utilizando en insecticidas. Ha abierto un nuevo nicho de vida entre las algas microscópicas. Una nueva variedad de diatomeas ha evolucionado. Utiliza una enzima que descompone la manodrina. El sílice de la diatomea excreta también un producto residual que interrumpe la transmisión de los impulsos nerviosos en los animales. Las conexiones dendríticas fallan. Pero supongo que ya habrán hablado de todo esto en la conferencia.

—Casi todo a nivel político, qué pasos deben darse para enfrentarnos a la crisis inmediata y todo eso.

—¿Qué es lo que se va a hacer al respecto?

—Van a intentar desviar recursos de los experimentos del océano índico para contener la floración, pero no sé si funcionará. Todavía no han completado sus pruebas.

Kiefer tamborileó sus dedos sobre los azulejos de la mesita de café. Bruscamente preguntó:

—¿Ha visto usted personalmente la floración?

—Volé sobre ella —respondió Peterson—. Es horrible como el pecado. El color aterra a los pueblos pesqueros.

—Creo que yo también iré a verla —murmuró Kiefer, más para sí mismo que para Peterson. Se puso en pie y empezó a caminar por la habitación—. De todos modos, ¿sabe?, no dejo de tener la sensación de que hay algo más...

—¿Sí?

—Uno de los tipos de mi laboratorio cree que está ocurriendo algo especial allí, como si en cierta forma el proceso pudiera alterarse por sí mismo. —Kiefer agitó una mano como apartando todo aquello—. Pura hipótesis, por supuesto. Le mantendré informado si algo de eso resulta.

—¿Resulta?

—Funciona, quiero decir.

—Oh. Sí, hágalo.

Peterson abandonó el Scrips más tarde de lo que había planeado. Aceptó una invitación a almorzar por parte de Kiefer a fin de mantener las cosas a un nivel amistoso, lo cual siempre era una sabia idea. A un estúpido siempre le resulta más difícil engañarte cuando ha bebido un poco y te ha contado un chiste y ha devorado un guiso en tu compañía, por muy aburrida que haya podido ser su conversación.

El coche de Peterson y su escolta de seguridad lo llevaron al centro de La Jolla para su cita en el San Diego Firs Federal Savings. Era un edificio voluminoso y cuadrado, plantado en medio de un conjunto de aburridas tiendas formando unas galerías comerciales. Pensó en comprar algo como souvenir-de-un-viaje-a-un-país-lejano, algo que había hecho bastante a menudo cuando era más joven, pero desechó la idea después de tres segundos de deliberación. Las tiendas eran del tipo lujoso semiuniversal y, pese a la caída del dólar, la libra aún estaba en peor situación. Todo aquello hubiera tenido de todos modos una importancia relativa si las tiendas hubieran sido interesantes, pero en vez de ello no ofrecían más que baratijas y lámparas adornadas y ceniceros chillones. Hizo una mueca y penetró en la entidad bancaria. El director del banco lo recibió en la misma puerta, impresionado por la visión de la escolta de seguridad. Sí, había sido avisado de la llegada del señor Peterson. Sí, habían buscado en los archivos del banco. Una vez en el interior de la oficina del director, Peterson preguntó bruscamente:

—¿Y bien?

—Oh, señor, fue una sorpresa para nosotros, déjeme decírselo —dijo seriamente el delgado hombrecillo—. Una caja de seguridad depositada hace décadas, con el alquiler pagado por anticipado para mucho tiempo. No es una situación típica.

—Por supuesto que no.

—Yo... ¿Me han dicho que usted no tenía la llave? —El hombre esperaba obviamente que Peterson la tuviera, sin embargo, evitándole así un montón de explicaciones posteriores con sus superiores.

—Correcto, no la tengo. ¿Pero no ha comprobado usted que la caja estaba registrada a mi nombre?

—Sí, lo comprobamos. Pero no comprendo...

—Digamos simplemente que se trata de un asunto de... esto... seguridad nacional.

—Sin embargo, aunque se trate del propietario, sin una llave...

—Seguridad nacional. El tiempo es importante en este asunto. Supongo que me comprende usted. —Peterson le ofreció al hombre su sonrisa más distante.

—Bueno, el subsecretario me explicó parte de ello por teléfono, y he consultado con mi inmediato superior, pero...

—Bueno, entonces permítame decirle que me alegro de que las cosas hayan ido tan rápido. Le felicito por su eficiencia. Siempre es bueno comprobar que queda aún gente eficaz.

—Bueno, nosotros...

—Ahora me gustaría echarle una rápida mirada —dijo Peterson, con un asomo de firmeza en su voz.

—Bueno, esto, sí... Por aquí, por favor...

Se dedicaron a un absurdo ritual de firmas y de hacer constar la hora exacta y de cruzar zumbantes puertas. La enorme bóveda acorazada fue abierta para revelar una resplandeciente pared llena de hileras de cajas. El director rebuscó las llaves apropiadas en el bolsillo de su chaleco. Encontró la caja que buscaban y la sacó de su alojamiento. Hubo un momento de vacilación antes de entregarla.

—Gracias, sí —murmuró educadamente Peterson, y se dirigió directamente a la pequeña habitación adjunta en busca de intimidad.

Había tenido él esta idea, y le gustaba. Si lo que Markham decía era cierto, resultaba posible entrar en contacto con alguien en el pasado y cambiar el presente. Pero la forma exacta en que esta acción afectaría al presente era algo que no estaba claro. Puesto que el pasado visto desde el hoy podía muy bien ser el que Renfrew había creado, de modo que ¿cómo era posible distinguirlo de algún otro pasado que nunca llegó a producirse? La misma forma de considerar el asunto era un error, decía Markham, puesto que una vez pasabas un haz de taquiones entre dos tiempos estos dos tiempos quedaban enlazados para siempre, un lazo cerrado. Pero para Peterson lo

esencial era saber si de hecho este lazo se había producido. En los experimentos idealizados de Markham, con oscilantes interruptores de la luz y palancas yendo hacia delante y hacia atrás entre dos posiciones y todo lo demás, el asunto en su totalidad parecía confuso. De modo que Peterson había propuesto una comprobación. De acuerdo, había que enviar antes que nada los datos preliminares acerca de los océanos y todo eso. Pero al mismo tiempo uno podía pedirle al pasado que dejara constancia de alguna señal, como un mojón en la carretera del tiempo. Un comprobante inconfundible de que las señales habían sido recibidas... eso bastaría para convencer a Peterson de que esas ideas no eran tonterías. Así que dos días antes de abandonar Londres llamó a Renfrew y le dijo que enviara un mensaje científico. Markham tenía una lista de los grupos experimentales que podían recibir concebiblemente un mensaje de taquiones en sus aparatos de resonancia magnética nuclear. Fue enviado un mensaje a cada uno de esos sitios: Nueva York, La Jolla, Moscú. A cada uno de ellos se le pidió que contrataran una caja de seguridad claramente etiquetada a nombre de Peterson con una nota en su interior. Eso debería ser suficiente.

Peterson no podía alcanzar Moscú sin explicarle a sir Martin por qué deseaba ir allí. Nueva York estaba fuera de cuestión temporalmente, debido a los terroristas. Esto dejaba La Jolla.

Peterson sintió que su pulso se aceleraba mientras tomaba la caja de seguridad y soltaba su cierre con un clic. Cuando la tapa de la caja se corrió hacia atrás, vio solamente una hoja de papel doblada en tres. La tomó y alisó cuidadosamente los dobleces. Crujieron debido al tiempo.

#### MENSAJE RECIBIDO LA JOLLA.

Eso era todo. Era suficiente. Instantáneamente Peterson sintió dos emociones conflictivas: exaltación, y una repentina decepción por no haber pedido más. ¿Quién había escrito la nota? ¿Qué más habían recibido? Se dio cuenta desconsoladamente de que había supuesto que el tipo que recibiera la señal obedecería las instrucciones pero al mismo tiempo contaría cómo la había recibido, qué creía que significaba, o al menos quién demonios era él.

Pero no, pensó, sentándose. Aquello era suficiente. Aquello probaba que todo el colosal asunto era cierto. Increíble, pero cierto. Las implicaciones más allá de aquello no quedaban claras, por supuesto... pero al menos existía aquella certeza.

Y, pensó con un asomo de orgullo, había sido él quien había pensado en ello. Por un momento se preguntó si era aquello lo que significaba ser un científico, hacer un descubrimiento, ver el mundo abriéndose ante uno aunque fuera tan sólo por un instante.

Luego el director del banco llamó vacilante a la puerta, el momento mágico se rompió, y Peterson se metió en el bolsillo la amarillenta hoja de papel.

En el Valencia Hotel tomó una suite que dominaba la ensenada. El parque de abajo estaba siendo corroído por las avanzantes olas, como demostraban algunos senderos que terminaban bruscamente en el agua. A todo lo largo de la costa las olas habían ido comiéndose el terreno. Porciones de tierra colgaban por encima de las olas, a punto de desmoronarse. A nadie parecía importarle.

Les dijo a sus hombres de seguridad y al chofer que se tomaran la noche libre. Su presencia lo hacía evidente a los ojos de todo el mundo y ya se había hecho notar lo suficiente por un solo día. Su mente no dejaba de darle vueltas al éxito en el banco. Disipó algo de la energía con treinta saltos en la piscina del hotel, y luego con una infructuosa excursión a las tiendas cercanas al mismo. Las tiendas de ropa eran las que más le interesaban, pero no eran el tipo de tienda que se contentaba simplemente con mostrar sus artículos y esperar a que llegaran los clientes, sino que reproducía en sus escaparates escenas de casas solariegas inglesas o de castillos franceses. Aún había dinero allí, aunque la mayor parte de él parecía estar siendo mal empleado. La gente era limpia y alegre y llena de salud. Al menos en Inglaterra la prosperidad traía consigo un status aparte de los demás; aquí no garantizaba nada, ni siquiera el buen gusto.

Las aceras estaban llenas de gente de edad, que se mostraba más bien ruda si uno no se apartaba a su paso. Los hombres jóvenes, sin embargo, eran alegres y atléticos. Las mujeres le interesaban más: cuidadosamente elegantes, inmaculadamente maquilladas. Había, sin embargo, una cierta blandura en todos ellos, un indefinible sello de próspera neutralidad. Parte de él envidiaba su vida. Sabía que esta gente que caminaba tan confiadamente por Girard estaba asediada por tantas restricciones como los ingleses —en California del Sur había una gran cantidad de limitaciones sobre inmigración, adquisiciones inmobiliarias, uso del agua, cambio de empleo, automóviles, todo—, pero parecía libre. Tampoco se apreciaba allí mucho el cansancio del mundo que los europeos identificaban a menudo con la madurez. Siempre había echado en falta también una cierta complejidad en las mujeres. Aquí parecían todas intercambiables, sus rostros cuidadosamente acicalados y abiertos. El sexo con ellas era sano, competente y franco. Si uno les hacía proposiciones, nunca se mostraban sorprendidas o ultrajadas. Su no significaba no y su sí significaba sí. Echaba a faltar el desafío de que el no significara quizás, el elegante juego de la seducción. Esos americanos no sabían jugar; eran enérgicos y hábiles pero jamás elusivos o secretos o sutiles. Preferían las preguntas directas, y ofrecían respuestas directas. Les gustaba conducir el juego.

En este punto de sus meditaciones, se detuvo frente a una tienda de vinos, y decidió ver si podía conseguir algunas cajas de buen vino californiano que hacerse enviar a Inglaterra. Uno nunca sabía cuándo volvería a presentarse la ocasión.

Estaba aguardando a Kiefer en el bar cuando el pensamiento le golpeó. ¿Qué

hubiera ocurrido si en vez de llamarle por teléfono simplemente le hubiera enviado una carta a Renfrew, indicándole dentro el mensaje que tenía que transmitir? Visto el funcionamiento del correo en estos días, probablemente aún no la hubiera recibido, independientemente de cómo hubiera reaccionado a ella. En ese caso, después de conseguir hoy aquel papel amarillento, hubiera podido telefonearle y decirle que no enviara el mensaje. ¿Qué hubiera hecho Markham con aquello? Terminó su ginebra y entonces recordó el asunto de los lazos. Sí, el esquema que acababa de imaginar lo hubiera conducido todo a un estadio indeterminado. Esa era la respuesta. ¿Pero qué tipo de respuesta era ésta?

—Malditas calles —se quejó Kiefer—. Cada vez se parecen más a los barrios bajos. —Giró bruscamente el volante ante una curva cerrada. Los neumáticos chirriaron.

Para Peterson, este cambio de tema fue un alivio. Kiefer había estado recitando las virtudes y los beneficios de comer verduras frescas que le llegaban aproximadamente a la velocidad de la luz desde «el valle», una misteriosa región parecida al cuerno de la abundancia y que no necesitaba otro nombre.

Para animar aquel nuevo tema de discusión, Peterson aventuró tentativamente:

—Todo esto me parece más bien próspero.

—Sí, bueno, por supuesto, uno no ve nada si se limita a las avenidas. Pero cada vez resulta más duro mantener los estándares. Mire a su alrededor aquí, por ejemplo. ¿No nota nada?

Estaban ahora en la parte alta de las colinas, siguiendo estrechas carreteras sinuosas que dejaban ver atisbos del océano entre ranchos españoles y castillos franceses en miniatura.

—¿Ve como todas las casas están rodeadas de muros? Cuando vinimos aquí por primera vez, oh, hará casi veinte años, estaban todas abiertas. Grandes vistas desde todas las casas. Ahora ni siquiera puede usted llamar a su vecino sin salir a la calle y pulsar unos cuantos botones y hablar por un intercomunicador. ¡Y se lo aseguro, debería ver usted los dispositivos antirrobo! Componentes electrónicos que valen por un centenar de perros pastores alemanes. Con baterías para que sigan funcionando también cuando se producen los cortes de corriente.

—¿El índice de criminalidad es alto, entonces? —preguntó Peterson.

—Terrible. Inmigrantes ilegales, demasiada gente, demasiados pocos trabajos. Todo el mundo cree que tiene derecho a una vida de lujo, o al menos de confort, así que experimentan una gran frustración y resentimiento cuando los sueños se derrumban a su alrededor. Peterson empezó a replantear sus esquemas. Debía conseguir algo de tiempo para buscar el mejor sistema electrónico de seguridad que pudiera. Estúpido de él, no haber pensado en aquello antes. Ese tipo de cosas eran aquellas en las que los americanos siempre habían sobresalido. Tenía que buscar un

buen sistema, adaptable y sólido. Si era posible, se lo llevaría él personalmente en el avión. De nuevo lamentó no disponer de un jet privado.

—La ciudad se está convirtiendo en una sucesión de enclaves fortificados —prosiguió Kiefer—. Los de los viejos principalmente.

Peterson asintió mientras Kiefer citaba estadísticas relativas a California, que era superada únicamente por Florida en el porcentaje de gente vieja. Desde el derrumbamiento del sistema de la Seguridad Social, el lobby del Movimiento de la Tercera Edad había estado presionando cada vez más para conseguir privilegios especiales, exención de impuestos y favores extra. Peterson estaba seguro de saber más de demografía que Kiefer; el Consejo había conseguido un informe a escala mundial hacía dos años, que incluía algunas proyecciones confidenciales. El alcanzar el crecimiento cero de población había dejado a Estados Unidos y a Europa con una gran máxima en la curva de población que en estos momentos estaba alcanzando la edad de la jubilación. Todos ellos esperaban recibir sus cheques mensuales, que tenían que salir de las filas cada vez más reducidas de la gente joven a través de los impuestos. Esto conducía a un «síndrome de obligación». Los viejos sentían que habían estado pagando fuertes impuestos durante todas sus vidas y luego habían sido echados a un lado antes de que pudieran conseguir ganar los enormes salarios que ahora estaban cobrando los ejecutivos más jóvenes. Había una «obligación», argumentaba el Movimiento de la Tercera Edad, y la sociedad tenía que pagar fuera como fuese. Los viejos votaban cada vez más a menudo con los ojos fijos en su propio interés. Y tenían poder. En California, una cabeza de pelo canoso se había convertido en un símbolo de activismo político.

—... no salen durante semanas, con los excelentes sistemas de televideo que se han comprado. No van ni de compras ni al banco, no ven a nadie de menos de sesenta años. Simplemente lo hacen todo en forma electrónica. Están matando la ciudad. El cine más antiguo de La Jolla, el Unicornio, cerró el mes pasado. Es una maldita vergüenza.

Peterson asintió con un atisbo de interés, pensando todavía en reordenar sus esquemas. El coche giró por un empinado camino lateral mientras una puerta se abría ante él. Ascendieron hacia una larga casa blanca. Estilo español bastardo, clasificó silenciosamente Peterson. Cara, pero sin estilo. Kiefer aparcó en el lugar destinado a vehículos, y Peterson observó bicicletas y un coche de juguete. Cristo, niños. Si tenía que compartir la mesa del almuerzo con una bandada de chiquillos americanos...

Pareció como si sus temores amenazaran con verse realizados cuando fueron recibidos en la puerta por dos muchachitos que saltaron sobre Kiefer hablando los dos al mismo tiempo. Kiefer consiguió calmarlos lo suficiente como para presentárselos a Peterson. Entonces ambos chicos centraron su atención en él. El mayor pasó de preliminares y preguntó directamente:

—¿Es usted un científico como mi papi? —El más joven se le quedó mirando sin parpadear trasladando el peso de su cuerpo de uno a otro pie de una forma francamente irritante. De los dos, él era potencialmente el más ruidoso y el que traía más problemas, decidió Peterson. Conocía el tipo del chico mayor: serio, hablador, seguro de sí mismo, y casi indestructible.

—No exactamente —empezó, pero fue interrumpido.

—Mi papi está estudiando las diatomeas en el océano —dijo el muchacho, prescindiendo de Peterson—. Es muy importante. Yo también voy a ser un científico cuando crezca, quizás un astrónomo, y David quiere ser astronauta, pero él sólo tiene cinco años así que realmente no lo sabe. ¿Le gustaría ver el modelo del sistema solar que he hecho para nuestra asignación de ciencias?

—No, no, Bill —respondió Kiefer apresuradamente—. Sé que es muy bueno, pero el señor Peterson no desea ser molestado ahora. Vamos a ir a tomar una copa y a hablar de cosas de mayores. —Abrió camino hacia la sala de estar, seguido por Peterson y los dos chicos. Kiefer era del tipo de padres que se referían todavía a «hablar de cosas de mayores», pensó fríamente Peterson.

—Yo también puedo hablar de cosas de mayores —dijo Bill, indignado.

—Sí, sí, por supuesto que puedes. Lo que quiero decir es que vamos a hablar de cosas que no te interesarán. ¿Qué quiere beber, Peterson? Puedo ofrecerle un whisky con soda, vino, tequila...

—¿Cómo sabes que no van a interesarme? Hay montones de cosas que me interesan —insistió el muchacho, antes de que Peterson pudiera responder.

La situación fue salvada por una voz suave pero firme llamando desde otra habitación:

—¡Chicos! ¡Venid aquí inmediatamente, por favor! —Los dos muchachos se esfumaron sin discusión. Peterson se guardó para futuro uso la réplica mordaz que había estado a punto de lanzarle al chico.

—He visto que tiene usted algo de Pernod aquí. ¿Puedo pedirle un Pernod con tequila y unas gotas de limón, por favor?

—Huau, vaya mezcla. ¿Es buena? No bebo nunca licores fuertes. El hígado, ya sabe. Siéntese, estoy seguro de que tenemos algo de zumo de limón. Mi esposa lo sabrá.

¿Tiene algún nombre esa bebida, o acaba usted de inventarla? —Kiefer estaba actuando de nuevo erráticamente.

—Creo que se llama un macho —dijo Peterson secamente.

Miró a la estancia a su alrededor. Era sencilla y elegante, totalmente blanca excepto unos cuantos muebles orientales. Un exquisito biombo adornaba la pared del fondo. A la derecha de la chimenea había un pergamino japonés, y un búcaro de flores en una hornacina. En el lado opuesto a la chimenea, un gran ventanal

panorámico sin cortinas se abría sobre tejados y copas de árboles hacia el Pacífico. El océano era una sabana negra al lado de las luces que resplandecían por todas partes, costa arriba y costa abajo, hasta tan lejos como Peterson podía ver. Eligió asiento en un sofá blanco, sentándose de lado en un extremo de modo que pudiera ver tanto la habitación como la vista. Pese a unos cuantos montones de revueltos papeles aquí y allá, obviamente pertenecientes a Kiefer, la habitación exudaba una cierta serenidad.

—Espero haber acertado. Cantidades iguales de Pernod y tequila, ¿no es eso? Iré a buscar el zumo de limón. Oh, aquí está mi esposa.

Peterson se volvió hacia la puerta, miró, y volvió a mirar. Se puso lentamente en pie. La esposa de Kiefer le sorprendió. Japonesa, joven, esbelta y muy hermosa. Sin apartar los ojos de ella, intentó apartar de sí sus primeras desorientadas impresiones. Rozando la treintena, decidió, lo cual explicaba el que Kiefer tuviera unos hijos tan pequeños. Un segundo matrimonio de él, sin duda. Iba vestida con unos Levis blancos y una blusa de cuello alto blanca hecha de algún material sedoso. Nada debajo, observó con aprobación. Su cabello caía liso y en cascada casi hasta su cintura, tan negro que parecía tener reflejos azulados. Pero eran sus ojos los que cautivaron su atención. Viéndola así vestida toda de blanco en aquella débilmente iluminada habitación blanca, tuvo la extraña sensación de que su cabeza avanzaba flotando lentamente por sí misma. Hizo una pausa en el umbral, no buscando deliberadamente un efecto, pensó Peterson, pese a que su aparición fue espectacular. Se sintió incapaz de moverse hasta que lo hizo ella. Kiefer avanzó nerviosamente.

—Mitsuoko, querida, pasa, pasa. Quiero que conozcas a nuestro invitado, Ian Peterson. Peterson, ésta es mi esposa, Mitsuoko. —Miró ansiosamente de uno a otro, como un chiquillo llevando un premio a casa.

Ella penetró en la habitación, avanzando con una fluida gracia que encantó a Peterson. Tendió la mano hacia él: fría y suave.

—Hola —dijo. Por primera vez, Peterson tuvo la sensación de que podía utilizar el saludo estándar americano «Encantado de conocerle» con sinceridad.

—¿Cómo se encuentra? —murmuró él, entrecerrando ligeramente los ojos para comunicar lo que le faltaba a su saludo formal. Ella simplemente curvó con circunspección las comisuras de sus labios ante su no expresado mensaje. Sus miradas se mantuvieron la una en la otra tan sólo lo que dictaban los convencionalismos. Luego ella retiró su mano de la de él y fue a sentarse en el sofá.

—¿Tenemos zumo de limón, querida? —Kiefer estaba frotándose las manos de nuevo, siguiendo su extraña costumbre—. Y tú, ¿quieres algo para beber?

—Sí a las dos preguntas —respondió ella—. Hay un poco de zumo de limón en la nevera, y quiero un poco de vino blanco. —Se volvió a Peterson con una sonrisa—. No puedo beber mucho. Se me sube directo a la cabeza.

Kiefer abandonó la habitación en busca del zumo de limón.

—¿Cómo están las cosas en Inglaterra, señor Peterson? —preguntó ella, inclinando ligeramente la cabeza—. Por aquí las noticias parecen más bien malas.

—Son malas, aunque mucha gente no se da cuenta todavía de hasta qué punto —respondió él—. ¿Conoce usted Inglaterra?

—Estuve allí durante un año, hace ya tiempo. Me gusta mucho Inglaterra.

—Oh. ¿Estuvo trabajando allí?

—Cumplí un período de posdoctorado en el Imperial College en Londres. Soy matemática. Ahora doy clases en la Universidad de California. —Sonreía mientras le observaba, esperando una reacción de sorpresa. Peterson no la mostró—. Puedo ver que esperaba usted algo así como un título de filosofía.

—Oh, no, nada tan convencional —dijo él suavemente, devolviéndole la sonrisa. Pensaba en los filósofos como en gente que pasa grandes períodos de tiempo meditando sobre cuestiones no más profundas que: «Si no existe Dios, ¿entonces quién me pasará el próximo kleenex?» Estaba a punto de formar esto en un epigrama cuando Kiefer volvió a la habitación con un vaso de vino y una botella pequeña.

—Aquí está tu vino, amor. Y un poco de zumo de limón —esto a Peterson—. ¿Cuánto, sólo unas gotas?

—Eso es suficiente, gracias.

Kiefer se sentó y se volvió a Peterson.

—¿Le ha dicho Mitsuoko que pasó un año en la Universidad de Londres? Mi esposa es una brillante mujer. Obtuvo el doctorado a los veinticinco años. Brillante, y hermosa también. Soy un hombre afortunado. —La miró orgullosamente.

—Alex, no hagas eso. —Las palabras eran cortantes, pero su sonrisa afectuosa mellaba su filo. Se alzó desaprobadoramente de hombros hacia Peterson—. Es embarazoso. Alex siempre está alabándome ante sus amigos.

—Puedo comprender el porqué. —Bajo su suave sonrisa exterior, Peterson estaba calculando. Disponía tan sólo de una noche. ¿Era aquél un matrimonio abierto? ¿Cuan directo aceptaría ella un avance? ¿Cómo enfocar el asunto con Kiefer allí?—. Su esposo me ha dicho que las cosas también están bastante mal aquí, aunque no parecen así a los ojos de un visitante.

¿Qué significaba su sonrisa? Era casi como si estuvieran compartiendo un secreto.

¿Estaba ella leyendo sus pensamientos? ¿Estaba simplemente flirteando? ¿O podía ser —el pensamiento llameó de pronto en su mente— que estuviera nerviosa? Evidentemente, estaba mandándole señales.

—Existe una incapacidad psicológica de abandonar los estándares de lujo —estaba diciendo Kiefer—. La gente no va a abandonar un estilo de vida que cree que es, esto, exclusivamente americano.

—¿Ésa es una frase de moda? —preguntó Peterson—. La he visto empleada en

un par de revistas que leí en el avión.

Kiefer concedió a aquella hipótesis su más preocupado fruncimiento de ceño.

—Hum, «¿exclusivamente americano?». Sí, supongo que lo es. Leí un editorial acerca de algo parecido esta semana. Oh, discúlpeme, voy a echarles un vistazo a los chicos.

Kiefer abandonó la habitación en un ansioso estilo terrier. Al cabo de un momento Peterson pudo oírle hablar suave pero firmemente con los chicos en algún lugar por el vestíbulo. Lo interrumpían regularmente con sus voces de tenor de chico-brillante-que-sabe-que-es-brillante. Peterson dio un sorbo a su bebida y reflexionó acerca de lo juicioso de efectuar mayores avances con Mitsuoko. Kiefer era un eslabón en la cadena de información de Peterson, la parte más esencial de la maquinaria de trabajo de un ejecutivo. Aquello era por supuesto California, notoriamente California, y la fecha era muy posterior al siglo XIX, pero uno nunca podía estar seguro de cómo reaccionaría un marido ante esas cosas, sin importar lo que dijera la teoría acerca de tales asuntos. Pero más allá de esos cálculos estaba el hecho de que el hombre lo irritaba con su fanatismo acerca de las comidas sanas y el no fumar y la poco dignificante devoción hacia aquellos decididamente desagradables chicos.

Bien, se suponía que los ejecutivos eran capaces de efectuar rápidas e incisivas decisiones, ¿correcto? Correcto.

Se volvió hacia Mitsuoko, buscando la mejor manera de utilizar aquellos momentos a solas. Ella estaba mirando por el ventanal, que seguramente se sabía de memoria desde hacía mucho tiempo.

Antes de que él pudiera efectuar ningún avance, ella preguntó, sin mirarle:

—¿Dónde se hospeda usted, señor Peterson?

—En el Valencia. Y mi nombre es Ian.

—Oh, sí. Hay una hermosa porción de playa allí, al sur de la ensenada. A menudo voy a dar un paseo por allí al anochecer. —Le miró directamente—. Alrededor de las diez.

—Entiendo —dijo Peterson. Sintió que el pulso latía fuertemente en su cuello. Fue el único signo exterior de excitación. Por Dios, había sido ella. Había establecido una cita con él casi en las narices de su esposo. Cristo, vaya mujer.

Kiefer regresó a la habitación.

—Hay una creciente crisis por aquí —dijo.

Peterson sintió un estallido de risa que transformó hábilmente en una tos.

—Creo que tiene razón —consiguió decir. No se atrevió a mirar a Mitsuoko.

En el largo vuelo por encima del polo Peterson tuvo tiempo de hojear el dossier del Caltech. Se sentía relajado y agradablemente bien dispuesto, con la sensación de tranquilidad que uno obtiene cuando sabe que ha hecho absolutamente todo lo que se

esperaba de él en el campo de la pasión. Nada de lamentos, ése era el juego; como si no hubiera ocurrido nada. Llegar a la tumba con tal seguridad tenía que ser al menos algo reconfortante.

Mitsuoko había hecho honor a todas sus promesas subliminales del principio. Se había marchado al cabo de tres horas, presumiblemente con un buen pretexto, o quizá mejor aún, el acuerdo tácito de «no preguntas» por parte de Kiefer. Un buen remate para un viaje que se había presentado más bien aburrido.

El dossier del Caltech era algo distinto. Había algunos informes internos sombríamente detallados, todo un amasijo de palabras y de símbolos matemáticos. Markham podría desentrañarlos, si quería. Había indicios de que el dossier no había sido recopilado de una forma oficial. Una fotocopia de una carta oficial, inspirada por Peterson, firmada por el Consejo, llevaba una anotación garabateada abajo: Que se vayan al diablo... no les dejemos meterse en nuestros asuntos. Evidentemente el autor de la nota la habría borrado antes de dar a conocer su contenido. La explicación era obvia. El gobierno americano disponía de gente muy efectiva en seguridad interna. Antes de traficar cartas con el Caltech, habían fotocopiado clandestinamente todo lo que habían podido encontrar. Peterson suspiró. Un método poco recomendable, pero ahí también no era problema suyo.

La única porción inteligible del dossier era una carta personal, presumiblemente incluida a causa de algunas palabras clave.

Querido Jeff:

No me va a ser posible ir por Pascua; hay demasiado que hacer aquí en Caltech. Las últimas semanas han sido terriblemente excitantes. Estoy trabajando con un par de personas más y realmente no deseamos interrumpir nuestros cálculos, ni siquiera para unas vacaciones en Baja. Lo lamento realmente, porque ya estaba anticipando el momento de encontrarme de nuevo con vosotros dos (¡ya sabes lo que quiero decir!). Echaré a faltar los cactus llenos de púas y también ese delicioso calor seco. Lo siento, quizá la próxima vez, Dile a Linda que la llamaré para charlar un rato con ella dentro de unos días si consigo encontrar un poco de tiempo. ¿Hay alguna posibilidad de que vosotros vengáis aquí, aunque sólo sea por un día (o mejor aún, una noche)?

Después de romper una promesa como ésta supongo que debería deciros qué es lo que me ata aquí. Probablemente un biólogo marino como tú no pensarás que vale la pena preocuparse mucho por esto —la cosmología no tiene demasiada importancia en un mundo de enzimas y soluciones titradas y todo eso, supongo—, pero para aquellos que trabajamos en teoría gravitatoria parece como si hubiera una auténtica revolución a la vuelta de la esquina. O quizás haya llegado ya.

Está relacionado con un problema que durante mucho tiempo ha estado llevando de cabeza a los astrofísicos. Si existe una cierta cantidad de materia en el universo, entonces es que posee una geometría cerrada... lo cual significa que finalmente dejará de expandirse y empezará a contraerse, bajo la acción de la atracción gravitatoria. De modo que la gente que trabaja en nuestra misma dirección lleva algún tiempo preguntándose si existe suficiente materia en nuestro universo como para cerrar su geometría. Hasta ahora, las mediciones directas de la materia en nuestro universo no han permitido llegar a ninguna conclusión.

Simplemente contar las estrellas luminosas en el universo proporciona una muy pequeña cantidad de materia, no suficiente para cerrar el espacio-tiempo. Pero hay indudablemente un montón de masa que no podemos ver, tal como el polvo, las estrellas muertas y los agujeros negros.

Estamos completamente seguros de que la mayor parte de las galaxias posee grandes agujeros negros en sus centros. Eso representa suficiente materia no observable como para cerrar nuestro universo. Lo más nuevo que tenemos son los recientes datos acerca de cómo están reagrupadas las galaxias distintas. Esas aglomeraciones a escala galáctica significan que hay amplias fluctuaciones en la densidad de la materia por todo nuestro universo. Si las galaxias se arraciman en algún lugar de nuestro universo, y su densidad llega a ser lo suficientemente alta, su geometría espaciotemporal local se cerrará sobre sí misma, de la misma forma que puede cerrarse nuestro universo.

Ahora poseemos las pruebas suficientes como para creer en la vieja idea de Tommy Gold... que existen partes de nuestro universo que poseen suficientes galaxias arracimadas como para formar su propia geometría cerrada. No deben ofrecerse a nuestra vista de una forma muy evidente... apenas pequeñas zonas con una débil luz rojiza brotando de ellas. El rojo procede de la materia que sigue cayendo aún a esos aglutinamientos. Lo más impresionante aquí es que esas fluctuaciones locales de densidad califican esos lugares como universos independientes. El tiempo de formación de un universo independiente no tiene ninguna relación con su tamaño. Se presenta como la raíz cuadrada de  $Gn$ , donde  $G$  es la constante gravitatoria y  $n$  la densidad de la región que se está contrayendo. De modo que no tiene nada que ver con el tamaño del miniuniverso. Un universo pequeño se cerrará tan rápido como uno grande. Eso significa que todos los universos de distintos tamaños andan por ahí desde hace aproximadamente el mismo «tiempo». (Definir exactamente lo que es el tiempo en este problema te empujaría a la bebida si no eres matemático... y si lo eres quizá también).

Lo más importante aquí es que pueden existir universos cerrados en el

interior del nuestro. De hecho, sería una notable coincidencia el que nuestro universo fuera el más grande de todos. Puede que seamos únicamente un pequeño montoncito de materia en el interior del universo de alguien. ¿Recuerdas la vieja película, de dibujos en la que un pececillo era tragado por otro ligeramente mayor que él, y éste a su vez por otro mayor, y así ad infinitum? Bien, puede que nosotros seamos uno de esos peces.

Estas últimas semanas he estado trabajando en el problema de conseguir información acerca de esos universos que hay dentro del nuestro. Evidentemente, la luz no puede trasladarse de un universo al siguiente. Como tampoco puede la materia. Eso es lo que significa una geometría cerrada. La única posibilidad es algún tipo de partícula que no esté sometida a las limitaciones establecidas por la teoría de Einstein. Hay varias cantidades que reúnen esas condiciones, pero Thorne (el viejo que está a cargo de todo esto) no desea meterse en aguas tan cenagosas. Demasiado complicado, dice.

Yo creo que los taquiones son la respuesta. Pueden escapar de los «universos» más pequeños dentro del nuestro. De modo que el reciente descubrimiento de los taquiones tiene enormes implicaciones para la cosmología. Es difícil detectar taquiones, de modo que no sabemos mucho acerca de ellos. Nos proporcionan un lazo directo con el espacio-tiempo sellado que hay dentro de nuestro universo, sin embargo, y es por eso por lo que estoy trabajando tan intensamente en el problema. Aquí hay una posibilidad de un descubrimiento de primera clase. Pero es infernalmente difícil proseguir las cosas con la penuria alimentaria y el gran fuego de Los Ángeles. Probablemente nadie va a preocuparse mucho de lo que encontremos, con el mundo en su estado actual. Pero así es la vida académica.

Lamento haberme dejado arrastrar por esto hasta escribirte una carta tan larga, que además probablemente no tiene sentido, pero todo esto es tremendamente excitante para mí, y tiendo a dejarme arrastrar. De todos modos, siento lo de Baja. Espero veros pronto a los dos.

Cariños,  
*CATHY*

Peterson sintió una momentánea punzada de culpabilidad por leer una carta privada. En la actualidad el Consejo utilizaba tales métodos como una rutina más, por supuesto, a fin de neutralizar rápidamente los intereses recalcitrantes que no aceptaban la necesidad de una acción rápida. Sin embargo, él era un caballero, y un caballero no lee el correo de otra persona. Su reluctancia, sin embargo, se vio pronto sumergida bajo el interés de las implicaciones de lo que decía aquella «Cathy». ¿Subuniversos? Increíble. El paisaje del científico estaba alcanzando la irrealidad.

Peterson se reclinó en su asiento y estudió las desérticas extensiones canadienses que se deslizaban bajo el aparato. Sí, quizá fuera eso. Desde hacía décadas la imagen del mundo pintada por los científicos se había vuelto extraña, distante, increíble. En consecuencia, era mucho más fácil ignorarla que intentar comprenderla. Las cosas eran demasiado complicadas. ¿Por qué preocuparse? Mejor conecta la tele, querida. Bien.

## 12 - 3 de diciembre de 1962

Cooper depositó las hojas milimetradas en rojo formando una larga hilera sobre la mesa del laboratorio. Retrocedió unos pasos, balanceándose sobre la punta de sus pies como un corredor preparándose para la salida, y supervisó su trabajo. El zumbido de fondo del laboratorio subrayaba la expectación en el aire.

—Ya está —dijo Cooper lentamente—. Puestas en el orden correcto.

—¿Son nuestros mejores datos? —murmuró Gordon.

—Los mejores que yo pueda conseguir jamás —dijo Cooper, frunciendo el ceño por algo en la voz de Gordon. Se volvió, las manos en las caderas—. Todo consecutivo, además. Tres horas completas.

—Parece perfecto —dijo Gordon con tono conciliador—. Un buen trabajo.

—Sí —admitió Cooper—. Aquí no hay nada divertido. Si hubiera habido resonancia clara aquí, la hubiera visto.

Gordon pasó el dedo a lo largo de la línea verde del gráfico. No había en absoluto resonancias estándar. En el interior de su muestra, enfriada hasta los tres grados absolutos en el burbujeante helio, había núcleos atómicos. Cada uno de ellos era un pequeño imán. Tendía a alinearse a lo largo del campo magnético que Cooper había aplicado a la muestra. El experimento estándar era simple: aplicar un breve impulso electromagnético, que apartaría los imanes nucleares de su campo magnético. Al cabo de un momento, los núcleos volverían a alinearse de nuevo con el campo. Este proceso de relajación nuclear podía decirle al experimentador mucho acerca del entorno en el interior sólido. Era una forma relativamente simple de aprender acerca de la configuración microscópica de la compleja estructura sólida. A Gordon le gustaba el trabajo por su claridad y precisión, además de sus aplicaciones a los transistores o detectores de infrarrojos que a la larga pudiera tener. Aquella rama de la física de estado sólido no poseía la gran espectacularidad de cosas como los quásares o la investigación de partículas de alta energía, pero era clara y poseía la belleza de las cosas sencillas.

Sin embargo, la quebrada línea verde no era ni sencilla ni hermosa. Aquí y allí había fragmentos de lo que hubieran debido obtener: curvas de resonancia nuclear, regulares y significativas. Pero en la mayor parte de los gráficos había repentinas líneas quebradas de estallidos de ruido electrónico, apareciendo bruscamente por un instante, luego desapareciendo con la misma brusquedad.

—Los mismos intervalos —murmuró Gordon.

—Sí —dijo Cooper—. Los de un centímetro... —señaló— y los más cortos, medio centímetro. Infernalmente regulares.

Los dos hombres se miraron, luego volvieron a observar las hojas de papel. Cada uno de ellos había esperado un resultado distinto. Habían efectuado aquellos

experimentos una y otra vez eliminando todas las posibles fuentes de ruido. Los bruscos estallidos no habían desaparecido.

—Es un maldito mensaje —dijo Cooper—. Tiene que serlo. Gordon asintió, la fatiga rezumando por todos sus poros.

—No es posible eludirlo —dijo—. Tenemos horas de señal aquí. No puede ser una coincidencia, no hasta este punto.

—No.

—De acuerdo entonces —dijo Gordon, intentando poner una chispa de optimismo en su voz—. Vamos a decodificar esa maldita cosa.

REDUCCIÓN DEL CONTENIDO DE OXÍGENO HASTA POR DEBAJO DOS PARTES POR MILLÓN DENTRO DE UN RADIO CINCUENTA KILÓMETROS DE LA FUENTE DESPUÉS QUE SE MANIFIESTE FLORACIÓN DE DIATOMEAS AEMRUDYCO PEZQUEASKL POLUCIONANTES MENORES PRESENTES EN DEITRICH POLYXTROPO 174A UNO SIETE CUATRO A SE COMBINA EN CADENA DE LATTICINA CON HERBICIDAS SPRINGFIELD AD45 AD CUATRO CINCO O DU PONT ANALAGAN 58 CINCO OCHO EMITIENDO DESDE EL PUNTO DE REPETIDO USO AGRÍCOLA UTILICEN CUENCA AMAZÓNICA OTROS EMPLAZAMIENTOS OTRAS CADENAS MOLECULARES SINERGISTAS LARGAS POSIBLES EN AMBIENTES TROPICALES COLUMNA DE OXÍGENO SUJETA A EXTENSIÓN DEL ÍNDICE pE.

CONVENCIÓN ALZSNRUD ASMA WSUEXIO 829 CMXDROQ ESTADIO IMPREGNACIÓN VIRUS RESULTANTE EN 3 TRES SEMANAS PLAZO SI DENSIDAD DEL SPRINGFIELD AD45 AD CUATRO CINCO EXCEDE DE 158 UNO CINCO OCHO PARTES POR MILLÓN ENTONCES ENTRA EN RÉGIMEN SIMULACIÓN MOLECULAR EMPIEZA A IMITAR ANFITRIÓN ENTONCES PUEDE CONVERTIR NEUROENVOLTURA DE PLANTACIÓN A SU PROPIA QUÍMICA UTILIZANDO OXÍGENO AMBIENTAL HASTA QUE NIVEL OXÍGENO CAIGA A VALORES FATALES PARA MAYOR PARTE DE LA CADENA ALIMENTARIA SUPERIOR WTESJDKU DE NUEVO AMMA YS ACCIÓN DE LUZ ULTRAVIOLETA DEL SOL SOBRE CADENAS PARECE RETARDAR DIFUSIÓN EN CAPAS SUPERFICIALES DEL OCÉANO PERO CRECIMIENTO PROSIGUE MÁS AL FONDO PESE A FORMACIÓN DE CÉLULAS CONVECTIVAS QUE TIENDEN A MEZCLAR LAS CAPAS EN XMC AHSU URGENTE MADUDLO 374 ÚNICO SEGMENTO AMZLSOUDP ALYN QUE DEBEN DETENER POR ENCIMA SUSTANCIAS MENCIONADAS DE ENTRAR EN LA CADENA DE VIDA DEL OCÉANO AMZSUY RDUCDK POR PROHIBICIÓN SIGUIENTES SUSTANCIAS CALLANAN B471 CUATRO SIETE UNO MESTOFITE SALEN MARINE COMPUESTO ALFA A TRAVÉS DELTA

## YDEMCLW URGENTE YXU REALIZA ANÁLISIS DE TITRACIÓN SOBRE INGREDIENTES METAESTABLES PWMXSJR ALSUDNCH.

Gordon no tuvo oportunidad de pensar en el mensaje hasta la tarde. Su mañana estuvo llena de una clase y luego una reunión del comité de admisión de estudiantes graduados. Eran estudiantes de primera clase y procedían de todas partes... Chicago, Caltech, Berkeley, Columbia, MIT, Cornell, Princeton, Stanford. Las sedes canónicas de la sabiduría. Unos cuantos casos pocos usuales —dos sorprendentes candidatos que venían de Oklahoma y podían ser prometedores, un muchacho tranquilo y muy dotado de la universidad de Long Beach— fueron dejados a un lado para posterior estudio. Resultaba claro que la fama de La Jolla iba extendiéndose rápidamente. En parte era la prolongación del fenómeno Sputnik. El propio Gordon estaba cabalgando en esta oleada, y lo sabía; eran tiempos fecundos para la ciencia. Sin embargo, pensaba en los estudiantes que emprendían el camino de la física. Algunos de ellos parecían de la misma clase que los que iniciaban leyes o medicina... no porque les fascinara la disciplina, sino porque prometía buenos ingresos. Gordon se preguntaba en privado si Cooper estaba motivado también parcialmente por aquello; el hombre mostraba destellos de la antigua llama, pero permanecían ocultos tras una sábana de blanda relajación, un aura de seguridad física. Incluso el mensaje, la auténtica existencia de un mensaje, había impresionado a Cooper como algo ciertamente curioso pero básicamente aceptable, un extraño efecto que pronto podría ser explicado. Gordon no podía decir si aquello era una pose o genuina serenidad; de cualquier modo, era desconcertante. Gordon estaba acostumbrado a un estilo más intenso. Envidiaba a los físicos que habían efectuado grandes descubrimientos cuando fue desarrollada la mecánica cuántica, cuando se escindió por primera vez el núcleo. Los miembros más antiguos del departamento, Eckart y Lieberman, hablaban a veces de esos días. Antes de los años cuarenta, un título de física era una sólida base para una carrera de ingeniería eléctrica, punto. La bomba había cambiado todo aquello. En la avalancha de sofisticadas armas, nuevos campos de estudio, subvenciones cada vez más grandes y horizontes en expansión, todo el mundo descubría de pronto una sed nacional hacia la física. En los años que siguieron a Hiroshima, una historia periodística referida a un físico lo llamaba invariablemente «el brillante físico nuclear», como si no pudiera haber físicos de otra clase. La física engordaba. Pese a lo cual, los físicos seguían estando pobremente pagados; Gordon podía recordar a un profesor de visita en Columbia pidiendo dinero prestado para asistir al «lunch chino» de los viernes que Lee y Yang habían empezado a celebrar. Las comidas tenían lugar en uno de los excelentes restaurantes chinos que rodeaban el campus, y era allí donde se oía hablar generalmente por primera vez de los nuevos resultados. Asistir a ellos era una buena idea si uno deseaba estar al tanto. Así que muchos sableaban a sus compañeros para asistir, y devolvían el dinero durante la

semana siguiente. Tales días le parecían distantes ahora a Gordon, aunque se dio cuenta de que debían estar muy presentes en las mentes de los físicos más viejos. Algunos, como Lakin, mostraban un aire de intranquila espera, como si la burbuja estuviera a punto de estallar. El aturdido público, con el muy corto alcance de su capacidad, podía ser distraído con el cuerno de la ambulancia de estabilizadores traseros en sus coches y casas estilo rancho, y olvidaban todo lo relativo a la ciencia. La sencilla ecuación —ciencia igual a ingeniería igual a artículos de consumo— terminaba desvaneciéndose. La física había pasado más tiempo en el fondo de la curva de la S que la química —la Primera Guerra Mundial se había encargado de ello—, y ahora estaba gozando de la difícil escalada. Tenía que llegar a una meseta. Y luego la curva de la S se inclinaría en la otra dirección.

Gordon pensaba en todo esto mientras se dirigía desde el laboratorio escaleras arriba hacia la oficina de Lakin. Los libros de registro del laboratorio estaban cuidadosamente organizados, y habían comprobado multitud de veces la decodificación del mensaje. Sin embargo, no dejaba de sentir deseos de dar media vuelta y evitar ver a Lakin. Llevaban tan sólo unas cuantas frases después de los saludos preliminares cuando Lakin dijo:

—Realmente, Gordon, había confiado en que a estas alturas habría solucionado usted ya su problema.

—Isaac, éstos son los hechos.

—No. —El compuesto hombre se alzó de detrás de su escritorio y empezó a pasear arriba y abajo—. He estudiado con detalle su experimento. He leído sus notas... Cooper me mostró en qué punto se hallaban.

Gordon frunció el ceño.

—¿Por qué no me las pidió a mí personalmente?

—Estaba usted en clase. Y... le hablaré francamente... deseaba ver las anotaciones de Cooper, escritas por su propia mano.

—¿Por qué?

—Admite usted no haber tomado por sí mismo todos los datos.

—No, por supuesto que no. Él tiene que hacer algo por su tesis.

—Y ya está retrasado, sí. Significativamente retrasado. —Lakin se detuvo e hizo uno de sus característicos movimientos, inclinando ligeramente su cabeza y alzando las cejas mientras miraba a Gordon, como si estuviera observándole por encima del borde de unas inexistentes gafas. Gordon suponía que aquélla era una mirada que pretendía comunicar algo imposible de probar pero obvio, una comprensión sin palabras entre colegas.

—No creo que lo esté falsificando, si es eso lo que usted quiere decir —murmuró con firmeza, manteniendo con un cierto esfuerzo Una voz desprovista de inflexiones.

—¿Cómo podría saberlo?

—Los datos que tomé yo personalmente encajan con la sintaxis del resto del mensaje.

—Eso podría ser un efecto deliberado, algo preparado por el propio Cooper. —Lakin se volvió hacia la ventana, las manos juntas tras su espalda, su voz arrastrando ahora una sombra de vacilación.

—Vamos, Isaac.

Lakin se volvió bruscamente hacia él.

—Muy bien. Dígame, entonces, qué es lo que está ocurriendo —dijo crispadamente.

—Tenemos un efecto, pero no una explicación. Eso es lo que está ocurriendo. Nada más. —Agitó la página de mensaje decodificado en el aire, haciendo que reflejara destellos de la luz que penetraba por las ventanas.

—Entonces estamos de acuerdo —sonrió Lakin—. Un efecto realmente extraño. Algo que hace que el spin nuclear se relaje, bing, así simplemente. Resonancia espontánea.

—Eso son tonterías. —Gordon había pensado que estaban llegando realmente a algo concreto, y ahí estaba de nuevo la vieja canción.

—Es una simple exposición de lo que sabemos.

—¿Cómo explica usted esto? —agitó de nuevo el mensaje.

—No lo hago. —Lakin se alzó elaboradamente de hombros—. Y ni siquiera lo mencionaría, si yo fuera usted.

—Hasta que lo comprendamos...

—No. Lo comprendemos suficientemente. Lo bastante al menos como para hablar en público acerca de resonancia espontánea.

—Lakin empezó a trazar un resumen técnico, acentuando los puntos con sus dedos en un gesto preciso. Gordon podía darse cuenta de que había sonsacado a fondo a Cooper. Lakin sabía cómo presentar los datos, qué enfatizar, cómo unas cuantas cifras sobre un papel podían montar un caso extremadamente convincente. «Resonancia espontánea» podía ser un artículo interesante. No, excitante incluso.

Cuando Lakin hubo terminado, planteando ante sí toda la argumentación científica, Gordon dijo casualmente:

—Una historia verdadera sólo a medias sigue siendo una mentira, y usted lo sabe. Lakin hizo una mueca.

—Gordon, durante mucho tiempo le he seguido la corriente. Durante meses. Ya es hora de admitir la verdad.

—Oh. ¿Sobre qué?

—Sobre que sus técnicas deben ser revisadas.

—¿Cómo?

—No lo sé. —Se alzó de hombros, inclinando la cabeza y alzando sus cejas de

nuevo—. No puedo estar constantemente en el laboratorio.

—Hemos conseguido poner en orden las señales de resonancia.

—De modo que parezcan decir algo. —Lakin sonrió tolerantemente—. Pueden llegar a decir cualquier cosa, Gordon, si usted trastea lo suficiente con ellas. Mire. —Abrió las manos—. ¿Recuerda, en astronomía, al amigo Lowell?

—Sí —dijo Gordon, suspicaz.

—«Descubrió» los canales de Marte. Los vio durante años, décadas. Otras personas informaron haberlos visto también. Lowell tenía su propio observatorio construido en el desierto, era un hombre rico. Tenía excelentes condiciones de observación allí. Tenía tiempo y buenas dotes observadoras. De modo que descubrió pruebas de que existía inteligencia en Marte.

—Sí, pero... —empezó Gordon.

—El único error fue que llegó a una conclusión errónea. La vida inteligente estaba en su lado del telescopio, no en Marte, al otro extremo. Su mente... —Lakin se llevó un índice a su sien— vio una imagen inconcreta e impuso un orden en ella. Su propia inteligencia estaba engañándole.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Gordon agriamente. No podía pensar en un contraargumento. Lakin era mejor que él en esas cosas, sabía más anécdotas, tenía un instinto sutil para la maniobra.

—Propongo que no nos convirtamos nosotros también en unos Lowell.

—Publicar inmediatamente lo de la resonancia espontánea —dijo Gordon, intentando pensar.

—Sí. Tenemos que terminar esta semana nuestra proposición a la FNC. Podemos presentar el material sobre la resonancia espontánea. Puedo redactarlo a partir de las notas, de tal modo que podamos utilizar el mismo manuscrito para un artículo en la Physical Review Letters.

—¿De qué servirá enviarlo a la PRL? —preguntó Gordon, intentando decidir qué significaba su propia reacción.

—En nuestra proposición a la FNC podemos listar el artículo en la página de referencias como «sometido a la PRL». Eso llamará la atención sobre él, indica que el artículo es de primera calidad. De hecho... —frunció los labios, juzgando, mirando por encima de sus imaginarias gafas—, ¿por qué no decir «de próxima aparición en la PRL»? Estoy seguro de que lo aceptarán, y «de próxima aparición» tiene mucho más peso.

—Pero no es cierto.

—Lo será pronto. —Lakin se sentó tras su escritorio y se inclinó hacia delante uniendo las manos—. Y le diré francamente que sin algo interesante, algo nuevo, nuestra subvención va a tener problemas.

Gordon lo miró fijamente durante un largo momento. Lakin se levantó de nuevo y

reanudó sus paseos.

—No, por supuesto, era sólo una idea. Diremos «sometido a», y eso tendrá que ser suficiente. —Circunnavegó la oficina con un paso comedido, pensando. Se detuvo delante de la pizarra, con sus rápidas anotaciones de los datos—. Un efecto realmente extraño, y el crédito de su descubrimiento es... suyo.

—Isaac —dijo Gordon prudentemente—, no voy a abandonar esto.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Lakin, sujetando el brazo de Gordon—. Vaya usted hasta el fondo. Estoy seguro de que el asunto con Cooper se resolverá por sí mismo a su debido tiempo. Deberá arreglar usted la fecha del examen de su candidatura al doctorado, ya sabe.

Gordon asintió ausentemente. Para dedicarse a un programa de investigación exclusivo para una tesis, un estudiante debía someterse a un examen de candidatura oral de dos horas. Cooper iba a necesitar una cierta preparación; tendía a quedarse helado si más de dos miembros de la facultad estaban al alcance de sus oídos, un efecto notablemente común entre los estudiantes.

—Me alegra haber dejado esto bien sentado —murmuró Lakin—. Le mostraré un borrador del artículo para la PRL el lunes. Mientras tanto... —consultó su reloj— el coloquio va a empezar.

Gordon intentó concentrarse en la conferencia del coloquio, pero de alguna forma el hilo argumental se le escapaba constantemente. Sólo a unas hileras de distancia de su asiento, Murray Gell-Mann estaba explicando el esquema de la «vía óctuple» para comprender las partículas básicas de toda la materia. Gordon sabía que tenía que seguir de cerca la discusión, puesto que era una cuestión realmente fundamental. Los especialistas en teoría de partículas decían ya que Gell-Mann debería recibir el premio Nobel por su trabajo. Frunció el ceño y se inclinó hacia delante en su asiento, mirando fijamente las ecuaciones de Gell-Mann. Alguien entre el público hizo una pregunta escéptica, y Gell-Mann se volvió, siempre educado e imperturbable, para responderla. La audiencia siguió el intercambio verbal con interés. Gordon recordó su último año en Columbia, cuando empezó a asistir por primera vez a los coloquios del departamento de física. Había observado un cierto ritual en aquellas reuniones semanales, uno del que nunca había oído hablar. Cualquiera podía formular una pregunta y cuando lo hacía, toda la atención del público se centraba en él. Si había un intercambio verbal entre conferenciante e interrogador, mejor aún. Y un interrogador que atrapaba al conferenciante en un error era recompensado con asentimientos de cabeza de aquellos que lo rodeaban. Todo aquello estaba claro, y estaba doblemente claro que nadie del público se había preparado para los coloquios, nadie estudiaba para asistir a ellos.

El tema del coloquio era anunciado con una semana de anticipación. Gordon empezó entonces a leer sobre los temas y a tomar algunas notas. Revisaba los

artículos del conferenciante, poniendo especial atención en la parte de las conclusiones, donde los autores normalmente especulan un poco, lanzan alguna que otra idea atrevida, y ocasionalmente aprovechan para lanzar dardos a sus competidores. Luego leía también los artículos de esos competidores. Generalmente, esto daba origen a algunas buenas preguntas. Ocasionalmente, alguna de esas preguntas, inocentemente formulada, podía clavarse en las ideas del conferenciante como si fuera un puñal. Eso creaba un murmullo de interés en la audiencia, y miradas interrogativas hacia Gordon. Incluso una pregunta vulgar, bien planteada, creaba la impresión de una comprensión profunda. Gordon empezó haciendo sus preguntas desde la parte de atrás. Al cabo de algunas semanas empezó a avanzar. Los principales profesores del departamento siempre ocupaban las sillas de las primeras filas, y pronto estuvo sentado a tan sólo dos filas de distancia de ellos. Empezaron a volverse en sus asientos para observar mientras él formulaba una pregunta. Al cabo de algunas otras pocas semanas estaba en la segunda fila. Los profesores empezaron a saludarle mientras ocupaban sus asientos antes de que empezara el coloquio. Por Navidad Gordon era conocido por la mayor parte del departamento. Al principio había experimentado un cierto sentimiento de culpabilidad por todo aquello pero, al fin y al cabo, él no hacía nada excepto mostrar un permanente y sistemático interés. Si esto lo beneficiaba, mucho mejor. Por aquel entonces se había convertido en un apasionado de la física y de las matemáticas, más interesado en observar a un conferenciante extraer un conejo analítico de un sombrero de altas matemáticas que en asistir a un espectáculo de Broadway. En una ocasión pasó toda una semana intentando desarrollar el último teorema de Fermat, saltándose conferencias para realizar su trabajo. Allá por los alrededores del año 1650, Pierre de Fermat había anotado la ecuación  $x^n + y^n = z^n$  en el margen de su ejemplar de la Aritmética de Diofante. Fermat escribió que si  $x$ ,  $y$ ,  $z$  y  $n$  eran números enteros positivos, entonces no había solución a la ecuación si  $n$  era mayor que dos. «La prueba es demasiado larga para escribirla en este margen», había anotado Fermat. En los trescientos años desde entonces, nadie había sido capaz de probar aquello. ¿Estaba fanfarroneando Fermat? Quizá no existiera ninguna prueba. Cualquiera que pudiera mostrar la salida con una demostración matemática sería famoso. Gordon batalló con el rompecabezas y luego, dándose cuenta de que aquello perjudicaba su trabajo en las clases, lo dejó correr. Pero se prometió a sí mismo que algún día volvería a él.

El Último Teorema poseía una extrema belleza matemática, pero no era eso lo que le había atraído. Le gustaba resolver problemas, simplemente por el hecho de que estaban allí. La mayoría de los científicos lo hacían; eran jugadores precoces de ajedrez, y gozaban resolviendo rompecabezas. Eso, y la ambición, eran los dos rasgos que los auténticos científicos tenían en común, al menos bajo su punto de vista. Gordon meditó durante un momento en lo distintos que eran él y Lakin, pese a sus

intereses científicos comunes... y entonces, repentinamente, se envaró en su silla. Las cabezas que lo rodeaban se volvieron ante su brusco movimiento. Gordon repasó mentalmente su conversación con Lakin, recordando cómo sus palabras acerca del mensaje habían sido limpiamente desviadas, primero con una acusación hacia Cooper, luego con la historia de Lowell, seguida por el aparente dilema de Lakin sobre el asunto de «a publicar en la PRL». Lakin había conseguido el artículo que quería, con Gordon y Cooper como coautores, y Gordon no tenía más que la transcripción de su mensaje.

Gell-Mann estaba describiendo, a su manera, una detallada pirámide de partículas ordenadas según masa, spin y diversos números cuánticos. Todo aquello carecía de significado para Gordon. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta —siempre se ponía una chaqueta para los coloquios, si no una corbata—, y extrajo el mensaje. Se lo quedó mirando por un momento y luego se puso en pie. El público que asistía a la conferencia de Gell-Mann era grande, el mayor lleno de todo el año. Todos parecieron quedárselo mirando mientras se abría camino a través del bosque de rodillas hasta el pasillo. Salió del coloquio tambaleándose ligeramente, con el papel del mensaje arrugado en su mano. Muchos ojos le siguieron hasta que desapareció por una de las puertas laterales.

—¿Tiene sentido? —preguntó Gordon con voz tensa al hombre de pelo canoso que estaba al otro lado del escritorio.

—Bueno, sí, más o menos.

—¿Las referencias químicas son correctas?

Michael Ramsey alzó las manos, las palmas hacia arriba.

—Seguro, hasta tanto puedo seguirlas. Esos nombres industriales... Springfield AD45, Du Pon Analagan 58... no significan nada para mí. Quizá todavía estén en período de desarrollo.

—Lo que dice acerca del océano, y todas esas materias reaccionando juntas... Ramsey se alzó de hombros.

—¿Quién sabe? Somos como niños perdidos en un bosque en lo referente a las cadenas moleculares largas. El hecho de que podamos fabricar impermeables de plástico no quiere decir que seamos magos.

—Mira, he venido aquí a química para encontrar algo de ayuda con el fin de comprender este mensaje. ¿Quién puede saber más al respecto?

Ramsey se echó hacia atrás en su sillón detrás del escritorio, parpadeando sin darse cuenta mientras miraba a Gordon, intentando captar la situación. Tras un momento, dijo con suavidad:

—¿Dónde obtuviste esta información?

Gordon se agitó intranquilo en su silla.

—Yo... mira, no querría que esto saliera de aquí.

—Oh, por supuesto, por supuesto.

—He estado recibiendo algunas... señales extrañas... en uno de mis experimentos. Señales donde no debería haber ninguna. Ramsey parpadeó de nuevo.

—Oh.

—Mira, ya sé que todo este asunto no está demasiado claro. Sólo son fragmentos de frases.

—Eso es lo que esperabas, ¿no?

—¿Esperaba? ¿De que?

—Un mensaje interceptado, captado por una de nuestras estaciones de escucha en Turquía. —Ramsey sonrió con un toque de regocijo, frunciendo su piel en torno a sus azules ojos de tal modo que sus pecas parecieron juntarse.

Gordon se llevó una mano al cuello de su camisa, abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Oh, vamos —dijo Ramsey, alegremente ahora que había penetrado en una historia obviamente secreta—. Sé lo que son todas estas cosas de la Inteligencia. Hay montones de tipos que trabajan en ello. El gobierno no puede conseguir la suficiente gente cualificada para tratar con todo esto, así que acuden a asesores.

—No estoy trabajando para el gobierno. Quiero decir, aparte la FNC.

—Por supuesto, no estoy diciendo que lo hagas. Está ese grupo de trabajo que tiene el Departamento de Defensa, ¿cómo lo llaman? Sí, Jason. Hay un montón de chicos brillantes allí, Hal Lewis ahí en Santa Bárbara, Rosenbluth aquí. Gente aguda.

¿Colaboraste en algo en ese trabajo de la reentrada de los misiles balísticos intercontinentales para el Departamento de Defensa?

—No podría decirlo —respondió Gordon con deliberada suavidad. Lo cual era exactamente la verdad, pensó.

—¡Ja! Buena frase. No podría decirlo. ¿Qué es lo que dijo el mayor Daley? «Lavarse no es lo mismo que tomar un baño». No te pediré que me reveles tus fuentes.

Gordon se dio cuenta de que estaba tirando de nuevo del cuello de su camisa, y descubrió que el botón estaba a punto de saltar. En sus días en Nueva York su madre había tenido que coserle uno cada semana o así. Más tarde la frecuencia había descendido, pero últimamente...

—Estoy sorprendido de que los soviéticos estén hablando acerca de este tipo de cosa, sin embargo —murmuró Ramsey, pensando para sí mismo. El fruncimiento alrededor de sus ojos se había relajado, y volvió a deslizarse dentro del molde del químico orgánico experimental ponderando un problema—. No han ido muy lejos en esa dirección. De hecho, en el último congreso en Moscú al que asistí, hubiera podido jurar que iban por detrás de nosotros. Van a dar un impulso bastante grande al empleo de fertilizantes en su próximo plan quinquenal. Pero nada de esta complejidad.

—¿Por qué los nombres de marcas americanas e inglesas? —dijo Gordon resueltamente, inclinándose hacia delante en su silla—. Dupont y Springfield, Y esto... «emitiendo desde el punto de repetido uso agrícola utilicen cuenca amazónica otros emplazamientos», y así.

—Sí —aceptó Ramsey—. Parece curioso. No supones que tenga nada que ver con Cuba, ¿verdad? Ése es el único lugar por donde andan revoloteando los rusos en Sudamérica.

—Hummm. —Gordon frunció el ceño, agitando la cabeza para sí mismo. Ramsey estudió el rostro de Gordon.

—Oh, quizás esto tenga sentido. ¿Algún tipo de acción lateral de Castro en el Amazonas? ¿Un poco de ayuda disimulada a los desheredados, para hacer las guerrillas más populares? Puede tener sentido.

—Parece un poco complicado, ¿no? Quiero decir, todas las otras partes acerca de la neuroenvoltura del plancton y lo demás.

—Sí, no comprendo eso. Quizá ni siquiera forme parte de la misma transmisión. —Alzó la vista—. ¿No puedes conseguir una transcripción mejor que ésta? Esos radioescuchas...

—Me temo que es lo mejor que puedo conseguir. Tú ya comprendes —añadió significativamente. Ramsey se mordió los labios y asintió.

—Si el Departamento de Defensa está tan interesado en conseguir este tipo de información... Fascinante, ¿no? Debe haber realmente algo en ella.

Gordon se alzó de hombros. No se atrevía a decir nada más. Aquél era un juego delicado, dejar que Ramsey se adentrara en una explicación de capa y espada, sin decirle realmente nada que no fueran completas mentiras. Había acudido al departamento de química preparado para explicarlo todo, pero ahora se daba cuenta de que eso no hubiera conducido a ninguna parte. Mejor seguir el juego de esta manera.

—Me gusta —dijo Ramsey con tono decidido. Dio una fuerte palmada a un montón de hojas de examen sobre su escritorio—. Me gusta mucho. Un maldito y curioso rompecabezas, y el Departamento de Defensa interesado en él. Ha de haber algo ahí.

¿Crees que Podremos obtener algunos fondos?

Aquello tomó a Gordon por sorpresa.

—Bueno, no sé... no había pensado... Ramsey asintió de nuevo.

—Correcto, entiendo. El Departamento de Defensa no va a soltar dinero sobre cualquier idea alocada que encuentre por ahí. Ellos desean algo más concreto.

—Algo sobre lo que apoyarse.

—Aja. Algunos datos preliminares. Algo que despierte el interés para proseguir con ello. —Hizo una pausa, como si estuviera revisando mentalmente posibilidades

—. Tengo alguna idea acerca de como podemos empezar. Pero no puedo ponerme de lleno a ello inmediatamente, lo comprendes. Tengo un montón de otros trabajos en curso en este momento. —Se relajó, se reclinó en su sillón giratorio, sonrió—. Envíame una fotocopia de esto, y déjame madurarlo un poco, ¿eh? Me gusta un rompecabezas como éste. Pone un poco de salsa picante a las cosas. Te agradezco que hayas venido aquí, y que me permitas entrar en ello.

—Y yo me alegro de que tú estés interesado —murmuró Gordon. Su sonrisa era ligeramente amarga y distante.

## 13 - 14 de enero de 1963

Se abrió camino a lo largo de la calle Pearl, apretando los frenos a cada momento cada vez que las luces de frenada de los coches de delante se encendían premonitoriamente. El tráfico se iba haciendo más intenso casi cada día. Gordon sintió por primera vez irritación hacia los demás, gente que iba de un lado para otro, invadiendo el paisaje, llenando su porción de paraíso, empujándole. Parecía sin sentido, ahora que él ya se había instalado, desarrollar aún más aquella zona. Sonrió débilmente cuando se le ocurrió el pensamiento de que se había unido a la legión de los genuinamente trasplantados; California estaba ahora aquí, los otros venían de allá. Nueva York era más una idea distinta que un lugar distinto.

Penny no estaba en el bungalow. Él le había dicho que volvería tarde debido a un cóctel de reclutamiento en casa de Lakin, y había esperado a medias que ella hubiera dejado preparada una cena ligera. Fue arriba y abajo por el apartamento, preguntándose qué hacer a continuación, sintiéndose nervioso y con el estómago vacío después de tres vasos de vino blanco. Encontró una lata de cacahuets y los fue masticando. Los papeles de Penny de su clase de composición estaban cuidadosamente apilados sobre la mesa del comedor, como si se hubiera tenido que ir aprisa, sin tiempo para guardarlos, Frunció el ceño; aquello no era propio de ella. Los papeles estaban cubiertos con su clara y rizada letra, etiquetando párrafos con «tibio» o «discutible», letras de imprenta gritando «FRAGSEM» o simplemente «AG»... falta de concordancia entre sujeto y predicado, le había explicado ella, no un grito de angustia. En la cabecera del ensayo de un estudiante sobre Kafka y Cristo ella había escrito:

«¿King Kong murió por nuestros pecados?» Gordon se preguntó qué significaba aquello.

Decidió salir y comprar vino y un poco de comida. Evidentemente no iba a aguardar en el apartamento a que llegara ella. En camino a la puerta observó un talego de lona apoyado contra el mullido sillón donde acostumbraba sentarse. Tiró de la cuerda que le ataba hasta que su boca se abrió. Dentro había ropas de hombre. Frunció el ceño.

Lleno de una curiosa energía discordante, se demoró un momento aparcando el Chevy y luego caminó la media manzana que lo separaba de la playa de Wind'n Sea. Grandes y encrespadas olas golpeaban contra los lisos dedos de roca que se extendían hacia el océano. Se preguntó cuánto tiempo podrían resistir aquellas rocas el constante golpeteo de las olas, resonando en grandes asaltos sobre ellas. Hacia el sur unos cuantos muchachos, morenos como indios por el sol, haraganeaban en torno a la pequeña caseta de la estación municipal de bombeo de agua. Estudiaban los saltos mortales de las olas con un lánguido estupor, algunos de ellos fumando cortos

cigarrillos. Gordon nunca había sido capaz de sacarles más de tres palabras juntas, no importaba lo que les preguntara. Inescrutables nativos, pensó, y se alejó. Volviendo a su coche a lo largo de Nautilus pasó por debajo de los pinos de Torrey que habían roto la acera, quebrando el asfalto con sus raíces y formando como un helado oleaje.

Condujo a lo largo de un camino sinuoso de estrechas calles laterales cerca del océano. Pequeñas casas, como de muñecas, se apiñaban las unas junto a las otras. Muchas de ellas estaban llenas de adornos superfluos, volutas y capiteles y ostentosas e inútiles cúpulas. Allí delante, una celosía apenas se distinguía entre un enorme macizo de begonias. Las rosaledas trepaban por los emparrillados de bambú. Filamentos de todos los estilos arquitectónicos parecían haber salpicado desde arriba a todas las casas y colgar en ellas, goteando. Las calles eran rectas y estaban silenciosas, reglamentando el balbucear de culturas y pasados que habían quedado varados en aquella ciudad de bolsillo. La Jolla era un lugar donde todo era de una forma distinta a Nueva York, con una extraña y expectante energía. A Gordon le gustaba. Tomó un desvío hasta el 6005 del Camino de la Costa, movido por un impulso. Aquél era un santuario menor, el lugar donde había vivido y trabajado Raymond Chandler en los años cuarenta y cincuenta, una casa con un patio enlosado un desordenado jardín de rocas que ascendía por la colina en la parte de atrás. Había leído todas las novelas de Chandler inmediatamente después de haber visto a Bogart en *El sueño eterno* por primera vez; Penny había dicho que era una de las mejores maneras de descubrir lo que era California.

Compró algo de comida en Albertson y una caja de vinos blancos variados en una tienda de licores cerca de Wall Street. El parquet del suelo de la tienda parecía haber retenido todo el seco calor del día. Un corpulento y bronceado hombre observó el botón que le faltaba a la camisa de Gordon con un distante regocijo mientras éste guardaba las botellas. Al salir de la tienda, Gordon vio a Lakin apeándose de un Austin-Healey calle abajo. Se volvió rápidamente y caminó hacia Prospect; a la débil luz del crepúsculo, probablemente Lakin no le había visto. El artículo sobre la resonancia espontánea había sido publicado sin problemas en la *Physical Review Letters*, como Lakin había predicho. Todo el incidente le parecía ahora terminado a Lakin, pero Gordon aún sentía la intranquilidad de un hombre que va extendiendo cheques sabiendo que su cuenta está en descubierto. Colocó las tintineantes botellas en el portamaletas del Chevy, y luego se dirigió al Valencia Hotel. No había luces chillonas de anuncios luminosos en La Jolla, ni fábricas, ni billares, ni chimeneas, ni cementerios, ni estaciones de ferrocarril, ni restaurantes baratos para ensuciar el ambiente. El Valencia se anunciaba con un cartel más bien modesto. En el porche dos mujeres de mediana edad estaban jugando a la canasta mientras charlaban animadamente. Llevaban elaborados trajes estampados de cintura ceñida, pesados collares metálicos, y sus manos exhibían al menos tres anillos cada una. Los dos

hombres que jugaban con ellas parecían más viejos y cansados. Probablemente agotados de firmar cheques, pensó Gordon, y pasó junto a ellos en dirección al vestíbulo. El bar del hotel zumbaba de conversaciones. Se abrió camino entre sillones de roten hacia la parte de atrás del vestíbulo; le gustaba la vista de la ensenada que había desde allí. Ellen Browning Scrips había visto lo que los devoradores de terrenos le estaban haciendo a la ciudad, y había conseguido reservar una zona de verdor en torno a la ensenada, de modo que otras personas además de los ricos pudieran contemplar el perezoso juego de las olas. Mientras Gordon miraba, se encendieron las luces, haciendo que las blancas paredes de las inquietas aguas surgieran de entre la oscuridad del mar, mordisqueando la tierra firme. Las escasas expediciones de Gordon en el Pacífico habían partido de las playas en forma de media luna de abajo. Mar adentro había una roca donde uno podía permanecer en pie y eludir el movimiento incesante de las olas. Era resbaladiza, pero le gustaba pararse allí y contemplar desde aquel lugar la tierra firme, salpicada de efímeras manchas de estuco y madera y cal, como si pudiera juzgar su fragilidad desde aquella inamovible perspectiva. Chandler había dicho que era una ciudad llena de gente vieja acompañada de sus padres, pero por alguna razón nunca había mencionado el mar y las despiadadas y estrepitosas rompientes que puntuaban los largos e irregulares parlamentos de las olas, siempre retorciéndose contra la orilla. Era como si alguna fuerza ignorada avanzara desde el horizonte, todo el camino desde Asia, para terminar disgregándose en aquel acogedor rincón americano. Débiles rompientes intentaban amortiguar el efecto, pero Gordon no podía comprender cómo podían resistir el embate. El tiempo terminaría venciénolas; tenía que hacerlo.

Cuando regresó cruzando el vestíbulo, el murmullo del bar era un vaso más fuerte que antes. Una rubia le lanzó una mirada apreciativa y luego, dándose cuenta de que no había posibilidades, convirtió de nuevo su rostro en cemento y prosiguió con la lectura de su ejemplar del Life. Se detuvo en un estanco en Girard y compró un libro de bolsillo por treinta y cinco centavos, y salió de la tienda hojeando el libro debajo de su nariz; siempre le había encantado el olor dulzón a tabaco de pipa que desprendían las hojas.

Abrió la puerta de su bungalow con su llave. Había un hombre sentado en su sillón, echándose bourbon en un vaso para agua.

—Oh, Gordon —dijo Penny con voz animada, levantándose de su silla al lado del desconocido—. Este es Clifford Brock.

El hombre se levantó también. Llevaba unos pantalones caqui y una camisa de lana marrón con bolsillos con botones. Iba descalzo, y Gordon pudo ver un par de zoris tiradas al lado del talego de lona junto al sillón. Clifford Brock era alto y grueso, con una sonrisa indolente que hizo que sus ojos se fruncieran mientras decía:

—Gusto de conocerte. Guapa la casa que tenéis aquí.

Gordon murmuró un saludo.

—Cliff es un viejo amigo mío del instituto —dijo Penny alegremente—. Es el que me llevó aquella vez a Stockton para las carreras.

—Oh —dijo Gordon, como si aquello lo explicara todo.

—¿Un poco de Old Granddad? —Cliff ofreció la botella abierta sobre la mesita de café, exhibiendo aún su eterna sonrisa.

—No, no, gracias. Precisamente acabo de ir a comprar un poco de vino.

—Yo también traje un poco —dijo Cliff. Tornó un garrafón de debajo de la mesita de café.

—Lo acompañé a comprar algo de beber —indicó Penny. Su frente estaba ligeramente cubierta de sudor. Gordon miró el garrafón. Era un tinto Boosside, un vino que ellos utilizaban normalmente para cocinar.

—Voy a buscar el resto en el coche —dijo, para rechazar el ofrecimiento de Cliff. Salió al fresco atardecer y regresó con las otras botellas, metiendo algunas en un armario y el resto en la nevera. Descorchó una, aunque no estaba lo suficientemente fría, y se sirvió un vaso. En la sala de estar, Penny abrió una bolsa de patatas fritas y una lata de cacao mientras escuchaba la arrastrada voz de Cliff.

—Estuviste hasta tarde en la fiesta de Lakin, ¿eh? —dijo Penny, mientras Gordon se instalaba en su mecedora bostoniana.

—No, simplemente me entretuve comprando algunas cosas. Vino. El cóctel no fue más que otra ocasión para que la gente se felicitara entre sí y se dieran palmadas en la espalda. —La imagen de Roger Isaac o de Herb York palmeándole la espalda a un venerable filósofo como Shriners que había decidido echar una cana al aire era algo que no encajaba, pero Gordon lo dejó correr.

—¿De quién se trataba? —preguntó Penny, mostrando el debido interés—. ¿A quién reclutaban?

—Un crítico marxista, dijo alguien. No dejaba de murmurar cosas, aunque no pude entender demasiado. Algo acerca de capitalismo reprimiéndonos y no dejándonos liberar nuestras auténticas energías creativas.

—Las universidades son verdaderos especialistas contratando a rojos —dijo Cliff, parpadeando como un búho.

—Creo que se trata más bien de un comunista teórico —temporizó Gordon, aunque sin excesivos deseos de defender al argumento.

—¿Quieres decir que vais a contratarlo? —preguntó Penny, deseando obviamente llevar ella la conversación.

—Yo no tengo ni voz ni voto. Quien decide es la gente de ciencias humanas. Todo el mundo se mostró muy respetuoso, sin embargo, excepto Feher. Este tipo estaba diciendo que, bajo el capitalismo, el hombre explota al hombre. Feher le clavó un dedo y dijo, aja, y bajo el comunismo, es al revés. Eso desencadenó muchas risas. A

Popkin no le gustó, sin embargo.

—No necesitamos a ningún rojo para enseñarnos nada que no podamos aprender en Laos —dijo Cliff.

—¿Qué dijo acerca de Cuba? —insistió Penny.

—¿La crisis de los misiles? Nada.

—Hum —dijo Penny, triunfante—. ¿Qué es lo que ha escrito el tipo ese, entonces?

—Había un pequeño montón de sus publicaciones. Una de ellas era *El hombre unidimensional*, y...

—Marcuse —dijo Penny secamente—. Era Marcuse.

—¿Quién es ése? —murmuró Cliff, echándose algo de Brookside en otro vaso.

—No es un mal pensador —admitió Penny con un alzarse de hombros—. Leí ese libro. El...

—Se aprende más sobre los rojos en Laos —dijo Cliff, alzando el garrafón de vino para poder echarlo apoyándolo sobre su hombro—. ¿Os lo lleno? —invitó, mirando los vasos.

—A mí no, gracias —dijo Gordon, colocando la palma de su mano sobre su vaso, como si pensara que Cliff iba a echarle de todos modos—. ¿Has estado en Laos?

—Seguro. —Cliff bebió con fruición—. Sé que aquello no tiene nada que ver con lo que vosotros hacéis aquí... —hizo un gesto con su vaso, agitando su oscuro contenido— pero es algo malditamente mejor que esto, os lo aseguro.

—¿Qué hacías allí?

El otro miró inexpresivamente a Gordon.

—Fuerzas especiales.

Gordon asintió silenciosamente, un poco inquieto. La universidad le había permitido prorrogar su servicio militar por estudios.

—¿Cómo son allí las cosas? —preguntó sin convicción.

—Pura mierda.

—¿Qué piensan los militares acerca de las bases de misiles en Cuba? —preguntó seriamente Penny.

—El viejo Jack se ganó su dinero esa semana. —Cliff dio un largo sorbo al vino.

—Cliff acaba de ser licenciado —le dijo Penny a Gordon.

—Aja —dijo Cliff—. Liberado definitivamente. Me trajeron en avión hasta El Toro. Sabía que Penny estaba cerca de ahí por algún lado, así que llamé a su viejo y él me dio su dirección. Vine hasta aquí en autobús. —Agitó una mano en el aire poniéndose repentinamente serio—. Quiero decir que todo está bien, hombre. Soy solamente un viejo amigo. Nada de lo que preocuparse. ¿No es así, Penny?

Ella asintió.

—Cliff me llevó a la fiesta de promoción del último curso.

—Aja, y ella estaba huau. La llevé en mi T-bird con su traje de tarde rosa. — Bruscamente empezó a cantar *Cuando baile de nuevo el vals contigo*, con una temblorosa voz de falsete—. Muchacho, vaya mierda. Teresa Brewer.

—Yo odiaba todo eso —dijo Gordon agriamente—. Todo ese esnobismo de la escuela superior.

—Apuesto a que sí —dijo Cliff llanamente—. ¿Eres de la costa Este?

—Sí.

—¿Marlon Brando, *La ley del silencio*, todo eso? Muchacho, aquello es un lío.

—No es tan malo —murmuró Gordon. De alguna forma, Cliff había dado con una precisa similitud. Gordon había criado también palomas en la azotea de su casa durante un cierto tiempo, como Brando, y los sábados, cuando no tenía ninguna cita, lo cual era bastante a menudo, subía a hablar con ellas. Al cabo de un tiempo se había convencido a sí mismo de que las citas de los sábados por la noche no tenían por qué ser el centro de la vida de los adolescentes, y luego, un poco más tarde, se había desembarazado de las palomas. Eran muy sucias, de todos modos.

Gordon se disculpó y fue a buscar más vino. Cuando regresó con un vaso para Penny, los dos estaban recordando viejos tiempos. El estilo de la Ivy League; los coches trucados; la Ted Mack Variety Hour; la irritante réplica «Es asunto mío saber y tuyo descubrir»; los helados de Seatest; Ozzie y Harriet; Papá sabe más; el pelo en cola de caballo; los alumnos de la clase superior repintando la torre de aguas en una sola noche; las chicas que hacían globos de chicle en clase y se marchaban embarazadas, al tercer año; Mi pequeña Margie; la mierdecilla del presidente de la clase superior; los trajes de tarde sin tirantes a los que había que pasarles alambres para que se aguantaran en su sitio; los zapatos baratos; los alfileres para la ropa; Eloise, que arruinaba su miriñaque cayéndose a la piscina en todas las fiestas; ser admitidos en los bares sin que a uno le preguntaran su edad; las chicas con faldas tan ajustadas que tenían que ponerse de lado para subir al autobús; el incendio en el laboratorio de química; los pantalones sin cinturón; y todo un desfile de otras cosas que Gordon había odiado en su tiempo mientras se sumergía en sus libros y trazaba sus planes para Columbia, y hacia las que no veía ninguna razón por la que sentirse nostálgico ahora. Penny y Cliff las recordaban también como cosas estúpidas y superficiales, pero con una nostalgia y un cierto orgullo que Gordon no podía comprender.

—Esto suena como una reunión de club de campo. —Dio a su voz un tono alegre, pero no pudo evitar que Cliff captara su desaprobación.

—Sólo estamos divirtiéndonos, hombre, Antes, ya sabes, de que se nos caiga el techo encima.

—Me parece que las cosas andan bien.

—Oh, bueno, pues no. Vete a dar una vuelta por ahí, con el culo lleno de barro, y

te darás cuenta. Los chinos están mordisqueándonos por todos lados. Cuba ocupa los titulares de los periódicos, pero donde están pasando realmente las cosas es ahí abajo.

—Terminó su vino, se sirvió otro vaso.

—Entiendo —dijo Gordon, muy rígido.

—Cliff —dijo Penny alegremente—, cuéntale la historia del conejo muerto en la clase de la señora Hoskins. Gordon, Cliff tomó...

—Mira, hombre —dijo Cliff lentamente, escrutando a Gordon como si fuera corto de vista y agitando erráticamente un dedo en el aire—, tú no...

Sonó el teléfono.

Gordon se levantó agradecido y fue a contestar. Cliff empezó a murmurar algo a Penny en voz baja mientras Gordon abandonaba la habitación, pero no pudo oír lo que decía.

Apoyó el receptor en su oído y, entre la estática, oyó la voz de su madre:

—¿Gordon? ¿Eres tú?

—Oh, sí. —Miró hacia la sala de estar y bajó la voz—. ¿Dónde estás?

—En casa, en la Segunda Avenida. ¿Dónde debería estar?

—Bueno... sólo me preguntaba...

—¿Si estaba de vuelta en California, para verte? —dijo su madre, con una irritante perspicacia.

—No, no. —Hizo una pausa de una fracción de segundo acerca de si llamarla mamá, no sintiendo de pronto el menor deseo de hacerlo, con el fuerzas especiales Cliff pudiendo oírlo—. Estás equivocada, no pensaba en eso en absoluto.

—¿Está ella contigo? —La voz gorjeó, ascendiendo y descendiendo, como si la conexión estuviera fallando.

—Por supuesto. Por supuesto que está aquí. ¿Qué es lo que esperabas?

—Quién sabe qué esperar en estos días, hijo mío. Cada vez que ella lo llamaba «hijo mío», sabía que se estaba preparando un sermón.

—No deberías haberte ido de aquel modo. Sin una palabra.

—Lo sé, lo sé. —Su voz se debilitó de nuevo—. Mi prima Hazel dijo que cometí un error haciéndolo.

—Teníamos cosas que hacer, lugares donde habíamos planeado llevarte —mintió él.

—Estaba tan... —no pudo terminar la frase.

—Hubiéramos podido hablar de... cosas. Ya sabes.

—Lo haremos. No me siento demasiado bien ahora, pero espero poder ir de nuevo dentro de poco.

—¿No te sientes demasiado bien? ¿Qué quieres decir, mamá, con no demasiado bien?

—Un poco de pleuresía, no es nada. He tenido que gastarme bastante dinero en

un doctor y algunas pruebas. Pero ahora todo está bien.

—Oh, estupendo. Pero cuídate.

—No es peor que esa inflamación de garganta que tuviste tú, ¿recuerdas? Conozco estas cosas, Gordon. Tu hermana vino a cenar anoche, y estuvimos recordando como...

—Y siguió con su habitual tono de voz, relatando los acontecimientos de la semana, incluyendo el retorno al hogar de la hermana pródiga, la sopa de col y el kugel y el flanken y la lengua con la famosa salsa de uva húngara, todo ello para una cena. Y después, ellas dos yendo al «teatro», a ver el Lutero de Osborne (¡una crítica tan grande acerca de tantas cosas!). Nunca había permitido que su padre y ella fueran a la ciudad a gastarse su buen dinero tan difícilmente ganado en esas cosas, pero ahora el proceso de reclamar a sus hijos justificaba tales pequeños lujos. Él sonrió afectuosamente, escuchando el fluir de las palabras de otra vida más vieja a cinco mil kilómetros de distancia, y se preguntó si Philip Roth habría oído hablar de Laos.

En su cabeza se formaba la imagen de ella al otro lado de la larga línea de cobre, su mano al principio aferrada con los nudillos blancos al auricular. A medida que su voz se iba suavizando pudo sentir relajarse aquella mano, los nudillos recuperar parte de su color. Se sentía bien cuando finalizó la llamada. Colgó el pesado auricular negro en su horquilla de la pared, y sólo entonces reconoció el ahogado jadear de unos sollozos contenidos procedentes de la sala de estar.

Penny estaba sentada en el diván al lado de Cliff, abrazándole, mientras él sollozaba por entre sus manos unidas sobre su rostro.

—No, tú no entiendes... Estábamos cruzando ese arrozal, siguiendo a una banda del Pathet Lao desde el Vietnam hasta donde sabíamos que estaban operando, por los alrededores de la Llanura de los Choques. Estábamos con ese pelotón de asnos del ejército regular vietnamita, yo y Bernie... Bernie, el de nuestra clase, Penny... y aquellos cerdos empezaron a disparar directamente contra nosotros, y la cabeza de Bernie se sacudió hacia atrás... cayó sentado en el barro y su casco cayó entre sus manos, y él quiso tocarse el rostro, y empezó a coger algo que había dentro de su casco, y entonces cayó de lado. Yo estaba inmediatamente detrás de él con el fuego de aquellos cerdos cayéndonos directamente encima. Me arrastré hacia él, y el agua tenía un color rosado a todo su alrededor, y fue entonces cuando lo supe. Miré en el casco y lo que él había estado intentando coger era parte de su cráneo, con el cuero cabelludo aún pegado a él, el tiro había destrozado su mandíbula pero había seguido su camino hasta el cerebro. —Cliff estaba hablando ahora más claramente, lanzando enormes suspiros mientras sus palabras brotaban vacilantes, y clavaba sus ojos en las palmas de sus manos. Penny lo mantenía abrazado y murmuraba algo. Pasó un brazo por encima de sus anchos hombros y le besó en la mejilla con un gesto vago y resignado. Gordon comprendió, con una repentina y crispante conmoción, que ella se

había acostado con él en algún momento allá en aquellos dorados años escolares. Había una vieja intimidad entre ellos.

Cliff alzó la vista y vio a Gordon. Se envaró ligeramente y luego agitó la cabeza, murmurando algo incorrecto. Suspiró.

—Entonces empezó la maldita lluvia —dijo con voz clara, como si decidiera seguir hasta el final y contar el resto sin importarle quién estuviera allí escuchando—. No podían enviarnos helicópteros. Esos cagones de pilotos vietnamitas no se atrevían a acudir bajo fuego. Estábamos atrapados en aquella pequeña tumba de bambú donde nos habíamos refugiado. El Pathet Eao y los congs nos habían rodeado en aquel agujero. Yo y Bernie éramos asesores, no se suponía que diéramos órdenes, nos habían puesto en aquel pelotón porque no se suponía que pudiéramos entrar en contacto con el enemigo. Todo el mundo pensaba que, con la estación de las lluvias encima, el enemigo iba a replegarse.

Agarró el garrafón de Brookside y se echó otro vaso. Penny permanecía sentada a su lado, las manos dobladas tímidamente sobre su regazo, los ojos húmedos. Gordon se dio cuenta de que él estaba de pie envarado, a medio camino entre la cocina y la sala de estar, los brazos rígidos. Se obligó a sí mismo a sentarse en la mecedora bostoniana.

Cliff bebió la mitad de su vaso y se frotó los ojos con la manga, suspirando. La emoción iba menguando en él, siendo sustituida por una creciente fatiga que se traducía en la lentitud en que sus palabras brotaban de su boca, como vaciando pequeñas gotas de emoción a medida que emergían.

—El jefe de aquel pelotón del ejército regular vietnamita fue espasmódicamente hacia mí. No sabía qué hacer, quería escapar de allí durante la noche. La bruma se estaba aposentando sobre los arrozales. Quería que yo saliera de reconocimiento con diez vietnamitas. Lo hice, con esos tipos pequeñitos llevando sus M-1 y cagados de miedo. Apenas habíamos recorrido un centenar de metros cuando el tipo que iba en cabeza se metió de lleno en una de esas trampas de espinos. Empezó a gritar, y esos cerdos no tardaron ni un segundo en disparar, y tuvimos que volver a los bambúes arrastrándonos.

Cliff se reclinó en el diván y, casualmente, pasó un brazo en torno a Penny, mientras miraba el garrafón de Brookside.

—La lluvia hace crecer hongos en tus calcetines. Tus pies se ponen todos blancos. Yo intenté dormir con todo aquello, con los pies tan fríos que parece que no los tengas. Y me desperté con una sanguijuela en mi lengua. —Permaneció sentado en silencio un momento.

Penny abrió la boca, pero no dijo nada. Gordon se dio cuenta de que estaba meciéndose con demasiada energía, y conscientemente redujo el ritmo.

—Al principio pensé que sería una hoja o algo así. No podía sacármela. Uno de

los vietnamitas me hizo echarme al suelo... yo estaba corriendo dando vueltas, gritando. El jefe de aquel pelotón de imbéciles pensó que habíamos sido infiltrados. Finalmente me pusieron grasa para las botas en la lengua y aguardé tendido allí en el barro hasta que finalmente pudieron arrancarme aquella sanguijuela de mi boca, una pequeña cosa lanuda. Durante todo el día siguiente no dejé de tener sabor a crema de calzado en mi boca, y constantemente tenía ganas de vomitar. El batallón de auxilio llegó finalmente, y echó a los congs al mediodía. —Miró a Gordon—. Hasta que volví a la base no volví a pensar en Bernie.

Cliff se quedó hasta tarde, y sus historias acerca de su asesoramiento al ejército regular vietnamita fueron haciéndose más nostálgicas a medida que bebía más y más del dulzón vino. Penny permanecía sentada sobre sus piernas en el diván, un brazo apoyado sobre el respaldo, y asintiendo ocasionalmente con la cabeza, con una mirada distante en su rostro. Gordon hacía escuetas preguntas, asentía, murmuraba aprobadoramente a las historias de Cliff, sin escucharlas realmente, observando a Penny. Cuando se iba, Cliff se volvió repentinamente alegre, tambaleándose un poco a causa del vino, el rostro enrojecido y ligeramente sudoroso. Se inclinó hacia Gordon, alzó un dedo con un guiño de complicidad, y dijo:

—«Lleve al prisionero a la más profunda mazmorra». —Su voz tenía un tono condescendiente.

Gordon frunció el ceño, desconcertado, seguro de que el vino había nublado el cerebro del hombre.

—Es una Tom Swiftie —indicó Penny.

—¿Una qué? —gruñó Gordon. Cliff asintió con la cabeza.

—Oh, bueno, un chiste. Un retruécano —respondió ella, implorando con los ojos a Gordon que lo dejara correr, que permitiera que la velada terminara con una nota alegre—. Se supone que debes contestar con algo mejor.

—Oh... —Gordon se sintió incómodo; enrojeció ligeramente—. No puedo...

—Es mi turno. —Penny palmeó el hombro de Cliff, en parte como para ayudarlo a mantener el equilibrio—. ¿Qué te parece: «Aprendí un montón de cosas sobre las mujeres en París, dijo Tot indiferentemente?».

Cliff lanzó una risotada, le dio una amistosa palmada en las posaderas a Penny, y se dirigió tambaleante hacia la puerta.

—Puedes quedarte con el vino que queda, Gordie —dijo Penn; lo siguió afuera. Gordon se apoyó en el marco de la puerta. A la débil luz amarillenta de la lámpara de fuera, vio que ella le daba un beso de despedida. Cliff sonrió y desapareció.

Echó el garrafón de Brookside a la basura, y lavó los vasos. Penny enrolló la abertura de la bolsa de patatas fritas. Gordon dijo:

—A partir de ahora no quiero que traigas aquí a ningún otro de tus viejos amigos. Ella se volvió hacia él, los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Has oído lo que he dicho.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Oh. ¿Y porqué no te gusta?

—Ahora tú estás conmigo. No deseo que te vayas con nadie.

—Cristo, no me estoy «yendo» con Cliff. Quiero decir, él simplemente se presentó. No lo había visto desde hacía años.

—No tenías porqué besarle tanto.

Ella hizo girar sus ojos.

—Oh, Dios.

Él enrojeció y de pronto se sintió inseguro de sí mismo. ¿Cuánto había bebido? No, no demasiado, no podía ser eso.

—Lo digo en serio. Quiero decir que no me gustan esas cosas. Va a hacerse una idea equivocada del asunto. Tú hablando de vuestros viejos días escolares, con tus brazos en torno a su cuello...

—Jesús, «va a hacerse una idea equivocada». Esa es una frase típica de último curso. No has conseguido librarte de ella, ¿eh, Gordon?

—Tú le llevabas a ello.

—Una mierda le llevaba. Ese hombre es como si fuera un herido de guerra, Gordon. Estaba dándole ánimos. Escuchándole. Desde el momento en que llamó a la puerta supe que llevaba algo dentro, algo que esos tipos triunfalistas del ejército no habían conseguido sacarle. Casi murió allí, Gordon. Y Bernie, su mejor amigo...

—Está bien, está bien. Pero sigue sin gustarme. —Había perdido su primitivo impulso, y se estaba aferrando a cualquier forma de probar su argumentación. ¿Pero cuál era esa argumentación? Se había sentido amenazado por Cliff desde el momento mismo en que lo vio. Si su madre hubiera sido capaz de ver a través de aquel teléfono, hubiera sabido muy bien qué nombre darle a la forma en que se estaba comportando Penny. Hubiera...

Interrumpió sus pensamientos, evitando el hostil y rígido rostro de Penny, y miró al garrafón de Brookside allá en la basura, aguardando solitariamente su destrucción, no usado por completo. Había visto a Penny y a Cliff con los ojos de su madre, la huella que Nueva York había dejado en él, y sabía que había perdido la auténtica argumentación. Aquella charla sobre la guerra lo había desequilibrado, inseguro de cómo reaccionar, y ahora, de una forma extraña, le estaba echando toda la culpa a Penny.

—Mira —empezó—. Lo siento, yo... —adelantó las manos la mitad del camino que los separaba, y luego las dejó caer—. Voy a salir a dar una vuelta.

Penny se alzó de hombros. Él pasó por su lado y salió.

Fuera, en el frío aire lleno de salitre, la neblina se enroscaba en las copas de los viejos robles. Caminó a través de aquella La Jolla nocturna, con el rostro convertido en una brillante pantalla de repentino sudor.

Dos manzanas más allá, en el Fern Glen, una figura surgiendo de una casa lo distrajo por un momento del revoltijo de sus pensamientos. Era Lakin. El hombre miró a uno y otro lado, pareció satisfecho, y se metió rápidamente en su Austin-Healey. En la casa que había abandonado Lakin, unas persianas venecianas aletearon ligeramente en una ventana, silueteando momentáneamente el cuerpo, de una mujer a la luz que se filtraba desde detrás de ella. Gordon reconoció el lugar; allá era donde vivían dos mujeres que estaban en el último año de ciencias humanas. Sonrió para sí mismo mientras el Healey de Lakin se alejaba. De alguna forma, aquella pequeña evidencia de fragilidad humana lo alegró.

Dio un largo paseo, pasando por delante de cerradas casitas de verano con amarillentos periódicos abandonados en los escalones que conducían a su puerta principal, pasando ocasionalmente ante casas más grandes con luces en sus ventanas. Cliff y Laos y el sentido de las palabras de Cliff respecto a las cosas reales e importantes, lodosas y repulsivas... todos aquellos pensamientos se mezclaban en su cabeza, confundiéndose en la remolineante neblina con Penny y su distante e inevitable madre. La física experimental parecía un juguete, no mejor que un crucigrama, ante esas cosas. Una distante guerra podía cruzar todo un océano y venir a estrellarse en su orilla. Pensó confusamente en el embarcadero Scrips, que se proyectaba más abajo del campus, y que era utilizado como muelle de carga para hombres y tanques y municiones. Pero luego se rió de sí mismo, seguro de que la bebida estaba empezando a nublar su mente. A su alrededor el tranquilo refugio que era La Jolla no podía ser amenazado por una pandilla de tipos pequeñitos que iban de un lado para otro con sus pijamas negras, intentando derribar el gobierno de Diem. Aquello no tenía ningún maldito sentido.

Dio la vuelta de regreso hacia su casa y hacia Penny. Era fácil sobreexcitarse acerca de amenazas... Cliff, el Cong, Lakin. Las olas no podían derribar la línea de la costa en una sola noche. Y las vagas ideas acerca de los cubanos arrojando fertilizantes al Atlántico y matando la vida allí... sí, todo aquello era demasiado improbable, otro fruto de su paranoia, sí, esta noche estaba seguro de ello.

## 14 - 22 de marzo de 1963

Gordon abrió el San Diego Union y lo desplegó sobre el banco de trabajo del laboratorio. Inmediatamente lamentó no haberse tomado la molestia de buscar un ejemplar de Los Ángeles Times, porque el Union, con su habitual estilo provinciano, dedicaba un montón de espacio al matrimonio entre Hope Cooke, la chica recientemente graduada en la universidad Sarah Lawrence, con el príncipe coronado Palden Thonup Namgyal de Sikkim. El Union lanzaba las campanas al vuelo ante el hecho de que una simple chica americana, en nuestros días, pudiera casarse con un hombre que dentro de algunos años se convertiría en marajá. La auténtica noticia aparecía tan sólo como un artículo menor en la primera página: Davey Moore había muerto. Gordon pasó impacientemente las páginas hasta llegar a los deportes, y modificó su opinión al encontrar un artículo más amplio. Sugar Ramos había noqueado a Moore en el décimo asalto de su pelea para el título de los pesos pluma, en Los Ángeles. Gordon lamentó de nuevo no haber comprado entradas; los problemas de las clases y la investigación había hecho que lo olvidara hasta que ya estaban agotadas. De modo que Moore había muerto de una hemorragia cerebral sin siquiera recuperar el conocimiento; otra mancha en el boxeo. Gordon suspiró. Allí estaban los predecibles comentarios de la gente predecible, exigiendo la prohibición de aquel deporte. Por un momento se preguntó si no tendrían razón.

—Aquí está el nuevo material —dijo Cooper junto a él. Gordon tomó las hojas de los gráficos.

—¿Más señales?

—Sí —dijo Cooper llanamente—. Llevaba recibiendo buenas curvas de resonancia desde hacía unas semanas, y de repente... clac.

—¿Lo has decodificado?

—Por supuesto. Hay un montón de repeticiones, por alguna razón.

Gordon siguió al otro hasta la zona de trabajo de Cooper, donde estaban esparcidos los libros de notas de laboratorio. Se dio cuenta de que estaba deseando que los resultados no dieran nada concreto de sí, fueran simple interferencia. Hubiera sido todo mucho más fácil así. No tendría que preocuparse acerca de ningún tipo de mensajes. Cooper podría seguir adelante con su tesis. Lakin se sentiría feliz. Su vida no necesitaba más complicaciones precisamente ahora, y había esperado que todo aquel asunto de la resonancia espontánea desapareciera. Su nota en la Physical Review Letters había despertado un cierto interés, y nadie en el campo había criticado el trabajo; quizá fuera mejor dejar las cosas así.

Sus esperanzas se desvanecieron cuando estudió la gruesa letra de Gordon.

TRANSWBPRY 7 DE CL998 CAMBE19983ZX AR 18 5 36 DEC 30 29.2

AR 18 5 36 DEC 30 29.2

AR 18 5 36 DEC 30 29.2

La enigmática serie de letras y números se reproducía a lo largo de tres páginas. Luego se interrumpía y era sustituida por:

DEBERÍA APARECER COMO FUENTE PUNTUAL EN EE ESPECTRO DE  
TAQUIONES 263 KEV PICO PUEDE VERIFICARSE CON DIRECCIONALIDAD  
RMN SIGUE MEDICIÓN ZPASUZC AKSOWLP INTERRUPCIÓN EN SMISION  
COORDMZALS RECTANGULARES DE 19BD 1998COORGHQE.

A partir de ahí no había nada comprensible. Gordon estudió los datos de Cooper.

—El resto del material parece como simplemente un encendido y apagado. No hay ningún código en él.

Cooper asintió, y se rascó la pierna por debajo de sus téjanos cortos.

—Sólo puntos y rayas —murmuró Gordon—. Curioso.

Cooper asintió de nuevo. Gordon se había dado cuenta últimamente de que Cooper se limitaba a tomar los datos, sin aventurar opiniones. Quizá su confrontación con Lakin le había enseñado que lo mejor era una postura agnóstica. Cooper parecía bastante feliz cuando recibía tan sólo señales de resonancia convencionales; eran las piedras angulares que le permitirían edificar su tesis.

—Este primer material... AR y DEC. —Gordon se frotó la mandíbula—. Suena como algo astronómico...

—Hummm —murmuró Gordon—. Quizá sí.

—Sí... Ascensión Recta y Declinación. Se trata de coordenadas, fijando un punto en el espacio.

—Huh. Podría ser.

Gordon miró irritadamente a Cooper. Aquello era pasarse con la prudencia.

—Mira, deseo echarle una buena mirada a esto. Sigue tomando mediciones.

Cooper asintió y se alejó, obviamente aliviado de desentenderse de los desconcertantes datos. Gordon abandonó el laboratorio y subió dos pisos hasta el 317, la oficina de Bernard Carroway. No hubo respuesta a su llamada. Fue a la oficina del departamento, asomó la cabeza y preguntó:

—Joyce, ¿dónde está el doctor Carroway? —Por costumbre, el personal de las oficinas era llamado por sus nombres de pila, mientras que los universitarios siempre tenían título. Gordon siempre se había sentido incómodo siguiendo aquella práctica.

—¿El grande o el pequeño? —preguntó la morena secretaria del departamento, alzando las cejas; casi nunca las dejaba descansar.

—El grande. En masa, no en altura.

—En el seminario de astrofísica. Tiene que estar a punto de volver.

Se deslizó discretamente en el seminario, donde John Boyle estaba terminando su conferencia; las pizarras verdes estaban cubiertas con ecuaciones diferenciales sobre la nueva teoría gravitatoria de Boyle. Boyle terminó con una floritura, en la que introdujo un chiste de escoceses, y el seminario se quebró en riachuelos de conversación. Bernard Carroway se alzó y se lanzó a una discusión con Boyle y un tercer hombre al que Gordon no conocía. Se inclinó hacia Bob Gould y le preguntó:

—¿Quién es éste? —señalando hacia el hombre alto de pelo ensortijado.

—¿Ése? Saul Shriver, de Yale. Él y Frank Drake fueron quienes prepararon ese proyecto Ozma, escuchando señales de radio procedentes de otras civilizaciones.

—Oh. —Gordon se reclinó y observó a Shriver discutir con Boyle acerca de algún detalle técnico. Sintió que una zumbante energía crecía en él, el olor de la caza. Había echado a un lado todo el asunto de los mensajes durante varios meses, frente a la indiferencia de Lakin y a la desaparición del efecto. Pero ahora estaba de vuelta y repentinamente estaba seguro de que se estaban acercando a alguna conclusión.

Boyle y Shriver estaban discutiendo acerca de la validez de una aproximación que John había efectuado para simplificar una ecuación. Gordon observaba con interés. No era una fría argumentación intelectual entre hombres razonables, como los legos lo pintaban a menudo. Era una discusión acalorada, con exclamaciones reprimidas y gestos. Estaban disputando sobre ideas, pero bajo esa superficie chocaban las personalidades. Shriver era con mucho el más ruidoso de los dos. Apretaba tan fuertemente la tiza que terminó partiéndola por la mitad. Agitaba los brazos, se alzaba de hombros, fruncía el ceño. Escribía y hablaba rápidamente, refutando frecuentemente lo que él mismo había dicho hacía tan sólo unos momentos. Efectuaba errores de cálculo a lo que no daba la menor importancia, corrigiéndolos a medida que se iba dando cuenta mediante rápidos golpes de borrador. Los errores triviales no eran importantes... estaba intentando aprehender la esencia del problema. La solución exacta podía venir más tarde. Sus rápidos garabatos llenaban todo el tablero.

Boyle era totalmente distinto. Hablaba con una voz mesurada, casi monótona, en contraste con el rápido y quebrado tono que Gordon recordaba del Limehouse. Aquella era su personalidad científica. Ocasionalmente, su voz descendía tanto de volumen que Gordon tenía que aguzar el oído para entenderle. Los que estaban más cerca habían dejado de hablar entre sí para escuchar también... una táctica hábil para llamar la atención. Nunca interrumpía a Shriver. Empezaba sus frases con un «Creo que si intentamos esto...», o «Saul, ¿no ves lo que ocurriría si...?». Una forma del arte de superar a los demás. Nunca hacía una afirmación positiva, enérgica, era el desapasionado perseguidor de la verdad. Pero gradualmente el esfuerzo de mantenerse en su contenido papel fue haciéndose evidente. No podía probar de forma rigurosa que su aproximación fuera justificada, de modo que se veía reducido a una

acción defensiva. En suma, su actitud no era más que una repentina invitación a «pruebe que estoy equivocado». Gradualmente, su voz fue haciéndose más fuerte. Su rostro fue tensándose en una actitud de terquedad.

Repentinamente, Saul proclamó que sabía cómo refutar la aproximación de John. Su idea era resolver un problema test particularmente simple, del que conocían ya la respuesta. Saul se lanzó a calcular precipitadamente. Sólo dentro de un estrecho margen de condiciones físicas la aproximación de John daba la respuesta correcta.

—¡Aquí está! ¿Lo ves?... No es buena.

John agitó la cabeza.

—Tonterías... funciona precisamente para el caso más interesante.

Saul se encendió.

—¡Absurdo! Lo único que has hecho ha sido prescindir completamente de las longitudes de ondas largas.

Pero las cabezas estaban asintiendo a su alrededor. John había vencido. Puesto que la aproximación en discusión no era totalmente inútil, era aceptable. Saul lo admitió a regañadientes, y un momento más tarde estaba sonriendo y discutiendo alguna otra cosa, completamente olvidado del asunto. No tenía ninguna utilidad permanecer excitado acerca de algo que podía ser probado. Gordon sonrió también. Aquél era un ejemplo de lo que él llamaba la ley de la controversia: la pasión era inversamente proporcional al conjunto de información real disponible.

Se acercó a Carroway y le tendió las coordenadas de su mensaje.

—Bernard, ¿tienes alguna idea de dónde está esto en el cielo?

Carroway parpadeó como un búho mientras miraba las cifras.

—No, no, yo nunca recuerdo tales detalles. ¿Saul? —Le mostró el papel.

—Cerca de Vega —dijo Saul—. Lo comprobaré con más exactitud, si quieres.

Tras su clase de electrodinámica clásica, Gordon tenía intención de ir en busca de Saul Shriffer, pero cuando pasó por su oficina para dejar sus notas había alguien esperándole. Era Ramsey, el químico.

—He venido un momento porque tenía algo pendiente contigo —dijo Ramsey—. Le he echado un vistazo a aquel pequeño rompecabezas que me dejaste.

—¿Oh?

—Creo que hay algo jugoso ahí. Todavía nos falta mucho que comprender acerca de las cadenas moleculares largas, ya sabes, pero estoy interesado en ese acertijo. La parte donde dice «en régimen de simulación molecular empieza a imitar anfitrión». Eso suena como un mecanismo autorreproductor del que no sabemos absolutamente nada.

—¿Se produce eso con las fórmulas moleculares que tú conoces?

Ramsey frunció el ceño.

—No. Pero he estado estudiando las formas especiales de fertilizantes con los que

están experimentando algunas compañías y... bueno, es demasiado pronto para decirlo. En realidad se trata tan sólo de una corazonada. Lo que he venido a decirte es que no he olvidado lo que me dijiste. Las clases y todo mi trabajo habitual, ya sabes... me llevan de cabeza. Pero sigo pensando en ello. Quizá vaya a ver a Walter Munk para la relación con la oceanografía. De todos modos... —se puso en pie, haciendo un irónico saludo de adiós— agradezco la información. Puede salir algo de ella. Gratzs.

—¿Eh?

—Gratzs... gracias. Es español.

—Oh, claro. —La desenvuelta apropiación californiana del español convirtiéndolo en una jerga parecía muy apropiada para Ramsey. Sin embargo, bajo aquellos modales de vendedor de coches usados había una mente rápida y ágil. Gordon se alegraba de que el hombre siguiera estudiando el primer mensaje, y no lo hubiera echado a la papelera. Aquél parecía ser un día afortunado; los diversos hilos parecían estar empezando a tejerse. Sí, era un día de suerte. Por de pronto le dará un sobresaliente, se dijo para sí mismo, y fue en busca de Shriffer.

—Se lo he localizado —dijo Saul con decisión, clavando un dedo en un punto marcado en una carta estelar—. Es un punto muy cercano a una estrella normal F7, llamada la 99 de Hércules.

—¿Pero no se corresponde con ella?

—No, pero está muy cerca. De todos modos, ¿qué hay detrás de todo eso? ¿Para qué necesita un físico especializado en estado sólido la posición de una estrella?

Gordon le habló de las persistentes señales, y le mostró la última decodificación de Cooper. Saul se mostró rápidamente excitado. Él y un ruso, Kadarski, estaban escribiendo juntos un artículo sobre la detección de civilizaciones extraterrestres. Su suposición operativa era que las señales de radio eran la elección natural. Pero si las señales de Gordon eran a todas luces inexplicables en términos de transmisiones terrestres, sugirió Saul, ¿por qué no considerar la hipótesis de un origen extraterrestre? Las coordenadas apuntaban claramente en esa dirección.

—Mire... la Ascensión Recta es 18 horas, 5 minutos, 36 segundos. Ahora bien, la 99 Hércules es este punto a 18 horas, 5 minutos, 8 segundos, un poco desplazada. La declinación de su señal es 30 grados, 29'2 minutos. Eso concuerda.

—Bueno, en conjunto, no exactamente.

—¿Pero están condenadamente cerca! —Saul agitó sus manos—. Unos pocos segundos de diferencia no son nada.

—¿Cómo demonios puede conocer un extraterrestre nuestro sistema de medidas astronómicas? —dijo Gordon escépticamente.

—¿Cómo conocen nuestro idioma? Escuchando nuestros viejos programas de radio, por supuesto. Mire... el paralaje de la 99 de Hércules es 0'06. Eso significa que

está a más de dieciséis parsecs.

—¿Y eso significa?

—Oh, aproximadamente unos cincuenta y un años luz.

—Entonces, ¿cómo pueden estar emitiendo señales? La radio no hace más de sesenta años que empezó a funcionar. La luz no ha tenido tiempo de ir y volver... eso tomaría más de un siglo. Así que no pueden estar respondiendo a nuestras propias estaciones de radio.

—Cierto. —Saul pareció momentáneamente desanimado—. ¿Dice que hay algo más en el mensaje? —Su rostro volvió a iluminarse—. Déjeme ver.

Al cabo de un momento, dio una palmada al mensaje impreso y exclamó:

—¡Correcto! Eso es. ¿Ve esta palabra?

—¿Cuál?

—Taquión. De origen griego. Significa «el rápido», apostaría a que sí. Eso significa que están utilizando algún tipo de transmisión más rápido que la luz.

—Oh, vamos.

—Gordon, use usted su imaginación. ¡Concuerda, maldita sea!

—Nada viaja más rápido que la luz.

—Este mensaje dice que hay algo que sí lo hace.

—Tonterías. Absolutamente tonterías.

—De acuerdo, entonces ¿cómo explica esto? «Debería aparecer como fuente puntual en el espectro de taquiones 263 KEV pico». KEV... kilovoltios. Están usando taquiones, sean lo que fueren, de una energía de 263 kilovoltios.

—Lo dudo —dijo Gordon secamente.

—¿Y el resto? «Puede verificarse con direccionalidad RMN. Sigue medición». RMN... Resonancia Magnética Nuclear. Luego algo incomprensible, unas cuantas palabras más, luego incomprensible de nuevo. SMISION RECTANGULARES DE 19BD 1998COORGHQE y así.

—No todo incomprensible. Mire... el resto son simplemente puntos y rayas.

—Hummm. —Saul contempló el esquema—. Interesante.

—Mire, Saul, aprecio el...

—Espere un segundo. La 99 de Hércules no es simplemente una estrella, ya lo sabe. La he estudiado. Encaja en el tipo de estrellas que creemos pueden contener vida.

Gordon frunció los labios y se mostró escéptico.

—Sí, es una F7. Ligeramente más pesada que nuestro sol... con una mayor masa, quiero decir... y con una gran región a su alrededor capaz de albergar vida. Es una estrella binaria... espere, espere, sé lo que va a decir —dijo Saul dramáticamente, tendiendo la mano con su palma abierta hacia Gordon, que no tenía la menor idea de lo que se suponía que iba a decir—. Las estrellas binarias no pueden tener planetas

conteniendo vida a su alrededor, ¿correcto?

—Oh, ¿por qué no?

—Porque los planetas sufren gran número de perturbaciones. Sólo que la 99 de Hércules no tiene ese problema. Las dos estrellas giran la una en torno a la otra una vez cada 54,7 años. Están muy separadas, con espacios capaces de contener la vida en torno a cada una de ellas.

—¿Ambas son F7?

—Por todo lo que podemos decir, la mayor sí lo es. Tan sólo se necesita una —  
señaló sin convicción.

Gordon agitó la cabeza.

—Saul, aprecio...

—Gordon, déjeme echarle una mirada a ese mensaje. Los puntos y rayas, quiero decir.

—Seguro, ¿por qué no?

—Hágame un favor. Creo que hay algo grande aquí. Quizá nuestras ideas acerca de las comunicaciones por radio y la línea de 21 centímetros del hidrógeno como elección natural... quizás estemos equivocados en todo ello. Deseo comprobar bien ese mensaje suyo. Simplemente no cambie de opinión, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Gordon, reluciente.

Cuando Gordon metió su pesado maletín en su oficina a la mañana siguiente, Saul estaba aguardándole. La visión del ansioso rostro de Saul, con sus ojos marrones que bailaban mientras hablaba, le llenaron con una premonición.

—Lo resolví —dijo Saul concisamente—. El mensaje.

—¿Qué...?

—Los puntos y rayas del final. Que no deletreaban palabras. No son palabras... ¡son una imagen!

Gordon le dirigió la más escéptica de sus miradas y dejó su maletín.

—Conté las rayas en esa larga transmisión. «Ruido», dijo usted. Había 1.537 rayas.

—¿Sí?

—Frank Drake y yo y un montón de otra gente hemos estado pensando en formas de transferir imágenes mediante simples señales de abierto-cerrado. Es simple... envía una rejilla base rectangular.

—¿Esa parte embrollada del mensaje? ¿COORDMZALS RECTANGULARES y todo lo demás?

—Correcto. Para establecer una rejilla base uno necesita saber cuántas líneas van en cada lado. Intenté hallar una combinación que multiplicada entre sí diera 1.537. Todas dan un resultado confuso, excepto una rejilla de 29 por 53. Disponiendo las rayas en esta cuadrícula, se obtiene una imagen. Y 29 y 53 son ambos números

primos... la elección obvia, cuando uno piensa en ello. Sólo existe una forma de descomponer 1.537 en un producto de números primos.

—Hummm. Muy agudo. ¿Y ésta es la imagen?

Saul tendió a Gordon una hoja de papel cuadriculado con un cuadrado lleno representando cada raya de la transmisión. Mostraba un complejo entretejido de curvas avanzando de derecha a izquierda. Cada curva estaba formada por grupos de puntos, dispuestos en un esquema regular pero complicado.

—¿Qué es? —preguntó Gordon.

—No lo sé. Todos los problemas prácticos que hemos elaborado Frank y yo muestran sistemas solares, con un planeta destacado de todos los demás... cosas así. Esto no se parece en nada a lo que nosotros hayamos hecho.

Gordon dejó caer el dibujo en su escritorio.

—Entonces, ¿qué utilidad tiene?

—Bueno... ¡infiernos! Una inmensa utilidad, cuando lo hayamos descifrado.

—Bien...

—¿Qué ocurre? ¿Cree que esto está equivocado?

—Saul, sé que posee usted una gran reputación en pensar en cosas... ¿cómo lo llama Hermann Kahn?... impensables. ¡Pero esto...!

—¿Piensa que he manipulado todo eso?

—¿Yo? ¿Yo? Saul, yo detecté este mensaje. Yo se lo mostré a usted. ¡Pero su explicación...! Señales telegráficas más rápidas que la luz procedentes de otra estrella. ¡Pero las coordenadas no encajan enteramente! Una imagen surgiendo del ruido. ¡Pero la imagen no tiene sentido! Vamos, Saul.

El rostro de Saul enrojeció, y retrocedió un paso, las manos en las caderas.

—Es usted ciego, ¿se da cuenta de eso? Ciego.

—Digamos más bien... escéptico.

—Gordon, no me está dando ninguna oportunidad.

—¿Oportunidad? Admito que ha encontrado usted algo aquí. Pero hasta que comprendamos este dibujo suyo, nada de eso se mantiene a flote.

—De acuerdo. De a-cuer-do —dijo Saul dramáticamente, golpeando la palma de su mano izquierda con el puño de la otra—. Descubriré lo que significa esta imagen. Aunque tendremos que acudir a toda la comunidad académica para resolver el acertijo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que tendremos que hacerlo público.

—¿Y por qué no preguntar?

—¿Preguntar a quién? ¿A qué especialidad? ¿Astrofísica? ¿Biología? Cuando no lo sabes, tienes que mantener tu mente abierta.

—Sí... pero... —De pronto Gordon recordó a Ramsey—. Saul, hay otro mensaje.

—¿Qué?

—Lo obtuve hace meses. Aquí. —Rebuscó en los cajones de su escritorio, y sacó la transcripción—. Intenté esto para probar.

Saul estudió las largas líneas impresas.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco.

—¿Está seguro de que esto es válido?

—Tan seguro como lo estoy acerca de lo que usted ha descifrado.

—Mierda. —Saul se dejó caer en una silla—. Esto confunde realmente las cosas.

—Sí, lo hace, ¿verdad?

—Gordon, esto no tiene sentido.

—Como tampoco lo tiene su imagen.

—Mire, quizás esté recibiendo mensajes incompatibles. Cuando sintonizas distintas estaciones de radio, obtienes música en una, deportes en otra, noticias en una tercera. Quizá tenga usted aquí un receptor que simplemente las reciba todas a la vez.

—Hum.

Saul se inclinó hacia delante en su silla y apretó las palmas de sus manos contra sus sienes. Gordon se dio cuenta de que el hombre estaba cansado. Probablemente había permanecido en pie toda la noche descifrando aquella imagen. Sintió una repentina oleada de simpatía hacia él. Saul era bien conocido como defensor de la idea de la comunicación interestelar, y un montón, de astrónomos pensaban de él que era demasiado alocado, demasiado especulativo, demasiado joven e impulsivo. Bien, pero... eso no significaba que estuviera equivocado.

—De acuerdo, Saul, aceptaré su idea de la imagen... provisionalmente. No puede tratarse de un accidente. De modo que... ¿qué es? Tenemos que descubrirlo.

Le habló a Saul de Ramsey. Aquello simplemente complicaba un poco más las cosas, pero se daba cuenta de que Saul tenía derecho a saberlo.

—Gordon, sigo pensando que tenemos algo aquí.

—Yo también.

—Creo que deberíamos hacerlo público.

—¿Con la bioquímica también? ¿Con el primer mensaje?

—No... —Saul quedó pensativo—. No, solamente con este segundo mensaje. Es claro. Se repite a sí mismo durante páginas y páginas. ¿Cuántas veces obtuvo esa primera señal?

—Una vez.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Entonces olvidémoslo.

—¿Por qué?

—Puede tratarse de un error de decodificación.

Gordon recordó la historia de Lakin acerca de Lowell.

—Bien...

—Mire, tengo mucha más experiencia con todas esas cosas que usted. Sé lo que dirá la gente. Si enloda el agua en torno al tema, nadie saltará a ella.

—Pero estaremos ocultando información.

—Ocultándola, sí. Pero no para siempre. Sólo hasta que descubramos lo que significa el dibujo.

—No me gusta.

—Les daremos sólo un problema a la vez. —Saul alzó un dedo—. Un solo problema. Luego, contaremos toda la historia.

—No me gusta.

—Gordon, mire. Creo que ésta es la forma en que debemos hacerlo. ¿Aceptaré mi consejo?

—Quizá.

—Yo me ocuparé de ello, lo haré público. Soy conocido. Soy el tipo raro que juguetea con señales de radio interestelares y todas estas cosas. Una autoridad indiscutible sobre un tema no existente. Puedo conseguir llamar la atención de la comunidad académica.

—Sí, pero...

—Un solo problema a la vez, Gordon.

—Bueno...

—Primero, la imagen. Luego, el resto.

—Bien... —Gordon tenía una clase a punto de empezar. Saul ejercía una cualidad hipnótica sobre él, la habilidad de hacer que las cosas parecieran plausibles e incluso obvias. Pero, pensó Gordon, una oreja de cerdo con un lazo a su alrededor seguía siendo una oreja de cerdo. Sin embargo...—. De acuerdo. Usted entra en el ring. Yo me quedo en el rincón.

—Eh, gracias. —De pronto Saul estaba estrechando su mano—. Le agradezco eso. De veras. Es una gran cosa.

—Sí —dijo Gordon. Pero no se sentía entusiasmado.

Las «Noticias de la noche» de la CBS con Walter Cronkite empezaron mientras Gordon y Penny estaban terminando de cenar. Ella había hecho un soufflé y Gordon había descorchado una botella de vino beaujolais blanco; ambos se sentían un tanto eufóricos. Se trasladaron a la sala de estar para seguirlos. Penny se quitó la blusa, revelando sus bien moldeados pechos con grandes pezones.

—¿Cómo sabes que lo darán ahora? —preguntó perezosamente.

—Saul llamó esta tarde. Le hicieron una entrevista en Boston esta mañana. La grabó la estación local de la CBS allá, pero dijo que la iban a transmitir por la red

nacional. Quizá no tengan mucha otra cosa que ofrecer. —Miró a su alrededor para asegurarse de que las cortinas estaban cerradas.

—Hummm. No me extrañaría. —Sólo había una noticia importante... el submarino nuclear Thresher había desaparecido en el Atlántico sin una sola señal de socorro. Efectuaba una inmersión de prueba. La marina había dicho que probablemente un fallo de los sistemas había creado una inundación progresiva del interior del aparato. La interferencia de los circuitos eléctricos había provocado la pérdida de energía, y el submarino se había hundido hacia aguas profundas y finalmente había implosionado. Había 129 hombres a bordo.

Aparte de esta deprimente noticia había muy poco más. Un recordatorio de que la Mona Lisa estaba efectuando una gira por Estados Unidos y sería exhibida en Nueva York y Washington, D.C. Un avance del despegue del mayor L. Gordon Cooper, Jr., que iba a ser lanzado a un viaje de dos días y veintidós órbitas en torno a la Tierra en la Faith 7, el vuelo final del Proyecto Mercury. Una declaración de la Casa Blanca de que la ayuda al Vietnam del Sur proseguía, y que la guerra podía ser ganada a finales de 1965 si la crisis política que se estaba desarrollando allí no afectaba significativamente el esfuerzo militar. Los generales sonreían a la cámara, prometiendo un firme esfuerzo junto al ejército regular vietnamita y una rápida operación de limpieza en la región del delta. En Nueva York, los esfuerzos por salvar la estación de Pennsylvania habían fracasado, y el clásico edificio empezaba a derrumbarse ante la gran bola de los equipos de demolición para dejar paso al nuevo Madison Square Garden. El edificio de la Pan Am, inaugurado hacia un mes, parecía ya un ejemplo de la plaga urbanística del futuro. Delante de la cámara, un crítico denunció la demolición de la estación Penn y declaró que el Pan Am era una atrocidad arquitectónica, contribuyendo a congestionar una zona ya de por sí atestada. Gordon se mostró de acuerdo. El crítico cerró su intervención con una aguda observación acerca de que citarse debajo del reloj del hotel Biltmore, justo al otro lado de la calle del Pan Am, ya no iba a representar ninguna emoción especial. Gordon se echó a reír sin saber exactamente por qué. De pronto sus simpatías se invirtieron. Nunca se había citado con ninguna chica en el Biltmore; eso formaba parte del tipo de ritual vacío de los anglosajones blancos protestantes, abierto a los de Yale y a los chicos que se identificaban con *El guardián en el centeno*. Aquél no era su mundo ni nunca lo había sido.

—Si ése es el pasado, al diablo —murmuró para sí mismo. Penny le lanzó una mirada interrogadora pero no dijo nada. Gruñó, impaciente. Quizás el vino le estaba haciendo demasiado efecto.

Entonces apareció Saul.

—Desde la universidad de Yale, esta misma tarde, un anuncio sorprendente —empezó Cronkite—. El profesor Saul Shriver, un astrofísico, dice que existe una

posibilidad de que recientes experimentos hayan detectado un mensaje de una civilización de más allá de nuestra Tierra.

Cambiaron a un plano de Saul señalando a un punto en un mapa estelar.

—Las señales parecen llegar de la estrella 99 de Hércules, similar a nuestro propio Sol. La 99 de Hércules se halla a 51 años luz de distancia. Un año luz es la distancia...

—Le están dedicando mucho tiempo —dijo Penny, sorprendida.

—¡Chissst!

—... luz recorre en un año, a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. —Un plano de Saul de pie junto a un pequeño telescopio—. El posible mensaje fue detectado de una forma que los astrónomos no habían anticipado... en un experimento realizado por el profesor Gordon Bernstein...

—Oh, Jesús —gruñó Gordon.

—... en la Universidad de California en La Jolla. El experimento implicaba una medición a bajas temperaturas de cómo se alinean los átomos en un campo magnético. Los experimentos de Bernstein siguen realizándose todavía... no hay ninguna certeza, de hecho, de que estén recogiendo alguna señal de una distante civilización. Pero el profesor Shriver, un colaborador de Bernstein que descubrió el código en la señal, dice que desea alertar a la comunidad científica. —Una imagen de Saul escribiendo ecuaciones en la pizarra—. Ésta es una sorprendente parte del mensaje. Una imagen... Una bien dibujada versión de las entrelazadas curvas. Saul permanecía de pie junto a ella hablando a través de un micrófono que sostenía en su mano.

—Comprendan —dijo— que no estamos efectuando ninguna afirmación específica por el momento. Pero deseáramos la ayuda de la comunidad científica para desentrañar lo que puede significar esto. —Luego siguió una breve explicación de cómo se había producido la decodificación.

De nuevo Cronkite:

—Algunos astrónomos interrogados hoy por las «Noticias» de la CBS para que dieran su opinión han expresado escepticismo. Si lo que dice el profesor Shriver se demuestra correcto, sin embargo, eso puede representar evidentemente una gran noticia. —Cronkite elaboró su tranquilizadora sonrisa—. Y eso es todo por hoy, doce de abril...

Gordon apagó el aparato.

—Maldita sea —dijo, aún impresionado.

—Creo que lo han presentado muy bien —dijo Penny juiciosamente.

—¿Muy bien? ¡Se suponía que mi nombre no aparecería en absoluto!

—¿Por qué, no quieres ningún crédito por el descubrimiento?

—¿Crédito? ¡Cristo...! —Gordon dio un puñetazo contra la pared gris, que

resonó sordamente—. Lo hizo todo mal, ¿no te das cuenta? Tuve esa sensación cuando me lo dijo, y ahí está la prueba... ¡mi nombre, mezclado a esa absurda teoría!

—Pero son tus mediciones...

—Se lo dije, le dije que dejara mi nombre fuera.

—Bueno, fue Walter Cronkite quien dijo tu nombre. No Saul.

—¿Y a quién le importa quién lo dijo? Ahora estoy metido en ello, con Saul.

—¿Por qué no te llevaron a ti a la televisión? —preguntó inocentemente Penny, a todas luces incapaz de comprender los motivos de toda aquella irritación—. No hicieron más que sacar un montón de fotos de Saul.

Gordon hizo una mueca.

—Ése es su lado fuerte. Simplificar la ciencia a unas cuantas frases, retorcerlas para que digan lo que tú deseas, reducirlo todo al más bajo común denominador... pero ante todo asegurarse de que el nombre de Saul Shriver esté en primera línea. En enormes y chillonas letras de neón. Mierda. Simplemente...

—Así que te ha arrebatado todo el crédito, ¿no?

Gordon la miró, desconcertado.

—¿Crédito...? —Dejó de ir arriba y abajo por la habitación. Se dio cuenta de que ella creía sinceramente que su irritación era debida a que su rostro no había aparecido por la televisión—. Por todos los diablos. —Repentinamente se dio cuenta de que estaba acalorado. Empezó a desabrocharse su camisa de seda azul y pensó en lo que debía hacer. No servía de nada hablar de ello con Penny... estaba a años luz de comprender lo que sentían los científicos acerca de algo así.

Se arremangó la camisa, resoplando, y se dirigió hacia la cocina, donde estaba el teléfono.

Gordon empezó con:

—Saul, estoy loco furioso.

—Ah... —Gordon pudo imaginar a Saul seleccionando exactamente las palabras correctas. Era bueno en ello, pero esta vez no iba a servirle de nada—. Bueno, sé cómo se siente, Gordon, de veras. Vi la grabación de la emisión hace dos horas, y me sentí tan sorprendido como haya podido sentirse usted. El vídeo local de Boston estaba limpio, en ningún momento se mencionaba explícitamente su nombre, tal como usted quería. Les llamé inmediatamente después de ver lo de Cronkite, y me dijeron que se había efectuado un montaje nuevo para su difusión a nivel nacional.

—¿Cómo podía esa gente saberlo? Saul, si usted no...

—Bueno, mire, tuve que decírselo a la gente de la emisora local. Para información de base, ya sabe.

—Usted dijo que no diría ni una palabra.

—Hice lo que pude, Gordon. Iba a llamarle.

—¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué me permitió verlo sin...?

—Pensé que quizá no le importaría tanto, después de ver todo el tiempo que conseguimos. —La voz de Saul cambió de tono—. ¡Ha sido una gran emisión, Gordon! La gente se habrá envarado y habrá escuchado.

—Sí, habrá escuchado —dijo Gordon agriamente.

—Vamos a conseguir algo de acción con ese dibujo. Vamos a descubrir qué es esa cosa.

—Lo más probable es que ella nos descubra a nosotros. Saul, dije que no quería verme implicado. Usted dijo...

—¿No se da cuenta de que eso no era realista? —La voz de Saul era tranquila y razonable—. Sé que se ha puesto de mal humor por culpa mía, pero de todos modos hubiera salido igualmente a la luz.

—No de esta forma.

—Créame, así es como funcionan las cosas, Gordon. Antes no estaba llegando usted a ninguna parte, ¿verdad? Admítalo.

Inspiró profundamente.

—Si alguien me pregunta, Saul, voy a decir que no sé de dónde proceden las señales. Ésta es la verdad simple y llana.

—Pero no es toda la verdad.

—¿Usted me está hablando a mi de toda la verdad? ¿Usted, Saul? ¿No me dijo usted que ocultáramos el primer mensaje?

—Eso era diferente. Primero deseaba aclarar el resultado...

—¡El resultado, mierda! Escuche, a todo el mundo que me pregunte, le diré que no comparto su interpretación.

—¿Difundirá el primer mensaje?

—Yo... —Gordon vaciló—. No, no deseo complicar aún más las cosas. —Se preguntó si Ramsey iría a continuar trabajando con los experimentos si él hacía público el mensaje. Infiernos, por todo lo que sabía, había realmente algún tipo de elemento de seguridad nacional mezclado en todo aquello. Gordon sabía que no deseaba participar en nada de ello. No, era mejor dejarlo correr.

—Gordon, puedo comprender cómo se siente —dijo cálidamente la voz al otro lado de la línea—. Todo lo que le pido es que no obstaculice lo que estoy intentando hacer. Yo no voy a atravesarme en su camino, no se atraviere usted en el mío.

—Bien... —Gordon hizo una pausa, sintiendo que su primer impulso se había esfumado.

—Y créame que realmente siento lo de Cronkite y su nombre mezclado en ello y todo lo demás. ¿De acuerdo?

—Yo... sí, de acuerdo —murmuró Gordon, sin saber realmente a qué daba su aprobación.

Gregory Markham se inmovilizó con las manos detrás de su espalda, el gris de sus raíces dándole un aire remoto y solemne. El apagado zumbido del laboratorio le parecía un ruido cálido, el preocupado charloteo de los instrumentos que, aunque sólo fuera por sus impredecibles fallos e idiosincrasias, se parecían a menudo a ajetreados trabajadores mortales. El laboratorio era una isla de sonido en el pacífico cascarón del Cavendish, dirigiendo todos los recursos que quedaban. El Cav había sido la sede de la era moderna, utilizando el trabajo de Faraday y Maxwell para crear el sumiso milagro de la electricidad. Ahora, meditaba Markham, en su centro sólo quedaban unos cuantos hombres intentando alcanzar el pasado, nadadores contra corriente.

Renfrew avanzó entre los bancos y pasillos de instrumentos, yendo de un problema a otro. Markham sonrió ante la energía del hombre. En parte procedía de la tranquila presencia de Ian Peterson, que permanecía reclinado hacia atrás en una silla y estudiaba la pantalla del osciloscopio donde se reflejaba la señal principal. Renfrew se agitaba, consciente de que detrás de la velada calma de Peterson el hombre nunca perdía su ojo atento.

Renfrew llegó a toda prisa junto al osciloscopio central y lanzó una mirada al danzante revoltijo de ruido.

—¡Maldita sea! —dijo vehementemente—. Esa maldita cosa no va a desaparecer por mucho que hagamos.

—Bueno, no es absolutamente necesario que siga mandando usted nuevas señales mientras yo estoy mirando —condescendió Peterson—. Simplemente me detuve para ver cómo iban las cosas.

—No, no. —Renfrew alzó torpemente los hombros bajo su chaqueta marrón. Markham observó que los bolsillos de la chaqueta estaban repletos de componentes electrónicos, aparentemente metidos allí y olvidados—. Ayer todo fue bien. No hay ninguna razón por la que hoy no tenga que ser lo mismo. Transmití esa parte astronómica sin problemas durante tres horas consecutivas.

—Debo decir que no veo la necesidad de transmitir eso —dijo Peterson—, considerando la dificultad de enviar lo realmente importante...

—Es para ayudar a cualquiera que lo reciba al otro lado —dijo Markham, adelantándose un paso. Mantuvo su rostro resueltamente neutro, aunque de hecho estaba distancientemente divertido ante la forma en que los otros dos hombres parecían alcanzar inmediatamente una zona de desacuerdo, como si fueran arrastrados hacia ella—. John cree que eso puede ayudarles a saber dónde es más fácil detectar nuestro haz. Las coordenadas astronómicas...

—Comprendo perfectamente —le interrumpió Peterson—. Lo que no comprendo es por qué no dedican ustedes sus períodos de tranquilidad al material esencial.

—¿Como cuál? —preguntó rápidamente Markham.

—Decirles lo que estamos haciendo, y repetir toda la información relativa al océano, y...

—Hemos hecho todo eso hasta el agotamiento —estalló Renfrew—. Pero si ellos no pueden recibirlo, ¿qué infiernos...?

—Mire, mire —dijo Markham suavemente—, hay tiempo suficiente para hacerlo todo, ¿no? ¿De acuerdo? Cuando el ruido descienda, la prioridad exclusiva será enviar ese mensaje suyo del banco, y luego John puede...

—¿No lo han enviado todavía? —exclamó Peterson sorprendido.

—Oh, no —dijo Renfrew—, aún no he terminado con el otro material, y...

—¡Bien! —Peterson pareció excitado ante aquello; se puso rápidamente en pie, y caminó enérgicamente por el reducido espacio ante los imponentes armarios grises de los instrumentos—. Les dije que había encontrado una nota... cosa muy sorprendente, debo admitirlo.

—Sí —concedió Markham. Había habido considerable agitación cuando apareció Peterson aquella mañana, exhibiendo el amarillento papel. De pronto, todo el asunto les había parecido algo tremendamente real a todos ellos.

—Bien —prosiguió Peterson—, estaba pensando acerca de intentar... esto... ampliar el experimento.

—¿Ampliar? —preguntó Renfrew.

—Sí. No envíen el mensaje.

—Por los clavos de Cristo —fue todo lo que pudo decir Markham.

—Pero, pero ¿no ve usted que...? —La voz de Renfrew se apagó.

—Pensé que podía ser un experimento interesante.

—Seguro —dijo Markham—. Muy interesante. Pero provocará una paradoja.

—Ésa es mi idea —dijo rápidamente Peterson.

—Pero una paradoja es precisamente lo que no queremos —dijo Renfrew—. Enviaré al infierno todo el asunto.

—Ya le expliqué eso —dijo Markham a Peterson—. El interruptor colgado a medio camino entre el abierto y el cerrado, ¿recuerda?

—Sí. Comprendo eso perfectamente bien, pero...

—¡Entonces no sugiera absurdos! —gritó Renfrew—. Si desea usted alcanzar el pasado y saber que lo ha conseguido, mantenga sus manos quietas.

—La única razón —dijo Peterson, con una calma glacial— de que ustedes sepan esto es porque yo fui al banco en La Jolla. La forma en que yo veo todo el asunto es que yo he confirmado su éxito.

Hubo un incómodo silencio.

—Oh... sí —murmuró Markham, para llenar la pausa. Tuvo que admitir que Peterson tenía razón. Era precisamente el tipo sencillo de comprobación que él o

Renfrew debieran haber intentado. Pero habían sido educados para pensar en experimentos mecánicos, llenos de instrumentos que operaban sin intervención humana. La noción de pedir una señal confirmatoria simplemente no se les había ocurrido. Y ahora Peterson, el ignorante administrador, había probado que todo el esquema era correcto, y lo había hecho sin ninguna clase de pensamiento complicado en absoluto.

Markham inspiró profundamente. Era embriagador, darte cuenta de que estabas haciendo algo que jamás se había realizado antes, algo más allá de tu propia comprensión, pero innegablemente real. A menudo se había dicho que la ciencia te ponía en una especie de contacto con el mundo muy distinto al contacto que podría darte cualquier otra cosa. Esta mañana, y aquella simple hoja de Peterson habían hecho el milagro, pero de una forma extrañamente distinta.

El triunfo de un experimento se producía cuando alcanzabas una nueva meseta de conocimiento. Con los taquiones, sin embargo, no disponían de una auténtica comprensión. No tenían más que aquella simple nota en un trozo de amarillento papel.

—Ian, sé cómo se siente. Sería condenadamente interesante omitir su mensaje. Pero nadie sabe lo que eso puede significar. Puede impedirnos conseguir lo que usted desea... hacer llegar la información acerca del océano.

—¡Condenadamente exacto! —subrayó Renfrew, y se volvió hacia el aparato.

Peterson entrecerró los párpados, como si estuviera sumido en profundos pensamientos.

—Un buen tanto. ¿Saben?, por un momento pensé que aquí podía haber alguna forma de aprender algo más sobre todo esto.

—Podríamos —admitió Markham—. Pero a menos que hagamos tan sólo lo que comprendemos...

—Correcto —dijo Peterson—. Fuera las paradojas, de acuerdo. Pero después... —Su rostro adquirió una expresión soñadora.

—Después, seguro —murmuró Markham. Era extraño, pensó, cómo los jugadores habían invertido allí sus papeles. Se suponía que Peterson era el administrador prepotente, exigiendo resultados por encima de todo lo demás. Y sin embargo, ahora era Peterson quien deseaba empujar hacia delante los parámetros del experimento y descubrir alguna nueva física.

Y oponiéndose a ello estaban Renfrew y él mismo, de pronto inseguros de lo que podía producir una paradoja. Abundaban las ironías.

Una hora más tarde, los puntos más sutiles de la lógica se habían desvanecido, como solían hacer a menudo, ante los resbaladizos detalles del propio experimento. El ruido emborronaba la plana pantalla del osciloscopio. Pese al concienzudo trabajo de los técnicos, la agitación en el experimento no disminuía. A menos que lo hiciera,

el haz de taquiones sería inútilmente difuso y débil.

—¿Sabe? —murmuró Markham, echándose hacia atrás en su silla de laboratorio de madera—. Creo que su material del Caltech podrá hacer algo aquí, Ian.

Peterson alzó la vista del dossier con un sello de CONFIDENCIAL en rojo cruzando su tapa que estaba leyendo. Durante las pausas, había seguido trabajando en los papeles que llevaba en su maletín.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Esos cálculos cosmológicos... son un buen trabajo. De hecho, muy brillante. Universos arracimados. Ahora, supongamos que alguien dentro de uno de ellos está enviando hacia fuera señales de taquiones. Los taquiones pueden salir fuera de esos universos más pequeños. Todo lo que los taquiones tienen que hacer es cruzar el horizonte de sucesos de la microgeometría cerrada. Luego estarán libres. Escaparán de las singularidades gravitatorias, y nosotros podremos captarlos.

Peterson frunció el ceño.

—Esos... microuniversos... ¿son otros... otros lugares donde se puede vivir? ¿Qué pueden estar habitados?

Markham sonrió.

—Seguro. —Sentía la serena confianza de un hombre que siempre ha trabajado las matemáticas hallando las soluciones. Era esa despreocupada certeza que brota de la primera comprensión de todas las ecuaciones de campo de Einstein, arabescos de letras incomprensibles llenando tenuemente toda la página, una fina telaraña. Parecían insustanciales cuando uno las veía por primera vez, una hilera de garabatos. Sin embargo, seguir los delicados tensores a medida que se contraían, a medida que los superíndices se emparejaban con los subíndices, colapsándose matemáticamente hasta convertirse en entidades clásicas concretas potencial; masa; fuerzas vectoriales en una geometría curva, ésa era una experiencia sublime. El puño de hierro de lo real, dentro del guante de terciopelo de unas etéreas matemáticas. Markham vio en el rostro de Peterson el vacilante asombro que flota sobre las personas cuando luchan por visualizar ideas que están más allá de las confortables tres dimensiones y las certezas euclidianas que constituyen su mundo. Tras las ecuaciones había inmensidades de espacio y polvo, materia muerta pero furiosa sometida a la voluntad geométrica de la gravedad, estrellas como cabezas de fósforos estallando en una vasta noche, destellos anaranjados que iluminaban tan sólo un delgado anillo de planetas recién nacidos. Las matemáticas eran quienes habían edificado todo aquello; las imágenes que llevaban los hombres dentro de sus cabezas eran útiles pero burdas, dibujos animados en un mundo que era tan sutil como la seda, infinitamente más suave y variado. Una vez uno había visto esto, lo había visto realmente, el hecho de que podían existir mundos dentro de los mundos, que podían medrar universos dentro del universo propio, no era tan difícil de aprehender. Las matemáticas ayudaban a

sostenerlo a uno.

—Creo —dijo Markham— que ésa puede ser una explicación para el anómalo nivel de ruido. No es generado técnicamente, en absoluto, si es que estoy en lo cierto. De hecho, el ruido procede de los taquiones. La muestra de antimonio de indio no está simplemente transmitiendo taquiones, también los está recibiendo. Hay un fondo de taquiones que no hemos tenido en cuenta.

—¿Un fondo? —preguntó Renfrew—. ¿Procedente de dónde?

—Veámoslo. Probemos el correlacionador.

Renfrew hizo algunos ajustes y se apartó del osciloscopio.

—Eso debería conseguirlo.

—¿Conseguir qué? —preguntó Peterson.

—Éste es un analizador de coherencia en circuito cerrado —explicó Markham—. Recoge y elimina el genuino ruido de la muestra de indio, el ruido de la onda de sonido, quiero decir, y deja intactas todas las señales procedentes del fondo errático.

Renfrew miró intensamente la pantalla del osciloscopio. Una compleja forma ondulada osciló a través de la escala.

—Parece ser una serie de impulsos generados a intervalos regulares —dijo—. Pero la señal decae en el tiempo. —Señaló a una línea fluida que se desvanecía en el nivel de ruido a medida que se acercaba al lado derecho de la pantalla.

—Completamente regular, sí —dijo Markham—. Aquí hay un pico, luego una pausa, luego dos picos juntos, luego nada de nuevo, luego cuatro casi uno encima del otro, luego nada. Extraño.

—¿Qué creen que es? —preguntó Peterson.

—No un ruido de fondo ordinario, eso está claro —respondió Renfrew.

—Es coherente, no puede ser natural —dijo Markham.

—No —era Renfrew—. Más bien parecido a...

—Un código —terminó Markham—. Tomemos nota de algo de esto. —Empezó a escribir en un bloc—. ¿La imagen es a tiempo real?

—No. Simplemente lo ajusté para tomar una muestra del ruido en un intervalo de cien microsegundos. —Renfrew avanzó hacia los mandos del osciloscopio—. ¿Prefieres otro intervalo?

—Espera a que termine de copiar éste.

—¿Por qué no simplemente lo fotografiamos? —preguntó Peterson. Renfrew lo miró significativamente.

—No tenemos película. Hay escasez, y la prioridad no la tienen los laboratorios en estos días, ya sabe.

—Ian, tome nota de esto —dijo Markham.

Al cabo de una hora, los resultados eran obvios. El ruido era de hecho la suma de varias señales, cada una de ellas sobreponiéndose a las demás. Ocasionalmente

aparecía un tartamudeante grupo de impulsos, sólo para ser tragado en una tormenta de rápido zangloteo.

—¿Por qué hay tantas señales contrapuestas? —preguntó Peterson.

Markham se alzó de hombros. Frunció la nariz en un esfuerzo inconsciente por remontar sus gafas. Aquello le dio una no intencionada expresión de enorme y repentino desagrado.

—Supongo que es posible que procedan de un lejano futuro. Pero también me gusta la idea de los universos de bolsillo.

—Yo no me apoyaría mucho en una nueva teoría astrofísica —dijo Renfrew—. Esos tipos especulan con las ideas como los bolsistas con las acciones.

Markham asintió.

—Estoy de acuerdo, a menudo toman un granito de verdad y lo hinchán como si fuera un grano de arroz metido en agua intelectual. Pero esta vez tienen algo a su favor. Hay fuentes inexplicadas de emisión infrarroja, muy lejos entre las galaxias. Los microuniversos podrían tener ese aspecto. —Unió sus dedos formando como una tienda y los miró sonriendo, su gesto académico favorito. En momentos como ése era reconfortante tener un toque de ritual al que poder acudir—. Este osciloscopio tuyo muestra un centenar de veces el ruido ordinario que esperabas, John. Me gusta la idea de que no somos los únicos, y aquí hay un fondo de señales de taquiones. Señales de distintos tiempos, sí. Y de esos universos microscópicos también.

—Sin embargo, vienen y van —observó Renfrew—. Aún puedo seguir transmitiendo durante una fracción del tiempo.

—Estupendo —dijo Peterson. Llevaba un rato sin hablar—. Siga con ello, entonces.

—Espero que los tipos allá en 1963 no hayan empleado el detector de sensibilidad para estudiar este ruido. Si se mantienen enfocados a nuestras señales, que tienen que mantenerse por encima de este ruido de fondo cuando estamos transmitiendo adecuadamente, todo irá bien.

—Greg —musitó Peterson, los ojos remotos—, hay otro asunto.

—¿Oh? ¿Cuál?

—No deja de hablar usted de los universos más pequeños dentro del nuestro y de cómo estamos captando sus mensajes de taquiones.

—Correcto.

—¿No es eso un poco egocéntrico? ¿Cómo sabemos que nosotros, a nuestra vez, no somos un universo de bolsillo dentro del universo de alguien?

Gregory Markham se escabulló del Cav a primera hora de la tarde. Peterson y Renfrew seguían siendo incapaces de resistir el aguijonearse mutuamente. Peterson se sentía obviamente atraído por el experimento, pese a su automático hábito de distanciarse. Renfrew apreciaba el apoyo de Peterson, pero seguía pidiendo más.

Markham encontraba cómico el complicado ballet entre los dos hombres, principalmente debido a que en realidad era inconsciente. Con su forma de hablar típica de la oratoria, ambos se peleaban a la primera divergencia. Si Renfrew hubiera sido simplemente un hijo de obrero, sin duda se hubiera llevado perfectamente con Peterson, puesto que cada uno hubiera sabido cuál era su papel ordenado por los tiempos. Siendo sin embargo un hombre nadando en las exóticas aguas académicas, Renfrew no tenía puntos de referencia. La ciencia tenía una forma propia de originar tales conflictos. Uno podía salir de la nada y conseguir un gran logro sin haber aprendido ninguno de los nuevos hábitos sociales. La estancia de Fred Hoyle en Cambridge había sido un caso ejemplar. Hoyle había sido un astrónomo moldeado al viejo estilo del excéntrico-buscador-de-la-verdad, avanzando controvertidas teorías y echando a un lado los fríos y racionales hábitos cuando no encajaban con su talante. Renfrew podía muy bien revelarse como un Hoyle, un esforzado salmón nadando todo su camino contracorriente, si su experimento tenía éxito. La mayor parte de los científicos surgidos de entornos humildes adoptaba por aquel entonces un exterior afable, neutral; era más seguro. Renfrew no lo hacía así. Los grandes equipos modernos de investigación dependían para su progreso de bien organizadas y cuidadosamente calculadas operaciones a gran escala cuya estabilidad exigía un mínimo de trastornos —ésa era la jerga— «en relaciones interpersonales». Renfrew era un solitario con una psique de papel de lija. Lo más sorprendente era que Renfrew era enormemente cortés con la mayor parte de la gente; sólo el deliberado exhibicionismo de los símbolos de clase de alguien como Peterson lo sacaba de sus casillas. Markham había observado que las fricciones de clase llevaban décadas empeorando en Inglaterra, y captaba atisbos de ello en cada una de sus ocasionales visitas. La época parecía fortalecer el sentimiento de clase, para gran confusión de los condescendientes marxistas que tendían a aceptar los densos programas gubernamentales. La explicación le parecía clara a Markham: en la pronunciada cuesta económica, posterior a los años prósperos del petróleo del mar del Norte, la gente marcaba cada vez más sus diferencias a fin de mantener vivo su sentimiento de valía. Nosotros contra ellos era algo que agitaba la sangre. Mejor jugar ese antiguo y derivativo juego que enfrentarse a la tenaza gris del próximo futuro.

Markham se alzó de hombros, rechazando aquellos pensamientos, y caminó a lo largo del sendero peatonal que conducía a las solemnes torres de la ciudad. Él era un americano y por lo tanto estaba exento de los sutiles rituales de clase, no era más que un visitante con un pasaporte temporal. Un año aquí lo había habituado a las diferencias del idioma; las frases típicamente británicas que aparecían en medio de sus lecturas ya no le hacían volver los ojos atrás para releer el párrafo en busca de algún error de interpretación. Ahora reconocía el escéptico arco de las cejas de Peterson alzándose y su seco «¿Hummm?» como una bien estudiada arma social. El

preciso y elegante tono de voz de Peterson en palabras como «asentimiento» o «socialmente» era a todas luces mucho mejor que el mecánico graznido de los administradores americanos, que llamaban a cualquier información una «entrada de datos», siempre estaban «orientando un problema», sometían sus proposiciones como un «paquete» pero no siempre «lo compraban», y entablaban «diálogo» con su público; si uno ponía objeciones a ese deliberado charloteo robótico, su respuesta era siempre que se trataba tan sólo de «una cuestión semántica».

Markham metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y apresuró el paso. Llevaba varios días agotándose con elusivos cálculos de física matemática, y deseaba un largo paseo en solitario para que le ayudara a desembarazarse de su irritación. Pasó ante un edificio en construcción, donde chimpancés vistiendo monos llevaban ladrillos de un lado para otro y hacían todo el trabajo pesado. Era notable lo que el trastear con el ADN había conseguido en los últimos años. Mientras se acercaba a una cola para el autobús, algo llamó su atención. Un hombre negro con zapatillas de tenis estaba de pie al final de la cola, los ojos bailoteando, la cabeza bamboleándose como si estuviera manejada por hilos. Markham se acercó a él y murmuró:

—Hay un bobby al otro lado de la esquina —y siguió su camino. El hombre se quedó helado.

—¿Eh? ¿Qué? —Miró alocadamente a su alrededor. Echó una ojeada a Markham. Una vacilación, luego se decidió... echó a correr en dirección opuesta. Markham sonrió. La táctica estándar era aguardar hasta que llegara el autobús, y la atención de la cola se centrara en subir a él. Entonces agarrabas los bolsos de unas cuantas mujeres, y salías corriendo a toda velocidad. Antes de que la gente hubiera podido centrar en ti su atención, ya estabas a varias calles de distancia. Markham había visto aquella maniobra en Los Ángeles. Se dio cuenta, un poco apesadumbrado, de que tal vez no la hubiera reconocido si el hombre no hubiera sido negro.

Bajó por High Street. Las manos de los mendigos aparecieron como por arte de magia cuando vieron su chaqueta americana, y luego desaparecieron rápidamente cuando él frunció el ceño. En la esquina de St. Andrews y Market estaba la peluquería de Barrett, con un cartel proclamando: «Barrett está dispuesto a afeitarse únicamente a los hombres que se sienten incapaces de afeitarse a sí mismos». Markham se echó a reír. Se trataba de un chiste privado de Cambridge, una referencia a la astucia de Bertrand Russell y los matemáticos de hacía un siglo. Aquello lo devolvió al problema que estaba preocupándole, a la maraña de razonamientos que rodeaban los experimentos de Renfrew.

La pregunta obvia era: «¿Pero y qué pasa con Barrett? ¿Quién puede afeitarse al pobre viejo Barrett?» Si Barrett era capaz de afeitarse a sí mismo, y si el cartel era cierto, entonces no era capaz de afeitarse a sí mismo. Y si Barrett no podía afeitarse a sí mismo, entonces, según el cartel, era capaz de afeitarse a sí mismo. Russell había

imaginado esta paradoja, y había intentado resolverla inventando lo que él llamaba un «metacartel» que decía: «Barrett queda excluido del tipo de hombres a los que se refiere el primer cartel». Eso arreglaba el problema para Barrett, pero en el mundo real las cosas no eran tan sencillas. La sugerencia de Peterson de aquella mañana, acerca de no enviar el mensaje referente al banco, había alterado a Markham más de lo que había querido evidenciar. El problema con la teoría de los taquiones era que aquella idea del lazo causal no encajaba con nuestra propia percepción del tiempo avanzando hacia delante. ¿Qué ocurriría si ellos no enviaban el mensaje del banco? El nítido pequeño lazo, con flechas yendo del futuro al pasado y de vuelta de nuevo, se desmoronaba. No había seres humanos en ello. El objetivo de la moderna teoría física era hablar acerca de la realidad como algo independiente del observador... al menos mientras fuera dejada de lado la mecánica cuántica. Pero si Peterson se hallaba implicado en el lazo causal, tenía la posibilidad de cambiar de opinión en cualquier momento, y cambiar todo el maldito asunto. ¿Podía realmente? Markham hizo una pausa, mirando a través del cristal coloreado a un muchacho haciéndose recortar su ambarino pelo. ¿Existía el libre albedrío humano en aquel rompecabezas?

Las ecuaciones eran mudas. Si Renfrew tenía éxito, ¿cómo cambiarían las cosas a su alrededor? Markham tuvo una repentina y aprensiva visión de un mundo en el cual la floración del océano simplemente no se había producido. El y Renfrew y Peterson saldrían del Cav para descubrir que nadie sabía de qué estaban hablando. ¿Floración del océano? Resolvimos eso hace años. Así que se convertirían en unos chiflados, un curioso trío compartiendo una ilusión común. Sin embargo, para ser consecuentes, las ecuaciones decían que enviar el mensaje no podía tener unos efectos tan grandes. En primer lugar, no podían anular la auténtica razón de enviar los taquiones. De modo que tenía que haber un esquema consistente, en el cual Renfrew siguiera teniendo su idea inicial y contactara al Consejo Mundial, y sin embargo...

Markham agitó la cabeza para liberarse de aquellos pensamientos, sintiendo un extraño estremecimiento recorrer todo su cuerpo. Había algo más profundo allí, alguna laguna crucial en física.

Se apartó rápidamente de la barbería, turbado. Una partida de críquet se estaba desarrollando perezosamente a lo largo de la tarde en el gran terreno en forma de tarta conocido como el Lugar de Parker. El matemático G. H. Hardy había contemplado a otra gente jugar allí mismo, hacía un siglo. Y a menudo, pensó Markham, había haraganeado también por aquellos lugares a lo largo de la tarde, exactamente como él lo estaba haciendo ahora. Markham podía comprender la motivación del juego, pero no los detalles. Nunca había comprendido la jerga del cricket, y todavía era incapaz de darse cuenta de cuándo se realizaba una buena jugada. Caminó por detrás de las hileras de espectadores, sentados en sus sillas de lona, y se preguntó qué hubieran pensado los espectadores de críquet de hacía un siglo de la Inglaterra de hoy.

Sospechaba, sin embargo, que, como la mayor parte de la gente incluso hoy, hubieran supuesto que el mañana sería aproximadamente igual al presente.

Markham giró hacia Regent Street y pasó el jardín botánico de la universidad. Más allá había una escuela de niños. Disponiendo las normas y gracias de las clases superiores, según una antigua frase real. Cruzó el arco de la entrada y se detuvo en el tablero de anuncios de la escuela. Los siguientes alumnos han perdido sus posesiones personales. Serán llamados al Estudio del Prefecto el jueves día 4 de junio.

No «se ruega que se presenten». Nada de innecesarios circunloquios: simplemente una afirmación directa. Markham podía imaginar la breve conversación. «Lo siento, yo...».

«Castigo estándar. Cincuenta líneas, con su mejor caligrafía. Me las traerá mañana en el recreo». Y el estudiante saldría murmurando: A partir de ahora seré más cuidadoso con mis cosas personales.

El hecho de que el estudiante pudiera utilizar una de las recientes máquinas vocoescriptoras para casi todo su trabajo en la escuela no importaba; el principio persistía.

Era extraño cómo se mantenían las formas, cuando todo lo demás —edificios, política, fama— se desmoronaba. Quizá fuera aquélla la fuerza de aquel lugar. Había como una intemporalidad allí, demasiado frágil como para que el seco aire de California pudiera mantenerla. Ahora que había llegado el pleno verano, los amaneramientos de las escuelas y facultades parecían todavía más antiguos, una rebanada de tiempo caduco. Descubrió que su propio espíritu se elevaba ante el final del interminable invierno, con las lluvias de primavera.

Sintió que su mente se despegaba del problema de los taquiones, buscando refugio en aquella confortable aura del pasado. Se dio cuenta de que todo era diferente para él, allí. Los ingleses eran peces nadando en aquel mar del pasado. Para ellos era como una presencia palpable, una extensión viva, comentando los acontecimientos como un susurro a medias oído desde un escenario. Los americanos contemplaban el pasado como un paréntesis en el torrente de frases del presente, un apartado, algo independiente del fluir general.

Caminó de vuelta hacia las facultades, dejando que sus sensaciones acerca de las presiones del tiempo se infiltraran en él. Él y Jan habían estado en la mesa de profesores en varias de aquellas facultades, la experiencia anglófila definitiva. La placa conmemorativa que brillaba como mercurio, y los tazones descascarillados en el borde. En la sala de descanso de madera pulida, los dorados marcos contenían ceñudos retratos de los fumadores de la universidad. En el gran salón comedor, Jan se había mostrado sorprendida al descubrir la evidente segregación: los de Eton en una mesa, los de Harrow en otra, los alumnos de las escuelas públicas en una tercera, y finalmente, los graduados de las escuelas estatales y todos los demás en una

heterogénea última mesa. Para un americano llegado a una tal ciudadela de la educación, tras décadas de feroz política de igualdad-a-toda-costa, todo aquello parecía extraño. Allí persistía una confianza en las ventajas heredadas, e incluso la idea de que un sistema como aquél era también una virtud heredada. El pasado resistía. Uno podía estar rabiosamente al día, conocer absolutamente todos los tugurios de moda de los placeres carnales, y sin embargo permanecer tranquila y confortablemente sentado en las sillas del coro en la capilla del King's College, escuchando a los querubines con gorgueras isabelinas hacer vibrar las vidrieras emplomadas con sus agudos. Parecía como si en un cierto confuso sentido el pasado estuviera aún allí, que todos ellos estuvieran conectados a él, y que la percepción del futuro como algo tangible viviera también en el presente.

Markham se relajó por un momento, dejando que la idea derivara fuera de su subconsciente. Caminar era el suave ejercicio que su mente necesitaba; había utilizado antes sus efectos. Algo... algo acerca de la realidad necesitando ser independiente del observador... Alzó la vista. Una enorme nube amarillenta, avanzando rápida y baja sobre las grises torres, apretaba las sombras contra los flancos de la iglesia de St. Mary. Las campanas repiqueteaban una cascada de sonido a través del momentáneamente frío aire; la nube parecía estar sorbiendo el calor de la brisa.

Observó los remolineantes dedos de neblina que se disolvían sobre su cabeza en el rastro de la nube. Luego, bruscamente, lo captó. El quid del problema era el observador, el tipo que tenía que ver objetivamente las cosas. ¿Quién era él? En mecánica cuántica, las propias ecuaciones no te decían nada acerca de en qué sentido fluía el tiempo. Una vez efectuabas una medición, había que pensar en el experimento en curso como en algo que generaba probabilidades. Todo lo que las ecuaciones podían decirle era cuan probable podía ser un acontecimiento «posterior». Ésa era la esencia del cuanto. La ecuación de Schrödinger podía hacer que las cosas evolucionaran hacia delante en el tiempo, o hacia atrás. Sólo cuando el observador metía su dedo y efectuaba una medición surgía algo que fijaba la dirección del flujo del tiempo. Si el todopoderoso observador medía una partícula y la hallaba en una posición  $x$ , entonces la partícula recibía un pequeño empuje del observador, por el hecho mismo de la observación. Ése era el principio de incertidumbre de Heisenberg. Uno no podía decir exactamente cuánto del empuje había sido proporcionado por el observador a la infeliz partícula, de modo que en un cierto sentido su posición futura era incierta. La ecuación de Schrödinger describía el abanico de posibilidades acerca de dónde podría aparecer la partícula a continuación. Las probabilidades aparecían bajo la imagen de una onda, moviéndose hacia delante en el tiempo y haciendo posible que la partícula apareciera en varios lugares diferentes en el futuro. Una onda de probabilidad. La vieja imagen de la bola de billar, en la cual la partícula se movía

con certidumbre newtoniana hasta su siguiente punto, era simplemente falsa, engañosa. La localización más probable de la partícula era, de hecho, exactamente la misma que en la posición newtoniana... pero eran posibles otros caminos. Muy poco probables, cierto, pero eran posibles. El problema surgía cuando el observador volvía a meter su dedo y efectuaba una segunda medición. Encontraba la partícula en un lugar, no diseminada en un conjunto de lugares posibles. ¿Por qué? Porque el observador se consideraba esencialmente a sí mismo newtoniano... un «medidor clásico», según el modo de hablar técnico.

Markham sonrió ampliamente mientras giraba por King's Parade arriba. Había una trampa en esa argumentación. El observador clásico no existía. Todo en el mundo era regido por la mecánica cuántica. Todo se movía de acuerdo con ondas de probabilidad. De modo que el masivo e intocado experimentador era empujado a su vez. Recibía un empuje de incierta intensidad de la ultrajada partícula, y eso significaba que el observador también era regido por la mecánica cuántica. El formaba parte del sistema. El experimento era mayor, y más complejo, que las simples ideas del pasado. Todos formaban parte del experimento; nadie podía quedar separado de él. Uno podía hablar acerca de un segundo observador, mayor que el primero, que no resultara afectado por el experimento... pero eso simplemente llevaba el problema un paso más allá. El último recurso consistía en considerar a todo el universo como el «observador», de modo que todo se convirtiera en un sistema coherente, pero eso significaba que uno tenía que resolver inmediatamente el problema completo del movimiento del universo, sin dividirlo en experimentos separados más convenientes.

La esencia del problema era, ¿qué es lo que hace que la partícula aparezca en un solo lugar? ¿Por qué elige uno de los posibles estados y no todos? Era como si el universo tuviera varias formas posibles de actuar, pero que algo le hiciera elegir una en particular.

Markham se detuvo, estudiando la vertiginosa altura de la Great St. Mary. Un estudiante se asomó allá arriba, una minúscula cabeza contra el cielo azul.

¿Cuál era la analogía correcta?

El haz de taquiones planteaba el mismo problema. Si sus ideas eran correctas, había una especie de onda de probabilidad viajando hacia delante y hacia atrás en el tiempo. Estableciendo una paradoja se conseguía convertir la curva en un lazo, fijando el sistema en una especie de atónito frenesí, incapaz de decidir hacia qué estado decantarse. Algo debía efectuar la elección. ¿Había alguna analogía allí, algún tipo de observador inmóvil, que hacía que el tiempo fluyera hacia adelante en vez de hacia atrás?

Si era así, entonces la paradoja tenía una respuesta. De alguna manera, las leyes de la física tenían que proporcionar una respuesta. Pero las ecuaciones permanecían

mudas, inescrutables. Como era siempre el caso, la cuestión básica que respondían las matemáticas era el cómo, no el porqué. ¿Había que hacer intervenir pues al movedor inmóvil? ¿Y quién era... Dios? Era posible.

Markham agitó frustrado la cabeza. Las ideas zumbaban como enjambres de abejas, pero no podía atraparlas. Bruscamente gruñó y cruzó por entre una fila de estudiantes en bicicleta, entrando en Bowes & Bowes.

La sección de novedades era cada vez más escasa; el negocio editorial estaba en crisis, acosado por la oleada de la televisión. Una mujer en la caja registradora atrajo su atención; muy sexy. Pero estaba más allá de las posibilidades de su edad, pensó amargamente. Estaba llegando al estadio en el que las ambiciones casi siempre superaban las posibilidades de éxito.

El asunto de los taquiones volvió a preocuparle mientras se dirigía a casa, cruzando el Cav y las piscinas. Una extensión de césped, llamada Lammas Land, Tierras del Primero de Agosto, por alguna antigua razón, probablemente derivada de la fiesta de recolección de la cosecha, se extendía ante él en la húmeda y cálida tarde. Todo parecía como inmóvil, como si el año se hubiera detenido al final de la larga cuesta que había trepado para escapar del invierno, y ahora estuviera dudando antes de empezar a descender por el otro lado. Se volvió hacia el sur, hacia Grantchester, donde el reactor nuclear era aún un edificio en construcción. Parecía como si con todos los retrasos nunca fueran a terminar la pelota de squash que formaba el aislamiento del reactor. Las praderas que lo rodeaban eran una bolsa de paz rural. Las vacas se refugiaban en la oscura sombra de los árboles agitando sus colas para alejar a las moscas. Había amodorrados sonidos, el reclamo de palomas torcaces, el zumbido de un avión, murmullos y chasquidos. El aire estaba lleno con el aroma de cardos, milenrama, hierba cana, tanaceto. Los colores brotaban entre la densa hierba: el amarillo de la manzanilla, el azul de las campánulas, el escarlata de la pimpinela a la que había dado fama la literatura.

Jan estaba leyendo cuando llegó a casa. Hicieron perezosamente el amor en el dormitorio de arriba con los postigos cerrados, empapando las sábanas. Más tarde, la imagen de la mujer en Bowes & Bowes destelló en su medio adormiladamente. Un intenso olor almizcleño flotaba en el aire. El largo día se arrastraba hasta casi las diez, rechazando la noche. Markham recordó, mientras se dedicaba a unos rápidos cálculos a la pálida luz del anochecer, que en algún lugar del planeta alguien debía estar pagando por esos largos días de verano un alto precio en heladas noches de invierno. Las deudas se compensan, pensó. Y mientras contemplaba aquel anochecer, tuvo la sensación de que otro anochecer mucho más largo se estaba acercando.

## 16 - 8 de abril de 1963

Gordon iba con retraso para la reunión del comité de la facultad, y caminaba apresuradamente cuando Bernard Carroway interceptó su trayectoria.

—Oh, Gordy, necesito hablar contigo. —Algo en el tono de Bernard hizo que Gordon se detuviera—. He oído hablar de esa cosa que llevas adelante con Shriffer. Vi algo de ello en las noticias de última hora... uno de mis estudiantes me telefoneó para decirme que lo viera. —Carroway unió sus manos tras su espalda, un gesto que le daba el aspecto de un juez.

—Bueno... sí, creo que Saul fue un poco demasiado lejos...

—¡Me alegra oírte decir eso! —Bernard se mostró repentinamente jovial—. Yo también pensé en ello. Bueno, Saul suele pasarse con ese tipo de cosas, ya sabes. —Escrutó a Gordon, buscando su confirmación.

—A veces.

—Ni yo mismo puedo imaginar algo más improbable que eso... ¿experimentos de resonancia nuclear, dijo? Una forma malditamente extraña de comunicarse.

—Saul piensa que parte de... del mensaje... lo constituyen coordenadas astronómicas. Recordarás cuando vine a preguntarte...

—¿Esa era la base de todo el asunto, entonces? ¿Simplemente unas cuantas coordenadas?

—Bueno, él descifró los impulsos convirtiéndolos en esa imagen —admitió Gordon sin convicción.

—Oh, eso. A mí me parecen como los garabatos de un crío.

—No, hay una estructura. En cuanto al contenido, no podemos...

—Creo que tienes que ser cuidadoso con todo esto, Gordy. Compréndelo, me gusta algo del trabajo de Shriffer. Pero yo y algunos otros de la comunidad astronómica tenemos la impresión de que él, bueno, quizá se pasó ya un poco con eso de las radiocomunicaciones. ¡Y ahora esto...! ¡Encontrar mensajes en experimentos de resonancia nuclear! Creo que Shriffer ha ido mucho más allá de los límites.

Bernard asintió seriamente y miró a sus pies. Gordon se preguntó qué decir. Bernard exhibía una gravedad al respecto que frenaba cualquier contradicción directa. Llevaba su exceso de peso con una energía agresiva que parecía desanimar a cualquiera a enfrentársele. Era bajo, con un pecho en forma de barril que, cuando se relajaba, se revelaba de pronto tan sólo como un estómago demasiado alto, mantenido deliberadamente allí. Ahora, mientras Gordon observaba, se relajó; Bernard lo había olvidado, en su concentración sobre los pecados de Shriffer. Su chaqueta en punto de espiga se hinchó, los botones se tensaron. Gordon imaginó poder oír el cinturón de Bernard crujir bajo la nueva presión. Pero esa tortura de sus ropas parecía redimida por el inconsciente flujo de placer que se extendió por el serio rostro de Bernard

mientras su estómago descendía.

—Eso pone una mancha negra en todo el asunto, ya sabes —dijo bruscamente Bernard, alzando la vista—. Una mancha muy negra.

—Creo que hasta que lleguemos al fondo...

—Al fondo precisamente es hasta donde te ha arrastrado Shriffer con él, Gordy. Estoy seguro de que nada de eso fue idea tuya. Lamento que nuestro departamento haya de verse mezclado en todo ese asunto. Si eres inteligente, salta lo antes que puedas de él.

Y una vez dado este consejo, Bernard hizo un gesto de saludo con la cabeza y se fue.

Cooper alzó la vista cuando Gordon entró en el laboratorio.

—Buenos días —dijo—. ¿Cómo se encuentra?

Gordon reflexionó sobriamente que la gente solía preguntarle a uno rutinariamente cómo se encontraba, como una fórmula establecida de saludo, cuando de hecho no le importaba en lo más mínimo.

—Me encuentro como una mosca ahogada en un vaso de sifón —murmuró Gordon. Cooper frunció el ceño, desconcertado—. ¿Viste la televisión ayer por la noche? —preguntó Gordon.

Cooper frunció los labios.

—Sí —dijo, como si le costara reconocerlo.

—Yo no quería que las cosas se nos escaparan de las manos de esta forma. Shriffer me quitó la pelota y echó a correr con ella.

—Bueno, quizá marcó un gol.

—¿Realmente lo crees así?

—No —admitió Cooper. Se inclinó hacia delante y ajustó un mando en un osciloscopio, como si obviamente hubiera dicho todo lo que deseaba decir. Gordon se alzó de hombros como si enormes pesos gravitaran sobre ellos. No tenía intención de pinchar la despreocupada impertinencia no judía de Cooper, tan bien oculta bajo la capa de la indiferencia.

—¿Algún dato nuevo? —preguntó Gordon, metiendo los puños en los bolsillos de sus pantalones y recorriendo el laboratorio, inspeccionando, sintiendo un cierto placer privado ante el pensamiento de que allí, al menos, sabía qué era lo que estaba ocurriendo y lo que importaba.

—He obtenido algunas buenas líneas de resonancia. Estoy trabajando con las mediciones que decidimos que debíamos tomar.

—Oh, bien.

—Mire, estoy haciendo únicamente lo que usted y yo decidimos que debíamos hacer. No va a sorprenderme con ningún resultado inesperado, no, señor.

Gordon caminó un poco más por el laboratorio, comprobando los instrumentos.

El Dewar con el nitrógeno hervía con su burbujeante frío, los transformadores zumbaban, las bombas resoplaban bovinamente. Gordon examinó el cuaderno de notas de laboratorio de Cooper, buscando posibles fuentes de error. Recordó de memoria las simples expresiones teóricas que los datos de Cooper debían confirmar. Las cifras se alineaban tranquilizadamente cerca de los límites teóricos. Al lado de la precisión universitaria de las anotaciones de Cooper, los garabatos de Gordon parecían una burda intrusión humana a la nítida y perfecta rectangularidad de las páginas cuadriculadas. Cooper trabajaba con un preciso bolígrafo de punta fina; Gordon utilizaba una pluma Parker, incluso para los cálculos rápidos como aquéllos. Prefería el elegante deslizarse y la repentina muerte por obstrucción de las plumas, y el toque de importancia que sus gruesas líneas azules daban a una página. Una de las razones por las cuales había cambiado de las camisas blancas a las azules era la inútil esperanza de que las manchas de tinta en el bolsillo de la izquierda del pecho fueran más fáciles de disimular.

Trabajar de este modo, de pie en medio de la descuidada maraña del experimento en curso y trazando sus garabatos en el bloc de notas, lo relajaba. Por un momento estaba de nuevo de vuelta en Columbia, un hijo de Israel leal a la causa de Newton. Pero de pronto hubo comprobado ya la última de las cifras de Cooper, y ya no había nada más que hacer. El momento había pasado. Se sumergió de nuevo en el mundo.

—¿Tienes ya el resumen que te pedí que escribieras para tu examen de candidatura? —preguntó a Cooper.

—Oh, sí. Está ya casi listo. Se lo traeré mañana.

—Bien, bien. —Dudó, no deseando irse—. Esto, oye... no has obtenido más que curvas de resonancia normales, ¿verdad? Ningún...

—¿Mensaje? —Cooper sonrió—. No, ningún mensaje. Gordon asintió, miró ausentemente a su alrededor, y se fue.

No regresó a su oficina, sino que en vez de ello tomó un camino lateral que pasaba por la biblioteca de ciencias físicas. Estaba situada en la planta baja del edificio B y tenía un aspecto difuso, provisional. Todo en la Universidad de La Jolla daba esta impresión, comparado con los austeros corredores de Columbia, y ahora se hablaba incluso de que el nombre de campus iba a ser cambiado. La Jolla iba a ser anexionada por el follón de San Diego. El consejo de la ciudad hablaba de ahorro en el servicio contra incendios y en la protección policial, pero Gordon tenía la impresión de que no se trataba más que de un nuevo paso en el camino de la homogeneización, la Losangelización de lo que hasta entonces había sido una agradable y singular distinción. De modo que la Universidad de La Jolla iba a convertirse en la Universidad de San Diego, e iba a perderse algo más que un hombre.

Dedicó una hora a hojear los últimos números de las revistas de física, y luego

buscó algunas referencias relativas a una antigua idea que había dejado a un lado hacía tiempo. Al cabo de un rato ya no tenía ningún auténtico motivo para seguir allí, y todavía faltaba una hora para la comida. Con una cierta reluctancia volvió a su oficina, sin pasar por el tercer piso para recoger el correo de la mañana, sino cruzando por entre los edificios de física y de química, pasando bajo el orgásmico sueño arquitectónico de un puente que enlazaba ambos edificios. El hermoso esquema de hexágonos entrelazados atraía ciertamente la atención, tenía que admitirlo. De todos modos, sin embargo, daban la inquietante impresión del andamiaje para algún enorme nido de insectos, un diseño para algún futuro panal.

No se sorprendió al ver abierta la puerta de su oficina, puesto que normalmente siempre la dejaba así. La principal distinción que había notado en los esquemas de comportamiento de los humanistas en relación a los científicos residía precisamente en las puertas: los humanistas las cerraban, desanimando así los encuentros casuales. Gordon se preguntó si aquello tendría algún profundo significado psicológico, o más probablemente significaba que los humanistas se ocultaban cuando estaban en el campus. Por todo lo que Gordon podía decir, la respuesta era: difícilmente. Todos ellos parecían trabajar en sus casas.

Isaac Lakin estaba de pie en la oficina de Gordon, de espaldas a la puerta, estudiando el panal que se extendía allí abajo.

—Ah, Gordon —murmuró, volviéndose—. Estaba buscándole.

—Puedo imaginar por qué.

Lakin se sentó en el borde del escritorio de Gordon; Gordon permaneció de pie.

—¿Oh?

—El asunto de Shriffer.

—Sí. —Lakin alzó la vista hacia las luces fluorescentes y frunció los labios, como si estuviera seleccionando cuidadosamente las palabras más adecuadas.

—Se me escapó de las manos —dijo Gordon servicialmente.

—Sí. Me temo que sí.

—Shriffer dijo que nos mantendría a mí y a la Universidad de La Jolla fuera de todo el asunto. Su única intención era divulgar aquel dibujo.

—Bueno, hizo mucho más que eso.

—¿Cómo?

—He recibido un cierto número de llamadas. También las hubiera recibido usted, si hubiera permanecido en su oficina.

—¿De quién?

—Colegas. Gente que trabaja en el campo de la resonancia nuclear. Todos ellos desean saber qué es lo que pasa. Y, debo admitirlo, yo también.

—Bueno... —Gordon hizo un resumen del segundo mensaje, y de como Shriffer se había visto implicado en ello—. Me temo que Saul se tomó las cosas hasta mucho

más allá de lo que debiera haber hecho, pero...

—Yo también opino lo mismo. Nuestro auditor llamó también.

—¿Y qué?

—¿Y qué? De acuerdo, él no tiene demasiado poder real. Pero nuestros colegas sí. Han emitido su juicio.

—¿De veras? ¿Y?

Lakin se alzó de hombros.

—Tendrá que refutar usted las conclusiones de Shriffer.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque son falsas.

—Eso es algo que no sé.

—No debería hacer usted afirmaciones que no puede probar que sean ciertas.

—Pero negarlas tampoco se ajusta a la verdad.

—¿Considera usted probable esa hipótesis?

—No. —Gordon se agitó, inquieto. Había esperado no tener que afirmar nada, ni en uno ni en otro sentido.

—Entonces niéguese a seguir adelante con ello.

—No puedo negar que hemos recibido ese mensaje. Llegó claro y fuerte.

Lakin alzó sus cejas con un desdén europeo, como diciendo: ¿Cómo puedo razonar con una persona así? En respuesta, Gordon metió los pulgares en el cinturón de sus pantalones y encorvó los hombros. De un modo absurdo, tuvo una repentina visión de Marión Brando en la misma pose, clavando sus ojos en el matón con el que acababa de cruzarse. Parpadeó y pensó en qué decir a continuación.

—¿Se da cuenta —dijo Lakin cuidadosamente— de que todas esas habladurías acerca de un mensaje, además de hacerle aparecer a usted como un estúpido, van a arrojar un montón de dudas sobre el efecto de la resonancia espontánea?

—Quizá.

—Algunas de mis llamadas telefónicas se referían específicamente a ese punto.

—Quizá.

Lakin miró duramente a Gordon.

—Creo que tendría que reflexionar sobre esto.

—Brillar es mejor que reflejar —murmuró Gordon aviesamente.

Lakin se envaró.

—¿Qué demonios...?

Sonó el teléfono. Gordon lo cogió, aliviado. Respondió a la llamada con monosílabos:

—Estupendo. A las tres, entonces. El número de mi oficina es el 118. Cuando colgó, miró a Lakin francamente y dijo:

—Era el San Diego Union.

—Un periódico peligroso.

—Por supuesto. Deseaban saber algo más acerca de toda esta historia.

—¿Va usted a recibirles?

—Naturalmente.

Lakin suspiró.

—¿Qué les va a decir?

—Les diré que no sé de dónde demonios puede haber venido todo eso.

—Imprudente. Muy imprudente.

Cuando Lakin se hubo ido, Gordon se preguntó acerca de la repentina frase que había salido casi por voluntad propia de su boca: Brillar es mejor que reflejar. ¿Dónde la había oído antes? Penny, probablemente; sonaba como alguna cita literaria. ¿Pero qué significaba? ¿Iba él detrás de la fama, como Shriffer? Estaba condicionado a aceptar un cierto grado de culpabilidad sobre algo como aquello... ése era el cliché, ¿no?, los judíos se sienten culpables, es algo que va de madres a hijos. Pero allí no había ninguna culpabilidad; su intuición se lo decía. Su intuición le decía que había algo en el mensaje, que era real. Había vuelto sobre aquel tema un centenar de veces, y aún seguía creyendo en su propio juicio, sus propios datos. Y si para Lakin el tema era una tontería, si Gordon parecía ser un fraude... bueno, entonces peor para él.

Metió sus pulgares en el cinturón de sus pantalones y miró por la ventana, a la ingeniería insectoide de California, y se sintió bien, condenadamente bien.

Después de que el periodista del San Diego Union se fuera, Gordon seguía sintiéndose confiado, aunque con algún esfuerzo. El periodista le había hecho un montón de preguntas estúpidas, pero esto era algo previsible. Gordon se aferraba a las incertidumbres; el Union deseaba respuestas claras a preguntas cósmicas, preferiblemente en frases que se pudieran citar textualmente. Para Gordon el punto más importante era como trabajar la ciencia, como las respuestas eran siempre provisionales, siempre aguardando el resultado de futuros experimentos. El Union esperaba aventura y excitación y más pruebas del avance de aquella universidad hacia la fama y grandeza. A través de aquel abismo fluía algo de información, pero no mucha. Estaba separando su correo, metiendo algunas cartas en su maletín para leerlas por la noche, cuando entró Ramsey.

Al cabo de unos breves preliminares —Ramsey parecía profundamente interesado en la climatología—, sacó una hoja de un sobre y dijo:

—¿Es ésa la imagen que Shriffer mostró ayer por la noche?

Gordon la estudió.

—¿Dónde la has conseguido?

—Me la dio tu estudiante, Cooper.

—¿Y de dónde la consiguió él?

—De Shriffer, dice.

—¿Cuándo?

—Hace algunas semanas. Shriffer acudió a él para comprobar los puntos y las rayas, dice.

—Hum. —Gordon supuso que era lógico que Shriffer acudiera a comprobarla. Era una precaución razonable—. De acuerdo, eso no tiene importancia. ¿Qué hay con ello?

—Bueno, no creo que esto tenga ningún sentido, pero todavía no he tenido demasiado tiempo para... Mira, lo que quiero decir es, ¿qué demonios está haciendo ese tipo Shriffer?

—Decodificó un segundo mensaje. Cree que procede de una estrella llamada la 99 de Hércules, que...

—Sí, sí, lo sé. El asunto es, ¿qué estaba haciendo en televisión?

—Dar publicidad a esa imagen.

—¿No sabe nada del primer mensaje, de ese en el que estoy trabajando?

—Por supuesto que lo sabe.

—Bueno, infiernos... todo eso de la televisión es pura mierda, ¿no?

Gordon se alzó de hombros.

—Yo soy agnóstico. No sé lo que significa, eso es exactamente lo que acabo de decirle a un periodista.

Ramsey pareció preocupado.

—Entonces todo eso no es más que sensacionalismo barato, ¿no? ¿Pero eso en lo que estoy trabajando es correcto?

—Es correcto.

—¿Y Shriffer es tan sólo un idiota?

—Soy agnóstico —dijo Gordon, repentinamente tenso. Todo el mundo estaba pidiéndole la eterna y absoluta Verdad, y él no tenía nada que vender.

—Está bien. Algo de la bioquímica de todo esto está empezando a tener un poco de sentido, ¿sabes? Por todo lo que sé, alguno de los experimentos en los que he puesto a trabajar a mis estudiantes está dando resultados, al parecer. Y ahora, de pronto, aparece esto...

—No te preocupes por ello. El mensaje de Shriffer puede ser pura mierda, por lo que sé. Mira, en cierto modo me han engañado y... —Gordon se secó la frente—, la cosa se me ha escapado de las manos. Sigue con los experimentos, ¿quieres?

—Sí, claro. ¿Engañado por quién?

—Shriffer. Cree que ha decodificado algo, y se ha apresurado a acudir a la televisión. No fue idea mía.

—Oh, Oh, sí. Eso cambia las cosas. —Ramsey pareció ablandarse. Luego su rostro se volvió a ensombrecer—. ¿Qué hay acerca del primer mensaje?

—¿Respecto a qué?

—¿Piensas difundirlo?

—No. No es mi intención.

—Bien. Bien.

—Puedes disponer de todo el tiempo que necesites para trabajar en él.

—Estupendo. —Ramsey tendió su mano, como si acabaran de hacer un trato—. Estaremos en contacto.

Gordon estrechó la mano solemnemente.

La pequeña comedia que había representado con Ramsey le preocupó al principio, pero pronto se dio cuenta de que formaba parte del tratar con la gente: uno tenía que adoptar su modo de hablar, ver las cosas desde su punto de vista, si deseaba establecer una comunicación. Ramsey veía todo aquello como un juego en el cual el primer mensaje era una información privilegiada, y Shriffer era simplemente un entrometido. Bien, para los propósitos del universo de Ramsey, que fuera así. En una cierta época, cuando era más joven, Gordon no hubiera dudado en ser rudamente cínico en adoptar una postura determinada simplemente para convencer a alguien. Ahora las cosas parecían distintas. No le estaba mintiendo a Ramsey. No estaba ocultando información. Simplemente estaba modelando la forma de describir los acontecimientos. Los clichés adolescentes acerca de la verdad y la belleza y la honestidad no eran más que basura, una forma simplista de pensar. Cuando había algo que hacer, uno debía decir lo necesario. Así eran las cosas. Ramsey seguiría con los experimentos sin preocuparse de lo que desconocía y, con un poco de suerte, conseguirían algo.

Estaba alejándose a pie del edificio de física, encaminándose hacia la Torrey Pines Road, donde estaba estacionado su Chevy, cuando una esbelta figura alzó la mano en un saludo. Gordon se volvió y reconoció a María Goeppert Mayer, la única mujer del departamento. Había sufrido un ataque de apoplejía hacía poco tiempo, y ahora se la veía muy raramente por allí, caminando como un fantasma por los corredores, parcialmente paralizada de un lado, hablando confusamente. Su rostro se mostraba flácido y parecía cansada, pero en sus ojos Gordon pudo ver una inteligencia activa que jamás se apagaba.

—¿Cree usted en sus re... resultados? —preguntó.

Gordon vaciló. Bajo su penetrante mirada se sintió como debajo del microscopio de la historia; aquella mujer había salido de Polonia, había pasado los años de la guerra, había trabajado en la separación de los isótopos del uranio para el Proyecto Manhattan en Columbia, efectuado investigaciones con Fermi justo antes de que el cáncer acabara con él. Había pasado a través de todo aquello y de más aún: su esposo, Joe, era un brillante químico que ocupaba un puesto de profesor en Chicago, mientras que a ella se le había denegado una posición académica y había tenido que contentarse con un puesto de investigadora asociada. De pronto se preguntó si ella se

habría sentido irritada por todo aquello mientras efectuaba el trabajo sobre el modelo del núcleo atómico que la había hecho famosa. Comparado con todo lo que había tenido que enfrentarse antes, sus problemas de ahora no eran nada. Se mordió el labio.

—Sí. Sí, creo que sí. Hay algo... algo que está intentando llegar hasta nosotros. No sé qué.

Ella asintió. Había confianza en la forma en que lo hizo, pese a su lado paralizado, que despertó ecos en Gordon. Parpadeó sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Bien, bien —murmuró ella con un tono entrecortado, y se alejó, sonriendo todavía. Llegó a casa inmediatamente después que Penny, y la encontró cambiándose de ropa.

Dejó su maletín a un lado, lleno con todas las preocupaciones del día.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—A practicar un poco de surf.

—Cielos, se está haciendo oscuro.

—Las olas no lo saben.

Se apoyó contra la pared. La energía de Penny lo abrumaba. Aquella era la faceta de California que le resultaba más dura de asimilar: la energía física, el impulso.

—Vente conmigo —dijo ella, poniéndose un sucinto bikini y una camiseta encima—. Te enseñaré. Tú también puedes practicarlo.

—Oh —dijo él, no deseando mencionar que había deseado tomarse un vaso de vino blanco y ver las noticias de la noche. Después de todo, pensaba, y repentinamente el pensamiento no le gustó, podía haber alguna secuela de la historia de Shriffer.

—Anda, vamos.

En la playa de Wind'n Sea la observó abrirse camino en la ladera descendente de una ola, y se maravilló ante ello: una chica frágil, dominando una simple plancha y venciendo el ciego impulso del océano, suspendida en el aire como gracias a algún milagro de la dinámica newtoniana. Parecía un misterio líquido, y sin embargo tenía la sensación de que no debía sorprenderse; se trataba, después de todo, de un asunto de dinámica clásica. La pandilla que solía merodear en torno a la caseta de la bomba de agua estaba allí al completo, cabalgando en sus planchas mientras aguardaban la perfecta sincronización con las crestas de las olas, cuerpos bronceados en equilibrio sobre sus blancas planchas. Gordon sudaba bajo la inflexible rutina de los ejercicios de la Reales Fuerzas Aéreas Canadienses, convenciéndose a sí mismo de que aquello era tan bueno como el obvio placer que extraían los que practicaban el surf rompiendo el empuje de las olas. Una vez realizados los ejercicios de flexiones y tracciones, corrió un poco por la franja de arena, resoplando e intentando al mismo

tiempo, de alguna forma, desentrañar los acontecimientos del día: rechazaron su simplista aproximación, el día no iba a descomponerse en un simple paradigma. Se detuvo, jadeando en el salino aire, las cejas empapadas del sudor que resbalaba de su frente. Penny se deslizaba hacia la playa en su plancha, pareciendo colgar en el denso aire, y agitó una mano hacia él. Tras ella, el océano se alzó como un muro y atrapó su plancha con su lisa mano, inclinándola hacia adelante. Penny se tambaleó, vaciló, agitó los brazos en el aire: cayó. La espumosa ola la tragó. La blanca plancha dio un vuelco, se giró del revés, fue arrastrada por el impulso de la ola. La cabeza de Penny apareció, el cabello aplastado contra su cráneo como si fuera una gorra, parpadeando, sus dientes brillando blancos. Se echó a reír.

Mientras se vestían, Gordon dijo:

—¿Qué hay para cenar?

—Lo que tú quieras.

—Ensalada de alcachofas, luego faisán, luego un bizcocho borracho de coñac.

—Espero que seas capaz de hacer todo eso.

—De acuerdo, ¿qué es lo que quieres tú?

—Voy a salir. No tengo hambre.

—¿Eh? —Un breve asomo de sorpresa. Él sí tenía hambre—. Voy a una reunión.

—¿De qué?

—Una reunión. Un mitin, más bien.

—¿Para qué? —insistió él.

—Di más bien para quién. Para Goldwater.

—¿Qué?

—Supongo que habrás oído hablar de él. Se presenta a las elecciones para presidente.

—Estás bromeando. —Se detuvo, un pie a medias alzado, a medio camino de ponerse sus pantalones cortos. Luego, dándose cuenta de lo cómico que debía parecer en aquella postura, bajó la pierna y acabó de ponérselos—. Es un simple de espíritu...

—¿Como Babbitt?

No, Sinclair Lewis nunca se le hubiera ocurrido.

—Dejémoslo en un simple de espíritu.

—¿Has leído alguna vez *La conciencia de un conservador*? Tiene muchas cosas que decir en ese libro.

—No, no lo he leído. Pero ten en cuenta lo que conseguisteis con Kennedy, con el tratado de no proliferación de pruebas nucleares y algunas ideas realmente nuevas en política exterior, la Alianza para el Progreso...

—Además de la Bahía de los Cochinos, el muro de Berlín, ese hermano suyo con sus ojos de cerdito...

—Oh, vamos. Goldwater es un mero peón del gran capital.

—Hará frente a los comunistas.

Gordon se sentó en la cama.

—Tú no crees en todas esas tonterías, ¿verdad?

Penny frunció la nariz, un gesto que Gordon sabía que quería decir que no pensaba cambiar de idea.

—¿Quién envió a nuestros hombres a Vietnam del Sur? ¿Qué les ocurrió a Cliff y Bernie?

—Si Goldwater llega a la presidencia habrá millones de Cliffs y Bernies por todas partes.

—Goldwater ganará esa guerra, no se limitará a hacer tonterías.

—Penny, lo único que hay que hacer es detener nuestras pérdidas. ¿Por qué apoyar a un dictador como Diem?

—Todo lo que sé es que muchos amigos míos están muriendo.

—Y el gordo Barry va a cambiar todo eso.

—Por supuesto, creo que tiene fuerza suficiente para ello. Detendrá el socialismo en nuestro propio país.

Gordon se dejó caer de espaldas en la cama, lanzando un resignado uf de incredulidad.

—Penny, sé que tienes la impresión de que yo soy una especie de comunista neoyorkino, pero no acabo de comprender...

—Se me hace tarde. Linda me invitó a ese cóctel en honor de Goldwater, y voy a ir. ¿Quieres venir tú también?

—Buen Dios, no.

—De acuerdo. Me voy, entonces.

—¿Tú, una estudiante de literatura, a favor de Goldwater? Vamos...

—Sé que no encajo con tus estereotipos, pero ése es tú problema, Gordon.

—Señor.

—Volveré en un par de horas. —Se echó el cabello hacia atrás y se arregló su falda plisada, y salió del dormitorio, firme y enérgica. Gordon se quedó tendido en la cama contemplándola irse, incapaz de decir si ella estaba hablando en serio o no. La oyó cerrar la puerta delantera con un portazo tan enérgico que hizo retemblar las paredes, y decidió que sí estaba hablando en serio.

Desde un principio parecía una unión improbable. Se habían conocido en una fiesta de vino y patatas fritas en un cottage de la playa en Prospect Street, a un centenar de metros del Museo de Arte de La Jolla. (La primera vez que Gordon fue al museo no vio la placa, y supuso que se trataba simplemente de otra galería, algo mejor que la mayoría; llamar a esto y al Metropolitano museos, equiparlos, parecía un chiste deliberado). La primera impresión que tuvo de ella fue de absoluto orden: dientes perfectos; piel escrupulosamente limpia; pelo suave. Un contraste con las

mujeres delgadas y llenas de conflictos de Nueva York a las que había conocido, «frecuentado» —una palabra favorita por aquel entonces—, y que finalmente le habían intimidado. Penny parecía luminosa y abierta, capaz de una conversación genuinamente ligera, no ensombrecida por las opiniones del New York Times o del último seminario académico acerca de Qué Es Lo Importante. Vestida con un traje de cóctel estampado a flores con un escote cuadrado, cuyas angulosas líneas quedaban mitigadas por un redondo collar de perlas, su resplandeciente bronceado emitía cálidas radiaciones doradas que lo empaparon a la suave luz, como vida procedente de una distante estrella. Él estaba en compañía de una botella de vino tinto barato y probablemente por ello sobreestimó la magia de la ocasión, pero ella no parecía formar parte de las penumbrosas conversaciones que llenaban la habitación. En circunstancias de una mejor iluminación tal vez no se hubiera producido nada entre ellos. En aquella ocasión, sin embargo, ella se mostró más rápida y hábil y completamente distinta a cualquier otra mujer que hubiera conocido nunca. Su suave acento californiano era un alivio de los congestionados acentos del este, y sus frases brotaban con una fácil perfección que él consideraba fascinante. Aquello era lo principal: la naturalidad, el fervor femenino, la claridad de visión. Y además, ella poseía unos muslos amplios y atléticos que se movían bajo su sedoso vestido como si todo su cuerpo estuviera constreñido por la tela, capaz de una alegre escapatoria. Él no sabía mucho de mujeres —la notoria deficiencia de Columbia—, y mientras engullía más vasos de vino y seguía conversando se preguntó sobre sí mismo, sobre ella, sobre lo que estaba ocurriendo. Se parecía demasiado a un sueño largo tiempo acariciado. Cuando se marcharon juntos, subieron a un Volkswagen y partieron a toda prisa de la fiesta aún en plena efervescencia, su respiración se hizo afanosa por las implicaciones... que rápidamente se revelaron ciertas. A partir de ahí los momentos que pasaron juntos, los restaurantes alegremente compartidos, los discos y libros redescubiertos, parecieron inevitables. Aquélla era la clásica relación. Todo lo que había sabido nunca de las mujeres era que en una relación tenía que existir magia, y ahí estaba, sin anunciar, todavía formándose. Se aferró a ella.

Y ahora, en la metafórica mañana siguiente, resultaba que ella tenía amigos llamados Cliff y unos padres en Oakland y una tendencia hacia Goldwater. De acuerdo, pensó, no todos los detalles pueden ser perfectos. Pero quizás, en un cierto sentido, eso formara también parte de la magia.

## 17 - 15 de abril de 1963

Gordon desayunó en el café de Harry en Girard, intentando repasar las notas de su clase e inventar algunos problemas que incluir en unos trabajos para casa. Era difícil trabajar allí. El entrechocar de los platos no dejaba de interrumpir, y una pequeña radio cantaba canciones del Kingston Trio, que nunca le habían gustado. Lo único en música pop que podía tolerar era Dominique, un extraño hit grabado por una monja belga de voz angelical. De todos modos, no se sentía con humor para concentrarse en cosas académicas. El artículo del San Diego Union sobre la espectacular presentación de Saul en la televisión era peor de lo que había esperado, sensacionalista más allá de los límites de toda razón. Algunos del departamento se lo habían recriminado fuertemente.

Rumió sobre todo aquello mientras conducía subiendo Torrey Pines, sin llegar a ninguna conclusión. Fue distraído por un Cadillac con todos sus faros encendidos. El conductor era el típico hombre de cuarenta años, exhibiendo un sombrero de ala ancha y una expresión ofuscada. Allá a finales de los años cincuenta, recordó, el Consejo de Seguridad Nacional había hecho una gran publicidad sobre aquello. En una de las principales fiestas nacionales, había fomentado la idea de conducir con los faros encendidos durante todo el día, para recordarle a todo el mundo que había que conducir con prudencia. De alguna forma la idea había prendido en los conductores partidarios de la-lentitud-es-la-seguridad, y ahora, años más tarde, todavía podía vérselos renqueando por entre el tráfico, seguros de que su lentitud significaba invulnerabilidad, con sus faros brillando inútilmente. Había algo en aquella estupidez refleja que siempre lo irritaba.

Cooper estaba ya en el laboratorio. Mostrándose más y más industrioso a medida que se aproxima su examen, pensó Gordon, sintiéndose luego culpable por su cinismo. Cooper parecía realmente más interesado ahora, probablemente porque todo el asunto del mensaje había quedado al margen de su tesis.

—¿Has probado las nuevas muestras? —preguntó Gordon, con una cordialidad alimentada por los residuos de su culpabilidad.

—Sí. Están respondiendo muy bien. Tengo la impresión de que el añadido de impurezas de indio lo ha conseguido.

Gordon asintió. Había estado desarrollando el método de dopar las muestras a fin de conseguir la adecuada concentración de impurezas, y aquella era la primera confirmación de que varios meses de esfuerzo estaban empezando a dar resultado.

—¿Ningún mensaje?

—Ningún mensaje —dijo Cooper, con evidente alivio. Una voz desde la puerta dijo:

—Oigan, yo, me dijeron...

—¿Sí? —dijo Gordon, volviéndose. El hombre iba vestido con unos pantalones sueltos y una chaqueta estilo Eisenhower. Parecía tener más de cincuenta años, y su rostro estaba profundamente bronceado, como si trabajara al aire libre.

—¿Es usted el profesor Bernstein?

—Sí. —Gordon estuvo tentado de añadir uno de los viejos chistes de su padre: «Sí, tengo este honor», pero la ansiosa expresión del hombre le decidió a no hacerlo.

—Yo... yo soy Jacob Edwards, de San Diego. He hecho un trabajo que creo puede interesarle. —La entonación de sus frases las convertía casi en preguntas.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Bueno, sus experimentos y el mensaje y todo eso. Dígame, ¿es aquí donde recibe usted las señales?

—Oh, sí.

Edwards entró en el laboratorio, tocando algunos de los aparatos con expresión maravillada.

—Asombroso. Realmente asombroso. —Estudió algunas de las nuevas muestras colocadas sobre el banco de trabajo.

—Eh —dijo Cooper, alzando la vista de la registradora—. ¡Eh, esas muestras están revestidas con... mierda!

—Oh, no se preocupe, mis manos ya estaban sucias. Tienen ustedes un buen equipo aquí, ¿eh? ¿Cómo pagan por todo ello?

—Tenemos una subvención de... Pero mire, señor Edwards, ¿qué es lo que podemos hacer por usted?

—Bueno, he resuelto su problema, ¿saben? Sí, lo he hecho. —Edwards ignoró la fulminante mirada de Cooper.

—¿Cómo, señor Edwards?

—El secreto —dijo el hombre, con aire confidencial— es el magnetismo.

—Oh.

—El magnetismo de nuestro Sol, eso es lo que buscan.

—¿Quiénes? —Gordon empezó a pensar en alguna forma de apartar a Edwards de los aparatos.

—La gente que les está enviando esas cartas. Vienen aquí para robarnos nuestro magnetismo. Eso es todo lo que hace que la Tierra gire alrededor del Sol... eso es lo que he probado.

—Mire, no creo que el magnetismo tenga nada que ver con...

—Su experimento... —palmeó una de las grandes bobinas— utiliza imanes, ¿no? Gordon no vio ninguna razón para negarlo. Pero antes de que pudiera decir nada, Edwards prosiguió:

—Ellos se sienten atraídos por su magnetismo, profesor Bernstein. Están explorando en busca de más magnetismo, y ahora que han encontrado el suyo, van a

venir a tomarlo.

—Entiendo.

—Y van a venir a tomar el magnetismo del Sol, también. —Agitó las manos y miró al techo, como si estuviera contemplando una visión—. Todo él. Caeremos al Sol.

—No creo...

—Puedo probar todo esto, ¿sabe? —dijo el hombre tranquilamente, en un tono de soy-una-persona-perfectamente-razonable—. Estoy ante usted como un hombre que ha resuelto, resuelto, el problema del campo unificado. ¿Sabe? El lugar de donde proceden todas las partículas, y de donde proceden estos mensajes. Yo lo he hecho.

—Cristo —dijo Cooper agriamente. Edwards se volvió hacia él.

—¿Qué quiere decir con esto, muchacho?

—Dígame —contraatacó Cooper—, ¿vienen a bordo de platillos volantes?

El rostro de Edwards se ensombreció.

—¿Quién se lo dijo?

—Sólo es una suposición —murmuró Cooper suavemente.

—¿Recibieron ustedes algo que no hayan dicho a los periódicos?

—No —dijo apresuradamente Gordon—. No, no hemos recibido nada.

Edwards clavó un dedo en Cooper.

—Entonces, ¿por qué ha dicho «¡Ah!»? —Se inmovilizó, mirando a Cooper—. No van a decirle nada a los periódicos, ¿verdad?

—No hay nada...

—No van a hablarles absolutamente nada acerca del magnetismo, ¿eh?

—Nosotros no...

—¡Bien, no van a quedárselo sólo para ustedes! La teoría del magnetismo unificado es mía, y ustedes, ustedes, educados... —se debatió buscando la palabra que necesitaba, no la encontró, y prefirió olvidarla—, en sus universidades, no van a impedirme...

—No hay nada que...

—... que yo vaya a los periódicos y les cuente mi visión del asunto. Yo también he recibido una educación, ¿saben?, y...

—¿Dónde estudió usted? —preguntó Cooper sarcásticamente—. ¿En el Instituto de Lucha Libre Verbal Americana?

—Usted... —De pronto Edwards pareció congestionarse con las palabras, una aglomeración tan grande de palabras que no podía extraerlas de una en una—. Usted...

Cooper se puso en pie casualmente, adoptando una actitud musculosa y en guardia.

—Vamos ya, amigo. Lárguese.

—¿Qué?

—Fuera de aquí.

—¡No pueden robarme mis ideas!

—No las queremos —dijo Gordon.

—Esperen a verlas en los periódicos. Simplemente esperen.

—Fuera —dijo Cooper.

—Tampoco les mostraré ni un ápice de mi motor magnético. Iba a mostrárselo...

Gordon apoyó las manos en sus caderas y caminó hacia el hombre, con Cooper cubriendo su flanco y dejando como única escapatoria el camino que conducía a la salida del laboratorio. Edwards retrocedió, sin dejar de hablar. Les miró, con ojos llameantes y se atragantó con la última frase, que se convirtió en una especie de ronquido. Se dio la vuelta gruñendo, y salió apresuradamente al corredor.

Gordon y Cooper se miraron el uno al otro.

—Una de las leyes de la naturaleza —dijo Gordon— es que la mitad de las personas deben hallarse por debajo de la media.

—Para una distribución gaussiana, sí —dijo Cooper—. Sin embargo, es triste. —Agitó la cabeza y sonrió. Luego volvió al trabajo.

Edwards fue el primero, pero no el último. Aparecieron a un ritmo regular, desde el momento en que la historia del San Diego Union fue reproducida por otros periódicos. Algunos acudieron en coche desde Fresno o Eugene, dispuestos a desentrañar el enigma de los mensajes, cada uno de ellos seguro de que sabía la respuesta antes de ver la evidencia. Algunos traían manuscritos donde habían reflejado sus ideas acerca del universo en general, o de una teoría científica en particular —Einstein era uno de los favoritos, y refutarle el tema más común—, u ocasionalmente sobre los experimentos de Gordon. La idea de escribir un tratado supuestamente erudito, utilizando tan sólo un vago artículo periodístico, divertía a Gordon. Algunos de los visitantes habían publicado incluso sus tesis, utilizando los canales privados de edición tan queridos por los aficionados. Se las presentaban, arropadas en horribles cubiertas chillonas. Dentro, un batiburrillo de términos que se daban codazos entre sí en busca de espacio dentro de frases que no significaban nada. Las ecuaciones aparecían a cada momento, festoneadas con nuevos símbolos parecidos a decoraciones de hermosos árboles de Navidad. Las teorías, cuando Gordon se tomaba el tiempo de escucharlas, empezaban y terminaban en el aire; no tenían conexión con nada conocido en física, siempre violaban la primera ley de un modelo científico: eran improbables. La mayor parte de aquellos chiflados parecía creer que construir una nueva teoría implicaba tan sólo la invención de nuevos términos. Junto con «energía», «campo», «neutrino», «superón» y «flujofuerza»... todos ellos sin definir, todos ellos rodeados por el aura mágica del creyente.

Gordon empezó a reconocerlos fácilmente. Aparecían en su oficina o en su

laboratorio, o le llamaban a su casa, y en menos de un minuto podía distinguirlos de la gente normal. Los chiflados siempre empleaban un cierto número de palabras típicas que no tardaban en aparecer en su conversación. Proclamaban haberlo resuelto todo... haber globalizado todos los problemas de la humanidad en una gran síntesis. La «teoría unificada» era una clásica tarjeta de visita. Otra era la repentina e inexplicable aparición de las palabras del creyente tales como «superón». Al principio Gordon se echaba a reír cuando ocurría, despidiendo al chiflado de un modo casual, a veces incluso haciendo un chiste. Pero una tercera característica del chiflado era su nulo sentido del humor. Nunca reían, nunca se apeaban de sus baluartes. De hecho, la abierta exposición del ridículo sacaba a flote lo peor de ellos. Estaban uniformemente seguros de que cualquier científico en activo lo único que deseaba era robarles sus ideas. Algunos advertían a Gordon que ya habían solicitado la correspondiente patente (el hecho de que uno pudiera patentar un invento, pero no una idea, no les importaba en absoluto). En este punto, Gordon intentaba siempre terminar elegantemente la conversación; por teléfono era fácil, simplemente colgaba. Los chiflados en persona no eran tan sencillos. La resistencia frente a sus revolucionarias ideas los conducía inevitablemente a la abierta amenaza de que acudirían —y aquí venían las miradas ceñudas, la reluctante decisión de que tenían que utilizar la última, la definitiva arma— inmediatamente a los periódicos. De algún modo, para ellos, la prensa había sido siempre el juez de los asuntos científicos. Desde el momento en que Gordon había despertado la atención del San Diego Union, evidentemente se echaría a temblar ante la posibilidad de que su posición fuera atacada en aquellas mismas sacrosantas páginas.

Finalmente, Gordon desarrolló defensas. Por teléfono, colgaba rápidamente... tan rápidamente que en una ocasión cortó a su propia madre al no reconocer su voz y no poder comprender nada inteligente a través de la estática de la larga distancia. Los manuscritos y las cartas de los chiflados eran igualmente fáciles. Escribía una nota diciendo que, aunque las ideas de la persona en cuestión eran indudablemente «interesantes» (un término adecuado que no suponía ningún juicio), estaban más allá de su competencia de modo que era incapaz de hacer ningún comentario sobre las mismas. Esto funcionaba; ninguno de estos casos le respondió. Los chiflados que se presentaban en persona eran los peores. Aprendió a ser brusco, incluso rudo. Esto lo libró de la mayor parte de ellos. Los del tipo más duro y persistente —tales como Edwards— tuvieron que enfrentarse a un Gordon que había aprendido a soslayar, a desviarse suavemente hacia otros asuntos. Luego los conducía a la puerta, murmurándoles palabras tranquilizadoras... pero nunca una promesa de leer un manuscrito, participar en una conferencia o dar su apoyo a una teoría. Esto último lo implicaba más, y le hacía perder una gran cantidad de tiempo. Finalmente conseguía llevarles hasta la puerta y entonces se iban... gruñendo y murmurando a veces, pero

se iban.

Un efecto secundario de aquel tráfico de chiflados empezó a ver la luz a través de las observaciones casuales de otros miembros del departamento. Al principio observaban a los chiflados con interés. Luego siguió la diversión, y Gordon les proporcionó anécdotas de extrañas teorías e incluso más extraños comportamientos. Pero con el tiempo, el humor general cambió. Los demás miembros de la facultad empezaron a mostrar su desagrado de que el departamento fuera conocido por la equívoca imagen que de él había dado el San Diego Union. Dejaron de hacerle preguntas, en la pausa de la tarde para el café, acerca de cuántos chiflados habían acudido hoy. Gordon se dio cuenta del cambio.

## 18 - 24 de mayo de 1963

La zona de San Diego estaba creciendo y expandiéndose. Antes que seguir el caótico esquema de Los Ángeles, la más joven ciudad situada al sur eligió alentar a los patronatos de cuello blanco, las industrias «limpias» y los depósitos de cerebros. El más grande de esos depósitos de cerebros en la zona era la General Atomic, escasamente a kilómetro y medio de la bisoña universidad. Un considerable número de esos cerebros podían ser vistos nadando en aquellas aguas, buceando en problemas encargados y financiados por el gobierno. Notables nombres de Berkeley y del Caltech dedicaban agradables meses a llenar pizarras, mientras allá fuera las ardillas y los conejos de la General Atomic excavaban indolentemente sus madrigueras. Los animales formaban parte de un deliberado plan de los psicólogos para evocar el descanso, la quietud y el pensamiento profundo; el parecido con un filme de Disney podía ser algo accidental. El motivo ostensiblemente circular elegido por el arquitecto para las oficinas centrales de la General Atomic, con la ansiosamente cooperativa biblioteca en su centro, tenía una finalidad similar. Las calles circulares y los edificios recordaban las nociones orientales de realización, de serenidad, de descanso. Los curvados pasillos debían incrementar el contacto entre los investigadores. De hecho, sin embargo, la inescapable geometría significaba que nadie podía ver a más allá de seis metros de distancia en los curvados corredores. Eso tendía a evitar los encuentros accidentales de los científicos mientras iban de un lado para otro; desaparecían de la vista antes de que nadie pudiera reparar en ellos. Ir a casa o a la biblioteca significaba moverse radialmente, y por lo tanto no ver a nadie.

Como dijo Freeman Dyson aquel verano, «La distancia media de interacción aquí no es mayor que una portería de fútbol». Sin embargo, a menudo era suficiente; aquellos eran tiempos excitantes. Hacía tan sólo seis meses, el Mariner II había sobrevolado la superficie de Venus por primera vez. Gell-Mann y otros estaban explorando nuevas profundidades en la teoría de partículas. En abril, J. Robert Oppenheimer era nombrado vencedor del premio Fermi 1963 por la Comisión de Energía Atómica. Oppenheimer había sido, a los ojos de muchos científicos, la víctima propiciatoria pública de la era MacCarthy; había sido declarado un riesgo para la seguridad en 1954. Ahora, finalmente, el gobierno parecía estar compensando algo de su estupidez. A cambio, el resentimiento contra Edward Teller, que no había sabido defender a Oppenheimer, estaba empezando a menguar.

La sensación de apertura, de iniciar cosas nuevas, era ya un chicle en la escena política. El ambiente Kennedy era propicio al florecimiento de los media. El álbum de Vaughn Meader «La primera familia», que se burlaba del clan Kennedy, se había vendido rápidamente; el público tenía la sensación de que la burla era algo de lo más divertido. Los científicos, sin embargo, eran por su parte mucho más escépticos,

fueran liberales o radicales, y estaban preocupados por el poco caso que Bobby Kennedy hacía generalmente de las sutilidades legales de las escuchas telefónicas. Pero el aumento del apoyo a la investigación científica parecía estarse convirtiendo ahora en un rasgo permanente, iniciándose con un repentino empujón tras el lanzamiento del Sputnik y ascendiendo de forma lineal. Todo el mundo sabía que habría un límite, pero no pronto; había mucho que hacer, y tan poca gente para hacerlo.

Freeman Dyson llegó a California cedido por el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, para trabajar en el proyecto Orión. Dyson poseía una inmensa reputación como físico teórico, y por ello fue invitado a dar uno de los últimos coloquios de primavera en el departamento de física de la Universidad de La Jolla. Gordon se sintió complacido por ello. Él tenía que dar el último coloquio del año, y tener a Dyson hablando antes que él acerca de algunas ideas especulativas podía apaciguar algunas de las reacciones hacia Gordon.

Dyson era delgado y de buen humor, y se movía con vivacidad ante la pizarra, como si estuviera sumido en un ligero trance, pensando intensamente en lo que deseaba decir y lanzando cada frase para que incidiera en un punto muy preciso. Un poco antes había sido muy cuidadoso corrigiendo a George Feher cuando éste lo presentó como «doctor». Dyson nunca había terminado su doctorado y ahora parecía ligeramente orgulloso de ello, con el orgullo inglés de ser, al menos en términos formales, un aficionado. Pero no hubo nada de aficionado en el coloquio de Dyson. Sus diapositivas eran claras, con gráficos precisos, algunos de ellos en color. Tenían ese profesional acabado aeroespacial que para Gordon subrayaba los agradables oropeles de la prosperidad; en sus días anteriores a su graduación en Columbia, los croquis hechos de cualquier manera y las diapositivas escritas a mano eran algo universal.

Dyson describió sus años de trabajo en el proyecto Orión, un plan para propulsar enormes espacionaves haciendo estallar bombas nucleares bajo ellas. El estallido golpearía a una «plataforma de empuje», que transferiría el golpe a través de amortiguadores a la nave en sí. La idea parecía al principio como un dibujo de Rube Goldberg, pero a medida que Dyson hablaba iba haciéndose plausible. La única forma de enviar cargas auténticamente grandes a través del sistema solar era utilizando impulsores nucleares de algún tipo. Orión era básicamente simple, y utilizaba algo en lo que ya éramos bastante buenos: la fabricación de bombas eficientes. ¿Por qué no utilizar la capacidad destructiva del hombre para algo útil? Dyson pensaba que un poderoso esfuerzo no solamente pondría al hombre en la Luna allá por 1970 —la meta de Kennedy—, sino incluso más allá, todo el camino hasta Marte. Los principios implicados en el proyecto habían sido probados en experimentos a pequeña escala, y funcionaban.

El problema, por supuesto, era el primer estadio: alzar la nave desde la superficie de la Tierra mediante una serie de explosiones nucleares en cadena.

—¿Pero no van a cubrirnos ustedes con residuos radiactivos? —preguntó una voz entre la audiencia del coloquio.

Dyson frunció los labios. Era un hombre compacto, y sus afilados rasgos parecieron ensartar el problema como si fuera una mariposa.

—Mucho menos de lo que lo están haciendo las pruebas atmosféricas que nosotros y la Unión Soviética estamos llevando a cabo actualmente. Calculamos que Orión añadiría no más de un uno por ciento al nivel de radiación con que los políticos —pronunció cuidadosamente la palabra— ya nos han obsequiado.

En este punto Dyson se volvió melancólico, como si pudiera sentir a Orión escapársele de las manos. Los periódicos ofrecían reportajes diarios de los acuerdos en la Limitación de Pruebas Nucleares; los rumores de Washington decían que el acuerdo oficial sería firmado en cuestión de meses. Si era así, incluso la pequeña dosis de radiactividad de Orión debería ser desechada. Al final de la hora, tras las ecuaciones y los gráficos, sus palabras adquirieron una cierta amargura. La historia prescindiría de Orión. Era posible que algún día se pudiera volar por encima de la atmósfera, una vez los hombres lograran poner a punto una forma segura de alcanzar una órbita con cohetes químicos. Pero incluso entonces, muchos de los residuos encontrarían finalmente su camino de vuelta a la atmósfera. Quizá no hubiera ninguna forma completamente segura de dominar nuestro talento para construir bombas. Quizá no hubiera ningún atajo hacia los planetas.

El aplauso que rubricó la sombría conclusión de Dyson fue prolongado. Hizo una ligera inclinación hacia su auditorio, y sonrió con ojos tristes.

Gordon dio el último coloquio del año. El público era incluso más numeroso que el de Dyson la semana antes, y más ruidoso. Gordon abrió su exposición con detalles del experimento, la historia del campo, diapositivas de las líneas normales de resonancia. Había compilado todos los resultados convencionales de Cooper hasta la fecha, y mostró como éstos confirmaban la teoría habitual. Fue una discusión satisfactoria pero relativamente carente de excitación. Gordon había decidido dejar el asunto así... ninguna referencia a los mensajes, ningún riesgo. Pero algo le hizo interrumpir en seco la sucesión de diapositivas. Murmuró:

—Sin embargo, hay algunos rasgos muy poco usuales en el ruido observado en nuestro trabajo... —Y ahí estaba ya, describiendo las interrupciones de las curvas de resonancia de Cooper, sus sospechas de que había un esquema definido bajo aquel ruido de fondo, luego la primera decodificación. Gordon utilizó el proyector de diapositivas, deslizando los rectángulos transparentes de modo que aparecieran a la vista de todos mientras hablaba, al tiempo que sus frases se hacían más rápidas, las palabras más secas, y su voz adquiría un cierto impulso. Mostró la descomposición

del primer mensaje. Discutió las posibilidades de que un mensaje como aquél pudiera ser una casualidad, un accidente. De la atestada sala brotó entonces un murmullo sostenido. Describió sus esfuerzos por intentar descubrir una fuente local del ruido, su fracaso, y luego el segundo mensaje, Gordon no hizo mención de Saul y de la rejilla de 29 por 53; simplemente ofreció los datos. Las coordenadas AR 18 5 36 DEC 30 29.2 llenaron toda una diapositiva. Sólo entonces mencionó Gordon la «resonancia espontánea», concediéndole a Isaac Lakin todo el crédito por el término y la idea. Mantuvo su rostro inexpresivo y su voz suave y calmada mientras describía la «resonancia espontánea», daba las probabilidades estadísticas de que un efecto como aquél fuera consecuencia de un ruido al azar, y dejó las líneas repetidas de AR 18 5 36 DEC 30 29.2 en el proyector de diapositivas como mudo testimonio. Con tonos secos y precisos habló de sus reticencias hacia las señales procedentes del exterior, de las fluctuaciones de la «resonancia espontánea»— ahora utilizaba el término entre comillas, haciendo una pausa antes y después de las palabras como para rodearlas de una distinción verbal, al tiempo que sonreía muy ligeramente—, y caminó arriba y abajo delante de las pizarras, intentando recordar la actitud comedida de Dyson, la cabeza ligeramente inclinada.

La voz brotó de entre el público. Antes de que hubiera terminado la primera frase, la mayoría de las cabezas se habían vuelto para ver quién hablaba. Era Freeman Dyson.

—Supongo que se da cuenta usted de que Saul Shriffer ha organizado un buen follón con todo eso. Lo de la 99 de Hércules.

—Oh, sí —dijo Gordon, sorprendido. No había visto a Dyson entre el público—. Yo... yo no le autoricé...

—Y que nadie en la 99 de Hércules tiene ninguna posibilidad de responder todavía a nuestras estaciones comerciales de radio. Están demasiado lejos.

—Bueno, sí.

—De modo que, si se trata de un mensaje procedente de allí, tienen que estar utilizando un medio de comunicación más rápido que la luz.

La audiencia guardó silencio.

—Sí. —Gordon vaciló. ¿Debería apoyar la idea de Saul? ¿O mantenerse en su lugar? Dyson agitó la cabeza.

—La semana pasada hablé acerca de un sueño. Es bueno soñar... pero hay que asegurarse de despertar luego.

Una oleada de risas brotó de la multitud y cayó sobre Gordon.

Retrocedió dos pasos, casi sin darse cuenta. El propio Dyson pareció sorprendido por la reacción, y luego sonrió allá en su posición en medio del auditorio en forma de cuenco, su rostro ablandándose mientras contemplaba a Gordon, como si deseara eliminar el mordiente de su observación. Alrededor de Dyson, algunos estaban

palmeándose las rodillas y echándose hacia delante y hacia atrás en sus sillas, como si algo hubiera liberado en ellos una tensión y ahora, a una señal de Dyson, estuvieran seguros de cómo reaccionar.

—No me propongo... —empezó Gordon, pero fue ahogado por las constantes risas—. Yo no... —Vio a Isaac Lakin de pie, a unas pocas sillas de distancia hacia la izquierda. Algunos ojos de entre el público se desviaron de Gordon a Lakin. Las risas murieron.

—Desearía hacer una declaración —dijo Lakin con voz potente—. Inventé la idea de la resonancia espontánea para explicar unos hechos poco usuales. Lo hice de una forma completamente honesta. Creo que está ocurriendo algo en esos experimentos. Pero todo esto del mensaje... —agitó una mano en un gesto de rechazo—. No. No. Es un absurdo. Denuncio en este mismo momento cualquier asociación de mi nombre con ello. No deseo que mi nombre aparezca mezclado con tales... tales afirmaciones. Dejemos que Bernstein y Shrifffer hagan lo que quieran... yo no cooperaré con ello.

Lakin se sentó con decisión. Hubo algunos aplausos.

—No propongo decidir lo que significa todo esto —empezó Gordon. Su voz era tenue, y le costaba pronunciar las palabras. Miró a Dyson. Alguien estaba murmurándole algo a Dyson y sonriendo ampliamente. Lakin, observó Gordon, estaba sentado con los brazos cruzados ante su pecho, mirando fijamente con ojos llameantes al AR y DEC. Gordon se volvió y miró a las coordenadas que gravitaban sobre su cabeza, grandes y anchas e indiferentes—. Pero creo que hay algo aquí. —Se volvió hacia el público—. Sé que suena ridículo, pero... —El zumbido en el auditorio se mantuvo. Tosió, pero no poseía la vibrante cualidad de llamar la atención que habían tenido las retumbantes palabras de Lakin. El ruido se hizo más intenso.

—Ah, Gordon... —Se sorprendió al descubrir al director del departamento a su lado. El profesor Glyer alzó una mano hacia el público, y el murmullo cesó—. Ya sabemos rebasado el tiempo previsto, y hay programada otra conferencia en este mismo lugar. Si hay más, esto, más cuestiones, pueden ser formuladas en el café que será servido arriba, en el salón. —El director recibió unos cuantos discretos aplausos, que fueron ahogados por un murmullo de voces mientras el público se levantaba para salir. Alguien pasó cerca de Gordon, diciéndole a su compañero.

—Bueno, quizá Cronkite lo crea, pero... —Y el compañero se echó a reír. Gordon se quedó inmóvil con la espalda apoyada contra la pizarra, observándoles marcharse. Nadie subió a hacerle ninguna pregunta. En torno a Lakin se había formado un núcleo de gente murmurante.

Dyson apareció al lado de Gordon.

—Lamento que las cosas hayan ido de este modo —dijo—. No pretendía...

—Lo sé —murmuró Gordon—. Lo sé.

—Sólo que todo esto parece tan condenadamente increíble...

—Shriffer piensa... —empezó Gordon, pero decidió dejarlo correr—. ¿Qué opina usted del resto del mensaje?

—Bueno, francamente, no creo que sea un mensaje. No tiene sentido.

Gordon asintió.

—Esto, la prensa no le ha ayudado mucho precisamente, supongo que ya se habrá dado cuenta.

Gordon asintió.

—Bueno, iremos a tomar un poco de café, entonces. —Dyson se despidió con una incómoda inclinación de cabeza y se mezcló con la gente que salía. El coloquio se había trasladado al café con pastas que se había preparado escaleras arriba, y Gordon sintió que la tensión desaparecía de él, para ser reemplazada por el familiar sopor del final del día. Mientras recogía sus diapositivas, sus manos temblaban. Debería hacer más ejercicio, pensó. Estoy en baja forma. Bruscamente, decidió saltarse la hora del café. Al infierno con todos ellos. Al infierno con aquel maldito hatajo de estúpidos.

## 19 - 29 de mayo de 1963

El maître d'hôtel en el restaurante El Mirador dijo:

—¿Cena, señog, s'il vous plait?

—Oh, sí.

Les condujo hasta un lugar con una excelente vista sobre la ensenada de La Jolla. Las olas se desmenuzaban en una línea de espuma blanca bajo los focos.

—¿Les aggada esta mesa? —Gordon asintió, mientras Penny miraba maravillada a su alrededor. Después de que el hombre les hubo traído la enorme carta y se fue, ella dijo:

—Dios mío, ¿por qué tienen que apoyarse tanto en ese horrible acento francés?

—¿Qué tienes que decig al gespecto, queguida? ¿No te aggada ese falso acento? —dijo Gordon.

—Mi francés no es muy bueno, pero... —Se interrumpió al ver que se acercaba el camarero. Gordon se sumergió en el ritual del vino, seleccionando uno cuya marca reconoció en el grueso volumen. Cuando miró a su alrededor, vio a los Carroway sentados a una cierta distancia, riendo y pasándose lo bien. Se los señaló a Penny; ella anotó la circunstancia en su estadística. Pero no fueron hasta su mesa para comunicarles las últimas cifras. Hacía cinco días que se había producido el coloquio, y ahora Gordon se sentía incómodo en el departamento. La salida de aquella noche a El Mirador había sido sugerencia de Penny, para animarle un poco.

Alguien golpeó discretamente su brazo.

—La abgige ahoga —dijo el camarero, mostrándole la botella—. Necesita gespigag un poco.

—¿Qué? —dijo Gordon, sorprendido.

—Abgigla al aige, ya sabe... gespigag.

—Oh.

—Gesulta aconsegable. —El camarero le dirigió una sonrisa ligeramente condescendiente.

Una vez se hubo ido, Gordon dijo:

—Al menos no ha abandonado ni por un momento su sonrisa. ¿Acaso todos los restaurantes de categoría de por aquí son como éste?

Penny se alzó de hombros.

—Aquí no poseemos la vieja cultura mundana de Nueva York. Pero habrás observado que tampoco nadie nos ha atacado con una navaja.

Normalmente, Gordon hubiera eludido la conversación de cómo-están-las-cosas-en-Nueva-York, pero esta vez murmuró:

—No krechts acerca de lo que no conoces. —Y, sin darse cuenta, estaba hablando ya de los días después de que se fuera de casa de sus padres y empezara a vivir en un

diminuto apartamento, estudiando intensamente y sintiendo realmente por primera vez la ciudad a su alrededor, respirándola. Su madre había encargado al tío Herb que cuidara de él de tanto en tanto, puesto que al fin y al cabo estaban viviendo en la misma vecindad. El tío Herb era un hombre delgado y emprendedor que siempre estaba metiéndose en nuevos negocios en el mundo de la confección. Mostraba un desdén de hombre práctico hacia la física. «¿Cuánto te pagan?», decía bruscamente, en medio de una discusión sobre cualquier otro asunto. «Lo suficiente, si me administro». El rostro de su tío se crispaba mientras sopesaba aquella respuesta, e inevitablemente decía: «¿Te dan toda la física que puedas comer, y más?», y le daba una palmada en el muslo. Pero no era un ignorante. Utilizar su inteligencia para calcular los descuentos o valorar la comerciabilidad de una partida de suéteres de cuello vuelto... se necesitaba ser listo. Había convertido su único hobby también en un negocio. Todos los sábados y los domingos tomaba el metro hasta Washington Park Square para conseguir un asiento en una de las mesas de ajedrez de cemento cerca de las calles McDougal y Cuarta Oeste. Era un jugador profesional de ajedrez de fin de semana. Por un cuarto de dólar jugaba una partida contra quien se presentara, consiguiendo a veces incluso dos dólares en una hora. Al anochecer cambiaba de mesa para conseguir una cerca de una farola. En invierno jugaba en uno de los cafés del Village, sorbiendo café tibio con un audible ruido haciéndolo durar para que sus gastos no fueran demasiado elevados. Su único truco era hacer creer a sus oponentes que eran mejores que él. Puesto que cualquier jugador de ajedrez lo suficientemente mayor como para tener un cuarto de dólar que gastar en el juego era inevitablemente un caso avanzado de egolatría ajedrecística, eso no resultaba difícil. El tío Herb los llamaba «potzers»... jugadores tan malos como creídos de sí mismos. Su forma de jugar tampoco era una maravilla. Estratégicamente era débil, pero era brillante en desplegar trampas destinadas a cazar a los potzers que veían en ellas una insospechada abertura para conseguir un rápido jaque mate. Las trampas le proporcionaban rápidas victorias, a fin de maximizar su rendimiento por hora. La visión del mundo del tío Herb era simple: los potzers o tontos, y los mensch o listos. Él, por supuesto, era un mensch.

—¿Sabes lo último que me dijo cuando me fui? —dijo Gordon bruscamente—. Me dijo:

«No seas un potzer ahí donde vas». Y me dio diez dólares.

—Un tío encantador —dijo Penny diplomáticamente.

—Y, ¿sabes?, el último viernes, en el Coloquio... empecé a sentirme como un potzer.

—¿Por qué? —preguntó Penny, con auténtica sorpresa.

—Me aferré firmemente a la fuerza de mis datos. Pero cuando los examinas atentamente... Cristo, Dyson me hubiera echado una mano, me hubiera apoyado, si

hubiera habido algo de sentido en todo ello. Confío en su buen juicio. Estoy empezando a pensar que he cometido algún estúpido error en alguna parte, que he embrollado tanto el experimento que nadie puede descubrir ahora qué es lo que está mal.

—Deberías confiar en tu propio...

—Eso es lo que identifica el potzer, ¿entiendes? La incapacidad de aprender de la experiencia. Me he limitado a ir ciegamente hacia delante...

—Su compota, señores —dijo suavemente el camarero.

—Oh, Dios —dijo Gordon, con tal irritación que el camarero dio un paso atrás, perdida su compostura. Penny se echó a reír, lo cual hizo que el camarero se sintiera aún más inseguro. Incluso Gordon sonrió, y su malhumor desapareció.

Penny hizo que la alegría estuviera presente en todo el resto de la cena. Sacó un libro de su bolso y se lo tendió.

—Es el nuevo Phil Dick.

Él echó una mirada a la llamativa portada. *El hombre en el castillo*.

—No he tenido tiempo de leerlo.

—Entonces busca algo de tiempo. Es realmente bueno. ¿Has leído alguno de sus otros libros?

Gordon se alzó de hombros, dejando a un lado el tema. Seguía deseando hablar de Nueva York, por razones que no podía comprender. Llegó a un compromiso contándole a Penny el contenido de la última carta de su madre. Aquella lejana figura parecía estarse acostumbrando a la idea de su hijo viviendo «en flagrante pecado». Pero había una curiosa vaguedad en aquellas últimas cartas que lo preocupaba. Cuando llegó a California, las cartas habían sido largas, llenas de chismes acerca de la rutina diaria, los vecinos, los rumores de la vida de Manhattan. Ahora ella le contaba muy poca cosa de lo que estaba haciendo. Y él notaba el vacío dejado por estos de talles, se daba cuenta de que su vida en Nueva York se estaba alejando progresivamente de él. Se sentía más seguro de sí mismo antes, el mundo le parecía más grande.

—Oh, vamos, Gordon. Deja de cavilar. Mira, te he traído algo más.

Gordon vio que ella había planeado metódicamente una alegre velada, completa, con regalos incluidos. Penny extrajo un precioso juego de pluma y lápiz Cross, una corbata estrecha estilo Oeste, y una pegatina para el coche:  $Au+H^2O$ . Gordon la sujetó entre el índice y el pulgar, suspendiéndola delicadamente en el aire sobre su mesa, como si creyera que podía contaminar la piccata de ternera.

—¿Qué demonios es esto?

—Oh, vamos. Es sólo un chiste. Los símbolos químicos del oro y del agua: Gold+Water.

—Y la próxima vez me traerás ejemplares de *La conciencia de un conservador*,

Cristo.

—No tengas tanto miedo a las nuevas ideas.

—¿Nuevas? Penny, están llenas de telarañas.

—Son nuevas para ti.

—Mira, Goldwater puede ser buen vecino... las verjas hacen buenos vecinos, ¿no es eso lo que dice Frost? Aquí tienes un pequeño toque literario. Pero, Penny, es un papanatas.

—No tan papanatas como el que nos hizo perder Cuba —dijo ella rígidamente.

—¿Eh? —Gordon se sintió honestamente desconcertado.

—El pasado octubre Kennedy la perdió definitivamente. Simplemente así. —Hizo chasquear sus dedos con energía—. Aceptó no hacer nada, respecto a Cuba si los rusos quitaban sus misiles de allí.

—Por «nada» quieres decir otra Bahía de Cochinos.

—Quizás —asintió ella firmemente—. Quizás.

—Kennedy ya ha ayudado a suficientes fascistas. Los exiliados cubanos, Franco, y ahora Diem en Vietnam. Pienso que...

—Tú no piensas absolutamente en nada, Gordon. De veras. Te has traído contigo todas esas ideas del este acerca de la forma en que funciona el mundo, y todas ellas son equivocadas. JFK se mostró débil en Cuba y tú simplemente te quedaste mirando... los rusos van a darles todas las armas que quieran, y empezarán a infiltrarse por todas partes, por toda Sudamérica. Son una auténtica amenaza, Gordon. ¿Quién va a impedirles ahora que envíen tropas incluso a África? ¿Al Congo?

—Tonterías.

—¿Es una tontería también el que Kennedy esté quitándonos cada día un poco más de nuestras libertades? ¿Obligando a las acerías a mantener sus precios, mientras que lo que deberían hacer sería aumentarlos? ¿Qué le ha ocurrido a la libre empresa?

Gordon alzó una mano en el aire.

—Mira, ¿firmamos una tregua?

—Simplemente estoy intentando que te liberes de estas ideas tuyas. Vosotros, la gente del este, no comprendéis cómo funciona realmente este país.

—Creo que hay algunos tipos del New York Times que han pensado un poco al respecto —dijo Gordon sarcásticamente.

—Demócratas izquierdistas —empezó ella— que no...

—Eh, eh. —Alzó de nuevo su mano hacia ella—. Creí que habíamos firmado una tregua.

—Está bien... de acuerdo. Lo siento.

Gordon estudió su plato por un momento, distraído, y luego dijo de pronto:

—¿Qué es esto?

—Una ensalada de alcachofas.

—¿Yo he pedido esto?

—Yo misma te lo oí.

—¿Después de la ternera? ¿En qué estaría pensando?

—Te aseguro que no lo sé.

—No lo quiero. Llamaré a uno de esos estrafalarios camareros.

—No son «estrafalarios», Gordon. Son raros.

—¿Qué? —preguntó él, sin comprender.

—Ya sabes. Homosexuales.

—¿Maricas? —Gordon tuvo la impresión de que había sido engañado durante toda la velada. Dejó caer la mano que estaba llamando al camarero, sintiendo una repentina timidez—. Deberías habérmelo dicho.

—¿Por qué? No tiene importancia. Quiero decir, están por todas partes en La Jolla... ¿no te has dado cuenta?

—Esto... no.

—La mayor parte de los camareros en cualquier restaurante lo son. Es un trabajo muy adecuado para ellos. Pueden viajar por todas partes y vivir en los mejores lugares. No tienen obligaciones familiares, la mayor parte del tiempo sus familias no desean saber nada de ellos, así que... —Se alzó de hombros. Gordon vio en su gesto una afectada sofisticación, un fácil contacto con el mundo, que de pronto envidió enormemente. La forma en que su conversación había derivado de tema en tema aquella noche le desconcertaba, le hacía sentirse desequilibrado. Se dio cuenta de que seguía sin poder captar la esencia de la auténtica Penny, la mujer que había realmente tras unos rostros tan distintos. La ridícula defensora de Goldwater vivía al lado de la literaria licenciada en artes que luego se unía a la chica de desinhibida sexualidad. Recordaba haber abierto la puerta del cuarto de baño en una fiesta de la facultad el año pasado, y habérsela encontrado sentada en la taza del váter, su falda azul abierta en abanico a su alrededor como un ramillete de flores. Ambos se mostraron sorprendidos; ella sujetaba un trozo de papel tisú amarillo en su mano alzada. Sus talones estaban apoyados en la unión de las baldosas triangulares del suelo, de modo que los dedos de sus pies se curvaban en el aire. El asiento bajo hacía que sus caderas parecieran más anchas. Entre sus pálidos muslos separados destacaba la abertura ovalada de la taza. La oscura funda de sus medias cubría la mayor parte de sus piernas, rematadas con las lenguas descendentes de sus portaligas. El se quedó allí indeciso, con la boca abierta, y luego entró, cerrándola a la posibilidad de un paso en falso. El espejo en la pared del fondo reflejó a un desconocido sorprendido y desconcertado. Cerró la puerta tras él, se acercó a ella. «Puedes ver esto en casa», dijo ella con picardía. Con una estudiada deliberación se secó, sin preocuparse de él, y arrojó el papel por la abertura del váter entre sus piernas. Se volvió a medias en el asiento, y apretó la palanca de cerámica del depósito. No se levantó hasta que oyó el

gorgotear del agua. De pie, arreglándose las ropas, parecía más alta y en cierto modo desafiante, un problema exótico. En el blanco y embaldosado cuarto de baño parecía resueltamente luminosa, una Penny que nunca había conocido. «No podía esperar», dijo él con una voz ronca que le sonó extrañamente a sí mismo, considerando que no era cierto. Pasó junto a ella, bajándose la cremallera. El líquido chorro le hizo sentir un agradable alivio. «Como si estuviéramos en casa, ¿eh?» Penny alzó una comisura de su boca acentuada por el lápiz de labios en una media sonrisa, viendo el cambio de humor en él. «Sí, supongo que sí», dijo él indolentemente. Fuera, sus colegas estaban discutiendo de superconductividad, mientras sus esposas hacían comentarios sobre las últimas operaciones inmobiliarias del lugar; las mujeres parecían decantarse hacia todo lo que era real y sólido. La sonrisa de Penny se hizo más amplia, y él terminó con un último chorro que manchó parcialmente el borde de la taza. Dio unas breves sacudidas para desprender las últimas gotas, cerró la cremallera, y secó el asiento con otro trozo del tisú amarillo. Nunca se había sentido tan franco y abierto con una mujer antes, tan relajado. Sin desear prolongar el momento por miedo a estropearlo, la besó ligeramente y abrió la puerta. Fuera, Isaac Lakin estaba apoyado contra la pared, estudiando las reproducciones de Brueghel en el débilmente iluminado pasillo y aguardando para entrar en el cuarto de baño—. «Ah —dijo, al verlos aparecer juntos—, ocurren cosas...» Una simple deducción. Los ojos de Lakin fueron del uno al otro como si así pudiera captar el secreto, como si acabara de descubrir una nueva faceta de Gordon. Bueno, quizá fuera cierto. Quizá los dos acabaran de descubrirla.

—Gordon. —Penny lo devolvió al presente—. Has estado ausente durante toda la velada. —Parecía preocupada. Él sintió un breve asomo de irritación. La Penny de sus sueños era suave y femenina; la que tenía ahora ante él era una inoportuna—. Si vas a hacerlo de todos modos, ¿por qué simplemente no hablas de ello?

Él asintió. Aquella programada salida nocturna, llena de alegría forzada, estaba empezando a abrumarle. Del mismo modo que el repentino cambio en sus emociones. Normalmente se consideraba un hombre férreo, inamovible ante las emociones pasajeras.

—Hoy recibí una llamada de Saul —dijo rígidamente, huyendo de sus propios pensamientos—. Él y Frank Drake van a trabajar algún tiempo en el gran radiotelescopio de Green Bank, en Virginia del Oeste. Desean estudiar la 99 de Hércules.

—Si reciben alguna señal, «¿confirmará eso tu caso?».

—Correcto. No tiene sentido pero... así es.

—¿Por qué no tiene sentido?

—Mira, quiero decir... —Gordon agitó exasperado una mano. Uno de los camareros tomó aquello como una señal y se dirigió hacia ellos. Apresuradamente, Gordon le hizo señas de que no acudiera—. Aunque aceptes toda la historia, los

taquiones y todo lo demás... ¿por qué pensar que pueden haber señales de radio? ¿Por qué ambas cosas? La única razón de utilizar taquiones es que la radio es demasiado lenta.

—Bueno, al menos están haciendo algo.

—¿Tú también eras una animadora en los partidos de fútbol del instituto?

—Dios, a veces eres un tipo realmente odioso.

—Éstos son mis días malos del mes.

—Mira, Saul está intentando ayudar.

—No creo que ésa sea la forma de resolver el problema.

—¿Cuál es, entonces? —Cuando él apartó la pregunta con un gesto de la mano y una expresión ligeramente disgustada, ella insistió—: Realmente, Gordon, ¿cuál es?

—Olvidarlo. Ésta es la mejor manera. Lo único que deseo es que todo el mundo lo olvide también.

—No piensas realmente...

—Por supuesto que lo pienso. Deberías haber estado en aquel coloquio. Ella dejó que él se enfriara unos momentos, y luego murmuró:

—Hace una semana estabas lleno de confianza.

—Eso era hace una semana.

—Al menos podías trabajar en ello.

—El examen de candidatura de Cooper es dentro de dos días. Voy a concentrarme en ayudarlo a prepararse, y luego a salir con bien de él. Éste es mi trabajo.

Gordon agitó bruscamente la cabeza, como si el tener un trabajo que hacer resolviera todos los problemas.

—Quizá debieras intentar algo como lo que está haciendo Saul.

—No tiene objeto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Penny alzó los brazos, echándose hacia atrás en su silla de roten y mirándole directamente a los ojos—. ¿Has pensado alguna vez en la rígida forma de trabajar que tienen los científicos? Es como un entrenamiento militar.

—Tonterías.

—¿Qué es lo que os enseñan? A transcribir todo lo que sabéis acerca de un problema. A reducirlo a unas cuantas ecuaciones. La mayor parte de las veces es suficiente, ¿no? Simplemente les das unas cuantas vueltas a las ecuaciones, y ahí tienes la respuesta.

—No es tan sencillo —dijo Gordon, agitando la cabeza. Pero tenía que admitirse a sí mismo a regañadientes que había algo de verdad en lo que ella estaba diciendo. Asignar símbolos, convertir las incógnitas en equis, yes y zetas, luego reordenarlo. Pensamiento a la medida. Todos estaban acostumbrados a ello, y quizás esto ocultara algunos de los elementos del problema, si uno no era cuidadoso. Dyson, con toda su

sabiduría, podía estar completamente equivocado, simplemente a causa de sus hábitos de pensar.

—Tomemos un poco de mousse de chocolate —dijo Penny alegremente.

Él alzó la vista hacia ella. Estaba dispuesta a conseguir que la velada terminara agradablemente, de una u otra forma. La recordó sentada en la taza del váter, y sintió que una extraña ternura lo inundaba. La había visto a la vez vulnerable y serena sentada allí, realizando una función animal rodeada por unas ropas diáfnas. Graciosa, y curiosamente elegante.

—¿Les ha aggado la comida, señores?

Gordon alzó la vista hacia el camarero, intentando estimar si era realmente homosexual.

—Oh... sí. Sí. —Hizo una pausa—. Mucho mejor que en Chef Bo-yar-di. La expresión en el rostro del camarero valió el precio de la comida.

## 20 - 31 de mayo de 1963

El examen de candidatura de Cooper empezó bastante bien. Gates, un físico de altas energías, empezó con un problema estándar.

—Señor Cooper, considere dos electrones en una caja unidimensional. ¿Puede escribirnos la función de onda para este estado?

Gates sonreía de una forma amistosa, intentando eliminar la tensión que siempre había en los exámenes orales. Los estudiantes casi siempre se encallaban en algún lugar, incapaces de desarrollar la menor noción de física simplemente a causa de su propio nerviosismo.

Cooper empezó con buen pie la resolución del problema, dibujando un esquema del estado más bajo de energía. Luego se encalló. Gordon era incapaz de decir si era un simple amilnamiento o una calculada táctica dilatoria. Últimamente, los estudiantes habían encontrado en el fruncimiento de cejas y el repentino silencio un método para extraer alguna ayuda del comité. A menudo funcionaba. Al cabo de un momento, Gates dijo:

—Bien... la parte espacial de la función de onda, ¿debe ser simétrica? Cooper respondió finalmente:

—Oh., no... creo que no. Los spins deberían ser... —Y a partir de ahí, deteniéndose de tanto en tanto, elaboró con éxito todo el resto.

Gordon se sintió inquieto mientras Gates conducía a Cooper a través de una serie de preguntas de rutina, todas ellas destinadas a descubrir si el candidato conocía el trasfondo general del problema que pretendía abordar en su tesis. El aire acondicionado zumbaba con suave energía; la tiza de Cooper chirriaba y rasgeaba en la pizarra. Gordon echó una ojeada a Bernard Carroway, el astrofísico. No había ningún problema por aquel lado. Carroway parecía aburrido, impaciente por terminar con aquel ritual y regresar a sus cálculos. El cuarto y último miembro del comité era el único problema; Isaac Lakin. Como el profesor más antiguo en el campo de las tesis de Cooper, su presencia era inevitable.

Gates terminó sus preguntas y Carroway, parpadeando soñoliento, pasó a Lakin. Aquí está, pensó Gordon.

Pero Lakin no era tan directo. Llevó a Cooper a una discusión de su propio experimento... normalmente un terreno seguro para el estudiante, puesto que era lo que mejor conocía. Lakin insistió en las bases teóricas de los efectos de la resonancia nuclear. Cooper escribió las ecuaciones, trabajando rápidamente. Cuando Lakin sondeó más profundamente, Cooper frenó su ritmo, luego se detuvo. Probó la táctica del encallamiento. Lakin lo adivinó y se negó a proporcionarle a Cooper ningún dato significativo. Carroway empezó a demostrar un cierto interés, sentándose erguido por primera vez durante el examen. Gordon se preguntó por qué un estudiante en

dificultades provocaba una mayor atención del comité; ¿era el instinto de la caza? ¿O la preocupación propia del profesor de que el estudiante, presumiblemente capaz hasta que se demostrara lo contrario, revelara repentinamente una ignorancia fatal? Cualquiera de las dos respuestas era demasiado simplista, concluyó Gordon.

Por aquel entonces Lakin tenía ya a Cooper contra las cuerdas. Le hizo describir una imagen clara del modelo teórico, y describir las hipótesis subyacentes. Luego Lakin hizo trizas las explicaciones de Cooper. Sus afirmaciones eran vagas, su razonamiento lleno de lagunas. Había descuidado dos efectos importantes. Gordon permanecía sentado completamente inmóvil, sin deseos de interrumpir porque aún seguía aferrándose a la esperanza de que Cooper pudiera salirse por sí mismo tras ser derribado por aquella repentina tormenta, y empezara a responder correctamente. Esa esperanza fue desvaneciéndose. Gordon recordó un comentario que Lakin había escrito con respecto a una tesis, hacía años: «Joven, una parte de este trabajo es original, y una parte es correcta. Desgraciadamente, la que es correcta no es original, y la que es original no es correcta».

Carroway intervino con algunas preguntas incisivas. Cooper pareció animarse, luego volvió a su táctica anterior, encallándose para ganar tiempo. Pero en un examen de dos horas hay tiempo más que suficiente para descubrir todas las debilidades. Carroway escuchó las vacilantes respuestas de Cooper, los ojos entrecerrados, pero obviamente alerta ahora, una agria expresión extendiéndose por todo su rostro. Gates observaba a Cooper como intentando comprender el motivo por el cual un estudiante que hacía tan sólo unos momentos había parecido tan brillante podía encontrarse ahora en tales problemas. Cuando Cooper se volvió para responder a una salida de Lakin, Gates agitó la cabeza.

Gordon decidió intervenir. No era una buena idea defender mucho al propio candidato en el examen de candidatura, precisamente a causa de que resultaba muy evidente, y eso implicaba que uno también le concedía defectos al estudiante. Gordon alzó la voz, interrumpiendo el fluir de las preguntas de Carroway. Señaló que en el tiempo que quedaba el comité debía tomar en consideración la forma y los detalles del experimento de Cooper, y que todavía no habían abordado ese tema. Dio resultado. Gates asintió. Cooper, que había permanecido de pie con su espalda apoyada contra la pizarra, sonrió con evidente alivio. La sala del comité se llenó con los pequeños ruidos de manos hojeando papeles, cuerpos cambiando de postura en incómodas sillas: la tensión de antes se había roto. Cooper podía reparar algo del daño.

Pasaron cinco fáciles minutos. Cooper explicó la forma como se había organizado el experimento, y detalló los aparatos que componían la instalación. Distribuyó copias de sus primeros resultados.

Lakin concedió a esos papeles apenas una ojeada. En vez de ello, pasó algunas

páginas de su propio dossier y transmitió sus datos a Cooper.

—Lo que me preocupa aquí, señor Cooper, no es solamente los resultados fáciles de comprender. Estoy seguro de que el comité no encontrará en ellos ninguna sorpresa. Lo que deseo saber es si son correctos.

—¿Señor? —dijo Cooper, con un hilo de voz.

—Todos sabemos que hay... detalles curiosos en su trabajo.

—Esto, yo...

—¿Puede explicarnos esas cosas?

Lakin señaló hacia sus propias páginas, puestas boca arriba sobre la mesa. Había trazos subrayando la repentina interrupción de las regulares curvas de resonancia. Gordon las contempló con una sensación enfermiza.

El resto del examen pareció transcurrir muy rápidamente. Cooper perdió el tranquilo distanciamiento que había conseguido mantener con éxito durante todo el interrogatorio anterior. Explicó el efecto de la resonancia espontánea con frases entrecortadas. Dio una precipitada explicación de todo lo que sabía y, al llegar al final de ella, volvió hacia atrás, hacia sus implicaciones. Intentó eludir la cuestión de qué era lo que causaba el efecto. Carroway, visiblemente interesado ahora, le hizo volver a ello. Las intervenciones de Gordon no sirvieron de nada. Gates empezó a secundar el escepticismo de Carroway, de modo que Cooper iba de Lakin a Carroway a Gates, encontrándose con nuevas objeciones cada vez que se volvía de derecha a izquierda.

—Esta cuestión es el núcleo de toda la tesis —dijo Lakin, y los otros asintieron—. Debe ser aclarada. Solamente el señor Cooper conoce la verdad del asunto.

Todos en la sala sabían que se estaba refiriendo a los mensajes y a Gordon y a Saul Shriffer, no solamente a la exactitud de los instrumentos electrónicos de Cooper. Pero aquel examen era una forma para la facultad de expresar su juicio profesional sobre todo el asunto, y la batalla debía ser librada sobre aquel terreno.

Gordon dejó que todo aquello prosiguiera durante tanto tiempo como le fue posible soportar, hasta haber consumido casi las dos horas. Finalmente dijo:

—Todo esto está muy bien, pero ¿estamos centrándonos en el tema? Ustedes han visto los datos...

—Por supuesto —respondió rápidamente Lakin—. ¿Pero son correctos?

—Opino que esta cuestión no es la que estamos considerando. Se trata del examen para una candidatura. Juzgamos el valor de una experiencia... no su resultado final.

Gates asintió. Luego, ante la sorpresa de Gordon, también lo hizo Carroway. Lakin permaneció en silencio. Como si la cuestión hubiera quedado solventada, Gates le hizo a Cooper una inocua pregunta acerca de su equipo. El examen estaba finalizando. Carroway se reclinó de nuevo en su silla, los ojos medio cerrados hacia su propio mundo interior, el destello de interés desaparecido ya. Gordon se preguntó

irónicamente qué pensarían los contribuyentes de aquel semidespierto servidor público, y luego recordó que Carroway seguía el ritmo de trabajo de los teóricos. Llegaba al mediodía, listo para sustituir el almuerzo por el desayuno. Los seminarios y las discusiones con los estudiantes le tomaban hasta el anochecer. Por aquel entonces estaba preparado para iniciar sus cálculos... es decir, el auténtico trabajo. Aquel examen a primera hora de la tarde era, para él, un ejercicio para despertarse.

El auténtico trabajo de Gordon empezó cuando Cooper abandonó la estancia. Era entonces cuando el profesor de la tesis escuchaba atentamente los comentarios y críticas de sus colegas, ostensiblemente para un futuro uso en dirigir la investigación de tesis del candidato. Una sutil competencia entre dos bandos tirando de extremos opuestos de la cuerda.

Lakin abrió el fuego dudando de que Cooper comprendiera el problema. Ciertamente, admitió Gordon, Cooper tenía sus debilidades en la comprensión global de la teoría. Pero los estudiantes experimentales estaban tradicionalmente más preocupados por los detalles del trabajo de laboratorio —«dar achuchones a sus aparatos», lo llamó Gordon, para provocar algo de una cada vez más necesaria hilaridad— que con los aspectos sutiles de la teoría. Gates lo admitió; Carroway frunció el ceño.

Lakin se alzó de hombros, concediendo aquel punto. Hizo una pausa mientras Carroway, y luego Gates, expresaban algunas dudas respecto al trabajo ocasionalmente descuidado de Cooper con respecto a los problemas de física básica... los dos electrones en una caja, por ejemplo. Gordon admitió aquello. Señaló, sin embargo, que el departamento de física únicamente podía exigir que los estudiantes tomaran los cursos pertinentes y esperar que luego el conocimiento quedara en sus cabezas. Cooper había pasado ya el examen de calificación del departamento... tres días de problemas escritos, seguidos por un examen oral de dos horas. El hecho de que la comprensión de Cooper de algunos puntos determinados fuera todavía deficiente era, por supuesto, lamentable. ¿Pero qué podía hacer al respecto este comité de candidatura? Gordon prometió presionar a Cooper sobre estos aspectos para, de una forma efectiva, obligar al estudiante a eliminar sus deficiencias. El comité aceptó esta respuesta más bien estándar con asentimientos.

Hasta aquel momento, Gordon había ido avanzando sobre hielo relativamente firme. Entonces Lakin golpeó reflexivamente su pluma sobre la mesa, tic, y lentamente, casi lánguidamente, revisó los datos de Cooper. El auténtico test de un experimento, dijo, eran sus datos. El punto crucial de la tesis de Cooper era el efecto de resonancia espontánea. Y esto era precisamente lo que había que tomar en consideración.

—La tesis es un razonamiento, déjeme recordárselo, no un montón de páginas —dijo Lakin con una soñolienta suavidad.

Gordon contraatacó del mejor modo que pudo. El fenómeno de la resonancia

espontánea era importante, sí, pero Cooper no estaba primariamente ocupado de él. Su objetivo en la prueba era mucho más convencional. El comité debía considerar la resonancia espontánea como una especie de cubierta que oscurecía ocasionalmente los datos mucho más convencionales que Cooper estaba intentando obtener. Lakin contraatacó a su vez con decisión. Extrajo el artículo de la Physical Review Letters, que llevaba los nombres de Lakin, Bernstein y Cooper. La tesis final debería mencionarlo.

—Y esto, por supuesto —dirigió una triste y fatigada mirada a Gordon—, significa que debemos tener en cuenta todos los resultados de la... interpretación... que le ha sido dada a esas... interrupciones... de las curvas de resonancia.

—No estoy de acuerdo —restalló Gordon.

—El comité debe considerar todos los hechos —dijo Lakin suavemente.

—El hecho es que Cooper se enfrenta aquí con un problema estándar.

—Eso no es lo que se nos ha dicho.

—Mire, Isaac, lo que yo haga no tiene ninguna conexión con su tesis y este comité.

—Sin embargo —intervino Gates—, yo creo más bien que deberíamos centrarnos en las posibilidades del experimento en sí...

—Completamente de acuerdo —murmuró Carroway, pareciendo despertar de su somnolencia.

—Cooper probablemente no trabajará con la, esto, teoría del mensaje, en absoluto —dijo Gordon.

—Pero debe hacerlo —dijo Lakin con tranquila energía.

—¿Por qué? —dijo Gordon.

—¿Cómo podemos estar seguros de que sus montajes electrónicos están funcionando correctamente? —señaló Gates.

—Exactamente —dijo Lakin.

—Miren, no hay nada excepcional acerca de su equipo.

—¿Quién puede decirlo? —murmuró Lakin—. Contiene algunas modificaciones por encima y más allá de un montaje normal para resonancias. Esas modificaciones, si las he comprendido correctamente... —había una ligera nota de sarcasmo allí, observó Gordon— fueron diseñadas para incrementar la sensibilidad. ¿Pero es eso todo lo que hacen? ¿No existirá ahí algún efecto no previsto? ¿Algo que haga que este experimento, este aparato, capte nuevos efectos en el sólido en cuestión... el antimonio de indio? ¿Cómo podemos saberlo?

—Una buena observación —murmuró Gates.

—¿En qué tipo de efecto está usted pensando, Isaac? —dijo Carroway, genuinamente perplejo.

—No lo sé —admitió Lakin—. Pero ahí está la cuestión. Precisamente ahí.

—No estoy de acuerdo —dijo Gordon.

—No, creo que Isaac tiene toda la razón —murmuró Carroway.

—Es justo —dijo Gates, reflexionando—. ¿Cómo podemos estar seguros de que se trata de un buen tema para una tesis hasta saber si el equipo dará los resultados que Cooper dice que dará? Quiero decir, tenemos aquí a Isaac, que expresa dudas. Usted, Gordon... usted piensa que todo está bien. Pero yo tengo la impresión de que deberíamos obtener más información antes de seguir adelante.

—Ésa no es la finalidad de este examen —dijo Gordon categóricamente.

—Me temo que se trata de una objeción legítima —añadió Carroway.

—Yo también —corroboró Gates.

Lakin asintió. Gordon se dio cuenta de que todos ellos estaban incómodos, sin deseos de abordar el problema enterrado bajo los detalles de los aparatos de Cooper y los elaborados extremos de su teoría. Sin embargo, Gates, Carroway y Lakin pensaban que la hipótesis del mensaje era pura y simplemente un fraude. No iban a dejarla de lado. Cooper no podía explicar todos sus datos, no los más interesantes, al menos. Mientras aquel enigma colgara en el aire, el comité no iba a dejar que se convirtiera en una tesis. Además, no era simplemente una cuestión de teorías en conflicto. Cooper estaba flojo en algunas áreas importantes. Necesitaba más estudio, más tiempo dedicado a los libros de texto. Nunca había sido un estudiante particularmente brillante en clase, y allí lo había demostrado con toda claridad. Eso, más las inconcreciones respecto a los mensajes, era suficiente.

—Opino que debemos rechazar al señor Cooper en su primer intento de examen de candidatura —dijo Lakin suavemente—. Necesita más preparación. Además, este asunto de la resonancia espontánea... —una rápida mirada a Gordon— debería ser resuelto.

—Correcto —dijo Gates.

—Hum —dijo Carroway, soñoliento, recogiendo ya sus diseminados papeles.

—Pero, miren...

—Gordon —murmuró Lakin, con una especie de cansada amistosidad—, hay mayoría en el comité. ¿No debemos respetar las formas?

Gordon tendió rígidamente el formulario de la universidad correspondiente al examen, en el cual los distintos miembros del tribunal debían firmar y escribir «sí» o «no» a la pregunta de si Cooper había pasado el examen. El formulario regresó a sus manos con tres noes. Gordon se lo quedó mirando, aún desconcertado, aún sin acabar de creer que todo hubiera terminado. Era la primera vez que preparaba a un estudiante para su examen, y el estudiante había fracasado... un acontecimiento muy poco usual. Se suponía que la candidatura era un examen putz, por el amor de Dios. Gordon pensó repentinamente en la teoría convencional de las revoluciones científicas, donde los paradigmas se daban alcance los unos a los otros, los viejos

siendo reemplazados por los nuevos. En un cierto sentido, la teoría del mensaje y la teoría de la resonancia espontánea eran paradigmas, erigidos para explicar una serie de misteriosos datos. Dos paradigmas, discutiendo sobre unas migajas de pan experimental. Estuvo a punto de echarse a reír.

El roce de las sillas y el susurro de papeles le devolvieron a la realidad. Murmuró algo a cada uno de los hombres mientras se marchaban, todavía abrumado por el resultado. Lakin incluso le dio un apretón de manos y le dijo, antes de irse:

—Comprenda, tenemos que dejar todo esto bien claro.

Mientras Gordon observaba a Lakin alejarse, comprendió que para el otro hombre aquello no era más que un lamentable incidente relativo a un joven miembro del profesorado que se había salido por la tangente. Lakin había abandonado las formas suaves de persuasión. Ya no iba a acudir más a Gordon para indicarle, amablemente, que variara su línea de pensamiento. Ese tipo de conversación no conduciría a ningún lado... no había conducido a ningún lado. Sus personalidades no encajaban, y quizás eso era a fin de cuentas lo más importante en la investigación científica. Crick y Watson no habían congeniado con Rosalind Franklin, y eso había impedido su colaboración en el acto de desentrañar el misterio de la hélice de ADN. Juntos hubieran podido resolver mucho antes el problema. La ciencia estaba llena de violentos conflictos, muchos de los cuales habían bloqueado el progreso. Se habían perdido grandes oportunidades... si Oppenheimer hubiera podido romper el aislamiento cada vez mayor de Einstein, quizá los dos hombres juntos hubieran podido ir más allá del trabajo de Oppenheimer en 1939 sobre las estrellas de neutrones para dedicarse a fondo al problema general de la materia colapsada. Pero no había sido así, en parte porque Einstein había dejado de escuchar a los demás, se había encerrado en sus amodorrados sueños de la teoría del campo unificado...

Gordon se dio cuenta de que estaba sentado solo en la triste habitación. Abajo en las escaleras, Cooper estaba aguardando el resultado. Había alegrías en la enseñanza, pero de pronto Gordon se preguntó si compensaban los malos momentos. Dedicabas tres cuartas partes de tu tiempo a la cuarta parte de los estudiantes, precisamente a los peores; los realmente buenos no proporcionaban problemas. Ahora tenía que ir allá abajo y decírselo a Cooper.

Recogió sus papeles y salió. La luz del sol que entraba por las ventanas del corredor trazaba en el suelo puñales amarillentos. Los días se estaban haciendo más largos. Las clases habían terminado. Por un momento, Gordon olvidó a Cooper, Lakin y los mensajes, y dejó que un único pensamiento lo inundara: el largo y bendito verano estaba empezando.

## 21 - Agosto de 1998

Cuando Marjorie oyó el crujir de los neumáticos del coche en la grava del sendero, ya lo tenía todo preparado. Había hielo en el congelador, cuidadosamente acumulado y conservado a través de las horas en que era cortada la electricidad. Estaba ansiando compañía, después de una aburrida y solitaria semana. La descripción que John había hecho de Peterson la había preparado a la antipatía inmediata; los miembros del Consejo eran figuras remotas, prohibidas. Tener a uno de ellos en casa representaba la amenaza de cometer algún enorme fallo social, pero también la compensadora excitación del contacto con alguien más importante que un rector de Cambridge.

John la había avisado hacía apenas dos horas, el clásico olvido de los esposos. Afortunadamente, la casa estaba razonablemente limpia, y de todos modos los hombres no se fijaban en esas cosas. El problema era la cena. Tenía la impresión de que debería invitarle a quedarse a cenar, por simple cortesía, aunque con un poco de suerte él quizá rechazara la invitación. Tenía un asado en el congelador accionado a baterías. Lo había estado reservando para alguna ocasión especial, pero no había tiempo para descongelarlo. Sabía que era importante quedar bien con Peterson; John no lo había invitado a casa por amistad. Un soufflé, quizás. Había rebuscado por los armarios de la cocina y encontrado una lata de langostinos. Sí, eso iría bien. Un soufflé de langostinos y una ensalada y pan francés. Seguido por fresas del jardín, y crema. Absolutamente elegante, teniendo en cuenta las circunstancias. Iba a gastar una buena parte de su presupuesto semanal de comida, pero al diablo la economía ante una ocasión como aquélla. Fue a buscar una botella de su caro chablis californiano y la metió en el pequeño congelador, la única forma de tenerlo frío a tiempo. Aquello sería todo un festín, pensó. Hacía días que apenas veía a John, que cada noche se quedaba a trabajar hasta tarde en el laboratorio. Había llegado a adquirir la costumbre de preparar una cena sencilla y rápida para los chicos y ella, dejando un cazo de sopa listo para calentar cuando John volviera a casa.

Fuera, las portezuelas del coche resonaron. Marjorie se puso en pie cuando los dos hombres entraron en la sala de estar. John lucía su habitual aspecto de oso de peluche, pensó con afecto. Viéndolo a la luz del día por primera vez aquella semana, se dio cuenta también de lo cansado que parecía, Peterson era ciertamente apuesto, decidió Marjorie, pero sus labios eran demasiado delgados, le daban una expresión dura.

—Ésta es mi esposa, Marjorie —estaba diciendo John mientras ella tendía la mano a Peterson. Sus ojos se cruzaron mientras se estrechaban la mano. Le recorrió una especie de estremecimiento. Luego apartó la vista de nuevo, y penetraron en la habitación.

—Espero que mi visita no le traiga demasiados problemas —dijo Peterson—. Su esposo me aseguró que todo estaba bien, y tenemos todavía algunos asuntos que discutir.

—No, en absoluto. Me alegra tener algo de compañía, para variar. Puede llegar a ser tremendamente aburrido el ser la esposa de un físico cuando está trabajando en un experimento.

—Sí, imagino que sí. —Le dirigió una breve y penetrante mirada y se acercó a la ventana—. Este es un hermoso lugar.

—¿Qué quiere para beber, Peterson? —preguntó John.

—Tomaré un whisky con soda, por favor. Sí, es encantador. A mí me entusiasma el campo. Sus rosas tienen un aspecto excelente.

—Hizo un gesto hacia el jardín, y siguió con algunos precisos comentarios acerca de las condiciones del suelo.

—¿Vive usted en Londres, señor Peterson?

—Sí, así es. Gracias. —Aceptó el vaso de John.

—¿Tiene también alguna casita de fin de semana en el campo? —preguntó Marjorie.

Creyó ver por un segundo un ligero destello en los ojos del hombre antes de que respondiera.

—No, desgraciadamente. Me gustaría mucho tenerla. Pero probablemente no tendría tiempo de usarla. Mi trabajo me exige viajar mucho.

Ella asintió con simpatía y se volvió hacia su esposo.

—Yo ya he tomado algo, pero me gustaría otro, por favor, John —dijo, tendiendo su vaso.

—Jerez, ¿no? —Por su forma deliberadamente ligera de hablar, Marjorie se dio cuenta de inmediato del esfuerzo que estaba haciendo John por mantenerse a la altura de Peterson. Desde el primer instante había captado la tensión entre los dos hombres. John cruzó hacia el aparador y dijo con una voz cansadamente jovial—: El trabajo de Ian es cuidar de que no nos veamos obligados a engullir mucho de esto a fin de hacerle frente al mundo.

Esta observación no pareció causar ninguna impresión visible en Peterson, que murmuró:

—Desgraciadamente, los borrachines de antes no tenían la excusa de un Consejo Mundial a quien echarle las culpas de su evadirse de la realidad.

—¿Evadirse de la realidad? —murmuró Marjorie—. ¿No es ésa la nueva teoría terapéutica?

—Una enfermedad enmascarada como un tratamiento, diría yo —rió John.

Peterson se limitó a un «Hummm» y se volvió hacia Marjorie. Antes de poder cambiar de tema, como obviamente era su intención, ella dijo, en parte para no

permitirle tomar la delantera:

—¿Cuál es la realidad detrás de esas extrañas nubes que estamos viendo últimamente? Oí algo en las noticias acerca de un francés que decía que eran de un nuevo tipo, algo...

—No sabría decirlo —murmuró Peterson bruscamente—. Realmente no sabría decirlo. No estoy muy al corriente, ya sabe.

Un buen marrullero, sí, pensó Marjorie.

—¿Y de Brasil, entonces? ¿Qué puede decirnos el Consejo Mundial acerca de eso?

—La floración está extendiéndose, y estamos haciendo todo lo que podemos. — Peterson se mostró más a gusto en este tema, quizá porque ya era del dominio público.

—¿Se les ha escapado de las manos, entonces? —preguntó ella.

—Digamos más bien que no entra totalmente dentro de nuestras competencias. El Consejo identifica los problemas y dirige las investigaciones, integrándolas en las consideraciones políticas. Nos hacemos cargo de los puntos críticos relacionados con la tecnología tan pronto como se hacen visibles. La mayor parte de nuestra función consiste en integrar los ecoperfiles del satélite. Examinamos todos los datos en busca de cambios evidentes. En el momento en que aparece un problema a nivel supranacional, entonces es trabajo de los técnicos...

—... resolverlo —terminó John, volviendo con el jerez—. Es esa psicología de servicio contra incendios la que hace que el resolver los problemas se convierta en algo tan difícil, ya sabes. Sin una continuidad en la investigación...

—Oh, John, ya he oído este discurso antes —dijo Marjorie, con un tono alegre en su voz que realmente no sentía—. Seguro que el señor Peterson conoce ya tus puntos de vista.

—De acuerdo, ya me callo —aceptó suavemente John, como si recordara donde estaba—. De todos modos, deseaba enfocar el asunto sobre el problema del equipamiento. Estoy intentando convencer a Ian de que llame por teléfono y me consiga ayuda de la gente de Brookhaven. Se necesita influencia, como dicen los americanos, y...

—Más de la que yo tengo, lamentablemente —interrumpió Peterson—. Tiene usted una idea equivocada de cuánta, o mejor de qué tipo de influencia poseo. A los científicos no les gusta que la gente del Consejo esté moviéndolos de un lado para otro como peones.

—Yo misma me he dado cuenta de ello —dijo Marjorie.

John sonrió cariñosamente.

—No tiene objeto ser una prima donna si no puedes entonar un aria de tanto en tanto, ¿no? Pero no... —se volvió de nuevo hacia Peterson—, yo simplemente quería

decir que algo del avanzado equipo de Brookhaven podría solucionar nuestro problema del ruido. Si usted...

Peterson apretó los labios y dijo rápidamente:

—Mire, presionaré por ese lado. Ya sabe lo que significa esto... memorándums y comités y deliberaciones y todo lo demás a menos que se produzca un milagro, tomará semanas.

—Pero seguramente —dijo Marjorie, deseando echar una mano— podrá ejercer usted alguna... alguna...

—Markham es quien puede hacerlo mejor —dijo Peterson, volviéndose hacia ella—. Le daré las bases de actuación por teléfono. Puede ir y ver a esos tipos en Washington y luego en Brookhaven.

—Sí —murmuró John—, sí, eso podría funcionar. Greg tiene contactos, creo.

—¿Realmente? —dijo Marjorie, dubitativa—. Parece, bueno...

Peterson sonrió divertido.

—¿Un poco al margen de todo? ¿Con un cierto mal gusto? ¿Algo inadecuado? Pero es americano, recuerde.

Marjorie se echó a reír.

—Sí, es cierto. Jan parece mucho más encantadora.

—Más predecible, quieres decir —observó John.

—¿Piensas que eso es lo que quería decir?

—Creo —dijo Peterson— que eso es lo que generalmente queremos dar a entender. No es de las personas que hagan agitarse la barca.

Marjorie se sorprendió ante el repentino acuerdo entre los dos hombres. Había algo triste y amargo en ello. Vaciló por un momento mientras los dos, casi como a una señal, miraban a sus vasos. Ambos los agitaron, y los cubitos de hielo tintinearón contra las paredes. El líquido ambarino se agitó y giró. Marjorie alzó la vista hacia la silenciosa habitación que gravitaba sobre ellos. En la mesa del comedor la pulida madera reflejaba el centro de flores que había dispuesto en su centro, y la lustrosa visión invertida del jarrón parecía una mano cerrándose sobre el mundo.

¿Le había dicho Peterson a John algo antes de llegar a la casa, alguna noticia? Buscó alguna forma de alzar los ánimos.

—John, ¿un poco más de jerez?

—Sí, claro —dijo él, y se alzó para servirlo. Parecía irritado—. ¿Qué fue eso que me dijo en el coche acerca de la mujer del Caltech? —preguntó a Peterson.

—Catherine Wickham —dijo Peterson con voz inexpresiva—. Es la que está trabajando en eso de los microuniversos.

—¿Los papeles que le mostró usted a Markham?

—Sí. Si eso explica su nivel de ruido, es importante.

—¿Así que es por eso por lo que llamó usted? —preguntó John sirviendo el jerez

—. ¿Quiere otro? —mostró la botella de whisky.

—Sí, gracias. Conseguí ponerme en contacto con ella, y luego con Thorne, el tipo que dirige ese grupo. Ella vendrá en el primer vuelo.

John se detuvo a medio llenar el vaso.

—Bien. Debe haber apretado usted los botones adecuados.

—Conozco al supervisor del contrato de Thorne.

—Oh. —Una pausa—. Entiendo.

—Bueno, no aburramos a su esposa hablando de trabajo —dijo Peterson—. Me gustaría ver su jardín, si es posible. Paso la mayor parte de mi tiempo en Londres o viajando, y debo decir que es realmente delicioso ver una auténtica casa unifamiliar como ésta.

Miró de soslayo a Marjorie mientras se levantaba. ¿Una acción deliberada para despertar su simpatía?, pensó ella.

—¿No viaja con usted su esposa?

—No, nunca.

—No, supongo que no puede, con su trabajo. Se desenvuelve muy bien en él.

—Sí, creo que está progresando. Normalmente Sarah siempre hace bien todo lo que emprende. —Su voz no dejaba implicar nada.

—¿Conoces a su esposa, Marjorie? —preguntó John, asombrado. Estaban fuera en la terraza, junto a los escalones que conducían al césped. El sol estaba aún alto.

—No, no personalmente, pero he oído hablar de ella. Antes se llamaba lady Sarah Lindsay-Stuart-Buttle.

John se mostró desconcertado.

—Oh, tú no lo sabes. Es la diseñadora de esos maravillosos trajecitos. Sara Lindsay. ¿No tienen ustedes hijos, señor Peterson?

—No, ninguno.

Cruzaron el césped. En algún lugar a la derecha cantó un gallo.

—¿Sus pollos? —le preguntó Peterson.

—Sí, tenemos media docena de gallinas, por los huevos. A veces también para comer, aunque odio matar a esos estúpidos animales.

—¿Qué raza crían? Orpington o Leghorn, supongo, si los tienen fundamentalmente por los huevos.

Ella lo miró sorprendida.

—¿También entiende usted de gallinas? Sí, tenemos alguna Orpington. Ninguna Leghorn. Son buenas ponedoras, pero me gustan más los huevos de cascara rubia que los de cáscara blanca.

—Correcto. Y las Leghorn son muy pendencieras, también. Tienden a armar un caos en un corral pequeño como el que supongo debe tener usted. ¿Qué le parecen las Rhode Island rojas? Ponen unos huevos deliciosamente dorados.

—Precisamente ahora tengo un par de pollitas. Todavía no han empezado a poner.

—Tiene intención de cruzarlas, ¿verdad? Ese gallo no sonaba como un Rhode Island rojo.

—Me sorprende que sepa usted tanto acerca de gallinas. Peterson le dirigió una sonrisa.

—Sé un montón de cosas que sorprende a la gente.

Ella le devolvió educadamente la sonrisa, pero intentó mantener sus ojos fríos. Era una mujer que no se dejaba seducir fácilmente. El hombre era despreciable, se dijo a sí misma. No sentía el menor interés hacia ella. Flirteaba automáticamente con ella simplemente porque era una mujer.

—¿Se quedará a cenar con nosotros esta noche, señor Peterson? —preguntó formalmente.

—Es muy amable de su parte, señora Renfrew. Gracias, pero ya tengo un compromiso para cenar. De hecho —añadió, mirando su reloj—, ya debería haberme ido. Se supone que tengo que encontrarme con alguien a las siete y media en Cambridge.

—Yo también me temo que voy a tener que volver a trabajar esta noche —dijo John.

—Oh, no —protestó ella—. No puedes hacerme esto. —Se sentía algo achispada ahora, con deseos de compañía. También se sentía llena de energías, casi crispada, como si hubiera bebido demasiado café—. No he sabido nada de ti desde hace no sé cuánto tiempo, e iba a hacer un soufflé de langostinos para cenar. Me niego absolutamente a que me dejes de nuevo sola esta noche.

—Suenas como una oferta tentadora. Yo no vacilaría ni un momento si fuera usted, John —dijo Peterson, con otra de sus insinuantes sonrisas.

John pareció azarado ante aquel estallido de ella en presencia de un desconocido.

—Bien, de acuerdo, si es tan importante, me quedaré a cenar. Pero probablemente tendré que irme por un par de horas luego.

Regresaron a la casa. Peterson dejó su vaso.

—Gracias por la copa. Le haré saber la próxima vez que tenga que ir a California. Señora Renfrew, gracias por este agradable interludio.

Dejó que fuera John quien lo acompañara a la puerta, y se sirvió otro vaso mientras ellos estaban en el vestíbulo. Era decepcionante que Peterson no se quedara a cenar. Hubiera disfrutado flirteando ligeramente con él... aunque, suponía, el hombre debía poseer un carácter desagradable y carente de principios.

John regresó a la habitación, frotándose las manos.

—Bien, ya nos hemos librado de él. Me alegra que no se haya quedado, ¿y tú? ¿Qué piensas de él?

—Es como un reptil —dijo ella rápidamente—. Suave y viscoso. Yo no confiaría

ni un ápice en él. Por supuesto, es muy atractivo.

—¿De veras? Me parece más bien ordinario. Me sorprendió que tú supieras todo eso acerca de su esposa. Nunca lo habías mencionado antes.

—Oh, por los cielos, John, me vino a la cabeza mientras él estaba aquí. ¿Acaso no lo recuerdas? Todo ese terrible escándalo acerca de ella y el príncipe Andrés. Déjame ver, yo tenía veinticinco años, así que debió ser en 1985. El príncipe Andrés tiene la misma edad que yo y ella tendría... oh, no sé... unos treinta, quizá. De todos modos puedo recordar que todo el mundo hablaba de ello. Andy el Calentorro, lo llamábamos todas.

—No lo recuerdo en absoluto.

—Oh, tienes que recordarlo. Salió en todos los periódicos. Y no sólo en las columnas de chismorreos. Montones de cartas de los lectores esperando un comportamiento más decente por parte de una miembro de la familia real, y todo eso. Y la reina nombró a Peterson embajador en... bueno, no recuerdo dónde, pero muy lejos. En África.

—¿Quieres decir que estaban casados, entonces?

—Bueno, por supuesto que estaban casados. Eso fue lo que motivó todo el escándalo. Había sido un matrimonio de la alta sociedad hacía apenas un año. En realidad, él no había sido nombrado todavía embajador. Era primer secretario, ya sabes, o un cargo así. De acuerdo, todas considerábamos al príncipe Andrés como algo súper. Fue una aventura terriblemente excitante. Creo que la última gota fue cuando ellos bebieron un poco demasiado una noche y él la llevó a una habitación del palacio de Buckingham y colgó un letrero de «No molesten» en la puerta, un letrero que habían robado de algún hotel. Y luego ella les contó a los periodistas, cuando la historia se hizo pública, que ella siempre había deseado hacerlo en palacio, ¡pero que las camas eran duras y estaban llenas de grumos!

—¡Santo cielo, Marjorie!

Ella dejó escapar una risita ante su expresión.

—Bueno, es algo más bien divertido, cuando vuelves a pensar en ello.

—Pero suena como si ella fuera completamente irresponsable. Es casi suficiente como para hacerme sentir pena por Peterson, aunque me atrevería a decir que se merecen el uno al otro. Supongo que él siguió con ella únicamente porque podría sacar ventaja en su carrera.

—Muy probablemente. Pero debo decir que a mí no me importa en absoluto. — Ahora que ya lo había dicho le parecía correcto. Ayudaba a explicar algo de la extraña tensión y confusión. El hombre parecía interesante, pero eso quizá fuera debido a las tres copas—. Bien, voy a meter ese soufflé en el horno. ¿Puedes preparar la mesa, amor?

—Hum, sí —murmuró él con aire ausente, cruzando la habitación—. Pienso que

podríamos escuchar también las noticias...

Marjorie se volvió en redondo.

—Noticias, esto es. Hubo un momento curioso entre tú y Peterson antes... ¿en qué estabais pensando?

John se detuvo.

—Oh, sí. Él tenía la misma expresión en su rostro que esta tarde, cuando recibió una llamada telefónica en el laboratorio. Me la hizo recordar. Oí parte de...

Se interrumpió, pensando.

—¿Y bien? —dijo Marjorie severamente—. ¿Acerca de qué?

—Las nubes. Un informe acerca de su composición. Y cuando él eludió tu pregunta, supe que estaba ocurriendo algo.

—¿Quieres decir que las noticias van a decir algo?

—Si Peterson no abrió la boca al respecto, lo dudo. Sin embargo...

Los chicos estaban viendo la ITV. John cambió a la BBC 1. Marjorie se quedó junto a la puerta, mirando. Sólo había un noticiario importante al día; el resto era entretenimiento, en su mayoría comedias, con los ocasionales westerns y películas antiguas. Poca gente deseaba ver algo serio por aquellos días.

—«... tumultos en Londres también hoy, aunque no se han registrado víctimas. Grupos de protesta de Cornualles que se manifestaban en Trafalgar Square se vieron envueltos en algunos enfrentamientos con la policía. Un portavoz de la policía manifestó que el grupo ignoró una orden de despejar las calles y dejar libre la circulación, de modo que las autoridades se vieron obligadas a dispersarlos por la fuerza y a arrestar a aquellos que se resistieron. Hugh Caradoc, líder del Movimiento para la Independencia de Cornualles, ha declarado que la manifestación era pacífica y que la policía atacó sin haber sido provocada. —La pantalla mostró a un hombre con los ojos desorbitados y un puño alzado siendo arrastrado por dos policías. El locutor hizo una pausa y pareció más alegre—. Los preparativos para la coronación están yendo a buen ritmo. El rey y la reina visitaron la abadía de Westminster hoy y fueron recibidos por el reverendísimo Gerald Hawker, deán de la abadía. Permanecieron allí algo menos de una hora. —La familiar fachada de la abadía de Westminster apareció en la pantalla y, empequeñecida por el enorme portal, salió una pareja, saludó brevemente a algunos curiosos, y se metió en un coche que aguardaba enarbolando el estandarte real—. Han sido enviadas ya las invitaciones para la ceremonia del próximo noviembre a los jefes de estado de todo el mundo. En las caballerizas reales se han iniciado los trabajos de acondicionamiento de la carroza real tradicionalmente utilizada en las coronaciones. Va a ser enteramente dorada de nuevo, a un costo estimado de quinientas mil libras. El señor Alan Harmon, miembro del Parlamento por Huddersfield, ha dicho hoy en la Cámara de los Comunes que era «una carga escandalosa para los contribuyentes británicos». Un comunicado de palacio de fecha

de hoy ha confirmado que el príncipe David, de catorce años, sufre de varicela y se halla en cuarentena en la escuela Gordonstoun. Según los informes el heredero del trono pasa su tiempo leyendo cómics de ciencia ficción. Y ahora las noticias deportivas del día. Al final del juego, el Kent se hallaba a 245 puntos por debajo en su partido contra el Surrey...».

Marjorie abandonó la habitación para preparar la cena, John Renfrew se quedó frente al aparato de televisión, aguardando el resultado del Yorkshire. Ya nunca tenía tiempo para los deportes, pero aún seguía los partidos de cricket del condado, y su equipo favorito era el Yorkshire.

En la cocina. Marjorie se ajetreaba de un lado para otro. Se sentía nerviosa. Maldito cricket. ¿Por qué John se sentaba allí a ver aquella porquería? Podía estar ayudándola o al menos hablando con ella, puesto que tenía intención de irse de nuevo. Se preguntó acerca del vino y decidió dejarlo. Era un derroche abrir la botella cuando iba a pasar la velada sola y ya se sentía un poco achispada. Preparó la ensalada, sacó el pan y la mantequilla. El soufflé estaba ya casi a punto. Regresó a la sala de estar. John seguía todavía frente al televisor.

—Pensé que ibas a poner la mesa —dijo secamente.

Él alzó vagamente la vista.

—Oh, ¿ya está lista la cena? La preparo dentro de un minuto.

—No, no dentro de un minuto. El soufflé está hecho y no puede esperar. Será mejor que lo hagas ahora.

Salió irritadamente de la habitación, y él se la quedó mirando, sorprendido. Se dirigió al aparador y sacó el mantel y algunos tenedores, y lo colocó todo sobre la mesa. Marjorie regresó con el soufflé.

—¿Debo llamar a eso poner la mesa? ¿Dónde están las servilletas? ¿Y los vasos? Y llama también a los chicos. Voy a servirlo antes de que se hunda. —Se sentó a la mesa.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó él inocentemente.

—¿Qué quieres decir con «qué te ocurre»? No me ocurre nada —respondió rápidamente ella.

—Pareces enfadada —aventuró él.

—Bueno, es para enfadarse. Todo lo que pido es que pongas la mesa mientras yo preparo todo lo demás, y me encuentro con que no has hecho absolutamente nada. Me paso trabajando todo el día y, ¿para qué? Limpio la casa, y ya nunca recibimos a nadie ni vamos a ver a nadie. Hago una espléndida cena y tú te limitas a engullirla y a marcharte.

Igual hubiera podido abrir una lata de judías ya cocinadas, y tú ni siquiera te hubieras dado cuenta. Y estoy harta de pasarme todas las noches sola hasta altas horas de la madrugada. Esto es lo que me ocurre. —Se puso en pie, enfrentándosele.

—Marjorie, lo siento, querida. No me había dado cuenta... Mira, me quedaré en casa esta noche, si tanto te importa. Pensé... quiero decir, sé que te he descuidado un poco últimamente, pero este trabajo significa mucho para mí... Es de una importancia vital, Marjorie, pero no puedo hacerlo sin saber que tú estás aquí detrás mío. Tú eres el elemento más estable de mi vida. No te lo digo porque doy por supuesto que tú lo sabes. Simplemente cuento contigo. No podría concentrarme en absoluto en mi trabajo si supiera que te ocurre algo.

Ella sonrió amargamente.

—Ahora haces que me sienta culpable. Te he abandonado un poco, ¿verdad? Tú quieres que yo mantenga encendido el fuego del hogar, ser tu apoyo, lo que hay detrás de todo gran hombre y todo lo demás. Bien, la mayor parte del tiempo soy feliz siendo todo esto, pero esta noche me siento un poco egoísta. No es solamente el que tú estés fuera todo el tiempo. Es que ha sido un día duro, una cosa detrás de otra. He tenido que hacer horas de cola, no había carne en ningún sitio. No encuentro a nadie que venga a arreglar el retrete desde hace toda una quincena. Y alguien ha forzado la cerradura del garaje hoy y nos ha robado un montón de herramientas.

—¿Eso han hecho? No me lo has dicho.

—No me diste oportunidad de hacerlo. Nunca puedo comunicarme contigo en ese maldito laboratorio. Y Nicky vino a casa de la escuela hecho un mar de lágrimas porque la señorita Crenshaw, sin decirle nada a nadie, se ha marchado a Tristán da Cunha, y ya sabes lo encariñado que estaba Nicky con ella. Creí que el gobierno iba a detener la emigración de los trabajadores que son imprescindibles aquí. Supongo que la señorita Crenshaw no estaba calificada como una trabajadora imprescindible. De todos modos, he tenido que consolar a Nicky. Y luego llamaste tú diciendo que traías a Peterson a casa. Honestamente, a veces me siento como una pelota de fútbol a la que todo el mundo le da patadas.

—¿Por qué no te tomas un día de descanso? ¿Por qué no te vas de tiendas a Londres? Cómprate un vestido que te guste. Ve al teatro.

—¿Sola?

—Elige tú el día, y te prometo que vendré temprano por la tarde y nos iremos a algún espectáculo. ¿Qué te parece? Siempre que no se trate de una de esas horribles obras apocalípticas. El mundo ya está lo suficientemente mal sin que nos lo recuerden constantemente.

Ella se echó a reír, más ablandada.

—Oh, las cosas no son tan malas como las pinta todo el mundo. El mundo ha pasado por tiempos peores. Piensa en la peste negra. O en la Segunda Guerra Mundial. Sobreviviremos a todo esto también. Sí, creo que un día en Londres es una buena idea. Llevo años sin comprarme un vestido nuevo. Oh, John, me siento mucho mejor ahora. Y, ¿sabes?, no es necesario que te quedes esta noche. Sé que estás

muriéndote de ganas por volver a tu trabajo.

—Me quedaré —dijo él firmemente—. Cuéntame más de lo que se llevaron del garaje.

¿Sabes?, ya es tiempo de que instalemos un sistema de alarma. ¿Crees que fueron esos intrusos de la vieja granja?

—Oh, Dios mío, John —gimió ella de pronto—. ¡Mira el soufflé! ¡Está tan plano como una torta! —Se sentó pesadamente y se quedó mirándolo. Luego se echó a reír. Su risa se convirtió gradualmente en un sollozo. John se situó de pie tras ella, palmeándole torpemente la espalda.

—No te lo tomes así querida —murmuró. Finalmente, ella se secó los ojos y se puso en pie.

—Bueno, de todos modos tampoco tengo hambre ya. No tengo ganas de comerme esta horrible cosa. Estoy agotada. Pero los chicos tienen que cenar. Supongo que tendré que hacerles algo.

Fue a levantarse, pero John la empujó de nuevo a la silla.

—No, tú no. Yo abriré una lata de sopa para ellos o cualquier otra cosa. Vete a la cama. Parece que lo necesitas. No te preocupes por nada. Me quedaré en casa esta noche y me haré cargo de todo.

—Gracias, John, eres un encanto. Sí, realmente creo que voy a irme a la cama.

Lo contempló dirigirse a la cocina y se puso en pie débilmente. Luego casi se echó a reír de nuevo. Una o dos horas antes se había sentido ansiosa de sexo debido a que John estaba tan raramente en casa. Ahora él estaba en casa toda la noche, y ella se sentía tan cansada que a duras penas podía mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente como para llegar a la cama. Irónicamente maravilloso, ¿verdad?

Ella apareció a tiempo en el lugar de encuentro que habían acordado, el murito bajo de piedra frente a King's. Peterson vaciló sólo un instante, rebuscando la frase que había memorizado para recordar su nombre. Ah, sí, Laura-la-de-Bowes.

—Espero no haberle hecho esperar —dijo ella, alisándose el vestido con afectadas manos.

Él murmuró una respuesta automática, se sintió sorprendido de nuevo por lo hermosa que era. Observó divertido que llevaba un sencillo vestido que era una copia de uno de los modelos de Sarah. Una buena copia. Hubiera engañado casi a cualquiera.

Laura se sintió impresionada por el coche, un último modelo decorado especialmente para él. Miró maravillada el tablero de instrumentos, todo él de madera, pero no dijo nada. Intentando aparentar estar de vuelta, de todo, pensó él. Incluso Sarah, que era ya una sofisticada a la edad de cinco años, había lanzado una exclamación de sorpresa al ver aquel interior. Por lo que recordaba, la única persona que no se había mostrado impresionada había sido Renfrew. Se preguntó qué significaría aquello.

Cuando entraron en el restaurante, a algunos kilómetros en las afueras de Cambridge, el jefe de camareros aparentemente lo reconoció. Los demás comensales masculinos no; era Laura quien atraía todas las miradas. Gintonics, lujosos manteles de lino, lo habitual. Laura miraba a su alrededor de una forma que sugería que estaba tomando notas mentales para sus amigas. Un lugar impresionante, supuso él, pero estilísticamente una absurda mezcolanza. Básicamente una posada campesina inglesa, con toques de elegancia francesa que no encajaban. Las llamativas cortinas, la enorme chimenea de piedra llena ahora en el verano con plantas, las vigas del techo, las bajas mesas redondas de roble, todo era confortablemente familiar, sólido. Los candelabros y los espejos tintados no encajaban. Menos encajaba aún la pantalla gigante de televisión que mostraba una falsa visión de una escena campesina francesa, con unas lejanas figuras moviéndose entre los campos, labriegos recogiendo aparentemente el heno. Y la espuria mesa auxiliar semirredonda estilo Luis XIV con sus torneadas patas doradas era simplemente una monstruosidad.

—¡Está todo en francés! —exclamó Laura.

—Sí —dijo él.

—Me pregunto lo buenos que estarán los rognons de veau flambes —observó ella, pronunciando muy deliberadamente las palabras francesas—. ¿Y las cotes d'agneau al' ail?

—Lo primero, probablemente será así. Aquí les encanta flambeear. En cuanto a lo segundo, lo más probable es que se trate de cordero lechal en vez de auténtico

cordero. Su francés es muy bueno. —Pensó que era conveniente un poco de halago. Lo remarcó con un cumplido en francés.

—Lo siento —dijo ella—. Sólo sé hablarlo en asuntos de comida.

El se echó a reír, complacido de descubrir una chispa de agudeza en ella.

Hablaron acerca de los robos en Bowes & Bowes; Peterson había eludido la mayor parte de sus preguntas acerca de los asuntos del Consejo.

—¿Por qué no un guardia en la puerta, revisando los bolsos? —preguntó.

—El señor Smythe desea que nuestro establecimiento siga siendo un establecimiento para caballeros, donde los clientes nunca puedan llegar a sentir que se sospecha de ellos.

Peterson recordó los tiempos en que uno podía contar con conseguir una habitación en la universidad, y en los que le era ofrecido un jerez cuando acudía a ver a su tutor, y en los que había que llevar chaqueta blanca en los Bailes de Mayo. Actualmente todas las universidades admitían a mujeres, y las mujeres compartían sus habitaciones con los hombres si querían, e incluso había una universidad sólo para gays, y el atuendo universitario ya no era exigido en ningún lugar.

Laura señaló lo groseros que eran los estudiantes hoy en día. El asintió, suponiendo que aquél era el tipo de cosas que ella calculaba que a él le gustaría oír. No se equivocaba demasiado. Pero era su encanto lo que le interesaba, no sus opiniones.

Concentró su mente en la situación. Parecía un problema directo en el eterno juego de los sexos. Quizás era su predecibilidad lo que explicaba la poca atención que él prestaba a los detalles; tenía que esforzarse para seguir el hilo de sus palabras. Ella deseaba entrar en el cine o quizás en el teatro, de acuerdo. Un apartamento en Londres, si tan sólo consiguiera alguna forma en que poder mudarse de allí, de acuerdo. Cambridge era un lugar triste, a menos que a una le gustaran las horribles diversiones académicas. Ella tenía la impresión de que realmente era necesario cambiar algo en la actual situación política, pero no tenía la menor sugerencia. No cabía esperar ninguna sorpresa por ningún lado, pero ella era endiabladamente hermosa y tenía una forma tan graciosa de moverse.

Aceptó todas las verduras que le fueron presentadas en platos de plata, cada una con su propia salsa. Probablemente no gozaba de mucha variedad en su casa, especialmente desde el hundimiento de los cultivos franceses. Peterson especuló por un momento acerca de si el Consejo ni hubiera debido intervenir en ello, controlando las nuevas técnicas y luego colocó el tema en su lugar: no servía de nada lamentarse de los errores pasados.

Puesto que tenía algunas dificultades en concentrarse, empezó a dirigir la conversación. Era fácil hablar de algún reciente acontecimiento de Estado, deslizar algunos nombres a la velocidad correcta para que fueran comprendidos, pero no lo

suficientemente lenta como para que ella pudiera llegar a sospechar que los estaba nombrando deliberadamente. Luego hizo una referencia casual a Carlos, y ella saltó:

—¿Conoce usted realmente al rey? —En realidad, su trato con Carlos era únicamente respetuoso y profesional, pero no vaciló en exagerar las relaciones hasta el límite de lo creíble. Tuvo la seguridad de que ella ni siquiera se dio cuenta del discreto gesto con el cual ordenó otra media botella al sommelier. Ella empezaba a mostrarse ligeramente achispada. Él tomó ventaja de ello y probó con algunas historias un poco más atrevidas. En un momento determinado ella tapó su vaso con la mano, protestando que ya había bebido suficiente. Él retiró la botella y empezó a contarle algunos detalles escabrosos del reciente divorcio del duque de Shropshire. Rápidamente llegó a la escena del tribunal en donde fue mostrada la famosa foto «sin cabeza». Eady Pringle había jurado que era el duque, podía reconocerlo de cualquier forma. El juez había pedido ver la foto. Descubrió que en el fondo no era más que un primer plano de los genitales de un hombre, aunque el rostro de su compañera era claramente identificable. Laura estaba riéndose tan incontroladamente que él estuvo seguro de que no se dio cuenta de que volvía a llenarle el vaso. Cuando prosiguió contando como el juez le había preguntado a lady Pringle cómo podía estar tan segura de que se trataba del duque, alzó su vaso y Laura le imitó inconscientemente. Dejó que lo vaciara antes de contarle la respuesta de lady Pringle, que había convulsionado de tal modo la sala del tribunal que el juez tuvo que ordenar que fuera desalojada.

Se reclinó en su silla y la observó. Las cosas estaban yendo espléndidamente. Ella había abandonado ya su afectada actitud de flirteo y, momentáneamente, su refinado acento.

—Oh, siga hablándome de usted —dijo ella, arrastrando las vocales de los diptongos al estilo del este de Inglaterra.

El camarero había traído un carrito de repulsivamente elaborada pastelería francesa hasta su mesa. Como era de esperar, ella eligió entre los más cremosos, y los atacó con la desvergonzada glotonería de una chiquilla.

Con el café volvió a recuperar sus modales, cuidando sus vocales y preguntándole acerca de política. No hacía más que repetir las habituales hablaturías de los periódicos acerca de las compañías irresponsables que lanzaban cuestionables nuevos productos al mundo sin más preocupación que obtener un éxito comercial. Peterson se resignó a soportar aquella conferencia estándar y luego, sin ni siquiera darse cuenta de ello, se encontró pensando en voz alta sobre temas que había estado guardando para sí durante mucho tiempo.

—No, no está usted equivocada —dijo de pronto—. Nuestro primer error fue cuando empezamos a ocuparnos con prioridad de la investigación de interés social. Aceptamos la idea de que la ciencia era como las demás áreas, donde creas un producto y puedes imponerlo desde arriba.

—Bueno, seguro que sí —dijo Laura—. Si arriba está la gente adecuada...

—No existe la gente adecuada —dijo él con energía—. Eso es algo de lo que apenas acabo de darme cuenta. Mire, acudimos a los científicos más importantes y les pedimos que hicieran una lista de los campos más prometedores. Luego apoyamos esos campos y dejamos de lado el resto, a fin de «enfocar nuestros esfuerzos». Pero la auténtica diversidad de la ciencia procede de abajo, no de los innovadores responsables de arriba. Estrechamos el abanico de la ciencia hasta que nadie vio nada más allá de los problemas sancionados, la sabiduría más convencional. Para ahorrar dinero, sofocamos la imaginación y la invención.

—Siempre he tenido la impresión de que disponíamos de demasiada ciencia.

—Demasiado trabajo aplicado sin una auténtica comprensión de él, sí. Sin principios básicos, no se obtiene más que una generación de técnicos. Eso es lo que tenemos ahora.

—Pero con más comprobaciones para ver los efectos secundarios no evidentes...

—Para verlos es necesario tener visión —dijo él seriamente—. Esto es algo de lo que también acabo de darme cuenta. Toda esa charlatanería acerca de lo que es «socialmente relevante» presupone que un burócrata en alguna parte es el mejor juez de lo que es útil. Así que ahora los problemas están superando a los tipos capaces de hacer cosas, a los tipos con horizontes limitados, y... y...

Se interrumpió, sorprendido consigo mismo por su estallido. Había alterado el cuidadosamente cultivado tono de la velada, quizá de una forma fatal. Tal vez la culpa fuera el haber pasado todo el día con Renfrew. Por un momento había estado argumentando fervientemente contra el modo de ver las cosas que lo había llevado tan rápidamente hasta la cumbre.

Tomó un largo sorbo de café y emitió una risita cálida.

—Me he dejado llevar un poco por mi temperamento, ¿verdad? Debe de haber sido el vino. —Bien jugado, aquel momentáneo estallido podía ser utilizado para demostrar que era un apasionado por los problemas del mundo, una persona preocupada, un pensador independiente, etc., todo lo cual podía realzar su atractivo. Empezó a trabajar en ello.

La Luna estaba alta sobre los árboles. Un búho se recortó silenciosamente en el trozo de cielo encima del claro. Con cuidado, extrajo su brazo de debajo de la cabeza de ella y miró su reloj. Pasada la medianoche. Maldita sea. Se puso en pie y empezó a vestirse. Ella siguió tendida, con expresión ausente, las piernas abiertas, tal como él la había dejado.

Estaba tendida sobre la chaqueta de Peterson. El se inclinó para recogerla, y a la luz de la luna vio lágrimas en sus mejillas. Oh mierda. Aquello ya era demasiado.

—Será mejor que te vistas —dijo— se está haciendo tarde.

Ella se sentó y trasteó con sus ropas.

—Tan —empezó, apenas con un hilo de voz—, esto es algo que nunca me había pasado antes.

—Vamos —dijo él, sin creerla—. No irás a decir que eras virgen.

—No quería decir eso.

Él intentó adivinar el significado.

—¿Acaso nunca...?

—Yo... nunca me había ocurrido con un hombre... no así... yo nunca... —Se trabó con sus propias palabras, las dejó perderse, azarada.

Así que era eso. Pero no hizo nada por ayudarla. Se sentía cansado e impaciente, no emocionado por el cumplido implícito. Consideraba un deber y un honor satisfacerlas, y eso era todo. Dios sabía que le había tomado mucho tiempo conseguirlo. De todos modos, éste había sido un trabajo mejor que con aquella japonesa ninfómana en La Jolla, la esposa de Kiefer. Ahora sentía un estremecimiento de desagrado cuando pensaba en ella. El había hecho lo habitual... más, de hecho. Y ella había vuelto sobre lo mismo una y otra vez, y parecía insaciable. Parecía estar dominada por una especie de febrilidad, algo que últimamente había notado en muchas mujeres. Pero eso era problema de ella, no suyo. Suspiró y apartó los pensamientos.

Sacudió su chaqueta, eliminando las briznas de hierba. Ahora ella estaba silenciosa, luchando todavía con el lazo de su vestido, probablemente intentando conseguir que tuviera el mismo aspecto que cuando había salido de casa. El abrió camino hasta fuera del claro, vacío de cualquier deseo de tocarla de nuevo. Cuando ella deslizó una mano en la de él, Peterson pensó que era político dejarla allí; después de todo, él iba a volver a Cambridge de nuevo. Ausentemente, se rascó una picadura de mosquito en el cuello que había recibido mientras retozaban en la hierba. Mañana iba a ser otro largo día. Flexionó sus hombros. Un frío dolor se había asentado en los músculos de la base de su cuello. Veamos, mañana tenía la reunión del subcomité, y algún discurso sobre la Guerra de la Vaca Sagrada que aún seguía expandiéndose por toda la India... Se dio cuenta con un sobresalto de que estos días estaba viviendo ligeramente en el futuro, y que eso se estaba convirtiendo cada vez más en un hábito. Con Renfrew se había sentido distraído pensando en la cena y en el vino. En el restaurante había observado el pelo de Laura y había pensado qué aspecto tendría esparcido sobre una almohada blanca. Luego, inmediatamente después del acto, su mente había derivado hacia el día siguiente y lo que tenía que hacer. Cristo, un mulo siendo conducido por una zanahoria.

Se sintió ligeramente sorprendido cuando surgieron de entre los húmedos árboles a la luz de la luna y recordó que todavía estaba en Cambridge.

Gregory Markham se sorprendió cuando Peterson apareció en el laboratorio, avanzando decidido por entre los callejones de equipo electrónico. Tras los saludos habituales, Greg dijo:

—Imaginé que no tendría usted mucho tiempo en estos días para esfuerzos secundarios como éste. Peterson miró a su alrededor.

—Estaba por aquí. Vi a Renfrew hace algunos días y luego he estado muy ocupado. Deseaba hablar con usted y ver a esa nueva mujer, Wickham.

—Oh, respecto a eso: no veo la necesidad de que yo tenga que ir a Estados Unidos precisamente ahora. Hay aquí...

El rostro de Peterson se endureció.

—Lo he arreglado todo con la FNC y Brookhaven. He hecho todo lo posible desde mi lado. Pensé que no tendría ninguna objeción en ir allá para ayudar a Renfrew.

—Bueno, no la tengo, pero...

—Estupendo. Le veré en el avión mañana, tal como estaba previsto.

—Tengo un montón de interesante trabajo teórico que hacer aquí, cosas que trajo Cathy...

—Elévelo con usted.

Markham suspiró. Peterson no era el tipo de administrador despreocupado popular en Estados Unidos, abierto a todo tipo de sugerencias incluso después de haber sido tomada una decisión.

—Bien, eso retrasará un poco las cosas, pero...

—¿Dónde está Wickham?

—Oh, por ahí viene. Llegó ayer, y John aún está mostrándole las cosas.

Una mujer delgada, más bien huesuda, se les acercó.

—Acabamos de terminar la visita —le dijo a Markham—. Muy impresionante. Creo que no le conozco —prosiguió, volviendo sus enormes ojos marrones hacia Peterson.

—No, pero yo he oído hablar de usted. Ian Peterson.

—Así que es usted el tipo que me trajo hasta aquí a la fuerza.

—Más o menos. Se la necesita aquí.

—También se me necesitaba en Pasadena —dijo ella hoscamente—. Debe de haber puesto usted fuego bajo los culos de alguna gente muy importante.

—Deseaba saber algo más acerca de esos taquiones de los sub-universos y todo lo demás.

—Parece que está acostumbrado usted a conseguir muy aprisa lo que desea.

—A veces —murmuró gentilmente Peterson.

—Bien, Greg y John me han informado de lo que está ocurriendo aquí, y pienso que ese ruido tal vez pueda tener, esto, un origen cosmológico. Quizá microuniversos, quizá distantes galaxias Seyfert en nuestro propio universo. Es difícil de decir. Los núcleos de los quásares no pueden producir tanto ruido, eso es seguro. Los datos que se recogen en el Caltech y en el Kitt Peak parecen sugerir que hay una gran cantidad de materia negra en nuestro propio universo. La suficiente como para implicar que tal vez existan microuniversos.

—¿La suficiente como para cerrar nuestra geometría? —intervino Greg—. Quiero decir, ¿por encima de la densidad crítica?

—Es posible. —Dirigiéndose a Peterson, añadió—: Si la densidad de la materia negra es lo suficientemente alta, nuestro universo se colapsará finalmente sobre sí mismo. Un universo cíclico y todo lo demás.

—Entonces, ¿no hay ninguna forma de evitar el ruido en el experimento de Renfrew? —preguntó Peterson.

—Probablemente no. Es un problema serio para John, que está intentando enfocar un haz pese a toda la emisión espontánea que este ruido de taquiones está causando. Pero eso no presenta ningún problema para 1963 o para ningún otro sitio. Ellos simplemente están recibiendo; eso es mucho más fácil.

Peterson murmuró una respuesta neutra para cortar la conservación, y dijo que tenía que efectuar algunas llamadas. Se marchó rápidamente, con aspecto más bien distraído.

—Un tipo curioso —dijo Cathy.

Markham se reclinó en la consola del ordenador.

—Es el hombre que abre la caja registradora. Hay que mantenerlo contento.

Ella sonrió.

—Estoy sorprendida de que hayan conseguido ustedes fondos para todo esto... —Hizo un gesto con la mano. Sus ojos se clavaron en él, estudiando su rostro—. ¿Cree realmente que puede cambiar el pasado?

—Bueno —dijo Markham reflexivamente—, creo que Renfrew empezó simplemente buscando fondos para experimentación. Ya sabe, poniéndole un poco de glaseado a un pastel que en realidad es fundamental e «inútil». Nunca esperé que funcionara. Yo también pensé que era simplemente una buena experimentación en física pero nada más, y ambos nos vimos sorprendidos por el interés de Peterson. Ahora estoy empezando a pensar que John estaba empeñado en ello desde el principio. Mire, usted ha visto las ecuaciones. Si un experimento no produce un lazo causal, es admitido. Es decir, abierto y cerrado.

Cathy se sentó en una silla de laboratorio y se echó hacia atrás, poniendo sus pies sobre la consola. Su piel parecía extraordinariamente fina y tensa en torno a sus pómulos, seca y apergaminada, arrugada por el sol y por el cansancio. Unas

profundas sombras trazaban semicírculos bajo sus ojos.

—Sí, pero esos experimentos de recalentamiento que efectuaron ustedes primero... Eso fue algo sencillo. Pero cuando se implica a gente, sin embargo...

—Está usted pensando de nuevo en paradojas —dijo Markham amablemente—. La presencia de gente en el experimento introduce el libre albedrío, y eso conduce al problema de quién es el observador en este experimento de pseudomecánica cuántica, y así.

—Aja.

—Y este experimento funciona. Recuerde el mensaje para Peterson en el banco.

—Sí. Pero enviar todo eso acerca del océano... ¿qué ocurrirá si tienen éxito? ¿Nos despertaremos un día y la floración habrá desaparecido?

—Estamos pensando de nuevo en términos de paradojas. Se está apartando usted del experimento. Como el buen viejo observador clásico. Mire, las cosas no tienen por qué ser causales, únicamente necesitan ser autoconsistentes.

Ella suspiró.

—No sé lo que dicen las nuevas ecuaciones de campo al respecto. Aquí hay un ejemplar de mi artículo sobre las soluciones emparejadas, quizás ustedes...

—¿Combinando supersimetría mecánico cuántica y relatividad general? ¿Con taquiones incluidos?

—Aja.

—Hey, eso vale la pena verlo. —Los ojos de Markham se iluminaron.

—Todavía hay un montón de antiguas características en estas ecuaciones. Eso al menos puedo asegurarlo, cada acontecimiento mecánico cuántico, es decir implicando taquiones en un lazo productor de paradojas, sigue conduciendo a una especie de dispersión en una familia de acontecimientos-probabilidades.

—Una especie de oleaje entre pasado y futuro. El interruptor de la luz suspendido entre «encendido» y «apagado».

—Sí.

—De modo que seguimos teniendo predilecciones probabilísticas. No seguridades.

—Creo que sí. O al menos, el formalismo que se ocupa de ello. Pero hay algo más... Aún no he tenido tiempo de ponerlo en claro.

—Si dispusiéramos de tiempo para pensar... —Markham se inclinó perplejo sobre las páginas de ecuaciones nítidamente impresas—. Interpretar esto es lo más difícil. Las matemáticas son tan nuevas...

—Sí, y le juro que hubiera deseado que ese tipo Peterson no me hubiera arrancado del Caltech. Thorne y yo estábamos a punto de... —Alzó bruscamente la cabeza—. Dígame, ¿cómo supo Peterson de mí? ¿Usted se lo dijo?

—No. Ni siquiera sabía que estuviera usted trabajando en esto.

—Hummm. —Entrecerró los ojos, luego se alzó de hombros—. Tiene bastante poder, eso puede asegurarlo. Parece un típico presuntuoso inglés.

Markham pareció incómodo.

—Bueno, no creo...

—De acuerdo, de acuerdo, échele la culpa al cambio de horario. El avión estaba abarrotado. Jesús, ¿por qué no pudo Peterson esperar una semana o así?

Markham vio a Peterson surgir de donde estaba trabajando Renfrew, y le hizo una seña a Cathy. Ella adoptó una expresión neutra ligeramente cómica. Markham esperó que Peterson no se diera cuenta de ello.

—Acabo de hablar con mi gente —dijo Peterson, clavando los pulgares en su chaleco mientras se acercaba—. Les había pedido que investigaran a la gente que estaba trabajando en resonancia nuclear en Columbia, Moscú y La Jolla en 1963. Biografías y todo eso.

—Sí, es una comprobación obvia, ¿verdad? —dijo Markham—. Hay que confiar en Ian para ir un poco más allá de toda esta física y probar algo más sencillo.

—Hummm. —Peterson miró a Markham, las cejas microscópicamente alzadas—. Mi gente no dispone de mucho tiempo, con todo lo que está pasando. No han encontrado nada importante, como artículos en revistas científicas. Hallaron algo acerca de «resonancia espontánea» que nunca volvió a aparecer, una pista falsa seguramente, pero nada acerca de taquiones o mensajes. Uno de mis chicos encontró una cosa en el New Scientist acerca de mensajes procedentes del espacio, sin embargo, y a un tipo dedicado a la resonancia nuclear, alguien llamado Bernstein, mezclado en ello. Hay una referencia a una aparición por televisión, junto con un tipo especializado en vida en el universo.

—¿Puede su gente hurgar algo más en eso? —preguntó Cathy.

—Quizá. Se perdió mucha cosa en el accidente nuclear del Central Park, me han dicho. Los archivos de las cadenas de televisión estaban en Manhattan. Y los programas de noticias no se guardan en copias múltiples más allá de treinta y cinco años. He puesto a una mujer a investigar esto, pero sir Martin ha venido con ese programa urgente y... —se interrumpió de pronto.

—¿Cree usted que fue ese Bernstein quien dejó aquella nota en el banco? —preguntó Markham.

—Posiblemente. Pero si ése es todo el efecto que han tenido los haces de Renfrew, la información acerca del océano no consiguió llegar.

Markham agitó la cabeza.

—Ha utilizado usted un tiempo verbal erróneo. Podemos seguir transmitiendo; si un mensaje llegó, otros pueden también.

—De nuevo el libre albedrío —dijo Cathy.

—Sí, pero la partida puede interrumpirse en cualquier momento —dijo Peterson

con suavidad—. Mire, tengo que ir a Cambridge a arreglar unos asuntos. ¿Podría hacerme un resumen de su trabajo, Cathy, antes de que me vaya?

Ella asintió. Markham dijo:

—Renfrew va a dar una pequeña fiesta esta noche. Tiene intención de invitarle, tengo entendido.

—Bueno... —Peterson miró a Cathy—. Intentaré volver. No tengo que estar necesariamente en Londres hasta mañana.

Él y Cathy Wickham fueron a la pequeña oficina de Renfrew, para utilizar la pizarra. Markham los observó hablar a través del cristal transparente de la puerta. Peterson parecía cautivado por la física de los taquiones, y había olvidado completamente su supuesta utilidad. Las dos figuras se movían de un lado para otro ante la pizarra, Cathy haciendo diagramas y símbolos con rápidos rasgueos de su tiza. Peterson los estudiaba, frunciendo el ceño. Parecía estarla observando más a ella que a la pizarra.

Markham hizo un gesto con la mano que sostenía el vaso, derramando un poco de su contenido en la moqueta gris de los Renfrew. Inconscientemente restregó la mancha con el pie, como si no estuviera seguro de que había sido culpa suya, y siguió hablando con Cathy Wickham.

—Esas nuevas ecuaciones tuyas tienen algunas soluciones curiosas. Está la vieja onda de probabilidad para los lazos causales, de acuerdo, pero... —Siguió hablando de una forma soñadora mientras al mismo tiempo un rincón de su mente esperaba que Jan llegara pronto. La había llamado a última hora desde el laboratorio, cuando Renfrew le había dicho que aquella reunión era en parte una informal fiesta de despedida para desearle a él buen viaje. Renfrew había puesto todas sus esperanzas de resolver el problema del ruido en el equipo de Brookhaven, y en la destreza de Markham para arrancárselo.

—Parece que la lluvia ha amainado, ¿eh? —observó Renfrew, mirando por la ventana. Era cierto. Una intensa oscuridad había seguido a la violenta y repentina lluvia. Peterson, conduciendo de vuelta de Cambridge, había tenido que bajar su ventanilla y asomar la cabeza para ver la verja. Markham se dirigió hacia la ventana y captó el fuerte olor de la tierra empapada y las goteantes hojas. Haladas semillas de sicómoros caían en espirales sobre los húmedos setos. Parecía un mundo sumergido.

Marjorie Renfrew flotaba en torno al triángulo Peterson-Wickham-Markham, incapaz de integrarse en la casual charla científica. John Renfrew iba de un lado para otro de la habitación, empujando las bandejitas de pequeños canapés un centímetro más hacia el centro de las mesillas. Su rostro estaba enrojecido y parecía haber bebido un poco más de la cuenta.

Sonó el timbre de la entrada. Ninguno de ellos había oído acercarse un coche en la martilleante lluvia. Marjorie se apresuró a responder, con una expresión de alivio. Markham oyó su voz en el vestíbulo, hablando sin hacer ninguna pausa.

—¡Oh, qué tarde tan terrible! ¿No es absolutamente espantosa? Entre, ¿no ha traído impermeable? Oh, si viviera usted aquí debería tener siempre uno a mano. Me alegra que Greg haya conseguido localizarla. Fue en el último minuto, lo sé, pero estoy completamente rodeada de científicos, y necesito a alguien con quien hablar.

Markham vio las gotas de lluvia caer regularmente del alero del porche detrás de Jan, antes de que Marjorie cerrara la puerta, empujándola con el hombro para hacerla encajar en la jamba.

—Hola, amor. —La besó con un afecto casual—. Ven a secarte un poco. —Ignoró los revoloteos de Marjorie y condujo a Jan hacia la sala de estar.

—¡Un auténtico fuego de leña! —dijo Jan—. Qué encantador.

—Creí que alegraría un poco las cosas —confió Marjorie—, pero la verdad es

que en cierto modo resulta deprimente, hace que nos sintamos como en otoño cuando en realidad sólo estamos en agosto, por el amor de Dios. El tiempo parece haberse vuelto loco.

—¿Conoces a todo el mundo? —preguntó Greg—. Veamos, ésta es Cathy Wickham. Cathy, que se hallaba sentada en el sofá con John Renfrew, le dirigió una inclinación de cabeza.

—Oh, estar en California, con el agosto que nos hace aquí, ¿eh?

—Y éste es Ian Peterson. Ian, ésta es mi esposa, Jan. Peterson estrechó su mano.

—Bien, ¿cómo va el experimento? —preguntó Jan a todos.

—Oh, cielos, no volvamos a eso de nuevo —dijo Marjorie rápidamente—. Esperaba que pudiéramos hablar de alguna otra cosa, ahora que está usted aquí.

—Bien y mal al mismo tiempo —dijo Greg, ignorando a Marjorie—. Tenemos gran cantidad de ruido, pero la detallada explicación de Cathy del nivel de ruido y del espectro parece buena, así que con un mejor equipo electrónico que parece que John podrá conseguir tal vez logremos eliminar algo del problema.

—Me sorprende que Peterson no pueda conseguirlo por usted simplemente alzando un dedo ante el teléfono —dijo Cathy secamente. Todas las cabezas se volvieron hacia ella. Agitó nerviosamente su mandíbula, un movimiento lateral intenso e inconsciente.

—Se sobreestima mi omnipotencia —dijo Peterson calmadamente.

—Es impresionante ver la cola científica meneando al perro de la CIA.

—Creo que no comprendo lo que quiere decir.

—La gente debería volver a dejar los archivos allá donde los encontré.

—Le aseguro que no tengo la menor idea de lo que está usted...

—¿Piensa usted ocultarse siempre tras esa frase aprendida de memoria?

Marjorie los miró a los dos, horrorizada, prendida por la chispa de la tensión.

—¿Quiere usted algo de beber, Jan? —intervino desesperadamente, con voz un poco demasiado alta. La seca observación de Peterson ahogó la suave respuesta de Jan.

—Aquí en Inglaterra todavía seguimos pensando que la discreción y la urbanidad lubrican las ruedas de las relaciones sociales, señorita Wickham.

—Doctora Wickham, si debemos ser formales, señor Peterson.

—Doctora Wickham, por supuesto. —Convirtió la palabra en un insulto. Cathy se envaró, sus hombros rígidos por la furia—. Los de su clase no pueden soportar el ver a una mujer que sea algo más que una fornicadora sin seso, ¿verdad?

—Le aseguro que éste no es el caso en relación con usted —dijo Peterson sedosamente. Se volvió a Renfrew, que parecía como si deseara hallarse a un millar de kilómetros de distancia. Markham dio un sorbo a su bebida, mirando de uno a otra con despierto interés. Aquello era mejor que la charla habitual de cualquier fiesta...

—Curioso, ésa no ha sido la impresión que he sacado esta tarde —prosiguió Cathy obstinadamente—. Pero sin duda no ha aprendido usted a aceptar bien los rechazos, ¿verdad?

La mano de Peterson se crispó en su vaso; sus nudillos se pusieron blancos. Se volvió con lentitud. Marjorie dijo débilmente:

—Oh, Dios mío.

—Creo que debe de haber interpretado usted mal algo de lo que dije, doctora Wickham —dijo Peterson finalmente—. Difícilmente me atrevería a plantear el tema con una mujer de su... esto... persuasión.

Por un momento nadie se movió ni dijo nada. Luego John Renfrew se dirigió hacia la chimenea y se detuvo frente a ella, las piernas abiertas firmemente plantadas, sujetando su jarra de cerveza. Frunció el ceño, cada centímetro de su figura era la imagen de un sólido hacendado inglés.

—Miren —dijo—, ésta es mi casa, y espero que mis invitados se comporten civilizadamente en ella.

—Tiene usted toda la razón, Renfrew —respondió rápidamente Peterson—. Le pido disculpas. Atribúyalo a una provocación intolerable. —Aquello tuvo el efecto de echarle toda la culpa a Cathy.

—Oh, Dios mío —dijo ella desconsoladamente—. John, lamento que me haya visto arrastrada a esto en su casa. No me ha gustado tampoco verme obligada a ser ruda con él...

—Ya basta —declaró Renfrew—. No sigamos. —Hizo un gesto con su jarra de olvidarlo todo.

—Bien hecho, John —le dijo Jan—. Defiende tus derechos. Ahora, si alguien pudiera proporcionarme esa copa... —Avanzó hacia él, sonriendo. El rígido círculo se rompió, la tensión se disipó. Él la tomó del brazo y se dirigieron hacia el aparador. Peterson se fue a hablar con Marjorie. Greg se quedó sentado en el sofá junto con Cathy Wickham.

—Bien, creo que he pisado la lona en este asalto —dijo ella alegremente—. Pero ese minuto o dos han valido la pena.

—¿Le hizo realmente alguna proposición? —preguntó Greg—. Yo estaba allí y no noté nada. —Jan se les unió, inclinándose sobre el borde del sofá.

—¿Está usted bromeando? —Cathy se echó a reír—. Por supuesto que me la hizo.

—Por intentarlo no se pierde nada, por supuesto. Pero directamente, así, sin conocerse siquiera, y...

—Oh, fue muy sutil y discreto al respecto. Dejó margen suficiente para un gracioso rechazo, para salvar su ego y todo lo demás. Es un bastardo vanidoso. Pero Jan desaprueba mi comportamiento, ¿verdad, Jan?

—Bueno, sí. Creo que ha hecho usted que la situación se pusiera un poco

incómoda para John y Marjorie. Francamente, yo tengo la misma opinión de él que usted, pero...

—Esto es fascinante —dijo Greg—. Presenciamos como las dos clavan sus garras en el pobre tipo.

—¿Pobre tipo? Es un asqueroso sapo que ha conseguido el éxito, que se siente seguro de sí mismo y que desprecia a las mujeres. ¿Va a ponerse de su lado como un machista más?

—¿Que desprecia a las mujeres? —murmuró Greg, sorprendido—. Creía que era precisamente al revés. Jan y Cathy intercambiaron miradas.

—Nos detesta, a todas. Y no puede soportar el rechazo de un ser inferior. ¿Por qué cree que dio a entender que yo era homo?

—¿Lo es?

Ella se alzó de hombros.

—En realidad soy bi. Pero es cierto, tiendo a preferir a las mujeres. No mire ahora, pero el viejo Ian está apretándole fuertemente los tornillos a nuestra querida anfitriona. Ella está enrojeciendo como una loca.

Markahm se retorció en su silla y miró al otro lado de la habitación, curioso.

—Cristo, no puedo imaginarme esto. Es una mujer que no me atrae en absoluto sexualmente. Además, probablemente debe pasarse todo el tiempo hablando.

—¿Quién está siendo chismoso ahora? Al menos ella es obviamente heterosexual... eso es todo lo que Peterson necesita para curar su ego herido. Luego le tocará el turno a Jan.

Jan alzó una ceja.

—Oh, vamos. ¿Con Greg aquí en la habitación? De todos modos, él tiene que saber ya que no me atrae particularmente.

—¿Piensa que todo eso va a importarle algo? Vaya a hablar con él... Apuesto a que no pasarán cinco minutos antes de que empiece a hacerle insinuaciones. Entonces será el momento de ponerle de nuevo en su lugar.

Jan agitó la cabeza.

—Prefiero evitar la experiencia.

—Dios, esto es demasiado —dijo Greg—. No puedo creer que sea tan mala persona.

Cathy le obsequió con una mueca.

—Bueno, es su problema. Voy a ir a hablar con John acerca de su experimento. —Se levantó y se fue.

—¿Y bien? —preguntó Greg.

—¿Y bien, qué?

—¿No crees que ella se está pasando un poco con Peterson? ¿Piensas que realmente le hizo proposiciones?

—Estoy segura de que se las hizo. Pero pienso que lo que a ella le molesta es haber sido arrancada de su propio trabajo por alguien que ni siquiera la trata como a una científica. Y no debe ser en absoluto agradable saber que los archivos personales de una pueden estar al alcance de cualquiera.

—Oh, al infierno con ello. Peterson me parece una persona completamente razonable, comparada con el resto de la compañía. Renfrew se vuelve apático apenas sale del laboratorio, Marjorie es una estúpida y Cathy es insoportable. Jesús. Sólo somos tres, y el único normal soy yo.

—E incluso tú eres un poco raro —dijo ella irónicamente—. Pensaba que todo iba bien en el experimento. ¿Por qué todo el mundo está de un humor tan terrible?

—Tienes razón... Todos estamos un poco salidos de tono, ¿verdad? No se trata del experimento. Personalmente, no me hace la menor gracia tener que tomar el avión a Washington.

—¿Que tienes qué?

—Oh, Dios claro... Todavía no he tenido oportunidad de decírtelo. Espera, te prepararé otro vaso y te lo explicaré.

—Pero habíamos planeado...

—Lo sé, pero esto tomará tan sólo unos cuantos días, y...

Los otros huéspedes evitaron prudentemente el sofá mientras Jan y Greg ordenaban su logística familiar. Luego los Markham se relajaron un poco y escucharon el fluir de conversación inglesa en torno suyo, las aces largas, las agudas inflexiones. Cathy había salido al patio, anunciando que la lluvia había cesado, cosa que no había sido advertida en su momento debido a la tensión en la sala de estar. Un buen humor tenso y artificial parecía agarrotar las gargantas de Peterson y Renfrew mientras hablaban. Sus palabras eran entrecortadas y ligeramente elevadas de tono. Marjorie intercalaba alguna frase entre las de los dos hombres con una especie de pitido. Peterson estaba describiendo la enorme e inútil campaña de prensa que había rodeado el salvamento de las especies de rinocerontes de Sumatra y Java. El Consejo Mundial había decidido reorientar los fondos hacia aislar en una reserva los rinocerontes de Java. El ecoinventario había dictado esta medida como parte del plan de estabilización orientado a salvaguardar especies. La única especie que sobraba era, por supuesto, la humana. La política del Consejo había sido aplaudida por los tipos ambientalistas, que no habían mencionado en absoluto el hecho de que, al nivel cero de recursos, esto significaba menos tierra disponible y menos dinero para la gente.

—Cuestión de elegir —dijo Peterson en forma distanciada, haciendo girar el líquido ambarino en su vaso. Todos asintieron juiciosamente.

—No, no —le dijo Greg Markham a Marjorie Renfrew—, olvide esa escena entre Cathy e Ian. No significa nada. Todos nos hemos dejado llevar últimamente por los nervios.

Estaban de pie en el patio, al límite de la anaranjada luz que llegaba de dentro.

—Pero los científicos son menos emocionales, tenía entendido, y verlos atacarse así...

—En primer lugar, Peterson no es un científico. En segundo lugar, todo eso acerca de suprimir las emociones es más bien una leyenda convencional. Cuando Newton y Hooke tuvieron su famosa disputa acerca de quién descubrió la ley de la inversa del cuadrado, estoy seguro de que ambos estaban lívidos de rabia. Pero se necesitaban dos semanas para que una carta llegara del uno al otro. Newton tenía tiempo de pensar su respuesta. Con eso la discusión se mantenía a un alto nivel, naturalmente. En nuestros días, si un científico escribe una carta, hace que la publiquen. El tiempo intermedio es muy corto y los temperamentos estallan. Sin embargo...

—¿No cree usted que eso explica la irritabilidad en nuestros tiempos? —observó Marjorie sagazmente.

—No, hay algo más, una sensación... —Greg agitó la cabeza—. Oh, mierda, debería quedarme dentro de los límites de la física. Aunque incluso ahí, por supuesto, no sabemos realmente mucho de lo que es básico.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Bueno, tomemos el hecho desnudo de que todos los electrones poseen la misma masa y carga. E igual hacen sus antipartículas, los positrones. ¿Por qué? Uno puede hablar acerca de campos y fluctuaciones del vacío y de todo lo demás, pero me gusta la antigua idea de Wheeler... tienen la misma masa porque todos ellos son la misma partícula.

Marjorie sonrió.

—¿Cómo es eso posible?

—Entiéndalo, sólo hay un electrón en el universo. Un electrón viajando hacia atrás en el tiempo se parece a una antipartícula, el positrón. De modo que usted lanza un electrón hacia delante y hacia atrás en el tiempo, y tenemos que todo sale de una sola partícula... perros y dinosaurios, piedras y estrellas.

—¿Pero por qué debería viajar hacia atrás en el tiempo?

—¿Una colisión con un taquión? No lo sé. —La frivolidad de Greg desapareció—. Mi idea es que los fundamentos de todo son frágiles. Incluso la lógica está llena de agujeros. Las teorías están basadas en imágenes del mundo... imágenes humanas. —Alzó la vista y los ojos de Marjorie siguieron su mirada. Las constelaciones colgaban en el cielo como parpadeantes velas. Un lejano avión zumbó. Una luz verde se encendía y apagaba en su cola.

—Prefiero las cosas antiguas y seguras —empezó ella, con un hilo de voz.

—¿Para que lleguen a convertirse en arcaicas y podamos digerirlas? —preguntó Greg aviesamente—. ¡Tonterías! Debemos seguir adelante. Pero por ahora volvamos

dentro...

Markham se dirigió a la ventana y miró al cielo, que se estaba aclarando.

—Me preguntó qué tipo de nubes nos habrá arrojado toda esta agua —murmuró, casi para sí mismo, Giró ligeramente su cabeza, contemplando ociosamente el patio, y de pronto se inmovilizó—. Hey, ¿quiénes son esos?

John Renfrew acudió junto a la ventana y miró hacia la oscuridad.

—¿Dónde...? ¡Hey, están en nuestro garaje!

Markham se apartó de la ventana, pensando en el hombre en la parada del autobús el otro día.

—¿Qué es lo que tienes ahí?

Renfrew vaciló, estudiando las oscuras siluetas que ahora habían abierto de par en par las puertas del garaje.

—Herramientas, trastos viejos, yo...

—¡Comida! —exclamó Marjorie—. Mis conservas, almacené algunas allí. Y cosas enlatadas.

—Eso es lo que están buscando —dijo Markham con decisión.

—Los intrusos de ahí abajo —murmuró Renfrew para sí mismo—. Llama a la policía, Marjorie.

—Oh, Dios mío —dijo ella, sin moverse.

—Vamos —John le dio un ligero empujón.

—Yo lo haré —dijo Jan. Echó a correr hacia el vestíbulo.

—Vamos a echarlos —dijo Markham. Tomó un atizador de la chimenea, con un movimiento casual.

—No —dijo John—. La policía...

—Cuando lleguen, esos tipos habrán desaparecido hará horas —dijo Markham. Se dirigió rápidamente hacia la puerta delantera y la abrió—. ¡Vamos!

—Puede que estén armados —dijo la voz de Peterson tras él. Markham salió y se detuvo en mitad del césped. Renfrew le siguió.

—¡Eh! —gritó una voz en el garaje— ¡larguémonos!

—¡Fuera! —gritó Markham.

Corrió hacia el oscuro rectángulo del abierto garaje. Pudo distinguir a un hombre inclinado, alzando una caja de cartón. Otros dos llevaban cosas. Vacilaron cuando Markham se dirigió directamente hacia ellos. Alzó el atizador y gritó en dirección a la casa:

—¡Eh, John! ¿Has cogido tu revólver?

Los hombres recuperaron su movimiento. Dos de ellos se lanzaron hacia el sendero. Greg cargó y les cortó el camino hacia la verja. Agitó violentamente el atizador. Un sonoro fuzzi hendió el aire. Los hombres se detuvieron. Retrocedieron un poco, mirando los setos a ambos lados del patio.

Renfrew corrió hacia el tercer hombre. La oscura silueta hizo una finta y lo eludió. En aquel momento Cathy Wickham bajaba los escalones del porche. Renfrew resbaló en la mojada hierba.

—¡Cristo! —juró.

El hombre aceleró su marcha, mirando hacia atrás a Renfrew. Cathy Wickham, intentando descubrir quién era quién en las sombras, se detuvo en mitad del sendero. La figura chocó con ella. Ambos cayeron sobre las piedras.

Markham agitaba el atizador a uno y otro lado ante él. Los hombres parecían paralizados por el sonido de hendir el aire que hacía. En la oscuridad no podían decir cuan cerca estaba de ellos. Markham tampoco podía calcular la distancia. Ejércitos ignorantes enfrentándose en la noche, pensó atolondradamente. ¿Debía cargar contra ellos?

—Vuestro amigo ya ha sido atrapado —dijo con voz clara.

Los dos se volvieron para mirar. El amarillento rectángulo de la puerta de la casa arrojaba una mancha de luz sobre el brillante césped. En ella, John Renfrew estaba tirando del hombre caído para obligarlo a ponerse en pie, mientras decía:

—¿Quién demonios...?

Markham avanzó tranquilamente y lanzó el atizador, crac, contra la pierna del hombre que tenía más cerca.

—¡Hau! —El hombre golpeado se derrumbó. Su compañero vio a Markham retroceder, hundiéndose en las sombras. De pronto se volvió y echó a correr en diagonal, cruzando el césped. Markham intentó mantener controlados a los dos hombres que ya tenían. DOS capturados, uno fugado.

—¡Cuidado, Greg, tiene un cuchillo! —gritó Cathy Wickham. El hombre se volvió, deslumbrado por la amarillenta luz en el centro del césped. El metal se reflejó en su mano.

—Ahora, simplemente déjenlos irnos —dijo jadeante. Markham avanzó hacia él, fuzzi, fuzzi. El sonido llamó la atención del hombre. Ian Peterson avanzó trotando.

—Déjelo irse —le dijo a Markham.

—¡Infiernos, no! —respondió Markham enérgicamente.

—No vale la pena arriesgarse...

—Ya los tenemos —insistió Markham.

—¡Ése de ahí se escapa! —gritó Cathy Wickham. El hombre tendido en el camino se había ido arrastrando hacia la verja. Cuando ella habló, se puso en pie de un salto y echó a correr y saltó por encima de la verja.

—¡Maldita sea! —exclamó Markham, disgustado—. Hubiera debido vigilarle.

—No nos pongamos melodramáticos —dijo suavemente Peterson—. La policía estará aquí en unos minutos. Markham miró a Renfrew.

—¡Eric! —gritó el hombre con el cuchillo—. ¡Desaparece!

Bruscamente, antes de que Markham pudiera captar la señal, los dos hombres se movieron. El cautivo de Renfrew se apartó de él de un empujón y echó a correr hacia el garaje. Markham le siguió. No podía ver nada. De pronto el hombre reapareció, una sombra. Markham pudo ver que llevaba algo largo en la mano. Retrocedió unos pasos, dudando. Vio que el hombre con el cuchillo se dirigía hacia la verja. Una maniobra elemental para distraerle. La sombra avanzó más hacia la luz y agitó un rastrillo hacia la cabeza de Markham. Markham se agachó y saltó hacia atrás.

—Cristo, alguien...

Ambos hombres echaron a correr de pronto hacia la verja. El del garaje se volvió y lanzó el rastrillo directamente contra Markham. Éste se echó a un lado.

—¡Bastardos! —gritó, y arrojó el atizador contra ellos en la oscuridad. Oyó sus pisadas alejarse.

—No vale la pena ir tras ellos —dijo Renfrew a su lado.

—Dejemos eso a la policía, Greg —confirmó Cathy Wickham.

—Sí, de acuerdo —murmuró torpemente.

Volvieron con lentitud a la casa. Hubo un momento de silencio, y luego todo el mundo empezó a hablar del incidente. Markham observó que aquellos que se habían quedado dentro y habían observado desde la puerta tenían un punto de vista distinto de los detalles. Creían que Renfrew había dominado a su hombre, cuando de hecho el tipo simplemente había aguardado la mejor ocasión para escapar. La relatividad de la experiencia, pensó Markham. Aún jadeaba por el esfuerzo, sus venas llenas de adrenalina.

De lejos les llegó el ulular bitono de una sirena.

—La policía —dijo rápidamente Peterson—. Tarde, como siempre. Miren, voy a marcharme antes de que lleguen aquí. No tengo ningún deseo de responder preguntas durante todo el resto de la noche. Ustedes, amigos, son los héroes, después de todo. Gracias por las copas, y adiós a todo el mundo.

Se fue a toda prisa. Markham lo contempló irse. Pensó en el hecho de que su primera respuesta inconsciente había sido suponer que aquellas oscuras siluetas eran ladrones. No había habido ninguna vacilación, nadie suponiendo que podía tratarse de algún error, de gente que se había equivocado de casa. Veinte años antes, ése hubiera sido el caso. Ahora...

Los demás estaban de pie en el centro de la sala de estar, brindando por el éxito de la aventura. La sirena estaba cada vez más cerca.

## 25 - Julio de 1963

Gordon vio que iba a tener que pasar una buena parte del verano trabajando con Cooper. El examen de candidatura había sido un duro golpe. Cooper necesitó semanas para recobrar la confianza en sí mismo. Finalmente, Gordon tuvo que tener una sentada con él y hablarle de hombre a hombre. Decidieron establecer una rutina. Cooper estudiaría las cuestiones fundamentales todas las mañanas, para prepararse para un segundo examen. Durante las tardes y las noches tomaría datos. En otoño tendría los suficientes como para poder analizarlos con detalle. Por aquel entonces, con la ayuda de Gordon, Cooper podría enfrentarse a un segundo examen con algo más de confianza. Con un poco de suerte, a la llegada del invierno podría tener completos la mayor parte de los datos para su tesis.

Cooper escuchó, asintió, dijo muy poco. En algunos momentos parecía taciturno. Sus nuevos datos llegaban continuos y claros: sin señales.

Gordon sentía una desilusión cada vez que examinaba los libros de laboratorio de Cooper y veía las curvas normales y ordinarias. ¿Acaso el efecto podía aparecer y desaparecer simplemente así? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿O tal vez simplemente Cooper estaba desechando todas las resonancias que no encajaran con su tesis? Si uno está condenadamente seguro de que no está buscando nada, hay muchas probabilidades de que no lo vea aunque se le presente.

Pero Cooper lo registraba todo en sus blocs de notas, como hace todo buen experimentador. Los libros estaban embrollados, pero absolutamente completos. Gordon los examinaba diariamente, buscando inexplicables lagunas o anotaciones inconcretas.

Nada parecía fuera de lo normal.

Sin embargo, recordaba a los físicos de los años treinta que habían bombardeado sustancias con neutrones. Habían ajustado cuidadosamente sus contadores Geiger a fin de que, cuando se detuviera el bombardeo de neutrones, éstos se detuvieran también... a fin de evitar algunas fuentes de error experimental. Si hubieran dejado sus contadores en funcionamiento, hubieran descubierto que algunas sustancias emitían partículas de alta energía durante mucho tiempo después... radiactividad artificialmente inducida. Mostrándose cuidadosos se habían perdido lo inesperado, y se habían perdido también el premio Nobel.

El ejemplar de julio de Physics Today llevaba un artículo en la sección de «Investigaciones y Descubrimientos» que trataba de la resonancia espontánea. Había un extracto de los datos, tomados del artículo de la Physical Review Letters. Lakin era citado extensamente. El efecto, afirmaba, «promete mostrarnos un nuevo tipo de las interacciones que pueden ocurrir en los compuestos del Tipo III-V tales como el antimoniuro de indio... y quizás en todos los compuestos, si los experimentos son lo

suficientemente sensitivos como para captar este efecto». No había ninguna mención de la aparente correlación entre los intervalos a los cuales aparecía la resonancia espontánea.

Gordon decidió atacar de nuevo el fenómeno de la «resonancia espontánea». La idea del mensaje tenía sentido para él —al menos, allí había algo—, pero la repulsa de sus colegas no podía ser ignorada. De acuerdo, quizá tuvieran razón. Quizás una serie de extrañas coincidencias lo llevaran a creer que había palabras codificadas en las señales del osciloscopio. En ese caso, ¿cuál era la explicación? Lakin temía que el concentrarse en la idea del mensaje pudiera oscurecer el auténtico problema. De acuerdo, digamos que Lakin tenía razón. Digamos que tenía toda la razón. ¿Qué otra explicación era posible?

Trabajó durante varias semanas en alternativas. La teoría que gobernaba el experimento original de Cooper no era particularmente profunda; Gordon la examinó profundamente, sopesando las suposiciones, rehaciendo las integrales, comprobando cada paso. Algunas ideas nuevas surgieron de todo ello. Las fue estudiando una a una, intentando hacerlas encajar con las ecuaciones y las estimaciones de orden de magnitud. La primitiva teoría dejaba de lado algunos términos matemáticos; los investigó, buscando formas en que pudieran dejar de pronto de ser despreciables y trastornaran toda la teoría. Nada parecía encajar con sus necesidades. Releyó los artículos originales, con la esperanza de encontrar algún nuevo indicio. Pake, Korringa, Overhauser, Feher, Clark... los artículos eran clásicos, inatacables. No había ninguna escapatoria visible de la teoría canónica. Estaba realizando algunos cálculos en su escritorio, esperando la llegada de Cooper para tener una charla con él, cuando sonó el teléfono.

—¿Doctor Bernstein? —preguntó la voz de la secretaria del departamento.

—Hum —dijo, distraído.

—Al profesor Tulare le gustaría verle.

—Oh, está bien. —Tulare era el presidente—. ¿Cuándo, Joyce?

—Ahora, si es posible.

Cuando Joyce le hizo pasar a la enorme y austera estancia, el presidente estaba leyendo lo que Gordon reconoció como un dossier personal. Los acontecimientos confirmaron pronto que se trataba del suyo.

—En pocas palabras —dijo Tulare—, tengo que decirle que su promoción por méritos ha sido, esto, sujeta a controversia.

—Creí que esto era algo automático. Quiero decir...

—Normalmente lo es. El departamento se reúne tan sólo para considerar las promociones del profesor ayudante a profesor adjunto, es decir a un puesto fijo, o de profesor adjunto a profesor titular.

—Oh, sí.

—Una promoción por méritos, como en su caso, de profesor ayudante escalón II a profesor ayudante escalón III, no requiere el voto de todo el departamento. Habitualmente pedimos la opinión del personal más antiguo en el grupo del candidato... en su caso, el grupo de resonancia de spin y estado sólido... para formarnos una opinión. Me temo...

—Lakin lo vetó, ¿no?

Tulare lo miró alarmado.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo ha dado a entender.

—No voy a discutir comentarios individuales. —Tulare pareció preocupado por un instante, luego se echó hacia atrás en su asiento estudiando la punta de su lápiz como si la solución estuviera ahí—. De todos modos, se dará cuenta usted de que... los acontecimientos... de los últimos meses no han inspirado mucha confianza en los miembros de la facultad compañeros suyos.

—Lo sospechaba.

Tulare inició una serie de reflexiones acerca de la credibilidad científica, manteniendo la discusión en un terreno lo suficientemente vago como para ser seguro. Gordon escuchó, deseando oír algo de lo que pudiera extraer alguna enseñanza. Tulare no era el tipo normal de administrador, enamorado de su propia voz, y su pequeño discurso era más un mecanismo de defensa que una conferencia. Pese a su anterior alarde, Gordon empezó a sentir que una extraña debilidad se apoderaba de sus piernas. Aquello era serio. Una promoción por méritos era pura rutina, sólo los casos realmente cuestionables se encontraban con problemas. La gran prueba era el salto de profesor ayudante a profesor adjunto, lo cual significaba la titularidad. Gordon había empezado como profesor ayudante I y había avanzado al II en menos de un año, lo cual era rápido; la mayor parte de los miembros de la facultad se pasaban dos años en cada escalón. Una vez alcanzara el ayudante III podía ser promocionado a adjunto I, aunque el camino normal era pasar por ayudante IV antes de dar el salto a la titularidad. Pero ahora no iba a dar el salto normal previsto de II a III en el tiempo estipulado. Aquello no iba a ser una buena nota para cuando tuviera que presentarse para su titularidad.

La frialdad había ascendido de sus piernas hasta su pecho cuando Tulare dijo:

—Naturalmente, tiene que ser usted muy prudente en lo que haga en todos los campos, Gordon. —Y se puso a discurrir acerca de la necesaria cautela que un científico tenía que tener siempre, la cualidad de mostrarse escéptico acerca de sus propios descubrimientos. Luego, increíblemente, Tulare se lanzó a recitar la historia de Einstein y del cuaderno de notas donde escribir todos los pensamientos que se le ocurrieran a uno, terminando con la frase—: Y Einstein dijo: «Lo dudo. Sólo he tenido dos o tres buenas ideas en mi vida». —Tulare dio una palmada en su escritorio

con genuino buen humor, aliviado de haber sido capaz de convertir una entrevista difícil en algo más ligero—. De modo que entienda, Gordon... no toda idea es una buena idea.

Gordon sonrió débilmente. Le había contado esa misma historia a Boyle y a los Carroway, y ellos se habían echado a reír. Indudablemente la habían oído antes. Simplemente estaban riéndole el chiste a un joven miembro de la facultad que debía parecerles como un bufón.

Se puso en pie. Sus piernas apenas le sostenían. Se dio cuenta de que estaba respirando rápidamente, pero no había ninguna causa claramente discernible. Gordon murmuró algo a Tulare y se dio la vuelta. Sabía que su principal preocupación tenía que ser la promoción por méritos, pero en aquel momento en todo lo que podía pensar era en los Carroway y en sus sonrisas y en su propia enorme estupidez.

## 26 - 7 de Julio de 1963

Durante el verano, el ritmo de sus días cambió. Penny empezó a irse a dormir más tarde, y Gordon se encontró despertándose antes que ella. Decidió someterse rigurosamente a sus ejercicios del programa de las Fuerzas Aéreas Canadienses, y el mejor momento para realizarlos era a primera hora de la mañana, en la desierta extensión de la playa del Wind'n Sea. Nunca le había gustado hacerlos en casa, especialmente cuando Penny estaba allí. Le gustaba bajar a la blanca arena que había sido limpiada por la marea nocturna y realizar sus ejercicios mientras la luz del sol empezaba a asomarse al este, por encima del monte Soledad. Luego corría hasta tan lejos como le era posible a lo largo de la playa. Cada ensenada era un pequeño mundo independiente, con las sombras acortándose a medida que el sol se iba alzando. La película de sudor que le cubría se enfriaba en las azuladas sombras y el denso aire del océano tenía un tangible peso acuoso cuando lo inhalaba, jadeante, las piernas resonando rítmicamente, bump, bump, bump, un vibrar que se transmitía a todos sus huesos, un curioso sonido en aquel aire, como trozos de madera cayendo sobre un suelo de roble. Había corrido así cuando era chico, en las sucias playas de Nueva Jersey. Su tío Herb lo llevaba allí a menudo, poco después de que su padre cayera enfermo. Cuando Jersey estaba superpoblada en verano, el tío Herb lo llevaba hasta Long Island en su Studebaker amarillo. Su madre siempre le había hablado de la gente que vivía allá, la *Gente Que Había Comprado Sus Casas Frente A La Playa*, como si fueran otra raza. La primera vez que tío Herb le llevó consigo, Gordon le preguntó si iban a visitar a algunos familiares, esperando que hubiera algún lazo de unión con aquella mítica gente. El tío Herb se había reído de aquella manera tan suya, rápida, resonante, no demasiado amistosa, y había zumbado: «Sí, voy a ir a visitar a míster Gatsby, ya sabes», y había dado una palmada en el costado del enorme coche amarillo, que había resonado metálicamente: bump. Gordon había permanecido sentado con el brazo fuera de la ventanilla durante todo el viaje, sintiendo la brisa del verano acariciar el negro pelo de su brazo. El pelo era más aparente aquel verano; Gordon lo comparaba con el de su tío Herb y descubría que había hecho notables progresos en sólo un año. Necesitó otros seis años antes de comprender la enigmática observación acerca de Gatsby. Por aquel entonces había leído el libro —ignorando la propuesta Malamud de su madre—, y apenas podía recordar ya mucho de las grandes casas de Long Island, o si alguna de ellas tenía una luz verde al extremo del embarcadero, o cualquier otro de aquellos detalles. Las playas, recordaba, eran pequeñas y pedregosas, un estrecho margen comprimido por las grandes propiedades. No había mucho que hacer. Los niños construían castillos de arena que sus padres aprobaban periódicamente, mirando por encima de sus libros de bolsillo en el resplandor amarillo-azulado del sol. Recordaba haber pensado que si Long Island era

algo típico, la vida de los goyim, de los no judíos, debía ser triste. En contraste, el tío Herb lo llevó a algunos buenos combates de boxeo aquel verano, combates tan grandes y auténticos como jamás hubiera creído que fuera la vida. Bump, bump resonaban sus piernas, y ante él vio de nuevo el cuadrado blanco del ring, las dos figuras danzando y lanzándose puñetazos, una cabeza echándose hacia atrás al ser golpeada, el árbitro bailando un vals en torno a los dos hombres, gritos y silbidos y un caliente y cercano y salino olor de la líquida multitud.

«¿Has visto a ese tipo Alberts en el quinto asalto? —decía el tío Herb en el intermedio—. Parece como si fuera un saco de arena. Como un tipo buscando el botón del cuello de su camisa que se le ha caído. ¡Uf!» Y una vez decidido el combate: «¡Esos árbitros! Darle dos asaltos, ¿para qué tienen los ojos? No me gustaría ir de caza con ellos». Bump, bump, bump, y el salino olor de la multitud volvía y Gordon seguía corriendo en el ascendente sol, el aroma en las aletas de su nariz era el de la brisa marina a miles de kilómetros de Long Island, y lanzaba sus puños hacia delante mientras corría, uppercuts y reveses y directos a su propio ritmo, sus pies conectados con sus puños, jadeando fuertemente, un rostro lodoso e informe ante él, definiéndose ahora en el de Lakin mientras Gordon se preguntaba qué era aquello y al mismo tiempo le lanzaba dos de sus mejores golpes, una finta y un puñetazo al estómago y luego un directo a la mandíbula, rápido y fácil, luego unos cuantos más mientras pensaba en Lakin y empezaba a borrar a golpes de consciencia aquel ondulante rostro, pero resistió otros tres directos, sus nudillos impactando contra aquella brumosa imagen y la cabeza echándose hacia atrás una, dos, tres veces, bump, bump, bump, sí, el tío Herb lo había llevado a muchos lugares aquel largo verano mientras su padre estaba muriéndose... Gordon lanzó otros dos puñetazos al aire, apuntando a no sabía el qué... a fin de mantener su mente ocupada con peleas y playas y libros mientras su padre no decía nada, sonreía cuando le hablabas, nunca se quejaba, simplemente se apartaba de los demás para morir, de la forma en que lo hacían en la familia Bernstein, tranquilamente, sin alharacas, sin que nadie hiciera sonar las trompetas por ti, no por un Bernstein, bump, bump, bump, la arena de la playa estaba ahora caliente bajo sus pies, el sudor chorreaba sobre sus ojos, haciendo que le picaran, enturbiando la mañana, su garganta estaba seca. Jesús, había corrido un largo trecho. Los acantilados eran más altos allí. Había ido hasta más allá del embarcadero Scrips y bajado hasta la Playa Negra, una larga franja desierta bajo el Torrey Pines Park. Ahora estaba corriendo entre las sombras y mientras se limpiaba el sudor de sus ojos se dio cuenta de pronto de que estaba a punto de tropezar contra algo. Dio un salto, pensando que se trataba de un perro durmiendo, siguió corriendo por reflejo y miró hacia atrás. Una pareja. Las piernas entrelazadas. Los talones de la mujer apuntando al cielo. Cuatro ojos se clavaron en los suyos. Jesús, pensó, pero de algún modo aquello no le molestó demasiado. Era lógico: la playa desierta, una pareja

excitada, un hermoso amanecer, el olor a sal. Pero eso quería decir que tenía que seguir corriendo un poco más. Démosles tiempo a terminar su bump, bump, bump. Realmente era una visión mejor para terminar su carrera que el amorfo rostro de Lakin, pensó Gordon. Lakin era un problema que él no podía resolver y quizá, pensó, era por eso por lo que estaba corriendo hasta tan lejos, para evitar que un auténtico puño se estrellara contra un auténtico rostro. Quizá sí, y quizá no. Había heredado del tío Herb aquel desprecio hacia un análisis demasiado profundo. Una forma de ser un potzer era preocuparse demasiado acerca de cosas como aquélla, sí. Gordon sonrió y se humedeció los labios y lanzó un par de puñetazos más, cortando el indiferente aire.

Saul Shriffer llamó a mediados de julio. Había terminado las observaciones de la 99 de Hércules, utilizando el radiotelescopio de Green Bank. Los resultados eran negativos. No llegaba ninguna señal coherente aparte el habitual chisporroteo estelar. Gordon sugirió utilizar frecuencias más altas y bandas más estrechas. Saul dijo que ya había intentado algunas. Sin mayores resultados a sus esfuerzos, no podía seguir utilizando más tiempo el instrumento. Los proyectos convencionales de investigación tenían prioridad. Hablaron durante algunos minutos de alternativas, pero no había ninguna. El grupo del Cavendish había rechazado la petición de Saul de algo de tiempo del telescopio. Saul dijo algunas palabras tranquilizadoras, y Gordon las aceptó mecánicamente. Cuando Saul colgó, Gordon sintió una inesperada depresión. Se dio cuenta de que, sin querer admitírselo, había estado manteniendo sus esperanzas en la idea de la escucha por radio. Aquella noche, cuando se reunió con Penny para cenar en el Buzzy's, no mencionó la llamada. Al día siguiente le escribió una carta a Saul pidiéndole que no publicara ningún resumen de la búsqueda por radio. Esperemos hasta que se produzca algo positivo, argumentó. Pero más que eso, Gordon deseaba mantenerse tranquilo. Quizá todo aquello desapareciera. Quizá finalmente se olvidara.

Cuando Penny fue a practicar un poco el surf a la playa Scrips, Gordon se sentó en la arena y miró. Hacía eso muy a menudo en los últimos tiempos... sentarse, pensar, dejar que los demás disfrutaran del verano. Le gustaba correr por la playa y sabía que debería intentar cabalgar las olas, ahora que tenía a alguien para enseñarle, pero algo se lo impedía. Observaba a las damas de La Jolla embadurnarse con sus carísimos bronceadores, y empezó a conocer los tipos: la gente que trabajaba al aire libre estaba pálida por encima de las rodillas, mientras que la que podía dedicar muchas horas a la playa gozaba de un color chocolate uniforme, una consumación cuidadosamente conseguida. Penny surgió de entre las olas, la tabla apoyada sobre la cadera, el pelo chorreando. Se dejó caer al lado de él, echó su pelo hacia atrás, miró de reojo su absorta expresión.

—De acuerdo —dijo finalmente—, suéltalo.

—¿Soltar qué?

—Oh, vamos, Gordon, Estás haciendo de nuevo tu imitación de un zombi.

Gordon se había enorgullecido siempre de ser directo en sus respuestas; ahora se encontró buscando algo que decir.

—Mira... he estado revisando las revistas en la biblioteca. Las revistas de astronomía, quiero decir. Mercury, Scientific American, Science News. La mayoría de ellas ignora olímpicamente el trabajo de resonancia planetaria de Saul. Incluso si lo mencionan, no reproducen la imagen. Y ninguna da las coordenadas de Hércules.

—Entonces publícalo tú.

Gordon agitó la cabeza.

—No servirá de nada.

—¿Desde cuándo empezaste a sentirte tan inferior?

—Desde los diez años —dijo Gordon, con la esperanza de desviar de alguna forma aquella conversación—. Cuando empecé a sospechar que no era Mozart.

—Oh.

—Yo era ese mito americano, el debilucho de cuarenta y cinco kilos. Esos anuncios de Charles Atlas, ¿recuerdas? Cuando iba a la playa, los fanfarrones no me pateaban arena al rostro... me pateaban directamente el rostro. La eliminación de los intermediarios.

—Oh. —Ella lo estudió, frunciendo el ceño—. ¿Sabes que esto es lo primero que me cuentas de todo ese asunto de Saul desde hace, veamos, un mes?

Él se alzó de hombros.

—De todos modos, ya nunca me cuentas nada.

—No quiero meterte en esto a fin de que la gente no pueda preguntarte nada al respecto. Así no tendrás que defenderme ante tus amigos. —Hizo una pausa—. O tratar con chiflados.

—Gordon, de todos modos me gustaría saber qué es lo que pasa. De veras. Si tengo que hablar con la gente de la universidad, me encuentro en inferioridad de condiciones.

El volvió a alzarse de hombros.

—No importa. De todos modos, es muy probable que me vaya de la Universidad de La Jolla.

—¿Qué?

Gordon le contó lo de no conseguir la promoción por méritos.

—Mira —terminó—, trabajar como profesor ayudante es siempre arriesgado. Puede que tengas que irte si las cosas no resultan bien. Ya te he hablado otras veces de eso, recuérdalo.

—Sí, bueno, finalmente... —Miró hacia el núcleo urbano de La Jolla, el rostro inexpresivo—. Quiero decir, a la larga, si no publicas...

—Ya he publicado —murmuró él defensivamente, en un soplo.

—Entonces, ¿por qué?

—Ese asunto con Lakin, No puedo investigar en un grupo con dos tipos que me caen bien, Feher y Schultz, y uno con el que soy incompatible, Lakin. Las personalidades son...

—Creía que los científicos estabais por encima de todas esas disputas. Eso es lo que me dijiste en una ocasión.

—Esto es más que una disputa, ¿acaso no te das cuenta?

—Ja.

—Lakin pertenece en cuerpo y alma a la vieja escuela. Es escéptico. Piensa que estoy buscándole deliberadamente problemas. —Fue enumerando motivos con sus dedos—. Quizá todo sea debido a que se está haciendo viejo y se siente un poco inseguro, no sé. Pero infierno, no puedo trabajar en un grupo dominado por un tipo así. Ya te lo he comentado antes.

—Ah. —Su voz tenía un filo cortante—. De modo que hemos hablado antes de todo esto.

—Oh, Cristo.

—Me alegro de que me estés confiando todos estos problemas. Tus problemas.

—Mira... —abrió las manos, un gesto amplio—, no sé qué voy a hacer. Simplemente estaba diciéndotelo.

—Eso significará abandonar La Jolla. Abandonar California, donde he vivido toda mi vida. Si eso ocurre, dame al menos unos cuantos minutos para pensármelo, ¿de acuerdo?

—Claro. Claro.

—Pero sigues pudiendo quedarte aquí, ¿no? La elección es tuya.

—Sí. Decidiremos juntos.

—Estupendo. ¿Justa y equitativamente? ¿De forma abierta? ¿Sin ninguna abstención por tu parte?

—Un hombre, un voto.

—Eso es lo que me temo.

—Una persona, un voto.

—Eso está mejor.

Gordon se tendió boca arriba y abrió un arrugado ejemplar del Time contra el intenso sol. Intentó olvidar las bullentes alternativas en su cabeza y concentrarse en un artículo de la sección científica sobre las misiones Apolo a la Luna. Avanzaba lentamente; una década de leer el denso lenguaje de la física le había robado toda velocidad de lectura. Por otra parte, le hacía más consciente del estilo.

Gradualmente empezó a tener la impresión de que las animadas simplicidades del Time ocultaban más de lo que revelaban. Estaba rumiando este punto cuando notó una sombra sobre él.

—Sí, te he reconocido —dijo una ronca voz de hombre. Gordon parpadeó a la brillante luz del sol. Era Cliff, en traje de baño, y llevando un cartón de seis botellas de cerveza. Gordon se sentó bruscamente.

—Creía que vivías en California del Norte.

—¡Eh! ¡Cliffie! —Penny se había dado la vuelta y lo había visto—. ¿Qué haces aquí? —Se sentó también.

Cliff se puso de cuclillas en la arena, mirando a Gordon.

—Dando un paseo. Es mi día libre. Encontré un trabajo en Oceanside.

—¿Y nos has visto aquí? —dijo Penny alegremente—. ¿Cuánto tiempo llevas por aquí? ¿Por qué no me has telefoneado?

—Sí —dijo Gordon secamente—, es una notable coincidencia.

—Hace poco más de una semana. Conseguí el trabajo en dos días.

Cliff estaba de cuclillas, no sentado en la arena si no apoyado en su cartón de cervezas con las dos manos metidas entre sus piernas y sus posaderas sólo a unos centímetros de la playa, Gordon recordó haber visto a los japoneses en aquella misma postura durante horas, en alguna película, en algún lugar. Era una pose curiosa, como si Cliff no deseara sentarse realmente con ellos.

Penny seguía hablando, pero Gordon no escuchaba. Estudiaba a Cliff, su cuerpo indolente tostado por el sol, y buscaba algo detrás de sus ojos, algo que explicara aquella improbable coincidencia. No la creía ni por un instante, por supuesto. Cliff sabía que Penny practicaba el surf, y aquélla era la mejor playa más cercana. La única cuestión interesante ahora era si Penny sabía también que aquello iba a producirse.

No había ninguna señal entre ellos, ninguna pequeña sonrisa inexplicable, ningún gesto, ninguna falsa nota que Gordon pudiera captar. Pero eso no significaba mucho... él nunca había sido bueno en ese tipo de cosas. Y mientras los observaba hablar con su lenta y fácil gracia, tuvo la impresión de que eran tan parecidos, tan familiares a esos miles de películas y anuncios de cigarrillos, y tan extraños a la vez. Gordon permaneció sentado, blanco como la barriga de un pez en comparación, un blando y sucio alabastro con mechones de pelo negro. Sintió un lento fluir de emociones, una oleada de sentimientos a los que ni siquiera podía poner nombre. No sabía si todo aquello no sería algún juego gracioso y elaborado que ellos dos estaban jugando, pero si lo era...

Gordon se puso bruscamente en pie. Penny lo miró. Sus labios se abrieron sorprendidos en una expresión de desconcierto. Él se debatió buscando las palabras, algo que llenara el vacío entre el conocimiento y la sospecha, algo que fuera correcto, y finalmente murmuró:

—No, no os preocupéis por mí.

—Hey, chico, yo...

—Juegos de goyim. —Gordon agitó una mano como despedida, el rostro

enrojecido. Las palabras habían brotado de él más amargas de lo que había pretendido.

—Gordon, vamos, de veras... —empezó Penny, pero él se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas, casi corriendo. Oyó su voz por encima del rumor de las olas, pero era cada vez más débil y finalmente desapareció. De acuerdo, pensó, no ha sido un final a lo Gran Gatsby, pero me ha sacado de ese... de ese...

Sin terminar la frase, sin desear pensar más en nada de aquello, echó a correr hacia las distantes colinas.

## 27 - 6 de agosto de 1963

—Estoy pensando en pasarme a la industria —le dijo una noche a Penny, mientras cenaban. Habían tenido ya su pequeña y habitual charla, que se había convertido en una especie de ritual. Gordon se había negado a discutir el encuentro en la playa, se había negado a ver a Cliff ni siquiera para tomar una copa, y tenía la sensación de que esta actitud, en último término, dejaría arreglado el asunto. Sólo vagamente se le ocurría pensar que esas negativas eran la causa de las conversaciones curiosamente vacías que celebraban ahora.

—¿Qué significa eso?

—Trabajar en el laboratorio de investigación de una compañía. La General Electric, los laboratorios Bell... —Se lanzó directamente a un panegírico de las virtudes de un trabajo donde contaban los resultados, donde las ideas evolucionaban rápidamente a soluciones concretas. De hecho, no creía que los laboratorios industriales fueran superiores a los grupos universitarios, pero tenían un aura. Las cosas se hacían de una forma más rápida allí. Abundaban los ayudantes y los técnicos. Los salarios eran superiores. También se dejaba llevar por la inevitable presunción de los científicos, que sabían que siempre existía una vida más allá de la académica. No meramente un trabajo, sino una profesión. Auténtica investigación, y por un salario decente también. Quizás algo más allá del laboratorio si era necesario... como Herb York y su cargo de consultor para la «posición defensiva» y las nebulosas teorías del desarme. El gobierno podía utilizar a los científicos de mente despierta, argumentó.

—Gordon, todo esto no son más que tonterías.

—¿Eh? —Se la quedó mirando, inmóvil, por unos instantes.

—Tú no deseas ir a trabajar para una compañía.

—Estoy pensando muy seriamente...

—Tú deseas ser un profesor. Investigar. Tener estudiantes. Dar conferencias. Eso es lo tuyo.

—¿De veras?

—Por supuesto. Cuando todo va bien te pasas toda la mañana canturreando, y sigues canturreando por la noche cuando vuelves a casa.

—Sobreestimas los placeres del trabajo.

—No estoy estimando en absoluto. He comprobado que el profesorado es lo que te va.

—Oh. —Perdido su empuje, se admitió reluciente a sí mismo que ella le conocía muy bien.

—Así que en vez de hablar de una escapatoria temporal como el ir a la industria, lo que deberías plantearte es hacer algo.

—¿Como qué?

—Algo diferente. Mueve un poco tus equis y tus yes y tus zetas. Intenta...

—Otra aproximación —terminó él por ella.

—Exactamente. Pensar en los problemas desde un ángulo diferente es... —Se interrumpió, vaciló, luego se metió de cabeza—. Gordon, podría decirte todo lo que ocurre con Cliff. Podría tranquilizarte y pasar por toda la rutina habitual, pero no estoy segura de que tú me creyeras.

—Oh.

—Recuerda esto —dijo Penny firmemente—. Yo no te pertenezco, Gordon. Ni siquiera estamos casados, por el amor de Dios.

—¿Es eso lo que te está preocupando?

—¿Preocupándome a mí? Dios, eres tú quien...

—... Porque si lo es, quizá debiéramos hablar un poco de ello y ver si...

—Gordon, espera. Cuando empezamos todo esto, cuando empezamos a vivir juntos, acordamos que íbamos a realizar un ensayo, eso fue todo.

—Seguro. Seguro —asintió vigorosamente, olvidada ya la comida—. Pero estoy dispuesto, si quieres seguir jugueteando de esa forma con Cliff... y eso fue realmente infantil, Penny, amañar ese encuentro, realmente infantil... estoy dispuesto a hablar de ello, ya sabes, e intentar buscar...

Penny alzó una mano, la palma hacia él.

—No. Espera. Dos puntos, Gordon. —Los marcó con los dedos—. Uno, no amañé ningún encuentro. Quizá Cliff estaba buscándonos, pero yo no lo sabía. Infiernos, ni siquiera sabía que estaba por aquí. Dos... Gordon, ¿crees que casarnos resolverá algo?

—Bueno, tengo la impresión de que...

—Porque yo no deseo hacerlo, Gordon. No tengo ninguna intención de casarme contigo.

Salió de los sofocantes apretujones del metro en pleno verano y emergió al calor sólo ligeramente menos comprimido de la calle 116. Aquella boca de metro era relativamente nueva. Recordaba vagamente un viejo quiosco de hierro fundido que, hasta principios de los cincuenta, sorbía a los estudiantes hacia las resonantes profundidades. Se detuvo entre dos rápidas corrientes de tráfico, que proporcionaban una presión de clara selección darwiana contra la desmedida concentración mental. Allí, estudiantes con sus mentes repletas a rebosar de Einstein y Mendel y Hawthorne veían a menudo sus trayectorias bruscamente alteradas por los Hudson y los De-Soto y los Ford.

Gordon caminó a lo largo de la calle 116, observando su reloj. Había rechazado participar en un seminario para realizar aquel su primer regreso a su Alma Mater desde que recibiera su doctorado; no deseaba llegar tarde a su cita con Claudia

Zinnes. Ella era una mujer afable que había escapado a duras penas de Varsovia cuando los nazis entraron allí, pero recordaba su impaciencia con los estudiantes que llegaban tarde. Se apresuró hacia el Campo Sur. A su izquierda los estudiantes se arracimaban en los amplios peldaños en la entrada de la Biblioteca de Abajo. Gordon se encaminó hacia el edificio de física, transpirando por el esfuerzo de arrastrar su enorme maleta marrón.

Entre un grupo de estudiantes creyó ver un rostro familiar.

—¡David! ¡Eh, David! —llamó. Pero el hombre se volvió rápidamente y caminó en dirección opuesta. Gordon se alzó de hombros. Quizá Selig no deseara ver a un antiguo compañero de clase; siempre había sido un tipo raro.

De hecho, si pensaba en ello, todo allí parecía ahora un poco extraño, como una fotografía de un amigo que alguien hubiera retocado. A la amarillenta luz del verano los edificios parecían un poco más deteriorados, la gente pálida y descolorida, los canales ligeramente más llenos de basura. Una manzana más allá había un borracho sentado en uno de los peldaños inferiores de una entrada, bebiendo algo envuelto en una bolsa de papel marrón. Gordon apresuró el paso y entró rápidamente. Quizás había estado demasiado tiempo en California; todo lo que no era nuevo y reluciente le parecía excesivamente gastado.

Claudia Zinnes no había cambiado en absoluto. Tras sus cálidos ojos brillaba la chispa de la inteligencia, distante e irónica. Gordon pasó la tarde con ella, describiendo sus experimentos, comparando sus aparatos y técnicas con el laboratorio de ella. Sabía todo lo de la resonancia espontánea y Saul Shriver y lo demás. Lo encontraba «interesante», dijo, la palabra estándar que no comprometía a nada. Cuando Gordon le pidió que intentara duplicar la experiencia con Cooper al principio ella desechó la idea. Tenía trabajo, había muchos estudiantes, el tiempo en los grandes imanes de resonancia nuclear estaba totalmente ocupado, no había dinero. Gordon señaló lo similar que era una de sus actuales instalaciones a la suya propia, unas modificaciones sencillas la harían idéntica. Ella argumentó que no tenía ninguna muestra de antimoniuro de indio lo suficientemente buena. Él sacó cinco buenas muestras, pequeñas tabletas de color gris; aquí están, utilízelas como mejor desee. Ella arqueó una ceja. Él se encontró deslizándose en el interior de una persona que había olvidado... un insistente escolar yid hostigando a su profesor para obtener mejores notas. Claudia Zinnes conocía estas rutinas tan bien como cualquier otra persona, pero gradualmente la insistencia de Gordon captó su interés. Quizás hubiera algo en el efecto de resonancia espontánea, después de todo. ¿Quién podía decirlo, ahora que las aguas a su alrededor habían sido enlodadas? Lo miró con sus cálidos ojos marrones y dijo:

—No es por eso por lo que desea que yo haga una comprobación. No simplemente para aclarar un poco ese revoltijo. —Y él asintió, sí, esperaba que ella

podiera descubrir algo más— pero —un dedo admonitorio— dejemos que las curvas hablen por sí mismas. Él sonrió e hizo pequeños chistes y se sintió un poco alegre, viviendo de nuevo dentro de su persona de estudiante, pero de alguna forma todo estaba yendo bien y funcionaba. Claudia Zinnes pasó del «quizás» y el «si» al «cuando» y luego, aparentemente sin darse cuenta de la transición, estaba arreglando algo de tiempo en el programa de resonancia nuclear para septiembre y octubre. Luego le preguntó acerca de algunos de sus compañeros de clase, dónde estaban, qué clase de trabajo hacían. De pronto Gordon se dio cuenta de que ella sentía un auténtico afecto hacia todos los jóvenes que habían pasado por sus manos antes de enfrentarse al mundo. Cuando se fue, ella palmeó cariñosamente su brazo y le quitó una mota de su sudada chaqueta de verano.

Mientras se alejaba cruzando el Campo Sur, Gordon recordó la sensación de maravilla que había llenado sus cuatro largos y duros primeros años. Columbia era impresionante. Su facultad era famosa en todo el mundo, los edificios y laboratorios imponían. Nunca había llegado a sospechar que el lugar podía ser un molino diseñado para triturar inteligencias enanas y hacerlas capaces de bobinar circuitos, trazar diagramas, hacer girar las zumbantes ruedas de la industria. Nunca se le había ocurrido pensar que esas instituciones podían permanecer o derrumbarse a causa de los caprichos de algunos pocos individuos, algunas tensiones inesperadas. Nunca. Las religiones no enseñan la duda.

Tomó un taxi hacia el centro. El vehículo se bamboleaba en los baches de las calles secundarias, un desagradable contraste con los bien pavimentados bulevares de California. Se alegraba de que Penny no hubiera querido acompañarle; la ciudad no estaba en su mejor forma en el horno de agosto.

Se habían mostrado tensos el uno con el otro desde que había sido desvelado el asunto del matrimonio. Quizás una corta separación ayudara. Dejar que el tema fuera derivando corriente abajo hacia el pasado. Gordon observaba la imprecisa sucesión de rostros que desfilaban fuera. Había como un zumbido subterráneo allí, como el sonido del IRT pasando por debajo de Broadway. Aquel hueco y profundo rumor le parecía extrañamente amenazante, haciéndole pensar en toda aquella gente que vivía su propia vida completamente ignorante de la resonancia magnética nuclear y de los enigmáticos y bronceados californianos. Su obsesión era meramente suya, no universal. Y se dio cuenta de que cada vez que intentaba centrar sus pensamientos en Penny su mente se retiraba, se refugiaba en el seguro escondrijo del enigma de la resonancia espontánea. No era el controlador de su propio destino.

Dejó el taxi en la calle donde había crecido, parpadeando a la acuosa luz del sol. Los mismos abollados cubos de la basura esparciendo sus olores, las mismas verjas, el mismo colmado Grundweiss allá abajo en la esquina. Jóvenes amas de casa de ojos negros cargadas con sus cestos y arrastrando a sus parloteantes niños. Las mujeres

iban conservadoramente vestidas, el único asomo de la moda reflejándose en sus labios más anchos, más pintados, más sensuales. Los hombres se apresuraban en sus grises trajes de negocios, su cabello negro cortado muy corto.

Su madre estaba en el descansillo, los brazos abiertos, cuando subió. Gordon le dio un beso de buen hijo. Cuando penetró en la vieja sala de estar con sus extraños aromas familiares —«Está en los muebles, en el relleno de los sillones, perdurará mientras vivamos», decía ella, como si el relleno de los sillones fuera algo inmortal—, se sintió invadido por todo ello. Decidió simplemente dejar que las cosas pasaran como tenían que pasar. Dejó que ella le pusiera al corriente de los meses de habladurías almacenadas, le mostrara las fotos de los parientes lejanos, le preparara «una buena cocina casera por una vez»... hígado picado y kugel y flanken. Escucharon los ritmos del calipso en la vieja Motoroll marrón del rincón. Después bajaron para ver a los Grundweiss —«Me lo ha dicho insistentemente, haz bajar a tu chico, le daré una manzana como en otros tiempos»— y un paseo en torno a la manzana, saludando a los amigos, discutiendo seriamente las estadísticas de los temblores de tierra, devolviéndoles la pelota a una pandilla de chicos que jugaban en un solar a la menguante luz del sol de verano. Al día siguiente, a causa de ese único lanzamiento —«¿Puedes creerlo?»—, le dolía el brazo.

Se quedó dos días. Su hermana fue a verle, alegre y ajetreada y sorprendentemente tranquila. Sus negras cejas se arqueaban con cada inflexión de una frase, con cada gesto de su rostro, como subrayando danzantes paréntesis. También acudieron amigos. Gordon iba hasta la calle 70 para comprar un poco de vino de California para tales ocasiones, pero era el único que bebía más de un vaso. Sin embargo, hablaban y bromeaban con la misma animación que en cualquier cóctel de La Jolla, demostrando que el alcohol era un lubricante innecesario.

Excepto su madre. Pronto acabó con los chismorreos de la vecindad, y ahora recurría a sus amigos y a su hermana para que mantuviesen la conversación. A solas con él, hablaba poco. Gordon se dio cuenta de que se estaba ahogando lentamente en aquel vacío. El apartamento había estado lleno de voces durante todo su camino hacia la adolescencia, excepto en los últimos momentos de su padre, y el silencio de ahora le ponía nervioso. Le habló a su madre de la controversia en torno a su trabajo. De Saul Shriver. (No, no había visto aquel noticiario en la televisión, pero le habían hablado de él. Le había escrito al respecto, ¿no lo recordaba?). De la resonancia espontánea. De la advertencia de Tulare. Y, finalmente, de Penny. Su madre no creía, no quería creer, no podía creer, que una chica cualquiera pudiera alejarse así de un hombre como su hijo.

¿Qué era lo que pensaba, para actuar de ese modo? Gordon halló su reacción inesperadamente agradable; había olvidado la habilidad de las madres para curar el ego herido de sus hijos. Le confesó que, de algún modo, él había llegado a pensar que

él y Penny terminarían estableciendo unas relaciones más convencionales («respetables», le corrigió su madre). Había sido una sorpresa descubrir que Penny no pensaba del mismo modo. Algo había ocurrido entonces entre ellos. Intentó explicárselo a su madre. Ella emitió los familiares sonidos de ánimo. «Quizá, no sé, es como... como si deseara aferrar a Penny a mi lado, ahora que todo lo demás se está desmoronando...». Pero no era eso lo que quería decir exactamente, tampoco. Sabía que las palabras eran falsas apenas las pronunciaba. Su madre las aceptó, sin embargo. «Así que ella no comprende nada de nada. ¿Y eso es una sorpresa? Intenté decírtelo». Gordon agitó la cabeza, sorbiendo su té, confuso. Se daba cuenta de que aquello no servía de nada. Todo estaba embrollado en su interior, y de pronto sintió deseo de no hablar más de Penny. Empezó de nuevo con la física, y su madre hizo resonar las cucharillas y la tetera con una renovada energía, sonriendo. «Buen trabajo, sí, eso es bueno para ti ahora. Mostrarle a ella lo que se pierde...», y así siguió, mucho más tiempo de lo que Gordon hubiera deseado. Sintió crecer en él un impulso, una urgencia. Se apartó de todos aquellos empantanados asuntos de las mujeres. Mientras la voz de su madre resonaba en el pesado aire, pensó en Claudia Zinnes. Revolvió números y componentes de equipo en su cabeza. Estaba haciendo ya algunos planes cuando las frases de su madre penetraron gradualmente: ella suponía que él iba a dejar a Penny. «¿Eh?», exclamó, y ella dijo inexpresivamente:

«Bueno, después de que esa chica te rechazara...». Siguió una discusión. Le recordó en gran parte aquellas peleas cuando él volvía a casa tras una cita, y acerca de como vestía, y acerca de todas aquellas otras pequeñas cosas que finalmente lo habían impulsado a alquilar un apartamento para él solo. Ella terminó con el mismo triste agitar de cabeza, el mismo «Eres fartootst, Gordon, fartootst...». Él cambió de tema, deseaba llamar al tío Herb. «Está en Massachusetts. Compró una partida barata de sombreros, y ahora está allí para venderlos. El mercado se hundió, kapoosh, cuando Kennedy dejó de llevar sombrero, ya sabes, pero tu tío cree que en Nueva Inglaterra los hombres tienen frío en la cabeza». Hizo más té, luego salieron a dar un paseo. Los silencios se iban haciendo mayores entre ellos. Gordon no hizo ningún intento de reducirlos. Su madre estaba bullendo todavía acerca de Penny, podía darse cuenta, pero ya había tenido bastante de aquello. Podía quedarse más tiempo, pero los silencios cada vez más prolongados prometían mayores problemas. Se quedó una noche más, la llevó a una función off-Broadway, y remató la velada llevándola a comer crepes al Henry VIII. A la mañana siguiente tomó el avión de la United de las 8:28 para la costa Oeste.

## 28 - 12 de agosto de 1963

Cooper parecía dubitativo.

—¿Cree que es suficiente?

—Por ahora, sí. ¿Quién sabe? —Gordon se alzó de hombros—. Quizás incluso sea definitivo.

—Al menos debería completar algunas de las observaciones en el campo de alta intensidad.

—No es tan importante.

—Después de lo que me ocurrió con el comité, quiero asegurarme...

—Más datos no constituyen una respuesta. Necesitas leer más teoría fundamental, hacer un mayor análisis de tus datos, cosas así. No sirve de nada acumular más números surgidos del laboratorio.

—¿Está usted seguro?

—Puedes cerrar esta serie mañana mismo.

—Hummm. Está bien, de acuerdo.

En realidad, probablemente Cooper podría robustecer su caso con más datos. Pero a Gordon nunca le había gustado la práctica de sobremedir cualquier efecto, principalmente porque sospechaba que esto mataba la imaginación. Al cabo de un tiempo uno veía tan sólo lo que esperaba ver. ¿Cómo podía estar seguro de que Cooper estaba tomando realmente todos los datos que llegaban?

Aquella era una razón justificable para apartar a Cooper del experimento de resonancia nuclear, pero Gordon tenía otro motivo para hacerlo. Claudia Zinnes iba a empezar en septiembre. Si ella descubría algo anómalo, Gordon deseaba estar tomando datos al mismo tiempo. Gordon regresó a casa del laboratorio hambriento. Penny había cenado ya, y estaba viendo las noticias de las once.

—¿Quieres alguna cosa? —preguntó él desde la cocina.

—No.

—¿Qué es lo que estás viendo?

—La marcha sobre Washington.

—¿Eh?

—Martin Luther King. Ya sabes.

Llevaba un tiempo que no prestaba demasiada atención a las noticias. No preguntó nada más; discutir de política con Penny lo único que haría sería sacarla de sus casillas. Ella se había mostrado elaboradamente indiferente desde su regreso. Había una curiosa tregua entre ellos, no una paz.

—Eh —dijo, entrando en la sala de estar, iluminada tan sólo por el pálido resplandor de la televisión—. El lavavajillas no funciona.

—Oh. —Ella ni siquiera giró su cabeza.

—¿Has llamado?

—No. Hazlo tú, por una vez.

—La última vez lo hice yo.

—Bueno, yo no pienso hacerlo. Es algo que odio. Déjalo tal cual.

—Tú lo utilizas más tiempo que yo.

—Eso va a cambiar también.

—No voy a perder más tiempo haciendo comidas.

—No creo que hayas perdido demasiado.

—¿Cómo lo sabes?

—Ni siquiera sabes freír un poco de mantequilla.

—Dos puntos menos a cuenta de tu credibilidad —dijo él jovialmente—. Sabes que me defiende cocinando algunas cosas.

—Oh, vamos.

—Hablo en serio —dijo él secamente—. Voy a estar mucho tiempo en el laboratorio, y...

—Largos y prolongados aplausos.

—Por el amor de Dios.

—Yo tampoco voy a estar mucho por aquí.

—Ni yo, excepto entrar y salir.

—Al menos estarás haciendo algo.

—Mierda, ésa no es tu forma habitual de refunfuñar.

—¿Refunfuños metafóricos?

—Refunfuños reales, refunfuños metaloquesea... ¿cómo quieres que lo sepa?

—Pensé que creías realmente que mis refunfuños eran auténticos. Eso explicaría el porqué no me has tocado desde que volviste.

—Oh.

—No te diste cuenta, ¿verdad?

Él repuso hoscamente:

—Me di cuenta.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Creo que no pensé en ello.

—Entonces piensa.

—Ya sabes, he estado ocupado.

—¿Crees que no lo sé? Vamos, Gordon, vi tu rostro cuando saliste de aquel avión. Teníamos que ir a tomar una copa a El Cortez, dar una vuelta por la ciudad. Comer.

—De acuerdo. Mira, necesito cenar algo.

—Muy bien, cena. Yo escucharé el debate.

—De acuerdo. ¿Un poco de vino?

—Por supuesto. ¿Quedará para después?

—¿Para después?

—Mi madre tendría que haberme enseñado a ser más directa. Para después, cuando hayamos jodido.

—Oh, sí. Cuando hayamos jodido.

Lo hicieron. No resultó muy satisfactorio.

Gordon desmontó todo el experimento de Cooper a sus componentes básicos. Luego volvió a remontarlo. Comprobó el aislamiento de cada pieza, buscando cualquier forma de que alguna señal inesperada pudiera penetrar en el circuito. Lo tenía casi todo remontado cuando Saul Shriffer apareció, sin anunciarse, en el laboratorio.

—¡Gordon! He tenido que ir a la UCLA, y pensé que debía dejarme caer por aquí.

—Oh, hola —murmuró Gordon, secándose las manos en un trapo sucio de aceite. Un hombre con una cámara siguió a Saul dentro del laboratorio.

—Éste es Alex Paturski, de Life. Están preparando un artículo sobre exobiología.

—Me gustaría hacer unas cuantas fotos —dijo Paturski. Gordon murmuró un oh sí, seguro, y Paturski desplegó rápidamente pantallas reflectoras y sacó accesorios para la cámara. Saul habló de las reacciones a su anuncio por televisión.

—Un terrible ejemplo de cerrazón mental —dijo—. Nadie ha seguido el camino que abrimos. No he conseguido que nadie de la comunidad astronómica conceda ni cinco segundos a la idea.

Gordon asintió, y decidió no hablarle a Saul de Claudia Zinnes. Paturski daba vueltas en torno a ellos, disparando su cámara y agitando la cabeza.

—Vuélvase un poco hacia este lado, ¿quiere? —Y Saul hacía lo indicado. Gordon le seguía, deseando vestir algo más que una camiseta y unos tejanos. Este día precisamente no se había puesto sus pantalones habituales y su chaqueta de Oxford.

—Excelente, caballeros, sencillamente excelente —dijo Paturski como conclusión. Saul inspeccionó por un instante el experimento. Gordon le mostró algunos de los registros preliminares de precalentamiento que había tomado. La sensibilidad era baja, pero las curvas eran obviamente claras líneas de resonancia.

—Una lástima. Ya sabe, unos mejores resultados podrían abrir de nuevo todo este asunto. —Saul estudió a Gordon—. Hágamelo saber si descubre algo, ¿quiere?

—No contenga el aliento esperándolo.

—No, supongo que no debo hacerlo. —Saul pareció momentáneamente desalentado—. Realmente, pensé que había algo aquí.

—Puede que lo haya.

—Sí. Sí, por supuesto, puede que lo haya. —Su rostro se iluminó—. No se deje desalentar por la idea de que todo ha terminado, ¿eh? Cuando todo esto se haya calmado, y la gente deje de reírse de la idea... bueno, podemos hacer un buen artículo con ello. Quizás algo para Science, titulado «Golpeando los molinos de viento de la

ortodoxia». Podría resultar.

—Hum.

—Bien, Alex y yo tenemos que marcharnos. Debemos ir a Palo mar, pasando por Escondido.

—¿Está realizando alguna observación allí? —preguntó Gordon en tono casual.

—No. No, no me dedico directamente a la observación, ya sabe. Soy más bien un hombre de ideas. Alex desea tomar algunas fotos, eso es todo. Es un lugar impresionante.

—Oh, sí.

Se fueron inmediatamente, y Gordon pudo volver a dedicarse a su experimento.

El primer día Gordon conectó el equipo de resonancia nuclear y se enfrentó con problemas de ruido en la señal. Al segundo día, oleadas parásitas ofuscaron los resultados. Una de las muestras de antimoniuro de indio actuaba de una forma extraña, y tuvo que ajustar de nuevo toda la instalación, vaciar el baño de frío y cambiar la muestra defectuosa. Aquello tomó horas. Sólo al tercer día las curvas de resonancia empezaron a comportarse como era de esperar. Eran tranquilizadamente exactas. Encajaban perfectamente con la teoría, dentro de los límites del error experimental. Hermoso, pensó Gordon. Hermoso y aburrido. Dejó la instalación funcionando durante todo el día, en parte para asegurarse de que la electrónica se mantenía estable. Descubrió que podía ocuparse de sus asuntos habituales —preparar a Cooper; tomar notas para las clases del próximo semestre; cortar las delgadas láminas del gris antimoniuro de indio en el dispositivo de hilo al rojo inmerso en aceite—; y echar un vistazo cada hora o dos al laboratorio para tomar unas rápidas mediciones de la resonancia. Convirtió aquello en una rutina. Las cosas iban resultando. Las curvas se mantenían normales.

—¿Profesor Bernstein? —dijo la mujer, con voz aguda y chirriante. Se preguntó vagamente si su acento sería del Medio Oeste.

—Sí —dijo por teléfono.

—Aquí Adele Morrison, del Senior Scholastic Magazine. Vamos a dedicar un gran artículo a... esto... el descubrimiento que usted y el profesor Shriffer han hecho. Le daremos el tratamiento de un ejemplo de lo que es la controversia científica. Me preguntaba...

—¿Por qué?

—¿Perdón?

—¿Por qué remover el asunto? Preferiría que se olvidara todo.

—Bueno, profesor Bernstein, no sé, yo... El profesor Shriffer fue más cooperativo. Dijo que creía que nuestros lectores, todos ellos universitarios del grado superior, ya sabe, podrían aprender mucho de un estudio así.

—Yo no estoy tan seguro de ello.

—Bueno, profesor, me temo que yo solamente soy una ayudante de redacción aquí, no me corresponde a mí decidir. Creo que el artículo es... sí, aquí tengo ya unas primeras galeras. Principalmente es una entrevista con su colega, el profesor Shriffer.

—Oh.

La voz elevó un poco más el tono.

—Me han pedido que le preguntara si tiene usted algún comentario final que hacer acerca de... esto... el estado actual de la controversia. Podríamos añadirlo al artículo si...

—No. No tengo nada que decir.

—¿Está usted seguro? El director me pidió que...

—Estoy seguro. Déjelo todo tal cual está.

—Bien, de acuerdo. Tenemos los comentarios de algunos otros profesores en el artículo, y debo decirle que son unos comentarios más bien críticos. Pensé que debía usted saberlo.

Por un momento aquello le tentó. Podía preguntar sus nombres y escuchar sus comentarios, y preparar alguna respuesta.

La mujer estaba esperando, mientras el teléfono emitía ese leve zumbido de la larga distancia. Parpadeó. La mujer era buena: casi lo había atrapado.

—No, pueden decir lo que quieran. Deje que Saul tome la responsabilidad de todo. —Colgó. «Dejemos que los grandes científicos de esta gran nación piensen lo que quieran». Lo único que deseaba era que el artículo no incrementara las visitas de chiflados.

El sol del verano lo descoloría todo hasta una uniformidad carente de perspectiva. Penny regresó de practicar el surf y se dejó caer al lado de Gordon.

—Demasiado mar de fondo —explicó—. Y mucha resaca también. No hacía más que ir contra los pilotos.

—Correr es mucho más seguro —observó él.

—Y aburrido.

—Pero no inútil.

—Quizás. Oh, eso me recuerda... pronto voy a tener que ir a ver a mis padres. Lo haré antes de que empiecen de nuevo las clases, pero papá está ahora en viaje de negocios.

—¿Qué es lo que te ha hecho recordar eso?

—¿Eh? Oh. Bien, has dicho que correr no era inútil, y eso me ha hecho recordar que tuve un estudiante el último semestre que utilizó deliberadamente la palabra más larga que jamás haya leído en nuestro idioma en una prueba que yo debía puntuar. «Floxinaucinihiliplificación». Quiere decir «el acto de estimar la inutilidad».

—Hum. ¿De veras?

—Sí, y tuve que consultar la maldita palabra. No está en ningún diccionario, pero la encontré en el Oxford.

—¿Y?

—Es el diccionario que me regaló mi padre.

Gordon sonrió y se tendió en la arena, alzando el ejemplar del Esquire de modo que protegiera su rostro del sol.

—Eres una mujer altamente no lineal.

—Signifique eso lo que signifique.

—Es un cumplido, créeme.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Deseas venir a Oakland conmigo o no?

—¿De eso se trata?

—A pesar de tus constantes intentos de evitarlo, sí.

—¿Intentos de...? Penny, has estado leyendo demasiado a Kafka, Sí, por supuesto que iré.

—¿Cuándo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Es tu viaje, son tus padres.

Ella asintió. Una curiosa expresión contraída apareció en su rostro, luego se desvaneció. Gordon se preguntó qué era lo que estaba pensando, pero no había forma sencilla de saberlo. Abrió la boca para iniciar una tanteante aproximación, luego volvió a cerrarla. El ir a Oakland, ¿formaba parte del ritual de cortejar, el llevar al chico a casa para que lo conocieran? Quizás ése fuera únicamente un fenómeno de la costa éste; no estaba seguro. Después de anunciar que no deseaba casarse con él, y luego quedarse a su lado y seguir viviendo con él como si las cosas pudieran seguir simplemente de esta forma, Penny se había convertido en un auténtico misterio. Gordon suspiró para sí mismo, decidido a olvidar todo el tema.

Leyó durante algunos minutos, y luego dijo:

—Hey, aquí dice que el Tratado de no proliferación de pruebas nucleares ha entrado en vigor.

—Seguro —murmuró Penny, saliendo vagamente de su modorra provocada por el sol—. Kennedy lo firmó hace meses.

—Debí perdérmelo. —Gordon pensó en Dyson y el proyecto Orión, un sueño extrañamente atractivo que ahora había muerto.

Nadie iba a dar el gran salto a los planetas de momento; el programa espacial debería quedar limitado a los cohetes de combustible líquido. Se sintió impresionado de que los acontecimientos se produjeran ahora de una forma tan acelerada. Nuevas ideas y nueva gente estaban llegando a la vieja La Jolla de los tiempos de Chandler. El mismo Kennedy que había promovido el Tratado de no Proliferación y matado así

Orión estaba federando al mismo tiempo la Guardia Nacional de Alabama a fin de impedir que George Wallace la utilizara contra el programa de integración. Medger Evers había sido asesinado hacía apenas unos meses. Todo el país estaba sacudido por la sensación de que las cosas tenían que cambiar.

Gordon echó a un lado la revista. Se volvió de lado bajo el ardiente sol y cerró los ojos. La brisa marina traía el acre olor de un banco de algas que estaba pudriéndose en el extremo más alejado de la playa. Frunció la nariz. Al infierno con la acelerada presión de los tiempos. La política es para el momento, había dicho Einstein en una ocasión, una ecuación es para la eternidad. Si tenía que elegir, Gordon se ponía del lado de las ecuaciones.

Aquella noche llevó a Penny a cenar fuera y luego a bailar a El Cortez. No era el tipo de cosa que hiciera habitualmente, pero la extraña y dilatada tensión que se había establecido entre ellos necesitaba un poco de atención. Hablaron durante la cena. Mientras tomaban luego unas copas, él empezó:

—Penny, lo que está ocurriendo entre nosotros, es complicado...

—No, es complejo —respondió ella. Él vaciló, y luego murmuró:

—Bueno, sí, pero...

—Hay una diferencia —dijo ella secamente.

Y por alguna razón, aquello le hizo sentirse irritado. Decidió callar, dejar que la velada transcurriera de forma automática, la forma breve-salida-agradable-con-la-esposa que a ella parecía gustarle. Era extraño cómo en un momento podía ser una muy inteligente y luchadora intelectual especializada en literatura y luego al momento siguiente convertirse en una vulgar y prosaica americana media. Quizás ella formaba parte también de aquel tiempo donde todas las cosas cambiaban.

Bailaron solamente las piezas lentas. Ella se movía hábil, suavemente, ataviada con un ligero traje rosa. Él llevaba unos pesados zapatos negros que se había traído de Nueva York, y de tanto en tanto perdía el ritmo. El vocalista masculino cantaba, con una voz típica de blues: La gente se queda, sólo un poquitito más. Sigamos gozando, sólo un poquitito más. Repentinamente, Penny se apretó contra él, rodeándolo con unos brazos sorprendentemente fuertes. —Sam Cooke —murmuró en su oído. Él no supo lo que quería significar. La idea de saber quién había compuesto una determinada canción pop parecía, bueno, ligeramente increíble.

## 29 - 28 de agosto de 1963

El nivel de ruido en las mediciones de resonancia nuclear empezaba a elevarse. Cada día era un poco mayor. Normalmente, Gordon notaba el cambio en la primera toma de datos de la mañana. Al principio lo atribuyó al progresivo fallo de uno de los componentes. Repetidas comprobaciones de los puntos obvios del circuito no revelaron nada. Comprobar los puntos menos obvios tampoco sirvió. Cada día, el ruido era peor. Al principio Gordon pensó que podía tratarse de un nuevo tipo del efecto de «resonancia espontánea». La señal era demasiado entrecortada para saberlo, sin embargo. Pasó más tiempo intentando hacer descender la relación señal / ruido. Gradualmente, empezó a dedicarle más tiempo de su jornada de trabajo. Empezó a acudir por las noches. Se sentaba ante el osciloscopio y observaba su trazado. En una ocasión, teniendo una reunión a primera hora de la mañana siguiente, durmió en el laboratorio. Una descomposición de Fourier del espectro del ruido mostraba algunos componentes armónicos, pero ese indicio no conducía a ningún lado. Mientras tanto, el nivel de ruido seguía aumentando.

—¿Gordon? Aquí Claudia Zinnes.

—Oh, hola. No esperaba oírla tan pronto.

—Hemos tenido algunos retrasos. Nada fundamental, pero deseaba que supiera que estaremos en el aire dentro de una semana.

—Estupendo. Espero...

—Sí. Sí.

Un viento procedente de Santa Ana soplaba fuera. Deslizaba su seca y pesada mano por entre los pasos de las bajas montañas costeras, trayendo la mordedura del desierto. Se produjeron algunos incendios de maleza en las colinas. El viento rojo, lo llamaban algunos del lugar. Para Gordon, encerrado en el aire acondicionado del laboratorio, representó una ligera sorpresa cuando salió hacia su casa a última hora de la noche; el aire parecía denso y racheado revolviendo su pelo.

Recordó su cálido y seco contacto al día siguiente, mientras caminaba en dirección al edificio de química. Ramsey, ante la imposibilidad de verlo en su oficina, le había dejado un mensaje a Joyce, la secretaria del departamento. Gordon cruzó entre los edificios cruzando el puente adornado con hileras de hexágonos. Al entrar en los dominios de la química fue recibido por un olor agrídulce, demasiado intenso y complejo como para que el sistema de renovación de aire pudiera eliminarlo. Encontró a Ramsey en medio de un bosque de redomas y tubos, hablando rápida y concisamente con un estudiante. Ramsey estaba tirando una solución mientras hablaba, señalando los cambios de color, añadiendo una gota de una sustancia lechosa en un momento crucial. Gordon se dejó caer agradecido en una silla. Aquella jungla de abrazaderas y válvulas y frascos parecía poseer más vida que un laboratorio de

física; el golpeteo de las bombas y el tictaqueo de los cronómetros era como un complicado corazón, acompasando la intensa investigación de Ramsey. En la pared colgaba un diagrama de la gigantesca cadena molecular que descendía del anhídrido carbónico hasta convertirse en hidratos de carbono; una escalera forjada por los fotones. Un contador de destellos murmuraba, cliqueteando por entre una serie de etiquetados frascos de isótopos. Gordon se agitó en la silla, buscando una postura más cómoda, y volcó una copa cónica. No se derramó nada. La inspeccionó, y descubrió un poso de café, espeso como cola y punteado de moho. Todas las cosas estaban vivas allí. Tuvo una repentina visión de aquel palacio de cristal como una selva de ácidos nucleicos, respondiendo al seco soplo del viento rojo del exterior. Su laboratorio de resonancia nuclear parecía silencioso y estéril en comparación. Sus experimentos estaban aislados del pulso del mundo. Para los bioquímicos, en cambio, la vida cooperaba en el estudio de sí misma. El propio Ramsey parecía más vital, mirando a uno y otro lado y agitándose y hablando, un animal deslizándose por los senderos de su jungla química.

—Lo siento, Gordon, tenía que terminar esto... Hey, pareces agotado. ¿No te prueba el clima, muchacho?

Gordon agitó la cabeza y se puso en pie, siguiendo a Ramsey a una oficina en un rincón. Se sentía ligeramente aturdido. Debe de ser el aire de aquí dentro, pensó. Eso, y el de Santa Ana, y su escaso e incómodo dormir de la noche antes.

Ramsey estaba ya varias frases por delante de él antes de que Gordon registrara el hecho.

—¿Qué? —dijo, y su voz era un seco croar.

—Te decía que todos los indicios estaban ahí. Simplemente estaba demasiado ciego como para verlos.

—¿Indicios?

—Al principio no hice más que buscar datos preliminares. Ya sabes, algo para conseguir una subvención para lograr que alguna fundación se interesara. O el Departamento de Defensa incluso. Pero ése es precisamente el quid de la cuestión. Gordon... esto va mucho más allá que el propio Departamento de Defensa. La FNC debería intervenir en ello.

—¿Por qué?

—Porque es grande, por eso. Esa línea, «entra en régimen simulación molecular empieza a imitar anfitrión»... ésa es la clave. Preparé una solución como la que describe el mensaje. Ya sabes, todo lo que arrojamos a los ríos: pesticidas, algunos metales pesados... cadmio, níquel, mercurio. Le metí también algunas moléculas de cadenas largas. Hice que se encargara uno de mis estudiantes. Una cadena de latticina, como dice el mensaje. Conseguí que un amigo de U DuPont me proporcionara algunas de sus muestras experimentales de cadena larga.

—¿Descubriste las referencias comerciales que daba el mensaje? Ramsey frunció el ceño.

—No, eso es lo desconcertante. Ese amigo mío dice que no tienen nada con esa denominación. Y Springfield afirma que no tienen ningún pesticida identificado como AD45 tampoco. Tu señal debió llegar embrollada aquí.

—Así que no puedes duplicarlo.

—No exactamente... ¿pero quién necesita exactitud? Esas cadenas largas son versátiles.

—¿Cómo puedes estar...?

—Mira, llevé todo eso a Scrips. Me llevé a Hussinger a comer, le hablé del proyecto. Conseguí que me diera alguna de esas bateas para realizar pruebas con agua de mar. Son de primera clase... temperatura y salinidad constantes, comprobación permanente, todo eso. Montones de luz solar, además. Y... —hizo una pausa, reprimiendo una sonrisa— toda esa maldita cosa es cierta. Hasta el último detalle.

—¿La parte de la floración de las diatomeas, quieres decir?

—Seguro, sólo que en un estadio posterior. Esas malditas cadenas largas no hay por donde cogerlas, ya te lo he dicho. Esa agua de mar reaccionó al principio normalmente, supersaturada de oxígeno. Al cabo de dos meses, empezamos a obtener curiosas lecturas en la columna de oxígeno. Se trata de una medición del contenido de oxígeno en una columna vertical de agua de quizá treinta metros de altura. El plancton empezó a desaparecer. Así, simplemente... moría, o adoptaba nuevas y curiosas formas.

—¿Cómo?

Ramsey se alzó de hombros.

—Tu mensaje dice «impregnación virus». Tonterías, pensé. ¿Qué tienen que ver los virus con el agua del mar?

—¿Qué tiene que ver un pesticida con el plancton?

—Aja, un buen punto. No lo sabemos. Esa otra frase... «puede convertirse neuroenvoltura de plancton a su propia química utilizando oxígeno ambiental hasta que nivel oxígeno caiga a valores fatales para mayor parte de la cadena alimentaria superior»... suena como si alguien supiera, ¿no?

—Aparentemente.

—Sí, porque eso es precisamente lo que hemos descubierto.

—¿Utiliza el oxígeno?

—Y de qué manera. —Frunció el ceño—. Y se esparce como una hijaputa también. Esa mezcla convierte el plancton en parte de ella misma, al parecer. También produce algunos elementos secundarios completamente letales... cloruros de benceno, policloruros de bifenilos, todo tipo de mierda. Échale una ojeada a esto.

Una fotografía, sacada con un floreo de una carpeta. Un pez estilizado sobre una

superficie de cemento, los ojos vidriados. Sus labios estaban hinchados, verdes y estriados con filamentos azules. Una ulceración pálida se destacaba bajo sus branquias.

—Cáncer de labio, asimetrías, tumores... Hussinger se puso blanco cuando vio lo que le había ocurrido a sus muestras. Entiéndelo, normalmente no se preocupan de los agentes patógenos que incluyen en sus bateas. El agua del mar es fría y salada. Mata a los gérmenes portadores de enfermedades, todos excepto algunos...

Gordon se dio cuenta de la pausa.

—¿Excepto qué?

—Excepto algunos virus, dice Hussinger.

—Oh. «Impregnación virus». Y esos peces...

—Hussinger aisló mis bateas y lo detuvo todo. La totalidad de mis peces murieron.

Los dos hombres se miraron.

—Me pregunto quién estará usando eso en el Amazonas —dijo Ramsey suavemente.

—¿Los rusos? —La posibilidad le parecía ahora completamente real a Gordon.

—¿Cuál es la ventaja estratégica?

—Quizá se trate de algún tipo de accidente.

—No creo... ¿Sigues sin saber por qué están enviando esos mensajes a través de tu instalación de resonancia nuclear?

—No.

—Esa estupidez de Saul Shriffer...

Gordon lo desechó con un gesto de la mano.

—No fue idea mía. Olvídalo.

—No podemos olvidar esto. —Ramsey agitó la foto del pez.

—No, no podemos.

—Hussinger desea publicarlo inmediatamente.

—Adelante.

—¿Estás seguro de que no estás trabajando en algo para el Departamento de Defensa?

—No, mira... eso fue idea tuya.

—No me contradijiste.

—Digamos que no deseaba divulgar la fuente. Mira lo que ocurrió cuando Shriffer metió la mano en ello.

—Aja. —Ramsey le miró atentamente, una mirada distante y evaluativa—. Eres más bien elusivo.

Gordon pensó que aquello no era justo.

—Tú sacaste a relucir el Departamento de Defensa. Yo no dije nada.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero fue un truco.

Gordon se preguntó si Ramsey estaría pensando para sí mismo: Mañosos judíos. Pero se reprochó a sí mismo aquel pensamiento apenas le vino a la cabeza. Cristo, vaya paranoia. Estaba empezando a actuar como su madre, siempre segura de que los no judíos eran los eternos perseguidores de los judíos.

—Lo lamento —dijo Gordon—. Temía que tú no quisieras trabajar en ello si yo, bueno...

—Hey, está bien. No hablemos más del asunto. Infiernos, me has metido entre las manos algo fantástico. Realmente importante.

Ramsey dio unas palmadas a la fotografía. Ambos hombres la miraron, reflexionando. Hubo un silencio entre ellos. Los labios del pez eran como globos hinchados, los colores horriblemente fuera de lugar. En la quietud, Gordon oyó los sonidos del laboratorio fuera de la pequeña oficina. El regular traqueteo y tactaqueo rodeaba indiferente a los dos hombres, ritmos y fuerzas, voces. Los ácidos nucleicos se perseguían los unos a los otros en los capilares de cristal. Un aroma ácido flotaba en el aire. Una luz como esmaltada lo inundaba todo. Tictoc, tictoc.

Saul Shriffer le miraba desde la portada del Life con una casual seguridad en sí mismo, un brazo apoyado en el telescopio de Monte Palomar. Dentro, el artículo se titulaba CONTROVERSIA EN EL CAMPO DE LA EXOBIOLOGÍA. Había fotos de Saul mirando a una fotografía de Venus, Saul inspeccionando un modelo de Marte, Saul ante el panel de control del radiotelescopio de Green Bank. Un párrafo trataba del mensaje de resonancia nuclear. Junto a los grandes imanes estaba Saul, con Gordon un poco más atrás. Gordon estaba mirando desde el espacio entre los polos del imán, aparentemente sin hacer nada. La mano de Saul estaba suspendida sobre unos cables, como si fuera a conectarlos. Las señales de la resonancia magnética eran descritas como «controvertidas» y «puestas en duda por la mayor parte de los astrónomos». Se citaba a Saul: «Hay que correr algunos riesgos en este campo. A veces pierdes. Otras puedes ganar la inmortalidad».

—Gordon, tu nombre está ahí una sola vez. Eso es todo —dijo Penny.

—El artículo se refiere a Saul, recuérdalo.

—Es por eso por lo que él está ahí. Está aprovechándose de tu...

Gordon la interrumpió burlonamente:

—De mi éxito.

—Bueno, no, pero...

Gordon dejó caer el dibujo sobre el escritorio de Ramsey.

—¿Te he dado alguna copia de esto?

—No. ¿Qué es?

—Otra parte de la señal.

—Oh, sí. Ahora lo recuerdo. Salió por televisión.

—Exacto. Shriffer la mostró.

Ramsey estudió las curvas interconectadas.

—Mira, en aquel momento no pensé en nada concreto. Pero...

—¿Sí?

—Bueno, me da la impresión como de algún tipo de cadena molecular. Esos puntos...

—¿Los que yo conecté entre sí?

—Sí, supongo. ¿Fuiste tú quien dibujó primero esto?

—No. Saul lo transcribió de una secuencia codificada. ¿Qué hay con ellos?

—Bueno, quizá no se trate de un conjunto de curvas. Quizá los puntos sean moléculas. O átomos. Nitrógeno, hidrógeno, fósforo.

—Como en el ADN.

—Bueno, esto no es el ADN. Es más complicado.

—¿Más complicado, o más complejo?

—Mierda, no lo sé. ¿Cuál es la diferencia?

—¿Crees que tiene alguna relación con esas moléculas de cadena larga?

—Podría ser.

—Esos nombres comerciales. DuPont y Springalgo.

—DuPont Analagan 58. Springfield AD45.

—¿Podría esto ser uno de ellos?

—Esos productos no existen, ya te lo he dicho.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ¿podría ser ese tipo de cosa?

—Quizá. Quizá. Mira, ¿por qué no vemos si puedo sacar algo en limpio de ello?

—¿Cómo?

—Bueno, intentando asignar átomos en los lugares adecuados de las cadenas. Ver si funciona.

—¿Del mismo modo que Crick y Watson hicieron el ADN?

—Bueno, sí, algo parecido.

—Estupendo. Quizás eso desentrañe algo de...

—No cuentes con ello. Mira, lo más importantes es el experimento. La pérdida de oxígeno, los peces. Hussinger y yo vamos a publicar eso inmediatamente.

—Sí, estupendo, y...

—¿No te importa?

—¿Eh? ¿Por qué?

—Quiero decir, Hussinger dice que cree que deberíamos publicarlo juntos. Si tú y yo deseamos hacer un artículo sobre el mensaje y su contenido, dice Hussinger, eso es otro...

—Oh, entiendo. —Gordon se reclinó en su silla. Se sentía cansado.

—Quiero decir, yo no estoy de acuerdo con él respecto a eso pero...

—No, no importa. A mí no me preocupa. Publícalo, por el amor de Dios.

—¿De veras no te importa?

—Todo lo que te dije fue oye, échale una ojeada a esto. De modo que tú le echaste una ojeada, y descubriste algo. Estupendo.

—Eso de Hussinger no ha sido idea mía.

—Lo sé.

—Bueno, gracias. De veras. Mira, seguiré adelante con ese dibujo de una cadena que acabas de traerme.

—Si es una cadena.

—Aja. Pero quiero decir, quizá podamos publicar eso. Tú y yo juntos.

—Oh, estupendo. Estupendo.

Las curvas de resonancia seguían siendo regulares. Sin embargo, el nivel de ruido continuaba ascendiendo. Gordon pasaba cada vez más tiempo en el laboratorio, intentando eliminar el chisporroteo electrónico. Había terminado ya la mayor parte de sus notas de clase para el curso superior de electromagnetismo clásico, de modo que estaba libre para proseguir sus investigaciones. Abandonó la preparación de muestras, sin embargo, en favor de más tiempo en el montaje de resonancia. Cooper seguía dirigiendo sus propios datos. El ruido no desaparecía.

Cerró de un golpe tras él la puerta exterior de su oficina, y cruzó con resonante paso el viejo suelo de madera. Tenía una respetable y antigua oficina, justo al lado de Naval Row, pero a veces hubiera preferido tener menos madera aceitada y más aire acondicionado. Ian Peterson, regresando de una larga conferencia matutina, dejó caer un montón de papeles sobre su escritorio. Notaba los senos de su nariz inflamados, como si fueran de algodón. Aquellas reuniones le causaban invariablemente este efecto. Había sentido como si una suave neblina descendiera sobre su mente a medida que avanzaba la reunión, aislándole de muchos de los tediosos detalles y discusiones. Conocía el efecto a través de muchos años de experiencia; cansancio ante tanta charla, tantas frases revestidas de autoridad, tantos expertos cubriéndose el trasero con juicios cuidadosamente impersonales.

Echó a un lado su mal humor y pulsó el Sec sobre su escritorio. Primero una lista de llamadas, ordenadas según su prioridad. Peterson había anotado cuidadosamente listas de nombres, de modo que al responder el ordenador del Sec supiera si debía tomar en consideración la llamada o no. Las listas variaban semanalmente, a medida que pasaba de un problema a otro. La gente que en una ocasión había trabajado con él en un proyecto tenía una irritante tendencia a suponer que podían seguir llamándole acerca de cosas secundarias, meses e incluso años más tarde.

Segundo, los memorándums llegados, con fechas límite para su respuesta.

Tercero, los mensajes personales. Nada esta vez, excepto una nota de Sarah acerca de su maldita fiesta.

Cuarto, noticias de interés, convertidas en resúmenes. Finalmente, los detalles menores inclasificables. Hoy no había tiempo para ellos. Revisó la categoría Uno.

Hanschman, probablemente quejándose acerca del problema de los metales. Peterson lo trasladó a uno de sus ayudantes tecleando un símbolo de tres letras. Ellehlouh, el norteafricano, con una última y desesperada súplica de más envíos de ayuda a las nuevas regiones alcanzadas por la sequía. Lo trasladó a Opuktu. Era el oficial encargado de seleccionar a quién debía enviar los embarques de grano y azúcar; él se encargaría. Una llamada de aquel Kiefer de La Jolla, calificada urgente. Peterson tomó el teléfono y pulsó el número. Ocupado. Apretó la tecla de repetición y dijo «Doctor Kiefer», para que la cinta añadiera lo de «el señor Peterson del Consejo Mundial está intentando comunicarse urgentemente con usted», e intentar la comunicación con el número de Kiefer cada veinte segundos a partir de entonces.

Peterson pasó a los memorándums. Pulsó para proyección en pantalla su propio memorándum, que había dictado mientras conducía hacia su trabajo aquella mañana para que el ordenador lo pasara a máquina. Nunca antes había probado aquel sistema.

...¿seguro que es esto?... Oh, sí, veo que está *encendida* / *entendida* la luz verde,

por Dios ¿por qué no ponen correctamente todas las indicaciones y así no *me haré / mearé* un lío? Seguro que no habrá espacio para *adscribir / escribir / inscribir* otra carta, está bien, ahí va, hay que pulsar este botón, no hay tecla de opción *contextual / con textual*, en fin, veamos. Resumen para sir Martin relativo a la Proposición Coriolis. El Comité está de acuerdo en que el sitio lógico para *desarrollar / desarrollar*, si, esto, desarrollar el sistema es en la Corriente del Golfo, espero que las mayúsculas salgan en su sitio, ya lejos de la costa Atlántica de Miami, punto y aparte, sí.

*Ayuna / Hay una* corriente de oh, este es el botón especial de pronunciación, supongo, una corriente de cuatro nudos firme y segura. Esa corriente es la que puede hacer girar las hélices de las gigantescas turbinas, produciendo suficiente electricidad como para toda Florida. Las turbinas son enormes, hay que admitirlo, 500 metros de diámetro. Sin embargo, parafraseando la definición técnica, diré que básicamente se corresponden a una ingeniería victoriana. Grandes y sencillas. Su casco mide 345 metros de largo, y quedan suspendidas a 25 metros por debajo de la superficie. Esto es suficiente como para que los barcos que pasen por encima puedan hacerlo con toda seguridad. Los cables de anclaje deben sumergirse hasta cerca de tres kilómetros en algunos lugares. Esto es poco *con parado / comparado*, si, comparado con los cables que deberán traer la energía hasta tierra firme, pero los servicios técnicos dicen que probablemente no habrá efectos secundarios.

Según nuestras proyecciones, los candidatos más inmediatos —gas natural procedente de las algas y energía de conversión térmica del océano— se hallan terriblemente detrás de Coriolis. El nombre, como usted in dudablemente sabrá y yo no sabía, procede de un matemático francés que demostró por qué las corrientes oceánicas actúan como actúan. Los efectos de la rotación de la Tierra y todo lo demás.

Los obstáculos son obvios. Instalar 400 de estas turbinas frenando la Corriente del Golfo puede ser arriesgado. El clima de gran parte del océano Atlántico depende de esa corriente, que pasa junto a Estados Unidos y Canadá y luego se adentra en el mar y desciende hasta el Caribe, sí, con be. Una simulación numérica a escala en el ordenador omni, no, todo mayúsculas, OMNI, muestra un efecto registrable de un uno por ciento. Completamente seguro, según los parámetros actuales.

El impacto político negativo es mínimo. El destinar 40 gigavatios de producción a esa zona silenciará las posibles críticas por la interrupción de la pesca, creo. Me permito aconsejar por lo tanto una aprobación rápida. Sinceramente, etc.

Peterson sonrió. Notable. Incluso asignaba los homónimos más probables. Corrigió el texto y lo envió a través del laberinto electrónico a sir Martin. Los detalles y las menudencias del comité eran para los ayudantes; sir Martin reservaba su tiempo para las decisiones, el delicado acto de equilibrio por encima del flujo de

información. Había enseñado mucho a Peterson, hasta los detalles más nimios tales como el modo en que debía hablar en un comité donde tus oponentes estaban aguardando al acecho. Sir Martin hacía una pausa y respiraba en mitad de sus frases, luego se pasaba rápidamente el punto y aparte y se metía de lleno en la frase siguiente. Nadie sabía cuándo interrumpir.

Peterson pidió una revisión a su Sec. Descubrió que la llamada a Kiefer aún seguía dando como respuesta comunicando, y que dos de sus subordinados habían dejado mensajes grabados que revisaría más tarde.

Se reclinó en su sillón y estudió la pared de su oficina. Bien decorada, sí. Diplomas en pseudopergamino de sus excelencias burocráticas. Fotos suyas al lado de varios carismáticos fabricantes de eslóganes con sus biblias de palabrería. Profesionales del liderazgo, sonriendo a la cámara.

La reunión del comité de aquella mañana había contado con buena parte de ellos, junto con dedicados bioquímicos y meteorólogos numéricos. Sus informes sobre la distribución de las nubes eran inquietantes pero vagos. Las nubes eran nuevos ejemplos de la «función biológico cruzada», un término válido para todo que significaba interrelaciones en las que nadie había pensado todavía. Aparentemente el vórtice de vientos circumpolar, que había derivado hacia el ecuador en los últimos años, estaba absorbiendo algo en la región cercana a la floración. Los agentes biológicos desconocidos que eran arrastrados por las nubes habían ocasionado el marchitamiento de las más recientes cosechas de la Revolución Verde. Además de proporcionar cosechas uniformemente abundantes, la Revolución Verde proporcionaba plantas uniformemente débiles. Si una de ellas enfermaba, todas enfermaban. Lo devastadoras que podían llegar a ser las extrañas nubes de color amarillo oscuro era algo que no se sabía todavía. Se estaba produciendo algo extraño en el biociclo, pero las investigaciones aún no habían podido poner en su sitio todas las piezas del rompecabezas. La reunión se había saldado con riachuelos de indecisión. Los biólogos belgas se habían enfrentado a los categóricos desastrólogos, sin que ninguno de ellos exhibiera pruebas concluyentes.

Peterson meditaba en lo que podía significar esto, mientras hojeaba algunos informes. Inventarios, evaluaciones, cálculos especulativos, verdades innegables. Algunos de ellos estaban escritos en recios caracteres cirílicos, o en las volutas de la escritura árabe, o en las patas de mosca asiática, o en el cuadrado tipo de ordenador del moderno inglés. Un tracto del Erdwissenschaft convertía al hombre en una pequeña molestia estadística, un insecto deslizándose sobre un mundo reducido a nombres y números. Peterson se sentía a veces maravillado por la mezcla de mentes que existía en el Consejo Mundial, el poder enciclopédico que representaban. Voces, una babel de voces. Ahí estaba la furiosa energía de los alemanes; la austera y finalmente asfixiante lógica de la belle France; los japoneses, ahogados ahora en su

exceso industrial; los extrañamente tristes americanos, aún fuertes pero cada vez más parecidos a un boxeador envejecido, lanzando puñetazos a unos contrincantes que ya no estaban allí; los brasileños, que acababan de entrar en el escenario del mundo y parpadeaban ante los focos, deslumbrados. Hacía varios años, Peterson había efectuado una gira por Etiopía con un cloqueante grupo internacional de prospectistas del futuro, y observado como sus cálculos colisionaban con la vida real. En las polvorientas gargantas de rojiza piedra había visto a los hombres atacando y destruyendo hormigueros para apoderarse de las migajas de grano almacenadas allí. Mujeres desnudas, del color del barro y con pechos que parecían escuálidos sacos, colgantes, trepando por las mimosas para recoger los brotes verdes con los que hacer una sopa. Niños recolectando brezos y zarzas que masticar en busca de algo de humedad. Árboles despojados de su corteza, roídos en sus raíces. Esqueletos vueltos blancos y quebradizos por el sol junto a pozos secos desde hacía tiempo.

Los metodologistas de la previsión habían palidecido y habían dado media vuelta. Cuando era un muchacho había contemplado los programas del National Geographic en la televisión, y había llegado a pensar en los casi míticos animales de África como en distantes amigos, jugueteando en el horizonte del mundo. Leones, enormes y perezosos. Jirafas, con sus largos cuellos balanceándose en la distancia. Había sentido un amor de adolescente hacia todos ellos. Ahora estaban a punto de desaparecer. Había aprendido una lección allí, en África. Pronto no habría nada más grande que un hombre en el planeta que no fuera un proveedor de carne o un animal doméstico. Sin los animales gigantes, la humanidad se hallaría sola, con las ratas y las cucarachas. Peor quizá, se hallaría sola consigo misma. Este incierto desenlace no había preocupado a los futurólogos. Se habían limitado a cloquear acerca de montañas de mantequilla aquí contra hambrunas allí, y habían rellenado sus propias recetas. Amaban más sus teorías que al mundo. Forrester, haciendo resonar sus fantasías numéricas como si fueran cuentas; Heilbroner, empujando a la humanidad hacia una prisión a fin de asegurar su sustento; Tinbergen, que creía que una buena crisis nos despertaría de nuestro letargo; Kosolapov, cuyo optimismo marxista permanecía pacientemente sentado esperando que el hacha de la historia cortara el último lazo con el capitalismo, como si la pobreza fuera únicamente un resfriado de la humanidad, no una enfermedad; sus contrarios, los seguidores de Kahn, con la engreída seguridad de que unas cuantas guerras y algunas hambrunas no afectarían demasiado a la renta media per cápita; el discípulo de Schumacher, con su ingenua fe de que los cárteles de los hidrocarburos decidirían que las pequeñas industrias eran lo mejor después de todo; y Remuloto, el partidario de la Tercera Revolución Industrial, viendo la salvación en nuestros satélites artificiales.

Peterson recordó con una sonrisa que el Departamento del Interior de Estados Unidos había hecho una minuciosa predicción de las tendencias en 1937, y había

olvidado la energía atómica, los ordenadores, el radar, los antibióticos y la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, seguían probando una y otra vez, con sus simplistas extrapolaciones lineales que seguían siendo, pese a los bancos de ordenadores para pulir los números, simplemente una nueva forma de mostrar su estupidez a un gran coste. Y estaban llenos de recetas. Un poco más de espíritu solidario, decían, y todo irá mejor. Para sobrevivir ahora, el Hombre ha de ser más paciente, prefiriendo las soluciones racionales a largo plazo a los problemas globales y dejando a un lado las viejas e irracionales demandas de soluciones a corto plazo. Todos ellos contemplaban un sueño de futuro en cierto modo lockeano, una ley natural que determinara simultáneamente los derechos humanos y las obligaciones humanas. Una ley no escrita, pero alcanzable a través de la razón. Una mitología de estoica resistencia podría conseguirlo, podría sacarnos del apuro. ¿Pero quién podía vendérmola? La fe secular en las soluciones tecnológicas se había ido perdiendo en favor de la astrología y de otras cosas peores. Los descendientes de Jefferson estaban royendo sus últimas libertades y dejando para la posteridad un deteriorado cubo de la basura. ¡Au revoir, Etats-Unis! Comprueben su nublada visión a la salida. Peterson miró a lo único en su pared que estaba fuera de lugar, un cartel con un siglo de antigüedad:

*Toda la naturaleza no es más que arte, a tus ojos ignorado; Todo azar, orientación, que tú no puedes ver;  
Todo discordia, armonía, que no puedes comprender, Todo maldad parcial o bondad universal;  
Y pese al orgullo, pese a los extravíos de la razón, Una verdad es clara; sea como sea, todo es correcto.*

Se echó a reír en el momento en que sonaba el teléfono.

—¿Hola, Ian? —La voz de Keffer era lejana y aguda.

—Me alegra oírle —dijo Peterson, con una cordialidad artificial.

—No creo que se sienta tan alegre dentro de un minuto.

—¿Oh? —Keffer no había respondido con la esperada jovialidad con la que normalmente abría las conversaciones profesionales.

—Hemos establecido el proceso fundamental de esa floración de diatomeas.

—Estupendo, entonces podrán combatirla.

—En principio, sí. El problema es que se está volviendo incontrolable. El proceso está entrando en una fase en la que está tomando la envoltura del plancton y transformándola en las moléculas originales del pesticida base.

Peterson se sentó muy rígido y pensó intensamente.

—Como un movimiento religioso —dijo, por decir algo.

—¿Eh?

—Convirtiendo a los gentiles en apóstoles.

—Bueno... sí. El asunto es que eso hace que se extienda muy rápidamente. Nunca vi algo como esto. Ha preocupado a gran número de los chicos del laboratorio.

—¿No pueden encontrar ningún... antídoto?

—Con un poco de tiempo, probablemente sí. El problema es que no tenemos mucho tiempo. El proceso es exponencial.

—¿Cuánto tiempo?

—Meses. En un término de meses se esparcirá por todos los demás océanos.

—Cristo.

—Sí. Mire, no sé en qué medida puede hacer usted algo ahí, pero me gustaría que esos resultados llegaran directamente a la cumbre.

—Yo me encargo, por supuesto.

—Estupendo. Tengo aquí un informe técnico en clave. Se lo transmito a continuación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tengo preparado el receptor.

—Estupendo. Ahí va.

Fue sir Martin quien vio la relación. Había muy poca transferencia de vapor desde la superficie del océano hasta las formaciones nubosas. Pero supongamos que las impurezas en la floración podían transformar las envolturas celulares en microorganismos vivos independientes. A partir de ahí una pequeña cantidad de esa materia con tiempo suficiente, podía diseminarse a través de las nubes. El transporte a través del aire era rápido. Evidentemente mucho más rápido que a través del contacto con la zona interfacial biológica, en la superficie de interacción entre la floración y la vida marina.

Peterson se abrió camino en la penumbra que prevalecía dentro del restaurante. O al menos se llamaba a sí mismo restaurante; todo lo que podía ver era a gente sentada en el suelo. El incienso ascendía en volutas hacia su nariz, haciéndole sentir deseos de estornudar.

—¡Ian! ¡Aquí!

La voz de Laura le llegó desde algún lugar a su izquierda. Tanteó el camino hasta que pudo distinguirla, sentada sobre almohadones y sorbiendo algo lechoso con una pajita. Una música oriental flotaba por la estancia. Había sabido tan pronto como había dicho que sí que era un error acudir al encuentro de una chica con la que se había acostado una vez, simplemente porque ella estaba atravesando alguna especie de crisis. Las noticias de California y la agitación que habían causado en el Consejo lo habían mantenido clavado a su escritorio durante toda la noche. Los tipos del departamento técnico estaban histéricos. Algunos de los altos mandos habían hecho resaltar el hecho de que los técnicos ya se habían alarmado muchas veces antes, y se

habían equivocado por completo. Esta vez Peterson no estaba seguro de que esta lógica fácil tuviera algún sentido.

—Hola. Realmente hubiera preferido que nos encontráramos en mi club. Quiero decir, esto está bien, pero...

—Oh, no, Ian. Yo deseaba verte en un lugar que yo conociera. No en algún club lleno de hombres.

—Realmente es muy agradable, no está lleno en absoluto. Podemos ir a dar una vuelta y cenar algo ligero...

—Pero quería mostrarte el lugar donde trabajo.

—¿Tú trabajas aquí? —Miró incrédulo a su alrededor.

—Hoy es mi día libre, por supuesto. Pero es un trabajo, ¡y un buen paso hacia mi independencia!

—Oh. La independencia.

—Sí, eso es exactamente lo que tú me dijiste que hiciera. ¿Recuerdas? Me he ido de casa de mis padres. He dejado Bowes & Bowes, y he venido a Londres. Y he conseguido un trabajo. La semana próxima empezaré mis clases de arte dramático.

—Oh. Oh, eso es estupendo.

Un camarero se materializó de la penumbra.

—¿Qué desea, señor?

—Oh, sí. Whisky. Y algo de comida, supongo.

—Los curries de aquí son muy buenos.

—Ternera, entonces.

—Lo siento, señor, no tenemos platos de carne.

—¿No tienen carne?

—Este es un restaurante vegetariano, Ian. Realmente estupendo. Todo es fresco, traído el mismo día. Pruébalo.

—Oh, Cristo. Un biryani, entonces. Con huevo.

—Ian, quiero contártelo todo acerca de mí, de mi marcha de mis padres, y de mis planes. Y deseo tu consejo respecto a convertirme en actriz. Estoy segura de que tú conoces a mucha, mucha gente que sabe cómo conseguirlo.

—Realmente no. Estoy en el gobierno, ya sabes.

—Oh, pero debes conocerla, estoy segura de que la conoces. Si simplemente piensas un poco, estoy segura... —Y mientras seguía hablando, Peterson decidió que realmente había cometido un error. Había sentido la necesidad de romper la tensión en el centro del Consejo, y la llamada telefónica de Laura había llegado en el momento preciso para tentarle. Había permitido que aquel instante dominara su buen juicio. Ahora se veía obligado a comer alguna comida horrible en un restaurante mantenido casi a oscuras porque no deseaban que uno viera toda la suciedad, y al mismo tiempo se veía arrastrado por aquella pequeña vendedora. Peterson hizo una

mueca, seguro de que ella no se daría cuenta de su gesto bajo aquella luz. Bueno, al menos iba a comer algo; un poco de combustible para el trabajo que estaba seguro iba a venir a continuación. Y necesitaba apartar un poco sus pensamientos de sir Martin.

—¿Vives cerca de aquí? —preguntó.

—Sí, en Banbury Road. Pero me temo que el apartamento es poco menos que un armario.

—Estoy seguro de que no me importará. —Sonrió en la oscuridad.

Markham esparció sus papeles de trabajo sobre la estrecha tablilla abatible del asiento delantero del avión. Tenía la perspectiva de varias horas de aburrimiento cruzando el Atlántico, encajonado allí en el lado de la ventanilla. Las ecuaciones de Cathy Wickham se extendían ante él, los índices tensores pidiendo ser situados de esa o de esa otra manera, densas anotaciones cargadas de promesas.

—El almuerzo, señor —murmuró la profesionalmente inexpresiva azafata.

Aceptó educadamente una cajita de cartón y la depositó sobre la tablilla con un murmullo inconcreto de agradecimiento. Abrió los bordes doblados de la cajita. Una lluvia de paquetitos cayó entre sus papeles. Eran las ahora universales y cómodas (para ellos) unidades modulares de comida. Desenvolvió una, y se encontró con el obligatorio y correoso pollo. Dio un reluciente mordisco. Pastoso y agrio. Lo único que salvaba todo aquello era la ausencia de una envoltura de plástico, pensó. El bombardeo de los campos petrolíferos saudíes hacía varios años había puesto un brusco fin a la era del plástico, y un regreso al humilde cartón. La pulposa superficie gris de la caja le recordaba sus años de muchacho, antes de que los hidrocarburos dominaran el mundo. El lado humano de los contenedores de papel era el simple hecho de que aceptaban el contacto de una pluma, podían recibir un mensaje; la hoja de plástico rechazaba incluso la huella de sus usuarios temporales. Ociosamente, garabateó las nuevas ecuaciones cuánticas de campo en la caja de la comida. Las elegantes épsilones y deltas pronto rodearon marcialmente las letras de imprenta de la UNITED AIRLINES. Masticó con aire ausente. Pasó el tiempo. Markham vio un camino para separar los elementos tensores en varias ecuaciones reducidas. A golpes de reducciones emparejó las componentes del campo. Realizó unos cuantos cálculos colaterales para comprobar su trabajo. Los demás pasajeros se agitaban en la distancia. En un instante las cinco nuevas ecuaciones se alinearon en la acanalada superficie de la caja de la comida. Sospechó que tres de ellas eran viejas amigas: las ecuaciones de Einstein, con modificaciones para los efectos cuánticos cuando la escala de longitud era lo suficientemente pequeña. Las tres eran bien conocidas. Las otras dos parecían implicar más. Una acentuación de los efectos cuánticos añadía un nuevo término aquí, una mezcla de tensores allí. Parecía no haber forma de reducir más el sistema. Markham tambaleó sobre ellas con su pluma, frunciendo el ceño.

—¡Hey, mire eso! —exclamó de pronto el hombre que estaba a su lado. Markham miró por su ventanilla. Una inmensa nube, de un color amarillo sulfuroso y veteada de naranja, colgada frente a ellos—. Es la primera vez que la veo —dijo el hombre excitadamente. Markham se preguntó si el piloto iba a volar a través de ella. En unos segundos la ventanilla se vio velada por jirones de nubes, y Markham se dio cuenta de que estaban pasando ya a través de un segmento inferior de la masa amarillenta

que gravitaba sobre sus cabezas. Un peso inesperado tiró de su estómago hacia abajo; el avión estaba ascendiendo.

—Directamente frente a ustedes, amigos, tienen una de esas nubes de las que todos hemos oído hablar. Estoy llevándoles hasta encima de ella, para que puedan verla mejor.

Aquella explicación le pareció diáfananamente falsa a Markham. Los pilotos no variaban su altitud por una cosa así. La nube parecía grávida, de alguna forma mucho más sólida que los algodonosos cúmulos blancos que la rodeaban. Rizados filamentos de un color oscuro emergían de su parte superior, formando como una especie de domo.

Markham murmuró algo y volvió a sus papeles. Copió las nuevas ecuaciones de la caja de cartón en una hoja y las estudió, intentando aislar el agudo lamento de los motores. En una ocasión, un ingeniero le había dicho que la nueva generación de motores superrápidos chillaban a niveles insoportables. La Rockwell International había tenido que gastar mucho dinero en investigación para paliar un poco aquel terrible sonido que se clavaba como lanzas en los oídos. Habían sido necesarios seis meses para envolver el aullido en una sábana de tranquilizador sonido bajo, de modo que los seres de sangre caliente que habían pagado por sus billetes y que iban en su interior pudieran viajar ofuscadamente tranquilos en aquel metálico abrazo. Bueno, aquello no servía de nada para él. Siempre había sido muy sensible al ruido. Encontró los tapones para los oídos en el compartimiento elástico frente a él y se los puso. Una bendita pantalla lo aisló. El único remanente del chillido de los motores era un temblor acústico que trepaba por sus piernas y se asentaba en sus dientes.

Pasó una hora comprobando las nuevas ecuaciones. Proporcionaban soluciones coherentes a los problemas límite que conocía. Limitando la longitud de la escala y dejando a un lado los efectos gravitatorios, encontró las ecuaciones estándar de la teoría relativista de partículas. El trabajo de Einstein emergió fácilmente, con unos cuantos trazos fáciles de la pluma. Pero cuando las ecuaciones de Wickham eran contempladas de frente, sin ningún paso lateral hacia un terreno más familiar, se presentaban opacas.

Estudió con ojos entrecerrados las cortas y gruesas anotaciones. Si cortaba por la mitad ese amasijo de términos aquí, y simplemente los dejaba a un lado... pero no, eso no era correcto. No podía limitarse a dar una desapasionada vuelta de manivela. Debía proceder con habilidad y buen juicio, para seguir avanzando con el impulso adquirido. Más allá de los estándares lógicos, estaban las cuestiones estéticas. Los nuevos desarrollos en física siempre te proporcionaban, primero, una estructura lógica que era más elegante. Segundo, una vez la comprendías, la estructura no era solamente elegante, sino que era más simple. Tercero, de la estructura surgían consecuencias que eran más complejas que antes. La omnipresente trampa en buscar

nuevos caminos era invertir los pasos. Era difícil explicarle eso a un filósofo; había algo en el arte de las matemáticas que lo eludía a uno, a menos que lo buscaras. Platón había sido un gran filósofo, y había decidido que deseaba que los planetas se movieran en conjuntos de círculos, todos ellos interrelacionados entre sí para que dieran las órbitas observadas. Pero como descubrió Tolomeo, las leyes necesarias para conseguir esos círculos preestablecidos eran horriblemente complejas. Eso significaba leyes complejas conduciendo a consecuencias sencillas, el camino equivocado. De modo que todos los esfuerzos de Tolomeo dieron como resultado una teoría que chirriaba y gemía, con esferas cristalinas dando vueltas gracias a una compleja maquinaria llena de piñones y de ruedas y de cadenas transmisoras crujiendo y zumbando.

Por otra parte, la teoría de Einstein era lógicamente más elegante que la de Newton. Sutil, pero simple. Sus consecuencias eran mucho más difíciles de definir, lo cual era el camino correcto. Markham se rascó con aire ausente la barba. Si uno tenía esto en cuenta, podía desechar muchas propuestas antes incluso de empezar, sabiendo que a fin de cuentas terminarían en fracaso. En realidad, no había elección entre belleza y verdad. Uno tenía que aceptar las dos. En arte, la elegancia era como una mujer fácil, a la que cada generación de críticos daba una imagen distinta. En física, sin embargo, había una frágil lección que aprender de los milenios pasados. Las teorías eran más elegantes si podían ser transformadas matemáticamente a otras formulaciones por otros observadores. Una teoría que permanecía invariable bajo la transformación más general era la más hábil, la más cercana a una forma universal. La simetría  $SU(3)$  de Gell-Mann había alineado las partículas en hileras universales. El grupo de Lorentz; el isospín; el catálogo de propiedades etiquetadas Peculiaridades y Color y Atractivo... todo ello transformaba unos guarismos inconcretos en una cosa concreta. Así, para ir más allá de Einstein, uno debía seguir las simetrías.

Markham garabateó ecuaciones en un bloc de papel amarillo, buscando. Había pretendido pasar su tiempo elaborando su táctica con FNC, pero la política era basura comparada con la ciencia. Intentó distintas aproximaciones, retorciendo la compacta notación tensorial, escrutando el laberinto matemático. Tenía un principio guía: a la naturaleza parecían gustarle las ecuaciones expresadas en formas diferenciales covariantes. Encontrar las expresiones correctas...

Elaboró las ecuaciones que gobernaban a los taquiones en un espacio-tiempo plano, realizando el ejercicio como un caso límite. Asintió. Allí estaban las familiares ecuaciones de onda de mecánica cuántica, sí. Sabía a dónde conducían. Los taquiones podían ocasionar una onda de probabilidades que se reflejara hacia delante y hacia atrás en el tiempo. Las ecuaciones hablaban de cómo actuaba esta función ondulatoria, del pasado al futuro, del futuro al pasado, un desconcertado viajero. Crear una paradoja significaba que la onda no tenía fin, sino que al contrario formaba

una especie de esquema de onda estacionaria, como las olas de un océano en torno a un espigón, creando sus valles y crestas pero siempre regresando, un orden impuesto al inexpresivo rostro del agitado mar. La única forma de resolver la paradoja era penetrar en ella, romper el esquema, como una barca cortando las olas, dejando una agitada estela detrás. La barca era el observador clásico. Pero ahora Markham añadía los términos de Wickham, haciendo las ecuaciones simétricas bajo el intercambio de taquiones. Rebuscó en su maletín el artículo de Gott que Cathy le había dado. Allí estaba: Una cosmología de taquiones, antimateria, materia y simetría temporal. Arduo y difícil de aprehender. Pero las soluciones de Gott estaban allí, ante sus ojos, luminosas. Las fuerzas Wheeler-Feynman estaban también allí, mezclando las soluciones de los taquiones adelantados y retardados con las sumas no euclidianas. Markham parpadeó. En su aislado silencio algodinoso, se sentó muy envarado, sus ojos recorriendo línea tras línea, su imaginación saltando hacia delante para ver dónde las ecuaciones se abrían y apartaban para mostrar nuevos efectos.

Las ondas seguían allí, enigmáticamente confusas. Pero no había ningún papel para la barca, para el observador clásico. La vieja idea de la mecánica cuántica convencional había sido dejar que el resto del universo fuera el observador, dejarle que obligara a las ondas a colapsarse. En estos nuevos términos tensoriales, sin embargo, no había ninguna forma de regresión, ninguna forma de dejar que el universo en su conjunto fuera un lugar estable desde el cual todas las cosas podían ser medidas. No, el universo estaba firmemente emparejado. El campo de taquiones unía cada fragmento de materia con todos los demás. Incluir más partículas en la red lo único que hacía era empeorar las cosas. Los viejos teóricos cuánticos, desde Heisenberg y Bohr, habían llegado a alcanzar la metafísica en este punto, recordó Markham. La función ondulatoria se colapsaba, y éste era el hecho irreductible. La probabilidad de alcanzar una solución cierta era proporcional a la amplitud de dicha solución dentro de la totalidad de la onda, de tal modo que al final únicamente se conseguía una estimación estadística de lo que podía resultar de un experimento. Pero con los taquiones este toque metafísico tenía que desaparecer. Los términos de Wickham...

Un repentino movimiento llamó su atención. Un pasajero en la siguiente fila de asientos se aferraba a una azafata, con ojos vidriosos. Su rostro estaba crispado por el dolor. Una boca contorsionada, unos labios pálidos, unos dientes marrones. Sus mejillas estaban salpicadas de manchas rosas. Markham se quitó los tapones de los oídos. Un agudo grito le sobresaltó. La azafata consiguió que el hombre se tendiera en el suelo en medio del pasillo y sujetó sus frenéticas y engarfiadas manos.

—¡No... puedo... respirar! —La azafata murmuró algo tranquilizador. El hombre se agitó como presa de un ataque, sus ojos girando alocadamente. Entre dos azafatas lo arrastraron hasta más allá de Markham. Notó un olor agrio procedente del hombre

enfermo y frunció la nariz, echando hacia arriba sus gafas. El hombre jadeaba a la esmaltada luz. Markham volvió a colocarse sus tapones.

Se sumergió de nuevo en la embalsamada quietud, consciente tan sólo del tranquilizador zumbido de los motores. Sin picos y valles de sonido, el mundo proporcionaba una sensación amortiguada, esponjosa, como si el clásico éter de Maxwell fuera una realidad, pudiera ser captado por las yemas de los dedos. Markham se relajó por un momento, pensando en lo mucho que le gustaba aquel estado. La concentración en un problema intrincado podía sumergirlo a uno en una aislada y densa perspectiva. Había muchas cosas que uno solamente podía ver desde un cierto distanciamiento. Desde su infancia había buscado esa sensación de libre deslizamiento, de sentirse suavemente alejado del comprometido agitarse del mundo. Había utilizado su oblicuo humor para distanciarse de la gente, sí, para mantenerse seguramente apartado del centro de donde vivía. Incluso de Jan, a veces. Uno tenía que formarse un lenguaje lúcido para el mundo, para superar el asalto de la experiencia, para reemplazar el dolor y la dureza y las debilidades de la vida cotidiana con... no, no con una seguridad, sino con una ignorancia con la que uno pudiera vivir. Una profunda ignorancia, pero pese a todo de un tipo que conociera sus propios límites. Los límites eran cruciales. Los cubos de Galileo deslizándose por encima del mármol de los salones italianos, su suave resbalar obedeciendo a la inercia de la mano que los lanzaba... eran realmente caricaturas del mundo. Aristóteles había comprendido en sus entrañas el horrible hecho de que la fricción era la que lo gobernaba todo, todas las cosas se arrastraban hacia su detención. Ése era el mundo del hombre. Sólo el juego infantil de los planos infinitos y de los cuerpos lisos, la realidad sin aristas, proyectaba una trama de consolador orden, de trayectorias infinitas, de armónica vida. Era preciso alejarse constantemente de ese mundo caricaturesco, desplegar estimulantes vuelos de estilo deductivo, respetable. Pero eso no significaba, cuando los artículos científicos aparecían bajo su disfraz de abstracciones y manierismos germánicos, que uno no hubiera estado en otro lugar, el lugar del que uno raramente hablaba.

Hizo una pausa en el sosegado silencio, y luego siguió adelante.

Se preguntó distantemente si su primera intuición habría sido la correcta; esas nuevas ecuaciones de la Wickman no permitían ningún escape a la paradoja, puesto que todo el universo estaba englobado en el experimento. La consecuencia de dar estabilidad a la onda era enviar a los taquiones hacia delante y hacia atrás en el tiempo, sí, pero también esparcirlos a velocidades superiores a la de la luz a través de todo el universo. En un instante, cada ápice de materia en el universo sabía de la paradoja. La estructura global del espacio-tiempo se entrelazaba en una sola unidad, instantáneamente. Ése era el elemento nuevo con los taquiones; hasta su descubrimiento, la física asumía que los trastornos en la métrica del espacio-tiempo

tenían que propagarse hacia el exterior a la velocidad de la luz.

Markham se dio cuenta de que había permanecido mucho rato inclinado hacia delante, garabateando representaciones matemáticas de aquellas ideas. Su espalda le dolió como si tuviera clavados infinidad de pequeños cuchillos al rojo. La mano con la que había estado escribiendo protestó con un suave dolor. Se echó hacia atrás, reclinándose en su asiento. Bajo él vio la grisácea llanura del mar como si fuera una enorme pizarra para que Dios escribiera en ella sus ociosas ecuaciones. Un carguero dejaba tras él una estela que se curvaba con las corrientes, plata bajo el sol. Estaban descendiendo hacia el Dulles International en una suave y larga parábola.

Markham sonrió con serena fatiga. Los problemas te atrapan y te conducen a lo largo de impensadas corrientes. ¿Había alguna forma de resolver la paradoja? Sabía intuitivamente que allí estaba el núcleo de la física, la forma de demostrar de una manera rigurosa que podía alcanzarse el pasado. La lacónica nota en la caja fuerte del banco de Peterson probaba que había ocurrido algo, pero ¿qué?

Markham se agitó incómodo, irritado por el angosto asiento. El viaje en avión se estaba convirtiendo de nuevo en la forma de viajar privilegiada de los hombres ricos, sólo que esta vez sin alharacas. Luego volvió a alejar de su mente aquellos recuerdos pasados del inexorable mundo real. El problema aún no estaba resuelto, y todavía quedaba algo de tiempo.

¿Pero es posible decidir la existencia de la paradoja?, pensó. El matemático alemán Gödel había demostrado que incluso los sistemas aritméticos sencillos contenían cosas que eran ciertas, pero imposibles de probar. De hecho, uno ni siquiera podía demostrar que la propia aritmética fuera consistente... es decir que no contuviera paradojas. Gödel había obligado a la aritmética a describirse en su propio lenguaje. La había atrapado en su propia caja, la había prohibido probarse a sí misma mediante referencias a cosas exteriores a ella misma. ¡Y esto con la aritmética, el más simple de los sistemas lógicos conocidos! ¿Qué ocurriría con el universo, con los taquiones yendo de un lado para otro, tejiendo la trama del espacio-tiempo? ¿Cómo podían todos los garabatos de todos los blocs de papel amarillo del mundo atrapar ese enorme tramado en las antiguas cajas del sí / no, verdadero / falso, pasado/futuro? Markham se relajó en su rebotante entusiasmo. El avión hizo clunk, y se inclinó hacia el suelo.

El punto que seguía desconcertándole era por qué Renfrew necesitaba enviar un mensaje, crear una paradoja. Los taquiones eran producidos constantemente por la colisión natural de las partículas de alta energía... así era como habían sido descubiertos.

¿Por qué esos taquiones naturales no producían alguna paradoja en algún lugar? Frunció el ceño. El avión hundió más el morro, dando la impresión de estar asomándose al borde de un pozo, con las piernas colgando. Los taquiones naturales...

la respuesta tenía que ser que se necesitaba un impulso mínimo para desencadenar una paradoja. Algún volumen crítico de espacio-tiempo tenía que ser retorcido, y entonces la alteración se propagaba instantáneamente hacia fuera, con la suficiente amplitud como para ser apreciable. Uno podía cambiar el pasado a voluntad, siempre que no creara paradojas que tuvieran la suficiente amplitud. Una vez se franqueaba el umbral, la onda de taquiones tenía un impacto significativo en todo el universo. Pero si era así, ¿cómo podía uno decir que eso había ocurrido realmente? ¿Cuál era su firma? ¿Cómo hallaba el universo una forma de resolver la paradoja? Sabían que habían alcanzado el pasado... Peterson lo había probado. ¿Pero qué más podía ocurrir?

Markham sintió un súbito aguijonazo de percepción. Si el universo era un sistema completamente entramado sin ningún mítico observador clásico para colapsar la función de onda, entonces la función de onda no tenía por qué colapsarse en absoluto. Y entonces...

Un golpe dislocante. Markham alzó la vista sorprendido, y vio el suelo girar bruscamente. Delante estaban los pacíficos campos verdes de Maryland. Un grupo de árboles se deslizaba bajo las alas. En la cabina, un maremágnum de voces. Gritos. Un resonante zumbido. El bosque estaba cada vez más cerca. Los árboles se destacaban nítidos, precisos, con la claridad de las grandes ideas. Los observó pasar velozmente mientras el avión se convertía en algo ligero, aéreo, una telaraña de metal que caía con él, materia muda atrapada por la curva geométrica de la gravedad. Schriiiii. Los árboles eran pálidas varillas en la oblicua luz, cada uno de ellos con una bola verde estallando en la copa. Pasaban más y más aprisa, y Markham pensó en un universo con una función de onda, diseminándose en nuevos estados de existencia a medida que una nueva paradoja se estaba formando en su interior como la semilla de una idea... Si la función de onda no se colapsaba... Había mundos ante él, y mundos detrás. Hubo un seco crac, y repentinamente vio lo que hubiera debido ser.

Peterson despertó lentamente. Mantuvo los ojos cerrados. Su cuerpo le dijo que no se moviera, pero no podía recordar por qué. Había un murmullo de movimiento a su alrededor, voces apagadas, un rumor metálico en algún lugar distante. Abrió brevemente los ojos, vio paredes blancas, una barra cromada. Sintió vértigo. Recordó entonces dónde estaba. Cautelosamente, palpó su cuerpo. Tenía una sensación de torpor, como si todo él estuviera hecho de algodón. Un dolor frío y penetrante. La barra a un lado de una cama se hizo más nítida. Giró la cabeza, dando un respingo de dolor, y vio una botella suspendida sobre él. Intentó seguir los tubos con sus ojos, pero no pudo. Tenía algo metido en la nariz. Un tubo conectado a su brazo le ocasionó una punzada de dolor cuando intentó moverlo. Quiso llamar a la enfermera. Lo único que consiguió fue emitir un ronco gruñido.

De todos modos, ella le oyó. Un rostro redondo con gafas y un gorro blanco entró en su campo de visión.

—Oh, ¿se ha despertado? Estupendo. Pronto estará bien de nuevo.

—Frío... —Cerró los ojos. Sintió que arreglaban las sábanas a su alrededor. Quitaron la sonda de su nariz.

—¿Puede mantener un termómetro en su boca? —dijo la enérgica voz—. ¿O probamos el otro extremo?

La miró de reojo, sintiendo un repentino odio.

—Boca... —Su lengua parecía peluda y enorme. Algo frío se deslizó dentro de su boca. Unos fríos dedos sujetaron su muñeca en busca del pulso.

—Bien, se está recuperando estupendamente. Es usted de los afortunados, de veras. Conseguimos darle algo de Infalaithin-G antes de que le afectara realmente.

Frunció el ceño.

—¿Hay... otros?

—Oh, sí —dijo ella alegremente—. Estamos desbordados. No quedan camas en ningún lado. Ahora los están poniendo en urgencias. Pero pronto eso estará repleto también, se lo aseguro. Usted tiene una habitación particular, pero tendría que oírlos quejarse y gemir en la sala E. Sesenta camas han metido allí. Todos a causa de lo que han comido, como usted. Aunque la mayoría de los casos son peores. Como le he dicho, usted es de los afortunados. Ahora es preciso que le demos un poco de comida.

—¿Comida? —dijo horrorizado. El recuerdo de su última cena con Laura lo abrumó con una náusea—. ¡Enfermera!

—¿Quiere vomitar? —Sonaba tan alegre como siempre. Deslizó diestramente una palangana en forma de riñón bajo su barbilla y sujetó su cabeza. Peterson vomitó miserablemente. Una baba verduzca se deslizó por su barbilla y dejó un sabor amargo en su boca. El estómago le dolía como un infierno.

—¿Lo ve?, no tiene nada dentro. Así que tiéndase tranquilamente y no vuelva a excitarse, ¿de acuerdo?

—Dijo usted comida —acusó él rasposamente.

Ella se echó a reír.

—Bueno, sí, lo dije, pero no quería decir exactamente comida. Hay que cambiarle la botella de suero, eso es todo...

El volvió a cerrar los ojos. Su cabeza pulsaba dolorosamente. La oyó ajetrearse por la habitación. Luego la puerta se cerró. En la distancia, a través de las doubles ventanas, oía el zumbido del tráfico de Londres. ¿Dónde estaba? ¿En el hospital Guy, quizás? Ahora recordaba más claramente. Le había ocurrido de pronto. Se había sentido bien al volver a casa. Se había despertado tras apenas una hora de sueño, sintiendo una vaga náusea, y se había levantado de la cama. La terrible parálisis se había apoderado de él apenas dar unos cuantos pasos. Recordaba haber permanecido tendido, enroscado en el suelo de su dormitorio, incapaz de gritar, sin atreverse apenas a respirar. Sarah, por supuesto, estaba fuera. Imaginó que podía haber muerto si aquélla hubiera sido también la noche libre de la criada.

Cuando despertó, se sintió más lúcido. La cabeza le pulsaba con un latente dolor. Llamó con el timbre a la enfermera. Era otra distinta, una chica india esta vez. Supo que estaba mejor cuando se dio cuenta de que estaba intentando medir el tamaño de sus pechos bajo el almidonado uniforme.

—¿Cómo se siente hoy, señor Peterson? —preguntó con una voz cantarina, inclinándose sobre él.

—Mejor. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Me gustaría que me devolvieran mi reloj. Y tengo hambre. Creo que podré tomar algo muy ligero.

—Veré si podemos dárselo —dijo ella, y abandonó silenciosamente la habitación.

Con algún esfuerzo, consiguió sentarse en la cama. La enfermera entró de nuevo, con una radio y una nota.

—Ha tenido usted una visita, señor Peterson —dijo, sonriendo—. No podía quedarse, pero ha dejado esto. Y puede usted tomar algo de caldo. Se lo traeré.

Reconoció los amplios y elegantes trazos y florituras de Sarah en el sobre, y abrió la nota.

*Ian... qué terrible fastidio para ti. No puedo soportar los hospitales, así que no voy a venir a visitarte, pero creo que podrás sacarle partido a esta radio. El viernes me voy a Cannes. Espero verte antes de entonces. Si no, llámame. Probablemente estaré en casa el miércoles por la noche. Adiós. Sarah.*

Arrugó la nota y la tiró a la papelera. Conectó la radio, un práctico aparato a pilas,

pequeñito. Parecía no haber más que música en todas partes. Miró automáticamente su reloj, y se dio cuenta de que no lo llevaba. ¿Qué hora había dicho la enfermera que era? Su estómago gruñía fuertemente. De pronto, tres pitidos interrumpieron la música.

—«Aquí Radio Cuatro de la BBC —anunció una voz de mujer—, y éstas son las noticias de las seis. Primero, los titulares: cincuenta personas resultaron muertas anoche tras unos violentos disturbios por las calles de París. Un avión de las United Airlines en vuelo de Londres a Washington se estrelló a primera hora de esta mañana; no hay supervivientes. La floración que se está extendiendo por el océano Atlántico ha avanzado varios kilómetros en un solo día. El Consejo Mundial ha aprobado un plan de energía pese al veto de los países de la OPEP. Cortes de energía de más de seis horas de duración han obligado a cerrar hoy varias fábricas en los Midlands. El partido de cricket en Lord ha debido ser cancelado hoy, cuando diez miembros del equipo australiano han tenido que ser hospitalizados a causa de envenenamiento alimentario. Tiempo para mañana: soleado en algunos lugares, riesgo creciente de tormentas. —Una pausa—. Los disturbios provocados por los estudiantes franceses en París han tenido el apoyo de los trabajadores...».

Peterson no escuchó. Se sentía como flotando. La enfermera entró con una bandeja. Le indicó que le dejara en una mesa al lado de la cama. Algo en las noticias lo había alterado, y no estaba completamente seguro de lo que era. Debían de ser las noticias de la floración. Y sin embargo, no había reaccionado en absoluto cuando había vuelto a pensar en ella.

—«El vuelo 347 de las United Airlines, de Londres a Washington, D.C., encontró algunas turbulencias a su aproximación al aeropuerto Dulles, y se estrelló a última hora de la tarde, hora local. Las transmisiones del piloto son inconexas. Parece que tanto el piloto como el copiloto sufrieron un ataque un momento antes del accidente. Algunos testigos han afirmado que el aparato pareció estallar cuando colisionó contra los árboles. No hay supervivientes. Éste es el último de una serie de desastres aéreos que...».

¡Jesús! Sus palmas estaban empapadas. Pulsó el timbre llamando a la enfermera. No acudió inmediatamente. Mantuvo el timbre pulsado y gritó:

—¡Enfermera!

Llegó apresuradamente, dejando la puerta abierta.

—¿Qué le ocurre ahora? Vamos, ni siquiera ha tocado usted su caldo.

—Al diablo el caldo. ¿Qué día es hoy? ¿Miércoles?

—Sí, Pero usted...

—Necesito un teléfono. ¿Por qué no hay aquí ningún teléfono?

—Lo retiramos para que nadie le molestara.

—Bien, tráigalo de nuevo.

—No sé si puedo hacerlo...

—¿Qué ocurre aquí? —La enfermera jefe entró apresuradamente.

—Hermana, el señor Peterson pide un teléfono.

—Oh, no, no lo necesitamos para nada aquí. No queremos que nadie le moleste, señor Peterson.

—Ya estoy lo suficientemente molesto —gritó Peterson—. ¡Traigan un teléfono!

—Vamos, vamos, señor Peterson, no podemos...

—Escuche, estúpido coño —dijo con una voz clara y tensa—, quiero un teléfono aquí inmediatamente, ¡o voy a hacer que la despidan!

Hubo un impresionado silencio, y las dos mujeres salieron de la habitación, mirándole cautelosamente. Se dejó caer en la cama, temblando. A través de la puerta, que habían dejado abierta, pudo oír gemidos.

Al cabo de un momento entró un enfermero con un teléfono y lo conectó. Peterson tomó un sorbo de agua y luchó contra la creciente náusea. Marcó el número de su secretaria.

## 33 - 25 de septiembre de 1963

Gordon caminaba corredor abajo, en dirección al laboratorio, cuando oyó la observación. Dos profesores titulares estaban hablando en voz baja. «... Y como decía Pauli, ¡eso ni siquiera es falso!», terminó uno mientras Gordon se aproximaba. Le vieron, e instantáneamente guardaron silencio. Gordon conocía la historia. Pauli era un físico prominente y altamente crítico de la primera mitad del siglo. Había hecho la observación refiriéndose a un artículo científico: «Este trabajo es tan malo que ni siquiera es falso». Dando a entender que empezaba y terminaba en el aire, que estaba tan mal formulado que ni siquiera podía comprobarse. Gordon supo instantáneamente que estaban hablando de él. El artículo del Life había hecho su trabajo. Cuando alcanzó el extremo del corredor hubo más murmullos de conversación tras él, y finalmente un estallido de risas.

Penny llevó a casa un ejemplar del National Enquirer, y se lo dejó para que pudiera verlo cuando regresara a casa. En la primera página había un titular: LLAMADA NUCLEAR DEL ESPACIO EXTERIOR, y debajo: Prominentes científicos contactan con otro mundo. Había dos fotografías de Saul y Gordon, tomadas por el fotógrafo del Life. Gordon lo tiró a la basura sin siquiera leerlo.

Al principio de las clases hubo una fiesta para la facultad de ciencias físicas, para celebrar la inauguración del nuevo edificio del instituto de geofísica. El personal esterilizó la taza de una fuente en medio del césped. Hugh Bradner y Harold Urey la llenaron con una potente mezcla de vodka y zumos de frutas. Gordon había tirado su invitación con las demás informaciones universitarias; Penny la descubrió, e insistió en que fueran. Él deseaba descansar un poco, pero su insistencia le hizo ponerse su chaqueta más ligera y, por primera vez, ir sin corbata. En California tales detalles carecían de importancia. Penny se puso un sombrero flexible de paja... «para dar un toque de distinción», dijo. Tras él podía ocultar parte de su rostro. Aquella sensación de misterio adicional encendió de nuevo un poco su interés hacia ella. Se dio cuenta de que aquellas últimas semanas había estado muy atareado, entre la preparación de sus clases y pasando la mayor parte de su tiempo con el equipo de resonancia nuclear. Aquella idea lo impresionó. Los placeres del principio de su vida en común habían ido desapareciendo poco a poco. La abrasión entre ellos había ido limando las ilusiones cosméticas.

Habló con varios miembros del departamento de física, pero sin comprometerse en ninguna conversación interesante. Penny encontró algunos tipos del área de literatura, pero no se sentía con humor, y fue yendo de un grupo de académicos a otro. La gente del departamento de inglés parecía ya un poco borracha, citando poetas modernos y antiguas películas. Había gente refinada y brillante a la que nunca había visto, princesas goyín, rubias e insoportablemente seguras de sí mismas, el tipo de

gente que tiene las neveras llenas de yogures y champaña. Gordon vio a un visitante de Berkeley entre la multitud, alto y bien vestido, uno de los ganadores de un Nobel hacía unos años. Habían sido presentados en una ocasión anterior. Se abrió camino en el semicírculo de gente que se había formado en torno al hombre y, cuando los ojos del laureado con el Nobel se posaron en él, lo saludó con la cabeza. Pero los ojos pasaron de largo. Ningún saludo, nada. Gordon se quedó allí de pie, la copa de plástico en una mano, una helada sonrisa en su rostro. Los ojos del otro volvieron a cruzarse con los suyos. Ninguna pausa, ningún parpadeo de reconocimiento. Gordon se apartó del charlotteante semicírculo, el rostro enrojecido. Quizá no me ha reconocido, pensó, alejándose. Se sirvió otra copa de vodka. Por otra parte, quizá sí lo hizo.

—Buen juego para emborracharse, ¿eh? —dijo un hombre junto a él—. Intente decir «espectroscopio» tres veces, muy rápido.

—Gordon probó el ejercicio, y fracasó. El hombre resultó llamarse Book y, por supuesto, haciendo honor a su nombre, parecía aficionado a los libros. Era de la General Atomic, y resultó ser mucho más amistoso que la gente universitaria. Se detuvieron bajo un cartel que proclamaba: SI PUEDE USTED LEER ESTO, DÉLE LAS GRACIAS A SU MAESTRO. Nada de la frivolidad de Book consiguió penetrar en el ánimo de Gordon. El vodka, sin embargo, empezó a aliviar al mundo de su horrible concreción. Empezó a comprender por qué los goyim bebían tanto. Book se fue a algún lado y Gordon inició una conversación con un físico de partículas, un visitante, Steingruber. Ambos compartían una cada vez más profunda inclinación hacia el vodka. Empezaron a discutir del tema eterno: las mujeres. Gordon hizo varias afirmaciones acerca de Penny. De una forma curiosa, que no pudo llegar a comprender en absoluto, invirtió sus roles, de modo que Penny había sido la estudiante sexual iniciada al mundo adulto por él, el refinado neoyorquino. Steingruber aceptó aquello como algo razonable. Gordon se dio cuenta de que el otro era a todas luces un tipo estupendo, capaz de un profundo discernimiento. Tomaron otra copa juntos. Steingruber señaló hacia una rubia de pie a poca distancia y preguntó:

—¿Cuál es su opinión sobre esa de ahí?

Gordon miró y se pronunció:

—Su aspecto es más bien vulgar. Sí.

Steingruber miró severamente a Gordon.

—Es mi mujer —dijo. En un momento, antes de que Gordon pudiera encontrar una respuesta adecuada, se había ido.

Lakin se le acercó, sonriendo amistosamente. Iba con Bernard Carroway.

—He oído decir que está usted repitiendo el experimento de Cooper —dijo Lakin sin ningún preámbulo.

—¿Dónde ha oído usted eso?

—He podido darme cuenta por mí mismo.

Gordon se tomó su tiempo. Fue a dar un sorbo a su copa, y descubrió que estaba vacía. Luego miró a Lakin.

—Váyase al diablo —dijo con voz clara. Y se marchó. Encontró a Penny en un numeroso grupo rodeando a Marcuse.

—¿El recién nombrado comunista residente? —preguntó Gordon cuando fue presentado. Para su sorpresa, Marcuse se echó a reír. Una estudiante negra de pie cerca de él no lo encontró en absoluto divertido. Le hizo saber que su nombre era Ángela y que la revolución no iba a hacerla la gente en los cócteles; eso fue todo lo que Gordon pudo sacar en claro de la conversación, o al menos todo lo que pudo recordar.

Tomó la mano de Penny y se alejaron.

Jonas Salk estaba solo en un rincón. Gordon dudó en acercársele. Quizá pudiera averiguar lo que pensaba Salk acerca de Sabin... ¿quién había desarrollado realmente la vacuna? Una interesante pregunta, por supuesto.

—Una parábola de la ciencia —murmuró Gordon para sí mismo.

—¿Qué? —preguntó Penny.

En vez de responder, él la condujo hacia un grupo de físicos. Una voz insistente dentro de él le ordenaba que se mantuviera callado, de modo que dejó que Penny se llevara su parte de la conversación. La gente a su alrededor parecía distante y vaga. Intentó decir si era debido a él o a ellos. El eterno problema relativista. Quizá Marcuse supiera la respuesta. Algunos franceses le preguntaron acerca de sus experimentos, y él intentó resumir lo que creía. Le resultó sorprendentemente difícil. El extraño grosor de su lengua había desaparecido, pero quedaba el problema de si lo que él pensaba era cierto. Los franceses le preguntaron acerca de Saul. Gordon eludió la cuestión. Intentó mantener la discusión enfocada en los resultados de sus experimentos.

—Como dijo Newton, «no construyo hipótesis»... no todavía, al menos. Pregúntenme tan sólo acerca de datos. —Se alejó en busca de más vodka, pero la taza de la fuente estaba vacía. Tristemente, tomó la última de las galletas saladas con paté. Cuando regresó, Penny estaba de pie a poca distancia de los franceses, contemplando la vista de La Jolla y el satinado resplandor del mar. Los franceses estaban hablando en francés.

Penny parecía irritada. El la apartó de allí y ella le siguió, mirando furiosa hacia atrás. Penny insistió en conducir de vuelta a casa, aunque Gordon no podía ver ninguna razón por la que no pudiera hacerlo él. Mientras pasaban junto a los clubs de la playa y las irregulares casas particulares, Penny dijo:

—Esos bastardos —con una repentina vehemencia.

—¿Eh? ¿Qué? —murmuró él. Ella hizo una mueca.

—Después de que te fueras, dijeron que eras un chapucero.

Gordon frunció el ceño.

—¿Te lo dijeron a ti?

—No, tonto. Empezaron a hablar en francés. Debían suponer que naturalmente ningún americano comprende otro idioma más que el suyo.

—Oh.

—Te llamaron farsante. Un fraude, dijeron.

—Oh.

—Dijeron que todo el mundo iba diciendo lo mismo de ti.

—¿Todo el mundo?

—Sí —dijo ella amargamente.

## 34 - 7 de octubre de 1963

Brotó del ruido, repentinamente. En un momento determinado el osciloscopio no mostraba más que estática y Gordon estaba trasteando con un nuevo filtro de banda, un reciente circuito que había incluido al equipo para eliminar el ruido. Entonces, bruscamente, las curvas de resonancia nuclear empezaron a retorcerse y cambiar. Se quedó contemplando el osciloscopio, sin moverse. Eran las once de la noche.

Se llevó una mano a los labios, como para ahogar un grito. Las oscilantes líneas prosiguieron. Gordon pensó que podía tratarse de una alucinación. Se mordió un dedo. No, las líneas irregulares proseguían. Rápidamente, enterrando su excitación bajo la urgencia de ser metódico, empezó a tomar datos.

ACCIÓN DE LOS ULTRAVIOAMSLDUZ SUNEYDUFK OM CADENAS  
PARECEN RETRASAR DIFUSIÓN EN CAPAS SUPERFICIE DE AMSUWLDOP  
PERO CRECIMIENTO

AR 18 5 36 DEC 30 29.2

AR 18 5 FGDUEL 30 29.2

AR 18 5 36 DEC 30 29.2

EFFECTOS ENZIMA DIATOMEAS INHIBIDO RED CADENA B REPRO  
INTENTAMOS CONTACTARLE POR HAZ QUIÓNICO T WREDOPRL FUENTE  
PUNTO AL PUEDE VERIFICAR AR 18 5 3MCDU DEC 30 29.2 RTDUTFKIGLP  
ASLDURMFU CAMBRIDOLR

CAMBRIDG FLORA CIÓN DIATOMEAS GHTUPDM ASANATH DEC 30  
29.2 ESTO NO VIOLA POSTULADO CAUSAL BAJO FORMULACIONES  
WHEELER-FEYMAN MIENTRAS REALIMENTACIÓN EN LAZO CAUSAL  
PERMITA EXPERIMENTO CONTINUAR IMPERATIVO REALICE USTED  
EXPTS PARA COMPROBAR CADENA MOLECULAR XCDEURDL 18 5 36  
DEC 30 29.2 TIEMPO DIFERENCIAL AUSMP.

—¿Claudia? ¿Es usted? —Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila.

—Sí, sí, ¿es usted, Gordon?

—Soy yo. He estado trabajando en paralelo con usted. ¿Estaba usted ahí ayer por la noche?

—¿Qué?

—¿Estaba en el laboratorio ayer por la noche?

—Yo... no, no estaba... mi estudiante estaba efectuando algunas mediciones. Creo que terminó hacia las seis.

—Mierda.

—¿Qué? Lo siento, no creo haberte oído correctamente.

—Lo siento, no importa. Yo, esto, estaba en el laboratorio ayer por la noche alrededor de las once, y conseguí algunos efectos de resonancia anómalos.

—Entiendo. Bien, eso deberían ser las dos de la madrugada aquí.

—Oh, sí. Por supuesto.

—¿Cuánto tiempo duró el efecto?

—Más de dos horas.

—Bien, déjeme ver, el estudiante tiene que llegar pronto aquí; son un poco más de las ocho. Gordon, está usted levantado a las cinco de la madrugada.

—Oh, sí. Estaba intentando entrar en contacto con usted.

—¿Ha dormido?

—No, yo... Estaba viendo si había algo más del... del efecto.

—Gordon, váyase a dormir. Hablaré con el estudiante. Vamos a realizar algunos experimentos hoy. Pero necesita dormir un poco.

—Sí, claro.

—Le prometo que efectuaré las mediciones. Pero duerma, ¿eh?

—Está bien. Está bien. Eso es todo lo que deseo.

—Gordon, la señora Evelstein me trajo ese ejemplar del Life ¿Por qué no me lo dijiste? Ahí estaba el nombre de mi hijo, grande, en letras de imprenta... ¡y en el Life!... y tú no me dices nada. Hace ya semanas de ello, y...

—Mira, mamá, lamento no habértelo dicho. Yo...

—Y eso en el National Enquirer, la señora Evelstein también lo tenía. Aunque no le gustó tanto como el otro.

Gordon respiraba penosamente en el auricular del teléfono. ¿Qué hora era? Cristo, las cinco de la tarde. ¿Qué estaba haciendo el grupo de Zinnes?

—Mira, mamá, estaba durmiendo, yo...

—¿Durmiendo? ¿A esta hora?

—Estuve trabajando toda la noche en el laboratorio.

—No deberías, arruinarás tu salud.

—Estoy bien.

—Pero quería decirte eso del Life, ha sido una sorpresa tan grande...

—Mamá, tengo que volver a la cama. Estoy agotado.

—Está bien, de acuerdo. Deseaba oír de nuevo tu voz, Gordon. Últimamente casi no la oigo nunca.

—Lo sé, mamá. Mira, te llamaré dentro de unos días.

—De acuerdo, Gordon.

Colgó, y regresó inmediatamente a la cama.

El grupo de Zinnes no encontró nada. Gordon no pudo captar la señal de nuevo. Siguió efectuando comprobaciones durante toda la semana. El viernes había el coloquio del departamento sobre física de plasmas, conducido por Norman Rostoker.

Gordon asistió y se sentó muy atrás. La primera diapositiva de Rostoker era:

Siete fases del Programa de Fusión Termonuclear:

I Exaltación.

II Confusión.

III Desencanto.

IV Búsqueda del culpable.

V Castigo del inocente.

VI Recompensa para los no implicados.

VII Entierro de los cuerpos / Dispersión de las cenizas.

La audiencia se echó a reír. Gordon también. Se preguntó en qué estadio se hallaba él. Pero no, el asunto del mensaje no era un proyecto de investigación dirigido, era un descubrimiento. El hecho de que él fuera la única persona en el mundo que creyera en él no representaba ninguna diferencia. «Búsqueda del culpable», pensó, parecía encajar. Durante un momento meditó en ello y luego, en mitad de la charla de Rostoker, se durmió.

Respondió a la llamada de la oficina de Ramsey, acudió y encontró a Ramsey en el laboratorio. El químico había descompuesto la cadena interconectada en una configuración plausible. Fósforo, hidrógeno, oxígeno, carbono.

Tenía sentido. Más todavía, encajaba en una clase parecida a los pesticidas. Más compleja, sí... pero un claro descendiente lineal. Gordon sonrió, aún soñoliento del coloquio.

—Buen trabajo —murmuró. Ramsey estaba radiante. En su camino al exterior, Gordon cruzó el bosque de cristal del laboratorio. Había empezado a gozar con sus ritmos. Los biólogos al extremo del vestíbulo tenían jaulas de animales para sus pruebas, y Gordon se dirigió hacia allá, sintiéndose oscuramente feliz. En un carrito en el corredor había varias bandejas. En ellas había hileras de hamsters marrones eviscerados, como patatas reventadas. La vida al servicio de la vida. Se alejó rápidamente.

Su teléfono sonó a las seis de la tarde, mientras estaba colocando papeles y libros en su maletín para el fin de semana. El edificio de física estaba casi completamente desierto, y el timbre resonó más fuerte de lo habitual.

—Gordon, aquí Claudia Zinnes.

—Oh, hola. ¿Ha conseguido...?

—Tenemos algo. Interrupciones. —Empezó a describirlas.

—Mire, esto, ¿me hará un favor? Intente descomponerlas en esquemas. Quiero decir, sé que es tarde, las, esto, las nueve de la noche ahí, pero si usted...

—Creo que le entiendo.

Suspirando, John contestó:

—Vea si encajan con el código Morse.

Una suave risa.

—Lo miraré, Gordon.

Gordon le pidió que le llamara a su casa, y le dio el número.

—Te lo dije la semana pasada —dijo Penny—. Íbamos a tomar el Air Cal a Oakland el sábado en el aeropuerto Lindbergh.

—No lo recuerdo.

—Oh, mierda, te lo dije.

—Penny, tengo un montón de trabajo este fin de semana. Un montón de cosas en las que pensar.

—Piensa en ellas en Oakland.

—No puedo. Por favor, llama a tus padres y diles que nosotros...

Sonó el teléfono.

—¿Claudia?

—¿Gordon? Lo comprobé y, sí, tenía usted razón.

Se sintió invadido por un repentino aturdimiento.

—¿Qué es lo que dice?

—Esas coordenadas astronómicas de las que me habló usted. Es todo lo que tengo. Llenan páginas y páginas.

—Estupendo. Es sencillamente estupendo.

—¿Qué significa, Gordon?

—No lo sé.

Hablaron unos momentos más. Claudia iba a mantener su experimento funcionando constantemente. La fuerza de la señal parecía llegar e irse de forma irregular. Gordon escuchaba, asentía, daba su conformidad. Pero su mente no estaba en los detalles. En vez de ello, una extraña sensación había empezado a trepar por sus piernas hasta alcanzar su pecho. Colgó el teléfono después de decir buenas noches, y sintió que el pelo de su nuca se erizaba. Era real. Durante todo el tiempo había albergado un cierto temor ante la posibilidad de que él fuera un potzer, que el experimento estuviera equivocado, que estuviera haciendo montañas de granos de arena, como le había dicho una vez Penny, bromeando. Pero ahora estaba seguro: alguien estaba intentando ponerse en contacto con él.

—¿Gordon? Gordon, ¿quién era?

—Zinnes, de Nueva York. —Alzó la vista, todavía aturdido—. Lo han encontrado.

Ella le besó, y juntos dieron unos cuantos pasos de baile. No, no era un potzer. Gordon se puso a pasear arriba y abajo por la sala de estar, murmurando jubiloso ¡Ja! y ¡Correcto! Al cabo de un momento, se sintió un poco mareado y se sentó. De pronto se sintió terriblemente cansado. Araña una hipótesis, apunta un hecho. ¿Pero

qué debía hacer a continuación?

—Penny, tienes razón... nos vamos a Oakland.

Un murmullo de conversaciones acudió al encuentro de Peterson cuando abrió la puerta delantera. A través de la entrada del salón, al otro lado del pasillo de piedra, podía ver a la gente hablando rápidamente. Un estallido de risas, vasos entrechocando, la azucarada melodía de los nuevos ritmos latinos.

Se detuvo tan sólo un instante. Sin mirar ni a uno ni a otro lado, cruzó los cuadrados de mármol blancos y subió la amplia y curvada escalinata. Era generalmente cierto que la gente no te interceptaba si pasabas rápidamente por su lado, sin permitir que tu mirada se cruzara con la de nadie. Era perfectamente razonable que él estuviera allí, después de todo; era su propia casa. Algún invitado podía pensar que tanto él como Sarah estaban haciendo los honores de aquella maldita fiesta que él había olvidado por completo, y que Peterson iba a atender algún asunto doméstico arriba.

Avanzó silenciosamente por la gruesa alfombra, cruzando el descansillo. La puerta del cuarto de baño del vestíbulo mostraba una rendija de luz junto al suelo; probablemente había alguien dentro. Se quedaría en el dormitorio el tiempo suficiente para que se fuera, pero debía tener presente las corrientes de tráfico hacia uno y otro lado cuando se dirigiera hacia la salida. Iba a tener que seguir exactamente el mismo itinerario que a la ida; para alcanzar la salida trasera a través de la cocina debería cruzar toda la fiesta.

Cerró la puerta del dormitorio y se dirigió al armario. Una hilera de abrigo disimulaba con efectividad las dos maletas a todo el mundo excepto a los encargados de la limpieza anual en la primavera. Las sacó. Un poco pesadas, pero manejables. Las colocó en posición junto a la puerta y luego miró a su alrededor. En el lado opuesto, las tres largas ventanas georgianas mostraban un paisaje de techos puntiagudos. La mayoría de los edificios exhibía muy pocas ventanas iluminadas; recordó que era la hora del corte del suministro de energía. Otros estaban completamente a oscuras. ¿Celoso cumplimiento del deber, se preguntó, o gente que ya se había marchado de la ciudad? No importaba... no iba a dejar que estas cosas siguieran preocupándole. Entre las ventanas había espejos de cuerpo entero, enmarcados con terciopelo marrón que a su vez estaba enmarcado en negro; el último estilo de Sarah. Peterson vaciló, estudiando su reflejo. Su aspecto era aún un poco cansado, círculos blancos en torno a los ojos, pero básicamente se había recuperado. Se había marchado del hospital tan pronto como se había sentido capaz de sostenerse en pie. Había ido directamente a su oficina. El Consejo se hallaba en un estado de completa crisis, y nadie se había dado cuenta de su presencia mientras tomaba algunos documentos de sus archivos, dejaba algunas órdenes de último minuto por teléfono, y daba algunas instrucciones a su abogado. Revisó con sir Martin la

situación general, y entonces se dio cuenta de que sus preparativos no habían sido tomados demasiado pronto. Las nubes estaban arrastrando claramente el material de la floración mucho más lejos y mucho más ampliamente. La forma nubosa era ligeramente distinta de la forma oceánica, pero ambas compartían el mismo efecto sobre la neuroenvoltura que Kiefer había descubierto hacía tan sólo unos días. Los datos de Kiefer eran de una gran utilidad, pero unas contramedidas efectivas resultaban todavía un problema para los laboratorios. Las nubes arrojaban el producto allá donde llovía. Las plantas terrestres resistían generalmente al mecanismo de la neuroenvoltura, pero no siempre. La celulosa de las plantas permanecía intacta, pero las partes más complejas eran vulnerables. Rápidas pruebas habían puesto a punto un método para limpiar algunas plantas, para frenar el proceso antes de que el producto pudiera difundirse a través de la piel de la planta. Lavar las plantas recolectadas con unas determinadas soluciones parecía factible, prometía un 70 por ciento de éxitos. Peterson pensó amargamente en Laura: «Oh, los vegetales y todo aquí es perfectamente fresco. Lo mejor de lo mejor. Lo traen directamente del campo cada día». Sí, y ahí era donde había atrapado aquella maldita cosa. En el tracto digestivo humano, atacaba indiscriminadamente a todos los tipos de procesos metabólicos... a veces de una forma fatal, si no se recibía a tiempo un tratamiento adecuado.

Nadie sabía cuáles podían ser los efectos más sutiles y secundarios en la cadena alimentaria. Los biólogos habían efectuado algunas proyecciones decididamente sombrías.

Y lo peor era que el mecanismo de las nubes estaba extendiendo mucho más rápidamente la floración. Puntos rojizos estaban apareciendo ya en el Atlántico Norte.

Con sorprendente energía, sir Martin estaba maniobrando con los recursos del Consejo, pero incluso él parecía preocupado. Estaban enfrentándose a un proceso exponencial, y nadie podía decir cuándo el efecto alcanzaría su saturación.

Peterson miró por última vez la habitación que lo rodeaba. Todo ello había sido modelado según sus costumbres, desde el elegante zapatero en forma de acordeón hasta su biblioteca artísticamente dispuesta, con su centro de comunicaciones oculto. Era una lástima tener que abandonarlo, realmente. Pero lo importante era irse antes de la embestida, y teniendo una razón plausible para estar algunos días ausente del Consejo. Recuperarse en algún hospital de las afueras podía ser una excelente excusa. Sir Martin lo había estudiado durante un largo momento cuando Peterson le anunció su partida, pero aquél era un riesgo inevitable. Los dos hombres se comprendían probablemente muy bien el uno al otro. Era una lástima que las cosas no hubieran ido mejor entre ellos, pensó Peterson, y abrió la puerta del dormitorio.

Alguien volvía abajo, descendiendo las escaleras tras un viaje al lavabo. Peterson aguardó hasta que quien fuera se hubo desvanecido al otro lado del vestíbulo de mármol. Acabó de abrir la puerta con el hombro y arrastró las maletas hasta el

arranque de las escaleras. Cristo, eran pesadas. Nunca había pensado en la posibilidad de que pudiera hallarse enfermo cuando tuviera que realizar aquel movimiento.

Descendió las escaleras con suaves pasos, sujetando sólidamente el peso de las maletas y asegurando cada vez su equilibrio antes de dar el siguiente paso. Tenía que vigilar cuidadosamente dónde ponía los pies. La escalinata era inmensamente larga. Empezó a jadear. La música latina estalló de pronto, llena de sonido de trompetas que inundó sus oídos e hizo tambalearse su concentración. Por el rabillo del ojo captó un movimiento. Un hombre y una mujer, acercándose desde el salón. Bajó rápidamente los últimos tres peldaños, y estuvo a punto de resbalar en el encerado suelo.

—¡Ian! Dios mío, parece como si te fueras de viaje. Creí que Sarah había dicho que estabas en el hospital.

Pensó rápidamente. Una sonrisa, sí, eso era.

—De hecho, allí estoy —empezó, dando la vuelta al mismo tiempo a una esquina en dirección a un pequeño armario auxiliar. Tenía que quitar aquellas maletas del camino antes de que viniera alguien más—. Estoy en plena recuperación, de modo que me dije que era un buen momento para retirarme un poco de la vida pública. Ir a algún lugar en el campo para acabar de recobrarme, ya sabes.

—Oh, Cristo, sí —dijo el hombre—. Los hospitales de la ciudad son lo peor de lo peor. ¿Puedo ayudarte con eso?

—No, no, sólo es un poco de ropa. —Había metido las maletas en el armario, y ahora estaba cerrando firmemente la puerta.

—¿Sabes?, nosotros también estábamos buscando un lugar para, ya sabes, tener un poco de intimidad durante un cierto tiempo. —La mujer lo miró expectante. Era una de las amigas de Sarah, del tipo que no podía recordar con claridad de una ocasión a la siguiente. Se volvió para hacer un gesto escaleras arriba, sin duda pensando que la escasa imaginación de él necesitaba la ayuda de un diagrama. Vio la puerta de su dormitorio, abierta de par en par—. ¡Oh, eso será perfecto! Puede cerrarse por dentro, ¿verdad?

Peterson sintió una fría irritación.

—Creo que sería mejor que...

—No va a ser muy largo. No te importa, ¿verdad? Sí, te importa. Le importa, Jeremy. —Apoyó un pie en el peldaño inferior de las escaleras y miró al hombre que iba con ella, pasándole claramente el problema.

—Yo, realmente, Ian, sería muy, muy amable de tu parte, si nos ayudaras un poco en esto.

Peterson se sintió repentinamente febril y débil. Tenía que terminar rápidamente con todo aquello, liberarse. Había reaccionado automáticamente ante la idea de alguien utilizando su dormitorio para una estúpida fornicación, pero ahora se dio cuenta de que no valía la pena. Acababa de decirle adiós al lugar, después de todo.

—Sí, entiendo, id. No importa. —Fue capaz de decirlo incluso casi alegremente.

La pareja le dio las gracias y subió las escaleras con lo que a Peterson le pareció una deliberada lentitud. Miró al salón e inspiró profundamente varias veces. Podía tomar las maletas y desaparecer sin levantar comentarios con sólo...

Sarah. Le había visto mientras pasaba junto a un grupo de gente charlando. Iba sujeta del brazo a un hombre, e inclinó la cabeza en dirección a Peterson. Cruzaron los cuadrados de las baldosas del vestíbulo, como piezas de ajedrez avanzando. El caballero errante y la reina al ataque, pensó Peterson. Observó remotamente que ella llevaba uno de sus propios elegante trajes largos, una creación estampada con motivos selváticos, con un pañuelo de seda a juego anudado en torno a su cabeza y colgando artísticamente a su izquierda. Miró al hombre que iba con ella y sintió una fría conmoción. Era el príncipe Andrés. Jesús, no iba a empezar de nuevo con aquello. ¿O sí? Bien, ahora ya ni le importaba.

—¡Ian! ¿Ya has salido? ¡Oh, exquisito! —exclamó Sarah, tomando su mano.

—Sólo he venido a buscar algunas cosas. Van a trasladarme a un lugar en el campo. —Tendió una mano a Andrés—. Buenas noches, señor.

—¡Por el amor de Dios, Ian, no me llames señor aquí!

—Andrés nos invita al baile de la coronación... el pequeño. ¿No es encantador por su parte?

—Sí, mucho. ¿Cómo se encuentra su hermano, Andrés?

—Oh, no le visto desde hace una semana. Siempre está atareado ahora. Me alegra no tener su trabajo. De todos modos, está mejor preparado para él que el resto de nosotros.

—Oh, estoy segura de que podrías hacerlo magníficamente —murmuró Sarah. Andrés agitó la cabeza de una forma bamboleanante.

—No. Lo dudo. A menudo me he preguntado si era debido al azar que el heredero tenga esta personalidad, o si tiene esa personalidad precisamente porque él es el heredero.

Peterson reprimió un movimiento nervioso de sus manos e intentó pensar en algo que decir. ¿Era irreal aquella conversación, o el irreal era él?

—Se está tomando su trabajo muy en serio —dijo suavemente—. Las veces que he consultado con él, ha ido directo al grano.

—Tiene sentido del humor, ya sabes —respondió Andrés, como si se disculpara por la severidad de su hermano. Parpadeó como un búho.

Peterson se dio cuenta de que Andrés estaba borracho, precisamente en el grado en que puede estar borracha la realeza sin suscitar comentarios. Lo cual quería decir bastante borracho. Sarah tiró de la manga de Peterson, arrastrándole hacia la fiesta. Él dudó por un instante, y luego la siguió. No deseaba que nadie se diera cuenta del tamaño o peso de las maletas que llevaba cuando se fuera. Era mejor ir con Sarah y

Andrés y mezclarse con la multitud y desaparecer discretamente más tarde. Permitió a Sarah que le llevara de un lado para otro, presentándolo a alguna gente nueva que podía ser potencialmente útil a la carrera de ella. Sonrió, hizo inclinaciones de cabeza, habló muy poco. Gradualmente fue llegando a la convicción de que todo el mundo allí estaba colocado de alguna manera... borracho, repleto de droga, o simplemente histérico con una frenética energía. Y todos ellos estaban hablando también de las estupideces más superficiales. Había esperado un montón de preguntas acerca de la floración o de las nubes, pero absolutamente nadie le preguntó. Se descubrió a sí mismo observándolos desde un cierto distanciamiento. Tan elegantes e ignorantes como cisnes. Sin embargo, sabía que algunos de ellos debían estar atormentados por las dudas. De nuevo la sensación de irrealidad.

Pasó más de una hora antes de encontrar su oportunidad. Deseaba estar condenadamente seguro de que Andrés no viera las maletas, de modo que esperó hasta que Sarah estuvo agarrada al brazo de Andrés y empezó a contarle una de sus escandalosas historias. Entonces Peterson fue deslizándose de grupo en grupo, pareciendo participar en sus charlas pero de hecho no escuchando a nadie, observando tan sólo para ver si alguien importante se daba cuenta de su salida. En el momento preciso se dirigió rápidamente hacia el vestíbulo. Sacó las maletas. Mientras se volvía, la puerta de su dormitorio se abrió y un rostro enrojecido y de ojos turbios se asomó. Antes de que la mujer pudiera decirle algo, abrió de golpe la puerta de entrada y salió. No era la discreta partida que había imaginado, pero tampoco estaba tan mal. Ahí delante estaba Cambridge y entonces, por el amor de Dios, podría descansar.

Marjorie estaba sentada en la pequeña casa alquilada de los Markham y observaba a Jan. Había acudido esperando actuar como una gentil y eficiente ayuda ante una amiga desconsolada y abrumada por el dolor, para encontrarse con que sus papeles casi se habían cambiado. Jan estaba empaquetando sistemáticamente sus cosas. Marjorie le había ofrecido hacerlo por ella. Tenía la impresión de que Jan se merecía el desahogo de echarse de bruces sobre su cama, el rostro enterrado en la almohada, y llorar abundantemente si creía que lo necesitaba. Jan había rechazado su ayuda, diciendo que no iba a ser capaz de encontrar luego las cosas si no las metía ella misma en las maletas. Marjorie había ofrecido hacer un poco de té. Un buen té fuerte y dulce ablandaba a cualquiera. Pero Jan tampoco había querido té. Siguió con su trabajo. Marjorie, ligeramente ofendida, pensó que Jan igual iba a ponerse de un momento a otro a tararear una canción mientras trabajaba. Deseaba que la otra le ofreciera algo de beber. Bruscamente, desechó aquel pensamiento. Dios, si tan sólo era por la mañana.

—¿No hay nada, que pueda hacer? —preguntó, con un ligero tono de exasperación. Jan se detuvo y apartó un mechón de pelo de sobre sus ojos.

—Bueno, ahora que pienso en ello, podrías guardar los trajes de Greg. ¿Por qué no tomas esta caja grande y subes arriba? Sólo sus trajes y zapatos. Intentaré venderlos en la tienda de ropas usadas de Petty Cury. Oh, y mira también en el armario del vestíbulo. Creo que allí está su impermeable. Y su bata está detrás de la puerta del cuarto de baño. —Esbozó una ligera sonrisa—. Creo que será mejor que compruebes en todas las habitaciones. Nunca conseguí que no dejara sus cosas un poco por todas partes.

Marjorie se la quedó mirando, incrédula. Ella misma había evitado cuidadosamente mencionar el nombre de Greg.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —estalló. Jan meditó un momento.

—Creo que es debido a que hay tanto que hacer. No he tenido tiempo de derrumbarme. No te preocupes, Marjorie, me llegará en cualquier momento, más pronto o más tarde. Supongo que realmente aún no puedo llegar a creerlo.

Marjorie observó que Jan guardaba sus ropas siguiendo un estricto ritual. Primero las faldas, dobladas cuidadosamente a lo largo y luego por las caderas. Las medias en precisas bolas. Jan se concentraba en su tarea con una absoluta energía. Extendía las blusas con movimientos precisos y definidos, las mangas formando tensas líneas paralelas. Abrochaba los botones del cuello y de la parte delantera con dedos rítmicos. Luego doblaba las mangas. Alisaba diestramente las arrugas. Las suaves prendas formaban precisos rectángulos, cada una de ellas un paquete. Jan las alineaba en una maleta, apretándolas contra las esquinas. La tapa apretadamente cerrada.

—¿No preferirás quedarte con nosotros hasta que salga tu avión? No creo que debas quedarte aquí sola.

—Estaré bien. Tengo que ir a Londres a confirmar mi vuelo. Hay evidencias de que el vuelo de Greg tropezó con alguna forma virulenta de eso que hay en las nubes... creen que fue eso lo que le ocurrió al piloto. Nada oficial, por supuesto. Pero eso significa que las compañías aéreas están reduciendo sus vuelos hasta tanto el Consejo se pronuncie en una u otra forma. Han cancelado todos los itinerarios que puedan cruzar los bancos de nubes realmente densos —Jan se alzó de hombros.

—¿Estás segura de que debes volver a casa? ¿A California?

—Creo que es lo mejor. —Un débil cansancio apareció en el rostro de Jan—. No soy de ninguna utilidad aquí.

—Sigo creyendo que deberías quedarte un tiempo con nosotros. Los niños están en casa... cerraron los colegios, ya sabes... y podemos hacer excursiones, y...

—No. Lo siento, no. Gracias de todos modos. —Jan tomó la caja. Miró por unos instantes su interior—. Espero que pueda llegar a California.

Renfrew recorría el laboratorio arriba y abajo, golpeando el puño de una mano contra la palma de la otra. Su ayudante Jason estaba reclinado contra un armario gris, mirando malhumoradamente al suelo.

—¿Dónde está George? —preguntó de pronto Renfrew.

—En casa, enfermo.

—Bueno, supongo que no importa. No hay nada que podamos hacer, de todos modos. Malditos cortes de energía. Ni siquiera he conseguido ponerme en comunicación con Peterson. Su secretaria dice que está enfermo. ¡Vaya momento para elegir ponerse enfermo!

Caminó arriba y abajo un poco más. Las bombas permanecían silenciosas a su alrededor. El laboratorio estaba en penumbra, iluminado tan sólo por la luz exterior. Los débiles rayos del sol del atardecer penetraban oblicuamente por las ventanas.

—Dios, Markham hubiera debido estar de vuelta mañana, y hubiéramos tenido el equipo de Brookhaven. ¿Quién va a hablar por nosotros ahora?

—El señor Peterson dijo que estaba preparado para ayudar, la última vez que estuvo aquí.

—No confío en ese hombre. Pero si al menos pudiera ponerme en contacto con él. ¡Maldita sea!

Se dirigió hacia el distribuidor de agua y pulsó el botón. No ocurrió nada. Le dio una patada.

—Nunca pensé vivir para ver el agua racionada en Inglaterra —dijo—. Y está lloviendo a cántaros. Agua, agua por todas partes, y ni una gota para beber. Recuerdo haber aprendido este verso en la escuela. Y cosas viscosas se arrastrarán sobre sus patas fuera del legamoso mar, sí. —Se echó a reír—. Pronto los acantilados de Dover

serán rojos.

—¿Por qué no se va a casa? —sugirió Jason—. Yo me quedaré aquí en caso de que haya una llamada de Londres.

—¿A casa? —dijo vagamente Renfrew. Hubo un tiempo en el que Marjorie había sido la primera persona a quien dirigirse en tiempos difíciles. Su eficiente presencia maternal y su sencillo optimismo lo habían tranquilizado siempre. Pero ahora ella estaba constantemente nerviosa y fuera de sí. Sospechaba que estaba bebiendo demasiado. Se lo había insinuado en una ocasión, pero ella no había agarrado la mano que él le tendía, así que no había vuelto a insistir. Su innato buen juicio la ayudaría a salir de aquello, estaba seguro. Y los chicos. Ni siquiera los había visto, excepto brevemente, durante un mes. Se levantaban tarde, puesto que no había escuela, de modo que ni siquiera los veía en el desayuno. Sí, quizá debiera ir a casa. Intentar entrar en contacto de nuevo con su familia.

Al abandonar el laboratorio, descubrió que alguien había cortado la cadena y le había robado su bicicleta.

Era ya tarde y oscuro cuando llegó a su casa. Se detuvo cansadamente en el porche y sacudió la lluvia de su impermeable. Su llave giró en la cerradura, pero la puerta estaba asegurada por dentro. Golpeó la hoja, pero nadie acudió. Pulsó el timbre, dándose cuenta mientras lo hacía, de que no había luces en la casa, por lo que el timbre no funcionaría tampoco. Subiéndose el cuello del impermeable, abandonó el refugio del porche y dio la vuelta hacia la parte de atrás. La puerta de la cocina estaba cerrada por dentro también. Mirando a través de la ventana, vio a Marjorie sentada a la mesa, a la vacilante luz de una vela. Golpeó la ventanilla. Ella alzó la vista, gritó. La vela se apagó, y hubo un golpe.

—¡Marjorie! —gritó—. ¡Marjorie, soy yo, John!

Un ruido de pasos. La cadena interior resonó. Ella abrió la puerta de atrás.

—No hagas eso —protestó—. Dios mío, casi me hiciste sufrir un ataque al corazón. Ahora no puedo encontrar la maldita vela. Cayó al suelo por alguna parte. —Cerró de nuevo la puerta por dentro tras ellos—. Iré a buscar otra.

La oyó rebuscar en la oscuridad, haciendo resonar las puertas de los armarios. Sus pies pisaron algo que sonó como cristales rotos sobre el suelo. Olió a whisky. Ella nunca ha bebido whisky. El destello anaranjado de una cerilla; la débil luz de una vela envió sus sombras danzantes a las paredes de la cocina.

—En nombre de Dios, ¿por qué no enciendes más de una vela?

—Porque puedes estar seguro de que ésa será la próxima cosa de la que va a haber escasez.

—¿Dónde están los chicos?

—Cielos, John, están con mi hermano. Te lo dije. No hacían otra cosa más que ir de un lado para otro de la casa, metiendo las narices en todas partes, de modo que

pensé que se lo pasarían mejor con sus primos. Pueden ayudar con la cosecha. Si la lluvia no lo pudre todo completamente.

Se inclinó para recoger los trozos de cristales rotos del suelo.

Él empezó a preguntar si había algo para cenar, luego rephraseó tácticamente:

—¿Ya has cenado?

—No. —Ella dejó escapar una risita—. Me bebí mi cena. Crea menos problemas.

Su risita le recordó la antigua y alegre Marjorie. Con una extraña sensación brotándole de muy adentro, tomó sus manos.

—¡Maldita sea! —Se echó hacia atrás, chupándose el pulgar, allá donde un fragmento de vidrio le había producido un corte.

—Pedazo de tonto —dijo ella, sin la menor simpatía—. Viste lo que estaba haciendo. —Echó los trozos de cristal en el cubo de la basura, y secó el suelo con una esponja.

—Tú nunca bebías whisky —dijo él, observándola.

—Es más rápido. Ya sé lo que estás pensando. Tienes miedo de que me convierta en una alcohólica. Pero yo sé cuando detenerme. Sólo bebo lo suficiente como para ablandar un poco las cosas.

—¿Qué te parece entonces si comiéramos algo?

—Come tú si quieres. —Se alzó de hombros—. Puedes abrir una lata de judías y calentártelas en el hornillo de gas. O hay un poco de queso en la despensa.

—¿Sabes?, no resulta divertido llegar a casa en una noche lluviosa para encontrarse un hogar frío y a oscuras y nada siquiera para cenar.

—No veo que puedas echarme la culpa de que la casa esté fría y a oscuras. Qué se supone que debo hacer, ¿quemar los muebles? Y es la primera vez que llegas tan temprano a casa desde Dios sabe cuándo, y puesto que no me lo comunicaste, difícilmente puedes esperar que te tenga preparada la cena. John, no sabes lo horrible que es ir a comprar comida estos días. Tienes que hacer horas de cola, literalmente, y luego no encuentras prácticamente nada que puedas llevarte a casa.

—No sé, Marjorie. Tú siempre te las habías arreglado muy bien. Parecía como si las cosas nos fueran mejor a nosotros que a los de más. Podíamos matar un pollo, y luego estaba tu huerto.

—Dios, John, a veces tengo la impresión de que has estado fuera meses. Los pollos fueron robados hace semanas. Todos. Y sé que te lo dije. En cuanto al huerto, ¿se supone que debo ir chapoteando por ahí en medio de la lluvia, rebuscando la patata o dos que puedan haber quedado? Estamos a finales de septiembre. En estos momentos todo el jardín no es más que un pantano.

Las luces volvieron bruscamente. La nevera se puso en marcha con un chirrido. Parpadearon, dos personas frente a frente sin unas sombras que las protegieran. Se produjo un silencio. John se agitó.

—La madre de Heather murió —dijo ella bruscamente—. Bien, casi es un alivio. No como Greg Markham. Dios, eso fue conmovedor. Es difícil creer que esté muerto. Parecía tan... bueno, tan vivo. Y Heather y James perdieron sus trabajos, ya sabes.

—No me cuentes más malas noticias —dijo él ásperamente, y desapareció en la despensa.

Marjorie esperaba que John regresara pronto a casa. Aquella semana había estado trabajando todos los días hasta pasada la medianoche. Pasó una mano por su cabello, contempló su vaso vacío. Mejor no. Ya llevaba tres. ¿Era así como una se convertía en alcohólica? Se puso en pie bruscamente, conectó la radio y el estéreo a todo volumen. Una cacofonía de sonidos resonó por toda la habitación, una banda de jazz enfrentándose a un trío de cantantes latinos, dando un asomo de vida. Cruzó de nuevo la habitación, encendiendo todas las luces. Al diablo con el ahorro de energía. Sus nervios estaban a punto de saltar, y estaba teniendo dificultades en enfocar sus ojos. Después de todo, ¿para qué permanecer sobria? Tomó su vaso y se dirigió al aparador.

A medio cruzar la habitación se detuvo, captando un sonido oído a medias. Lottie estaba ladrando furiosamente, encerrada en el lavadero. Vaciló, luego apagó la radio y el estéreo. Esta vez era sin lugar a dudas el timbre de la entrada. Permaneció inmóvil en mitad de la estancia. ¿Quién podía...? El timbre sonó de nuevo. Luego alguien golpeó con los nudillos. ¡Oh, estúpida! Como si un merodeador fuera a llamar a la puerta. Probablemente se trataba de un amigo. Sí, gracias a Dios, alguien con quien hablar, con quien pasar la tarde. Se apresuró hacia el vestíbulo, encendió la luz del porche. A través del panel de cristal opaco a la izquierda de la puerta vio la silueta de un hombre. De nuevo se sintió presa del pánico. Un distante trueno retumbó. Inspiró profundamente, luego se apoyó contra la puerta y dijo, tan calmadamente como le fue posible:

—¿Quién es?

—Ian Peterson.

Permaneció reclinada por un instante contra la puerta, la mente hecha un torbellino. Lentamente, retiró la cadena y los dos cerrojos interiores y abrió unos centímetros la puerta. El pelo del hombre estaba revuelto. Su chaqueta mostraba arrugas, y no llevaba corbata. Se sintió bruscamente azarada al pensar en el aspecto que ella misma debía presentar también, con el cabello sin peinar, sujetando un vaso vacío en una mano y vestida, por el amor de Dios, con un viejo traje playero porque hacía tanto calor. Se alisó el traje con una mano pegajosa e intentó ocultar el vaso detrás con la otra.

—Oh, señor Peterson. Hum, me temo que John no está aquí. Todavía, se halla, hum, trabajando en el laboratorio.

—¿Oh? Esperaba encontrarlo aquí.

—Bueno, estoy segura de que si va usted... Una repentina ventolera sopló a través del patio, arrojando hojas contra los hombros de Peterson.

—¡Oh! —exclamó Marjorie. Automáticamente, Peterson dio un paso hacia el

interior de la casa. Ella cerró la puerta de golpe tras él—. Dios mío, vaya ráfaga —dijo.

—Se está acercando una tormenta.

—¿Cómo le fue en la carretera?

—Difícil. En realidad, he estado alojado en un hotel al sur de aquí durante varios días. Cuando me sentí un poco recuperado, decidí llegarme hasta aquí para ver si John tenía algo nuevo.

—Bueno, me temo que no, señor Peterson. Él...

—Ian, por favor.

—Bueno, Ian, John ha estado sacando combustible de donde ha podido para el grupo auxiliar del laboratorio. Dice que no puede confiar ya en el servicio comercial. Eso le ha estado tomando mucho tiempo. Sigue transmitiendo, eso puedo asegurárselo.

Peterson asintió.

—Bien. Supongo que es todo lo que puede llegar a esperarse. Fue un experimento interesante. —Sonrió—. Supongo que medio llegué a creer que podía realizarse, ya sabe.

—¿Pero cree que ya no es posible? Quiero decir...

—Pienso que hay algo en el proceso que no comprendemos. Debo admitir que, en su mayor parte, me sentí interesado en el trabajo simplemente por su aspecto científico. Una última debilidad mía, supongo. Como jugar a cartas en el Titanic. He tenido oportunidad de pensar en ello durante estos últimos días. Abandoné Londres, pensando que yo estaba en lo cierto, y luego la enfermedad me golpeó de nuevo. Intenté acudir a un hospital y fui rechazado. No había sitio. Así que me quedé en un hotel, soportando los últimos efectos secundarios. No tomar comida, ésa es la cura. Así que pensé en el experimento para distraerme.

—Dios mío. Pase y siéntese. —Marjorie observó mientras avanzaban hacia la luz que Peterson estaba pálido y más delgado. Había una mirada hundida y hueca en sus ojos—. Esa enfermedad, ¿era...?

—Sí, eso que traían las nubes. Incluso después de que consigues librar tu organismo de ella, quedan algunas irregularidades metabólicas residuales.

—Nosotros hemos estado consumiendo comida enlatada. La radio dice que es lo mejor.

Peterson hizo una mueca.

—Sí, eso es lo que dicen. Significa que no disponen todavía de todos los productos de tratamiento que necesitan para salvar la cosecha actual. Hoy telefoneé a mi Sec y me enteré de unas cuantas perlas que supongo que no han sido hechas públicas.

—¿Tan malo es?

—¿Malo? No, desastroso. —Se dejó caer pesadamente en el sofá—. No importa cuántas previsiones hagas, la realidad siempre parece curiosamente, bueno, irreal.

—Creí que no había habido previsiones para esto.

Él parpadeó, como si estuviera reorientándose.

—Bueno, no, quiero decir... esas constantes proyecciones que se hacen... tan matemáticas... no de esta forma... —Agitó la cabeza y prosiguió—: Le aconsejo que coma tan poco como le sea posible. Tengo una sospecha... y también la tienen los expertos, esos malditos desgraciados... de que los efectos de todo esto van a cambiar completamente nuestras vidas. Hay escasez de los medicamentos que necesitamos para restaurar nuestros sistemas y... algunos creen que la biosfera va a resultar permanentemente alterada.

—Bueno, sí —dijo ella preocupadamente, sintiendo que una extraña sensación la atravesaba—. Si sus compañeros no pueden...

Peterson pareció arrancarse del sombrío humor que lo había invadido.

—Pero no nos dejemos abrumar por ello, ¿quiere, Marjorie? ¿Puedo llamarla Marjorie?

—Por supuesto.

—¿Y cómo se siente usted?

—A decir verdad, en estos momentos un poco achispada. Estaba nerviosa aquí sola y me tomé un par de copas. Me temo que se me han subido a la cabeza.

—Bueno, eso es probablemente lo mejor que uno puede hacer. ¿Puedo tomar yo también algo y situarnos así en igualdad de condiciones?

—Por favor. ¿Se sirve usted mismo? Ni siquiera sé lo que tenemos. Yo he estado tomando Pernod.

Lo observó mientras Peterson cruzaba la habitación. Mientras él le daba la espalda, se sintió libre de contemplarlo a voluntad. Él se inclinó ligeramente ante el aparador, haciendo tintinear las botellas mientras leía las etiquetas. Apoyó la cabeza contra su mano. Tuvo consciencia de que él regresaba cruzando la habitación, se detenía ante ella, se inclinaba.

—¿Está segura de que se encuentra bien, Marjorie?

No se atrevió a enfrentarse a su mirada. Se sabía enrojecida. La mano de él se apoyó en el brazo de su sillón. Ella contempló su reloj de oro, la esbelta muñeca, el negro vello del dorso de su pálida mano. Se sintió incapaz de moverse. Siguió mirando la mano.

—¿Marjorie?

—Lo siento. Noto un terrible calor, Ian.

—Déjeme abrir una ventana. El aire aquí dentro está muy cargado. La mano desapareció de su vista, y al cabo de un momento sintió que el aire enfriaba su húmeda frente.

—Oh, eso está mejor. Gracias.

Se echó hacia atrás, se sintió capaz de mirarle. Después de todo, él no era nada tan especial. Era apuesto, pero no excesivamente. Le sonrió.

—Lo siento. Me noto un poco extraña esta tarde. Debe haber sido esa nube, y luego lo de Greg Markham, y... bueno, a veces las cosas pueden parecer tan sin sentido. Y sin embargo una debe sentirse... feliz de seguir con vida... Lo siento, lo que estoy diciendo no tiene mucho sentido, ¿verdad? Pero es que somos tan impotentes. Me gustaría poder seguir haciendo algo.

—Lo que está diciendo tiene mucho sentido, Marjorie. Un trueno retumbó bruscamente, sacudiendo la casa.

—¡Cristo, eso fue cerca! —exclamó ella, y luego intentó dominarse. No debía ser tan excitable. Sintió que un estremecimiento recorría toda su piel—. Me pregunto si más de esos organismos de las nubes están llegándonos con esta lluvia.

—Probablemente.

—Había una mujer por aquí, tengo entendido, que mantenía una casa para gatos. Les dio toda su comida enlatada a los gatos, pensando que las latas de comida para gatos que tenía para ellos habían resultado contaminadas. Supongo que va a morir de hambre.

—Está loca —dijo Peterson. Dio un buen sorbo a su bebida.

—¿Ha oído usted algo de la coronación? Han cancelado los preparativos.

—Espero que el país se revolucione ante esa medida —dijo Peterson sarcásticamente. Marjorie sonrió. Un relámpago, luego el retumbante sonido de un trueno. Marjorie se puso en pie de un salto, asustada. Se miraron el uno al otro, y bruscamente se echaron a reír.

—Mientras pueda oírlos, está usted a salvo —dijo él—. Por aquel entonces el rayo ya ha pasado.

Repentinamente, Marjorie se sintió muy bien. Se sintió feliz de tenerlo a él allí, manteniendo a raya la soledad y el miedo.

—¿Tiene usted hambre? ¿Quiere comer algo?

—No, de veras. Relájese. No interprete el papel de anfitriona. Si deseo algo, ya lo tomaré yo mismo.

Y le dirigió una lánguida sonrisa. ¿Había un doble sentido en sus palabras? Debía estar acostumbrado a conseguir todo lo que deseaba. Esta noche, sin embargo, parecía menos seguro de sí mismo, más...

—Estoy contenta de que esté usted aquí —dijo—. He estado tan sola últimamente, con los chicos fuera y John trabajando hasta tan tarde.

—Sí, imagino... —No terminó la frase. Las luces se apagaron, acompañadas dramáticamente por el resonar de un trueno.

—Ahora estoy realmente contenta de que esté usted aquí. Me hubiera sentido

espantosamente asustada yo sola, pensando que alguien había cortado las líneas de la casa o algo así.

—Oh, estoy seguro de que se trata tan sólo de un corte de corriente. Algún tendido derribado por el viento, seguro.

—Esto ha estado ocurriendo muy a menudo recientemente. Tengo algunas velas en la cocina.

Marjorie cruzó la habitación, evitando los muebles en la oscuridad gracias a su larga familiaridad con su disposición. En la cocina, rebuscó las velas y las cerillas en la alacena. Automáticamente, encendió tres y las colocó en sendas palmatorias.

El reloj de cuerda sobre uno de los estantes hizo clic, seguido por un traqueteo cuando sus ruedas dentadas se movieron. Se volvió y descubrió a Ian en el umbral. Entró en la cocina. El reloj sonaba como un engranaje mal ajustado.

—Oh, lo encontré en el garaje, mientras ordenaba un poco las cosas —dijo ella—. Con tantos cortes de corriente, un viejo reloj de cuerda es siempre mejor que... —Tic—. De todos modos hace un ruido extraño, ¿no?

—Quizá si lo engrasara un poco...

—Oh, ya lo hice. Es algo que necesita reparación, seguro. De todos modos, va bastante exacto.

El se inclinó sobre la encimera y la observó volver a guardar las cerillas. Ella tuvo la impresión de que las estanterías de pino parecían gravitar sobre ellos a las sombras arrojadas por las velas. Las cosas de la estancia oscilaban y ondulaban, excepto las rectas estanterías. Tic.

—Es interesante —murmuró Ian— como seguimos deseando saber la hora que es, en medio de todo lo que está pasando.

—Sí.

—Como si tuviéramos citas importantes a las que acudir.

—Sí.

Se estableció un silencio entre ellos, un abismo. Marjorie buscó algo que decir. Tic. Los estantes parecían ahora más sustanciales que las paredes, con el reloj anidado en medio de ellos, rodeado por las conservas.

Miró a Ian. A aquella débil luz sus ojos eran muy oscuros. Se reclinó contra la alacena, menos nerviosa ahora. Tendría que llevar las velas hasta la sala de estar, pero por el momento lo más correcto parecía permanecer allí, no había ninguna prisa.

Ian avanzó cruzando la pequeña cocina. Distantemente, ella se preguntó si iba a tomar unas de las velas. Tic.

Él tendió una mano y acarició su mejilla.

Ninguno de los dos se movió. Ella sintió un cierto calor. Apenas respiraba. Hizo una profunda inspiración, y pareció necesitar mucho tiempo para llenar sus pulmones.

Muy lentamente, él se inclinó y la besó. Fue un contacto ligero, casi casual.

Ella se apoyó en la alacena. Tic. Exhaló el aliento. En el silencio reinante, se preguntó si él podría oír el aire entrando y saliendo de sus pulmones. Observó mientras él tomaba una vela. Una mano tocó su hombro. Se dejó llevar hacia fuera, saliendo de la cocina y de las estanterías y del reloj, hacia la sala de estar.

## 38 - 12 de octubre de 1963

La voz de Penny se abrió paso hasta él:

—Tal como te iba diciendo.

—¿Eh? Oh, sí, sigue.

—Vamos, ni siquiera estabas escuchando. —Giró el volante del Thunderbird de alquiler para tomar una curva. El área de la bahía se extendía debajo y a la derecha, el centelleo de la bahía amortiguado por la neblina—. Profesor distraído.

—De acuerdo, de acuerdo. —Pero volvió a hundirse en la neblina propia mientras ella hacía avanzar el coche por entre las cerradas curvas de Grizzly Peak por encima del campus de Berkeley y luego hacia Skyline. Tuvo un atisbo de las irregularidades Oakland, los verdes puntos de las islas en el gris azulado de la bahía, y San Francisco en un aislamiento alabastrino. Se deslizaban entre grupos de pinos y eucaliptos, árboles que tejían un entramado negro y verde contra el marrón de las laderas de las colinas. Penny había abierto el techo corredizo. El frío aire hacía que su pelo se agitara y flotara tras su cabeza.

—¡El monte Tamalfuji! —exclamó ella, señalando a un pico corto y romo en la parte norte, al otro lado de la bahía.

Luego empezaron a descender, los frenos chirriando y las marchas zumbando mientras avanzaban hacia Broadway Terrace. Un musgoso bosque les rodeaba. Emergieron de la densamente arbolada ladera de la colina y pasaron rápidamente junto a una mezcolanza de casas, una rociada en technicolor. El tráfico menguó a medida que se acercaban a la casa de los padres de ella. Un barrio claramente residencial con un apropiado nombre a la moda: Piedmont. Gordon pensó en Long Island y en Gatsby y en los sedanes amarillos.

Los padres de ella demostraron no tener absolutamente nada digno de mención. Aunque Gordon no podía estar seguro de si aquello era debido a ellos o a él. Su mente seguía derivando hacia el experimento y los mensajes, buscando algún nuevo instrumento que le permitiera atrapar el borde del misterio. Enfréntate a él desde un ángulo distinto, le había dicho Penny en una ocasión. No podía apartar aquella frase de su mente. Se dio cuenta de que podía mantener una conversación y sonreír y danzar al compás del juego del anfitrión y el huésped, sin tomar realmente parte en nada de lo que estaba sucediendo. El padre de Penny era enorme y tranquilizadoramente rudo, un hombre que sabía cómo convertir el dinero en más dinero. Poseía las sienes plateadas tipo estándar, y una cierta seguridad bronceada por el sol. Su madre parecía serena, una eterna participante en clubs y mesas de caridad, una escrupulosa ama de casa. Gordon tuvo la impresión de haberlos conocido antes aunque no podía situarles, como personajes de una película cuyo título no acude a tus labios.

La invitación había sido para que se quedaran en casa. Gordon insistió en quedarse en un motel en la avenida University... a fin de estar en el centro de la ciudad, dijo, pero de hecho porque deseaba evitar la escabrosa cuestión de si iban a compartir una misma habitación en el castillo de los padres de ella. No estaba preparado para enfrentarse con aquello, no este fin de semana.

El padre de Penny sabía toda la historia de Saul, desde luego, y deseaba hablar de ella. Gordon le dijo apenas lo suficiente como para no mostrarse grosero, y luego desvió la conversación hacia el departamento, la Universidad de La Jolla, y gradualmente hacia asuntos más y más alejados. El padre de ella —«Jack», dijo con un cálido y fuerte apretón de manos, «llámame simplemente Jack»— había comprado algunos libros elementales de astronomía para saber un poco más. Aquello había resultado ser más que un mero pasatiempo, y Gordon se sentó y dejó que Jack le regalara con hechos acerca de las estrellas, y la obligatoria y reverente maravilla acerca de las magnitudes del universo. Jack poseía una mente aguda e inquisitiva. Hacía preguntas penetrantes. Gordon descubrió muy pronto que su propio conocimiento más bien elemental de la astronomía era muy endeble. Mientras las mujeres cocinaban y charlaban en la cocina, Gordon pasó apuros para explicar el ciclo del carbono, las explosiones de las supernovas y los enigmas de los cúmulos globulares. Resumió como mejor pudo lo que había ido oyendo en semirrecordadas conferencias. Jack lo atrapó en varios detalles, y Gordon empezó a sentirse incómodo. Pensó en el examen de Cooper.

Finalmente, tomaron una cerveza antes de almorzar, y Jack cambió a otros temas. Linus Pauling acababa de ganar el premio Nobel de la Paz; ¿qué opinaba Gordon sobre ello? ¿No era la primera vez que alguien ganaba dos Nobel? No, señaló Gordon, madame Curie había ganado uno en física y otro en química. Gordon temió que aquello fuera a meterles de lleno en política. Estaba completamente seguro de que Jack era un miembro de la escuela del desarme-igual-a-Munich, animada localmente por William Knowland, del Tribune de Oakland. Pero Jack desvió hábilmente el asunto, y se metieron de lleno en una humeante sopa y unos bistecs crudos, como a él le gustaban. Los Jacarandas cubrían una porción de la vista desde el comedor. El resto de las ventanas ofrecía una vista panorámica de la bahía, la ciudad y las colinas. El bistec estaba perfecto.

—¿Ves? —dijo Penny—. Ajax sabe lo que vas a hacer antes incluso de que lo sepas tú mismo.

Gordon observó. El enorme caballo se estremecía, bufaba, parpadeaba. Penny hizo pasar a Ajax directamente de la inmovilidad a un trote corto. Ajax saltó hacia delante, resoplando, las orejas enhiestas. Penny le hizo cambiar varias veces bruscamente de dirección, y caminar de lado, utilizando solamente la presión de sus piernas. Hacía avanzar suavemente a Ajax, dando vueltas en torno al corral.

Gordon estaba apoyado contra la cerca. Enfréntate a él desde un ángulo distinto. De acuerdo, Ramsey había puesto en claro toda la parte relativa a la bioquímica. Pero eso era una pieza, no todo el rompecabezas. El único otro dato consistente que tenían era ese buen viejo AR 18 5 36 DEC 30 29.2, un batir de tambor que no conducía a ninguna parte. Tenía que significar algo...

—¡Gordon! Voy a dar una vuelta con Ajax. ¿Quieres venir?

—¿Eh? Oh, sí. Pero no montado a caballo.

—Oh, vamos.

Él agitó la cabeza, distraído. Todo lo que podía recordar ahora de su hora anterior de instrucción era como evitar que el caballo le patease. Cuando caminas detrás de él tienes que mantenerte cerca de su grupa, de modo que el caballo sepa que no hay suficiente espacio para lanzarte un buen y sano golpe con su casco. Al parecer, rozarle la cola le dice al animal que no eres un blanco adecuado para aliviar sus pequeñas irritaciones, con lo que pierde su interés. Aquello le parecía más bien dudoso a Gordon. Después de todo se trataba de un animal, incapaz de tanta perspicacia.

Siguió a Penny a lo largo de la cresta. AR 18 5 36 DEC 30 29.2. Estaban justo debajo del borde de las colinas de Oakland. Él irregular paisaje amarronado del condado de Contra Costa se extendía en la distancia. Las secuoyas y los pinos a su alrededor parecían mohosos, con un seco y cálido olor que no podía identificar. FUENTE PUNTUAL EN EL ESPECTRO DE TAQUIONES 263 KEW PICO. Vaharadas de fino polvo se elevaban a cada uno de sus pasos. Era la última hora de la tarde. Sombras azuladas danzaban por entre las nubecillas de polvo tras los cascos de Ajax. Penny había venido hasta allí cada día cuando estaba en el instituto, le dijo Jack a Gordon. Gordon había pensado hacer un chiste irónico acerca de las implicaciones freudianas de las chicas adolescentes y el cabalgar. Decidió dejarlo correr tras echar una mirada a Penny. PUEDE VERIFICARSE CON DIRECCIONALIDAD RMN. Aquel ambiente de equitación estaba muy lejos del juego de pelota en los solares vacíos que él recordaba como su único deporte. El clop clop de los cascos, imágenes de Gary Cooper o quizá de Ida Lupino, un majestuoso avanzar por entre las enormes secuoyas: serenidad. Gordon se notaba pesado y torpe. Caminaba pesadamente por el bosque con aquellos zapatos de calle negros que su madre le había comprado en Macy's, completamente inadecuados para aquella distante región. Se sentía rodeado allí por una naturaleza que encontraba extraña. AR 18 5 36 DEC 30 29.2, AR 18 5 36 DEC 30 29.2. Sí, extraña.

Aquella noche, mientras hacían el amor allá en el motel, Penny pareció cambiada. Sus caderas se habían hecho más duras. Las marcas angulares de los huesos le hablaban a Gordon a través de la delgada envoltura de la carne. Era más dura, una caballista, un producto típico del Oeste. Sabía que las alcachofas crecían en una

especie de arbustos, no en árboles. Podía cocinar en un fuego de campaña al aire libre. Descubrió que sus pechos eran más puntiagudos, con unos pezones pronunciados, rosados y suaves, que se endurecían rápidamente cuando los chupaba. Él este era el este, y todo lo demás era el oeste.

Jack los llevó a última hora de la mañana del domingo a ver una plantación de nogales en la que había invertido. En los campos de nogales cerca de un álamo una sacudidora mecánica resoplaba y zumbaba. Su brazo hidráulico se aferraba al tronco de los árboles, sacudiéndolos y haciendo caer una lluvia de nueces del cielo. Otros hombres conducían un artilugio por entre los árboles. Llevaba unas bandas de caucho a ambos lados, que recogían las nueces en hileras irregulares. Una recolectora seguía detrás. Las nueces se hallaban todavía envueltas en sus cascara verdes y la recolectora las recogía, dejando detrás las ramillas y la tierra y las ramas rotas. Jack explicó que aquel nuevo método iba a ser rentable en muy poco tiempo. Una camioneta con remolque trasladaba las nueces a un dispositivo de cepillos y rejillas que las descascaraban. Un horno de gas natural se encargaba de rematar la operación.

—Esto revolucionará la industria —sentenció Jack. Gordon observó las zumbantes máquinas y las cuadrillas de hombres que las atendían. Trabajaban incluso en domingo, era el tiempo de la recolección. Los cultivos de nogales estaban suavizando el desolado desierto de California del Sur. Las largas y umbrías hileras de verde le recordaban la parte superior del estado de Nueva York. El resonante brazo que estrangulaba a los árboles exigiéndoles sus nueces era sin embargo inquietante: un nuevo oeste robotizado.

—¿Podrá prestarme algunos de esos libros de astronomía suyos para esta tarde? —preguntó bruscamente a Jack.

Jack asintió, sorprendido, disimulando con una desconcertada sonrisa. Penny hizo girar sus ojos y esbozó una mueca:

—¿No vas a dejar de trabajar nunca, ni siquiera por un fin de semana?

Gordon se alzó de hombros, molesto momentáneamente por su silencioso reproche. Vio que ella deseaba, en un cierto sentido, que aquel fin de semana fuera para ellos. Quizás incluso había planeado que él y Jack llegaran a una especie de camaradería. Bien, quizá pudieran llegar a ello, si se presentaba la ocasión. Pero no este fin de semana. Gordon sabía que estaba pasándolo como sumergido en una niebla, distraído por el problema. Y saberlo no cambiaba las cosas. Y cuando conseguía salirse de ella, se encontraba mirando a los padres de Penny sin comprenderles. Eran agudamente conscientes de que se acostaba con su hija. Agarrándose a la shiksa, sí.

¿Era ésa la forma en que California se enfrentaba a ese tipo de problemas? ¿Ignorando educadamente la situación? Supuso que sí, pero pese a todo se sentía incómodo.

La máquina sacudeárboles dio una sacudida, arrancándole de sus reflexiones.

Había estado de pie con las manos a la espalda, su posición habitual de conferenciante, mirando a un grumo de tierra. Gordon alzó la vista hacia los demás, que se habían dirigido hacia el vehículo. Penny dirigió a su padre un triste y resignada mirada, haciendo un gesto en dirección a Gordon: los signos familiares.

No había nada en los índices de los libros de Jack acerca de Hércules. Gordon los hojeó todos, buscando algo relativo a las constelaciones. Había mapas estelares, vistas estacionales de la Osa Mayor y de Orión y de la Cruz del Sur. Los estudiantes que habían crecido bajo las luces de la ciudad necesitaban guías sencillas de las estrellas. Gordon no era diferente. Estudió las líneas que conectaban los puntos estelares intentando comprender cómo alguien había podido ver allí cazadores, cisnes o toros. Y luego un párrafo llamó su atención.

Nuestro Sol también se halla en movimiento, del mismo modo que todas las demás estrellas. Giramos en torno al centro de nuestra galaxia a una velocidad de aproximadamente 250 kilómetros por segundo. Además, el Sol se mueve a unos 20 kilómetros por segundo hacia un punto cerca de la estrella Vega, en la aglomeración de Hércules. Dentro de varios miles de años, las constelaciones se nos aparecerán de una forma distinta, debido a tales movimientos de las estrellas las unas con relación a las otras. En la figura 8, la constelación...

Fue Penny quien condujo el coche hasta el campus de Berkeley. Le había gustado la idea de ir a dar una vuelta de nuevo por aquella zona, aunque aquello significara ver menos a sus padres. Su actitud cambió cuando se dio cuenta de que él no deseaba dar un paseo por el campus, sino que se dirigía a la biblioteca del departamento de física. La biblioteca estaba en un edificio cercano al campanario, pero Gordon se negó a tomar el ascensor y subir a contemplar la vista desde allí. Le dijo adiós a Penny y se metió dentro.

El movimiento solar, descontando la rotación en torno al centro galáctico, puede ser adecuadamente descrito como una distribución del coseno 0. Nos estamos alejando del antápe solar y en dirección al ápex solar. Puesto que la posición del ápex solar representa una media con relación a muchos movimientos estelares locales, hay algunas inseguridades significativas. La AR solamente puede ser especificada hasta 18 h, 5 min  $\pm$  1 min; la DEC hasta 30 grados,  $\pm$  40 min.

Gordon parpadeó ante aquellas frases, haciendo algunos cálculos aritméticos en su mente. El húmedo aire de la biblioteca arrastraba consigo un pesado y solemne silencio. Encontró un usado ejemplar de *Astrophysical Quantities*, y comprobó de nuevo las coordenadas.

AR 18 5 ( $\pm$ 1) Ápex solar: DEC 30  $\pm$  40.

Tomó un lápiz del bolsillo de su camisa y escribió debajo, ignorando la ceñuda mirada de un bibliotecario:

AR 18 5 DEC 30 29.2

Salió a la fresca tarde de otoño.

En el vuelo de Air Cal de vuelta a San Diego, dijo:

—Las coordenadas del mensaje corresponden al ápex solar, eso es lo importante. Teniendo en cuenta la imprecisión de las actuales mediciones, quiero decir.

—¿Eso es lo que significan los signos de más menos uno encima del otro? —dijo Penny, dubitativa.

—Correcto. Correcto.

—No lo comprendo.

—Ésa es la dirección hacia la que se encamina el Sol... y la Tierra con él.

—Bueno, oy veh.

—¿Eh?

—Eso es lo que tú dices. Indica sorpresa. Oy veh.

—No significa... bueno, desánimo. De todos modos, yo no he dicho nunca esto.

—Por supuesto que sí.

—No, en absoluto.

—De acuerdo. Mira, ¿qué significa todo esto, Gordon?

—No tengo la menor idea —mintió.

## 39 - 14 de octubre de 1963

—Gordon, aquí Claudia Zinnes. Quería que supiera que hemos perdido el efecto anómalo este fin de semana. ¿Y usted?

—No estaba siguiendo el experimento. Lo siento.

—Bueno, hubiera sido una pérdida de tiempo, de todos modos. Ese extraño efecto simplemente se desvaneció.

—Siempre aparece y desaparece de esta manera.

—De todos modos, seguiremos intentándolo.

—Estupendo, estupendo. Yo también.

Gordon pasó toda una tarde con los mapas estelares, intentando determinar los movimientos del punto en Hércules.

Caía por debajo del horizonte durante una buena parte del día. Si existían los taquiones —significara lo que significase el nombre—, venían directamente, en una línea recta entre su equipo de resonancia nuclear y Hércules.

Cuando la Tierra estaba entre él y Hércules, probablemente las partículas resultaban absorbidas.

Eso significaba que, para recibir alguna señal, tenía que poner en marcha el experimento cuando Hércules estuviera por encima del horizonte.

—¿Claudia?

—Sí, sí, soy yo, no le he llamado porque todavía no hemos conseguido...

—Sí, sí, lo sé. Mire, esas coordenadas que usted y yo obtuvimos. Corresponden a la constelación de Hércules. Creo que podemos tener más suerte si únicamente observamos en ciertos momentos, de modo que... Oiga, ¿tiene usted un lápiz a mano? He hecho algunos cálculos. Imagino que entre las seis de la tarde y...

Pero ni en Columbia ni en La Jolla pudieron conseguir ningún nuevo efecto en los momentos que habían calculado. ¿Puede que exista alguna otra interferencia? Aquello complicaría aún más las cosas, pero ¿cuál era la causa? Gordon volvió hacia atrás y estimó los momentos en los que él o Cooper habían registrado señales. La mayoría de ellos correspondía a momentos en los que Hércules estaba en el cielo. En algunos casos, sin embargo, no había registrado la hora en la que había sido efectuada la observación. Algunos otros parecían corresponder a momentos en los que Hércules estaba definitivamente por debajo del horizonte. A Gordon siempre le había gustado la Navaja de Occam: Las entidades no deben multiplicarse más allá de lo necesario. Eso significaba que la teoría más simple que explicara los datos era la mejor. La teoría de las interferencias era simple, pero tenía que tener en cuenta los momentos en los cuales Hércules estaba por debajo del horizonte, por alguna razón. Quizás esos puntos fueran erróneos, y quizá no. Más que llegar a alguna conclusión, Gordon decidió seguir intentándolo y dejar que los datos se mostraran por sí mismos.

Gordon había pasado algunas semanas enseñando electricidad clásica y magnetismo, utilizando el texto estándar de Jackson. Sus notas de clase estaban terminándose ya, e iba con retraso en la corrección de los problemas que había puesto. La familiar nube de peticiones estaba lloviendo sobre él: comités, horas de oficina con los estudiantes; lectura del trabajo de Cooper y discusión con él al respecto; preparar seminarios. La clase de graduados de primer año parecía buena, por lo que podía decir de los problemas que se le planteaban. Burnett y More eran muy listos. La parte media del conjunto —Sweedler, Coon, Littenberg, particularmente— prometía. Estaban los gemelos de Oklahoma, que hacían un trabajo muy irregular y tenían una tendencia irritante a contradecirle. Quizás él estuviera un poco irritable esos días, pero ellos...

—Hey, ¿tienes un minuto?

Gordon alzó la vista de las calificaciones. Era Ramsey.

—Seguro.

—Mira, deseaba hablarte acerca de esa conferencia de prensa que Hussinger y yo vamos a dar.

—¿Conferencia de prensa?

—Sí, vamos a, esto, anunciar nuestras conclusiones. Parece que trata de algo grande —Ramsey permanecía inmóvil en el umbral, sin su habitual animación.

—Bueno, estupendo. Estupendo.

—Deseábamos utilizar esa configuración de una cadena molecular que saqué. Ya sabes, aquella que dijimos de publicar tú y yo juntos.

—¿Necesitas utilizarla?

—Le da mayor fuerza al caso, sí.

—¿Cómo vas a explicar de dónde procede? Ramsey pareció afligido.

—Sí, ése es el problema, ¿no? Si afirmo que procede de tus experimentos, habrá gente que pensará que toda la idea no es más que pura mierda.

—Eso es lo que temo.

—Pero de todos modos, mira... —Ramsey abrió las manos—. Hace que toda la argumentación sea más convincente, ver la estructura...

—No. —Gordon agitó vigorosamente la cabeza—. Estoy seguro de que seréis creídos únicamente sobre la base de los experimentos. No es necesario que me metáis en eso.

Ramsey parecía dubitativo.

—Es un buen trabajo, sin embargo.

Gordon sonrió.

—Déjalo a un lado. Déjame a mí a un lado, ¿de acuerdo?

—Si tú lo dices, está bien —dijo Ramsey, y se fue.

Para Gordon la conversación con Ramsey resultó divertida, un distante

recordatorio del mundo real. Para Ramsey y Hussinger, ser los primeros en publicar aquello era un paso crucial. Efectuar una conferencia de prensa ponía un sello adicional que reforzaba su trabajo. Pero Ramsey sabía que nada de aquello hubiera ocurrido sin Gordon, y aquello le preocupaba. El procedimiento correcto era conseguir primero el consentimiento de Gordon a una publicación separada, y luego escribir un emocionado agradecimiento al final de su artículo. Gordon le contó a Penny por la noche aquella conversación, y le comentó lo extraño que le parecía ahora todo el proceso. Era conseguir resultados lo que hacía que la ciencia valiera la pena; los homenajes eran un placer menor, secundario. Las personas se volvían científicos porque les gustaba resolver enigmas, no porque anhelaran ganar premios. Penny asintió, y observó que comprendía un poco mejor a Lakin. Era un hombre que había superado el punto de descubrir algo auténticamente fundamental; la invención científica normalmente lo elude a uno más allá de los cuarenta años. Así que ahora Lakin se aferraba a los honores, los talismanes visibles del éxito. Gordon asintió.

—Sí —dijo—. Lakin es un operador sin autovalores reales. —Era un oscuro chiste de físicos, y Penny no lo comprendió, pero Gordon se echó a reír por primera vez en días.

—Hey, ¿todavía está usted aquí? —dijo Cooper desde la puerta del laboratorio. Gordon alzó la vista de la pantalla del osciloscopio.

—Sí, estoy intentando tomar algunos datos nuevos.

—Dios mío, es tarde. Quiero decir, he pasado por aquí después de una cita para recoger algunos libros, y vi la luz. ¿Ha estado aquí desde que me fui a cenar?

—Oh... sí. Fui a buscar algo a las máquinas distribuidoras.

—Ugh, eso es pura mierda.

—Exacto —dijo Gordon, volviéndose de nuevo hacia el equipo. Cooper avanzó unos pasos y vio los registros de resonancias esparcidos sobre el banco del laboratorio.

—Hey, eso se parece a mis observaciones.

—Sí, es muy parecido.

—¿Está trabajando usted con el antimoniuro de indio? ¿Sabe?, Lakin me ha preguntado por qué se pasa usted tantas horas aquí. Quiere saber qué está haciendo.

—¿Por qué no me lo pregunta a mí?

Un alzarse de hombros.

—Mire, yo no pretendo...

—Lo sé.

Tras unos cuantos comentarios neutrales, Cooper se fue. Gordon había estado cumpliendo con sus tareas normales durante toda la semana, y luego había pasado todas las noches tomando datos, escuchando, esperando. Había algunas líneas irregulares amarillas al azar entre los registros, pero ninguna señal. Todo se estaba

erosionando a un simple ruido. Las bombas tosían, los instrumentos electrónicos lanzaban algún ocasional ping. Taquiones, pensó. Cosas más rápidas que la luz. No tenía sentido. Había planteado la idea a Wong, el físico de partículas, y había obtenido la respuesta convencional: violaban la relatividad espacial, y de todos modos no había ninguna evidencia de ellos. Taquiones recorriendo el universo en menos tiempo del que necesitaba el ojo de Gordon para observar un fotón a la pálida luz del laboratorio... Esas cosas iban contra la razón. Entonces apareció un aletear de resonancias interrumpidas. Gordon había trabajado en una forma más rápida de compilar las curvas, y pudo extraer las porciones de código Morse casi inmediatamente.

#### OCÉANO AMENAZADO.

Unos momentos más tarde, otra ráfaga de interrupciones: LABORATORIO CAVENDISH CAMBRIDGE.

Y luego un estallido de ruido. Gordon asintió para sí mismo. Se sentía cómodo, trabajando allí solo, como un monje. A Penny no le gustaba que pasara tantas horas allí, pero aquello era secundario. Ella no comprendía que a veces tienes que continuar, que el mundo no se rendirá a menos que perseveres.

Cuando la pantalla del osciloscopio se aclaró, hizo una pausa. Caminó por los silenciosos corredores del edificio de física para sacudirse la somnolencia que le estaba invadiendo. En la parte exterior del laboratorio de Grundkin había una gran hoja de papel de ordenador en la cual un estudiante descorazonado había escrito, en la parte de arriba:

*Un experimento puede ser considerado un éxito si no más de un 50 por ciento de las mediciones observadas deben ser descartadas para obtener una correspondencia con la teoría.*

Gordon sonrió. El público consideraba la ciencia como algo absoluto, seguro, como dinero en el banco. Nunca pensaban que el más ligero error podía conducirle a uno a resultados absolutamente erróneos.

Bajo el enunciado del principio, otros estudiantes habían garabateado sus contribuciones:

*La madre naturaleza es una mala puta.*

*La probabilidad de un acontecimiento determinado es inversamente proporcional a su deseabilidad.*

*Si tonteeas lo suficiente con algo, finalmente terminarás rompiéndolo. Una curva falsificada vale más que un millar de palabras ambiguas.*

*Ningún análisis es un completo fracaso... siempre puede servir como un*

*mal ejemplo. La experiencia varía directamente en función con el equipo estropeado.*

Fue a buscar una barra de chocolate en el distribuidor automático, y regresó al laboratorio.

—Jesús —dijo Penny por la mañana—, pareces como algo que alguien hubiera sacado del fondo de un viejo baúl.

—De acuerdo, de acuerdo. Tengo una clase dentro de una hora ¿Qué hay en la despensa?

—Manteca, eso es todo lo que hay en la despensa... asquerosa manteca de cerdo.

—Como siempre dices tú, oh, vamos.

—Cereales, entonces.

—Tengo hambre.

—Toma dos tazones.

—Mira, tengo que ir a trabajar.

—El no haber sido promovido te ha sacudido bastante fuerte, ¿eh?

—Tonterías, todo tonterías.

—Tonterías, por supuesto.

—Esa mujer, Zinnes. Eso es todo lo que necesitas.

—Como confirmación, sí. Pero no lo comprendemos.

Gordon rebuscó la caja de trigo desmenuzado. Echó los rulitos tostados en un tazón y arrojó la caja al cubo de la basura. En el fondo del cubo había un garrafón de borgoña Brookside.

—¿Te quedarás aquí esta noche? —preguntó Penny.

—Oh sí.

—Recibí una carta de mi madre.

—Oh.

—Te encontraron un poco extraño.

—Tiene razón.

—Podrías haberlo intentado.

—Intenté mostrarme tan frío como un protestante blanco anglosajón.

—Tan frío y tan torpe.

—No sabía que fuera tan importante.

—No lo era. Es sólo una opinión.

—Mira, habrá otras ocasiones.

—Tuviste una llamada.

—Quiero decir, quizá para el día de Acción de Gracias.

—Oh.

—No vimos mucho de San Francisco.

—Procedía de Nueva York. Él dejó de sorber su cereal.

—¿Qué?

—La llamada. Le di el número de tu oficina.

—No he estado mucho en mi oficina. ¿Quién era?

—No lo dijo.

—¿No preguntaste?

—No.

—La próxima vez, pregunta.

—Sí, señor.

—Oh, mierda.

Los titulares del San Diego Union proclamaban: EL RÉGIMEN VIETNAMITA DERRIBADO. Gordon contempló las fotos de los cadáveres en las calles, y pensó en Cliff. El Union decía que se trataba de un golpe de Estado claramente militar. Alguien había atrapado a Ngo Dinh Diem y le había disparado a la cabeza, y aquello había sido el fin de todo. La Administración Kennedy decía que los americanos no tenían nada que ver con ello. Lamentaban todo el asunto. Por otra parte, decían, quizás aquello despejara el camino hacia algunos auténticos progresos en la guerra en aquel lugar. Quizá sí, pensó confusamente Gordon, y arrojó el periódico al cubo de la basura.

Claudia Zinnes había captado algunos de los mismos fragmentos, pero no todos. El nivel de ruido ascendía y descendía. Gordon se preguntaba si no habría presente algún otro efecto, más allá del hecho de que Hércules estuviera visible. Quizá los haces de taquiones no estuvieran bien enfocados. Eso explicaría por qué la señal iba y venía. Conservó esas ideas en su mente, junto con otras sospechas y corazonadas.

Durante las largas noches de observación del osciloscopio volvían a él como las piezas de un rompecabezas, cuyos bordes a veces encajaban y a veces no. Su corazonada estaba basada en la cifra del ápex solar, y lo conducía a una conclusión acerca de los mensajes que encontraba difícil de creer. Intentó mantenerse neutral al respecto. Después de todo, podían haber fácilmente otras explicaciones. Por otra parte, Wong había mencionado el argumento de la causalidad en contra de los taquiones, de modo que al menos existía alguna conexión general. La Navaja de Occam no parecía ser de mucha utilidad allí. Todo el asunto tenía como un aroma de Alicia en el país de las maravillas. Lo cual quería decir, se recordó a sí mismo, que era tremendamente importante atenerse a los hechos, los dígitos, los datos escuetos. Dame un sólido conjunto de números y gobernaré el mundo, pensó, y se echó a reír fuertemente.

Se había quedado adormilado. Se despertó con un sobresalto y se frotó los ojos. A la mitad de su gesto, apartó las manos y miró la registradora.

Líneas quebradas. Las líricas curvas de la resonancia estaban rotas por repentinas

interrupciones.

Rebobinó la cinta. Si había perdido el inicio... Pero no; ahí estaba. Empezó a decodificar:

NEUROM I OL AJ ESCRIBIR COMILLAS MENSAJE RECIBIDO LA JOLLA  
COMILLAS EN UN PAPEL COLOCAR EN CAJA DE SEGURIDAD EN BANCO  
FIRST FEDERAL SAVINGS SAN DIEGO A NOMBRE IAN PETERSON DEBE  
GARANTIZARSE QUE CAJA SERÁ MANTENIDA DURANTE TREINTA Y SEIS  
AÑOS ENVIAR ESTE MENSAJE CONFIR MARÁ RECEPCIÓN DE  
TRANSWRSODRM CJ RESULTANDO DINOFLAGELADOS Y PLANCTÓNICOS  
AVSDLDU AHXNDUROPFLM.

El empleado se lo quedó mirando.

—Sí, es cierto, disponemos de cajas de seguridad gratuitas para nuestros clientes.  
¡Pero hasta finales de siglo...! —Alzó las cejas.

—Ustedes ofrecen eso, ¿no?

—Bueno, sí, pero...

—En un anuncio público.

—Por supuesto. Sin embargo, la intención...

—Su publicidad dice que puedo conseguir una caja de seguridad si mantengo un  
saldo mínimo de veinticinco dólares, ¿correcto?

—Por supuesto. Pero como había empezado a decirle, consideramos esto como  
una oferta inicial para animar a los clientes a abrir cuentas. Naturalmente, la firma no  
tiene intención de que sus clientes mantengan éstas indefinidamente, bajo la única  
base de...

—Su publicidad no menciona nada de lo que está diciendo usted ahora.

—No creo que usted...

—Tengo razón, y usted lo sabe. ¿Desea que pida por el director? Es usted nuevo  
aquí, ¿verdad?

El rostro del empleado no dejó traslucir nada de lo que estaba pensando.

—Bueno... Parece que usted ha descubierto un aspecto de nuestra oferta que  
nosotros no habíamos anticipado...

Gordon sonrió. Sacó la hoja amarilla de papel de dentro de un sobre, y la depositó  
sobre el mostrador.

## 40 - 3 de noviembre de 1963

—¿Sí?

—¿Gordon? Gordon, ¿eres tú?

—Tío Herb, oh.

Gordon, vaciló y miró totalmente desconcertado al receptor telefónico de su oficina, como si la voz de su tío estuviera fuera de lugar allí.

—¿Tanto trabajas, que no puedes ir a casa por la noche?

—Bueno, ya sabes, algunos experimentos.

—Eso es lo que dice tu chica.

Gordon sonrió. No señora, como acostumbraba a decir siempre. No, Penny era una chica. E indudablemente su madre le había dicho al tío Herb qué tipo de chica.

—Llamo por tu madre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Está krank.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Krank, enferma. Lleva ya un cierto tiempo enferma.

—No cuando yo estuve ahí.

—Cuando estuviste aquí también, sí. Lo estaba. Pero no dejó que te dieras cuenta.

—Buen Dios. ¿Qué es lo que tiene?

—Algo del páncreas, dicen. No están seguros. Esos doctores nunca están seguros de nada.

—Ella me habló de pleuresía, hace mucho tiempo...

—Eso fue. Ahí es donde empezó todo.

—¿Está muy mal?

—Ya conoces a los doctores, todavía no lo saben. Pero pienso que deberías ir a casa.

—Tío Herb, mira, precisamente ahora no puedo.

—Ella ha empezado a preguntar por ti.

—¿Por qué no ha llamado?

—Ya sabes, los problemas entre tú y ella.

—No hemos tenido ningún problema serio.

—No puedes engañar a tu tío, Gordon.

—No, de veras. No ha habido ningún problema.

—Ella cree que sí. Y yo también lo creo, pero sé que no vas a escuchar los consejos de tu viejo tío tonto.

—Mira, no eres ningún tonto. Yo...

—Ve a verla.

—Tengo un trabajo, tío Herb. Clases que dar. Y esos experimentos ahora. Son

importantes.

—Tu madre, sabes que no va a llamarte, pero...

—Lo haría si pudiera, y lo haré, lo haré tan pronto como...

—Es importante para ella, Gordon.

—¿Dónde está ahora?

—En el hospital, ¿dónde quieres que esté?

—¿Para qué?

—Algunas pruebas —admitió él.

—De acuerdo, mira, realmente no pudo ir ahora mismo. Pero iré muy pronto. Sí, tan pronto como pueda.

—Gordon, creo que deberías ir ahora.

—No, mira, tío Herb, sé cómo te sientes. E iré. Pronto.

—¿Cuánto significa para ti pronto?

—Te llamaré. Te lo haré saber tan pronto como pueda.

—De acuerdo entonces. Pronto. Ella no ha sabido mucho de ti últimamente.

—Sí, lo sé. Pronto. Pronto.

Llamó a su madre, para que le explicara. La voz de la mujer era débil y aguda, ahogada además por los kilómetros. Parecía animada, sin embargo. Los doctores eran encantadores, la habían tratado con toda consideración. No, no había ningún problema con las facturas del hospital, no tenía que preocuparse por eso. Rechazó la idea de que él fuera a verla pronto. Era un profesor, tenía estudiantes que atender, y ¿para qué gastar todo aquel dinero para unos pocos días?

Podía ir para el día de Acción de Gracias, ya no faltaba tanto, sería estupendo. El tío Herb estaba preocupándose inútilmente, eso era todo. Bruscamente, Gordon dijo al teléfono:

—Dile de mi parte que aquí estoy intentando no ser un potzer. Mi trabajo está en un momento crucial.

Su madre hizo una pausa. Potzer no era una palabra educada, estaba cerca de putzer, que era un insulto. Pero no dijo nada.

—Lo comprenderá. Yo también lo comprendo, Gordon. Haz tu trabajo, sí.

La universidad había preparado la conferencia de prensa de Ramsey y Hussinger. Había un equipo de tres hombres de la estación local de la CBS, y el periodista que escribió lo de «Una universidad en su camino a la grandeza», así como hombres del San Diego Union y del Los Ángeles Times. Gordon se quedó en la parte de atrás de la sala. Había diapositivas de los resultados, imágenes de Hussinger al lado de las bateas de pruebas, gráficas del desequilibrio de los ecosistemas oceánicos. La audiencia se mostró impresionada. Ramsey planteó bien las cuestiones. Hussinger —un hombre grueso y medio calvo, con rápidos ojos azules— habló con una intensidad casi de ametralladora. Un periodista preguntó a Ramsey qué le había llevado a la conjetura

de que algo tan terrible pudiera proceder de una causa tan oscura. Ramsey dio una explicación elusiva. Miró a Gordon, y luego hizo una vaga observación acerca de los presentimientos que surgían de ninguna parte. Gente a la que conocías o con la que trabajabas decía algo, y luego tú sumabas dos más dos, sin darte cuenta realmente de dónde había surgido el destello inicial. Oh, dijo el periodista, ¿había alguien más en la Universidad de La Jolla trabajando en cosas como aquéllas? Ramsey pareció incómodo.

—No creo que pueda decir nada sobre esto por el momento —murmuró. Gordon salió furtivamente por la parte de atrás antes de que terminara la conferencia. Afuera el aire parecía humoso. Inspiró profundamente, se sintió mareado, tosió. Los rayos del sol tenían una apariencia acuosa, oscilante.

Hércules desaparecía ahora detrás del horizonte a las nueve de la noche, de modo que Gordon podía dejar sus observaciones a una hora razonable. Quedaba todavía el trabajo de decodificación, por supuesto, si encontraba alguna interrupción en las huellas de la resonancia nuclear. Durante una semana regresó a casa razonablemente pronto casi todos los días. Luego el nivel de ruido empezó a ascender de nuevo. Recibió señales esporádicas. Hércules estaba en el cielo desde media mañana hasta la noche. Pasaba el día tomando datos. Luego, después de las nueve, preparaba sus notas y corregía ejercicios. Empezó a quedarse de nuevo cada vez más tarde en el laboratorio. En una ocasión durmió toda la noche en su oficina.

Penny alzó la vista sorprendida mientras descorría el cerrojo interior de la puerta.

—Bien, bien. ¿Os habéis quedado sin electricidad?

—No. Simplemente terminé pronto, eso es todo.

—Jesús, tu aspecto es terrible.

—Un poco cansado, sí.

—¿Quieres un poco de vino?

—No Brookside, si es eso lo que estás bebiendo.

—No, es Krug.

—¿Qué hacía aquel Brookside por ahí?

—Era para cocinar.

—Oh.

Se puso algo de vino y unas cuantas cortezas de maíz, y se sentó en la mesa de la cocina. Penny estaba calificando unos ensayos. La radio estaba aullando una canción en amplitud modulada. No sé mucho de historia. Gordon frunció el ceño.

—No sé mucho de biología.

—Cristo, apaga esto.

—No sé para qué sirve una regla de cálculo.

Penny inclinó la cabeza para escuchar.

—Es una de mis favoritas, Gordon.

—Pero sé que te quiero...

Se puso bruscamente en pie y desconectó el aparato con un golpe brutal.

—No dice más que una sarta de imbecilidades.

—Es una canción divertida.

Gordon rió secamente.

—Cristo, ¿qué demonios te ocurre?

—Simplemente no me gusta oír una música de mierda interpretada varios decibelios demasiado alta.

—Creo que lo que te ocurre es que te sientes estafado por eso de Ramsey y Hussinger.

—No, no es cierto.

—Bueno, ¿por qué no? Les has dejado que se llevaran todo el crédito.

—Se lo merecen.

—No fue su idea.

—Pueden quedársela. Yo estoy trabajando en algo mucho más grande que eso.

—Si funciona.

—Funcionará. Las señales están llegando mejor.

—¿Qué dicen?

—Algo sobre bioquímica. Más especulaciones sobre taquiones.

—¿Y eso es bueno? Quiero decir, ¿para qué puedes utilizarlo?

—Estoy seguro de que todo va a encajar en cuanto tenga las suficientes piezas. Tengo que conseguir alguna afirmación clara que confirme mis suposiciones, mis sospechas, y todo quedará encajado.

—¿Cuáles son tus suposiciones?

Gordon agitó silenciosamente la cabeza.

—Oh, vamos, Gordon. Mira, a mí puedes decírmelo.

—No. A nadie. Y digo a nadie hasta que esté seguro. Todo esto va a ser mío. No deseo que se sepa ni una sola palabra hasta que yo lo tenga bien agarrado.

—Cristo, Gordon. Soy Penny. ¿Me recuerdas?

—Mira, no estoy bromeando.

—Infiernos, te has vuelto completamente chiflado, ¿te has dado cuenta?

—Si no te gusta, puedes dejarme solo.

—Sí, bien, quizá lo haga, Gordon. Quizá lo haga.

Se dio cuenta de que estaba empezando a dormirse durante el día. Se despertaba con un sobresalto delante del osciloscopio como alarmado por algún ruido, temeroso instantáneamente de haber perdido algún dato.

Daba sus clases de electromagnetismo clásico como en un sueño. Iba de una pizarra a la otra, garabateando fórmulas frente a la clase, pero tenía la impresión de estar sosteniendo un debate interno consigo mismo. Ocasionalmente, después de la

clase, echaba una mirada a las pizarras antes de irse, y se sentía impresionado ante las apretadas líneas de escritura casi indescifrable.

Lakin evitaba hablar con Gordon de otra cosa que no fuera las operaciones de rutina del laboratorio. Cooper también permanecía en su pequeña oficina y apenas acudía al encuentro de Gordon, ni siquiera cuando se hallaba bloqueado en algún punto particular. Gordon raramente subía ya a la oficina del departamento de física en el tercer piso. Las secretarías tenían que acudir a buscarle al laboratorio. Se traía su propia comida en una bolsa y la comía allí, atendiendo a los aparatos de resonancia nuclear, luchando contra los recurrentes problemas señal / ruido, observando las oscilantes líneas amarillas de las curvas de resonancia.

—¿Doctor Bernstein?

—¿Eh? —Gordon se había quedado adormilado frente al osciloscopio. Sus ojos se clavaron en las líneas de resonancia, pero no había ninguna alteración en ellas. Bien; no se había perdido nada. Sólo entonces alzó la vista hacia el delgado hombre que estaba de pie en la puerta del laboratorio.

—Soy de la United Press. Estoy preparando un artículo de fondo sobre los resultados Ramsey-Hussinger. Han despertado un montón de preocupaciones, ya sabe. Pensé que sería interesante examinar las contribuciones efectuadas por otras personas a...

—¿Por qué ha acudido a mí?

—No pude dejar de notar que el profesor Ramsey no dejaba de mirarle durante su conferencia de prensa. Me pregunté si usted podía ser las «otras fuentes» que el profesor Ramsey admitió recientemente...

—¿Cuándo dijo eso?

—Precisamente ayer, mientras yo estaba entrevistándole.

—Mierda.

—¿Qué ocurre, doctor? Parece usted preocupado.

—No, nada. Mire, no tengo nada que decir.

—¿Está usted seguro, doctor?

—Le he dicho que no tengo nada que decir. Ahora váyase, por favor.

El hombre abrió la boca. Gordon señaló violentamente la puerta con un dedo.

—Largo, he dicho. Largo.

Gordon trabajaba todos los días, recolectando gradualmente fragmentos de frases. Llegaban sin orden ni concierto. La información técnica era repetitiva, probablemente para asegurar que llegaba correctamente, pese a los errores de transmisión y recepción. ¿Pero por qué?, pensó. Todo esto corresponde a mis suposiciones. Pero debe existir una explicación en este mismo texto. Una explicación racional, claramente formulada. Una noche tuvo un sueño en el cual el tío Herb estaba observándole jugar al ajedrez en Washington Square. Su tío frunció el ceño mientras

Gordon movía las piezas por los cuadrados, y decía una y otra vez, desaprobadoramente: «Dios prohíbe que no exista una explicación racional».

En la mañana del lunes 5 de noviembre acudió tarde a trabajar. Había tenido una inútil discusión con Penny acerca de asuntos domésticos de poca importancia. Puso la radio del coche para alejar sus pensamientos de todo aquello. La noticia más sobresaliente era que María Goeppert Mayer, de la Universidad de La Jolla, había ganado el premio Nobel de física. Gordon se quedó tan sorprendido por la noticia que apenas se recuperó a tiempo para girar al final de Torrey Pines Road. Un Lincoln le lanzó un bocinazo y el conductor —un hombre con sombrero que conducía con los faros encendidos —le miró furiosamente. Mayer había ganado el premio por su modelo a capas del núcleo. Lo compartía con Eugene Wigner de Princeton y Hans Jensen, un alemán que había imaginado el modelo a capas casi al mismo tiempo que María.

La universidad dio una conferencia de prensa aquella tarde. María Mayer, observó Gordon, se mostró tímida, hablando en voz muy baja ante el aluvión de preguntas. Las preguntas que le formulaban eran en su mayor parte estúpidas, pero cabía esperarlo. La amable mujer que lo había parado un día para preguntarle por sus resultados, cuando el resto del departamento lo ignoraba olímpicamente, era ahora una ganadora del premio Nobel. Necesitó un cierto tiempo para asimilar el hecho. Tuvo la repentina sensación de que, esta vez, las cosas estaban convergiendo en su lugar. La investigación realizada allí era importante. Estaban los Carroway y su enigma del quásar, la ordenación de las partículas de Gell-Mann, las visiones de Dyson, Marcuse y María Mayer, y las noticias de que Jonas Salk estaba empezando a construir un instituto, La Jolla era un nexo. Se sentía agradecido de estar allí.

## 41 - 6 de noviembre de 1963

La potencia de la señal aumentó bruscamente. Había párrafos enteros acerca de la teoría de Wheeler-Feynman. Gordon llamó a Claudia Zinnes para ver si el grupo de Columbia estaba obteniendo los mismos resultados.

—No, no desde hace cinco días —dijo ella—. Primero tuvimos algunos fallos en el equipo. El estudiante pilló la gripe... el que había estado realizando todas las pruebas. Creo que estaba demasiado agotado. Esos horarios que nos dio usted... son diez, doce horas en el laboratorio, Gordon.

—¿Quiere decir que no tiene nada?

—No, por ahora no.

—¿No podría hacer algo de este tiempo usted misma?

—Lo haré, empezando mañana. Pero tengo otras cosas que hacer también, ya lo sabe.

—Seguro, claro. Me gustaría tener alguna confirmación, eso es todo.

—Pero si ya lo tenemos, Gordon. El efecto, quiero decir.

—No es solamente el efecto lo importante. Claudia, revise esas señales. Piense en lo que significan.

—Gordon, no creo que sepamos lo suficiente todavía para...

—De acuerdo, lo acepto, básicamente. La mayor parte de mis datos son un revoltijo. Fragmentos. Trozos de frases. Fórmulas. Pero en su conjunto dan una impresión consistente.

La voz de ella adoptó la claridad precisa y profesional que recordaba de sus clases.

—Primero los datos, Gordon. Luego podremos aventurar alguna teoría, quizá.

—Sí, de acuerdo. —Sabía que era mejor no discutir con ella acerca de la filosofía de la experimentación en física. Sus puntos de vista eran más bien rígidos.

—Le prometo que empezaré mañana.

—De acuerdo, pero puede que por aquel entonces ya hayan desaparecido. Quiero decir...

—No kvetck, Gordon. Mañana empezaremos de nuevo.

Llegó menos de tres horas más tarde, un poco después del mediodía del martes 6 de noviembre. Nombres, datos. La floración extendiéndose. Las frases que lo describían eran entrecortadas y tensas. Algunas partes resultaban embrolladas. Faltaban letras. Un largo pasaje, sin embargo, relataba cómo habían empezado los experimentos y quiénes estaban implicados en ellos. Esas frases eran más largas y más relajadas y casi conversacionales, como si alguien estuviera simplemente enviando lo que pasaba por su cabeza.

...CON MARKHAM DESAPARECIDO Y ESE MALDITO ESTÚPIDO DE RENFREW LLEVÁNDOLO TODO NO HAY NINGÚN FUTURO PARA NUESTRO PEQUEÑO PLAN NI NINGÚN PASADO TAMPOCO SUPONGO QUE NADA DE ESO PUEDE EXPRESARSE CON EL LENGUAJE PERO LA COSA HUBIERA PODIDO HABER FUNCIONADO SI...

Hubo un crepitar de ruido. El largo pasaje desapareció y no regresó. La concisa información biológica reapareció. Faltaban palabras. El ruido estaba ascendiendo como un mar embraveciéndose. A través de las últimas entrecortadas frases parecía apreciarse un vago sentimiento de desesperación.

Penny vio algo diferente en su rostro cuando Gordon entró en la cocina. Sus alzadas cejas formularon una pregunta.

—Hoy lo conseguí. —Le sorprendió a sí mismo la forma fácil e inexperta en que era capaz de decirlo.

—¿Conseguiste qué?

—La respuesta, por el amor de Dios.

—Oh. Oh.

Gordon le tendió una fotocopia de su bloc de notas de laboratorio.

—¿De modo que es realmente lo que tú pensabas?

—Aparentemente. —Ahora había en él una tranquila seguridad. No sentía ninguna necesidad apremiante de decir nada acerca del resultado, ninguna tensión, ni siquiera un asomo de la maníaca alegría que había esperado. Los hechos estaban ahí al fin, y ellos podían hablar por sí mismos.

—Dios mío, Gordon.

—Sí, Dios mío.

Hubo un momento de silencio entre ellos. Penny dejó la fotocopia sobre la mesa de la cocina y se volvió para seguir deshuesando un pollo.

—Bien, eso debería garantizar tu promoción.

—Seguro que debería —dijo Gordon con un cierto placer.

—Y quizás... —ella le miró ligeramente de soslayo— quizá te devuelva las ganas de vivir. —La frase había empezado correctamente, pero al final un tono amargo se apoderó de ella. Gordon frunció los labios, irritado.

—Tú no me la has hecho más fácil.

—Hay límites, Gordon.

—Oh.

—Yo no soy tu maldita mujercita.

—Sí, lo dejaste brillantemente claro hace un cierto tiempo.

Ella resopló, los labios tan apretados que se pusieron pálidos, y se secó las manos con una toalla de papel. Se inclinó hacia delante y conectó la radio. Empezó a sonar

una canción de Chubby Checker. Gordon avanzó unos pasos y la apagó. Ella lo miró, sin decir nada. Gordon tomó la fotocopia y la metió en el bolsillo de su chaqueta, después de doblarla cuidadosamente.

—Creo que voy a ir a leer un poco —dijo.

—Sí, hazlo —dijo ella.

Durante toda la tarde del 7 de noviembre el nivel de ruido ascendió. Durante casi todo el tiempo cubrió la señal. Gordon obtuvo algunas pocas palabras aquí y allá, y un muy claro AR 18 5 36 DEC 30 29.2, y eso fue todo. Las coordenadas tenían un punto preciso que debía corresponder a su posición en el firmamento. El ápex solar era una media del movimiento del Sol. Dentro de treinta y cinco años la Tierra estaría en una localización cercana a esa media. Gordon sintió una cierta relajación mientras observaba el embrollado ruido.

Todas las piezas encajaban ahora. Zinnes podía confirmar al menos parte de ello. Ahora la cuestión era cómo presentar los datos, cómo modificar un caso consistente que no pudiera ser echado a un lado con un simple movimiento de la mano. ¿Un artículo directo en la Physical Review? Ése sería el enfoque estándar. El tiempo normal de espera en la Phys Rev era al menos de nueve meses, sin embargo. Podía publicarlo en la Physical Review Letters, pero las cartas tenían que ser cortas. ¿Cómo podía resumir hasta tal punto todos los detalles experimentales, más los mensajes? Gordon sonrió tristemente. Tenía entre sus manos un resultado de enormes proporciones, y estaba dudando acerca de cómo presentarlo. Pura farándula.

Penny puso tenedores y cuchillos a la mesa; Gordon, los platos. A través de las persianas se filtraban amarillentos dardos de sol. Ella avanzaba graciosamente atravesando aquella luz, el rostro pensativo.

Comieron en silencio por un momento, hambrientos los dos.

—Hoy he estado pensando en tus experimentos —empezó ella, vacilante.

—¿Sí?

—No los comprendo. Considerar así el tiempo...

—Yo tampoco veo cómo puede tener sentido. Pero es un hecho.

—Y los hechos son los que mandan.

—Bueno, sí. Pero tengo la sensación de que estamos considerándolo desde un punto de vista erróneo. El espaciotiempo no puede funcionar de la forma en que piensan los físicos.

Ella asintió y se puso algunas patatas en el plato, aún pensativa.

—Thomas Wolfe: «Tiempo, oscuro tiempo, secreto tiempo, siempre fluyendo como un río». Recuerdo esto de *La tela y la roca*.

—No lo he leído.

—Hoy leí un poema de Dobson, pensando en ti. —Penny tomó un papel de entre sus libros y se lo tendió.

*¿El tiempo pasa, dices? ¡Ah, no!*  
*El tiempo permanece, nosotros pasamos.*

El se echó a reír.

—Sí, algo así. —Empezó a cortar su salchicha de Frankfurt con entusiasmo.

—¿Crees que la gente como Lakin va a seguir cuestionando tu trabajo?

Masticó lentamente.

—Bueno, en el mejor sentido de la palabra, espero que lo hagan. Cada resultado en ciencia tiene que enfrentarse a las críticas de cada día. Los resultados tienen que ser comprobados y repensados.

—No, quiero decir...

—Lo sé, si van a intentar darme algún golpe bajo. Espero que sí. —Sonrió—. Si llevan las cosas mucho más allá del legítimo escepticismo científico, simplemente van a caer desde mucho más arriba.

—Bueno, espero que no.

—¿Por qué?

—Porque... —su voz se quebró— va a ser duro para ti, y ya no puedo soportar que esto ocurra de nuevo.

—Amor...

—No puedo. Has estado tenso como un tambor durante todo este verano y otoño. Y cuando intento enfrentarme a ello, no puedo llegar hasta ti y empiezo a atacarte y...

—Amor...

—Las cosas se han puesto tan imposibles. Yo simplemente...

—Dios, lo sé. También ha podido conmigo.

—Y conmigo... —dijo ella suavemente.

—Empiezo a pensar en un problema, y las demás cosas, las demás personas, simplemente parecen ponerse en medio para molestar.

—También ha sido culpa mía. Deseo mucho de ti, mucho de nosotros, tanto, y no lo consigo.

—Hemos estado desgarrándonos mutuamente.

Ella suspiró.

—Sí.

—Yo... creo que la física empezará a ser menos dura a partir de ahora.

—Eso... eso es lo que espero. Quiero decir, estos últimos días las cosas han sido un poco distintas. Mejores. Como eran hace un año, realmente. Estás relajado, yo no estoy pinchándote todo el tiempo para... Creo que vamos mejor. Por primera vez desde hace siglos.

—Sí. Yo también lo creo. —Gordon sonrió, vacilante. Comieron en un confortable silencio. En el húmedo resplandor del atardecer, Penny hizo girar el

contenido de su vaso de vino blanco y miró al techo, pensativa. Gordon sabía que acababan de firmar una implícita tregua.

Penny empezó a sonreír, los ojos vagos. Dio otro sorbo al ambarino vino y clavó su tenedor en una salchicha. Sujetándola frente a ella con una sonrisa apreciativa, la giró de un lado y de otro, estudiándola críticamente.

—La tuya es más grande —dictaminó. Gordon asintió solemnemente.

—Quizás. Esa tiene, ¿cuánto, treinta centímetros? Sí, puedo batir eso.

—En esos asuntos, la unidad preferida es la pulgada. Es más tradicional.

—Está bien.

—No es que yo sea una purista, compréndelo.

—Oh, no, jamás se me ocurriría pensarlo.

Despertó con un brazo dormido. Apartó suavemente la cabeza de ella de su bíceps y permaneció tendido allí, sintiendo como el punzante dolor iba desapareciendo. Fuera, había llegado la refrescante noche. Se sentó lentamente y ella se arrimó, a él, murmurando. Estudió las redondeadas protuberancias de su columna vertebral, una sucesión de colinas entre la bronceada extensión de su piel. Pensó en el tiempo, que podía fluir y enlazarse consigo mismo, como ningún río podía hacer, y sus ojos siguieron el estrechamiento de la espalda de ella. Luego venía el ensanchamiento de las caderas, un complejo de lisas superficies descendiendo hasta el maduro promontorio más abajo, el bronceado fundiéndose en un sorprendente blanco puro. Medio adormilada, ella le había informado solemnemente que Lawrence había llamado al órgano masculino un pilar de sangre, una frase que él consideró como grotesca. Pero por otra parte, añadió ella, no dejaba de ser algo así, ¿no? «Todo en persecución de la petite mort», murmuró ella, y se deslizó en el sueño. Gordon sabía que ella había tenido razón respecto a la tensión entre los dos. Ahora estaba desvaneciéndose. Sabía que la había amado durante todo aquel tiempo, pero había habido tantas cosas...

Oyó una distante sirena. Algo le hizo desprenderse lentamente de ella. Avanzó por el frío suelo hasta la ventana. Podía ver gente andando de un lado para otro por el bulevar La Jolla bajo las pálidas luces de neón. Una moto de la policía pasó a toda velocidad. Allí la policía llevaba botas y tenía un aspecto casi militar, con cascos, gafas, sus rostros cuadrados e inexpresivos, como actores de una anticipación futurista, una película de serie B en blanco y negro. En Nueva York los policías eran más blandos, sus uniformes de un descolorido y más familiar color azul. La sirena aulló. Un coche de la policía pasó velozmente. Edificios, palmeras, cabezas volviéndose, tiendas y letreros... todo pulsó rojo en respuesta a la histérica luz giratoria sobre el veloz coche. Fragmentos de rojo rebotaron en los escaparates de las tiendas. La confusión cinética desapareció, aullando, su boca mecánica anunciando tumultos. La muerte Doppler de su sonido agitó a los peatones, llenando sus pasos

con nuevas energías. Algunas cabezas se volvieron para ver el crimen o fuego que había lanzado al coche como una bala. Gordon pensó en los mensajes y en el delgado hilo de desesperación que había cruzado por ellos. Una sirena. Había llegado como salpicaduras, impulsos, luz reflejada por las ondas al azar, visiones de un lugar lejano al otro lado del río. Debía contestar. Por razones científicas, sí, pero también por mucho más que eso.

—Oh, ¿está usted ocupado?

Era Cooper.

—No, adelante, entra. —Gordon empujó el montón de papeles que estaba corrigiendo hacia una esquina de su escritorio. Luego se echó hacia atrás en su silla y puso los pies encima de ellos. Unió sus manos detrás de su nuca, los codos separados, y sonrió—. ¿Qué puedo hacer por tí?

—Bueno, tengo mi examen de nuevo dentro de tres semanas, ya sabe. ¿Qué tengo que decir acerca de esas interrupciones? Quiero decir, Lakin y los otros se echaron sobre mí como si quisieran lapidarme con mierda la última vez.

—Exacto. Si yo fuera tú, ignoraría ese punto.

—Pero no puedo. Me atraparán de nuevo.

—Yo me haré cargo de ellos.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Esta vez tengo también un trabajito mío que presentarles.

—Bueno, yo no... Sacarme a Lakin de la espalda no es un asunto trivial. Ya vio usted la forma en que él...

—¿Por qué dices «no trivial»? ¿Por qué no «duro» o «difícil»?

—Bueno, ya sabe usted, así se habla en física...

—Sí, así se habla en física... Tenemos un montón de jerga como ésta. Me pregunto si a veces no sirve para ocultar las cosas, en vez de hacerlas más claras.

Cooper miró a Gordon de una forma extraña.

—Bueno, no sé.

—No seas indeciso —dijo Gordon jovialmente—. No tienes ningún problema. Yo voy a proteger tu retaguardia.

—Oh, bueno. —Cooper se dirigió inseguro hacia la puerta—. Si usted lo dice...

—Nos veremos en las murallas —dijo Gordon como despedida.

Estaba aproximadamente en la cuarta parte del primer borrador de su artículo para Science cuando llamaron a su puerta. Se había decidido por Science porque era una revista grande y prestigiosa y publicaba las cosas con bastante rapidez. Aceptaban además artículos largos, de modo que podía explicarlo todo de una sola vez, acumulando las pruebas de tal modo que nadie pudiera echarlas por tierra. Ya lo había comprobado todo con Claudia Zinnes. Ella publicaría una carta en el mismo número, confirmando algunas de sus observaciones.

—Hola. ¿Podemos entrar? —Eran los gemelos, los estudiantes graduados de primer año.

—Bueno, mirad, tengo un montón de trabajo...

—Son sus horas de oficina.

—¿De veras? Oh, sí. Bien, ¿qué es lo que queréis?

—Ha calificado usted mal algunos de nuestros problemas —dijo uno de ellos. La directa afirmación tomó a Gordon con la guardia baja. Estaba acostumbrado a que sus estudiantes exhibieran un poco más de humildad.

—¿Oh? —murmuró.

—Sí. Mire... —Uno de ellos empezó a escribir rápidamente en la pizarra de Gordon, cubriendo algunas de las notas que Gordon había puesto allí mientras estaba perfilando su artículo. Gordon intentó seguir la argumentación que el gemelo estaba exponiendo.

—Cuidado con lo que tengo escrito ahí. —El gemelo frunció el ceño a las molestas líneas de Gordon.

—De acuerdo —dijo democráticamente, y empezó a escribir en torno a ellas. Gordon centró su atención en las rápidas secuencias acerca de las funciones de Bessel y las condiciones de contorno del campo eléctrico. Necesitó cinco minutos para señalar los errores de los gemelos. Durante todo ese tiempo nunca estuvo seguro de a cuál de los dos se estaba dirigiendo. Eran virtualmente duplicados. Tan pronto como uno terminaba el otro proseguía el ataque con una nueva objeción, normalmente parafraseada en unas pocas palabras crípticas. Gordon consideró todo aquello excepcionalmente agotador. Al cabo de otros diez minutos, durante los cuales empezaron a interrogarle acerca de su investigación y de cuánto ganaba un ayudante investigador, consiguió librarse finalmente de ellos argumentando dolor de cabeza. Eso, más tres significativas miradas a su reloj, los llevaron hasta la puerta. Mientras estaba cerrándola, otra voz llamó:

—¡Espere un segundo! Doctor Bernstein. Gordon abrió reluctantemente la puerta. El hombre de la United Press se asomó.

—Sé que no quiere usted que le molesten, profesor...

—Exactamente. De modo que, ¿por qué me está molestando?

—Porque el profesor Ramsey me contó una historia, hace apenas un momento. Simplemente por eso.

—¿Qué historia?

—Acerca de usted y esas cadenas moleculares. De dónde obtuvo usted esa imagen. Cómo deseaba usted que todo se mantuviera en secreto. Lo tengo todo, toda la historia.

—El hombre estaba radiante.

—¿Por qué se lo dijo Ramsey?

—Algunas cosas las deduje por mí mismo. No sabe mantener su historia de forma coherente. No es un buen mentiroso, ese Ramsey.

—No, supongo que no.

—Él no quería decirme nada. Pero recordé ese asunto en el que estuvo usted mezclado, hará un tiempo.

—Saul Shriffer —dijo Gordon, con un repentino cansancio.

—Aja, ése es el tipo. Me limité a sumar dos más dos. Fui a ver a Ramsey para algunos datos adicionales y, en medio de nuestra entrevista, zas, le solté eso.

—Y él se puso a hablar como una cotorra.

—Exactamente.

Gordon se dejó caer en su silla. Se quedó allá, sentado flácidamente, observando al hombre de la United Press International.

—¿Y bien? —dijo el hombre. Sacó un bloc de notas—. ¿Va a contármelo todo, profesor?

—Nunca me ha gustado el tercer grado.

—Lo siento si le he ofendido, profesor. No estoy aplicándole ningún tercer grado. Simplemente husmé un poco por aquí y por allá y...

—De acuerdo, de acuerdo. Lo comprendo.

—Eso es algo que va a tener que salir a la luz algún día, y usted lo sabe. Esa cosa de Ramsey-Hussinger no ha llamado demasiado la atención, por lo que sé. Pero puede llegar a convertirse en algo importante. La gente va a oír hablar de ello. Su parte en el asunto puede ser muy valiosa.

Como en un sueño, Gordon empezó a reír suavemente.

—Puede ser valiosa... —dijo, y se echó a reír de nuevo. El hombre frunció el ceño.

—Hey, mire, ¿va a decirme algo, sí o no?

Gordon sintió que un extraño y abrumador cansancio lo inundaba. Suspiró.

—Sí... supongo que sí.

A Gordon no se le había ocurrido que las luces pudieran ser tan brillantes. Había hileras de focos a ambos lados de la pequeña plataforma, para conseguir que su rostro quedara libre de sombras. La cámara de televisión apuntaba su objetivo hacia él, un Cíclope cuyo ojo no parpadeaba. Había algunos químicos entre el público, y casi todo el departamento de física. Los dibujantes del departamento habían estado trabajando hasta la medianoche para que todos los gráficos quedaran listos a tiempo. Gordon había encontrado en todo el personal una gran ayuda para recopilar y ordenarlo todo para él. Estaba empezando a darse cuenta de que la hostilidad que había sentido emanar de ellos era una pura ilusión, un producto de sus propias dudas. Los últimos días habían sido una revelación. Los miembros del departamento lo llamaban en el vestíbulo, escuchaban intensamente sus descripciones de los datos, y visitaban el laboratorio.

Miró a su alrededor en busca de Penny. Allí estaba... al fondo, con su traje rosa. Sonrió débilmente ante un gesto de su mano. Los hombres de la prensa estaban murmurando entre sí mientras buscaban sus asientos. El equipo de televisión estaba en su lugar, y una mujer con un micrófono daba las instrucciones de última hora. Gordon contó la asistencia. Increíblemente, era mayor que el número de los que habían asistido a la conferencia del Nobel de María Mayer. Pero en aquella ocasión habían dispuesto únicamente de uno o dos días para prepararlo todo. El hombre de la UPI había conseguido la exclusiva de su historia —contratada rápidamente por las demás agencias de noticias—, y la universidad había tenido tiempo suficiente para montar su espectáculo.

Gordon revisó sus notas con dedos húmedos. Realmente, no había deseado nada de lo que estaba ocurriendo. Tenía la sensación de que todo aquello no era correcto... la ciencia ofrecida al público, la ciencia haciéndose un sitio a codazos en las noticias de las seis, la ciencia como un bien de consumo. El empuje de todo aquello era inmenso. Al final no quedaría más que su artículo en Science, donde sus resultados deberían corresponder a sus pruebas, donde no habría ningún prejuicio ni a favor ni en contra que hiciera inclinar la balanza...

—¿Doctor Bernstein? Estamos preparados. Se secó la frente por última vez.

—De acuerdo, adelante. —Se encendió una luz verde. Miró directamente a la cámara, e intentó sonreír.

Peterson metió el coche en el garaje de ladrillos y sacó las maletas. Jadeando, las dejó fuera, en el camino que conducía hasta la granja. Las puertas del garaje se cerraron con un clang tranquilizador. Un viento mordiente soplaba del mar del Norte, barriendo el llano paisaje del este de Inglaterra. Se subió el cuello de su chaquetón de piel de oveja.

Ningún signo de movimiento en la casa. Probablemente nadie había oído el suave zumbido del coche. Decidió dar una vuelta por los alrededores, para dar un vistazo y estirar las piernas. La cabeza le daba vueltas. Necesitaba un poco de aire. Había pasado toda la noche en un hotel de Cambridge, cuando la repentina sensación de desmoronamiento lo había invadido de nuevo. Durmió durante la mayor parte de la mañana, y bajó con la esperanza de comer algo. El hotel estaba desierto. Al igual que las calles. Había señales de vida en las casas cercanas, humo en las chimeneas, y el amarillo resplandor de las luces. Peterson no se detuvo a preguntar. Condujo a través de un triste y vacío Cambridge, y salió al sombrío y llano campo lleno de marjales.

Se frotó las manos, más con satisfacción que para mantenerlas calientes. Desde hacía tiempo, cuando la enfermedad lo había golpeado de nuevo fuera de Londres, había llegado al convencimiento de que nunca podría llegar hasta tan lejos. Las carreteras estaban embotelladas a la salida de Londres y luego, al día siguiente, al norte de Cambridge, extrañamente vacías. Había visto camiones volcados y graneros incendiados al norte de Bury St. Edmunds. Cerca de Stowmarket una pandilla intentó atacarle. Llevaban hachas y azadas. Lanzó el coche directamente por entre ellos, arrojando cuerpos por el aire como si fueran bolos.

Pero aquí la granja permanecía tranquila bajo las avanzantes nubes grises del este de Inglaterra. Hileras de árboles sin hojas marcaban los límites del terreno. Negros bultos colgaban del entramado de desnudas ramas, nidos de cuervos recortados contra el cielo. Caminó pesadamente cruzando el campo occidental, sintiendo las piernas débiles, el negro lodo pegándose a sus botas. A su derecha, las vacas se apretujaban pacientemente junto a una puerta, su aliento creando nubéculas en el aire, aguardando ser conducidas a su establo. La cosecha había sido efectuada hacía dos semanas... él lo había ordenado. Los campos estaban vacíos ahora. Dejémoslos descansar; hay tiempo.

Dio un rodeo cruzando los campos de remolacha hasta la vieja casa de piedra. Parecía engañosamente ruinoso. La única nota visible de algo nuevo era el invernadero de cristal adosado al sur. Los paneles de cristal llevaban embutida una tela metálica, eran completamente seguros. Hacía años, cuando había empezado todo aquello, se había decidido por un sistema totalmente subterráneo, completamente aislado. El invernadero disponía de agua filtrada y fertilizantes. Los depósitos de

agua bajo los campos del norte contenían reservas para un año. El invernadero podía producir un razonable suministro de verduras durante largo tiempo. Eso, y la despensa guardada bajo la casa y el granero, proporcionaban unas amplias reservas.

Para hacer todos esos trabajos, por supuesto, había contratado obreros de ciudades alejadas. La enorme reserva de carbón procedía de Cambridge, no del más cercano Dereham. Las minas en los campos y a lo largo de la única carretera —que podían ser activadas a control remoto o mediante un sistema de detección— habían sido instaladas por un mercenario. Peterson había arreglado las cosas de modo que el hombre fuera contratado para una operación en el Pacífico inmediatamente después, y no había regresado. Los perros guardianes electrónicos que protegían la granja habían sido adquiridos en California y montados por un tipo de Londres. De este modo, nadie conocía exactamente la amplitud de la operación.

Sólo su tío lo sabía todo, y era un hombre más bien silencioso. Lo cual quería decir que era también una compañía bastante aburrida. Por un momento lamentó no haberse traído a Sarah. Pero ella no hubiera encajado demasiado allí, hubiera sido incapaz de soportar la soledad de los largos días. De todas las mujeres que había conocido el pasado año, Marjorie Renfrew era la única que podía haber encajado allí. Sabía algo de los trabajos de una granja, y había resultado ser inesperadamente sensual. Había comprendido su necesidad cuando llegó a su casa aquella noche, y lo había recibido con una instintiva pasión. Pese a ello, sin embargo, no podía imaginar el vivir con ella durante más de una semana. Hablaría y no pararía de ir de un lado para otro, molestando, criticándolo como una madre, alternativamente.

No, los únicos compañeros que podía imaginar para el inmediato futuro eran hombres. Pensó en Greg Markham. Era alguien en quien hubieras podido confiar que no te dispararía a la espalda en una cacería de venados ni saldría corriendo ante una serpiente. Una inteligente conversación y un silencio sociable. Buen juicio, y una cierta perspectiva.

Sin embargo, iba a ser difícil sin una mujer. Probablemente hubiera debido emplear más tiempo en aquello, no encerrarse tanto en los aleteantes entornos de Sarah. No importaba lo que hiciera el mundo para salirse de aquel cenagal, con los tiempos difíciles las actitudes suelen cambiar. Lo que la ciencia social llamaba a menudo «sexualidad libre», y que Peterson siempre había imaginado que era dar lo que el mundo debía a todos, dejaría de existir. Mujeres, mujeres de todas clases y formas y aromas. Como el resto de la gente, cambiaban también, por supuesto, pero como objetivos de un estilo secundario de vida más allá del frágil intelecto eran notablemente iguales, hermanas compartiendo la misma magia. Había intentado comprender su propia actitud en términos de teoría psicológica, pero lo había dejado correr convencido del simple y llano hecho de que vivir iba más allá de esas categorías. Las ideas no convenientes funcionaban. No se trataba de reforzar el ego ni

de disimulada agresividad. No era tampoco una forma encubierta de alguna imaginada homosexualidad... había sentido una cierta inclinación hacia ello cuando joven y había descubierto que no era algo para él, no, gracias. Era algo que estaba más allá del nivel de la mera charla analítica. Las mujeres eran parte de esa ansia de devorar el mundo que siempre había sentido, una forma de mantenerse constantemente sensual pero nunca saciado.

De modo que durante el último año las había probado todas, había perseguido cualquier posibilidad. Desde hacía tiempo había sabido que estaba ocurriendo algo importante. La frágil pirámide con él cerca del vértice superior iba a desmoronarse. Había gozado de todo lo que pronto iba a pasar, las mujeres y todo lo demás, y ahora no sentía remordimientos. Cuando uno navega en el Titanic, es absurdo sacar billete de cubierta.

Se preguntó ociosamente cuántos futurólogos habrían tenido razón. Pocos, sospechaba. Sus etéreos escenarios raramente hablaban de respuestas individuales. Habían desviado incómodos la vista en aquel viaje al norte de África. Lo personal, comparado con las mareas de las grandes naciones, no era más que un detalle irritante.

Se acercó a la casa de piedra, notando aprobadoramente lo vulgar y destartada que parecía.

—¡Ha vuelto usted, señor!

Peterson se giró bruscamente. Un hombre se acercaba, empujando una bicicleta. Un hombre del pueblo, observó rápidamente. Pantalones de trabajo, chaqueta descolorida, botas altas.

—Sí, he vuelto para quedarme.

—Oh, estupendo, estupendo. Es un buen puerto para los días que corren, ¿eh? Le he traído su tocino y su cecina, señor.

—Oh. Excelente. —Peterson aceptó las cajas—. ¿Lo pondrá usted en la cuenta? —Mantuvo su voz tan natural como le fue posible.

—Bueno, precisamente de eso quería hablar con la casa. —Hizo una inclinación de cabeza, señalando hacia la granja.

—Puede hablarlo conmigo.

—De acuerdo. Bien, tal como están yendo las cosas... apreciaría que el pago fuera diario, tienda.

—Bueno, no veo ninguna razón para que no sea así. Nosotros...

—Y me gustaría el pago en especies, si es posible.

—¿Especies?

—El dinero ya no vale para nada, ¿verdad? ¿Algunas de sus verduras, quizá? Lo que más me gustaría sería latas de comida.

—Oh. —Peterson intentó valorar al hombre, que le dirigía una estereotipada

sonrisa, una sonrisa que tenía otras interpretaciones más allá de la simple amistad—. Supongo que podemos conseguir algo de eso, sí. No tenemos muchos alimentos enlatados, ya sabe.

—Sin embargo, nos gustaría, señor. ¿Había un ligero tono agresivo en su voz?

—Veré lo que podemos hacer.

—Sería estupendo, señor. —El hombre esbozó un breve gesto de llevar una mano a su frente, como si fuera un criado y Peterson el amo. Peterson se quedó allí de pie mientras el hombre montaba en su bicicleta y se alejaba pedaleando. Había habido el suficiente asomo de parodia en su gesto como para dar a toda la conversación una interpretación distinta. Observó al hombre salir de su propiedad sin volver la vista atrás. Frunciendo el ceño, se dirigió de nuevo hacia la casa.

Rodeó el seto, evitando el jardín, y cruzó el patio de la granja. Del corral le llegaron apagados y alegres cloqueos. Junto a la puerta, rascó su botas en el viejo rascador de hierro y luego se las quitó apenas cruzar el umbral. Se puso unas zapatillas y colgó su chaqueta.

La enorme cocina era cálida y bien iluminada. La había equipado con una moderna instalación pero había dejado el antiguo suelo de piedra, desgastado por siglos de uso, y la gran chimenea y el viejo banco de roble. Su tío y su tía estaban sentados a ambos lados del fuego en cómodas mecedoras de respaldo alto, tan silenciosos e inmóviles como los morillos de hierro del hogar. En su lugar a la cabecera de la mesa, la gran tetera redonda desaparecía bajo el almohadillado de su guardacalor. Roland, el factótum de la granja, estaba colocando silenciosamente una bandeja de panecillos, trocitos de mantequilla dulce, y un plato de mermelada de fresas de fabricación casera sobre la mesa. Avanzó hacia el fuego para calentarse las manos. Su tía, al verle, se sobresaltó.

—¡Oh, bendita sea, pero si es Ian!

Se inclinó y palmeó a su esposo en la rodilla.

—¡Henry! Mira quién está aquí. Es Ian, ha venido a vernos. ¿No es maravilloso?

—Ha venido a vivir con nosotros, Dot —respondió pacientemente su tío.

—¿Oh? —dijo ella, desconcertada—. Oh. ¿Dónde está entonces esa preciosa chica tuya, Ian? ¿Dónde está Ángela?

—Sarah —corrigió él automáticamente—. Se ha quedado en Londres.

—Hum. Una chica estupenda, pero un poco ligera. Bueno, tomemos el té. —Se quitó la manta que cubría sus piernas.

Roland avanzó y la ayudó a levantarse y dirigirse hacia donde estaba la tetera. Se sentaron todos en torno a la mesa. Roland era un hombre robusto, de movimientos lentos. Llevaba dos décadas con la familia.

—Mira, Roland, Ian ha venido a visitarnos. —Peterson suspiró. Su tía llevaba años senil; sólo su marido y Roland mantenían una cierta continuidad en su mente.

—Ian ha venido a vivir con nosotros —repitió su tío.

—¿Dónde están los niños? —preguntó ella—. Se están retrasando.

Nadie le recordó que sus dos hijos se habían ahogado en un accidente de navegación hacía quince años. Aguardaron pacientemente a que se completara el diario ritual.

—Bien, pues no les esperemos. —Tomó la pesada tetera y empezó a servir el fuerte y humeante té en las tazas de cerámica artesana a rayas azules y blancas.

Comieron y bebieron en silencio. Fuera, la lluvia que había estado amenazando durante todo el día empezó a caer, tímidamente al principio, repiqueteando contra las ventanas, luego con mayor firmeza. En la distancia, las vacas, alteradas por el golpetear de la lluvia sobre el techo de su cobertizo, mugieron su lamento.

—Está lloviendo —apuntó su tío.

Nadie respondió. A Peterson le gustaba aquel silencio. Y cuando hablaban, sus planas vocales propias del este de Inglaterra penetraban como un bálsamo en sus oídos, lentas y suaves. La canguro de su infancia había sido una mujer de Suffolk.

Terminó su té y se dirigió a la biblioteca. Pasó los dedos por la garrafita de cristal tallado, renunció a tomar una copa. El rítmico sonido de la lluvia quedaba ahogado por las pesadas contraventanas de roble. Habían sido bien construidas ocultando una plancha de acero. Había convertido el lugar en una fortaleza. Capaz de resistir un largo asedio. Los establos y los corrales poseían dobles paredes y estaban conectados con la casa mediante túneles. Todas las puertas eran dobles, con enormes cerraduras. Cada habitación era una armería en miniatura. Sacó un rifle de la pared de la biblioteca. Comprobó la recámara: aceitada y cargada, como había ordenado.

Escogió un cigarro y se dejó caer en su sillón de piel con brazos. Tomó un libro que había permanecido allí aguardando, un Maugham. Empezó a leer. Roland llegó y encendió la chimenea. El crujir de la madera alejó los residuos de frío de la habitación. Más tarde habría tiempo para revisar el almacenamiento de provisiones y establecer un plan alimentario. Nada de agua procedente del exterior, al menos durante un tiempo. No más viajes al pueblo. Se arrellanó más en el sillón, consciente de las cosas que aún había que hacer, pero que por el momento todavía no eran urgentes. Le dolían los miembros y se sentía aún invadido por oleadas de debilidad. Allí todavía era Peterson de Peters Manor, y dejó que esta sensación se infiltrara en él, proporcionándole una especie de relajación interior. ¿Era Russell quien había dicho que ningún hombre se sentía realmente cómodo lejos del entorno de su infancia? Había una cierta verdad en aquello. Pero el tipo del pueblo, precisamente ahora... Peterson frunció el ceño. Realmente, debían dejar de utilizar el tocino; cualquier cosa que pudiera estar contaminada por lo que caía de las nubes, al menos durante un tiempo. El hombre del pueblo probablemente sabía esto. Y debajo de sus modales de sí-señor había habido una clara amenaza. Había venido a negociar

seguridad, no tocino. Dale un poco de comida enlatada, y se quedará contento.

Peterson se agitó inquieto en su sillón. Durante toda su vida no había dejado de moverse, pensó. Había abandonado su placentera existencia de caballero campesino para ir a Cambridge, y luego para meterse en el gobierno. Había utilizado todas las palancas que había encontrado para impulsarse hacia arriba. Sarah, evidentemente, era el caso más reciente y más claro, sin olvidar el propio Consejo. Todos habían ayudado. El propio gobierno, por supuesto, había seguido en buena medida la misma estrategia. La economía moderna y el estado del bienestar hipotecaban fuertemente el futuro.

Ahora se hallaba en un lugar que no podía abandonar. Tenía que depender de aquellos que había a su alrededor. Y de pronto fue inconfortablemente consciente de que aquel pequeño grupo de personas hasta entonces fácilmente manejables en la casa y en el pueblo eran agentes libres también. Una vez la sociedad empezaba a resquebrajarse, ¿en qué se convertía el orden que había mantenido al Peters Manor tranquilo y a salvo? Peterson permaneció sentado a la menguante luz del día y pensó, tamborileando con los dedos en el brazo de su sillón. Intentó seguir con su lectura, pero no consiguió centrar en ella su interés. A través de la ventana podía ver los roturados campos que se extendían hasta el horizonte. Un viento del norte agitaba las recortadas copas de los árboles. Estaba anocheciendo. El fuego chasqueaba.

## 44 - 22 de noviembre de 1963

Gordon escribió toda la ecuación antes de comentarla. La tiza amarilla chirrió en la pizarra.

—De este modo vemos que, si integramos las ecuaciones de Maxwell sobre el volumen, el flujo...

Un movimiento en la parte de atrás de la clase llamó su atención. Se volvió. Una secretaria del departamento agitaba vacilante una mano hacia él.

—¿Si?

—Doctor Bernstein, lamento interrumpirle pero acabamos de oír por la radio que han disparado al presidente. —Lo dijo sin respirar, en un largo jadeo. Se produjo una agitación en la clase—. Pensé... que desearía usted saberlo —terminó débilmente.

Gordon no se movió. Las especulaciones corrieron por su mente. Luego recordó dónde estaba y las echó firmemente a un lado. Había una clase que terminar.

—Muy bien. Gracias. —Estudió los alterados rostros de sus alumnos—. Creo que, en vista de todo lo que nos falta todavía para cubrir el semestre... Hasta que sepamos algo más, deberíamos seguir con la clase.

—¿Dónde ha ocurrido? —preguntó bruscamente uno de los gemelos.

—En Dallas —respondió sumisamente la secretaria.

—Espero que alguien se encargue también de Goldwater, entonces —dijo el gemelo, con una repentina vehemencia.

—Tranquilos, tranquilos —dijo Gordon con suavidad—. No hay nada que podamos hacer desde aquí, ¿no? Propongo continuar.

Tras lo cual volvió a la ecuación. Realizó la mayor parte de la exposición introductoria del vector de Poynting, ignorando el zumbido de los murmullos a su espalda. Dio un ritmo a su exposición. Puntuó los extremos importantes con golpecitos de la tiza. Las ecuaciones desplegaron su belleza. Conjuró las ondas electromagnéticas y las dotó de momento. Habló de imaginarias cajas matemáticas saturadas de luz, con su flujo mantenido en un preciso equilibrio por el invisible poder de las derivadas parciales.

Otra agitación al fondo de la clase. Varios estudiantes estaban marchándose. Gordon dejó su tiza.

—Supongo que no pueden concentrarse ustedes bajo las circunstancias —admitió—. Seguiremos el próximo día. Uno de los gemelos se levantó para irse y dijo al otro:

—Lyndon Johnson. Jesús, podemos encontrarnos finalmente con él.

Gordon se abrió camino hasta su oficina y dejó sus notas de clase. Estaba cansado, pero supuso que tenía que ir en busca de algún televisor y ver las noticias. La semana anterior aquello había sido una casa de locos de entrevistas, interpelaciones de otros físicos, y una sorprendente atención por parte de todos los

medios de comunicación. Se sentía agotado de todo aquello.

Recordó que el hogar del estudiante, allá en la playa Scrips, tenía televisión. Llegar hasta allí en su Chevy le tomó tan sólo un momento. Parecía haber poca gente por las calles.

Los estudiantes estaban alineados en tres filas en torno al aparato. Cuando Gordon llegó y se quedó en la parte de atrás, Walter Cronkite estaba diciendo:

—Repito, no hay ninguna información definitiva del Parkland Memorial Hospital acerca del presidente. Un sacerdote que acaba de abandonar la sala de operaciones ha sido oído diciendo que el presidente estaba agonizando. Sin embargo, esto no es un anuncio oficial. El sacerdote ha admitido que al presidente le han sido administrados los últimos sacramentos.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Gordon a un estudiante que tenía cerca.

—Algún tipo le disparó desde una biblioteca, dicen. Cronkite recibió una hoja de papel desde un lado de la cámara.

—El gobernador John Connally está siendo intervenido en la sala de operaciones contigua a la del presidente. Los doctores que operan al gobernador han dicho únicamente que su estado es grave.

Se sabe también que el vicepresidente Johnson se halla en el hospital. Aparentemente está aguardando en una pequeña sala al final del corredor donde se halla el presidente. Los servicios secretos tienen la zona completamente acordonada, con la ayuda de la policía de Dallas.

Gordon observó que algunos de los estudiantes de su clase se reunían cerca de él. La sala estaba repleta ahora. La multitud permanecía completamente inmóvil mientras Cronkite hacía una pausa, escuchando por unos pequeños auriculares que apretó contra sus oídos. A través de las puertas deslizantes de cristal que conducían al porche de madera, Gordon pudo ver las olas rompiéndose en blanca espuma y ascendiendo por la arena de la playa. Fuera, el mundo seguía su inalterable ritmo. Dentro, en aquel pequeño rincón, dominaba una parpadeante pantalla de color.

Cronkite miró hacia un lado de la cámara y luego de nuevo a ésta.

—La policía de Dallas acaba de hacer público el nombre de la persona que sospechan fue el tirador. Ese nombre es Lee Oswald. Aparentemente es un empleado del edificio de la biblioteca. Desde ese edificio fue desde donde se efectuaron los disparos... algunos dicen que de rifle, pero esto no ha sido confirmado. La policía de Dallas no ha dado más información. Hay muchos policías en torno a ese edificio ahora, y es muy difícil conseguir alguna información. Sin embargo, hemos enviado a varios hombres al lugar de los hechos y me acaban de comunicar que está siendo instalada allí una cámara.

En la sala estaba empezando a hacer calor. La luz del sol otoñal penetraba por las puertas de cristal. Alguien encendió un cigarrillo. Las volutas de humo se elevaron y

formaron estratos azules en el aire mientras Cronkite seguía hablando, repitiendo lo que había dicho antes, esperando más información. Gordon empezó a respirar más rápidamente, como si el aire se hubiera espesado demasiado y le costara entrar en sus pulmones. La luz se hizo glauca, oscilante. La gente a su alrededor notó aquella misma sensación y se agitó inquieta, trigo humano bajo un extraño viento.

—Algunos componentes de la multitud que estaba reunida en torno a la plaza Deeley dicen que se produjeron dos disparos contra la caravana presidencial. Sin embargo, hay otros informes que hablan de tres y cuatro disparos. Uno de nuestros reporteros en el lugar de los hechos dice que los disparos partieron de una ventana del sexto piso de esa biblioteca.

La escena cambió de pronto a un desolado paisaje otoñal en blanco y negro. Grupos de gente se arracimaban en la acera ante un edificio de ladrillos. Los árboles se alzaban en un árido contraste contra el brillante cielo. La cámara hizo una panorámica para mostrar una gran plaza vacía. Los coches bloqueaban las calles laterales. La gente corría de un lado para otro.

—Este lugar que están viendo ustedes ahora es el lugar de los disparos —prosiguió Cronkite—. Aún no hay ninguna información definitiva sobre el presidente. Una enfermera en el pasillo exterior ha dicho que los doctores que atienden al presidente han practicado una traqueotomía... es decir, una incisión en la tráquea, para permitir al presidente respirar. Esto parece confirmar los informes de que el señor Kennedy fue alcanzado en la nuca.

Gordon se sintió mal. Se secó las gotas de sudor que perlaban su frente. Era la única persona en la estancia que llevaba chaqueta y corbata. El aire era húmedo, casi viscoso. La extraña sensación de hacía un momento iba desapareciendo lentamente.

—Tenemos aquí otro informe de que la señora Kennedy ha sido vista en el corredor adjunto a la sala de operaciones. No tenemos ninguna indicación de lo que puede significar esto.

Cronkite llevaba una camisa de manga corta. Parecía inseguro y ansioso.

—Volvamos a la plaza Deeley... —De nuevo la multitud, el edificio de ladrillos, la policía por todas partes—. Sí, hay una declaración de la policía de que Oswald ha sido trasladado fuera de este lugar bajo una importante escolta policial. No le hemos visto abandonar el edificio de la biblioteca, al menos no desde la entrada principal. Aparentemente lo han sacado por la parte de atrás. Oswald ha permanecido en el interior del edificio desde que fue capturado ahí, momentos después de los disparos. Esperen... esperen...

En la pantalla, la multitud se estaba apartando. Hombres llevando abrigo y sombreros avanzaban a la cabeza de una doble hilera de policías, echando a la multitud hacia atrás.

—Alguien más está abandonando el edificio de la biblioteca, llevado por la

policía. Nuestros cámaras allí me dicen que es otra persona implicada en el incidente, en la captura del sospechoso, Lee Oswald. Creo que ahora puedo verle...

Entre las filas de policías avanzaba un muchacho, quinceañero. Miraba a su alrededor, a los cuerpos apretujados, con aire desconcertado. Llevaba una chaqueta de piel tostada y unos tejanos. Tendría su buen metro ochenta de estatura y miraba por encima de las cabezas de los policías. Su cabeza giraba de un lado a otro, registrándolo todo. Tenía el pelo castaño, y llevaba unas gafas que reflejaban destellos del oblicuo sol del atardecer. Su cabeza se detuvo cuando vio la cámara. Una figura avanzó ante ésta, con un micrófono en la mano. La policía bloqueó su paso. Distantemente:

—Si pudiéramos obtener simplemente una declaración, yo... Un policía de paisano que mandaba el grupo agitó la cabeza.

—Nada hasta más tarde, cuando...

—¡Hey, espere!

Era el quinceañero, con una voz fuerte y resonante que detuvo a todo el mundo. El policía de paisano, una mano alzada, la palma por delante, hacia la cámara, miró hacia atrás por encima de su hombro.

—Ustedes los polis ya me han incordiado bastante —dijo el muchacho. Se abrió paso a golpes de hombro. Los policías se desplegaron ante él, concentrándose en contener a la multitud y echarla hacia atrás. El muchacho llegó junto al policía de paisano—. Mire, ¿estoy arrestado o qué?

—Bueno, no, estás bajo protección...

—Aja, eso es lo que pensaba. ¿Ve eso? Es una cámara de televisión, ¿no? ¿Acaso se supone que tienen que protegerme ustedes contra eso, eh?

—No, mira, Hayes... tenemos que sacarte fuera de la calle. Puede ocurrir...

—Le digo a usted que el tipo estaba solo ahí arriba. No hay nadie más de quien preocuparse. Y yo voy a hablar con esos chicos de la tele porque soy un ciudadano libre.

—Eres un menor —empezó a decir vacilante el policía de paisano—, y nosotros tenemos que...

—Tonterías. Aquí... —Se adelantó al policía de paisano y tomó el micrófono—. ¿Ve...? Ningún problema. —Varias personas que estaban cerca aplaudieron.

El policía de paisano miró desconcertado a su alrededor. Empezó:

—No queremos que des ningún...

—¿Qué ocurrió ahí dentro? —gritó alguien.

—¡Un montón de cosas! —gritó Hayes en respuesta.

—¿Viste al tipo ese disparar?

—Lo vi todo, amigo. Yo fui quien lo cogió, eso fue lo que hice. —Miró directamente a la cámara—. Me llamo Bob Hayes y lo vi todo, y estoy aquí para

contárselo. Bob Hayes, del instituto Thomas Jefferson.

—¿Cuántos tiros se dispararon? —preguntó una voz fuera de imagen, intentando que Hayes se centrara en la historia.

—Tres. Yo estaba cruzando el vestíbulo de fuera cuando oí el primero. El tipo de abajo estaba comiendo y me había enviado a buscar algunas revistas que había guardado arriba. De modo que yo estaba buscándolas cuando oí aquel fuerte ruido.

Hayes hizo una pausa, evidentemente gozando de todo aquello.

—¿Y? —dijo alguien.

—Me di cuenta de que se trataba de un disparo de rifle. Así que abrí aquella puerta de donde parecía salir. Vi esos huesos de pollo en una caja de cartón, como si alguien hubiera estado comiendo. Entonces vi al tipo aquel agachado y apuntando su rifle por la ventana. Lo tenía apoyado en el alféizar, para sujetarlo más firmemente. Estaba reclinado sobre algunas cajas de cartón, también.

—¿Era Oswald?

—Ese es el nombre que dijeron esos tipos. Yo no pregunté. —Hayes sonrió. Alguien se echó a reír—. Yo empecé a avanzar hacia el tipo y boom, él que dispara de nuevo. Puedo oír a alguien gritando allá fuera. No pensé en ello, simplemente me lancé contra él. Justo entonces el rifle suena de nuevo, en el preciso momento en que yo le golpeo. He jugado bastante al fútbol, ¿saben?, y sé cómo poner a un tipo fuera de combate.

—¿Le quitaste el rifle?

Hayes sonrió de nuevo.

—Infiernos, tío, no. Estampé su cabeza contra el alféizar de aquella ventana. Luego me eché hacia atrás para tomar un poco de impulso y le pegué un buen porrazo a un lado de la cabeza. Eso le hizo olvidar todo lo relativo al rifle. Le golpeé de nuevo, y sus ojos se pusieron como cuentas de cristal. Lo dejé noqueado, tío.

—¿Quedó fuera de combate?

—Por supuesto que sí. Yo trabajo bien, tío.

—Y entonces llegó la policía.

—Aja, cuando el tipo estaba ya hecho una braga. Miré por la ventana. Vi a todos esos polis mirándome a mí. Les hice un gesto con la mano y les dije que subieran hasta donde yo estaba. No tardaron ni un segundo en hacerlo.

—¿Pudiste ver el Lincoln del presidente marchándose a toda prisa?

—Ni siquiera sabía que hubiera ningún presidente. Sólo mucha gente, eso era todo. Algún tipo de desfile, pensé. Celebrando el día de Acción de Gracias o algo así, ya saben. Yo estaba allí simplemente porque el señor Aiken, nuestro maestro de física, me había enviado.

La multitud en torno a Hayes permanecía en un absoluto silencio. El chico era un actor nato, mirando directamente a la cámara y jugando con los espectadores. El

entrevistador fuera de imagen preguntó:

—¿Te das cuenta de que es posible que hayas impedido que se atente con éxito contra la vida del...?

—Aja, eso es sorprendente, ¿no? Sorprendente. Pero ¿saben?, no tenía ni la menor idea de ello. Ni siquiera sabía que él estuviera en la ciudad. De haberlo sabido, hubiera bajado para verle y para ver a Jackie.

—¿No habías visto a Oswald antes? ¿No sabías que tenía un rifle y que...?

—Mire, como ya he dicho, yo estaba allí para buscar algunas revistas. El señor Aiken nos está dando un curso especial de física fuera de nuestras horas de clase. Esta vez estaba relacionado con el artículo de esa revista. *Sénior Scholastic*. El señor Aiken me había enviado a buscar algunos ejemplares para la clase de aquella tarde. Había algo relativo a, esto, esas señales procedentes del futuro, y...

—Los tiros... ¿cuántos de ellos lo alcanzaron?

—¿Alcanzaron a quién?

—¡Al presidente!

—Infiernos, no lo sé. Pudo disparar dos veces con toda tranquilidad. Yo le di un buen viaje antes de que soltara el tercero.

Hayes sonrió, mirando a su alrededor, radiante. El policía de paisano tiró de su brazo.

—Creo que ya es suficiente, señor Hayes —dijo utilizando otra táctica—. Habrá una conferencia de prensa más tarde.

—Oh, sí —dijo Hayes afablemente. Por el momento ya se sentía satisfecho. Aún se notaba alucinado por el hecho de ser el centro de toda la atención—. Sí, lo contaré todo más tarde.

Más preguntas formuladas a gritos. Una enorme agitación mientras la policía formaba un Gordon protector en torno a Hayes. Disparos de cámaras. Gritos de despejen el paso. El rugir de una motocicleta. Danzantes imágenes de hombres enfundados en gabardinas empujando, las bocas crispadas.

Gordon parpadeó y, por un momento, pareció perder el equilibrio. El *Sénior Scholastic*. La sala osciló bajo la pálida luz.

Luego Cronkite empezó a hablar de nuevo con aquella chillona voz suya. En el Parkland Memorial Hospital acababa de concluir una breve conferencia de prensa, mientras Hayes estaba hablando. Malcolm Kilduff, ayudante de la secretaria de prensa del presidente, había descrito la herida. Una bala había penetrado por detrás por la parte inferior del cuello del presidente. Lo había atravesado de parte a parte y había dejado una pequeña herida de salida. La herida de entrada era mucho más grande y sangraba abundantemente. El presidente había recibido varios litros de sangre O RH negativo, así como 300 miligramos de hidrocortisona por vía intravenosa. Al principio los médicos que lo atendían habían insertado un tubo para

facilitar la respiración del presidente. Eso había fallado. El médico jefe, Michael Cosgrove, decidió efectuar una traqueotomía. La operación se realizó en cinco minutos. Una solución lactada de Ringer —una solución salina modificada— había sido inyectada a la pierna derecha vía catéter. El presidente había empezado a respirar bien, aunque seguía todavía en coma. Sus dilatados ojos estaban abiertos y miraban directamente a una luz fluorescente que tenía sobre su cabeza. Un tubo nasogástrico había sido introducido por la nariz de Kennedy y alojado en la parte de atrás de su tráquea, para eliminar cualquier posible fuente de náusea en su estómago. Dos sondas torácicas habían sido instaladas en los espacios pleurales para absorber los tejidos dañados y prevenir un colapso pulmonar. El pulso del presidente era débil pero regular. La herida de salida fue tratada primero, puesto que el presidente estaba tendido boca arriba. Luego tres doctores hicieron girar el cuerpo hacia un lado. La herida de entrada se apreciaba más de dos veces mayor que la de salida, y era el punto principal de pérdida de sangre. Fue tratada sin dificultad. Kennedy se hallaba todavía en la sala número 1 de traumatología del Parkland mientras Kilduff daba su informe. Su estado parecía estabilizado. No había daños aparentes en el cerebro. Su pulmón derecho había sido afectado. Su tráquea estaba desgarrada. Parecía que, excepto complicaciones inesperadas, sobreviviría.

La señora Kennedy no había resultado alcanzada. El gobernador Connally se hallaba en estado crítico. El vicepresidente no había sido alcanzado tampoco. El equipo médico no podía efectuar ningún comentario acerca de los disparos efectuados. Parecía claro, de todos modos, que únicamente una bala había alcanzado al presidente.

La multitud en torno al televisor murmuraba y se agitaba. La sensación de ligereza y opresivo calor habían desaparecido. Los objetos ya no ondulaban como si se observaran a través de la refracción del agua. Gordon se abrió camino por entre los apretujados estudiantes. Las especulaciones zumbaban a su alrededor. Atravesó las puertas de cristal hasta el porche de madera y lo cruzó. Sin pensar exactamente en ello, se dirigió hacia el aparcamiento. Tomó sus ropas de correr del portamaletas del Chevy. Se cambió en los lavabos para caballeros. Con pantalones cortos y zapatillas de tenis parecía tan joven como la mayor parte de los estudiantes que seguían llegando a la sala en busca de más noticias. Sintió una aérea sensación de liberación y una zumbante energía, casi agradable. En ese preciso momento no deseaba pensar en nada.

Empezó a correr por la plana y empapada arena. Soplaban una fresca brisa, arrojando mechones de negro pelo sobre sus ojos. Corrió con la cabeza baja, observando el juego de sus pies. Cuando su talón golpeaba la arena, dejaba un círculo pálido que rápidamente se llenaba de agua. La playa se endurecía bajo cada uno de sus pasos, sosteniendo su peso, disolviéndose tras él en una plana uniformidad gris.

Un helicóptero pasó por encima de su cabeza, zum, zum, zum.

Rodeó la ciudad y corrió cruzando las medias lunas de las ensenadas, dirigiéndose al sur, hasta alcanzar la calle Nautilus. Penny estaba corrigiendo ejercicios. Le contó las noticias. Ella quería poner la radio, saber más, pero él la obligó a salir de casa. Reluctante, ella le siguió. Fueron a la playa y caminaron hacia el sur. Ninguno de los dos habló. Penny se agitaba, el rostro sombrío. La brisa marina alzaba las crestas de las olas y formaba gallardetes de espuma en cada una de ellas. Gordon las miraba y pensaba en todo su trayecto a través del Pacífico hasta llegar allí, conducidas por vientos y mareas. Al salir del océano eran poco profundas y avanzaban rápidamente. A medida que se acercaban a tierra el lecho marino se alzaba bajo ellas y frenaba su marcha. Mientras avanzaba, la ola se movía más aprisa en la parte superior que en el fondo y daba una voltereta sobre sí misma, transformando la energía procedente de Asia en una turbulencia.

Penny lo llamó. Estaba corriendo por entre la resaca. La siguió. Era la primera vez que hacía aquello, pero no importaba. Nadaron por entre las olas y aguardaron la llegada de la siguiente ola grande. Avanzaba con una lentitud metronómica. La oscura línea azul se engrosó y ascendió, y Gordon la miró y estimó dónde iba a romperse. Se lanzó hacia delante, braceando fuerte y agitando los talones. Penny iba delante de él. Sintió que algo lo arrastraba hacia arriba, y el agua frente a él cayó. Un resonante sonido, mientras se movía más rápido. Extendió los brazos y se inclinó hacia la izquierda. La espuma enturbió sus ojos. Parpadeó. Se dejó deslizar en la cara de la ola, alojado en una pared de agua, girando y agitándose en dirección a la orilla.

John Renfrew trabajó durante toda la noche. Mantenía en funcionamiento el generador auxiliar, y maldito si iba a detenerse mientras dispusiera de combustible. Si el generador se paraba no estaba seguro de poder volver a ponerlo en marcha. Mejor seguir adelante y ver lo que ocurría. Así luego no tendría de qué lamentarse.

Hizo una mueca. ¿Ver lo que ocurría? ¿O había ocurrido? ¿O podía ocurrir? El lenguaje humano no encajaba con la física. No había ningún tiempo verbal que reflejara la idea de lazo temporal. Ninguna forma de convertir el lenguaje en el pivote de la física, de aplicar un momento torsor que pudiera hacer que las paradojas se disolvieran en un ciclo ordenado, girando interminablemente.

Había dejado que los técnicos se marcharan. Los necesitaban en casa. Fuera, en el camino de Cotton, no se veía ninguna bicicleta, ningún movimiento. Las familias estaban en casa, atendiendo a los enfermos, o habían huido al campo. Sintió un retortijón de la disentería empezado por la noche. Un roce con lo que arrastraban las nubes, suponía. Había estado bebiendo de una reserva de zumos de frutas embotellados que había encontrado en la cafetería, y comido alimentos envasados. Llevaba dos días allí, solo, sin pararse a ir a casa para cambiarse de ropa. El mundo en el que había estado viviendo hasta entonces estaba cerrándose, eso resultaba claro con sólo mirar a través de las ventanas del laboratorio. Desde primera hora de la mañana una columna de grasiento humo había estado ascendiendo hacia el cielo en la distancia; obviamente, nadie había acudido para intervenir.

Ajustó cuidadosamente el aparato. Tap tap. Tap tap. El nivel de ruido de los taquiones se mantenía constante. Había estado transmitiendo el nuevo mensaje acerca del proceso de la neuroenvoltura desde hacía varios días, alterándolo con la monotonía AR y DEC. Peterson había telefoneado nuevos datos biológicos desde su oficina de Londres. El hombre había sonado tenso y con prisas. El contenido del mensaje, por lo que Renfrew podía entender, explicaba el porqué. Si el grupo de California estaba en lo cierto, aquello podía extenderse a través del mecanismo de las nubes a una velocidad alucinante.

Renfrew pulsó pacientemente su código Morse, esperando estar enfocando correctamente. Era tan malditamente difícil saber si tenías el circuito bien orientado. Un ligero error en apuntar el haz daba como resultado que  $x$  resultara falseado, y luego  $i$ . Sin embargo habían conseguido alcanzar su objetivo al menos una vez, como habían sabido gracias al depósito de la caja de seguridad a nombre de Peterson. ¿Pero cómo podía comprobar ahora si las bobinas eran un microsegundo demasiado lentas, o si los campos de coherencia lanzaban el haz un grado demasiado a la izquierda? Únicamente disponía de una calibración ocular en la que poder confiar. Estaba a la deriva allí, en un mundo donde la  $i$  era el tiempo y la  $x$  el espacio, una  $x$  que

significaba lo desconocido que flotaba en el aire ante él, un esquema transitorio.

Se agitó. El taburete del laboratorio hacía que le dolieran las posaderas. Estaba menos gordo ahora; debía haber perdido peso. Tendría que poner un poco de lastre extra, sí.

Tap tap tap. Las cadencias del Morse se perdían en la nada. Tap tap.

Quizá la pérdida de peso explicara por qué la habitación parecía agitarse y sacudirse cuando la miraba. Cristo, estaba agotado. Una débil irritación creció en él. Había estado taptaptapeando aquellos mensajes biológicos y coordenadas y todo lo demás, todo de una forma impersonal y todo también —ahora estaba seguro de ello— finalmente inútil. Todo aquello era malditamente aburrido. Alargó la mano y tomó el pasaje de identificación que había estado transmitiendo regularmente desde el principio, y empezó a enviarlo de nuevo. Pero esta vez añadió algunos comentarios propios, acerca de cómo había empezado todo aquello, y las ideas de Markham, y el bastardo de Peterson con su rostro de piedra, y todo lo demás, todo hasta el accidente donde había muerto Markham. Y hacerlo hizo que se sintiera bien, el transformar directamente las palabras de Morse a medida que se le iban ocurriendo. Lo contó con frases normales, no con el entrecortado estilo telegráfico que habían adoptado para comprimir la información biológica. Era un alivio contarlo todo, realmente. Pero era absolutamente inútil, el haz estaba cayendo de todos modos en alguna insospechada ratonera cósmica, así que, ¿por qué no gozar con el último disparo? Tap tap. Ésta es la historia de mi vida, amigo, escrita sobre la cabeza de un alfiler. Tap tap. Hacia el vacío. Tap tap.

Pero al cabo de un momento el impulso inicial le abandonó, y se detuvo. Hundió los hombros.

La pantalla del osciloscopio se agitó, y el nivel de ruido de los taquiones creció. Renfrew se quedó mirándolo. Tap tap. Movido por un impulso, desconectó el transmisor. El pasado podía irse al diablo por un momento. Observó el amasijo de curvas y las danzantes interrupciones. Por breves períodos de tiempo el ruido se centraba en culebreantes saltos en la pantalla. Señales, claras señales. Alguien distinto a él estaba transmitiendo.

Salto regular en forma de oleada, rítmicamente espaciados. Renfrew los copió. INTENTAMOS CONTACTO DESDE 2349 EN TAQ.

Y de nuevo un estallido de sonido, tragándose todo.

Inglés. Alguien transmitiendo en inglés. ¿Desde el año 2349? Quizás. O tal vez con taquiones en la banda de 234'9 kilovatios. O quizá todo era producto del azar.

Renfrew dio un sorbo de café frío. Se había hecho un termo hacía algunos días, y luego lo había olvidado. Esperaba que el agua no tuviera problemas. El café no tenía el aroma a pelo de perro que recordaba; ahora parecía más bien tierra chamuscada. Se alzó de hombros y siguió bebiendo sin pensar más en ello.

Notaba algo en su frente. Sudor. Fiebre. Un extraño y distante murmullo llegó hasta él.

¿Voces? Fue a mirar, sorprendido por su debilidad, por el intenso dolor en sus muslos y tobillos. Debería hacer más ejercicio, pensó automáticamente, y luego se echó a reír. Ruido de pasos arrastrándose. ¿Le habrían oído? Tomó un corredor. Pero no había nadie allí. Tan sólo el ruido del viento. Eso, y el áspero raspar de sus propios zapatos en el cemento desnudo.

Volvió al laboratorio y miró al osciloscopio. La garganta le ardía. Intentó pensar tranquila y claramente en lo que Markham había dicho hacía tanto tiempo. Los microuniversos no eran como agujeros negros, no en el sentido de que dentro de ellos toda la materia estaba comprimida hasta densidades infinitas. En vez de ello, su densidad media poseía un valor razonable, aunque más alto que la nuestra. Se habían formado en los primeros momentos del universo y habían quedado aislados para siempre, viviendo sus microvidas dentro de una geometría cerrada. Las nuevas ecuaciones de campo de Wickham demostraban que estaban ahí fuera, entre los conglomerados de las galaxias. Una  $x$  y una  $t$  que no podemos ver, pensó, excepto yo y tú—. Ahora sería el momento adecuado para que escribieras un gran artículo al respecto, lo suficientemente bueno como para figurar en la última edición del Times. La verdadera última edición.

Se sentó con brusquedad, sintiéndose mareado. Un dolor detrás de sus ojos, extendiéndose. La materia era tragada por la red del espaciotiempo, por geometrías diferenciales.  $G$  veces  $n$ . Un taquión podía eludir los nudos, era un fénix libre, su vuelo gobernado por las garabateadas notas de Markham y Wickham. Renfrew se estremeció cuando el frío se infiltró en él.

Otro conjunto de impulsos. Los anotó apresuradamente en un bloc. El rasguear de la pluma rompió el silencio.

MENTE AUMENTA ESTRUCTURA RESONANCIA SINTONIZANDO  
BANDA PORTADORA LATERAL.

Y luego de nuevo el mar de ruido, perdidas las olas.

Todo aquello significaba algo para alguien, pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo?  
Otro:

AMS WEDLRLUF XSMDOPRDHTU COMO WTEU WEHRTU.

¿Otro idioma? ¿Un código del otro lado de la galaxia, del otro lado del universo? Aquel aparato abría las comunicaciones con cualquier lugar, con cualquier persona, instantáneamente. Hablar con las estrellas. Hablar con los seres comprimidos dentro de un punto del espacio. Un telegrama de Andrómeda tomaría menos tiempo que uno

de Londres. Los taquiones atravesaban el laboratorio, atravesaban a Renfrew, trayendo su mensaje. Estaban a su alcance, si tan sólo dispusieran de tiempo...

Agitó la cabeza. Toda forma y estructura resultaban erosionadas por la superposición de varias voces, un coro. Todo el mundo estaba hablando a la vez, y nadie podía oír.

Las bombas parecían toser. Taquiones del tamaño de  $10^{-13}$  centímetros estaban cruzando a toda velocidad el entero universo, atravesando  $10^{28}$  centímetros de materia en enfriamiento, en menos tiempo del que los ojos de Renfrew necesitaban para absorber un fotón de la pálida luz del laboratorio. Todas las distancias y tiempos estaban entrelazados entre sí, las singularidades sorbiendo la materia de la creación. Los horizontes contingenciales ondulaban y los mundos se enroscaban en los mundos. Había voces en la habitación, voces resonando, intentando entrar en contacto...

Renfrew se puso en pie y se aferró bruscamente a la consola del osciloscopio para sostenerse. Cristo, la fiebre. Se había apoderado de él, deslizando enguantados dedos de humo por toda su mente.

INTENTAMOS CONTACTO DESDE 2349. Todo intento de alcanzar el pasado había desaparecido, se dio cuenta parpadeando. La habitación osciló, luego volvió a inmovilizarse. Con Markham desaparecido y aquella mujer Wickham ausente desde hacía días, ya no quedaba ninguna esperanza de comprender lo que había ocurrido. La mano de plomo de la causalidad terminaría venciendo, una esfinge que no entregaba ninguno de sus secretos. Una infinita serie de abuelos podrían vivir sus vidas a salvo de Renfrew.

INTENTAMOS CONTACTO, se agitó de nuevo el osciloscopio.

Pero a menos que supiera dónde y cuándo estaban, no había ninguna forma de responderles.

Hola, 2349. Hola, ahí fuera. Aquí es 1998, una x y una t en vuestra memoria. Hola. INTENTAMOS CONTACTO.

Renfrew sonrió con amarga ironía. Los susurros llegaban suaves, embutiendo leves palabras del futuro en el indio. Había alguien. Alguien trayendo esperanzas.

La habitación estaba fría. Renfrew se acurrucó junto a sus instrumentos, transpirando, observando el estallar de las curvas. Era como un habitante de las islas de los mares del Sur, observando los aviones trazar sus rectas estelas cruzando el cielo, incapaz de gritarles. Estoy aquí. Hola, 2349. Hola.

Estaba intentando una modificación del correlacionador de la señal cuando las luces se apagaron. Una completa oscuridad invadió la habitación. El distante generador tosió y petardeó y quedó en silencio.

Necesitó un largo rato para encontrar su camino a la salida y a la luz. Era un mediodía gris y desolado, pero no se dio cuenta de ello; estar fuera era suficiente.

No podía oír ningún sonido procedente de Cambridge. La brisa arrastraba consigo un aroma acre. No se veía ningún pájaro. Ningún avión.

Caminó hacia el sur, hacia Grantchester. Volvió una vez la vista atrás, al bajo perfil cuadrado del Cav, y a la difusa luz alzó una mano hacia él. Pensó en los universos imbricados, piel de cebolla bajo piel de cebolla. Alzando la cabeza, miró a las nubes, antes una visión agradable. Sobre aquella capa estaba la galaxia, un gran enjambre de luces de colores, girando con una majestuosa lentitud en la gran noche. Luego bajó de nuevo la vista al irregular y maltrecho sendero, y sintió que un gran peso desaparecería de sobre sus hombros. Durante tanto tiempo se había sentido paralizado por el pasado. Lo había aislado por completo del mundo real que lo rodeaba. Ahora sabía, sin saber exactamente cómo, que lo había perdido para siempre. Antes que desesperado, se sentía aliviado, libre.

Marjorie estaba esperándole allí delante, sin duda asustada de estar sola. Recordó sus conservas en las estanterías absolutamente rectas, y sonrió. Podrían comer de ellas durante un cierto tiempo. Comer tranquilamente juntos, como lo habían hecho en los días anteriores al nacimiento de los chicos. Luego se irían al campo a reunirse con Johnny y Nicky, por supuesto.

Jadeando ligeramente, sintiendo que su cabeza se aclaraba, caminó por el desierto sendero. Había realmente un montón de cosas todavía por hacer, si uno pensaba un poco en ello.

## 46 - 28 de octubre de 1974

Salió caminando de su hotel en la avenida Connecticut. La recepción iba a ser un buffet-lunch, decía la carta, de modo que Gordon había dormido hasta las once. Hacía tiempo que había aprendido ya que en los viajes al este de poca duración lo mejor era no hacer caso del mito de las zonas horarias y seguir con el esquema del oeste. Esto encajaba invariablemente con las exigencias de sus citas y entrevistas, puesto que tales ocasiones eran excusas para demorarse con los entremeses bañados en salsa de los restaurantes de lujo, seguidas de las serias revelaciones de ahora-que-ya-no-estamos-en-la-oficina-podemos-hablar-francamente ante varias tazas de café, y luego irse invariablemente muy tarde a dormir. Pero aunque a la mañana siguiente se levantara a las diez, raramente llegaba a la FNC o a la Comisión de Energía Atómica más tarde que los ejecutivos, puesto que él no desayunaba.

Cruzó por el zoo de la ciudad; más o menos le cogía de camino. Unos amarillos ojos caninos siguieron su paso, evaluando los resultados si los barrotes que los encerraban se alzarán de pronto. Los chimpancés se columpiaban con fuerza, impulsos en el interminable circuito de su reducido universo. Aquello era una parte del mundo natural encajonado entre lejanos bocinazos y omnipresentes perfiles rectangulares de sucios ladrillos marrones. Gordon saboreó el frescor de la brisa que llegaba directamente desde el Potomac. Dio la bienvenida a aquel encuentro viajero con las estaciones, un clima distinto a cada mes que pasaba, un agradable alivio a la monótona excelencia de California.

La primera vez que había venido aquí había sido con sus padres.

Aquella órbita turística era ahora un vago conjunto de recuerdos en un rincón de su preadolescencia, el período de la vida que se supone es la edad dorada de todo el mundo. Recordaba haberse sentido maravillado por el brillante esplendor blanco del Monumento a Washington y de la Casa Blanca. Durante varios años después estuvo seguro de que aquellos solemnes edificios eran lo que quería decir su clase de la escuela primaria cuando cantaba América y alababa los esplendores del alabastro. «El país empieza realmente en Washington», había dicho su madre, sin olvidarse de añadir el pedagógico «D.C.», de modo que su hijo nunca pudiera confundirlo con el estado. Y Gordon, llevado a remolque de la lista de lugares históricos, supo lo que ella quería decir.

Más allá del afrancesado diseño del centro de la ciudad había un parque rural que respiraba a Jefferson y a los bulevares flanqueados por árboles. Para él Washington había sido desde entonces el umbral de una enorme república donde las cosechas crecían bajo un sol blanco anglosajón protestante. Allí, las chicas rubias de ojos azules conducían sus deportivos amarillos dejando nubes de polvo en las desiertas carreteras mientras iban de una feria campestre a otra, mujeres que ganaban premios

con sus confituras de fresa mientras los hombres bebían cerveza aguada y besaban a chicas que habían sido modeladas según el patrón de Doris Day. Había alzado la vista al Spirit of St. Louis colgando como una paralizada polilla en el Smithsonian, y se había preguntado cómo una ciudad dedicada al cultivo del maíz como era St. Louis —«sin ni siquiera una buena universidad en ella», había resoplado su madre— podía desplegar unas alas y alzar el vuelo.

Gordon se metió las manos en los bolsillos para conservar el calor y siguió caminando. Las comisuras de su boca se alzaron en una alegre sonrisa. Había aprendido mucho acerca del enorme país que se extendía más allá de Washington, la mayor parte de ello gracias a Penny. Sus mutuas fricciones habían acabado sanando transcurrido 1963 y habían hallado de nuevo la persistente química que los había situado al principio en sus órbitas entrelazadas, círculos centrados en un punto a medio camino entre los dos. Lo que había habido a partir de entonces entre ellos no era un punto geométrico sino más bien un pequeño sol, prendiendo entre los dos una pasión que Gordon tenía la impresión de que era más profunda que cualquier otra cosa que le hubiera ocurrido a él antes. Se habían casado a finales de 1964. El padre de ella, llámame simplemente Jack, quiso una boda de campanillas, brillante y regada con abundante champaña. Penny llevó el tradicional traje blanco. Y bajó la vista y miró de reojo cada vez que alguien le mencionaba algo al respecto. Había venido con él a Washington ese invierno, cuando él hizo su primera gran presentación en la FNC a fin de conseguir una mayor subvención para su propio experimento. Su discurso fue bien acogido y Penny se enamoró de la Galería Nacional, a donde acudió todos los días para ver los Vermeer. Juntos fueron a comer mariscos con las grandes lumbreras de la FNC, y fueron del domo del Congreso al monumento a Lincoln. No les importó el frío y la humedad que reinaba allí; formaba parte del escenario. Todo parecía encajar con todo.

Gordon comprobó la dirección y descubrió que tenía que cruzar otra manzana. Siempre se había sentido intrigado por los contrastes de Washington. Aquella concurrida calle resplandecía con su propia importancia, pero cruzándola había otras avenidas más pequeñas llenas de pequeñas tiendas, casas algo más deterioradas, y tiendas de comestibles en las esquinas. Viejos hombres de raza negra estaban reclinados en las puertas, contemplando la agitación con sus grandes ojos marrones. Gordon entró en una de ellas y, girando un ángulo, descubrió un enorme patio. Poseía el austero estilo francés del gobierno clásico de los años 1950, con cónicas corníferas irguiéndose como centinelas en las esquinas. Bien recortados arbustos arrastraban a los ojos a inflexibles perspectivas.

Bien, pensó, por pretencioso e imponente que fuera, allí era. Se balanceó ligeramente sobre sus talones para mirar. La fachada de granito se recortaba contra un suave cielo. Sacó las manos de los bolsillos y se echó el pelo hacia atrás. Sabía que

estaba empezando a clarearle ya por la coronilla, signo seguro de que la calvicie de su padre tendría su eco en él pasados los cuarenta.

Abrió una serie de tres puertas de cristal. Los espacios entre ellas parecían servir como compuertas de aire, conservando el seco calor interno. Ante él había mesas cubiertas con lujosos manteles. En el centro del alfombrado salón había grupos de hombres bien trajeados. Gordon cruzó la última compuerta de aire y penetró en el apagado zumbido de las conversaciones. Enormes cortinas amortiguaban los sonidos, proporcionando ese aire de solemnidad que uno encuentra en los funerales. A la izquierda, un grupo de azafatas recepcionistas. Una de ellas se destacó y acudió hacia él. Llevaba una cosa sedosa color crema que Gordon hubiera tomado por un traje de noche de no haber sido mediodía. Le preguntó su nombre. Gordon se lo dijo con lentitud.

—Oh —dijo ella, los ojos muy abiertos, y se dirigió a una de las adornadas mesas. Regresó con una tarjeta con un nombre, no el plástico habitual, sino un robusto marco de madera alojando una rígida placa con su nombre cuidadosamente caligrafiado. Se la prendió en la solapa.

—Deseamos que nuestros invitados luzcan hoy mejor que nunca —dijo con una abstracta preocupación, y sacudió una imaginaria mota de la manga de su chaqueta. Gordon, halagado por la intención, perdonó su profesional frialdad. Otros hombres, todos vestidos con negros trajes burocráticos, iban llenando el salón. Las azafatas acudían a su encuentro con puñados de tarjetas con nombres de plástico, observó—, y tarjetas de admisión y números de situación. En un rincón, una mujer con aspecto de secretaria ejecutiva ayudaba a un frágil hombre de pelo blanco a librarse de su pesado abrigo. El hombre se movía con unos gestos delicados y vacilantes, y Gordon lo reconoció como Jules Chardaman, el físico nuclear que había descubierto alguna partícula, no recordaba cuál, y había recibido el premio Nobel por sus esfuerzos. Creía que había muerto, pensó Gordon.

—¡Gordon! Intenté llamarle ayer por la noche —dijo una voz seca tras él. Se volvió, dudó, y estrechó la mano de Saul Shriffer.

—Llegué tarde y salí a dar una vuelta.

—¿En esta ciudad?

—Parecía seguro.

Saul agitó la cabeza.

—Puede que no ataquen a los soñadores.

—Probablemente no tengo un aspecto lo suficientemente próspero.

Saul exhibió su sonrisa conocida en toda la nación.

—No, tiene usted muy buen aspecto. Hey, ¿cómo va su esposa? ¿Está con usted?

—Oh, está bien. Ha ido a visitar a sus padres... ya sabe, a mostrarles los niños. Llegaré por avión esta mañana, tengo entendido. —Miró su reloj—. Debería estar

aquí de un momento a otro.

—Oh, estupendo, me encantará volver a verla. ¿Qué le parece si cenamos juntos esta noche?

—Lo siento, ya hemos hecho otros planes. —Gordon se dio cuenta de que había dicho aquello demasiado rápidamente y añadió—: Quizá mañana. ¿Cuánto tiempo va a quedarse en la ciudad?

—Tengo que volver a Nueva York mañana al mediodía. Le llamaré la próxima vez que vaya a la costa.

—Estupendo.

Inconscientemente, Saul frunció los labios, como si considerara cómo plantear la siguiente frase.

—Ya sabe, esas partes de los antiguos mensajes que se guardó usted para sí mismo...

Gordon mantuvo su rostro inexpresivo.

—Sólo los nombres, eso es todo. En público dije que se habían perdido en medio del ruido. Lo cual es parcialmente cierto.

—Aja. —Saul estudió su rostro—. Miré, después de todo este tiempo, me parece que... mire, le daría un nuevo e interesante toque complementario a todo el asunto.

—No. Vamos, Saul, ya hemos discutido sobre esto antes.

—Pero fue hace años. No consigo comprender por qué...

—No estoy seguro de haber captado correctamente los nombres. Una letra aquí y otra allí, y obtienes un nombre equivocado y la persona equivocada.

—Pero mire...

—Olvídelo. Nunca voy a dar publicidad a las partes de las que no estoy seguro. —Gordon sonrió para quitarle mordiente a sus palabras. Había otras razones también, pero no tenía intención de plantearlas.

Saul se alzó filosóficamente de hombros y se alisó su reciente bigote con un dedo.

—De acuerdo, de acuerdo. Sólo pensé que debía intentarlo una vez más, pillarle a usted de mejor humor. ¿Cómo están yendo los experimentos?

—Seguimos luchando con la sensibilidad. Ya sabe cuál es el problema.

—¿Obtienen alguna señal?

—Quién sabe. Es un galimatías increíble.

Saul frunció el ceño.

—Debería haber algo ahí.

—Oh, lo hay.

—No, quiero decir aparte de todo aquello que recibió usted en el 67. Reconozco que fue un mensaje clarísimo. Pero no estaba en ningún código ni lenguaje que nosotros conociéramos.

—El universo es un lugar muy grande.

—¿Cree usted que procedía de muy lejos?

—Escuche, cualquier cosa que yo diga es pura suposición. Pero se trataba de una señal fuerte, muy bien dirigida. Fuimos capaces de demostrar el hecho de que duró tres días y luego desapareció debido al paso de la Tierra a través de un haz de taquiones. Me atrevería a decir que simplemente nos cruzamos en el camino de la red de comunicaciones de alguien.

—Hummm. —Saul se quedó pensando aquello—. ¿Sabe?, si tan sólo pudiéramos estar seguros de que esos mensajes que no podemos decodificar no procedían de un transmisor humano, muy lejos en el futuro...

Gordon sonrió. Saul era uno de los hombres más importantes en el mundo científico por aquel entonces, al menos a los ojos del público. Sus libros de divulgación encabezaban las listas de los best-sellers, sus series de televisión ocupaban las horas de máxima audiencia. Gordon terminó por él:

—Quiere decir, tendríamos una prueba de la existencia de una tecnología alienígena.

—Aja. Valdría la pena intentarlo, ¿no?

—Quizá.

Las enormes puertas de bronce del extremo del salón se abrieron de par en par. La multitud avanzó hacia la sala de recepciones al otro lado. Gordon había observado que la gente que formaba grupos se movía a través de un lento proceso de difusión, y aquella multitud no era distinta. Conocía a muchos... Chet Manahan, un metódico físico de estados sólidos que siempre llevaba una chaqueta con corbata a juego, hablaba cinco idiomas, y se aseguraba de que tú te enteraras de ello a los pocos minutos de haber sido presentados; Sidney Román, un hombre delgado, muy moreno, delicado, cuyas precisas ecuaciones conducían a conclusiones extravagantes, algunas de las cuales habían demostrado ser ciertas; Louise Schwartz que, contrariamente a su nombre, poseía una piel luminosamente blanca y una mente que lo catalogaba todo en astrofísica, incluyendo la mayor parte de los chismorreos impublicables; George Maklin, de rostro enrojecido y enormes hombros llenos de músculos, que realizaba experimentos sobre filamentos suspendidos en helio líquido, midiendo los impulsos de torsión; Douglas Karp, un zar para un grupo de estudiantes graduados que emitían dos artículos al mes sobre la estructura de banda de diversos sólidos surtidos, lo cual le permitía ir a dar conferencias en verano a las soleadas universidades del Mediterráneo; Brian Nantes, cuya enorme y desbordante energía se comprimía en sus artículos en precisas y lacónicas ecuaciones, desnudas de comentario o discusión para uso de sus contemporáneos, un resumen abstracto completamente desprovisto de las perlas-para-los-cerdos que suelen acompañar al texto... y muchos más, algunos conocidos casualmente en conferencias, otros enfrentados a él en acaloradas sesiones en las reuniones de la Asociación de Ciencias Físicas, la mayor parte rostros

imprecisos asociados con el conjunto de iniciales debajo de algún artículo interesante, o conocidos en una comida de facultad a base de bocadillos y cerveza poco antes de un seminario, o vistos recibiendo educados aplausos en una reunión después de haber leído el texto de un artículo ante un micrófono. Saul avanzó con él en medio de toda aquella gente, mientras le describía a medias un plan para localizar a extraterrestres a través de las oscilaciones y señales electrónicas en el espectro de los taquiones. Gordon podía efectuar las observaciones, naturalmente, y Saul revisaría los datos y vería lo que significaban.

Gordon derivó diagonalmente, dejando que un grupo de físicos de partículas que hablaban rápidamente se interpusiera entre él y Saul. El buffet-lunch estaba directamente frente a él. De forma característica, los científicos no pasaban el tiempo aguardando educadamente antes de dirigirse a la mesa del self-service. Gordon tomó un poco de ternera y la aplicó sobre pan, y escapó con un presentable bocadillo. Dio un mordisco. El aroma del rábano picante limpió los senos de su nariz, haciendo que sus ojos lloriquearan. El ponche era champaña de alta graduación rebajado con oloroso zumo de naranja.

Shriffer estaba rodeado ahora por un semicírculo de rostros aprobadores. Era extraño cómo la celebridad invadía la ciencia en esos días, de tal modo que aparecer en el espectáculo de Johnny Carson era más efectivo con la FNC que publicar una brillante serie de artículos en la *Physical Review*.

Pero en último término, reflexionó Gordon, era la fijación de los media lo que había conseguido todo eso. Al término de la conferencia de prensa de Ramsey y Hussinger, Gordon había sentido una asfixiante ola de calor pasar a su través como si hubiera acudido a su encuentro a través de toda la habitación. Luego, contemplando a Cronkite hablar sobriamente a la cámara el 22 de noviembre, la había sentido de nuevo. ¿Era ésa la firma de una auténtica e inevitable paradoja? ¿Era entonces cuando el futuro se había visto radicalmente alterado? No había forma de decirlo, al menos todavía no.

Había escrutado los informes de fenómenos atmosféricos, de índices de rayos cósmicos, de parásitos de radio y variaciones de luz estelar... y no había encontrado nada. No había todavía instrumentos diseñados que pudieran medir el efecto. Sin embargo, Gordon tenía la sensación de experimentar una percepción subjetiva de cuándo había ocurrido. ¿Quizá debido a que él se hallaba cerca del lugar donde llegaban las paradojas? ¿O quizá porque, como Penny había dicho, él ya estaba en línea, es decir sintonizado? Quizá nunca lo supiera.

Un rostro que pasaba por su lado hizo una inclinación.

—Vaya día —dijo formalmente Issac Lakin, y siguió su camino.

Gordon le devolvió el saludo. La observación era convenientemente ambigua. Lakin se había convertido en uno de los directores de la FNC, dirigiendo los trabajos

sobre resonancia magnética. La controvertida área de Gordon, la detección de taquiones, estaba en otras manos. Lakin era ahora más conocido por su coautoría del artículo sobre la «resonancia espontánea» en el PRL. La fama refractada lo había elevado, agradablemente ingrátido, a su actual posición.

El otro coautor, Cooper, se las había arreglado bastante bien también. Su tesis pasó por el comité con una fácil velocidad, una vez librada de los efectos de la resonancia espontánea. Se había ido al estado de Pensilvania con un evidente alivio. Allí, se abrió camino hasta su posdoctorado con algunos respetables trabajos acerca del spin del electrón, y consiguió una buena posición en la facultad. Actualmente estaba torturando tenazmente a varios compuestos III-V para que le confesaran sus coeficientes de transporte. Gordon lo había encontrado en alguna reunión y habían tomado ocasionalmente unas copas juntos, compartiendo una circunspecta charla.

Escuchó accidentalmente una conversación acerca del relanzamiento de la idea de la nave espacial Orión, y de los nuevos trabajos de Dyson. Luego, mientras Gordon estaba agenciándose un nuevo bocadillo y hablando con un periodista, un físico de partículas se le acercó. Deseaba hablarle de los planes de un nuevo acelerador que tenía la posibilidad de producir una cascada de taquiones. La energía requerida era enorme. Gordon escuchó educadamente. Cuando una reveladora sonrisa escéptica empezó a asomarse a su rostro, obligó a sus labios a adoptar una expresión de profesional atención. Los tipos de altas energías estaban luchando por producir taquiones, pero la mayor parte de los observadores imparciales consideraban que el esfuerzo era prematuro. Se necesitaba profundizar antes en la teoría. Gordon había presidido varios paneles sobre el tema y había ido adquiriendo una reserva cada vez mayor ante las nuevas proposiciones que necesitaban grandes cantidades de dinero. Los físicos de partículas eran unos adictos a sus inmensos aceleradores. El hombre que solamente dispone de un martillo para trabajar descubre que cada nuevo problema necesita un clavo.

Gordon asintió con aire juicioso, bebió champaña, habló poco. Aunque las pruebas de la existencia de los taquiones eran ahora abrumadoras, no encajaban con el programa estándar de física. Eran mucho más que simplemente una nueva especie de partícula. No podían ser puestos en la estantería al lado de los mesones y los hiperones y los kaones. Antes de ellos los físicos, con el instinto de unos contables, habían descompuesto el mundo en una comfortable zoología. Las otras partículas más simples presentaban únicamente diferencias menores. Encajaban en el universo como canicas en un saco, llenando pero no alternando el tejido. Los taquiones no hacían eso. Hacían posibles nuevas teorías, pateando el polvo de las cuestiones cosmológicas con su sola existencia. Las implicaciones tenían que ser puestas a la luz.

Más allá de ello, sin embargo, estaban los propios mensajes. Habían cesado en 1963, antes de que Zinnes pudiera proporcionar una confirmación más extensa.

Algunos físicos creían que eran reales. Otros, siempre desconfiados ante los problemas esporádicos, pensaban que debía tratarse de algún error fortuito. La situación tenía mucho en común con la detección de las ondas gravitatorias por Joe Weber en 1969. Experimentos posteriores de otros no habían encontrado ondas. ¿Significaba eso que Weber estaba equivocado, o que las ondas llegaban en ráfagas ocasionales? Podían transcurrir décadas antes de que otra ráfaga pudiera dilucidar la cuestión. Gordon había hablado con Weber, y el nervioso experimentador de pelo plateado pareció tomarse todo el asunto como algún tipo de comedia inevitable. En ciencia, normalmente no puedes convertir a tus oponentes, dijo; tienes que sobrevivir a ellos. Para Weber aún quedaban esperanzas; Gordon tuvo la impresión de que su caso jamás podría ser comprobado.

Ciertamente, la nueva teoría de Tanninger señalaba el camino. Tanninger había metido los taquiones en la teoría general de la relatividad de una forma altamente original. La vieja cuestión que aparecía en la mecánica cuántica, la de dónde estaba el observador, había sido finalmente resuelta. Los taquiones eran una nueva clase de fenómeno ondulatorio, ondas de casualidad formando lazos entre pasado y futuro, y las paradojas que podían producir conducían a un nuevo tipo de física. La esencia de la paradoja era la posibilidad de resultados mutuamente contradictorios, y la imagen de Tanninger del lazo casual era parecida a la de las ondas de mecánica cuántica. La diferencia residía en la interpretación del experimento. En la imagen de Tanninger, una especie de función ondulatoria, semejante a la antigua función cuántica, proporcionaba los varios resultados del bucle paradójico. Pero la nueva función ondulatoria no describía probabilidades... hablaba de distintos universos. Cuando se establecía un lazo, el universo se escindía en dos nuevos universos. Si el lazo era del tipo simple de mata-a-tu-abuelo, entonces el resultado era un universo donde el abuelo vivía y el nieto desaparecía. El nieto reaparecía en un segundo universo, habiendo viajado hacia atrás en el tiempo, donde disparaba contra su abuelo y vivía su vida, a lo largo de los años alterados para siempre por su acción. En ninguno de los dos universos el mundo era paradójico.

Todo esto ocurría si se utilizaban los taquiones para producir el tipo de lazo temporal de onda estacionaria. Sin taquiones, no se producía ninguna escisión en distintos universos. De modo que el mundo futuro que había enviado los mensajes a Gordon había desaparecido, era inalcanzable. Se había separado en algún momento en otoño de 1963; Gordon estaba seguro de ello. Algún acontecimiento había hecho el experimento de Renfrew imposible o innecesario. Podía haberse tratado de la conferencia de prensa Ramsey-Hussinger, o el depositar el mensaje en la caja de seguridad en el banco, o el atentado contra Kennedy. Una de esas cosas, sí. ¿Pero cuál?

Avanzaba por entre la multitud, saludando a los amigos, dejando que su mente

derivara. Recordó que un ser humano, comiendo y moviéndose de un lado para otro, proporcionaba 200 vatios de calor corporal. Aquella habitación atrapaba la mayor parte de él, llenando su frente de gotitas de sudor. Su nuez de Adán estaba constreñida por el nudo de su corbata.

—¡Gordon! —llamó una voz musical por encima de las conversaciones entremezcladas.

Se volvió. Marsha se abrió paso por entre la gente. Se inclinó y la besó. La mujer agitaba un pequeño maletín de viaje mientras se volvía a uno y otro lado para decir hola a la gente que conocía. Le habló del atasco de tráfico que había sufrido al llegar a la ciudad desde La Guardia, alzando las cejas para subrayar una palabra, las manos describiendo con amplios arcos las colisiones evitadas. La perspectiva de unos cuantos días de libertad de los niños le daba un aspecto alegre y excitado que contagió a Gordon. Se dio cuenta de que cada vez se había ido sintiendo más incómodo a medida que avanzaba la sobrecalentada y deslumbrante recepción, y Marsha había borrado todo aquello en un momento. Era esta cualidad, una vida desbordante, lo que más recordaba de ella cuando estaban lejos el uno del otro.

—Oh, Dios, ahí está ese Lakin —dijo ella, desorbitando los ojos en una parodia de pánico—. Vayamos en dirección contraria, no deseo empezar de nuevo con él. —Lealtad de esposa. Lo empujó hacia la ensalada de gambas, que él había pasado de largo, probablemente siguiendo de forma instintiva un axioma alimentario genético. Marsha capturó a alguno de sus amigos por el camino... para formar una barrera protectora contra Lakin, dijo. Todo esto fue hecho con una exageración cómica, arrancando risitas de rostros serios. Un camarero les divisó y les ofreció copas de champaña—. Hummm, apuesto a que no es esto lo que hay en el bol de ahí encima —dijo Marsha, dando un sorbo, los labios aprobadoramente fruncidos. El camarero vaciló, luego asintió: «El presidente ha dicho que se subieran algunas botellas de la reserva privada», y luego desapareció, temiendo haber revelado demasiado. Marsha parecía polarizar el medio, notó Gordon, sacando a amigos de las esquinas de la gran habitación para formar una nube en torno a ellos. Carroway apareció, estrechando manos, sonriendo. Gordon se empapó de la compacta energía de la mujer. Nunca había sido capaz de relajarse de aquel modo con Penny, recordó, y quizás eso hubiera debido decirle algo desde el principio. En 1968, cuando estaban en lo más arduo de su última disputa, él y Penny habían acudido a Washington de nuevo en invierno. Era una ciudad velada. La bruma brotaba de la serpenteante corriente del Potomac. El había evitado las comidas con otros físicos en aquel viaje, recordó, principalmente debido a que Penny los encontraba aburridos y él no podía predecir cuándo iría a meterse de lleno en una de sus discusiones políticas o, peor aún, hundirse en un hosco silencio. Sin mencionarlo, habían decidido de común acuerdo no hablar de ciertos asuntos, asuntos que se iban ampliando con el tiempo. Cada uno tenía hachas que

enterrar, eres un coleccionista de injusticias, le había acusado Penny en una ocasión — pero, perversamente, los buenos períodos entre los malos se habían mostrado radiantes con una liberada energía. Él había cambiado de humor entre 1967 y 1968, sin aceptar las recetas freudianas de Penny para mejorar, pero sin encontrar ninguna alternativa tampoco. ¿No resulta un poco obvio mostrarse tan hostil al análisis?, había dicho ella en una ocasión, y él se había dado cuenta de que era cierto; tenía la sensación de que el resonante lenguaje mecánico era una traición, una trampa.

La psicología se había modelado a sí misma a partir de las ciencias duras, con la física como principal ejemplo. Pero había tomado su ejemplo del viejo reloj newtoniano. Para la física moderna no existía un mundo tictaqueante independiente del observador, ningún mecanismo intocado, ningún medio de describir un sistema sin verse involucrado en él. Su intuición le decía que ningún análisis exterior de este tipo podía captar lo que rozaba y chirriaba entre ellos dos. Y así, en los últimos días de 1968, su núcleo personal se había fisionado, y un año más tarde había conocido a Marsha Gould del Bronx, Marsha, bajita y morena, y algún inevitable paradigma se había aposentado de su hogar. Recordando ahora los acontecimientos, viéndola envuelta en ámbar, sonrió mientras Marsha irradiaba a su lado.

Las ventanas de la parte occidental del gran salón dejaban pasar una luz cobriza. Las luminarias de las fundaciones estaban llegando, como siempre, tarde. Gordon hizo inclinaciones de cabeza, estrechó manos, conversó lo que se consideraba adecuado. En el grupo creciente de charla de Marsha se introdujo Ramsey, fumando un delgado cigarro. Gordon lo saludó con un guiño conspirador. Luego alguien dijo:

—Deseaba conocerle, y por ello me temo que me he colado sin permiso. — Gordon sonrió sin interés, absorto en sus propias reflexiones, y luego se dio cuenta del nombre que el mismo hombre había escrito en la tarjeta que llevaba en la solapa: Gregory Markham. Se inmovilizó, la mano suspendida en el aire. Las charlas a su alrededor parecieron esfumarse, y se oyó su propio corazón latir fuertemente. Estúpidamente, dijo:

—Yo, ah, entiendo.

—Escribí mi tesis sobre la física de los plasmas, pero he estado leyendo los artículos de Tanninger, y los de usted, por supuesto, y, bueno, creo que ahí es donde se encuentra la auténtica física. Quiero decir que hay todo un amplio abanico de consecuencias cosmológicas, ¿no cree? Tengo la impresión... —y Markham, que Gordon podía ver era tan sólo una década más joven que él, se lanzó a su exposición, desarrollando las ideas que tenía acerca del trabajo de Tanninger. Markham tenía algunas nociones interesantes acerca de las soluciones no lineales, ideas que Gordon no había oído antes. Pese a la sorpresa inicial, se dio cuenta de que estaba siguiendo las partes técnicas con interés. Podía decir que Markham había sabido enfocar bien el trabajo. El uso que hacía Tanninger del nuevo análisis de formas diferenciales

exteriores había hecho que sus ideas fueran difíciles de aceptar para la generación más vieja de físicos, pero para Markham eso no representaba ningún problema; no se sentía trabado por la retorcida y más aceptada notación. Había dominado las imágenes esenciales conjuradas por el ojo mental de curvas paradójicas descendiendo con lógica elíptica al plano de la realidad física. Gordon se dio cuenta de que estaba empezando a excitarse; deseaba encontrar un lugar donde poder sentarse y tomar algunos apuntes de sus propias argumentaciones, para permitir que los impactantes símbolos matemáticos hablaran por él. Pero entonces un maestro de ceremonias con impecables guantes blancos se le acercó e interrumpió, haciendo una respetuosa pero firme inclinación de cabeza y diciendo:

—Doctor Bernstein, señora Bernstein, se requiere su presencia ahora. — Markham se alzó de hombros y sonrió con un lado de la boca, y en lo que pareció un instante había desaparecido por entre la gente. Gordon se dominó y tomó a Marsha del brazo. El camarero les abrió camino. Gordon sintió un impulso de llamar a Markham en voz alta, encontrarle, pedirle que cenara con él aquella noche, no dejar que se le escapara. Pero algo lo contuvo. Se preguntó si aquel acontecimiento, aquel encuentro fortuito, podía haber sido el elemento que había desencadenado las paradojas... pero no, aquello no tenía sentido, la ruptura se había producido en 1963, por supuesto, sí. Aquel Markham no era el hombre que calcularía y argumentaría en aquel distante Cambridge. El Markham que acababa de ver no moriría en un accidente de avión. El futuro sería distinto.

Una expresión desconcertada aleteó en su rostro, y avanzó rígidamente.

Fueron presentados al secretario para la Salud, Educación y Bienestar, un hombre con una larga nariz y una boca puntiaguda de finos labios, formando entre ambas cosas un carnosos punto de admiración. El maestro de ceremonias les condujo a todos a un pequeño ascensor privado, donde permanecieron incómodamente cercanos los unos a los otros —dentro de los límites de nuestros espacios personales, observó Gordon de forma abstracta—, y el secretario para la Salud, la Educación y el Bienestar emitió algunas pedantes observaciones, todas ellas literariamente recitadas. Gordon recordó que su cargo había sido siempre un cargo altamente político. La puerta del ascensor se abrió para dejar al descubierto un pasillo lleno por una multitud inmóvil. Algunos hombres le dirigieron una mirada escrutadoramente obvia y luego sus ojos volvieron a adquirir una expresión normal, mientras sus cabezas se giraban rutinariamente hacia las direcciones asignadas. Servicio de seguridad, supuso Gordon. El secretario les condujo a través de un estrecho canal hasta el interior de una amplia habitación. Una mujer bajita acudió apresuradamente, vestida como si fuera a la ópera. Parecía del tipo de las que habitualmente se llevan la mano a su collar de perlas e inspiran profundamente antes de hablar. Mientras Gordon formulaba ese pensamiento, hizo precisamente eso y dijo:

—El auditorio está ya lleno, nunca creímos que pudieran venir tantos, y tan pronto. No creo que valga la pena quedarnos aquí atrás, señor secretario, puesto que ya todo el mundo ha llegado.

El secretario avanzó. Marsha apoyó una mano en el hombro de Gordon y se empinó.

—El nudo de tu corbata está demasiado apretado. Parece como si estuvieras intentando estrangularte a ti mismo. —Aflojó el nudo con dedos diestros, lo arregló. Se mordió concentradamente el labio inferior, apretando hasta que la rojiza carne se volvió pálida bajo el lápiz labial. Él recordó la forma en que la playa se volvía blanca bajo sus pies cuando corría por ella.

—Vamos, vamos —les urgió la mujer de las perlas.

Caminaron por un espacio desnudo enlosado en mármol y bruscamente salieron a un escenario. Había gente detrás de los focos. Algunas sillas chirriaron. Otro maestro de ceremonias con los absurdos guantes blancos tomó a Marsha del brazo. Los condujo hacia el resplandor. Había tres hileras de sillas, la mayor parte de ellas ya ocupadas. Marsha se sentó en el extremo de la primera fila y Gordon ocupó el asiento contiguo. El maestro de ceremonias comprobó que Marsha se había sentado sin problemas. Gordon se dejó caer en su silla. El maestro de ceremonias desapareció. Marsha llevaba un traje adecuadamente corto, a la moda. Sus esfuerzos por tirar de él hasta más abajo de la curva de sus rodillas llamó su atención. Se sintió henchido con una agradable sensación de posesión, ante el pensamiento de que la voluptuosa curva de aquella cadera tan oculta al público era suya, podía ser suya aquella misma noche sin más esfuerzos que un simple gesto.

Entrecerró los ojos para ver más allá de la batería de focos. Una multitud de rostros se apiñaba al otro lado. Se agitaban nerviosamente —no por él, sabía—, y a su izquierda una cámara de televisión estaba clavada con ciclópeo estupor en el sillón vacante. Un ingeniero de sonido comprobaba los micrófonos.

Gordon escrutó los rostros que podía ver. ¿Estaba Markham ahí? Intentó reconocer sus rasgos. Se sintió sorprendido dándose cuenta de lo parecida que era mucha gente, pese a su alardeada individualidad, y sin embargo cuan rápidamente podía el ojo atravesar hasta más allá de las similitudes para captar los pequeños detalles que separaban los conocidos de los desconocidos. Alguien llamó su atención. Miró por entre el resplandor. No, era Shriffer. Gordon se preguntó divertido qué pensaría Saul si supiera que Markham estaba probablemente a tan sólo unos metros de distancia, un lazo inconsciente con el mundo perdido de los mensajes. Gordon nunca revelaría ahora esos distantes nombres. Aparecerían en la prensa y lo confundirían todo sin probar nada.

No sólo mantener secretas las identidades era lo que le había hecho posponer la publicación de todos sus datos. La mayoría de lo que había considerado como ruido

en sus experimentos anteriores era en realidad señales indescifrables. Esos mensajes viajaban hacia atrás en el tiempo desde algún inconcebible futuro. Apenas eran absorbidos por la muy baja densidad de distribución de la materia en el universo. Pero a medida que viajaban hacia atrás, lo que para los hombres era un universo en expansión aparecía para los taquiones como un universo en contracción. Las galaxias se juntaban, acercándose las unas a las otras en un volumen que se contraía cada vez más. Aquella materia más densa absorbía mejor los taquiones. Mientras iban hacia atrás en lo que para ellos era un universo en implosión, un número creciente de los taquiones era absorbido. Finalmente, en el último instante antes de que se comprimiera en un punto, el universo absorbía todos los taquiones de cada punto de su propio futuro. Las mediciones de Gordon del flujo de taquiones, integrados hacia atrás en el tiempo, mostraban que la energía absorbida de los taquiones era suficiente como para calentar la comprimida masa. Esta energía era el combustible para la expansión universal. De modo que a los ojos de los hombres, el universo estallaba a partir de un simple punto debido a lo que ocurriría, no a lo que había ocurrido. Origen y destino se interconectaban. La serpiente se mordía la cola.

Gordon deseaba estar absolutamente seguro antes de informar acerca del flujo y de sus conclusiones. Estaba seguro de que nada de aquello iba a ser bien recibido.

El mundo no deseaba paradojas. El recordar que los enormes movimientos del tiempo eran lazos que nosotros no podíamos percibir... la mente intentaba alejarse de aquello. Al menos parte de la oposición científica a los mensajes estaba basada precisamente en ese simple hecho, estaba seguro. Los animales habían evolucionado de tal forma que los caminos de la naturaleza parecían sencillos para ellos; ése era el rasgo definido de la supervivencia. Las leyes habían modelado al nombre, no al revés. Al córtex no le gustaba un universo que fundamentalmente iba a la vez hacia delante y hacia atrás.

Así que no iba a empañar los resultados con unos cuantos nombres balbuceados, no para que Shriffer pudiera lucirse. Quizá se lo diría a Markham, del mismo modo que inevitablemente publicaría las débiles llamadas que había medido de Épsilon Eridani, a once años luz de distancia. Eran voces de un futuro inconcreto, informando de detalles de mantenimiento de una nave. No había paradojas allí. A menos, por supuesto, que la información no frenara el impulso actualmente en efervescencia de los cohetes, abortando la próxima estación espacial con algún efecto contrario. Eso siempre era posible, suponía. Entonces el universo volvería a escindirse de nuevo. El río se bifurcaría. Pero quizá, cuando todo aquello fuera comprendido y las anotaciones de Tanninger penetraran más profundamente en el enigma, pudieran llegar a averiguar cómo evitar las paradojas. Aunque las paradojas no causaban ningún daño, después de todo. Era como poseer un hermano gemelo más oscuro al otro lado del espejo, idéntico excepto que él es zurdo. Y la naturaleza de los

taquiones hacía improbables las paradojas accidentales, después de todo. Una astronave informando a la Tierra utilizaría haces muy estrechos. Ningún campo periférico alcanzaría por casualidad la Tierra actual en su girar helicoidal a través del espacio, intersectaría su gavota en torno a la galaxia.

Ramsey cruzó su campo de visión y lo extrajo de su ensoñación. Ramsey expulsaba nerviosamente su humo, retorciendo su delgado cigarro como si fuera un insecto agonizante. El hombre estaba nervioso. Repentinamente, un estadillo de música grabada, Salve al jefe. Todo el mundo en el escenario se puso en pie, convencidos del hecho de que el hombre que acababa de entrar por la derecha, sonriendo y agitando casualmente una mano, era un servidor público. El presidente Scranton estrechó la mano del secretario con todo el calor que los medios requerían, y abarcó al resto del escenario con una sonrisa generalizada. Pese a sí mismo, Gordon sintió una cierta emoción. El presidente se movía con una confortable seguridad, aceptando los aplausos y sentándose finalmente junto al escenario. Scranton había desacreditado a Robert Kennedy, involucrando a su ceñudo hermano menor en una maraña de escuchas telefónicas de los demócratas, y luego de uso indebido de los servicios de Inteligencia y del FBI contra los republicanos. Gordon había considerado que las acusaciones eran difíciles de creer en aquel momento, particularmente desde el momento en que había sido Goldwater quien había puesto al descubierto los primeros indicios. Pero en retrospectiva, era bueno haberse librado de la dinastía de los Kennedy y de un imperialismo presidencial.

El secretario estaba ahora en la tribuna de oradores, haciendo las mecánicas presentaciones y lanzando las habituales y obligatorias alabanzas a la Administración. Gordon se inclinó hacia Marsha y susurró:

—Cristo, no he preparado ningún discurso.

—Háblales del futuro, Gordelah —dijo ella alegremente.

—Ahora ese futuro no es más que un sueño —gruñó él.

—Una triste clase de memoria la que solamente funciona hacia atrás —respondió ella lacónicamente.

Gordon le sonrió. Ella había tomado aquellas nociones de sus lecturas a los chicos, una frase del espejo, la escena del tiempo al revés, la Reina Blanca. Gordon agitó la cabeza y se reclinó en su asiento.

El secretario había terminado su discurso preparado y ahora cedió la palabra al presidente, entre una nutrida salva de aplausos. Scranton leyó la concesión del premio a Ramsey y Hussinger. Los dos hombres avanzaron, intentando torpemente caminar al unísono. El presidente les tendió las dos placas entre los aplausos. Ramsey miró la suya y luego la cambió por la de Hussinger, entre algunas risas del público. Unas educadas manos aplaudieron mientras volvían a sentarse. El secretario avanzó, revolviendo papeles, y le tendió algunos al presidente. El siguiente premio era para

algún logro en genética del que Gordon nunca había oído hablar. La premiada era una regordeta mujer alemana que extendió algunas hojas ante ella en el estrado y se volvió al público, evidentemente preparada para ofrecer una detallada historia de su trabajo. Scranton lanzó al secretario una mirada de soslayo y luego retrocedió y se sentó. Había pasado por tales cosas antes.

Gordon intentó concentrarse en lo que decía la mujer, pero perdió su interés cuando ella se dedicó a saludar a los demás trabajadores en su mismo campo que lamentablemente no podían ser honrados hoy allí en tal augusto ambiente.

Jugueteó con la cuestión de lo que debía decir. Nunca iba a ver de nuevo al presidente, jamás tendría que oír a una persona tan influyente como el secretario. Quizá si intentaba hacer comprender algo de lo que todo aquello significaba... Sus ojos se clavaron en la audiencia.

Tuvo una repentina sensación de que el tiempo estaba allí, no una relación entre acontecimientos, sino una cosa. Que un consuelo específicamente humano era ver el tiempo como inmutable, un peso del que uno no podía escapar. Creyendo eso, un hombre podía dejar de nadar contra la corriente de aquel río de segundos y simplemente dejarse llevar, dejar de golpearse contra el plano rostro del tiempo como un insecto golpeando contra la pantalla de una luz. Si tan sólo...

Miró a Ramsey leyendo su placa, insensible al discurso sobre genética, y recordó las espumosas olas en La Jolla, avanzando desde Asia para romperse en las desnudas nuevas tierras. Gordon agitó la cabeza, sin saber por qué, y tomó la mano de Marsha. Le dio un cálido apretón.

Pensó en los nombres que había delante, en aquel futuro desviado, que habían intentado enviar una señal a la retrocediente oscuridad de la historia y la habían escrito de nuevo. Se necesitaba valor para enviar luciérnagas de esperanza a través de las tinieblas, dardos fosforescentes cruzando un terciopelo infinito. Habían necesitado valor; la calamidad de la que hablaban podía sumergir al mundo.

Discretos y educados aplausos. El presidente entregó a la fornida mujer su placa —el cheque vendría más tarde, sabía Gordon— y ella se sentó. Luego Scranton se puso sus bifocales y empezó a leer, con las cuadradas vocales de Pensilvania, la citación a Gordon Bernstein.

—... Por sus investigaciones en la resonancia magnética nuclear que produjeron un sorprendente y nuevo efecto...

Gordon reflexionó que Einstein había ganado el premio Nobel por el efecto fotoeléctrico, que era considerado razonablemente seguro en 1921, y no por la todavía controvertida teoría de la relatividad. Estaba en buena compañía.

—... que, en una serie de experimentos definitivos en 1963 y 1964, mostró que solamente podían ser explicados por la existencia de un nuevo tipo de partícula. Esta extraña partícula, el tac... tac...

El presidente se encalló con la pronunciación. Unas risitas comprensivas se elevaron entre el público. Algo se aferró a la memoria de Gordon, y rebuscó entre el oscuro conjunto de rostros. Esa risa... ¿Alguien que conocía?

—... taquión, es capaz de moverse más rápido que la velocidad de la luz. Este hecho implica...

El apretado moño, la mandíbula orgullosamente alzada. Su madre estaba en la tercera fila. Llevaba un abrigo negro y había acudido a verle en este día, a ver a su hijo en el resplandeciente escenario de la historia.

—... que las partículas puedan viajar hacia atrás en el tiempo. Las implicaciones de todo esto son de fundamental importancia en muchas áreas de la moderna ciencia, desde la cosmología hasta...

Gordon se levantó a medias, las manos tensas. La orgullosa energía en el radiante rostro de su madre, la cabeza vuelta ligeramente hacia el flujo de palabras...

—... la estructura de las partículas subnucleares. Esto constituye realmente un inmenso...

Pero en los febriles meses que siguieron a noviembre de 1963 ella había muerto en Bellevue, antes de que él pudiera verla de nuevo.

—... escala, haciendo eco a la creciente conexión...

La mujer de la tercera fila era probablemente una secretaria madura que había acudido a ver al presidente. De todos modos, algo en su alerta mirada... La sala pareció oscilar, las luces se volvieron profundos pozos.

—... entre lo microscópico y lo macroscópico, un tema...

Sentía sus mejillas húmedas. Gordon miró a través de sus desenfocados ojos la imprecisa silueta del presidente, viéndolo tan sólo como una mancha más oscura junto a los cegadores focos. Más allá de él, no menos reales, estaban los nombres de Cambridge, cada uno de ellos una silueta, cada uno de ellos conociendo a los demás, pero nunca completamente. Las imprecisas figuras se movían ahora más allá de su alcance, dirigiéndose a sus propios destinos tal como lo habían hecho él y Ramsey y Marsha y Lakin y Penny. Pero todos ellos no eran más que simples figuras. Una luz penetrante brillaba a través de ellas. Parecían como heladas. Era el propio paisaje lo que cambiaba, vio finalmente Gordon, refractado por sus propias leyes. Tiempo y espacio eran también jugadores, enormes extensiones englobando a las figuras, un entretejido de futuro y pasado. No había ninguna corriente, ningún fluir de los años. Los inmutables lazos de causalidad iban a la vez hacia delante y hacia atrás. El cronopaisaje se agitaba con ondas, se curvaba y se flexionaba, un gran animal en el oscuro mar.

El presidente había terminado. Gordon se puso en pie. Caminó hacia el estrado con rígidos pies.

—El premio Enrico Fermi por...

No podía leer la cita que estaba escrita. Los rostros colgaban ante él. Ojos. La cegadora luz...

Empezó a hablar.

Vio a la multitud, y pensó en las olas que se movían a través de ella, rompiéndose en una blanca espuma que la tragaba completamente. Las pequeñas figuras captaban débilmente los bordes de las olas como paradojas, enigmas, y oían el tictaquear del tiempo sin saber lo que sentían, y se aferraban a sus ilusiones lineales de pasado y futuro, de progresión, desde la apertura de sus nacimientos hasta la inevitabilidad de sus muertes. Las palabras se aferraron a su garganta. Siguió adelante. Y pensó en Markham y en su madre y en toda aquella incontable gente, sin soltar nunca sus esperanzas, y en su extraño sentido humano, su última ilusión, de que no importaba el cómo los días avanzaran a través de ellos: siempre quedaba el pulsar de las cosas por venir, la sensación de que incluso ahora aún quedaba tiempo.



Gregory Benford (Mobile, Alabama (EE. UU.), 30 de enero de 1941) es un físico y escritor de ciencia ficción.

Doctorado en física por la universidad de California y profesor de astrofísica en el Departamento de Física y Astronomía de la Universidad de California, Irvine. Desde 1988 pertenece al Consejo científico de consultores de la NASA.

Pero la actividad que le ha reportado más fama mundial ha sido, la de escritor de ciencia ficción, tarea que comparte con su trabajo docente desde que en 1974 publicara su primer relato Si las estrellas son dioses en colaboración con Gordon Eklund, y que le valió el premio Nébula. Posteriormente lo convertiría en su primera novela, pero su salto definitivo a la fama lo dio con Cronopaisaje (1980), ganadora de los premios Nébula, John W. Campbell Memorial, BSFA y Ditmar australiano.

Benford, junto a sus compañeros David Brin y Greg Bear han sido acaparadores de premios y menciones durante la década de los ochenta. Por su semejanza de temas y estilos, han sido conocidos como "las tres B de la ciencia ficción". Esta fama les valió ser elegidos a finales de la década de los noventa para continuar la mítica saga Fundación de Isaac Asimov, en la llamada Segunda Trilogía de la Fundación, de la que Benford realizó el primer volumen titulado El temor de la Fundación (1997). El desigual resultado de estas novelas le ha valido no pocos destructores.

Su obra más ambiciosa son las seis novelas del Ciclo del Centro Galáctico.

Benford describe la evolución de la humanidad durante un periodo de decenas de miles de años en una galaxia marcada por la lucha permanente entre civilizaciones orgánicas y civilizaciones mecánicas. Usa la idea de "berserker": civilización mecánica que intenta destruir sistemáticamente toda civilización orgánica por creerla peligrosamente inestable. Esta serie de ambiciosas novelas han sido comparadas con las de Olaf Stapledon.

Es de notoriedad su "ley de la controversia" formulada en la multipremiada Cronopaisaje (1980), donde propone que "La pasión asociada a una discusión es inversamente proporcional a la cantidad de información real disponible."

# Notas

<sup>[1]</sup> Dinero en yiddish.

[2] Chica no judía en yiddish.